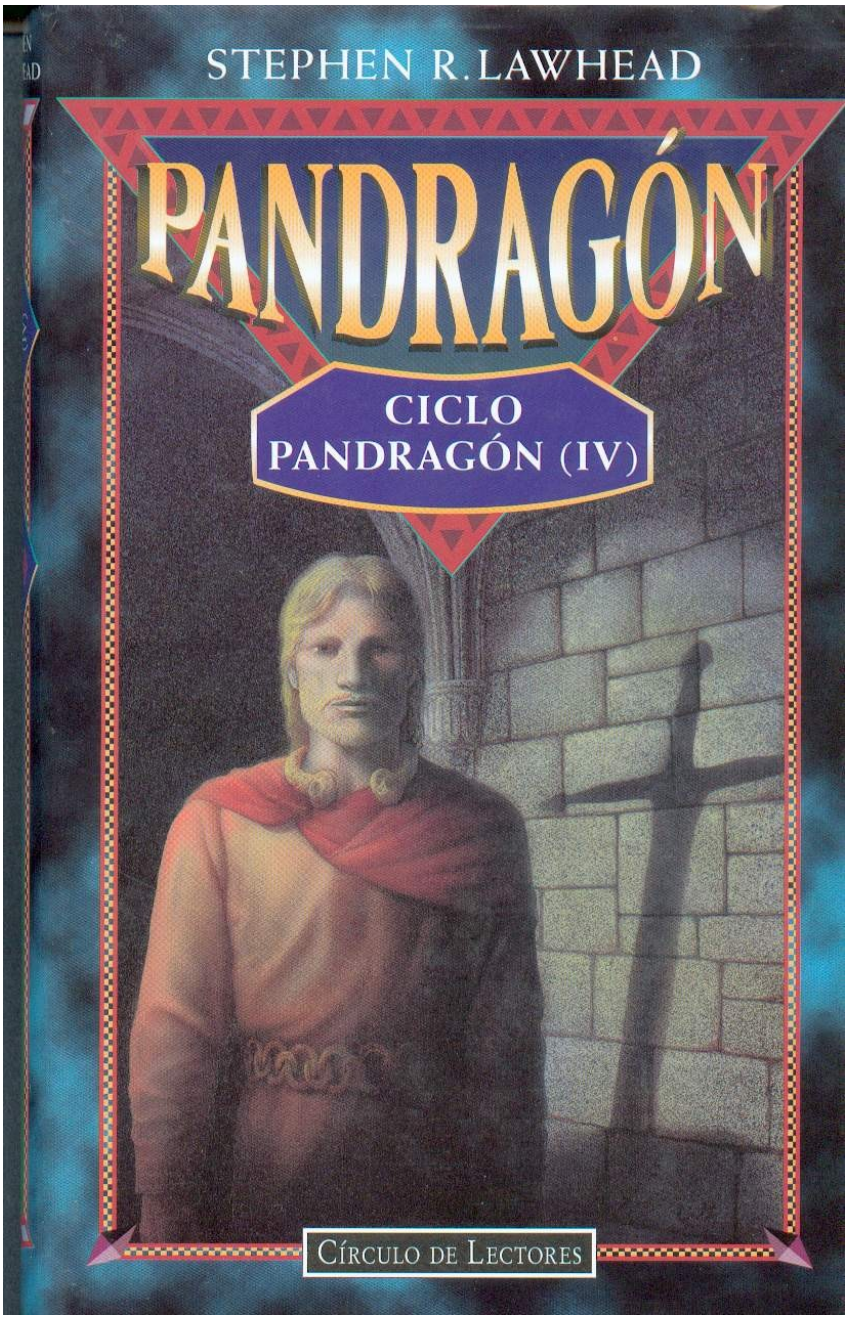
STEPHEN R. LAWHEAD

PANDRAGÓN

LAWHEAD, STEPHEN R.
PENDRAGON

PENDRAGON IV



INDICE

Prologo.....3
Las Crónicas Ocultas.....4
Uno.....4
Dos.....14
Tres.....19

Cuatro....28
Cinco....35
Seis....41
Siete....49
Ocho....55
El Jabalí Negro....66
Uno....66
Dos....73
Tres....85
Cuatro....93
Cinco....101
Seis....107
Siete....115
Ocho....126
Nueve....134
Diez....142
Once....150
Doce....158
La Guerra Olvidada....166
Uno....166
Dos....171
Tres....176
Cuatro....184
Cinco....190
Seis....197
Siete....201
El Sueño Milagroso....213
Uno....213
Tres....225
Tres....233
Cuatro....240
Cinco....253
Siete....266
Ocho....273
Diez....289
Once....293
Doce....298
Trece....303
Catorce....309
Epilogo....324
Glosario....325

Prologo

PENDRAGON IV

¿Qué se puede decir de Arturo después de todos estos años?

De las circunstancias de su nacimiento ya estás enterado, y también sabes algo sobre su final. Conoces sus batallas y sus triunfos, aquellos, por lo menos, que cuentan los cronistas. Y el libro de Aneirin puede leerlo todo aquel que lo desee. Pobre Aneirin; trabajó tan duramente en su negro libro, y, sin embargo, ni siquiera él consiguió captar más que un atisbo del hombre al que quería honrar. Esa incapacidad acabó por hacerlo muy desdichado. La fama de Arturo, su misma presencia, como los resplandecientes rayos del sol sobre el agua cristalina, ocultaban más de lo que revelaban. Así pues, uno oye historias y cree conocer al hombre; oye una parte y piensa que lo sabe todo; escucha
mil y una especulaciones lanzadas por oscuros y tediosos visionarios y cree haber captado la verdad.

Pero ¿sabes cuál fue el mayor logro de Arturo? ¿Conoces la dolorosísima prueba por la que pasó, solo en el campo de batalla y con toda Inglaterra en juego? ¿Alguien te ha contado cómo luchó por salvar al Reino del Verano de su peor enemigo? ¿No?

A decir verdad, no me sorprende demasiado. En estos malhadados tiempos, se olvidan muchas cosas que más nos valdría recordar. Los hombres siempre entregan lo mejor de su herencia a cambio de las insignificantes satisfacciones del momento; se venden por cuatro cuartos los tesoros de la era anterior y se pisotea sin miramientos toda su riqueza. Desgraciadamente, así es como son las cosas. Y, en lo tocante a Arturo, muchas cosas que debieran ser de dominio público permanecen ocultas. Porque el mismo Arturo estuvo oculto durante aquellos primeros años turbulentos.

Pero yo, Myrddin Emrys, conozco todos los relatos perdidos y ocultos, ya que estuve junto a él desde el principio. Y permanecí a su lado en su día más aciago. Un día que en
nada puede compararse a ningún otro en la larga historia de nuestra raza: un día lleno de engaños y temores y, ¡ah!, gran gloria. ¡Sí! Gloria inmensa. Porque en ese día Arturo adquirió el sobrenombre que para él era más importante que todos los demás: Pendragon.

He aquí una historia digna de contarse. Puede que esté perdida y olvidada; pero, si quieres escuchar ese relato, si quieres averiguar la talla de un hombre cuya fama sobrevivirá a esta desdichada era, presta atención. Escucha y recuerda. Pues en verdad te digo que no conocerás a Arturo hasta que no hayas oído hablar de la Guerra Olvidada.

Las Crónicas Ocultas

Uno

Se dice que soy un mago, un hechicero, un druida que realiza prácticas siniestras. ¡Si así fuera, haría aparecer hombres mejores que los que gobiernan esta isla ahora! Traería de vuelta a aquellos cuyos simples nombres son de por sí amuletos de poder: Cai, Bedwyr, Pelleas, Gwalchavad, Llenlleawg, Gwalcmai, Bors, Rhys, Cador, y otros: Gwenhwyvar, Charis, Ygerna. Hombres y mujeres que convirtieron a esta roca ceñida por el mar en la Isla de los Poderosos.

No necesito ningún recipiente de predicciones, ni negra agua de roble, o llameantes ascuas para percibir su presencia. Me acompañan siempre. No están muertos; simplemente duermen. ¡Escucha! No tengo más que pronunciar sus nombres en voz alta y despertarán y se alzarán de nuevo. Luz Omnipotente, ¿cuánto tiempo he de esperar?

Asciendo solo a las verdes colinas de la Isla de Cristal, y utilizo un nombre diferente. ¡Ah!, tengo muchos nombres: Myrddin Emrys entre los cymry, y Merlín Embries para las gentes del sur; soy Merlinus Ambrosius para los que hablan latín: Merlín el Inmortal. Soy Ken-ti gern para los menudos y morenos miembros del Pueblo de las Colinas, allá en el desolado norte. Pero el nombre que utilizo ahora es uno que yo mismo he escogido, un nombre sencillo, sin importancia para nadie, y de este modo defiendo y protejo mi poder. Así es como debe ser. Algún día aquellos que duermen despertarán, y los que custodian su sueño saldrán a la luz. Y, en ese día, el Pendragon reclamará el trono que hace tanto tiempo abandonó. ¡Que así sea! ¡Ah, pero yo soy muy impaciente! Es la maldición de mi raza. Sin embargo, al tiempo no se le puede dar prisas y debo contentarme con la tarea que se me ha encomendado: mantener viva la soberanía de Arturo hasta que él regrese para volver a tomar posesión de ella. Créeme cuando digo que en esta época de imbéciles y ladrones no es en absoluto empresa fácil.

Aunque tampoco lo fue nunca. Ya desde el principio, tuve que emplear a fondo todas mis habilidades para preservar el estado soberano de Inglaterra para aquel cuya mano estaba destinada a conducirlo. A decir verdad, en aquellos primeros años no resultó tarea sencilla salvaguardar aquella pequeña mano. Los reyezuelos habrían asado vivo al chiquillo y lo habrían servido en una fuente de haberlo sabido.

¿Por qué? Bien puedes preguntarlo, porque toda la historia se ha vuelto muy confusa con el tiempo. Escúchame pues, si deseas saber: Arturo era hijo de Aurelius, y sobrino de Uther; su madre, Ygerna, fue la reina de ambos hombres. Y aunque Inglaterra no había sucumbido aún a la costumbre de pasar el trono de padres a hijos, como hacían los saecsen, cada vez eran más lo que escogían a sus señores entre los descendientes del rey anterior, fueran éstos hijos o sobrinos; en especial si aquel monarca había inspirado afecto, tenido suerte en sus acuerdos y resultado favorecido en las batallas. Así pues, Aurelius y Uther habían transmitido un legado prodigioso a la criatura, ya que jamás existió monarca más querido que Aurelius, ni monarca con más suerte en el combate que Uther.

De modo que a Arturo, un niño de pecho todavía, se lo tenía que proteger de los chacales sedientos de poder que podían considerarlo una amenaza a sus ambiciones. En esa época yo no sabía que Arturo se convertiría en el Pendragon. Tal y como lo cuenta la gente, parece como si yo lo supiera desde el principio. Pero no; yo no era totalmente consciente de lo que se me había confiado. Los hombres raramente lo son, según he podido comprobar. Mis propias hazañas y actividades ocupaban más mi tiempo que su insignificante existencia, y ésa es la verdad.

No obstante, recuerdo los primeros débiles destellos del esplendor que estaba por venir. Aunque tardó mucho en llegar, cuando finalmente estalló, aquella gloria resplandecía con una luz tan potente que creo que brillará para siempre.

Escucha con atención:

Los nobles de Inglaterra habían sido llamados a consejo en Londinium a la muerte de Uther Pendragon para decidir quién debía ser Supremo Monarca, y había muchos que deseaban ocupar su lugar. Cuando quedó claro que no se llegaría a ningún acuerdo -y antes que ver cómo un sapo siseante como Dunaut o una víbora como Morcant se apoderaban del trono- hundí la Espada de Inglaterra en la piedra angular del arco incompleto que había en el patio de la iglesia.

-Pedís una señal -exclamé con voz enfurecida-.

PENDRAGON IV

Aquí la tenéis: quienquiera que saque la espada de la piedra será el auténtico rey de Inglaterra. Hasta ese día el país sufrirá tales conflictos y luchas como jamás se han conocido en la Isla de los Poderosos, y nadie lo gobernará.

Tras esto, Pelleas y yo abandonamos la ciudad asqueados. Me era imposible seguir soportando la intrigante hipocresía de los reyezuelos, de modo que abandoné el consejo y cabalgué a toda prisa para ir en busca de Arturo. Desde luego que existía una cierta urgencia en mi determinación; pero incluso entonces no comprendí del todo qué era lo que me impulsaba. No lo consideraba el futuro rey, sino tan sólo una criatura necesitada de protección; aún más cuando seguía pendiente la cuestión de quién ocuparía el Trono Supremo. Pese a ello, sentía un deseo casi arrollador de ver al niño. El awen del bardo se había apoderado de mí, y no podía hacer otra cosa que seguir sus indicaciones.

Más tarde, sí: la comprensión llegaría en su momento. Pero, cuando ese día ordené a Pelleas que ensillara los caballos, me limité a decir:

-Vamos, Pelleas, quiero ver al niño.

Y de este modo huimos de Londinium como si nos persiguieran todos aquellos señores enfurecidos que dejábamos atrás. Fue en algún punto de la carretera que conducía a Caer Myrddin cuando empecé a preguntarme si en nuestra prisa no existiría algo más que un simple deseo de ver a Arturo.

Lo cierto es que algo en mí había cambiado. Puede que fuera la tensión de tener que disputar con los reyezuelos; o a lo mejor sucedió en el momento en que hundí la Espada
de Inglaterra en la piedra. Fuera como fuera, esto sí lo sé: el Merlín que había cabalgado hasta Londinium tan lleno de esperanza y expectación no era el mismo Merlín que lo abandonaba. Sentía en mi interior que el curso de mi existencia había dado un vuelco inesperado, y que ahora debía prepararme para una guerra mucho más insidiosa que cualquiera que hubiera conocido hasta entonces.

Alea jacta est, dijo el viejo César, un hombre que conocía bien el poder y sus perversidades. Para bién o para mal, la suerte estaba echada. ¡Así sea!

Tras dejar Londinium y los gañidos de los reyezuelos a nuestra espalda, Pelleas y yo cabalgamos directamente hasta Caer Myrddin. Viajamos amigablemente; la carretera no nos causó problemas, y el viaje resultó agradable. No hace falta mencionar que nuestra llegada aquella ventosa mañana de invierno fue toda una sorpresa. El leal Tewdrig, que a petición mía había ocultado fielmente al niño, seguía en el Consejo de los Reyes, y no se nos esperaba.

PENDRAGON IV

Al llegar a Caer Myrddin nos encontramos con el espectáculo del joven Arturo y los gatos enfurecidos. Vi a un niño que asía con fuerza dos gatos bastante crecidos, uno en cada mano, y me pareció una señal.

-¡He aquí al Oso de Inglaterra! -declaré con la mirada puesta en la gordezuela criatura-. Un osezno travieso, fíjate. No obstante, se le debe enseñar, como a todo animal joven. Nos espera una buena tarea, Pelleas.

Mientras desmontábamos de nuestras cabalgaduras, los hombres de Tewdrig llegaron corriendo para darnos la bienvenida. Caer Myrddin -Maridunum en épocas pasadas- parecía rebosar riqueza, y me satisfizo ver a mi antiguo poblado tan próspero. Por encima del fragor de las bienvenidas me llegó el repiqueteo de un martillo de hierro y lo comenté.

-Lord Tewdrig ha encontrado un herrero -explicó uno de los hombres mientras tomaba las riendas que le tendía-. Y nos pasamos el día corriendo de un lado a otro para cumplir sus encargos.

-¡Mejor eso que tener que correr para huir de los chacales del mar! -declaró otro.

Con sus palabras sonando en los oídos, contemplé al niño y escuché con atención el tañido del acero recién forjado que flotaba en el aire. Mis dorados ojos penetraron más allá del fino velo del reino de este mundo para llegar hasta el otro mundo, y distinguí allí la figura de un hombre, erguido y alto, un hombre formidable, nacido para ser rey. Ciertamente, ésta fue mi primera premonición sobre el futuro de Arturo. ¡Puedes creerlo!

A poco, volví en mí y me di la vuelta para saludar a Llawr Eilerw, jefe guerrero y consejero de lord Tewdrig, que gobernaba el caer en ausencia de su señor.

-¡Bienvenido, Myrddin Emrys! ¡Bienvenido, Pelleas! -Llawr nos saludó sujetándonos por los brazos-. ¡Vaya, cómo me alegra veros a los dos!

Justo en ese momento oímos un chillido y nos giramos.

Una joven había hecho su aparición y se encontraba frente a Arturo, regañándolo. Le palmeó las manos para obligarlo a soltar los gatos, y el chiquillo lanzó un grito -de rabia, no de dolor- y los dejó ir de mala gana. La mujer se inclinó entonces y cogió al niño en brazos; al darse cuenta de que la observábamos, enrojeció y se alejó a toda prisa.

-¿Está ella al cuidado del niño? -pregunté.

-Lo está, lord Emrys.

-¿Qué ha sido de Enid, la mujer que yo traje?

Llawr me contempló con franca expresión de desconcierto.

-Ésa es Enid, la misma que trajiste. No ha habido nadie más.

-Extraordinario -confesé, muy sorprendido-. No la hubiera reconocido. Ha cambiado y, desde luego, para mejorar.

-La haré venir, si lo deseas.

-Más tarde, quizá -respondí-; no es necesario ahora.

-Desde luego -dijo Llawr-, perdóname. Habéis cabalgado muchas horas y debéis de estar sedientos. Alzaremos juntos la copa de bienvenida.

La cerveza era negra y deliciosamente espumosa, y en la sala de Tewdrig reinaba un agradable calorcillo. La jarra dio la vuelta varias veces y conversamos tranquilamente con Llawr y algunos de los hombres que nos habían recibido. Como era de esperar, nadie se atrevió a preguntar abiertamente por qué estábamos allí; eso era impensable. Sabían que habíamos asistido al consejo, y sin duda estaban a punto de estallar de curiosidad: «¿Quién es el nuevo Supremo Monarca? ¿A quién se ha escogido? ¿Qué ha sucedido?». No obstante, se mostraron muy respetuosos y nos permitieron abordar el tema cuando nos pareció más conveniente.

-Ha habido mucha tranquilidad durante todo el año -observó Llawr-. Y, ahora que ha llegado el invierno, no tenemos por qué preocuparnos; la nieve mantendrá a los chacales del mar en sus madrigueras.

-¡Ya lo creo! -respondió el hombre que se sentaba a su lado-; ha nevado más que el año anterior. Al ganado no le gusta, sin embargo. No resulta fácil para ellos.

-Pero es bueno para las cosechas -intervino otro.

-Si la cosecha de este año es tan abundante como la última -comentó Llawr-, tendremos grano sobrante para comerciar, incluso con los nuevos graneros.

-Ya me fijé en ellos -indiqué-. Cuatro graneros nuevos. ¿Por qué? ¿Tanto está creciendo el caer?

PENDRAGON IV

-Estamos creciendo, es cierto -repuso uno de los hombres, llamado Ruel-; pero lord Tewdrig quiere empezar a almacenar más grano. «Cuanto más guardemos ahora», dice él, «menos necesitaremos luego.» Eso es lo que nos repite.

-Y nosotros estamos de acuerdo con él -interpuso Llawr con cierta aspereza-. Los tiempos ya son bastante inseguros. No es posible vivir de una cosecha a otra y contentarse; hemos de preocuparnos por el futuro.

-Hay una gran sensatez en eso -opiné-. En estos tiempos aciagos sólo un loco confiaría en que los beneficios pasados vayan a continuar.

Los hombres me contemplaron con desconfianza. Llawr forzó una sonrisa e intentó animar el ambiente.

-¿Tiempos aciagos? Sin duda, Emrys, las cosas no están tan mal como eso. Los saecsen se han ido, y los irlandeses no han atacado en todo el año. Tenemos paz y riqueza suficiente, y como tengamos mucha más nos volveremos blandos y perezosos. -El resto asintió con la cabeza dando la razón a su jefe.

-Disfrutad de vuestra paz y riqueza, amigos míos. Ya no volveréis a conocerlas en esta vida.

La sonrisa se esfumó del rostro de Llawr. Los otros se miraron estupefactos. Con el paso de los años aumentaría este efecto mío sobre las personas.

No obstante, resulta imposible para los cymry permanecer abatidos durante un período largo de tiempo. El ambiente volvió a animarse rápidamente, y también me animé yo al derivar la conversación hacia otras cuestiones. Cuando la cerveza se acabó, los demás se despidieron y nos quedamos a solas con Llawr.

-De estar aquí lord Tewdrig -dijo éste-, no hay duda de que ordenaría que se celebrase una fiesta en vuestro honor. Pero... -extendió las manos en un gesto de impotencia-, no sé cuándo regresará.

Se trataba de un intento por parte de Llawr Eilerw de llevar la conversación hacia el motivo de nuestra visita. Ahora que estábamos solos, no me importó complacerlo.

-Creo que tu señor no tardará en llegar -le respondí-. Como sin duda habrás adivinado, abandonamos el consejo antes que los demás.

Llawr asintió comprensivo; como si estuviera al tanto del espíritu de contradicción de los reyes, lo que sin duda era así.

-Será mejor que te lo cuente -continué-, puesto que no tardarás en averiguarlo, y tampoco es ningún secreto: no habrá nuevo Supremo Monarca. El consejo llegó a un punto muerto. Resultó imposible alcanzar un acuerdo; no se escogió a nadie.

-Ya lo temía -suspiró Llawr-. ¡Tiempos aciagos, dijiste! ¡Sí!, tenías razón. -Reflexionó sobre esto último, y luego preguntó-: ¿Qué sucederá ahora?

-Eso queda por ver -contesté.

Llawr podría haber preguntado: «¿Y tú lo has visto?». Pero, si la pregunta pasó por su mente, se abstuvo de hacerla.

-Bien -dijo impasible-, hemos vivido todo este tiempo y muchas otras épocas sin un Supremo Monarca. Regresaremos a nuestra antigua forma de vivir.

Ante esto, meneé la cabeza con suavidad.

-Nada -musité, mirando más allá de Llawr y a través del vano de la puerta (como si mirara al corazón mismo del futuro)-, nada volverá a ser como antes.

Aquella noche cenamos parcamente y nos fuimos a dormir temprano. Tras desayunar a la mañana siguiente, hice llamar a Enid. La esperamos en la habitación de Tewdrig, conversando en voz baja.

-Menos mal que hemos venido aquí -dije a Pelleas-. Esta mañana me siento contento, como no lo he estado en mucho tiempo.

-Me alegro de oírlo -repuso él.

Al poco rato apareció la joven Enid. Traía a Arturo con ella y se detuvo tímidamente en el umbral, apretando contra sí al niño, como si temiera que fuéramos a robárselo.

-Acércate más, Enid -la insté con dulzura-; deja que os contemple a los dos.

Como si de un ciervo se tratara, avanzó con suma cautela, pero sólo un paso o dos. Sonreí y la llamé con la mano. Puedo ser muy persuasivo cuando quiero: ¿acaso no pertenezco a la raza de los Seres Fantásticos? Enid me devolvió la sonrisa, y observé cómo sus hombros se relajaban ligeramente.

PENDRAGON IV

-Cuando te vi ayer, no te reconocí. Te has convertido en una mujercita muy hermosa, Enid -le dije. Ella inclinó la cabeza con timidez-. Y me satisface ver que has cuidado a la perfección del niño.

Ella asintió, pero no alzó los ojos.

-¿Qué dirías si te dijera que debe marcharse de aquí?

La cabeza de Enid se alzó con brusquedad y de sus ojos brotaron chispas.

-¡No! ¡No debéis! Pertenece aquí. -Apretó al chiquillo con más fuerza, y Arturo se debatió en sus brazos- Soy.. Éste es su hogar. No sería feliz en otro sitio.

-¿Tanto quieres a este niño?

-Este es su hogar -suplicó, como si aquello fuera lo más querido para ella-. No debéis llevároslo.

-Tiene enemigos, Enid -expliqué con suavidad-; o pronto los tendrá, cuando se acuerden de su existencia. Y ahora ya no tardarán mucho en recordar. Dejará de estar a salvo aquí. Los más astutos de entre ellos me buscarán a mí y esperarán encontrarlo a él.

Enid inclinó la cabeza y no dijo nada. Sostenía la mejilla de Arturo contra la suya, y el chiquillo enredó una mano menuda en sus suaves cabellos castaños.

-No te he hecho venir aquí para asustarte -dije, alzándome-. Sólo quería preguntar cómo estaba el niño. -Me acerqué más a ella, y el niño extendió una mano hacia mí para agarrar el borde de mi capa-. Siéntate; por el momento no hablaremos más de la partida.

Nos sentamos el uno junto al otro, y Enid colocó a Arturo entre sus pies. El niño se encaminó tambaleante hacia Pelleas y se detuvo con los ojos levantados hacia él. Mi compañero sonrió, se inclinó para cogerle la mano, y, presa de repentina inspiración, se le ocurrió poner a prueba a la criatura. Permitiendo a Arturo sujetar dos dedos de cada una de sus manos, Pelleas las alzó despacio, de modo que los pies de Arturo abandonaron el suelo y quedaron colgando en el aire. Al niño le gustó el juego y chilló de alegría.

Manteniéndolo en el aire, Pelleas empezó a balancear al chiquillo muy despacio de un lado a otro; Arturo no se soltó, sino que empezó a reír. Pelleas lo balanceó con más fuerza, y Arturo se puso a reír con más fuerza. El balanceo aumentó más y más, y el niño bramó de alegría. Con toda deliberación, Pelleas soltó una de sus manos, pero él se sujetó con más

fuerza a la otra y rió aún más fuerte. Aunque lo habíamos visto con los gatos el día anterior, y hubiéramos debido estar preparados, la fuerza de las manos del chiquillo me sorprendió. La resistencia de aquellos deditos gordezuelos era considerable.

Por fin, Pelleas dejó a Arturo en el suelo sin hacer caso de sus protestas: ¡el chiquillo quería repetir el juego! Arrodillándome ante el niño, tomé entre las mías una de las diminutas manos, la abrí y miré su palma como si lo hiciera en el recipiente de las predicciones.

-Esa mano está hecha para empuñar una espada -murmuró Pelleas.

Mantuve la mirada fija durante un buen rato en el ancho rostro inocente y los risueños ojos azules de la criatura; luego reanudé mi charla con Enid.

Eso fue todo: un instante brevísimo; pero, a partir de ese momento, Pelleas jamás volvió a referirse a Arturo como «el niño», sino que utilizaba su nombre de pila, o alguna variación de éste.

-Tengo intención de discutir esto con Tewdrig cuando llegue -continué, devolviendo mi atención de nuevo a Enid-. Entretanto, no te inquietes por ello. A lo mejor me equivoco. ¿Quién sabe? Tal y como están las cosas, no existe peligro en estos momentos. -Le dediqué una sonrisa para tranquilizarla-. Puedes irte ahora, Enid.

La joven se puso en pie, levantó a Arturo, que se había aferrado a sus rodillas, y fue hacia la puerta.

-Enid -dije, incorporándome y dando un paso hacia ella, que se quedó medio girada en el umbral-, no tienes nada que temer de mí. No te quitaré a Arturo; ni permitiré que os suceda nada malo a ninguno de los dos.

Enid inclinó la cabeza en solemne asentimiento; luego se dio la vuelta y se marchó a toda prisa.

-Espero que Tewdrig regrese pronto -observó Pelleas-. Me parece que tendrá algo que contarnos.

-Sientes curiosidad por saber que sucedió en el consejo tras nuestra partida-respondí.

-La verdad es que sí -admitió él con una franca sonrisa-; pero mi curiosidad no es vana, Emrys.

-¿He sugerido yo otra cosa?

PENDRAGON IV

No tuvimos que aguardar mucho. Tewdrig llegó al día siguiente. Se alegró de encontrarnos allí esperándolo, y no perdió un momento en convocar a sus consejeros para que se reunieran con él en sus aposentos.

-Quiero a mis consejeros y quiero mi copa. He cabalgado desde un extremo de la isla hasta el otro y estoy sediento. -Tras rogarme que lo esperase, se dirigió directamente a su habitación, situada al otro extremo de la sala.

Meurig, que había estado en Londimum con su padre, ordenó que trajesen cerveza. El joven refunfuñó:

-¡Parecía como si su casa estuviera en llamas! Llevamos sobre la silla desde antes del amanecer, Myrddin, y no he comido nada desde entonces.

Justo en ese momento la voz de Tewdrig surgió desde detrás de la cortina del fondo de la sala.

-¡Meurig! ¡Estoy aguardando!

El joven volvió a suspirar, e hizo intención de marcharse a toda prisa.

-Pelleas se ocupará de la cerveza -le dije al tiempo que despedía a Pelleas con una mirada-. Vayamos con lord Tewdrig.

-Te aseguro, Myrddin, que esta vez has hundido un bastón muy afilado en la colmena -declaró Tewdrig en cuanto me vio-. Coledac estaba tan furioso que no podía hablar. El rostro de Dunaut se volvió negro de rabia, y, en cuanto a Morcant, lo cierto es que creí que la vieja serpiente iba a hincharse hasta estallar. -Rió sin alegría-. ¡Lo que habría dado por verlo!

-Jamás he visto una rabia así que no encontrara salida en un enfrentamiento a espada. -Meurig se dio un masaje en la nuca con la mano-. Pero tú habías desaparecido, Myrddin Emrys. ¿Qué podían hacer?

-Te aseguro -dijo Tewdrig en tono solemne- que, si no te hubieras marchado cuando lo hiciste, a estas horas serías hombre muerto. Juro sobre el altar de Dafyd que tu cabeza estaría colgada sobre las puertas de Londinium.

Dunaut habría insistido en ello.

-¿Saben adónde he ido? -inquirí.

-No veo cómo nadie podría saberlo -respondió Tewdrig sacudiendo la cabeza-; yo lo ignoraba.

-En ese caso aún tenemos tiempo -repuse, más para mí mismo, pues en aquel momento Pelleas hizo su aparición con copas y jarras.

Meurig dio una fuerte palmada.

-Ah, aquí está la cerveza. ¡Estupendo! ¡Llena las copas, Pelleas, y no dejes de llenarlas hasta que yo diga bastante!

-¿Tiempo para qué? -preguntó Tewdrig mientras se pasaban las copas.

-Para desaparecer.

-Un plan muy sensato, sin duda. -Tewdrig me miró con curiosidad-. ¿Adónde irás?

-A Goddeu, en Celyddon. Arturo estará más seguro con Custennin.

-De modo -repuso Tewdrig despacio- que todavía consideras que el niño representa un peligro para sí mismo.

-¿Qué puede ofrecer Custennin que nosotros no podamos? -exigió Meurig, limpiándose la espuma del bigote-. Que vengan. Si hay un lugar seguro en toda la Isla de los Poderosos, éste es Caer Myrddin. Podemos proteger a los nuestros.

-No -repliqué-; no puede ser de ese modo.

-¿Cuándo os iréis? -quiso saber Tewdrig.

-Pronto; depende de lo que haya sucedido en el consejo.

Tewdrig levantó su copa y me contempló con incredulidad.

-¡Ja! -bufó-. ¡Lo sabes tan bien como yo!

-Quiero decir --expliqué-, ¿acatarán el desafío de la espada?

-Bueno, fue difícil. No nos lo pusiste fácil. -El jefe guerrero se pasó una mano por los cabellos- Pero al final se decidió que haríamos honor a tu reto. -Tewdrig sacudió la cabeza despacio-. ¡Ah, fuiste muy astuto, Myrddin! Creo que Dunaut y Morcant y los otros creyeron que podrían obtener la espada sólo gracias a la fuerza. Los muy estúpidos debieran haber sabido que no sería tan sencillo como eso.

Tewdrig tomó un buen trago de la copa que sostenía, y cuando la bajó de nuevo lanzó una carcajada, diciendo:

-¡Tendrías que haberlos visto! Les sería más fácil desarraigar Yr Wyddfa que mover esa espada. Está bien hundida y yo lo sé bien: lo probé. ¡Dos veces!

-He de confesar, Myrddin -dijo Meurig con una sonrisa pesarosa-, que yo también lo intenté. Pero, aunque hubiera sido el mismísimo gigante Ricca, no habría podido sacar la espada.

-Has dicho que acatarán la prueba... ¿Estás seguro?

-¿Qué otra cosa pueden hacer? -contestó Tewdrig-. Al principio, esperaban que uno de ellos obtuviera la espada y resolviera la cuestión definitivamente. Cuando se dieron cuenta de su error ya era demasiado tarde: todos habíamos jurado acatar la decisión de la espada. Ninguno de ellos imaginó que fuera a resultar tan difícil, de lo contrario no habrían hecho el juramento. Retractarse ahora significaría admitir la derrota. Los hombres como Dunaut preferirían morir antes que darte la razón, Myrddin; así pues, la situación se mantiene.

-Al ver que nadie lo conseguía -intervino Meurig-, el obispo Urbanus declaró que los señores deberían reunirse de nuevo para la Misa de la Natividad y volver a probar suerte con la espada entonces.

Sí, ése era Urbanus: ávido de cualquier mendrugo que los reyes le arrojaran. Muy bien, si eso los volvía a reunir en la iglesia, que así fuera. Yo no quería saber nada más de ellos; en aquellos momentos veía un sendero diferente extendiéndose ante mí, y estaba ansioso por descubrir adónde conducía.

-¿Creéis que irán? -preguntó Pelleas.

Tewdrig se encogió de hombros.

-¿Quién puede decirlo? Falta mucho para el próximo solsticio de invierno y pueden suceder muchas cosas. Puede que se olviden de la espada clavada en la piedra. -Volvió a lanzar una sonora carcajada-. ¡Pero, por el Dios que me hizo, Myrddin Emrys, no se olvidarán de ti!

Dos

Lo cierto es que nos quedamos con Tewdrig toda la primavera, y nos habríamos quedado más tiempo de no haber sido por la visita de Bleddyn ap Cynfal, que residía en Caer Tryfan allá en el norte. Los señores de Rheged mantenían una estrecha alianza con los señores de Dyfed en el sur

para asegurar su mutua protección. Tewdrig y Bleddyn estaban emparentados, y se visitaban a menudo para comerciar y discutir sus asuntos.

Yo no conocía a Bleddyn pero él me conocía a mí.

-Se os saluda, lord Emrys -dijo Bleddyn, haciéndome el cumplido de llevarse el dorso de la mano a la frente en señal de respeto-. Hace mucho tiempo que deseaba conoceros. Espero que algún día pueda mostraros la generosidad de mi hogar.

-Vuestra oferta es muy amable, lord Bleddyn -respondí-. Podéis estar seguro de que, si alguna vez necesito un amigo en el norte, os iré a ver.

-Los dos somos parientes y amigos -intervino Tewdrig-. Confía en Bleddyn como confiarías en mí.

Bleddyn aceptó el cumplido de Tewdrig con afabilidad.

-Pudiera ser, lord Emrys, que precisarais de un amigo en el norte antes de lo que creéis.

-¿Cómo es eso? -inquirí, percibiendo la sutil advertencia que encerraban sus palabras.

-Se dice que Dunaut y Morcant están revolviendo incluso las piedras en su búsqueda del bastardo de Uther. Se dice que buscan al niño para protegerlo de cualquier mal, pero quien crea eso, es más estúpido que Urbanus.

-Así pues, ya ha empezado. Han tardado más de lo que esperaba en acordarse de Arturo.

-En cuanto a eso -repuso Bleddyn-, la reina de Uther acaba de dar a luz una niña. Sin duda se han limitado a esperar para estar seguros de en qué dirección saltar. Desde luego, a mí me da igual una cosa o la otra; pero, si el niño es hijo de Uther, sería una vergüenza permitir que
cualquiera de esos dos le pusiera las manos encima. Sería, en mi opinión, una adopción muy breve. Demasiado breve, quizá, para vuestro gusto... o el del niño.

Por entonces, muchos nobles mantenían aún la costumbre de la adopción, por la cual los jóvenes se criaban con las familias de parientes de confianza. Los beneficios de tal práctica eran muchos; el más importante era el fortalecimiento y aumento de los lazos de parentesco. El mismo Bleddyn había traído con él a su pequeño hijo Bedwyr, un niño de cuatro o cinco abriles, para que pasara una corta estancia en Caer Myrddin.

Medité sus palabras con cuidado, y, antes de que pudiera responder, siguió:

-Vamos, lord Emrys. Regresad con nosotros cuando vayamos de vuelta a nuestras tierras. Seréis muy bien recibido allí.

-Ha pasado mucho tiempo desde que estuve en el norte -respondí, ya decidido-. Muy bien, regresaremos con vosotros. Que Morcant intente encontrarnos.

Así pues, cuando Bleddyn regresó a Caer Tryfan, cuatro más cabalgaban con él: Pelleas, Enid y Arturo, y yo. Acampamos por el camino, evitando en todo lo posible cualquier contacto con aquellos por cuyas tierras pasábamos, en especial las fortalezas de señores feudales y jefes guerreros. Sin duda habríamos recibido calurosas bienvenidas, pero era mejor que nadie conociera mis movimientos.

Caer Tryfan demostró ser un lugar perfecto para nosotros. Aunque hubiera explorado todas las cañadas del norte, no habría podido escoger lugar mejor: protegido por elevados riscos de escarpadas rocas, al abrigo tanto de los fortísimos vientos del norte como de las miradas fisgonas de los orgullosos señores del sur. Bleddyn nos ofreció un gran recibimiento y se mostró como el generoso señor de unas gentes abiertas y desprendidas.

Nos instalamos allí entre ellos. Otoño, invierno, primavera, verano; las estaciones transcurrían sin incidentes. Enid continuó cuidando de Arturo, y parecía muy satisfecha con su nuevo hogar; con el tiempo se casó incluso e inició su propia familia. Arturo crecía fuerte como un roble, aumentando sus energías a medida que iba dominando las pequeñas tareas propias de la infancia. Casi sin darnos cuenta, llegó el momento del regreso del hijo más pequeño de Bleddyn, quien encontró en el joven Arturo a un amigo bien dispuesto. Bedwyr -un chiquillo delgado y agraciado, tan moreno como rubio era Arturo- tomó a mi protegido bajo su cuidado.

Los dos se convirtieron en amigos íntimos, inseparables: dorada aguamiel y vino tinto vertidos en la misma copa. Era una delicia verlos jugar. El ardor con que se entregaban a sus actividades no se veía menguado por el hecho de que sus espadas fueran de madera. Eran fieros como gatos monteses e igual de salvajes. Cada día regresaban de su entrenamiento con las armas envueltos en nubes de gloria.

A causa de la amistad entre los dos muchachos, Bleddyn retrasaba el envío de Bedwyr a su segundo pupilaje. Pero el momento no podía posponerse eternamente. Más tarde o más temprano, Bedwyr y Arturo deberían separarse, y yo temía aquel momento por Arturo. Entonces, justo después

de la recolección, y cuando Arturo tenía ya siete años, llevamos a los chiquillos a la Asamblea de Guerreros.

Una vez al año, los señores del norte reunían a sus ejércitos durante unos días para celebrar una gran fiesta y pruebas de destreza con las armas. Se trataba de un simple entretenimiento, pero resultaba muy beneficioso al permitir a los más jóvenes la posibilidad de poner a prueba sus habilidades contra guerreros más experimentados, de comprobar su temple antes de una auténtica batalla... bien que a veces de una forma dolorosa. No obstante, era mejor un cardenal recibido de un amigo que una sangría a manos de un enemigo. Y los saecsen no eran famosos por abandonar al grito de: «¡Me rindo!».

Bedwyr y Arturo averiguaron lo de la Asamblea y empezaron a importunarme con ella.

-Por favor, dejad que vayamos, Emrys -suplicó Bedwyr-. Ni os enteraréis de que estamos allí, ni tampoco los demás. Decid que sí, Myrddin.

La Asamblea era para guerreros que ya se habían unido a un ejército. Por lo general a los niños no se les permitía asistir, y ambos lo sabían, de modo que yo estaba a punto de decir que no basándome en ello.

-Sería bueno para nosotros ir -insistió Arturo con toda seriedad-. Nos ayudaría en nuestra preparación.

No podía discutir la lógica de aquellas palabras; no era en absoluto una mala idea. Aun así, no era costumbre, y dudé.

-Preguntaré a Bleddyn -les dije-, si prometéis acatar su decisión.

Bedwyr puso cara larga.

-Entonces nos quedaremos aquí otro año. Mi padre nunca nos dejará ir.

-¿Otro año? -me asombré-. No recuerdo que pidierais ir el año pasado.

El joven príncipe se encogió de hombros.

-Yo quería pedirlo, pero Arturo se negó. Dijo que éramos aún muy jóvenes, y que no nos haría ningún bien ir. Así pues, esperamos para pedirlo este año.

-¿Habéis estado esperando todo el año? -pregunté, volviéndome hacia Arturo.

-Me pareció lo mejor -respondió éste al tiempo que asentía con la cabeza.

Algo más tarde, aquella misma noche, discutí su caso con Bleddyn.

-Esa forma de pensar demuestra sensatez, y debiera ser recompensada. No hay duda de que aprenderían mucho. Mi opinión es que se los debería dejar ir.

Bleddyn recapacitó sobre ello unos instantes.

-Digamos que lo permito -contestó al fin-, ¿qué harían en la Asamblea?

-Con toda sinceridad, no puedo decirlo -respondí con una carcajada-; pero no creo que importara demasiado si permanecen en un rincón y observan. Y Arturo tiene razón: ayudaría en su preparación.

-El año próximo puede que sí; quizás estén preparados para ello -concedió Bleddyn-. Son demasiado jóvenes aún.

-Eso les dije yo, pero Bedwyr me comunicó que ya han esperado un año. -Bleddyn enarcó las cejas sorprendido, de modo que se lo expliqué rápidamente-. Es cierto. Querían ir el año pasado, pero Arturo decidió que tendrían más posibilidades si posponían la petición hasta este año, cuando fueran un poco mayores. Así que han esperado.

-Extraordinario -repuso Bleddyn, pensativo-. Tanta paciencia y previsión resulta muy rara en alguien tan joven. Tienes razón, Myrddin, hay que recompensarla. Muy bien, lo permitiré; pero tú y Pelleas tendréis que cuidar de ellos y evitar que se metan en líos. Yo tengo cosas que tratar con los señores del norte.

Así fue como Pelleas y yo nos convertimos en niñeras de dos jovencitos montados en ponis lanudos, durante la Asamblea de Guerreros.

El ejército de Bleddyn, el más grande de entre los clanes del norte, contaba con más de un centenar de hombres, pero los cinco señores que debían lealtad a Bleddyn presumían también de ejércitos casi igual de grandes. De este modo, con una presencia de varios cientos de guerreros, la Asamblea de Celyddon no era una insignificancia. En años posteriores, las Asambleas atraerían a poblados enteros, clanes y jefes guerreros, para contemplar el espectáculo; pero en aquella época eran tan sólo para nobles y sus hombres... y dos jóvenes aspirantes a guerreros que tenían la venia del rey para asistir.

Dentro del mismo bosque de Celyddon no existía un claro lo bastante grande para celebrar una reunión de muchos hombres. Pero al norte de Celyddon, donde el bosque volvía a dar paso a elevados páramos azotados

por el viento, había muchos valles amplios muy apropiados para tal empresa.

Un soleado día de otoño, en cuanto la cosecha quedó recogida y guardada para el invierno, Bleddyn puso en marcha a su ejército, y salimos en dirección a las colinas. Durante dos días cabalgamos por el bosque, aprovechando al mismo tiempo para cazar.

Los guerreros se sentían muy animados; todo eran bromas y peleas amistosas. El bosque retumbaba con el sonido de las risas y las canciones. Por la noche, los hombres encendían enormes hogueras y pedían a gritos relatos de hechos valerosos; yo enviaba a Pelleas en busca de mi arpa y les cantaba. Bedwyr y Arturo se colocaban delante de todos, desde luego, los ojos encendidos y la atención entusiasta hasta la última nota.

A primeras horas del quinto día alcanzamos el final del bosque, y al anochecer llegamos al lugar de reunión: un valle amplio formado por la confluencia de dos ríos. El sol ya se había ocultado tras una elevada colina, pero el cielo estaba iluminado por esa suave luz dorada característica de las tierras del norte.

Bañados en esta luz ambarina, coronamos una alargada loma y nos detuvimos para bajar la mirada hacia el valle. Ya había allí tres o cuatro ejércitos, y el humo de las hogueras en que preparaban la cena flotaba plateado en el inmóvil aire vespertino.

A la vista de las fogatas que ardían allá abajo como estrellas recién caídas del firmamento, los muchachos se detuvieron.

-Nunca imaginé que serían tantos-exclamó Bedwyr, casi sin habla-. ¡Debe de haber diez mil!

-No tantos como eso -le aseguré-; pero sí que son más de los que se han reunido en muchos años.

-¿Por qué? -preguntó Arturo.

-Porque los señores aumentan sus ejércitos cada año. Necesitamos más guerreros para combatir a los saecsen.

-Entonces es bueno que Bedwyr y yo hayamos venido -respondió meditabundo.

Bedwyr azotó su poni y se dirigió hacia el primero de los guerreros que empezaban a descender al valle.

-¡Arturo! -gritó Bedwyr-. ¡Vamos! ¡Date prisa!

Los dos muchachos lanzaron sus caballos a una veloz carrera y descendieron por la ladera gritando como bheansídhe.

-Espero y deseo que no hayamos cometido un error -comentó Pelleas, contemplando cómo los dos chiquillos se alejaban. Cuando él y yo finalmente los alcanzamos otra vez, estaban sentados junto a una fogata escuchando a un arpista que entonaba la Batalla de los Árboles. Puesto que no habría forma de moverlos de allí hasta que terminara la canción, nos acomodamos junto a ellos, sentados en el suelo con las piernas cruzadas, a esperar.

El arpista pertenecía a la casa de uno de los parientes de Bleddyn, un hombre con un nombre romano: Ectorius. Este Ectorius poseía tierras algo al norte y este de Celyddon, junto al mar, una región difícil de proteger, ya que los saecsen y sus secuaces -frisones, anglos, jutos y otros- desembarcaban en alguna de las innumerables y anónimas bahías rocosas, calas y ensenadas de la zona.

Era un hombretón de llameante barba roja y rizada melena de cabellos cobrizos que llevaba sujetos en la nuca. Aunque no era alto, se erguía sobre unas piernas robustas como tocones de roble, y se decía de él que en una ocasión había aplastado un tonel apretándolo entre los gruesos brazos. Si sus proezas con la fuerza física eran bien conocidas, su habilidad con las armas era legendaria. Un veloz golpe de su espada podía separar la flor de la cabezuela del cardo, o, con la misma facilidad, partir en dos a un hombre.

Ectorius era tan jovial como intrépido. Si alguien reía, Ectorius reía más fuerte y durante más tiempo. Y nadie disfrutaba más con una buena canción, o con la cerveza, o la comida. Si bien su sentido del gusto no resultaba particularmente bueno, también hay que decir en su favor que su capacidad de aceptación era amplísima.

Ningún arpista, por mediocre que fuera, fue jamás expulsado del hogar de Ectorius. En tanto que el infeliz pudiera gorjear su relato hasta el final, su patrón se sentía en el séptimo cielo; en consecuencia, su generosidad para con los bardos era bien conocida y casi nunca le faltaba entretenimiento nocturno. Los mejores bardos pugnaban por una oportunidad de cantar para él.
Así pues, fue la hoguera de Ectorius la que atrajo a los muchachos. Allí se les dio la bienvenida, y no se les recordó excesivamente su corta edad.

El arpista conocía bien su relato, y cantaba con fervor, si bien con voz bastante discordante. No obstante, a nadie parecía importarle, y menos a Arturo y Bedwyr, cuyos rostros resplandecían de satisfacción a la luz del fuego.

Cuando, finalmente, el relato concluyó, se elevaron los vítores, y el intérprete aceptó la ovación con una humilde reverencia a sus oyentes. Ectorius se abrió paso a codazos y dio una palmada al cantante en la espalda, alabándolo a grandes voces:

-¡Bien hecho! Bien hecho, Tegfan. La Batalla de los Árboles... ¡Espléndido!

Entonces la mirada del señor feudal cayó sobre los muchachos, cuando nos incorporábamos para regresar a nuestro campamento.

-¡Eh! -exclamó-. ¡Esperad, caballeros! ¿Qué tenemos aquí?

-Lord Ectorius -dije yo-, permitid que os presente al hijo del rey Bleddyn, Bedwyr, y a su hermano de armas, Arturo.

Tanto Arturo como Bedwyr saludaron al noble llevándose el dorso de la mano a la frente, según nuestra antigua señal de respeto.

Con una amplia sonrisa, nuestro anfitrión posó una enorme mano en el hombro de cada uno de los muchachos y la cerró con fuerza.

-Unos jovencitos fuertes. ¡Os saludo! Deseo que todo os vaya muy bien mientras estéis entre nosotros.

Bedwyr y Arturo intercambiaron una discreta mirada, y Arturo dijo con osadía:

-Nosotros no vamos a participar, lord Ectorius.

-No se nos considera lo bastante mayores como para poner a prueba nuestras habilidades -explicó Bedwyr, dirigiéndome una mirada cargada de reproche; como si yo fuera la causa de todos sus problemas en este mundo.

-Vaya, ¿es cierto eso? -repuso Ectorius, sonriendo aún más-. Entonces quizá tengamos que cambiar eso. Venid a verme mañana y veré qué puede hacerse.

Los muchachos le dieron las gracias y se marcharon corriendo, ansiosos por meterse en la cama al instante para así poder despertar más temprano a la mañana siguiente. Momentos antes de cerrar los ojos, ambos volvieron a agradecerme que les hubiera permitido asistir a la Asamblea.

-Me alegro de que estemos aquí -bostezó Bedwyr rebosante de felicidad-. Ésta será una Asamblea para recordar. Espera y verás, Artús.

-Estoy seguro de que jamás la olvidaré -le aseguró él muy serio.

Lo cierto es que no creo que la olvidara jamás.

Tres

En los días que siguieron, no vi para nada a Bleddyn, que estaba ocupado tratando sus asuntos con los otros señores de la Asamblea, de la misma forma en que yo estaba ocupado en mis cosas. Como nadie parecía prestar atención a Arturo -para los jefes guerreros del norte no era más que otro chiquillo- dejé al muchacho al cuidado de Pelleas y cabalgué solo hasta las colinas. Allí, busqué a aquellos cuyos ojos eran más agudos que los míos, y cuyo consejo compensaría con creces el esfuerzo. Imposible para cualquier otro, tardé varios días en descubrir una huella siquiera de los Pequeños Seres Oscuros.

Al anochecer del segundo día, mientras rastreaba por entre las desoladas colinas azotadas por el viento en busca de los rastros que yo sabía que se encontraban allí, tropecé con un sendero apenas perceptible. Acampé allí mismo para no volver a perderlo, y al día siguiente seguí el casi invisible camino a lo largo de las cimas de la cadena montañosa hasta un poblado del Pueblo de las Colinas. Las pequeñas elevaciones de tierra bajo las que se encontraban las viviendas, o raths, se hallaban en un recóndito pliegue de una cañada aislada. Pero el poblado parecía abandonado.

El día tocaba casi a su fin, de modo que acampé. Tras atar mi caballo en el exterior de una de las viviendas, fui en busca de agua al arroyo que discurría por el fondo de la cañada, no muy lejos de allí. Bebí hasta hartarme; luego volví a llenar mi odre y regresé al campamento, donde encontré mi montura rodeada por siete hombrecillos montados sobre peludos ponis. Ni los había oído ni los había visto acercarse, como si hubieran surgido de las hileras de matas de brezo que nos rodeaban. Con los arcos cargados y listos para disparar, me contemplaron fríamente, una profunda desconfianza pintada en los oscuros ojos.

Alcé la mano en señal de saludo.

-Sámhneach, breáthairi-dije en su propio idioma-. Paz, hermanos. -Rocé con los dedos la descolorida marca fhain azul de mi mejilla-. Amsarahd Fhain-expliqué-. Fhain del Halcón.

Me miraron y luego intercambiaron miradas entre ellos, sorprendidos. ¿Quién era este miembro de los hombres-altos que hablaba su lengua y

afirmaba ser miembro de un clan? Uno de los hombres, no más alto que un muchacho de doce años, saltó de su montura y fue a mi encuentro.

-Vrandubh Fhain -dijo, tocando su marca fbain-. Fhain del Cuervo.

-Que Lugh-Sol te sea propicio -respondí-. Soy Myrddin.

Abrió unos ojos como platos y se volvió hacia sus compañeros.

-¡Ken-ti gern!-gritó-. ¡Ha venido el Ken-ti-gern!

Al oír esto los hombres saltaron de sus ponis, y del interior de los ratbs salieron mujeres y niños en tropel. En menos de tres segundos, me vi rodeado de seres de las colinas que extendían ansiosos las manos para tocarme y darme palmadas.

La jefe del clan hizo su aparición, una mujer joven vestida con suave piel de venado y con plumas de cuervo adornando las tirantes trenzas de negros cabellos.

-Saludos, Ken-ti gern -dijo, sonriendo con alegría. El tono bronceado de su piel hacía que los dientes, perfectos y blancos, resaltaran aún más-. Yo, Rina, te doy la bienvenida. Siéntate con nosotros -invitó-. Comparte nuestra comida esta noche.

-Me sentaré con vosotros, Rina -contesté-. Compartiré vuestra comida.

Con gran algarabía y ceremonia, se me condujo hasta la más grande de las tres viviendas. En su interior, presidiendo un fuego de turba, se hallaba una anciana de largos cabellos blancos y un rostro tan arrugado que me pregunté cómo podría ver por entre los pliegues. Pero ella ladeó la cabeza y me contempló con lúcidos ojos negros cuando me arrodillé ante ella.

-El Ken-ti gern ha venido a compartir la comida -explicó Rina a la anciana, que asintió en silencio, como si ya supiera que un día yo iba a aparecer en su hogar.

-Saludos, Gern y-fhain. Que Lugh-Sol te sea propicio -saludé e, introduciendo la mano en la bolsa que pendía de mi cinturón, saqué un pequeño brazalete de oro que había traído conmigo para tal ocasión-. Toma esto, Gern y fhain. Espero que te produzca buenos beneficios.

La hechicera me dedicó una sonrisa regia, y aceptó el regalo con una lenta inclinación de cabeza. Luego, volviéndome hacia Rina, que se encontraba junto a mí, saqué una pequeña daga de bronce con una empuñadura de cuerno de ciervo. Los ojos de la mujer se iluminaron con inocente satisfacción a la vista del cuchillo.

-Toma esto, Rina -dije, al tiempo que colocaba el trofeo en su palma extendida-. Deseo te sea útil.

Los dedos de Rina se cerraron sobre la daga y la mujer alzó el arma ante los brillantes ojos, claramente abrumada por su buena suerte. Lo cierto es que no era nada; un pedazo de bronce y hueso. Un cuchillo de acero le habría sido de más utilidad, pero los pryranis temían al hierro y desconfiaban del acero; ambos se oxidan, lo que les sugiere enfermedad y descomposición.

La Gern y-fhain dio dos fuertes palmadas, y una de las mujeres trajo un cuenco lleno de un espumeante líquido de olor acre. La hechicera bebió y luego me pasó el cuenco. Sujeté el recipiente con ambas manos y tomé un buen trago, saboreando el gusto agridulce de la cerveza de brezo. El sabor llenó de lágrimas mis ojos al traer a mi memoria tiempos pasados; recordé la última vez que había bebido aquel delicioso brebaje embriagador: la noche en que me había despedido del fha1n del Halcón.

Bebí como si recuperara con ello mi antigua vida, engullendo a grandes sorbos el espléndido recuerdo, y casi a regañadientes pasé el cuenco a Rina. Cuando la ceremonia del cuenco de bienvenida se hubo cumplido tal y como marca el protocolo, los hombres del clan -que habían aguardado apelotonados en la entrada- penetraron desordenadamente en el rath. Niños, pequeños y morenos, ágiles como cervatos, aparecieron entre nosotros, y mujeres jóvenes, que acunaban diminutos bebés de cabellos rizados, se deslizaron al interior para acomodarse detrás
de la mujer sabia del clan. Comprendí que se me ofrecía una visión del tesoro del fhain -su eurn, su riqueza en niños-, un gran honor para un extranjero perteneciente a los hombres-altos.

Los hombres empezaron a preparar nuestra comida, cortando tiras de carne del muslo de un pequeño venado. Las tiras las arrollaban a brochetas de madera que luego clavaban en la tierra alrededor del fuego de turba para irles dando la vuelta de vez en cuando. Mientras la carne se cocinaba, comenzamos a hablar de aquel año.

El invierno había sido húmedo, pero no demasiado frío, dijeron. Y la primavera lo mismo. El verano era más seco y cálido, y las ovejas habían engordado mucho. El fhain del Cuervo había sabido que se celebraría la Asamblea, y sabía también cuánta gente asistía y de dónde eran los participantes, pero al Pueblo de las Colinas no parecía importarles la presencia de los guerreros.

-Ellos no saquean como los hombres seaxes -explicó Rina.

PENDRAGON IV

-Los hombres del cuchillo largo roban nuestras ovejas y matan a nuestros niños -añadió la Gern y fhain con amargura-. Muy pronto nuestros Progenitores nos llevarán con ellos.

-¿Habéis visto a los Cuchillo Largo? -inquirí.

La hechicera movió levemente la cabeza.

-No esta temporada -contestó-; pero regresarán pronto.

Uno de los hombres tomó entonces la palabra.

-Hemos visto naves pictas navegando hacia el norte y el este. Se ha lanzado el cran-tara, y los hombres seaxes vendrán.

Estas palabras fueron pronunciadas sin amargura ni rencor, pero percibí el gran dolor que había en ellas. Los Pequeños Seres Oscuros veían cómo su mundo cambiaba, cómo se reducía ante sus ojos. Creían, no obstante, que sus Progenitores -la diosa Tierra y su consorte Lugh-Sol- los llevarían a su auténtico hogar: un paraíso en el mar occidental. Después de todo, ellos eran los Primogénitos de entre todo el caudal de niños de la Madre, ¿no era así? Ocupaban un lugar especial en su inmenso y amoroso corazón; y ella les había preparado una patria lejos, muy lejos de los endemoniados hombres-altos. Suspiraban por aquel día, el cual, considerando las cada vez mayores depredaciones que sufrían, no podía tardar en llegar.

Escuché la relación de sus problemas, y deseé poder ayudarlos en alguna forma. Pero lo único que podría haberlos ayudado era una larga temporada de paz y estabilidad en el territorio, y eso era algo que yo no tenía el poder para conceder.

Pelleas cuidó de Arturo y Bedwyr mientras estuve ausente. Levantándose temprano para empezar el día, y resistiéndose al sueño hasta el último momento para prolongar su participación, los dos ávidos cachorros rondaban por la Asamblea: lobos jóvenes dispuestos a devorar toda la vida de guerrero a la que pudieran hincar el diente.

Observaban las pruebas dé habilidad y fuerza con enorme interés y entusiasmo; casi siempre en la compañía de lord Ectorius, que los recibía como a nobles y hermanos de armas. Sus agudos gritos de alegría podían escucharse por encima incluso de los rugidos de aprobación de Ectorius cada vez que se asestaba un buen golpe o se llevaba a cabo una maniobra perfecta. No perdían ni una oportunidad de contemplar las pruebas y, cuando no había ninguna, practicaban por su cuenta, imitando lo que habían visto.

El tiempo se mantuvo espléndido en todo momento, y, cuando la Asamblea llegaba ya a su fin, regresé al campamento y permanecí cerca de los muchachos, pero sin que se dieran cuenta.

-¿Qué sucede, señor? ¿Estáis preocupado? -me preguntó Pelleas en una ocasión al ver que estaba solo. Los muchachos contemplaban en aquellos momentos una prueba de puntería con lanza sobre el lomo de un caballo al galope.

-No -respondí, sacudiendo levemente la cabeza y sin que mis ojos se apartaran ni un momento de la escena que se desarrollaba ante ellos-. No estoy preocupado. Tan sólo deseo que hubiera un modo de que permanecieran juntos. -Señalé a los dos chiquillos.

-Sería bueno para ambos si permanecieran juntos -asintió Pelleas-. Se quieren mucho.

-Pero no podrá ser.

-¿No?

-No. Cuando finalice la Asamblea, Bedwyr irá a vivir con Ennion en Rheged, y nosotros debemos regresar a Caer Tryfan.

-A lo mejor Arturo preferiría ir con Ectorius -sugirió Pelleas como quien no quiere la cosa, pero yo me di cuenta de que había estado pensando en ello.

-Podría arreglarse -repuse pensativo. Bleddyn no pondría objeciones, me dije, y por lo que había visto de Ectorius, el joven Arturo sería bien recibido en su casa.

-Pero no es eso lo que os ha mantenido alejado del campamento durante estos últimos días -dijo Pelleas, volviendo los pacientes ojos hacia mí.

-Estás en lo cierto, Pelleas. Los pictos y los escotos han lanzado el crantara: la llamada a la guerra. En la primavera juntarán sus fuerzas en los campamentos y descenderán hacia el sur para saquear.

-¿Es algo que habéis visto?

-Es algo que los Primogénitos han visto. -Le conté dónde había estado aquellos días: vagando por entre las colinas huecas en busca de los Pequeños Seres Oscuros- Esperaba poder encontrar a algunos de ellos aquí arriba este verano, y tuve éxito... o, más bien, fueron ellos quienes permitieron que los encontrara.

-¿El fhain del Halcón?

-No, otro: el fhain del Cuervo. Pero reconocieron mi marca fhain. -Me llevé la mano a la pequeña espiral azul de mi mejilla, el recuerdo de la época pasada con el Pueblo de las Colinas, y no pude reprimir una sonrisa-. Me reconocieron, Pelleas; me recordaban. Ken-ti gern, así es como se me conoce entre ellos ahora. Significa «el hombre sabio de los hombres-altos».

-¿Ellos os hablaron del cran-tara? ¿Es seguro?

-Su gern, la mujer sabia del fhain, me lo dijo: «Hemos visto sus barcos volando hacia el este en dirección a Ierna y al oeste hacia la tierra saecsen; volaban como gaviotas, como humo que desaparece sobre las inmensas aguas. El viento nos ha traído sus juramentos de sangre. Hemos visto cómo el sol se alzaba negro en el norte». -Hice una pausa-. Sí, es seguro.

-Pero, señor -dijo Pelleas-, no comprendo cómo esto puede impedir que los muchachos sigan juntos.

-Lo que han de aprender es mejor que lo aprendan solos -expliqué-. Juntos, no harían más que estorbarse el uno al otro. Su amistad es algo importante y sagrado y hay que preservarla cuidadosamente. Inglaterra necesitará su fuerza en años venideros.

Pelleas aceptó aquello; estaba acostumbrado a mis razonamientos.

-¿Queréis que yo les hable?

-Gracias, Pelleas, pero no. Yo se lo diré a los muchachos. -Me di la vuelta-. Pero eso puede esperar hasta mañana, creo. Vamos, hemos de ir a hablar con Bleddyn y sus nobles; nos esperan.

Bleddyn nos recibió en su tienda, y nos ofreció vino y pasteles de cebada. Tras intercambiar observaciones sobre la Asamblea, Bleddyn nos presentó a uno de los señores feudales que lo acompañaban, un noble llamado Hywel, quien, tras habernos saludado, dijo:

-Traigo una noticia que puede seros valiosa.

-En ese caso tenéis toda mi atención -repuse, disponiéndome a escuchar.

Hywel se inclinó hacia mí.

-Hemos visto campamentos bárbaros en Druim, y a lo largo de la costa de Cait. Cinco en total; algunos lo bastante grandes para dar cabida a

trescientos hombres. Los encontramos abandonados, pero no hacía mucho de eso. Al parecer han sido utilizados a principios del verano.

-El cran-tara -dije, asintiendo ante esta confirmación de las palabras de la Gern y-fhain.

-¿Ya lo sabías? -se asombró Bleddyn.

-Sólo que se ha lanzado la llamada a la guerra. Falta por ver si alguien responderá.

Hywel me contempló atentamente durante un instante.

-Creí poder seros útil, pero parece que estáis mejor informado que yo.

-Hay algo que podéis hacer, si lo deseáis.

-No tenéis más que nombrarlo, lord Emrys.

-Poned vigilancia durante la primavera y enviad un mensaje a Caer Edyn si sucede algo relacionado con el cran-tara.

-Así se hará, lord Emrys.

-¿Por qué Caer Edyn? -quiso saber Bleddyn cuando volvimos a quedarnos solos.

-Porque es allí donde estaré -respondí. Bleddyn se mostró sorprendido, de modo que me expliqué-. Ha llegado el momento del tutelaje de Bedwyr, y Arturo debe iniciar el suyo. No tengo palabras para ensalzar como se merece tu generosidad, ni para agradecerte como es debido todo lo que has hecho por Arturo.

-Tenía intención de cuidar del muchacho -protestó Bleddyn.

-Y lo harías bien, de eso no tengo duda -le dije-Estos últimos años han sido muy buenos, pero no debemos bajar la guardia. Creo que es hora de seguir nuestro camino.

Bleddyn aceptó mis razones, pero se sintió entristecido de todos modos.

-Lo que yo pierdo lo ganará Ectorius -proclamó-. Temía la llegada de este día, y esperaba poder posponerlo un poco más.

-Ojalá pudiera ser de otra forma -respondí-. Pero el mundo no espera. Hemos de movernos con él, o nos quedaremos atrás.

PENDRAGON IV

-Lamento veros marchar. -El monarca me contempló con tristeza.

-Ya conoces el camino hasta Caer Edyn. No tienes más que ensillar un caballo y estarás allí. Aunque sería mejor que olvidaras haber oído hablar jamás de Arturo... al menos durante algún tiempo.

Al día siguiente -el último día de la Asamblea- fui a nuestra tienda al anochecer cuando los muchachos se encontraban allí cenando juntos ante un pequeño fuego encendido por Pelleas. Arturo me dio la bienvenida calurosamente y, cuando me senté en el suelo junto a él, se quejó:

-Has sido tan difícil de ver como las plumas de jabalí, Myrddin. Y te has perdido casi todas las pruebas. Te busqué. ¿Dónde has estado?

-He estado buscando por aquí y por allí -respondí, rodeando los hombros de Arturo con mi brazo-, y averiguando el estado en que se encuentra la Isla de los Poderosos. De lanzas y espadas y ejercicios a caballo, ya he tenido suficientes.

-¿Suficientes? -preguntó Bedwyr sorprendido-. Nunca cabalgáis con los guerreros, Myrddin.

Sacudí la cabeza despacio.

-Tienes razón; no he cabalgado con el ejército desde hace muchos años. Pero lo hice tiempo atrás.

La expresión de asombro del muchacho no me pasó inadvertida.

-¿Tan difícil de creer resulta? -exclamé-. Entonces te contaré algo aún más difícil: hubo una vez en que yo conduje el ejército de Dyfed.

-¿Es cierto? -Bedwyr se había quedado sin habla.

-Yo le creo -dijo Arturo, leal.

-Bueno, no he venido a hablar de mis tiempos como guerrero, sino de vosotros. -Los muchachos se inclinaron al frente llenos de curiosidad-. Mañana finalizará la Asamblea, y todo el mundo regresará a sus casas..., todo el mundo excepto nosotros cuatro.

Esto era algo nuevo. Las dos criaturas se miraron nerviosas y miraron también a Pelleas. ¿Qué era aquello? ¿Qué significaba?

-Un príncipe debe recibir tutelaje en la casa de un rey -planteé la situación tal y como era-. ¿No es cierto?

-Lo es -respondió Bedwyr con un rápido gesto de asentimiento.

-Desde tiempo inmemorial, los nobles han intercambiado a sus hijos para que se educaran en casa de sus aliados. Así es como debe ser. Vosotros dos tenéis ya la edad de iniciar vuestra preparación y, por lo tanto, se ha dispuesto vuestro tutelaje.

El entusiasmo inicial creado por esta declaración se desvaneció rápidamente en cuanto se dieron cuenta de lo que entrañaba. Bedwyr no tardó en expresar en voz alta sus temores.

-No estaremos juntos, ¿verdad?

-No. -Volví a negar con la cabeza lentamente-. Eso no sería lo más aconsejable.

¡Con qué rapidez cambia el estado de ánimo de los jóvenes! Una nube negra pareció posarse sobre los muchachos; igual que si se les hubiera dicho que debían decidir cuál de ellos había de ser vendido como esclavo a los saecsen.

Aunque me dolía hacerlo, dejé que experimentaran su tristeza durante un momento antes de ofrecer consuelo. Entonces, con voz suave, dije:

-Seréis grandes señores, cada uno de vosotros. Lo he visto. Lo que es más, pasaréis el resto de vuestra vida juntos; también esto lo he visto. Así pues, tened ánimo. Aplicaos en las tareas que os aguardan, y el tiempo transcurrirá más deprisa. Muy pronto cabalgaréis juntos como auténticos hermanos de armas. Y el mundo temblará a vuestro paso.

Esto los contentó sobremanera. Arturo se incorporó de un salto y, por falta de espada, alzó el puño al aire.

-¡Saludos, hermano! Vayamos de buen grado a nuestros nuevos hogares, puesto que es para nuestro bien.

Bedwyr, de pie también, se hizo eco de este sentimiento.

-Recuerda -continuó Arturo-: nos encontraremos otra vez en la Asamblea del próximo año.

-¡Y en la que vendrá después! -exclamó Bedwyr. Si antes estaban satisfechos ahora estaban encantados.

-¡Salve, Arturo! -gritaron a todo pulmón, los puños alzados en el aire-. ¡Salve, Bedwyr!

-Bien dicho -aprobé, poniéndome en pie-. Cada año durante la Asamblea os encontraréis para cabalgar y divertiros... hasta el día en que ya no volveréis a separaros.

Por la mañana, cuando los acuerdos fueron explicados debidamente, los muchachos aceptaron las decisiones de sus mayores de buen grado. Mientras se levantaba el campamento y los primeros ejércitos iniciaban la marcha de regreso a sus respectivos hogares, los dos amigos permanecieron juntos, jurándose y volviendo a jurarse amistad hasta que a Bedwyr lo llamaron para partir.

-Tengo que irme -dijo el chiquillo con voz ligeramente temblorosa-. Te echaré de menos, Artús.

-Y yo te echaré de menos a ti, Bedwyn

-Lord Ectorius posee un buen ejército. Te irá bien.

-Y el ejército de lord Ennion no le va en zaga. Ocúpate de aprender todo lo que puedas. -Arturo dio una palmada a Bedwyr en la espalda.

El labio inferior de Bedwyr empezó a temblar, y el niño se abrazó a Arturo. Los dos amigos permanecieron abrazados unos instantes, hasta que recordaron su amor propio.

-Que te vaya bien, Arturo -se despidió Bedwyr, aspirando con fuerza para contener una lágrima.

-Que te vaya bien, hermano -repuso Arturo-. ¡Hasta el año próximo!

-¡Hasta el año próximo!

Ennion no tardó en partir, y Arturo cabalgó hasta la cima de la colina para poder contemplarlos hasta que se perdieran de vista. Al cabo de un rato, fui en su busca y lo encontré allí, observando aún, a pesar de que Ennion, su ejército y Bedwyr ya habían desaparecido de la vista.

-Es hora, Arturo. Lord Ectorius se marcha ya. -No contestó-. El año pasará deprisa -le dije, malinterpretando su silencio-. Volverás a ver a Bedwyr antes de darte cuenta.

Se volvió hacia mí, los azules ojos solemnes y oscuros como la pizarra.

-No me di cuenta hasta ahora de que tú y Pelleas tampoco vendríais. No sé por qué, pero pensaba que estaríamos juntos siempre...

-Pero estaremos juntos -respondí-. Al menos casi todo el tiempo.

Se animó al oír lo que le decía.

-¿De verdad, Myrddin? ¿Seguro? ¿Y Pelleas, vendrá también él con nosotros?

-Desde luego.

Arturo se quedó repentinamente pensativo.

-Dijiste que seríamos señores. ¿Te referías también a mí?

La incertidumbre sobre su nacimiento acechaba tras aquellas palabras: no sabía quién era su padre.

-Llevas con Myrddin mucho tiempo, muchacho. ¿Has oído alguna vez que pronunciara una profecía falsa, o que bromeara con tales cuestiones?

Mi respuesta lo llenó de alegría. Con una sonrisa de oreja a oreja, golpeó con las riendas el cuello de su montura y descendió al galope por la colina, ansioso por iniciar su nueva vida en la fortaleza de Ectorius, a orillas del mar. Lo seguí con mi caballo, pero más despacio, avergonzado conmigo mismo por haber eludido su inocente pregunta. Cuando había pronunciado las palabras éstas habían parecido auténticas. Pero ¿por qué vacilaba ahora? ¿Por qué no contarle mis sueños sobre su futuro? ¿Por qué no colocar la visión ante él y dejar que viera por sí mismo las posibilidades?

La tentación era grande, pero no. No. El momento no había llegado. Era aún demasiado joven, demasiado joven para cargar con algo así. Una vez que se hiciera cargo de aquel peso, lo llevaría hasta la tumba. Era mejor dejarlo vivir libre un poco más.

Cuatro

Caer Edyn estaba situado sobre un acantilado que dominaba una amplia extensión de brillantes aguas llamada Muir Giudan, una bahía abierta al este que desembocaba en lo que había dado en llamarse el mar Saecsen. Lord Ectorius gobernaba su territorio con mano firme. Imparcial, generoso, tan dispuesto para un festejo como para una pelea, Ectorius descendía de un largo linaje de oficiales romanos -centuriones en su mayoría, y un tribuno o dos también- que habían servido en las guarniciones marítimas de la costa oriental.

PENDRAGON IV

El noble caudillo continuaba el ancestral oficio de la familia: vigilar las aguas en busca de los negros cascos en forma de cuchillo de las naves enemigas.

Pero el bravo Ector servía a un rey y no a un legado; su servicio era de por vida, no los veinte años del ejército romano; y, en lugar del dios Mitra de los legionarios, adoraba al Cristo de los santos ingleses. Aparte de estas diferencias sin importancia, la vida para Ectorius no era muy distinta de la que habrían conocido sus antepasados.

Su fortaleza amurallada se encontraba a tres días de camino del lugar donde se había celebrado la Asamblea. Un paseo agradable a través de las colinas Eildon situadas al norte y este del mar. Arturo permaneció cerca de mí todo el camino; no por temor, en mi opinión. Simplemente parecía contento de tener a alguien conocido a su lado. Charlamos sobre lo que habíamos visto en la Asamblea: los guerreros, sus habilidades con las diferentes armas, las diferencias en las formas de combatir.

Arturo tenía buen ojo para la sutileza, cualidad que no se asoció con él a menudo en épocas posteriores. Pero podía distinguir la diferencia entre un bocado cuadrado y uno redondo en la boca de un caballo por la forma en que el animal se comportaba mientras su jinete maniobraba sobre el terreno. O de qué clase de madera estaba hecha el asta de una lanza por el ruido que producía al chocar contra un escudo.

Charlar con Arturo no era como charlar con cualquier otro niño de su edad. A los ocho años, había adquirido ya amplios y prácticos conocimientos; leía y escribía bien en latín, y lo hablaba con la suficiente corrección como para ser entendido por el clérigo más exigente.

Conocía también el arte y el saber popular sobre bosques y campos: los diferentes árboles y arbustos y para qué servían; las hierbas apropiadas para realizar medicinas sencillas y pociones; las plantas silvestres comestibles y dónde se las encontraba; todos los pájaros y animales y sus costumbres... y muchas otras cosas además.

Sí, yo era responsable de todo esto. Desde que habíamos empezado a ocuparnos de él, Pelleas y yo habíamos instruido al chiquillo en toda clase de saber popular, llenando su cabeza con las maravillas del mundo que lo rodeaba. Y Arturo, el pequeño Arturo, se entregó a ello como se entregaba a todo: con una fiebre de pasión y determinación.

En esto se notaba su clase. Había heredado todo el ardor e intensidad de Aurelius, y la aguda inteligencia de Ygerna. Poseía también una abundante porción de la intrépida tenacidad de Uther, que a veces se manifestaba como valentía, y otras veces como franca obstinación.

PENDRAGON IV

Era poseedor también de la curiosa inocencia de Aurelius en la batalla: el audaz descuido que lo impelía a intentar y conseguir lo imposible. Claro está que esto no empezaría a notarse hasta mucho más adelante, pero incluso ahora se le advertía una cierta despreocupación por la propia seguridad. La reconocí perfectamente, y supe enseguida de dónde procedía, porque ya había cabalgado junto a Aurelius.

En cualquier otro se podría haber considerado descuido, o más bien insensatez. Pero jamás lo fue. Arturo simplemente no sentía miedo. Osadía, bravura, audacia, valor: éstas son cualidades que ayudan a vencer el temor. ¿Qué es entonces, cuando no existe el miedo?

Tal y como he dicho, charlamos de la Asamblea y del año próximo. Comprendí que Arturo estaba decidido a aprovechar al máximo su necesario exilio. Le gustaba Ectorius, y lo respetaba como gobernante y guerrero; estaba ansioso por aprender todo lo que Ectorius pudiera enseñarle.

Al anochecer del tercer día llegamos a Caer Edyn y nos aproximamos por el oeste siguiendo una amplia y sinuosa cañada. Llegados al final del valle iniciamos el ascenso del acantilado. La fortaleza se alzaba sobre la desnuda joroba de una roca enorme, dominando casi toda la bahía que se abría a sus pies.

Muros de roca rematados por una empalizada de madera y rodeados por un foso grande y profundo atestiguaban que Caer Edyn había sufrido más de un ataque saecsen y sobrevivido.

Bajo la luz dorada de una llameante puesta de sol septentrional, la piedra y la madera brillaban como si fueran de bronce: sólidas e invencibles. Y, aunque el terreno que rodeaba la fortaleza parecía bastante agradable -protegido como estaba tras los elevados acantilados-, comprendí que el clima de aquel reino del norte sería severo e implacable.

Las aves marinas que volaban en círculos sobre la edificación y la vista sin obstáculos del amplio y desierto mar hacían que Caer Edyn pareciera un lugar solitario. Arturo también lo sintió y se replegó en sí mismo mientras ascendíamos por el estrecho sendero de la colina que conducía hasta la fortaleza. Pero toda melancolía se disipó al instante en cuanto llegamos a la cima.

-¡Myrddin! -Arturo me llamó con la mano-. ¡Mira!

Cabalgué hasta donde él se encontraba y nos quedamos allí inmóviles contemplando la larga y curvada faja de agua azul que formaba Muir Giudan. Al otro lado de la bahía, colinas arboladas, escarpadas y oscuras, descendían hasta la misma orilla, mientras que, algo más lejos en

dirección norte, se distinguía una tenue columna de humo procedente de un pequeño poblado costero.

-Peanfahel -nos dijo uno de los guerreros, que se había detenido junto a nosotros para contemplar el panorama-. Y más allá -siguió, señalando más al norte y al oeste-, aquello es Manau Gododdin. Los saecsen están empeñados en instalarse allí. Hemos combatido en Gododdin muchas veces, y volveremos a hacerlo.

El hombre continuó su camino hacia el caer. Otros guerreros se apresuraban ya hacia allí.

-¿Qué te parece tu nuevo hogar, Arturo? -pregunté.

-Me agrada, creo. Es más abierto que Caer Tryfan..., más parecido a Caer Myrddin. -Se volvió sobre la silla para mirarme-. Y aquí no estoy tan lejos de Bedwyr. A lo mejor podremos vernos de vez en cuando.

-A lo mejor -concedí-; pero las comunicaciones con Rheged siguen siendo muy difíciles.

-Bueno, algún día... puede... -Clavó la mirada al otro lado de la bahía y en las oscuras colinas de la otra orilla, como si contemplara las Islas Órcadas y se preguntara cómo llegar hasta ellas. Por fin, levantó las riendas para instar a su poni a seguir adelante, y continuamos la marcha hasta el caer.

Ectorius nos esperaba cuando penetramos en el patio enlosado.

-¡Bienvenidos, amigos míos! -saludó, la voz retumbando en la piedra-. ¡Bienvenidos a Caer Edyn, el último puesto avanzado del imperio!

De este modo iniciamos nuestra estancia en el norte.

Aquella primera noche en Caer Edyn, Arturo echó terriblemente de menos a Bedwyr, pues eran muchos los años que habían estado juntos. El chiquillo durmió mal, despertó temprano, y se encaminó inmediatamente a los establos para ver a su poni. Satisfecho de que todo estaba en orden, regresó y con paso lento penetró en el salón donde Ectorius lo aguardaba con una sorpresa.

-¡Mi hijo, Caius! -anunció lord Ectorius con evidente orgullo al tiempo que presentaba a un joven robusto y fuerte algunos años mayor que Arturo. El muchacho frunció el entrecejo, no muy seguro de si podía confiar en nosotros-. Éste es Arturo -presentó Ectorius a su hijo-, vivirá aquí a partir de ahora. Dale la bienvenida, hijo.

PENDRAGON IV

-Bi... bienvenido, A... a... Artu... ro -murmuró Caius. Luego se dio la vuelta y se alejó cojeando a toda prisa, arrastrando casi la pierna derecha.

-De muy pequeño, el muchacho cayó de una roca y se rompió la pierna -explicó Ectorius con suavidad-. El hueso no soldó bien, de modo que Caius cojea desde entonces. -No mencionó el tartamudeo; defecto que sólo resultaba evidente cuando se excitaba, se sentía frustrado o, como ahora, preocupado.

Estaba claro que Ectorius esperaba que los dos muchachos se llevaran a la perfección.

-El muchacho se siente muy solo aquí -añadió-. Pero acabarán siendo buenos amigos, creo. Sí.

También yo me pregunté cómo se llevaría Arturo con el arisco Caius. Pero, puesto que no existe poder en el mundo que pueda convertir en amigos a dos muchachos que no quieren serlo, dejé estar la cuestión.

Dio la casualidad que el asunto se resolvió con gran rapidez, pues, más entrado el día, Arturo indujo a un Caius del todo reticente a que le mostrara algo del territorio que rodeaba el caer.

Cabalgaron hasta el pequeño poblado costero de Peanbahel, y, durante el trayecto, Arturo averiguó algo extraordinario sobre su remiso nuevo amigo: el muchacho montaba como un joven dios, o como los bhean sidhe de las colinas huecas, cuyos caballos descendían de los corceles de los Inmortales de la Isla de Cristal en el Mar Occidental.

Caius había compensado con creces su defecto aprendíendo a montar con tal habilidad y gracia que, una vez sobre la silla, se convertía en alguien totalmente distinto; en uno de esos seres mitad caballo que aparecían en los libros latinos. Podía conseguir milagros de cualquier animal que montara; incluso la bestia más lastimosa funcionaba mejor que nunca con Caius sobre su lomo.

Como el día era caluroso, los dos chiquillos se detuvieron en el poblado para dar de beber a los caballos en el vado que desembocaba en la playa. Algunos niños del lugar jugaban en las cercanías y, cuando los muchachos se acercaron, los rodearon; pronto se percataron de la pierna lisiada de Caius.

No necesitaron nada más. Al momento empezaron a mofarse y a insultarlo.

-¡Tullido! ¡Tullido! -gritaron, imitando su cojera. Reían a carcajadas, y Caius bajó la cabeza.

PENDRAGON IV

Arturo contempló la escena unos instantes, horrorizado. Jamás había presenciado crueldad tan deliberada. Las burlas ya eran bastante desagradables, pero, cuando los niños mayores empezaron a arrojar piedras contra Caius, Arturo decidió que aquello ya había ido demasiado lejos. Apretando los puños, lanzó un grito salvaje y cargó con la cabeza baja contra el rufián de más tamaño, al que alcanzó en pleno estómago. El sobresaltado joven cayó de espaldas, las piernas en el aire, con Arturo sobre el pecho. Aunque el contrincante le llevaba tres años, el tamaño de Arturo igualó la lucha.

Fue una pelea corta. Sin aire en los pulmones -y con Arturo sentado sobre su pecho de modo que no pudiera volver a llenarlos- el muchacho, mareado, perdió el conocimiento durante unos segundos.

La burlas enmudecieron, y los chiquillos contemplaron la escena con asombro. Arturo se incorporó despacio y, con mirada enfurecida, inquirió si alguien más tenía algo que decir. Nadie respondió. El bribonzuelo recuperó el sentido y salió huyendo; el resto no tardó en desperdigarse. Caius y Arturo volvieron a montar y continuaron el paseo por la orilla.

Cuando regresaron al caer a últimas horas del día eran ya amigos íntimos, y Arturo había dado al nombre de Caius un toque celta. A partir de aquel momento sería Cai para siempre.

Supongo que, debido a que admiraba abiertamente la habilidad de Cai como jinete, a Arturo jamás se le ocurrió burlarse de la forma en que éste andaba o hablaba... algo que demasiada gente hacía, y con descorazonadora regularidad.

Pero nunca Arturo. Y, por esto, Arturo se vio recompensado con la eterna lealtad y devoción del muchacho.

¡Cai, que el Señor lo bendiga! El de los cabellos rojos como el fuego y el genio vivo; cuyos claros ojos azules podían oscurecerse tan deprisa como el cielo estival sobre Caer Edyn bajo la violenta furia de la tormenta; cuya poco frecuente sonrisa podía, cuando la mostraba, ablandar el corazón más duro; cuya estridente voz se dejaba oír como un cuerno de caza por las cañadas tal y como algún día llamaría a los hombres al campo de batalla... Cal, el intrépido; Cai, el obstinado, dispuesto a luchar y a seguir luchando cuando otro ya habría abandonado el combate mucho antes dándolo por perdido.

Pasamos aquellos primeros días soleados de otoño descubriendo Caer Edyn y el terreno que lo rodeaba. Arturo lo convirtió en una especie de juego: comprobar hasta dónde podía cabalgar, fuera de la vista de la Roca -como él la llamaba-, antes de intentar encontrar el camino de vuelta.

PENDRAGON IV

Pelleas y yo lo acompañábamos a veces; pero casi siempre era Cai quien iba con él.

Era, como aprendió deprisa, un territorio extraño, lleno de sorpresas. La primera fue el gran número de gente que vivía en los estrechos y rugosos valles que unían las escarpadas colinas. Existían cientos de estas cañadas, cada una con su pequeña propiedad o poblado. No tardamos en verlo como algo intrínseco del paisaje: unas cuantas casas de roca y turba; alargados campos de centeno, avena y cebada junto a los arroyos; un cercado para ganado y ovejas; el redondeado montículo de un granero de piedra; un horno o dos quemando madera o turba acre. Había pequeños grupos de gente sembrados por todo el territorio, separados unos de otros por las elevadas y desoladas colinas.

Existían bosques en abundancia, también, y la caza era buena: jabalí y oso, ciervo, venado, ovejas y liebres salvajes, y varias clases de aves, algunas, como el urogallo, que no se encontraban en las tierras del sur. Abundaban las águilas y los halcones, y había peces de innumerables variedades de río, lago y mar.

En resumen, Arturo no tardó en considerar Caer Edyn y sus terrenos como una especie de paraíso, y desde luego no el lugar de exilio que en un principio había esperado. Habría sido perfecto de no haber sido por el inenarrable invierno.

No obstante, lo superamos y gozamos con la corta y brillante primavera. En conjunto, Caer Edyn resultaba un hogar espléndido para un muchacho. A instancias mías,Ectorius buscó y obtuvo los servicios de un tutor para Arturo y Cai -uno de los hermanos de la recién construida abadía en Abercurnig-, y de este modo se reanudaron las clases de latín, así como las de lectura y escritura, bajo la indulgente dirección de Melumpus.

Además de esto, Ectorius empezó a instruir a Arturo en el arte de reinar: impartiéndole todos los conocimientos necesarios para sostener un reino y gobernar con eficiencia a los hombres. El adiestramiento con las armas siguió adelante, tornándose más exigente a medida que aumentaba la habilidad de los muchachos.

Así pues, la existencia adoptó un tranquilo ritmo de ocio y aprendizaje, trabajo y juego. Las estaciones fueron pasando, y Arturo dejó de añorar a Bedwyr, para aplicarse en sus diferentes estudios con diligencia, si no fervor, hasta convertirse en un buen alumno.

En conjunto, debiera haber sido una buena época para mí. Pero yo no estaba contento. Pensamientos sobre el cran-tara me corroían, y no podía sacudírmelos de encima. A medida que el invierno se cernía sobre nosotros, empecé a sentirme atrapado en la roca de Caer Edyn. Había,

imaginaba, acontecimientos que tenían lugar en el amplio mundo; acontecimientos de los que yo no sabía nada. Tras años de actividad, mi obligado encierro me irritaba ahora. Día a día, fui encerrándome en mí mismo, sin hablar con nadie. Y en los fríos días grises de viento y lluvia paseaba por el salón ante el hogar con un estado de ánimo tan triste, me temo, como el día.

Finalmente, se me metió en la cabeza que los reyezuelos, encabezados por Dunaut y Morcant, habían descubierto nuestro escondite y avanzaban contra nosotros en aquellos momentos. Aunque sabía que Ector recibiría aviso con mucha antelación de cualquier enemigo que se moviera por los límites de su reino, empecé a sentir preocupación, y el miedo irracional, sí, pero potente de todos modos, se enroscó en mi corazón.

Pelleas me observaba y se inquietaba.

-Señor, ¿qué sucede? -preguntó al fin, incapaz de soportar por más tiempo mi tormentosa agitación-. ¿No queréis decirlo?

-Me ahogo aquí, Pelleas -contesté sin rodeos.

-Pero Ectorius es un noble de gran generosidad. El...

-No es eso lo que quiero decir -le espeté-. Estoy preocupado y no puedo tranquilizarme. Temo, Pelleas, que hemos cometido un error al venir aquí.

No dudó de mis palabras; pero tampoco las comprendió.

-No nos han llegado noticias de ningún disturbio en el sur. Creía que eso os animaría.

-¡Muy al contrario! -exclamé-. No ha hecho más que volverme suspicaz. No cometas un error: Dunaut y los de su ralea jamás descansan. En estos mismos instantes traman cómo apoderarse del trono... Lo siento -me golpeé el pecho con el puño-. Lo siento y me llena de temor.

Las llamas se agitaron movidas por una corriente de aire que se deslizó bajo la puerta, y un podenco tendido junto al hogar alzó la cabeza y miró a su alrededor despacio, para acto seguido volver a posar el hocico sobre las enormes patas.

Un suceso fortuito, que nada significaba; no creo en los presagios. De todos modos, sentí un escalofrío en la espalda, y pareció como si la luz de la sala perdiera brillo.

-¿Qué haréis? -preguntó Pelleas al cabo de un instante.

Un largo silencio se extendió entre nosotros. El viento gimió y el fuego chisporroteó, pero la extraña sensación no regresó. Una ola marina lanzada contra una roca que había vuelto a retroceder.

-¿Qué es lo que teméis: que los reyezuelos nos descubran aquí, o que ya no les interese buscar? -inquirió Pelleas al ver que yo no contestaba.

Con los ojos clavados en el fuego, vi cómo las llamas cambiaban de forma y chocaban entre ellas y me pareció que los ejércitos se reunían, que el poder se acumulaba en algún lugar y que yo debía encontrarlo para dirigirlo de forma correcta.

-Las dos cosas, Pelleas. Y no sé decir cuál me preocupa más.

La solución que me dio fue muy sencilla.

-En ese caso debemos ir y ver cómo están las cosas en el sur. Prepararé caballos y provisiones. Partiremos al amanecer.

Meneé la cabeza despacio, y forcé una sonrisa.

-Qué bien me conoces, Pelleas. Pero iré solo. Tu lugar está aquí; Arturo te necesita.

-Mucho menos de lo que os necesita a vos -replicó con aspereza-. Ectorius es muy competente y capaz. Cumplirá con su deber con respecto a Arturo con todo honor... tanto si nos quedamos como si no.

La verdad es que no tenía demasiados deseos de pasar el invierno en el bosque solo, de modo que cedí.

-Sea como quieres, Pelleas. ¡Nos vamos! Y que el Señor nos acompañe.

Cinco

Abandonamos Caer Edyn tan pronto como Pelleas hubo finalizado los preparativos a su entera satisfacción. Ector nos aconsejó esperar hasta que los senderos se hubieran deshelado otra vez, pero la primavera siempre llega tarde en el norte, y no me atrevía a esperar hasta que las nevadas y las lluvias cesaran. Arturo pidió venir, pero no lo decepcionó tener que quedarse.

El día de la partida amaneció frío y gris, y no mejoró. Acampamos al abrigo de la colina aquella noche, nos levantamos temprano y seguimos

nuestro camino. El cielo no despejó, y el viento se volvió cortante, pero no nevó y pudimos continuar, avanzando lentamente a través de las cañadas y por las suaves y heladas colinas... si bien más despacio de lo que hubiera deseado.

La prudencia exigía discreción; que Arturo siguiera estando a salvo dependía de mi habilidad para mantener ocultos su identidad y su paradero. El secreto era mi mejor aliado; pero, puesto que no podíamos evitar todos los poblados y fincas, ni rehuir a los otros viajeros, me volví tan invisible como me fue posible. De este modo empezó lo que iba a convertirse en una costumbre para mí cuando me movía por el país: adoptar diferentes apariencias para facilitar mi paso entre los hombres; ahora un anciano, ahora un joven, un pastor, un mendigo, un ermitaño.

Abrazaba la humildad y la utilizaba como un manto. Rodeado de gentes que nada sospechaban, me dedicaba a los quehaceres más humildes de este mundo, y así pasaba inadvertido por la Isla de los Poderosos, pues los hombres casi nunca prestan atención a las cosas sencillas que los rodean; y a lo que no prestan atención no le ponen trabas. De este modo, atravesamos la región norte y penetramos en las tierras del sur situadas más allá de la Muralla, donde fuimos a dar con una vieja carretera romana justo al sur de Caer Lial. La carretera resultaba aún transitable, y Pelleas se asombró de que así fuera.

-¿Por qué? -pregunté-. ¿Pensabas que estas losas desaparecerían junto con las legiones? ¿O que el emperador arrollaría sus carreteras y se las llevaría de vuelta a Roma?

-¡Mirad! -exclamó Pelleas, alzando una mano en dirección al semioculto sendero que se extendía recto y estrecho ante nosotros-. Se nos allana el camino; el sendero está libre en medio de la maleza. -Sonreí ante su comentario-. Esto viene bien a nuestro propósito, Emrys. Viajaremos más deprisa, y nadie advertirá nuestro paso.

Era cierto; el sendero empedrado seguía siendo liso y llano como siempre y, aunque arbustos, árboles pequeños y matorrales de todas clases se amontonaban en sus márgenes hasta ocultarlo a la vista, la maleza no había borrado la carretera. Ya que otros hombres habían abandonado tiempo atrás las antiguas carreteras en favor de senderos más abiertos, esta misma vegetación tupida nos permitiría libertad de movimientos. Viajaríamos sin ser vistos; apareciendo aquí y allí cuando quisiéramos, o cuando fuera necesario, para desaparecer luego una vez más... y volver a aparecer en otro lugar.

Tuve que darle la razón; las antiguas carreteras romanas parecían un regalo divino, y ensalcé a la Luz Omnipotente por ello. A menudo he

observado que, cuando se necesita un camino, aparece un camino. No hay que asombrarse por ello, ni tampoco pasarlo por alto.

Seguimos pues el viaje con más ánimo, aunque faltos de otra compañía humana en su mayor parte, ya que nos mantuvimos alejados de poblados y de las moradas de los hombres, acampando solos y durmiendo al raso. De vez en cuando, nos aventurábamos al interior de algún poblado que encontrábamos junto al camino en busca de provisiones. En todas partes, escuchaba yo con atención lo que nos contaban y sopesaba las palabras con cuidado, realizando
una criba de todo lo que oía en busca de algún indicio de los problemas que temía.

Cuando llegamos a las tierras del sur, un clima más cálido anunciaba una primavera temprana, y muy pronto suaves brisas empezaron a murmurar por entre los nuevos brotes de los árboles; las flores no tardaron en aparecer, sembrando las corrientes de aire de una dulce y embriagadora fragancia. Los cauces iban repletos de agua; río, lago y arroyo estaban a rebosar. En un abrir y cerrar de ojos, las colinas se llenaron de brillantes colores: amarillo, rojo y azul. El sol transitaba por un cielo aborregado y plagado de nubes, y la luna orientaba su brillante curso a través de un firmamento cubierto de estrellas.

La paz parecía haber reclamado para sí la tierra, pero aquello no me proporcionó ningún consuelo. Muy al contrario: cuanto más hacia el sur cabalgábamos, más crecía mi preocupación.

-Sigo inquieto, Pelleas -confesé una noche ante el fuego del campamento-. No me gusta lo que percibo aquí.

-No me sorprende -me contestó-; no habríamos llegado tan lejos de lo contrario. A lo mejor significa que nos acercamos al término de nuestra búsqueda.

-Puede -concedí-. Las tierras de Morcant están cerca. Daría mi arpa por saber qué trama.

-Sin duda habrá algún poblado cerca. Quizás alguien podrá decirnos algo.

Al día siguiente partimos en busca de la aldea más cercana, y encontramos una de tamaño considerable a horcajadas sobre el vado de una impetuosa corriente. Un sendero fangoso unía las dos mitades, cuyas casas eran de barro y caña con tejado de juncos, de construcción muy sencilla; aun así, los dos cercados para ganado demostraban riqueza.

Bajo la apariencia de un sacerdote ambulante -una larga túnica informe de lana sin teñir que Pelleas había comprado para mí en una abadía del

camino, los cabellos en desorden, el rostro manchado de barro y hollín- inspeccioné el lugar desde la ladera de una colina.

-Éste servirá. Las gentes de aquí comercian con ganado; sabrán qué sucede por la zona.

Mientras nos acercábamos, una premonición de peligro en forma de hormigueo me recorrió la nuca. Me incliné hacia Pelleas para comentarle mis temores, pero éste me indicó con un gesto que no hablase y detuvo el caballo. Irguiéndose en la silla, gritó con voz estentórea:

-¿Hay alguien aquí?

Aguardamos. Ningún sonido surgió de las viviendas. A poco, Pelleas volvió a gritar:

-Estamos esperando, y no partiremos hasta haber dado de beber a nuestros caballos.

Imaginé susurros furtivos tras las paredes de barro que nos rodeaban: insinuaciones, veloces y agudas, arrojadas como puñales a nuestras espaldas.

-Tal vez debiéramos ir a otro lugar -insinuó Pelleas en voz baja.

-No -repuse con firmeza-. Hemos venido aquí de buena fe, y no me harán marchar.

Esperamos. Los caballos bufaron y patearon el suelo impacientes.

Al fin, cuando ya pensaba que debíamos seguir adelante, hizo su aparición un hombre de grueso cuello con un garrote de madera. Tras pasar por el bajo dintel de la casa central, se irguió y avanzó hacia nosotros con un contoneo.

-Saludos -dijo, dando a la palabra un tono más de amenaza que de bienvenida-; no se ve a muchos de los tuyos por aquí. Viajar resulta difícil en estos tiempos.

-Estoy de acuerdo -respondí-. Si la necesidad no fuera grande, no os molestaríamos en busca de hospitalidad.

-¿Hospitalidad? -Era evidente que la palabra no tenía ningún significado para él. Los ojos, de gruesos párpados, se entrecerraron con suspicacia.

Pelleas fingió indiferencia ante la grosería del otro y saltó de la silla.

-Pedimos un poco de agua para los animales, y para nosotros. Luego seguiremos nuestro camino.

-Agua es todo lo que obtendréis, os lo advierto. -El hombre se puso a la defensiva.

-El más precioso don del Señor... No pedimos otra cosa -respondí yo con una sonrisa altanera.

-Ja. -El hombre se dio la vuelta con brusquedad- Por aquí.

Pelleas me lanzó una mirada sombría y lo siguió; recogí las riendas y fui detrás con los caballos. Nos condujo hasta un abrevadero de piedra que llenaba un hilillo de agua de un manantial de la ladera mediante un antiguo conducto de arcilla.

Pelleas fue el primero en beber, recogiendo agua con las manos. Cuando terminó, me incliné y bebí.

-Dulces son las bendiciones del Señor -dije, secándome las manos en la parte delantera de la túnica-. Os agradezco vuestra amabilidad.

El hombre lanzó un gruñido y balanceó el garrote contra la pierna.

-Hemos estado en el norte -proseguí, mientras Pelleas empezaba a dar de beber a los caballos-. ¿De quién son estas tierras?

-Del rey Madoc-escupió el hombre.

-¿Es un buen rey?

-Hay algunos que eso dirían... aunque otros dirían lo contrario.

-¿Y qué diríais vos?

La bestia que teníamos delante volvió a escupir, y creí que no respondería. Pero simplemente tomaba ánimos para lo que tenía que decir.

-¡Yo digo que Madoc es un estúpido y un cobarde!

-Aquel que llama estúpido a su hermano corre el peligro de atraer sobre sí la cólera de Dios -le recordé-. Sin duda, tenéis una buena razón para tan duro juicio.

-Y muy buena -bufó el otro-. ¡Llamo estúpido a aquel que deja que otro le robe las tierras y no alza una mano para detener al ladrón! Llamo cobarde a aquel que ve cómo asesinan brutalmente a su hijo y no exige venganza.

-Ésta es una cuestión muy seria. Tierras robadas, un príncipe asesinado... ¿Quién ha hecho estas cosas?

El hombre hizo una mueca de disgusto ante mi ignorancia.

-¿Quién va a ser? -respondió despectivo-. ¡Morcant de Belgarum, desde luego! Hace dos veranos que empezó, y desde entonces cada poblado tiene que defenderse a sí mismo, ya que no podemos esperar protección de Madoc.

-Me apena oír esto -repuse, sacudiendo la cabeza tristemente.

-¡Ja! -ladró desdeñoso el hombre-. ¡Que tu pena te defienda! Yo pienso defender lo que tengo. -Sus labios se curvaron en una mueca desagradable-. Ya habéis tomado el agua que queríais; ahora marchaos de aquí. No necesitamos sacerdotes.

-Podría daros una bendición...

El hombre alzó el garrote por toda respuesta.

-Sea como queréis. -Me encogí de hombros y tomé las riendas que me tendía Pelleas. Montamos y nos marchamos por donde habíamos venido; una vez que el lugar quedó fuera de la vista, nos detuvimos para examinar lo que habíamos averiguado.

-Así que Morcant hace la guerra a los otros reyes -dije pensativo-. ¿Con qué propósito? ¿Un poco de tierra, un pequeño botín? No tiene sentido.

-¿Iréis a ver a Madoc?

-No, no puedo hacer nada ahí. Morcant ha creado la discordia entre sus vecinos, y me gustaría saber por qué. Puesto que soy un sacerdote hoy, nos comportaremos como tal y buscaremos consejo en un poder superior.

Los belgae son un tribu antigua cuya sede es Caer Uintan. La paz con Roma les permitió establecerse en la región, y la vieja Uintan Caestir prosperó y creció sirviendo a las legiones. Pero las legiones hacía ya tiempo que habían desaparecido, y la ciudad se encogía ahora sobre sí misma, como una manzana demasiado madura que se marchita allí donde ha caído.

Como Londinium en el sudeste, Caer Uintan conservaba una muralla de piedra alrededor de su perímetro. Pero el vallum de Caer Uintan jamás fue

tan alto como el de Londinium porque jamás se necesitó que lo fuera; servía como recordatorio de la fuerza de los belgae, más que de auténtica defensa.

Así pues Pelleas y yo nos quedamos asombrados cuando llegamos a la ciudad al anochecer: la muralla de Caer Uintan había crecido y mucho. Y habían cavado un profundo foso bajo la muralla para que ésta resultara aún más alta. La ciudad de Caer Uintan era ahora una fortaleza.

Las puertas estaban ya cerradas y atrancadas hasta la mañana siguiente, a pesar de que el cielo aún tenía luz. Nos detuvimos en la estrecha calzada que moría ante las puertas y llamamos a los vigilantes. Tuvimos que esperar un buen rato, y, por si fuera poco, se nos contestó con malos modos.

Los ariscos porteros estaban poco dispuestos a admitirnos; pero, como dije tener asuntos que tratar con la iglesia -la iglesia que Aurelius había construido para la ciudad-, de mala gana y con muchas palabrotas abrieron el portón y nos dejaron pasar, no fueran a tener un mal encuentro con el obispo Uflwys, cuyo agudo ingenio, y más aguda lengua, eran famosos en la región.

-¿Vamos directamente a la iglesia? -inquirió Pelleas en cuanto hubimos atravesado la entrada.

Las calles de la ciudad estaban oscurecidas por las sombras y el humo de los fuegos de los hogares que empezaban a brillar tras los gruesos cristales de estrechas ventanas. Caer Uintam seguía siendo una ciudad rica; aquellos de sus habitantes que podían mantener un estilo de vida a la romana vivían bien.

-Sí, quiero hablar con el obispo -respondí-. Uflwys puede que tenga algo que decirnos.

El obispo Uflwys era un hombre alto y austero de elevados pensamientos y profundas convicciones. Se decía que aquellos que acudían a Uflwys en busca del perdón divino para sus pecados y crímenes abandonaban su presencia con una buena repulsa, pero también absueltos de sus culpas. Como obispo no temía a los reyes terrenales ni a los demonios del infierno, y trataba a todo el mundo por igual, es decir, sin ambages.

Había llegado a Caer Uintan para ayudar en la construcción de la iglesia y se había quedado para conducirla con mano férrea. La iglesia, al igual que su guía, permanecía apartada del mundo, sin adornos, dando muestra de una fe firme e inquebrantable. Me interesaba qué podría decirme sobre Morcant.

PENDRAGON IV

El obispo nos recibió con cordialidad; aún sentía algún respeto por mí, al parecer, pues había querido mucho a Aurelius. Lo cierto es que Uflwys parecía genuinamente contento de verme.

-¡Merlinus! ¡Querido hermano, casi no te reconozco! -Se alzó cuando nos anunciaron y vino a nuestro encuentro con los brazos extendidos. Fui hasta él y sujeté los brazos que me tendía según el antiguo saludo celta- Venid, venid, sentaos conmigo. ¿Tenéis hambre? Comeremos. A menudo me he preguntado dónde estarías. ¡Que el Señor te bendiga! ¿Por qué vas vestido como un mendigo?

-Me alegro de verte, Uflwys. A decir verdad, no pensaba venir aquí; pero, ahora que te veo, creo que han guiado mis pasos hasta aquí desde el primer momento.

-A donde el buen Señor indica, sus siervos deben ir, ¿no es así? Y, por tu aspecto, yo diría que te han conducido a una apasionante caza. ¿Qué tramas, Merlinus? -Señaló mis ropas-. ¿No te habrás ordenado por fin?

Antes de que pudiera explicarme, Uflwys alzó las manos.

-No, no digas nada aún. Comeremos primero. Los dos estáis cansados del viaje. Tomemos un bocado, ¿de acuerdo? Ya habrá tiempo más que suficiente para conversar después.

La mesa del obispo era tan frugal como el mismo clérigo: comida sencilla -pan, cerveza, carne, queso- pero buena. Pelleas se sentó a la mesa con nosotros y nos sirvieron dos monjes jóvenes del monasterio cercano. Nuestra conversación durante la comida versó sobre las observaciones habituales en los viajes: el tiempo, la siembra, el comercio, noticias recogidas por el camino. Cuando terminamos, el obispo se alzó de su silla.

-Tomaremos aguamiel en mi habitación -informó a los monjes-; traed una jarra y copas.

Nos acomodamos en la desnuda habitación de Uflwys, una celda encalada con un ventanuco sin cristal y un suelo de tierra batida, y una repisa estrecha sobre la que descansaba un jergón de paja limpia que era su lecho. De todos modos, estaba acostumbrado a recibir invitados en su celda y, en deferencia a ellos, la habitación estaba amueblada con cuatro enormes y elegantes sillones y disponía de una pequeña chimenea.

Acabábamos de sentarnos cuando aparecieron los monjes; uno sostenía una bandeja de madera con una jarra y copas en ella, y el otro llevaba una pequeña mesa de tres patas sobre la que dejar la bandeja. Todo ello lo depositaron junto al sillón del obispo y, tras servir el aguamiel y encender el fuego, los monjes salieron sin decir una palabra.

Uflwys repartió las copas, diciendo:

-¡Bebamos a la salud del Señor! -Sorbimos el dulce líquido perfumado con brezo durante unos instantes, en silencio-. Bien, amigos míos. ¿Me diréis a qué se debe que disfrute del placer de vuestra compañía esta noche?

-Hemos oído que Morcant ha declarado la guerra a su vecino Madoc -empecé, dejando la copa a un lado e inclinándome hacia adelante-. Me gustaría oír qué puedes decirme sobre cómo están las cosas.

-¿Morcant en guerra? -El rostro del religioso se tornó serio-. Tienes que creerme cuando digo que, hasta que pronunciaste la horrible palabra, no había oído nada al respecto. -Paseó la mirada de mí a Pelleas y luego a mí otra vez-. Nada.

-Entonces te contaré lo poco que sé -respondí.

Narré lo que Pelleas y yo habíamos averiguado y expliqué cómo habíamos obtenido nuestra información.

Uflwys se puso en pie y empezó a pasear preocupado ante el fuego.

-Sí -dijo cuando terminé-; estoy seguro de que lo que dices es cierto, ya que explica muchas cosas. No hay duda de que Morcant se ha tomado muchas molestias para ocultármelo, pero ya no será así. -Se volvió de improviso hacia la puerta-. Venid, enfrentaremos al rey con este sucio pecado. No dormiré hasta haberle arrojado al rostro su crimen. No quiero que piense que la iglesia permanecerá indiferente a este atropello.

Seis

Una civitas importante bajo los romanos, Venta Belgarum había sido la plaza fuerte de los señores belgae antes de la llegada de las legiones; Morcant jamás permitió que nadie olvidara que su linaje alardeaba de una larga y lucrativa cooperación con César, y que los señores de los belgae estaban orgullosos de su pasado. A pesar de que el foro y la basílica habían sido reclamados para uso privado, el rey Morcant cuidaba dignamente de ellos. A decir verdad, no obstante sus continuas referencias a Inglaterra, aún se denominaba a sí mismo gobernador provincial.

Las puertas estaban ya cerradas y atrancadas, pero Morcant nos recibió. El obispo Uflwys era un personaje demasiado importante en Caer Uintan

para que se lo pudiera tratar con ligereza o ignominia; dudo que a mí se me hubiera recibido de la misma guisa. Así pues, nos condujeron a una sala adornada con alfombras tejidas en las paredes e iluminada con velas de junco.

-Es tarde para un sacerdote, ¿no es cierto? -inquirió Morcant, sonriendo como si recibir a un obispo en plena noche fuera algo corriente en él-. Tenía entendido que los monjes se levantaban y acostaban con el sol.

-Así como Nuestro Señor Jesucristo está siempre ocupado en sus asuntos, también deben sus siervos estar dispuestos a servir cuando surge la necesidad -le respondió el obispo-, tanto si es de día como de noche.

-Y Merlín... -añadió Morcant, dignándose reconocerme al fin. Aunque me había deshecho de mi atuendo sacerdotal, seguía aún vestido con modestia-. Me sorprende verte. Pensaba que estabas muerto. -Sin duda eso era lo que más deseaba.

-Lord Morcant -respondí con frialdad-, no pensaréis que abandonaría Inglaterra sin una palabra de despedida... Cuando parta, todo el mundo se enterará.

La respuesta fue dada con un cierto aire de desenfado; pero las palabras poseían un leve toque siniestro, y fueron recibidas con un embarazoso silencio.

-Bueno -ofreció Morcant, permitiéndose una maliciosa sonrisa satisfecha-, al menos podemos dar por sentado que disfrutaremos de tu presencia durante bastante tiempo aún. Muy bien, ¿tomaréis un poco de vino conmigo? ¿O acaso el asunto que os ha enviado a tratar vuestro señor requiere una atención más sobria? -El monarca cruzó las manos y no hizo ningún gesto para indicar que trajeran vino. Más bien, tras clavar sus ojos alternativamente en uno y otro, regresó a su sillón y se sentó a esperar los acontecimientos.

El obispo Uflwys no perdió un minuto.

-Ahórrate tus refrigerios -dijo categórico-; sería un desperdicio servir buen vino esta noche. Merlinus me ha traído la noticia de esta guerra en la que estás inmerso. ¿Qué hay de cierto en ello?

Morcant nos contempló con inocente asombro. ¡Había estudiado sus reacciones con todo cuidado!

-¿Guerra? -repitió, como si pronunciara una palabra desconocida-. Debe existir algún error. No sé nada de ninguna guerra. Pero ¡si disfrutamos de paz! Los demonios saecsen...

-No me vengas con los saecsen -le espetó Uflwys-. Corre la voz por los poblados de por aquí que has atacado al rey Madoc, te has apoderado de algunas de sus tierras y has matado a su hijo. ¿Es cierto?

Morcant se las ingenió para mostrar una expresión dolorida.

-¿Es Madoc quien te ha contado esto? -Suspiró y golpeó los brazos del sillón con las manos con aparente exasperación-. ¿Por qué dice estas cosas contra mí?

Pero al obispo no se lo desanimaba con tanta facilidad.

-Te lo vuelvo a preguntar y exijo una respuesta, Morcant: tes cierta la acusación? Te advierto que pienses en ti mismo antes de responder, ya que pones tu alma en peligro con una mentira.

Si aquello preocupó a Morcant, éste no lo demostró. Dio a sus facciones un aspecto serio y herido, antes de responder:

-No puedes creer que yo haga algo así.

-Ése es el problema, Morcant; lo creo -insistió Uflwys-. Y aún no te he oído negarlo.

Consciente de la imposibilidad de mantener su posición, Morcant atacó.

-¡Tú! -Saltó de su asiento y me apuntó al rostro con un dedo-. ¡Esto es cosa tuya! ¡Has sugerido a Madoc que invente estos rumores en contra mía!

-No, Morcant; no lo he hecho -respondí con firmeza.

-Entonces es todo cosa de Madoc -repuso él malhumorado-. ¡Ah, lo veo muy claro ahora!

-No has contestado a la acusación, Morcant -declaró el obispo, alzándose de su asiento-. Tomaré tu silencio como prueba de culpabilidad. No permaneceré aquí más tiempo, no sea que perjudiques aún más tu alma. -Avanzó hasta la puerta, donde se detuvo y giró-. Rezaré por ti, falso señor, para que recuperes rápidamente la sensatez y te arrepientas antes de que sea demasiado tarde.

Morcant no hizo la menor intención de detenerlo; muy al contrario, permaneció firme, contemplándonos con enfurecida expresión beligerante. El buen obispo lo tenía bien atrapado. No podía hacer otra cosa que forcejear con los nudos, y apretarlos aún más a cada tirón.

PENDRAGON IV

Pelleas y yo seguimos a Uflwys fuera de palacio y a través del patio.

-Había esperado algo mejor de él -suspiró el religioso.

-¿Pero no te sorprende?

-No. Conozco a Morcant demasiado bien. No me sorprende. De todos modos, siempre espero lo mejor. Tal y como dije, su silencio lo condena. Lo hizo. -Uflwys se detuvo y se volvió hacia mí-. ¿Qué haremos ahora?

-Ya se verá. Si Madoc soporta el golpe en silencio, puede terminar ahí. Si no... -Alcé los ojos al cielo nocturno-. La guerra continuará y otros se verán arrastrados a ella. Lo cual, supongo, es la intención de Morcant.

Regresamos a la iglesia, pero nada más se dijo hasta la mañana siguiente, cuando nos presentamos ante el obispo para despedirnos.

-¿Intentarás evitar que la guerra vaya más lejos? -inquirió esperanzado Uflwys.

-Sí. Hay que hacerles comprender que cuando se trata de luchar entre nosotros, los únicos que pueden vencer son los saecsen: permanecerán a un lado observando cómo nos matamos los unos a los otros y luego se abalanzarán sobre nosotros para acabar con los restos.

-En ese caso te encomiendo a tu tarea. Haré lo que pueda aquí, desde luego, y rezaré por una rápida y satisfactoria resolución. -Alzó la mano derecha para bendecirnos-. Id con Dios, amigos, y que el Señor os otorgue toda su gracia.

Al oeste de Caer Uintan el terreno es todo colinas escarpadas y valles ocultos. Los bosques son menos espesos, los poblados más numerosos que en el norte. Las Tierras del Verano se encuentran al oeste; y, un poco más lejos, Ynys Witrin, la antigua Isla de Cristal, llamada ahora Ynys Avallach: hogar de Avallach, el Rey Pescador, y de su hija, Charis, mi madre.

El pueblo de Taliesin había desaparecido de las Tierras del Verano -como se denominaba a la región comprendida entre Belgarum e Ynys Avallach- y el reino era gobernado por un hombre llamado Bedegran. De joven, Bedegran había combatido junto a Aurelius, y yo lo recordaba como un caballero justo y franco.

Al día siguiente llegamos a la fortaleza de Bedegran en Sorvym. El suyo era un reino extenso, y, puesto que quedaba abierto al mar por el río Afen -por donde los chacales del mar a menudo intentaban desembarcar-, había aprendido el valor de la vigilancia.

Bedegran había salido con parte de su ejército cuando llegamos. Su senescal nos aseguró que éramos bienvenidos y nos rogó que aguardásemos el regreso de su señor. Como estábamos tan cerca de Ynys Avallach, estuve a punto de continuar viaje, pero acepté esperar si eso significaba la posibilidad de averiguar algo a través de Bedegran.

Se nos dio de comer mientras aguardábamos, y yo dormí un poco. Pelleas entretanto pasó el rato con el senescal de Bedegran, quien dijo mucho que luego su señor confirmó: Morcant había estado amenazando sus tierras desde hacía algún tiempo, en un intento de provocar un conflicto entre ambos.

Hasta entonces, todo se había reducido a molestias y disgustos: unas pocas cabezas de ganado desaparecidas, campos pisoteados y cosas parecidas. Por el momento, Bedegran había conseguido mantener la calma y evitar un enfrentamiento directo, que era -consideré- lo que Morcant deseaba.

No obstante, esta paz incómoda no podría sobrevivir mucho más tiempo, ya que cuando Bedegran regresó al anochecer la rabia lo envolvía como una capa en llamas.

-¡Te aseguro que ya he soportado los insultos de Morcant durante demasiado tiempo! -se quejó Bedegran mientras penetraba en sus aposentos hecho una furia-. He evitado el derramamiento de sangre y la lucha haciendo la vista gorda. ¡Pero, ahora que ha empezado a obligar a mi gente a abandonar sus pueblos, ya no puedo seguir mirando a otro lado!

Dejó de dar rienda suelta a su cólera el tiempo suficiente para saludarnos.

-Saludos, Merlín Embries, Pelleas. Saludos y bienvenidos. Me alegro de volver a veros. Perdonad mi cólera de hace un momento; no sabía que tenía invitados en casa.

Agité la mano para indicar que la disculpa no era necesaria.

-Estamos al tanto de la traición de Morcant -dije-. Tu cólera está justificada.

-Quiere la guerra -explicó Bedegran categórico- La he evitado todo este tiempo, pero para mantener la paz se necesitan dos. Si quiere guerra, lucharé, a pesar de que no quiero hacerlo. -Empezó a pasear de un lado a otro ante nosotros-. Pero esto..., ¡este ultraje! Merlín, no puedo permanecer al margen. Debo proteger a mi gente. No intentes persuadirme de lo contrario.

-Protégela como creas conveniente -respondí-. No he venido a enseñarte lo que debes hacer.

-¡Oye cómo desvarío! Tu tutela, sí la aceptaría. Eres el único hombre al que haría caso. -Bedegran sonrió por primera vez desde su llegada-. Así ¿qué? Te escucho. Habla.

-Tengo muy poco que decir. No obstante, te diré lo que sé: Morcant está atacando Dobuni. Se dice que le han arrebatado tierras a Madoc y que han matado a su hijo; pero, hasta ahora, Madoc se ha negado a luchar.

-Madoc se hace viejo. Sabe que no puede vencer a Morcant. Tanto más, cuando Dunaut presiona por el otro flanco. ¡Ahh! Esos dos son peor que víboras.

-¿Están juntos en esto?

-Si lo están yo no he oído nada al respecto. -Bedegran meneó la cabeza negativamente-. Pero, de todos modos, no me había enterado de lo de Madoc hasta ahora. -Hizo una pausa-. Lamento lo de su hijo.

-Una pérdida terrible -musité, y pareció como si la figura de un joven apareciera instantáneamente ante mí, la mano extendida como si suplicara ayuda. Pero no era el hijo de Madoc; este muchacho era más joven..., de la edad de Arturo, no más-. El hijo... No había tenido en cuenta al hijo...

Bedegran enarcó las cejas.

-Merlín, ¿qué sucede?

-¿Tiene un hijo Morcant?

-Sí. Un muchacho. Creo que se llama Cerdic. Sí, Cerdic. ¿Por qué?

Lo vi todo claro al momento. Comprendí lo que los pastores de Madoc querían decir al referirse a cobrar la deuda de sangre. ¡Qué estúpido había sido! Morcant se estaba deshaciendo de sus rivales y dejando el camino expedito para su hijo. Al menos Arturo estaba a salvo bien oculto en el norte. No me había equivocado al cambiarlo de lugar.

Cambiamos a otros temas de conversación, y no tardó el llegar la hora de la cena. Mientras comíamos, Bedegran inquirió:

-¿Qué harás, Merlín Embries?

-Lo que pueda. Por el momento, mi intención es evitar que la guerra devore el sur. ¿Tengo tu compromiso de mantener la paz?

-Lo tienes, Merlín -respondió nuestro anfitrión, pero añadió-: Si consigues mantener a Morcant y a esa serpiente de Dunaut en sus tierras todo irá bien.

Más tarde, estando a solas en nuestros aposentos, comenté a Pelleas:

-Es tan malo como temía. Por suerte, no obstante, no hemos llegado demasiado tarde. Esto es algo que sólo yo puedo hacer, Pelleas. ¿Qué otro puede moverse con impunidad de un rey a otro? Sólo yo separo a Inglaterra del desastre.

¡Ahh, me había emborrachado con la idea! Y creía lo que decía, igual que creía que podía obtenerse la paz entre estos podencos aullantes que se denominaban a sí mismos nobles. Descansé perfectamente aquella noche, y al día siguiente cabalgué lleno de confianza y nobles intenciones dispuesto a salvar a Inglaterra de encenagarse en una guerra que finalmente sólo beneficiaría a los saecsen.

Madoc -hosco, asustado y desconsolado por la pérdida de su hijo- nos recibió con toda la cortesía que podía demostrar dadas las circunstancias. Sufría, y deseé poder
darle algún consuelo.

-¿Bien? -inquirió, una vez finalizadas las formalidades de la bienvenida-. ¿Qué desea el eminente Ambrosius de Inglaterra de este anciano?

Puesto que no se iba con rodeos, le respondí de la misma suerte.

-No permitas que Morcant te arrastre a la guerra.

Alzó la barbilla bruscamente.

-¿Arrastrarme a la guerra? No tengo la menor intención de luchar contra él; pero, si piensas disuadirme de cobrar la deuda de sangre que tiene conmigo, ahórrate saliva. Pienso cobrarla.

-Eso es precisamente lo que espera Morcant. Sólo espera que le des motivo para atacar sin tapujos.

-¿Qué te importa a ti eso, gran Ambrosius? ¿Eh? -refunfuñó el anciano monarca-. ¿Qué convierte en asunto tuyo esta cuestión?

-La seguridad de Inglaterra atañe a todos los hombres honrados. Tengo la intención de hacer todo lo posible por mantener la paz.

-¡Entonces vete a ver a los saecsen! -gritó-. ¡Ve a hablar de paz con ellos y déjame tranquilo!

No había modo de razonar con él, de modo que me marché, diciendo:

-No puedes vencer a Morcant; y posiblemente Dunaut lo ayuda en esto. No pienses en conseguir que Bedegran se alíe contigo; ya he hablado con él, y no te apoyará.

-¡No necesito la ayuda de nadie! ¿Lo oyes?

Acompañado de Pelleas fui a ver a Dunaut, para acusarlo de duplicidad. Al igual que Morcant, nos ofreció una bienvenida cordial, aunque falsa. Se sentó en su enorme sillón y sonrió como un gato ladino, pero se negó a contestar seriamente ninguna de mis preguntas. Finalmente, perdí la paciencia.

-Niega que Morcant y tú estáis juntos en esto -lo reté-. Niega que hacéis la guerra a vuestros reyes vecinos.

El astuto Dunaut apretó los labios y se mostró confundido.

-No te comprendo, Merlín -respondió-. Durante todos estos años hemos apoyado tu absurda prueba. Incluso ahora, la Espada de Inglaterra sigue en la piedra a la espera de ser reclamada. Pero tú ¿te das por satisfecho con eso? ¡No! Nos atacas con acusaciones de hacer la guerra. Revoloteas aquí y allá levantando sospechas y enojo. -Calló, adoptando una expresión herida y llena de aflicción-. Regresa a tu Isla de Cristal, regresa a Celyddon o a donde sea que vivas. ¡No te necesitamos aquí, entrometido!

Puesto que no podía sacarle nada más, me sacudí el polvo de los pies y dejé a la víbora en su nido. Morcant y Dunaut estaban resueltos a iniciar una guerra, eso quedaba muy claro. Cegados por la ambición y embrutecidos por la codicia, conspirarían hasta conseguir la caída de Inglaterra.

¡Que Dios nos asista! Siempre sucede lo mismo con los reyezuelos. En cuanto los saecsen los dejan respirar un poco, empiezan a hacerse pedazos los unos a los otros. ¡Resulta tan absurdo!

-Me apena, Pelleas. Me siento desesperado -le confesé una vez que estuvimos lejos. Cabalgamos un buen rato mientras nuestras cabezas daban vueltas a todo aquello.

-¿Y Tewdrig? -inquirió Pelleas al cabo de un rato- No hay duda de que podría enfrentarse a alguien como Morcant. Quizá -sugirió- deberías dejar que Tewdrig pusiera fin a todo esto.

Medité sobre ello, pero sólo un momento.

-No, el precio es demasiado alto. No somos lo bastante fuertes para pelear entre nosotros y rechazar al mismo tiempo a los saecsen. -Eso al menos resultaba evidente para mí; menos evidente era cómo traer la paz e imponerla a aquellos que no la deseaban-. Debemos obligarlos a comprender, Pelleas.

Dedicamos todo el verano a intentar desesperadamente que los reyezuelos del sur comprendieran que luchar entre ellos debilitaba a Inglaterra y nos condenaba a todos.

-¿Cuánto tiempo creéis que esperarán los saecsen para apoderarse de la tierra que dejáis desprotegida? ¿Cuánto tiempo creéis que pelearán con los señores del norte cuando un sur debilitado los llama?

Mis preguntas, al igual que mis acusaciones, no causaban mella ni obtenían respuestas. Les lancé verdades y recibí mentiras a cambio. Utilicé la persuasión y la gazmoñería, la amenaza y el halago, supliqué, rogué, engatusé y aguijoneé. Morganwg me despreció, Coledac se mostró arrogante y los otros... Madoc, Ogryvan, Rham, Owen Vinddu y el resto fingieron inocencia o indiferencia y maquinaron traiciones interiormente. Todos mis esfuerzos fueron vanos.

Agotado en cuerpo y espíritu, decidí finalmente encaminarme a Ynys Avallach. Ansiaba volver a ver a Avallach y a Charis, y esperaba encontrar consuelo y comprensión. La verdad es que necesitaba desesperadamente un bálsamo que curara mi acongojado ánimo.

El palacio del Rey Pescador seguía inalterable como siempre. El verde montículo de la Torre se alzaba sobre el tranquilo lago, su imagen reflejada en las aguas inmóviles. Innumerables manzanos adornaban las empinadas laderas, ascendiendo hasta las elevadas y elegantes murallas. La paz y el sosiego envolvían la isla como la niebla el lago bordeado de juncos, y se respiraba un aire de tranquilidad suave como la luz que se filtraba por los sombreados senderos. El sol que se ponía proyectaba sus rayos sobre las altísimas murallas y torreones provocando que la pálida piedra enrojeciera como oro al rojo vivo. Este resplandor era de una naturaleza que impregnaba al aire mismo de tal forma que parecía hormiguear sobre la piel; una luz viva que transmutaba todos los elementos más bajos en material mucho más fino y puro.

Avallach, regio y enigmático, la barba rizada y aceitada, nos dio la bienvenida a Pelleas y a mí de todo corazón, y nos trató con gran deferencia. Charis, la Dama del Lago, puede decirse que resplandecía de amor por mí; sus verdes ojos brillaban y la dorada cabellera relucía mientras me conducía, cogido del brazo, por entre los manzanos que cuidaba con tanto esmero. Paseábamos por los umbríos bosquecillos o remábamos en el cristalino lago al atardecer y nos íbamos a la cama con el canto de los ruiseñores resonando en el aire nocturno.

No obstante la paz que se respiraba, yo comía y dormía mal. Estaba preocupado. Ni siquiera pescando con el Rey Pescador en el lago que se extendía a los pies de la Torre, me tranquilizaba. Tampoco podía confiarme a mi madre. Charis, cuya comprensión no conocía límites, me consolaba lo mejor que podía; pero yo no quería que me consolaran. Lo cierto es que no era auxilio lo que necesitaba, sino una visión. Y no me llegaba.

Te pregunto, oh Espíritu de la Sabiduría, dime si puedes: ¿cuál es el remedio para la falta de una visión?

Día a día, mi espíritu se enfriaba. Sentía como si me congelara interiormente, como si mi corazón se endureciera dentro de mi ser. Notaba cómo el alma se me paralizaba y se tornaba pesada como un miembro sin vida. Charis se daba cuenta de todo ello. ¿Cómo podía yo ocultarlo a quien me conocía mejor que nadie?

Una noche, sentado a la mesa con el plato intacto ante mí, me dediqué a escuchar cómo Charis explicaba la labor de los caritativos hermanos de la cercana abadía; había, según nos informó, planes para fundar un lugar de curación.

-Es justo que así sea -decía ella-. Taliesin vio el Reino del Verano como un lugar donde la enfermedad y los achaques habrían desaparecido para siempre. Y muchos llegan aquí en busca de ayuda para sus sufrimientos. El abad ha hecho venir monjes de la Galia y de otros lugares..., hombres que saben mucho de medicina y de artes curativas.

-Sí, claro. -Yo la escuchaba sólo a medias.

Mi madre se interrumpió y posó una mano sobre mi brazo.

-Merlín, ¿qué sucede?

-No es nada -suspiré; intenté sonreír, pero encontré excesivo incluso ese pequeño esfuerzo-. Lo siento. ¿La abadía? Decías...

-Tan sólo que las tareas de curación siguen floreciendo por aquí -respondió ella con rapidez-. Pero hablábamos de ti ahora. Estás triste. Creo que fue un error que vinieras aquí.

-Una estancia en el Reino del Verano jamás es un error -contesté-. Simplemente estoy muy cansado. El Señor sabe que tengo motivos para ello; he estado cabalgando de un lado a otro todo el verano.

Charis se inclinó al frente y tomó mi mano entre las suyas.

-A lo mejor te necesitan en otro lugar -continuó, dejando de lado mi objeción.

-¡No se me necesita en absoluto! -grité, y lo lamenté al momento-. Lo siento, madre. Perdóname.

Ella me apretó aún más la mano.

-Arturo te necesita -respondió con sencillez-; regresa a Celyddon. Si todo lo que dices es cierto, allí es donde está el futuro.

-A menos que los señores del sur abandonen su actitud guerrera, no existe futuro -concluí sombrío. Callé unos instantes, recordando el fogoso temperamento de Uther-. Necesitamos otro Pendragon.

-Ve, halcón mío -dijo mi madre-. Regresa cuando lo hayas encontrado.

Aquella noche dormí muy mal, y desperté antes del amanecer, inquieto.

-Prepara los caballos, Pelleas -ordené lacónico-Partiremos en cuanto hayamos desayunado.

-¿Vamos a Londinium?

-No, hemos terminado aquí; que el sur se las arregle solo. Nos vamos a casa.

Siete

Hay un largo camino hasta Caer Edyn, y mucho tiempo para meditar sobre la estupidez de los hombres vanidosos. La desesperación me abrazó contra su huesudo pecho; la aflicción se instaló en mi alma. La carretera nos llevó al este antes de girar al norte, y pasamos muy cerca de las antiguas tierras costeras de Cantil. Esta región del sudeste es la Costa Saecsen, así

llamada por los romanos debido al sistema de faros y puestos avanzados levantados para protegerse del fiero invasor llegado del otro lado del mar. Una tribu de chacales marinos bajo el mando de un jefe guerrero llamado Aelle se había apoderado de varias de las fortalezas abandonadas en la costa sudeste, entre el Wash y el Támesis.

Era a lo largo de esta misma extensión de la costa meridional que Vortigern había instalado a Hengist y Horsa y a sus tribus en una vana esperanza de terminar con los incesantes ataques que poco a poco desangraban Inglaterra. Y fue desde esta misma costa que los bárbaros se desparramaron por el territorio para ocupar los territorios circundantes, hasta que Aurelius los frenó para luego derrotarlos y expulsarlos.

Ahora habían regresado y se habían vuelto a apoderar del territorio que Hengist había invadido: la Costa Saecsen; el nombre permanecería, pero por un motivo diferente. Al contrario que sus padres, estos invasores estaban dispuestos a quedarse.

Pensé en todo esto y percibí cómo el repentino flujo del awen me atravesaba. Me detuve e hice girar a mi montura para volver a mirar los terrenos que descendían hasta el mar a nuestra espalda. Vi desvanecerse el paisaje como en una neblina crepuscular, y se me ocurrió que, a pesar de mis esfuerzos, la noche se había adueñado del sur. Ahora se iniciaría una época sombría; lo vi con toda claridad: pese a que los voraces chacales marinos se apiñaban en sus fronteras, Morcant seguiría adelante con su estúpida guerra; Madoc, Bedegran y otros se verían obligados a aumentar sus ejércitos, y habría mucho derramamiento de sangre sin sentido.

Había llorado por tener una visión y ahora tenía una. Pero ¡qué visión tan lúgubre! ¡Luz Omnipotente, ten piedad de tu siervo!

Dando la espalda a tan macabra perspectiva, volví a retomar el sendero cubierto de zarzas, como si se tratara del enmarañado sendero del futuro. No había demasiada esperanza en lo que veía, poco consuelo en el que refugiarse ante los negros nubarrones que se avecinaban: La oscuridad debe tener su época, y la tierra debe soportar su tormento. ¡Así son las cosas!

Tras dejar el sur finalmente a nuestras espaldas, Pelleas y yo nos apresuramos en nuestro viaje a través de los largos y amplios valles que al cabo dieron paso a profundas cañadas verdes, arroyos de frías aguas y cumbres salvajes por las que ululaba el viento. Empezaba a hacer frío, pensé, y no era simple especulación, ya que varias veces al despertarnos nos encontramos con que había nevado por la noche, aunque aún no había tenido lugar el Samhein.

PENDRAGON IV

Por fin, llegamos a la Roca de Ector cansados y desalentados, la futilidad de nuestra larga estancia aferrada a nosotros como nuestras propias capas empapadas. Ector, que había estado recorriendo sus tierras junto con Cai y Arturo, nos encontró a poca distancia de Caer Edyn.

Arturo lanzó un sonoro hurra y se lanzó a mi encuentro.

-¡Myrddin, Pelleas! Habéis regresado. -Saltó del caballo y corrió hacia mí-. Pensaba que jamás regresaríais. Me alegro de veros; os he echado de menos a los dos.

Antes de que pudiera responder, Ectorius llegó hasta nosotros, gritando:

-¡Saludos, Emrys! ¡Saludos, Pelleas! Si hubierais avisado, os habríamos salido al encuentro en la carretera. ¡Bienvenidos!

-¡Saludos, Ector! Te saludo de todo corazón -respondí. Mi mirada se posó en el joven Arturo, de pie frente a mi caballo, que no dejaba de dar saltitos donde estaba, ahora sobre un pie, ahora sobre el otro, mientras sujetaba las riendas de nuestros caballos-. Te he echado de menos, muchacho-le dije.

-¿Están bien las cosas en el sur? -inquirió Ector.

-El sur se ha perdido -contesté-. El desatino gobierna allí. Los reyezuelos están entregados a la traición y la guerra. Lo que no destruyan, los saecsen lo robarán.

Ectorius, la sonrisa presente aún en el rostro, paseó la mirada del uno al otro de nosotros, como si se esforzara por creer. La verdad es que la lluvia había cesado, el sol brillaba con fuerza y las palabras de desaliento carecían de poder contra ello. Echó un vistazo al deslumbrante cielo.

-Bien -Ector se encogió ligeramente de hombros-; sin duda habéis tenido un viaje largo y difícil. Puede que tengáis otro estado de ánimo después de haberos quitado la carretera de la garganta. Venid, hay cerveza más que suficiente para lograrlo.

Se dio la vuelta y llamó a Cai y Arturo.

-Y bien, ¿todavía estáis ahí, pequeños holgazanes? Montad inmediatamente y llevad la noticia a casa. Nuestros amigos han encontrado el camino de vuelta a nosotros; decid en las cocinas que preparen lo mejor que tengan. Ectorius exige un banquete, decidles. ¡Deprisa! ¡En marcha!

PENDRAGON IV

Arturo estaba ya en la silla y en camino antes de que lord Ectorius terminara de hablar. Y aguardaba en la puerta cuando llegamos a la fortaleza, sonriendo de oreja a oreja y gritando nuestros nombres.

-¡Myrddin! ¡Pelleas! ¡Aquí estoy!

Sólo ver el entusiasmo que brillaba en el rostro del muchacho me hizo reír, y no había reído en mucho tiempo. De esta forma, Arturo, tan sólo por ser quien era, alegró al Espíritu de Inglaterra, una hazaña no celebrada pero no por ello menos valiosa que cualquier otra loada por los bardos.

Sin embargo, los problemas que presentía no estaban únicamente en mi imaginación. La opresión, la oscuridad, era totalmente real, y tan poderosa como yo la creía. Pero ¿acaso no conocía yo en mi fuero interno de dónde procedía?

El día del regreso al hogar, tan sólo el pequeño Arturo alegró nuestros corazones con su inconmensurable alegría por nuestra vuelta.

-Me equivoqué al dejarlo, Pelleas -confesé-. Todo nuestro vagabundeo no ha conseguido nada. Al contrario, no hay duda de que he empeorado las cosas con mi maldita interferencia -me interrumpí al ver que Arturo se acercaba corriendo.

-¡Myrddin! ¡Pelleas! Habéis estado fuera tanto tiempo..., ¡casi un año! ¡Os he echado de menos! ¿Queréis verme arrojar una lanza? -Había pasado todo el largo verano perfeccionando el lanzamiento, y se sentía orgulloso de su creciente destreza.

-Yo también te he echado de menos -respondí, desmontando rápidamente y atrayéndolo hacia mí.

-¡Es la tierra y el cielo verte! ¡Oh, Myrddin, me siento tan feliz de que hayas vuelto! -Me rodeó la cintura con los brazos.

-Es la alegría misma el verte, Arturo -susurré-. Lamento haber estado ausente tanto tiempo; no podía evitarse.

-Te perdiste el Lugnasadh -dijo Arturo, apartándose-. ¡Pero a pesar de ello has llegado a tiempo para la cacería de otoño! Temí que te la perdieses. Lord Ector dice que Cai y yo podemos ir este año. Quiero cabalgar contigo, Myrddin, para que puedas verme. Algunos de los señores del norte vendrán, y lord Ector dice que podemos...

-¡Poco a poco, Arturo! ¿Qué me cuentas de la Asamblea? –pregunté. ¿Nos habríamos perdido también eso?

PENDRAGON IV

Arturo frunció el entrecejo por un brevísimo instante, y eso me dio la respuesta.

-No hubo Asamblea este año -respondió-. Debido a problemas en no sé dónde, Custennin dijo que la Asamblea no podía tener lugar.

-Oh -repuse, meneando la cabeza-; qué lástima.

-Pero continuó Arturo, animándose de inmediato-, Ectorius dice que el año próximo tendremos una Asamblea aún mayor..., ¡el doble de grande! Eso hace que casi valga la pena esperar. -Se dio la vuelta y echó a correr-. ¡Venid, os mostraré lo bien que arrojo la lanza! ¡He estado practicando todo el verano!

Desapareció en un instante.

-¿Bien? -Me volví a Pelleas-. Creo que tendremos que presenciar una prueba de lanzamiento. La excelente cerveza de Ectorius tendrá que aguardar un poco, me parece; esto es más importante. Envía al señor de la casa nuestras disculpas; dile que ha surgido un asunto de cierta importancia, y que nos reuniremos con él tan pronto como sea posible.

Pelleas se marchó a toda prisa a hacer lo que le había ordenado y cuando regresó nos encontró a Arturo y a mí en el terreno situado detrás de la residencia de los muchachos. Allí Arturo nos demostró su considerable pericia al dar una y otra vez en el blanco; hazaña más extraordinaria aún por el hecho de que utilizaba la lanza larga de los guerreros, y no la otra más corta que utilizaban los niños en sus entrenamientos.

El día que moría alargó nuestras sombras sobre el terreno y permanecimos allí inmóviles contemplando cómo Arturo, incansable, arrojaba y recuperaba la lanza, el rostro enrojecido por el arrebol del orgullo ante esta nueva habilidad suya. Vitoreamos su éxito y alabamos sus proezas mientras el llameante sol se hundía aún más a nuestra espalda.

Tras un último «Bien hecho», rodeé al muchacho con mi brazo y emprendimos el regreso al salón donde se preparaba el banquete.

-Posees el toque del campeón-dije.

-¿Eso crees? Puedo hacerlo mejor... Sé que puedo.

-Te creo. -Me detuve y posé ambas manos sobre los hombros de Arturo-. Te convertiré en rey, Arturo.

El muchacho no pareció impresionado por aquella promesa.

-Eso dices tú. ¡Yo sólo quiero luchar contra los saecsen!

-Ya lo creo que lucharás contra los saecsen, hijo mío -le aseguré-. Serás un guerrero: ¡el mejor guerrero del mundo! Y muchas otras cosas además.

Arturo se sintió feliz con esta profecía. Pero en aquellos momentos se habría sentido igual de feliz con una nueva lanza o una espada propia. Se marchó a toda prisa para devolver la lanza al arsenal, y regresó corriendo a los pocos instantes.

Lo esperé, y contemplé cómo corría.

-Míralo, Pelleas. No sabe nada de los poderes formados contra nosotros; y, aunque lo supiera, creo que le importaría tan poco como el polvo que pisa.

Resulta algo extraño y sutil, pero ahora creo que yo tenía que fracasar -darme cuenta de que todos mis esfuerzos por lograr la paz no servían de nada- antes de poder reconocer la realidad, allí ante mí, cruda como la vida misma. Para poder dar la bienvenida a la redención, se debe abrazar primero la total desesperación del fracaso. ¿Cómo puede el hombre buscar auxilio a menos que sepa que está realmente perdido? Estaba allí antes -¡estuvo ahí siempre!- pero yo no podía verlo. Ahora lo vi tal y como era, y tal y como sería más adelante. ¡Sí! Recuerdo el momento a la perfección. Ciertamente, aquella tarde dorada con Arturo tan feliz a mi lado sigue siendo una de las más espléndidas que recuerdo. Pues en aquel breve período de tiempo vi la forma que tomaría nuestra salvación. ¡Luz Omnipotente, y pensar que se me podría haber
pasado por alto!

Por desgracia, la gloria del momento resultó muy efímera. Malas noticias nos esperaban. Ector levantó la vista, el entrecejo fruncido, cuando penetramos en sus aposentos. Estaba sentado en su lugar favorito: un sillón hecho con cornamentas de ciervos rojos y colmillos de jabalí entrelazados.

-¡Aquí estáis! -exclamó con brusquedad, y puso un rollo de pergamino ante nuestras narices en cuanto nos detuvimos junto a él-. ¡Leed esto! -Lo dijo como si lo que allí estaba escrito fuera cosa mía.

Cogí el rollo, lo desenrollé y escudriñé la apretada escritura antes de entregar el pergamino a Pelleas. Este lo leyó rápidamente y lo devolvió a Ector.

-Esto -gruñó Ectorius- me estaba esperando cuando llegué. Es de Lot. Se han visto grupos de guerreros saecsen en el norte. Hay mujeres y niños con ellos. –Cada palabra llevaba con ella una carga de temor-. Se están

instalando. Los pictos les han dado la bienvenida; Lot cree que han formado una alianza, y eso es lo que parece.

-¿Dónde está el hombre que trajo la carta? -pregunté.

-Se ha ido -respondió Ectorius-; él y los hombres que lo acompañaban descansaron sólo un día antes de regresar. No nos encontramos con ellos por este poco. -Alzó el pulgar y el índice para mostrar lo poco que había faltado.

-Saecsen instalándose en el norte -refunfuñé sombrío-. De modo que empieza de nuevo. La confusión que temíamos ya está aquí.

Ectorius, que esperaba algún consuelo por mi parte, intentó ahora suavizar el golpe él mismo.

-De todos modos, las cosas podrían estar peor. Unos cuantos colonos. Eso es todo. Seguramente, no pueden causar... -empezó sin entusiasmo.

-¡No es únicamente unos cuantos colonos, como tú bien sabes! -lo interrumpí.

Ectorius me lanzó una mirada furiosa; su mandíbula se hinchó peligrosamente pero se mordió la lengua.

-¡Piensa un poco, hombre! Lo que ocurre en el norte, también pasa en el sur: las primeras de las poderosas oleadas que a partir de ahora se abatirán sobre esta isla han caído ya sobre nuestras costas, y con ellas han llegado los primeros de los grandes señores guerreros que reclamarán Inglaterra para sí.

-¡Eso que dices es una locura! -replicó Ectorius, saltando de su sillón-. No sabes que sea así.

-Es cierto, Ector. La Costa Saecsen ha caído. En estos instantes los bárbaros erigen fortalezas en las que reunir a sus ejércitos, y desde allí se extenderán como una plaga para arrasar el país. Y luego -concluí solemne-, cuando hayan robado lo suficiente para sustentarse, intentarán someter a Inglaterra a su pagano gobierno.

Ectorius, confirmados sus peores temores, contempló ceñudo el pergamino durante unos instantes y luego lo arrojó al suelo.

-No me das muchos ánimos -dijo con aspereza- No obstante, no es ni más ni menos que lo que me decía el corazón, y eso que tenía la esperanza de que Aurelius y Uther los hubieran desanimado.

-Lo hicieron, pero sólo un estúpido pensaría que iba a durar eternamente. Tal y como están las cosas, hemos disfrutado de una cierta paz durante estos últimos años. Con todo, si tenemos suerte, puede que durante un tiempo se contenten con establecer sus poblados antes de iniciar los ataques.

-Que empiecen cuando quieran -declaró lord Ectorius-. Por el Señor que me ha creado, Emrys, que pienso defender lo que es mío. No me expulsarán de mis tierras.

-Muy bien dicho -repuse-; pero la fuerza sola no triunfará esta vez.

-¿Cómo entonces? ¿Qué otra cosa podemos hacer?

-Rezar, buen Ector -salmodié en voz baja-. Rezar para que Dios esté con nosotros. Rezar para obtener la fuerza de la verdad y el valor de la justicia. Pues te digo con toda franqueza que sin estas dos cosas Inglaterra no será nuestra ni un día más de lo que nos sea concedido.

Ectorius, la expresión hosca, meneó la cabeza despacio mientras la verdad de lo que le decía iba penetrando en su interior.

-Este es un trago muy amargo, Emrys. Te lo digo con franqueza, y no me da ningún ánimo.

-Que ésta sea tu esperanza entonces, amigo mío: hay alguien bajo tu cuidado que ya ahora lleva en su interior todo lo que se necesitará llegado el día. Alguien cuya vida se encendió en este mundo para ese solo propósito.

-Pero ¡si no es más que un chiquillo! -Ectorius me contempló asombrado.

-En el día de hoy he visto el futuro, Ector -le aseguré-. Y brillaba en la afectuosa bienvenida del rostro de ese muchacho.

Ocho

Los días siguientes se dedicaron a los preparativos para la cacería de otoño. Volvieron a herrarse los caballos, se afilaron las lanzas, se preparó a los perros. Todos los habitantes de la fortaleza estaban ocupados. Desde el amanecer hasta bien entrada la noche, en Caer Edyn resonaban los gritos, las canciones y las risas. Era una especie de celebración; aunque una celebración muy importante con un propósito terriblemente serio:

cazábamos para el ahumadero y para comer en invierno. Necesitábamos la comida para poder sobrevivir a los fríos días y noches que se avecinaban.

Se cuidaron hasta los más mínimos detalles, pues una cacería fallida se convertiría en un invierno de privaciones, y, más arriba de la Muralla, un invierno de privaciones es un invierno asesino.

La mañana de la cacería, Arturo se levantó antes del alba y se aseguró de que Pelleas y yo también estuviéramos despiertos. Nos lavamos y vestimos, y corrimos al salón, donde algunos de los invitados de Ectorius estaban ya reunidos, esperando que sirvieran la comida. Esta mañana desayunaríamos estofado caliente de cerdo, pan negro de cebada y cerveza, ya que pasaríamos sobre la silla de montar todo el día.

Arturo apenas probó bocado. No hacía más que saltar de su asiento en el banco junto a mí, ansioso por salir corriendo a ver su caballo o su equipo o sus lanzas.

-Come, muchacho -le dijo Pelleas una y otra vez- No habrá nada más hasta la cena.

-No puedo comer, Pelleas -se quejó Arturo-. Tengo que ocuparme de mi caballo.

-El caballo puede esperar. Ahora come lo que tienes delante.

-¡Mirad! ¡Ahí está Cai; tengo que hablar con él! -Se levantó y desapareció antes de que ninguno de nosotros pudiera detenerlo.

-Déjalo ir, Pelleas -aconsejé-. Intentas detener la marea con una escoba.

Finalizada la comida, nos reunimos en el patio delantero, donde los caballos aguardaban ya preparados. El día había amanecido gris y helado, la neblina espesa y húmeda; un crudo presagio del largo y desapacible invierno que nos esperaba. Los encargados de los podencos -seis hombres, cada uno con cuatro perros tirando de la correa- se esforzaban por tranquilizar a sus animales e impedir que se enredaran unos con otros. El patio olía a perros y caballos mojados. Todo bullía en una magnífica confusión festiva, el entusiasmo aumentado por la fuerte expectación.

Los caballos pateaban y piafaban impacientes mientras los cazadores sujetaban las lanzas en sus lugares. Los muchachos más jóvenes corrían de un lado a otro, atormentando a los perros y haciéndolos ladrar. Y las mujeres, venidas a despedir a esposos y novios, desafiaban a sus hombres con bien intencionadas pullas a que llevaran a casa el jabalí o el venado más grande o, si eso no podía ser, una liebre para el puchero.

PENDRAGON IV

Pelleas y yo íbamos a cabalgar con Ectorius, y lo encontramos cerca de la puerta, conferenciando con su jefe de cazadores, un hombretón calvo llamado Ruddlyn, quien, según se decía, podía oler un venado antes de que el venado pudiera olerlo a él; toda una hazaña, sin duda, ya que incluso yo podía olerlo perfectamente. El cazador llevaba una basta túnica de cuero a través de la cual salían al exterior dos enormes brazos desnudos y peludos; sus piernas eran gruesas como tocones de árbol e iban enfundadas en unas botas altas recubiertas de pelo. Ruddlyn y Ectorius hablaban del tiempo.

-No, no -decía Ruddlyn-, este liath aclarará dentrode poco. No es más que una niebla llorona; no le hagáis caso. Los senderos del valle se estarán despejando cuando lleguemos hasta ellos. La niebla no durará, os lo aseguro.

-Entonces haz sonar el cuerno, amigo -lo instó Ectorius, tomando una decisión-; es un pecado seguir reteniendo a los podencos.

-A la orden -asintió Ruddlyn, que se alejó pesadamente mientras tomaba el cuerno que pendía de su cuello. Teníamos los caballos delante, de modo que montamos. Ectorius, sonriente, el rostro mojado por la llovizna, saludó a los ansiosos cazadores.

-¡Amigos! Se nos augura un buen día. Hemos tenido un buen verano, de modo que los cotos están llenos de caza. Tenemos todo el día por delante; os deseo una buena cacería.

En ese mismo instante el jefe de cazadores hizo sonar el cuerno; una larga nota grave y ronca que hizo que los perros empezaran a gritar como respuesta. Las puertas se abrieron de par en par, y todos nos precipitamos al camino.

Los terrenos de caza de lord Ectorius se encontraban cerca de Caer Edyn en dirección noroeste, pues era allí donde el bosque era más tupido. Empezando en la cañada del río Carun, los senderos de caza seguían la corriente hasta el interior del bosque antes de separarse.

A la derecha, las sendas continuaban en un lento y suave ascenso hasta las colinas y acantilados de Fiorthe y Muir Giudan al este; las sendas de la izquierda giraban al oeste para alzarse bruscamente hasta una empinada y traicionera cordillera rocosa que señalaba el inicio de una abrupta y solitaria región conocida como Manau Gododdin.

El accidentado terreno estaba cubierto de robles y fresnos y zarzas de espinos; las mesetas y las cimas de las colinas eran todo aulagas y brezos aferrados a la roca desnuda: un terreno abrupto. Pero la caza allí no tenía igual.

Cabalgamos hasta la cañada, dejando que los grupos más ansiosos se adelantaran. En el inicio del sendero se soltó la primera jauría, y los aullantes animales salieron disparados, babeantes, el rastro ardiendo ya en sus hocicos; el primer grupo de cazadores cabalgó tras ellos.

-¡Dejadlos correr! ¡Dejadlos correr! -gritó Ectorius-. ¡Myrddin, Pelleas! Quedaos cerca de Ruddlyn, y él nos encontrará una buena pieza. Tenéis mi palabra.

Seguimos adelante con los gritos de perros y cazadores resonando por toda la cañada. Cai y Arturo nos adelantaron, chillando como los bhean sidhe mientras atravesaban a toda velocidad el Carun y se hundían en el bosque.

-Yo solía cabalgar así -comentó Ectorius, sacudiendo la cabeza con una carcajada-, pero después de contemplar una mesa vacía una o dos veces se aprende a controlar la fogosidad. ¡Ah! -volvió a reír en voz baja-, pero era muy divertido.

Ruddlyn apareció en ese momento, desmontó y, tomando las correas de los cinco perros que lo acompañaban -enormes animales negros de morro cuadrado todos ellos-, arrolló las cinco correas a su mano, diciendo:

-He visto un ciervo de gran tamaño un poco más adelante. Valdría la pena reservar a los perros para él.

Dicho esto se alejó corriendo con los perros, las robustas piernas transportándolo con sorprendente rapidez a través de los senderos cubiertos de maleza. Curiosamente, los animales no ladraron, sino que trotaron muy tiesos, las cabezas gachas y las colas enhiestas.

-Los ha entrenado para que permanezcan en silencio -explicó Ectorius al ver mi expresión de sorpresa- jamás ladran hasta que se avista el animal. De este modo nos acercamos mucho más.

Golpeó su caballo con las riendas y empezó a seguir al cazador y a sus perros.

Pelleas y yo lo seguimos, bien pegados a los cuellos y lomos de nuestras monturas para no golpearnos con las ramas bajas de los árboles. El sendero estaba oscuro y húmedo; la niebla impregnaba el aire inmóvil. Poco a poco, el sonido de los otros grupos de caza se fue apagando, ahogado y absorbido por la espesa maleza del bosque.

Ruddlyn, que se movía con la misma velocidad que sus perros, no tardó en desaparecer en las tinieblas de una oscura senda en forma de túnel que se

abría ante nosotros. Cabalgamos tras él, abriéndonos paso por entre los punzantes helechos que se aferraban a nosotros como si no quisieran dejarnos pasar. En un momento, los caballos empezaron a rezumar agua desde la cruz hasta los cascos y nuestras ropas quedaron totalmente empapadas.

El camino giraba siempre hacia la izquierda, y no tardé en comprender que seguíamos uno de los senderos occidentales en dirección a las escarpadas colinas de Manau Gododdin. Seguimos adelante sin pausa, el sonido de nuestro paso ahogado en el espeso aire húmedo.

Alcanzamos a Ruddlyn en un claro donde se había detenido a esperarnos. Apenas sin aliento, estaba de pie con los perros a su alrededor, el rostro vuelto hacia las plomizas nubes bajas del cielo.

-Despejará -anunció.

-¿Qué has encontrado? -preguntó Ectorius-. ¿Es el ciervo?

-Sí.

-¿Lo veremos pronto?

-Muy pronto, señor.

Tras esto, se dio la vuelta y volvió a alejarse a grandes zancadas. Observé que el terreno empezaba a elevarse, y al poco rato el bosque fue haciéndose menos espeso. Ascendíamos a zonas más altas; el sendero se tornó más irregular.

No avanzábamos muy deprisa, pero mantuve los ojos fijos en el camino, alerta a cualquier obstáculo que pudiera encontrar allí. En una caza, incluso los peligros menores -una piedra irregular, una rama caída, un agujero en el suelo- pueden significar el desastre si no se les presta atención.

El veloz ritmo de marcha de Ruddlyn me había medio adormecido cuando de improviso me vi sobresaltado por un repentino ladrar agudo de los perros. Levanté la cabeza rápidamente y, justo delante, vi a Ruddlyn que señalaba a la maleza mientras los perros tiraban de las correas, los hocicos levantados hacia lo alto.

Miré al punto que indicaba y distinguí la mancha roja de un ciervo que desaparecía. Al cabo de un instante, los perros quedaron libres y se lanzaron a la caza con Ruddlyn tras ellos.

PENDRAGON IV

-¡Rápido! -gritó Ectorius-. ¡Que el Señor nos bendiga, tenemos una buena pelea entre manos! ¿Lo visteis?

-Todo un monarca de los de su especie -chilló Pelleas, chasqueando las riendas. Su caballo saltó tras los perros.

Lo seguí, exultante ante la persecución; el aire húmedo me azotaba el rostro, y el animado aullar de los perros resonaba en mis oídos. El bosque era cada vez más claro, y los árboles pasaban como una exhalación. El caballo y yo nos movíamos como un solo ser, saltando troncos caídos y rocas, atravesando matorrales.

De vez en cuando vislumbraba a alguno de los otros delante de mí -ahora Pelleas, ahora Ectorius- mientras el bosque pasaba junto a mí en una moteada neblina gris. El camino se tornaba más empinado ahora. Por todas partes aparecían rocas y montículos cubiertos de hierba, y casi puede decirse que volábamos sobre ellos, sin dejar de ascender ni un momento.

De improviso salimos a terreno despejado, dejando el bosque a nuestras espaldas, y ante nosotros se alzaban las empinadas laderas en sombras de la cordillera rocosa. En ese momento, las nubes se abrieron y, de pie en el centro de un único haz de brillante luz, la cabeza erguida, contemplándonos con desinterés, había un ciervo magnífico, enorme, puede que el mayor que jamás haya visto. Había una docena o más de puntas en su cornamenta, la melena era gruesa y oscura sobre el grueso lomo, los ijares fuertes y los cuartos traseros musculosos: un auténtico señor del bosque.

Ectorius lanzó un grito. Pelleas saludó a la criatura con una exclamación de alborozo. Los perros, viendo su presa cerca, aullaron con renovada energía. Ruddlyn se llevó el cuerno a los labios y lanzó una larga nota aguda.

El ciervo volvió la cabeza, alzó las patas y, alejándose de un salto, se deslizó ladera arriba con la ligereza de la sombra de una nube. Los podencos, las orejas pegadas a la cabeza, se lanzaron tras el espléndido animal con su amo justo detrás.

Galopamos ladera arriba. Al llegar a la cima, descubrí que no era más que el rellano de una colina más alta, cuya parte superior seguía aún en sombras y envuelta en la niebla. El ciervo dio la vuelta y empezó a correr con facilidad por el amplio terreno cubierto de hierba, que se iba elevando a medida que se alzaba para reunirse con la cordillera por el lado oeste.

Cuando hacía girar mi montura para seguir a los otros, percibí un movimiento en el límite del bosque que había dejado abajo y eché una

ojeada a las tierras bajas que acabábamos de abandonar. Dos figuras a caballo y un perro acababan de salir de entre los árboles y trepaban ladera arriba a toda velocidad. No necesité una segunda mirada; reconocí en ellos a Arturo y a Cal, con un único perro entre ambos. Me detuve para dejar que me alcanzaran.

-¡Es nuestro! -exclamó Arturo al llegar junto a mí.

-¡Nosotros lo vimos primero! -informó Cai-. Le seguimos el rastro desde que cruzamos el río.

Ambos muchachos me dirigieron una mirada feroz como si yo hubiera conspirado para robar su virilidad. El perro empezó a dar vueltas a nuestro alrededor, impaciente, el olor del ciervo intenso y potente en el hocico.

-Tranquilos, hijos míos -les dije-. No dudo que hayáis encontrado su rastro más atrás; pero parece que lo hemos visto antes que vosotros.

-¡No es justo! -chilló Cai-. ¡Es nuestro!

-En cuanto a eso -le respondí-, el trofeo es de aquel que lo mata. Y el trofeo se nos escapa mientras estamos aquí gritándonos unos a otros.

-¡Cierto! -exclamó Arturo, girando en la silla para contemplar el sendero. Sus ojos recorrieron el rellano de la ladera; luego viajaron hasta la elevación cubierta de guijarros situada a la derecha-. ¡Por aquí! -gritó, lanzando su caballo al galope una vez más.

Cai me lanzó una mirada amenazadora y salió tras su amigo.

-¡Dirección equivocada! -les advertí, pero estaban ya demasiado lejos para oírme. Los seguí con la mirada durante un momento y luego me puse en marcha para alcanzar a Pelleas y Ectorius.

Los encontré al cabo de un rato en una cueva resguardada de la altiplanicie repleta de aulagas y zarzas. No vi a Ruddlyn, aunque oír cómo sus perros ladraban no muy lejos de allí.

-El animal ha desaparecido -declaró Ectorius cuando detuve el caballo a su lado-. Aparté los ojos de él durante un instante y ha desaparecido.

-Los perros volverán a encontrar el rastro -manifestó Pelleas-. No puede haber ido tan lejos.

-No, no podemos haberlo perdido -dijo Ectorius-. Conseguiremos la pieza.

-No si Arturo y Cai se salen con la suya-respondí.

-¿Cómo es eso? -Inquirió Ectorius, sorprendido.

-Los encontré en el sendero ahí atrás. También han estado siguiendo al ciervo. Aseguran que lo vieron primero.

Ectorius lanzó una carcajada y sacudió la cabeza.

-Por el amor de Dios, todo el bosque para cazar y van a tropezarse con nuestro animal. Bien, tendrán que matarlo si esperan reclamar la pieza.

-Eso es lo que les dije-contesté.

-¿Adónde han ido? -preguntó Pelleas, mirando detrás de mí.

-Arturo escogió el camino que va ladera arriba.

-Es todo piedras y zarzamoras -indicó Ectorius-. No hay lugar donde ocultarse allí arriba. Esos bribones deberían ser más listos.

Ruddlyn regresó hasta nosotros corriendo, el amplio rostro bañado en sudor. Había vuelto a atar los perros, y éstos tiraban de las correas para seguir los rastros que tenían tan cerca.

-El ciervo no estaba allí -jadeó, indicando la hondonada llena de aulagas a su espalda-, aunque ha estado. Su olor está por todas partes, pero no pudimos encontrar un rastro claro.

-Debe de haber saltado fuera del sendero en el recodo -señaló Ectorius.

-Oh, sí, podría ser eso -asintió el cazador-. Es una criatura astuta, ya lo creo. Debemos retroceder siguiendo el rastro ya que no podemos seguir adelante desde aquí.

Desandamos el camino, manteniendo a los perros bien sujetos hasta que pudieran encontrar un rastro fresco. Y, en el punto sugerido por Ectorius, volvimos a encontrar el rastro del animal. Los perros empezaron a aullar y a tirar en dirección al olor; Ruddlyn apenas podía contenerlos para evitar que subieran gateando las paredes casi verticales de la montaña.

-¿Es por aquí por donde se marcharon Arturo y Cai? -inquirió Ectorius.

-Sí -respondí-. pero los encontré un poco más atrás, donde no resulta tan empinado.

-Eso hace tres criaturas astutas -observó Pelleas.

-Parece que tendremos que seguir a los muchachos -repuso Ectorius-. Dios sabe que no podemos subir por aquí; no conseguiríamos más que rompernos la crisma intentándolo.

-Muéstranos el lugar -gritó Ruddlyn, que retrocedía ya repecho abajo. Hice girar mi caballo y cabalgué hasta el lugar donde había visto por última vez a Arturo y a Cai.

-¡Empezaron la ascensión aquí! -chillé y, apartando mi montura del rastro, inicié la subida. Resultaba difícil cabalgar hasta la cima, y una vez arriba el camino tampoco resultó más fácil. Era, tal y como Ectorius había dicho, todo roca y matorrales de espinos; las verticales paredes de piedra de la cordillera se alzaban sobre nuestras cabezas, y el suelo estaba cubierto de piedrecillas sueltas que dificultaban la marcha. Desmonté y esperé a los otros.

-Tendremos que seguir a pie -dijo Ectorius, saltando de la silla-. No podemos poner en peligro a los caballos.

-¿Por dónde subieron? -inquirió Pelleas. Escudriñó los elevados picos que se erguían sobre nuestras cabezas, negros y resbaladizos por la niebla que los envolvía y empapaba. No se veía ni rastro de los muchachos.

En ese mismo instante, uno de los perros ladró y empezó a tirar de su correa, los cuartos traseros en tensión, la cabeza gacha a pocos centímetros del sendero.

-¡Por aquí! -gritó Ruddlyn. Con un silbido agudo, reunió a todos los podencos ante él y se alejaron todos a la carrera una vez más.

Nosotros los seguimos tras coger dos lanzas cada uno de detrás de nuestras sillas de montar. El suelo era realmente abrupto, y la niebla y la lluvia habían convertido en resbaladizas las piedras sueltas que lo cubrían. Sujeté las lanzas bajo el brazo y troté todo lo rápido que pude por el traicionero terreno.

Los perros nos condujeron a un desfiladero estrecho situado entre dos elevaciones de piedra que recordaban grotescas columnas. El pasadizo daba a una estrecha garganta que se elevaba en el extremo opuesto para ir al encuentro de la cumbre situada más arriba. Eché una ojeada al extremo de la garganta y vi, ascendiendo al galope por la ladera cubierta de guijarros, a Arturo y Cai, con el ciervo huyendo a toda velocidad justo delante de ellos.

Mientras miraba, el ciervo alcanzó la cima y desapareció por el otro lado.

PENDRAGON IV

Ectorius y Ruddlyn los descubrieron a la vez. El noble gritó a los muchachos que nos esperaran, pero se encontraban demasiado distantes y no podían oírlo.

-¡Esos locos se matarán! -gritó Ectorius-. ¡Y matarán también a los caballos!

No podía hacerse otra cosa que apresurarse todo lo posible, y eso hicimos.

La ladera situada al final del desfiladero era mucho más empinada de lo que parecía desde lejos. Subirla a pie resultaba tan difícil que no sé cómo se las arreglaron Arturo y Caí para ascender por ella a caballo.

La cima formaba una pasarela natural entre las paredes verticales de las laderas que caían a cada lado, de este a oeste. En las tierras bajas a nuestra espalda, el bosque era como un arrugado pellejo negro con Caer Edyn alzándose un poco por encima de él algo más allá.

Los perros nos condujeron en dirección este por la cima, y nosotros los seguimos, con paso más lento ahora que el cansancio empezaba a hacer mella en nosotros. Incluso las zancadas de Ruddlyn se volvieron más lentas, a pesar de que siguió adelante implacable.

La cresta de la montaña serpenteaba incansable; era el terreno más peligroso y abrupto que jamás haya visto. Corrimos. El sendero se elevó imperceptiblemente bajo nuestros pies, y al frente apareció un pelado montículo de granito que se alzaba como una cabeza destrozada, cerrando el paso. A la derecha había una pared de piedra agrietada y cuarteada; a la izquierda, un salto en picado hasta una repisa resquebrajada situada más abajo. Justo al frente se encontraban Arturo, Cai y el ciervo.

Esto es lo que vi:

Arturo está sentado en la silla muy tieso, la cabeza gacha, los hombros erguidos, la espalda rígida, la lanza sujeta con la mano derecha. ¡Qué bien conozco yo la fuerza de esa mano! Cai está junto a él a unos pasos de distancia, la lanza lista. Los dos tienen los ojos fijos en el ciervo y respiran con dificultad.

El animal... ¡es todo un campeón! Es aún más grande de lo que pensé en un principio; es tan grande como un caballo.

Acorralado, se ha girado por fin de cara a sus perseguidores, y está allí inmóvil contemplándolos, la cabeza erguida, los flancos agitados. De su hocico brota espuma manchada de sangre. El arco de su cornamenta se abre como las ramas de un roble centenario: al menos hay dieciocho puntas.

¡Es todo un trofeo!

El podenco negro de Cai da vueltas a su alrededor, ladrando enfurecido; de improviso aprovecha una oportunidad y ataca. El ciervo gira sobre sí mismo y baja la cabeza. El perro lanza un chillido e intenta saltar a un lado, pero queda ensartado en las cuernas y es arrojado a un lado para morir sobre las rocas.

Ante esto empezamos a correr hacia ellos. Nos acercamos, pero Ruddlyn nos detiene:

-¡Parad! -grita-. ¡Que los perros hagan su trabajo!

Piensa sin duda que es demasiado peligroso. Si nos abalanzamos sobre él, el ciervo puede cargar contra uno u otro de los chicos y podría matarlos. Por el contrario, soltará a los perros y ellos rodearán al ciervo, lo acosarán y agotarán. Luego, cuando hayan cansado a la bestia y le hayan arrebatado una parte de su combatividad, nosotros nos acercaremos con las lanzas para matarla. Es brutal, sí. Pero es así como se hace con un animal acorralado; cualquier otro modo es mortalmente peligroso.

Una vez sueltos, los perros lanzan un aullido terrible mientras corren hacia su presa.

Pero el ciervo es un guerrero avezado. La taimada criatura no espera a que la ataquen los podencos. ¡Baja la cabeza y carga!

Veo cómo la cabeza se inclina hacia abajo..., los pies se clavan en el suelo..., el lomo se arquea..., los ijares se tensan..., los cuartos traseros bajan a medida que las patas traseras empiezan a moverse, proyectando al animal hacia adelante.

La mortífera cornamenta acuchilla el aire mientras se abalanza hacia Arturo.

Cai grita.

Y Arturo...

Arturo empuña la lanza. La sujeta como un frágil junco ahora. Sus ojos brillan duros y penetrantes; se muestra tan impávido como la muerte que galopa hacia él.

Pero no así su montura. El animal se asusta y da la vuelta en el último instante. Arturo tira con fuerza de las riendas para que el animal vuelva a girar, pero es demasiado tarde.

El ciervo baja la cabeza al máximo, los extremos de la cornamenta arañan el suelo... ¡y luego suben! Suben como una espada saecsen hundida hasta la empuñadura en el vientre del animal.

El caballo herido relincha de dolor y terror. El ciervo sacude la cabeza; tiene la cornamenta atrapada. El caballo lucha por mantenerse en pie. La rodilla de Arturo está inmovilizada contra el costado de su montura y el muchacho no puede saltar de la silla.

Hay sangre por todas partes.

Los perros se lanzan al ataque, pero se encuentran demasiado lejos. No llegarán a tiempo.

El caballo cae. Rueda sobre su lomo, los ojos desorbitados y los ollares hinchados, las patas se agitan violentamente, los cascos azotan el aire. ¡Oh, Arturo! Arturo está atrapado. ¡Ayudadlo!

El ciervo consigue liberarse y retrocede; los cascos delanteros arañan el aire y la cabeza se inclina otra vez para hundir las mortíferas puntas en el enemigo que se debate en el suelo.

La lanza de Arturo ha quedado bajo el costado del caballo.

Corro hacia él, jadeante. Grito porque no puedo correr lo bastante rápido para salvarlo.

El ciervo se alza sobre Arturo... Parece detenerse allí preparado para atacar.

Se lanza.

El cielo se abre, y la luz del sol inunda de improviso el terraplén con su fulgor. La luz resulta deslumbradora y parpadeo.

Vuelvo a mirar, seguro de ver el cuerpo de Arturo atravesado por la cornamenta del animal...

Pero no. El brazo del muchacho asciende veloz. Empuña un cuchillo. La luz del sol cae sobre la hoja, que reluce como una tea en su mano. El ciervo cambia de dirección y hunde las cuernas en los cuartos traseros del desvalido caballo.

Arturo balancea el brazo, en busca de la garganta de su oponente. No la alcanza. El golpe no da en el blanco y golpea el lomo de la bestia, mientras ésta ahonda más en la herida del cada vez más debilitado caballo.

El ciervo retrocede para asestar el golpe definitivo. Cai arroja su lanza, pero no da en el blanco y ésta rebota en la grupa del venado.

Arturo se retuerce en el suelo y consigue salir de debajo de su impotente montura. Nosotros empezamos a gritar para distraer el ciervo. Gritamos hasta casi reventar los pulmones. El primero de los perros llega hasta el animal.

El ciervo se revuelve contra los podencos y los hace huir. Arturo consigue ponerse de rodillas, empuña la lanza de Cai. La bestia se vuelve en contra del muchacho.

Los veo a ambos: ciervo y niño, contemplándose mutuamente desde una distancia de pocos pasos; un corto tiro de lanza los separa, sólo eso. Los perros mordisquean los ijares del venado. Éste gira la cabeza, atrapa a uno de los canes y lo arroja a un lado; luego se prepara para el ataque final.

Arturo se apuntala bien en el suelo. La lanza no tiembla un ápice.

Desesperado, Ectoríus arroja una lanza que yerra el blanco por un cortísimo margen, y la punta de hierro levanta chispas al resbalar sobre las rocas. Inmediatamente, prepara otro lanza. Lo tenemos ya casi a tiro.

Los perros rodean al ciervo, pero el señor del bosque tiene los ojos fijos en Arturo.

-¡Corre! -chilla Pelleas-. ¡Arturo, corre!

La bestia repliega las patas y carga; las poderosas patas traseras baten el suelo mientras se lanza contra Arturo.

-¡Corre! -gritamos. Pero es demasiado tarde; el ciervo se dirige de nuevo directamente hacia el muchacho, que no puede darse la vuelta para correr so pena de quedar empalado en la cornamenta.

Arturo permanece inmóvil, agazapado, intrépido, la lanza lista.

El ciervo está cada vez más cerca... ¡Es tan veloz!

¡Ahora! Arrojo mi lanza con todas mis fuerzas y contemplo cómo resbala inofensiva bajo las veloces patas del ciervo. Ectoríus lanza la jabalina que le queda.

En ese mismo instante el animal simplemente levanta los cascos y pasa sin esfuerzo sobre la figura agazapada de Arturo; luego corre al borde del precipicio. Arturo sale de inmediato en su persecución.

El señor del bosque se detiene junto al abismo, dobla las patas y salta. ¡Qué espectáculo! Salta por el precipicio, y todos nos abalanzamos al lugar, esperando ver al orgulloso animal hecho pedazos al chocar contra las rocas del fondo.

Arturo se vuelve hacia nosotros con ojos de asombro. Señala con un dedo, y yo dirijo la mirada a donde me indica.

Allí está el ciervo, resbalando, saltando, corriendo, descendiendo a toda velocidad por la pared rocosa hasta la repisa situada más abajo. El animal cae despatarrado sobre el saliente, se incorpora y luego, con la cabeza bien alta, se aleja trotando a lugar seguro sin siquiera volver la cabeza. Está libre.

Poco a poco nos damos cuenta de lo que ha sucedido.

-¿Arturo, estás herido? -inquiero, sujetando al muchacho por los hombros y contemplándolo con fijeza. Arturo niega con la cabeza. Se siente desilusionado más que asustado.

-Podría haberlo cazado -dice-. Estaba preparado.

-Hijo, te habría matado -responde Ectorius con una voz débil y atemorizada-. Es un auténtico milagro que estés vivo. -Menea la cabeza asombrado ante el valor del impertérrito muchacho.

Cai frunce el entrecejo. Se siente enojado porque el ciervo ha escapado.

-Los perros lo estropearon. Lo teníamos.

Ruddlyn ha recogido ya a los podencos y se acerca a nosotros.

-¡Él os tenía a vosotros, joven potrillo! -resopla el cazador, mostrando su desdén por la afirmación del chiquillo-. Ni se te ocurra lo contrario. Ese monarca de las cañadas os dominó desde el principio. Es un milagro que los dos sigáis todavía en el mundo de los vivos.

Al oír esto Arturo inclina la cabeza. ¿Llora?

No. Cuando vuelve a levantar los ojos, éstos están brillantes y secos.

-Lo siento, lord Ectorius. He perdido el caballo que me disteis.

PENDRAGON IV

-No te atormentes por la pérdida del caballo, muchacho. No es más que un caballo, por el amor de Dios. -Ectorius vuelve a sacudir la cabeza.

-Lo haré mejor la próxima vez -jura Arturo, y el tono acerado de su voz habría podido cortar el cuero curtido.

-Lo harás -le prometo-, pero no en este día. La cacería se ha terminado para ti.

Arturo abre la boca para protestar, pero yo no quiero oír hablar de ello.

-Regresa al caer y medita sobre el don que te ha sido concedido en este día. Vete ahora... junto con Cai.

No les gusta, pero hacen lo que se les ordena. Montan en el caballo de Cai y se alejan. Mientras Ruddlyn entierra los dos perros muertos, quitamos la silla a la montura muerta de Arturo y, arrastrando él equipo extra, regresamos a nuestros caballos. Nadie dice una palabra; incluso los perros permanecen en silencio.

Ninguno de nosotros, ni siquiera Ruddlyn, está seguro de qué interpretación dar a lo que hemos contemplado. Parece mejor no hablar, de modo que permanecemos callados. Sin embargo, nuestros espíritus están asombrados. No hay duda de que hemos presenciado una maravilla; más quizás: una señal.

Su realización tendría lugar a su debido tiempo. Entonces yo no sabía cuál era su significado, pero lo sé ahora. Era el Señor dando testimonio de la soberanía de Arturo, y un presagio de la prueba que se avecinaba. Pues un día yo vería a ese mismo joven oponiéndose de esa misma forma desesperada a un adversario poderoso y terrible que lo amenazaba con una muerte veloz y certera. Y ese día Arturo se convertiría en inmortal.

El Jabalí Negro

PENDRAGON IV

Uno

Los días pasan; se consumen y desaparecen. ¡Mira qué veloces se dispersan! Pero no transcurre un solo día que no recuerde yo con placer cómo se proclamó rey a Arturo ap Aurelius. Y debido a que era el hijo de Aurelius -a pesar de lo que puedan decir los difamadores ignorantes- me esforcé por conseguir que su coronación fuera igual que la de su padre.

Me perdonarás si no hago referencia a aquella larga temporada de contiendas que padecimos a manos de ciertos señores e hidalgüelos del sur, o a las feroces batallas contra los saecsen que siguieron. Se ha escrito más que suficiente sobre aquellos años malgastados en guerras; incluso los niños pequeños conocen de memoria tales relatos. Diré únicamente que, tras siete años de lucha incesante, Arturo rompió la retaguardia de las huestes bárbaras en la colina Baedun: una batalla espantosa, que duró tres días y costó vidas a millares. ¡Esto, y Arturo aún no era rey!

Yo estaba allí, sí. Lo vi todo, y si embargo no vi nada: el enfrentamiento con Morgian me había dejado ciego. Poco antes de Baedun, como sin duda recordarás, yo había abandonado el ejército y viajado al sur, decidido a acabar con el poder de la Reina del Aire y de las Tinieblas de una vez para siempre. La temida Morgian empezaba en aquella época a sentir interés por las hazañas de Arturo, y yo no podía permanecer al margen y contemplar cómo tejía sus malignas intrigas alrededor del futuro Supremo Monarca de Inglaterra.

Fui solo, sin decírselo a nadie. Pelleas, que me siguió, desapareció, y no volvió jamás... Que el Señor que todo lo da le otorgue su misericordia. Sé que Morgian lo mató. Estuvo a punto de matarme también a mí. Bedwyr y Gwalcmai me encontraron en Llyonesse, y me trajeron de vuelta: ciego, pero imbatido, tras haber despejado el camino para el reinado de Arturo. Y ese día no estaba lejano.

Tras la carnicería de Baedun, tan terrible en su necesidad como en su ejecución, nos retiramos a la cercana abadía de Mailros para descansar y dar gracias por la victoria obtenida. Aunque la abadía era aún poco más que una ruina, los buenos hermanos habían regresado e iniciado las reparaciones. Puesto que era el lugar más cercano a Baedun -a decir verdad, desde allí podía contemplarse la ensangrentada colina de doble joroba-, Arturo lo escogió como lugar donde ofrecer sus plegarias de agradecimiento.

Nos quedamos dos días y luego, vendadas las heridas, seguimos nuestro camino por el valle de Twide hasta Caer Edyn, donde lord Ectorius, con su enorme corazón a punto de estallar de orgullo, ofreció un banquete como nunca se había visto ni posiblemente volverá a verse. Durante tres días

con sus noches permanecimos sentados alrededor de la mesa, comiendo y bebiendo, curando nuestros corazones y espíritus magullados por el combate en compañía de auténticos hombres.

El buen Ector, el último de su noble linaje, nos ofreció lo mejor que tenía, dándolo todo sin escatimar nada. El pan tierno y la carne asada abundaban, la cerveza y el aguamiel manaban a chorros; no bien se había vaciado un cuenco ya aparecía otro, llenado en la enorme tina de cerveza que Ector había colocado en el comedor. ¡Nívea espuma y centelleante ámbar llenando las copas y cuencos de los señores de Inglaterra! ¡Dulce como el beso de una doncella, dulce como la paz entre caballeros!

-No lo comprendo, Myddin -me susurró Ector, llevándome a un lado la tarde del tercer día-. Los toneles de cerveza no están vacíos.

-¿No? Pues no será por falta de bebedores, te lo aseguro -respondí.

-Pero es eso lo que digo -insistió él.

-No dices nada, amigo mío -lo reprendí sonriente-Habla con claridad, Ector.

-A estas alturas ya no debería quedar cerveza. No tenía tanta en la bodega.

-Debes de haberte equivocado. Y desde luego es una equivocación muy agradable.

-Pero la cerveza no disminuye-siguió insistiendo-. Por mucho líquido que saquemos de él, el tonel sigue estando lleno.

-No hay duda de que con toda esta celebración los criados se han confundido. O puede que no hayamos bebido tanto como piensas.

-¿Crees que no conozco mi destilería? -replicó Ectorius-. Míralos, sabio Emrys, y repíteme que estoy equivocado.

-Eres tú quien ha de mirar, Ector -contesté yo, llevándome la mano al vendaje que me cubría los ojos-. Dime lo que ves.

-No era mi intención... -rezongó-. Vaya, sabes muy bien lo que quiero decir.

-Tranquilo, Ector -lo apacigüé-, te creo.

-¡Lo sé! Se lo diré a Dyfrig... El sabrá qué hacer.

-Sí -asentí-, haz venir al buen obispo. Él será mis ojos.

Ectorius partió al momento. Entretanto, el banquete continuó incansable; el movimiento de copas incesante. Muy pronto, el fondo de la tina empezó a dejarse ver de nuevo a través de la espuma, y se elevó un gran griterío pidiendo a los criados que volvieran a llenarla. Esta vez, yo fui con ellos.

-Conducidme al lugar donde se prepara la cerveza -ordené al mayor de los muchachos que servían la mesa, posando la mano sobre su hombro.

Éste me condujo fuera de la sala y me hizo cruzar el patio delantero hasta una de las sólidas dependencias de la propiedad de Ector. En su interior había tres grandes barriles de roble; dos para la cerveza y uno para el aguamiel.

-Trae al maestro cervecero -dije a mi guía mientras los otros muchachos se disponían a llenar sus cubos- Hablaré con él aquí.

Abriéndome paso hasta el recipiente más cercano, posé en él las manos y palpé las duelas de madera; golpeé el costado con los nudillos y oí el espumoso chapoteo mientras los muchachos introducían en su interior los cubos. Con una circunferencia igual a la de una rueda de carreta y casi tan alto como un hombre, podía contener una buena cantidad de líquido. Dos como aquellos, que era lo que tenía Ector, podían abastecer una celebración como la nuestra durante un día y una noche -puede incluso que dos- pero nunca tres días y tres noches.

-¿Cuánto hay en la cuba? -pregunté al muchacho que tenía más cerca.

-Vaya, pues está casi llena, Emrys -respondió éste.

-¿Y la otra? ¿Está llena o vacía?

-Está llena, señor.

-¿Cuándo fue la última vez que sacasteis líquido de ella?

El muchacho -imaginé que tendría unos diez o doce años, a juzgar por su voz-vaciló.

-¿Señor?

-La pregunta es muy sencilla, chico -dije-. ¿Cuándo fue la última vez que sacasteis líquido de la segunda cuba?

-Pero no la hemos tocado, señor -respondió-. Ésta es la única que estamos autorizados a abrir.

-Eso es cierto -confirmó una voz adulta desde la puerta que tenía a mi espalda-. Sabio Emrys -siguió el hombre-, me llamo Dervag, maestro cervecero de lord Ector. ¿Le pasa alguna cosa a la cerveza?

-Te recuerdo, Dervag. Tu cerveza es excelente, no temas -le aseguré-; pero a pesar de ello resulta sospechosamente abundante. Esto es lo que ha despertado mi curiosidad.

-Mi señor Ector guarda tres toneles -explicó Dervag, colocándose a mi lado-. Estos tres: dos para cerveza y uno para aguamiel. Los muchachos llenan sus recipientes del tonel empezado, y tan sólo cuando ya no queda ni una gota en el primero permito yo que se abra el siguiente.

-En ese caso quizá podrías mirar por mí y comprobar que todo está como debe ser.

El amable sirviente subió a la piedra situada junto a la cuba.

-Todavía tiene más de dos tercios de su contenido -anunció, perplejo. Corrió al segundo tonel, y oí cómo se levantaba y volvía a colocar rápidamente en su lugar una tapa de madera.

-Esta cuba no ha sido tocada. -La voz del maestro cervecero se había tornado cautelosa y con un leve dejo acusatorio-. ¿Qué sucede aquí?

-Una buena pregunta, Dervag -respondí yo alegremente-. ¿Cómo es que los hombres celebran un banquete durante tres días y tres noches y el tonel de cerveza muestra menos señales de secarse que el lago de allá a lo lejos? Responde si puedes.

-Pero, lord Emrys, no puedo responder. Desde la vuelta del ejército, he estado día y noche en la destilería, listo para volver a llenar estos toneles cuando estuvieran vacíos. Cuando el muchacho vino en mi busca, pensé que era para que abriera el segundo tonel. Pero esto... -se
esforzó por comprender aquello-, esto es muy raro.

-¡Tonterías! -declaró el clérigo, que llegaba con Ector justo en aquel momento.

Dyfrig, obispo de Mailros, aunque un hombre de gran corazón y muy animado, poseía una mentalidad precisa y exigente digna de un estudioso. Se acercó al barril, miró en su interior y declaró que por lo que veía éste parecía lleno.

-Sin embargo esta única observación no es una prueba auténtica-afirmó.

-Pero hemos bebido de este mismo tonel de cerveza durante tres días -insistió Ector-; y no está menos lleno que cuando empezamos a beber de él.

-Sea como tú dices -concedió Dyfrig-; y no estaba aquí para verlo. -Se volvió a los muchachos que seguían allí inmóviles con sus cubos y recipientes, y ordenó-. Llenadlo todo, chicos.

Dervag en persona llenó dos cubos y, cuando el último recipiente estuvo lleno, el obispo volvió a subir al peldaño de piedra.

-Quiero que todos observéis -su voz resonó desde el interior del enorme tonel- que tengo el brazo dentro del barril y que estoy apretando la uña del pulgar contra la cera. He marcado una raya para señalar el nivel de la cerveza que queda.

Se volvió hacia nosotros y descendió.

-Ahora, amigos, observaremos. Y volveré a mirar al interior cuando los recipientes se hayan llenado por tercera vez.

-Id, muchachos -ordenó Ector-, seguid con vuestro trabajo.

Esperamos en la bodega -Dervag, Ector, Dyfrig y yo pasando el rato amigablemente. Al cabo de un rato, los criaditos regresaron, los cubos volvieron a llenarse, y nosotros seguimos esperando. Tras un segundo llenado, Ector ordenó que se encendieran antorchas ya que empezaba a estar demasiado oscuro para poder ver bien. Conversamos sobre el banquete y la espléndida victoria en Baedun.

Al poco rato, los muchachos regresaron por tercera vez y, al igual que antes, Dervag llenó sus recipientes en el tonel.

-¿Quieres mirar ahora, Dyfrig? -inquirió Ector.

-Dadme una antorcha. -El obispo subió a la piedra. Se produjo un momento de silencio... y luego una profunda inspiración.

-¡Santo Dios!

-¿Veis vuestra marca? -quiso saber Dervag.

-No la veo -respondió al instante el obispo-, debido a que el nivel del líquido es ahora más alto que cuando la hice.

-Dejadme ver. -Escuché un ruido confuso de pies producido por el maestro cervecero al reunirse con el clérigo sobre la piedra y casi derribarlo de

ella en su excitación-. Es como ha dicho -confirmó Dervag-. ¡Traed las jarras!

Los muchachos se precipitaron al frente y volvieron a llenarse los recipientes. Luego los dos hombres miraron otra vez al interior.

-¡Veo la marca! -gritó el cervecero-. ¡Ahí está!

El obispo Dyfrig descendió del peldaño y se detuvo ante nosotros.

-Es un prodigio -anunció-. Me doy por satisfecho.

-¿Qué significa? -dijo Ector, exigiendo una explicación.

-¡Regocíjate, Ectorius! -exclamó el obispo-, pues así como Nuestro Señor Jesús en la fiesta de la boda tornó el agua en vino y mas tarde transformó cinco panes y dos peces en un banquete para cinco mil, así el bendito Jesucristo ha honrado tu banquete con un raro y precioso regalo. ¡Regocíjate! Venid, hemos de compartir esta maravillosa noticia.

Ya lo creo que la compartimos. La noticia de este prodigio llegó a todas partes. Con el tiempo, la historia del Excelente Tonel de Cerveza de Ector ocupó su lugar junto al relato de la Fuente de la Abundancia de Bran y la Cesta Encantada de Gwyddno.

Pero aquella noche, cuando el buen obispo terminó de contar a los guerreros allí reunidos lo que él mismo había presenciado, la reunión quedó en silencio, meditabunda. De improviso, Bors se incorporó de un salto. Saltó del banco a la mesa y se quedó en medio de la reunión con los brazos extendidos.

-¡Hermanos! -gritó, la voz resonando por toda la sala-. ¿Existe alguna duda de lo que se requiere de nosotros?

-¡Dínoslo! -chilló alguien; quizá fuese Gwalchavad.

-¡Aquí está Arturo! -Estiró la mano en dirección al perplejo Arturo-. Victorioso jefe guerrero, caudillo conquistador, aclamado por los hombres y que goza del favor del Señor Todopoderoso. ¡Es hora de que convirtamos a nuestro duque de Inglaterra en rey!

Los guerreros alabaron la sugerencia.

-Bien dicho -gritaron algunos-. ¡Que así sea!

-¿Entonces por qué os quedáis aquí sentados cuando hay que celebrar una coronación? -los retó Bors, con los puños en las caderas-. ¡Alzaos! ¡Todos

en pie, hermanos, porque os advierto que no pasará otra noche sin que vea el torc real alrededor del cuello de Arturo!

Al oír estas palabras, los que se encontraban más próximos a Arturo se levantaron de un salto y lo alzaron de su asiento. Lo cogieron en hombros y de esta guisa lo sacaron de la sala.

-Creo que piensan hacer lo que dicen -advirtió Dyfrig-. ¿Hay algo que se lo impida?

-Si todas las hordas guerreras del país saecsen no pudieron contra ellos -dijo Ector con una carcajada-, no creo que nada en este mundo nuestro pueda impedirles hacer lo que pretenden.

-La situación es ésta, Dyfrig-intervine-. ¿Lo nombrarás tú rey o lo hago yo?

-Con tu permiso, Merlinus -repuso el obispo-, yo lo haré, y de muy buen grado.

-¡Vamos pues! -instó Ector-. Estamos aquí quietos sin dejar de hablar y nos dejarán atrás.

El ejército de Inglaterra sacó a Arturo a hombros del salón, lo hizo cruzar el patio, descender de la Roca de Edyn y cruzar la cañada. De este modo lo condujeron hasta Mons Agned, también llamada Cathir Righ, por la cantidad de monarcas que habían asumido el poder sobre su cima en forma de trono.

Y allí, en el fresco atardecer azulado de un largo día de verano, con unas pocas estrellas brillando ya en la resplandeciente bóveda del cielo norteño, Arturo fue nombrado rey. Tras depositar su carga en el enorme sillón de piedra, los guerreros se reunieron al pie del trono. Bors se acercó y, tomando por la empuñadura la espada que pendía de su costado, colocó la hoja a los pies de Arturo.

-De la misma forma que deposito mi espada, deposito mi vida, y me pongo bajo tu autoridad.

Diciendo esto, se tendió en el suelo boca abajo, y Arturo colocó el pie sobre su cuello. Cuando el monarca indicó a Bors que se alzara, se acercó Cador, quien también se tendió en el suelo a los pies del joven. Owain fue el siguiente, y luego Maelgwn e Idris y Ector; todos ellos abrazaron la tierra y colocaron el cuello ante Arturo a la vista del ejército y de sus compatriotas. Si jamás lo has contemplado, puedo decirte que es todo un espectáculo presenciar cómo orgullosos señores se humillan ante un monarca bendecido por el cielo.

PENDRAGON IV

Los cymbrogi, Compañeros del Corazón, pasaron entonces ante Arturo y, dejando en el suelo las lanzas, se arrodillaron y extendieron las manos para tocar sus pies. Cai, Bedwyr, Rhys, Bors, Gwalchavad, Llenlleawg y todos los demás; cada un juró lealtad a Arturo, pusieron su vida a su disposición y lo reconocieron como rey.

Cuando se hubo cumplido todo el ceremonial, me presenté ante el Oso de Inglaterra.

-¡Levántate, Arturo! -declaré, alzando mi bastón de serbal por encima de su cabeza-. Teniendo como testigos a todos aquellos que te han jurado lealtad, señores y parientes, yo te proclamo rey de toda Inglaterra.

Los guerreros dieron su aprobación con gritos alborozados y atronadoras aclamaciones. Qué maravilloso era escuchar sus poderosas voces resonando en el aire como si quisieran llenar la Isla de los Poderosos con una agradable y feliz melodía. Cuando el clamor disminuyó un poco, seguí:

-¡Alabemos y adoremos a nuestro Supremo Soberano de los Cielos, que ha hecho aparecer entre nosotros a un rey para que se convierta en nuestro Pendragon! Que todos los santos y ángeles sean nuestros testigos: en este día Arturo ap Aurelius queda nombrado rey de todos los ingleses.

Volviéndome hacia los guerreros allí reunidos, levanté el bastón de serbal y, con la voz de mando del bardo, exclamé:

-¡Arrodillaos ante él, cymbrogi! ¡Compatriotas, extended las manos y jurad lealtad inquebrantable a vuestro señor y rey en la tierra... de la misma forma en que entregáis vuestra vida y honor al Dios Padre de toda la creación!

Se arrodillaron como una sola persona, y al unísono juraron fidelidad a su rey. Cuando terminaron, me volví de nuevo hacia Arturo.

-Has escuchado cómo tus compañeros de armas depositan en ti sus vidas, Arturo. ¿Aceptas estos juramentos?

-Acepto los juramentos que se me han hecho -respondió él.

Tras recibir esta confirmación, indiqué a Dyfrig que ya podía acercarse.

-Ven aquí, amigo mío. Consagra a este caballero para su sagrado deber, y conviértelo en rey.

PENDRAGON IV

El obispo de Mailros se acercó al trono de piedra. En las manos sostenía un torc de oro, que alzó, y con voz potente exhortó a Arturo:

-Declarad en este día ante los vuestros a qué Dios serviréis.

-Serviré al Cristo que llaman Jesús proclamó Arturo-. Serviré al Dios al que llaman el Padre. Serviré a Aquel que no tiene nombre, al que llaman el Espíritu Santo. Serviré a la Santísima Trinidad.

-¿Y seréis justo, obraréis con rectitud y amaréis la misericordia? -inquirió Dyfrig entonces.

-Pongo al bendito Jesús como testigo de que seré justo, obraré con rectitud y amaré la misericordia.

-¿Y conduciréis este reino según la auténtica fe de Cristo, mientras viváis?

-Hasta el final de mis fuerzas y hasta mi último aliento, conduciré este reino según la auténtica fe de Cristo.

-Entonces -declaró el obispo Dyfrig-, por el poder de los Tres que son Uno, yo te corono, Arturo ap Aurelius. ¡Salve, Arturo, Protector de Inglaterra!

Pensé que el obispo colocaría el torc real en el cuello de Arturo entonces, pero en lugar de ello, me lo entregó a mí. Sentí el frío y sólido peso de la joya entre las manos mientras me acercaba otra vez al pétreo trono. La mano de Arturo, ligera pero firme, me condujo hasta mi objetivo.

Abrí los extremos del torc y lo deslicé alrededor de su cuello, sintiendo al hacerlo el cálido palpitar de la sangre bajo mis manos.

Luego, apretando el blando metal con cuidado, volvió a cerrar el aro y retrocedí, dejando a Arturo exultante ante la atronadora aclamación de nobles y guerreros. El largo atardecer había dado paso a un brillante crepúsculo, y los jubilosos gritos hacían temblar incluso las montañas, mientras Arturo recibía la corona, que durante tanto tiempo se le había negado, en la región de las Estrellas del Verano.

Dos

Si antes se habían mostrado alborozados, las huestes guerreras se volvieron ahora extáticas. Abrazaban a su nuevo rey con tal celo y entusiasmo, que empecé a pensar que no podría sobrevivir a su adulación. ¡Lo agarraron y levantaron en el aire! Lo alzaron sobre sus hombros, y en

volandas lo transportaron montaña abajo y a través de la cañada, sin dejar de cantar ni un solo instante durante todo el camino. Una vez de vuelta en Caer Edyn, Arturo concedió regalos a sus nobles y soldados: anillos y broches de oro y plata; entregó cuchillos y espadas, copas, cuencos, brazaletes y piedras preciosas.

-Quiero honrar mi coronación haciendo regalos -explicó a Dyfrig-, pero me parece que no serían muy de vuestro agrado anillos de oro o copas de plata. Creo que un buen techo sobre esas ruinas vuestras os complacería más.

-Que le Señor os bendiga, Arturo -respondió el obispo-. Los anillos de oro de poco sirven a un monje, especialmente cuando sopla el viento o cae la lluvia.

-En ese caso, os devuelvo todo lo que los pictos y los saecsen cogieron. Y os ruego que toméis del botín de guerra todo lo que os haga falta para reconstruir vuestra abadía... y no sólo Mailros, sino también la iglesia de Abercurnig; pues estoy seguro de que el viento sopla y la lluvia cae en Abercurnig tanto como en cualquier otra parte.

-En nombre de Cristo, acepto el regalo, Arturo -contestó Dyfrig, muy satisfecho.

-Entonces me gustaría pediros un don a cambio -continuó el recién nombrado rey.

-Pedid, mi señor -dijo Dyfrgi con efusión-, y, si está en mi mano otorgarlo, tened por seguro que lo haré.

-Me gustaría pediros que cogierais además del botín todo lo necesario para que se construyera una capilla en Baedun.

-¿Una capilla? -se asombró el obispo-. Pero ¡si tenemos toda una abadía muy cerca! ¿Para qué queréis una capilla?

-Quisiera que los monjes de Mailros fueran allí a entonar los salmos y ofrecer plegarias por nuestros hermanos que duermen ahora en las laderas de Baedun. Quisiera que se elevaran plegarias por Inglaterra a perpetuidad.

-Se hará, mi señor -declaró Dyfrig, lleno de alborozo ante aquella solicitud-. Que se entonen allí salmos y plegarias día y noche, eternamente, hasta que el Señor Jesucristo regrese a reclamar su reino.

Pero, para Arturo, su honor exigía aún más. Con las primeras luces del día siguiente, cabalgó hasta los poblados que rodeaban Caer Edyn para

ofrecer regalos a las viudas; a las esposas de los hombres muertos mientras defendían sus hogares o caídos durante la batalla contra los chacales del mar. Entregó oro y plata de su propia parte del botín, y también reses y ovejas para que no padecieran necesidad además de su dolor.

Sólo entonces regresó Arturo a Caer Edyn para celebrar su nombramiento como rey. Dejé que se divirtiera durante un rato y, cuando juzgué que era el momento más propicio, me envolví en mi capa, tomé mi bastón de serbal y me abrí paso hasta el centro de la sala. A la manera de un druida bardo, me aproximé al lugar donde estaba sentado con Cai y Bedwyr, Bors y Cador, y los cymbrogi.

-¡Pendragon de Inglaterra! -grité en voz alta.

Algunos de los espectadores pensaron que iba a ofrecer una canción.

-¡El Emrys va a cantar! -se dijeron unos a otros y ahogaron sus conversaciones para escucharme. La sala quedó en silencio en un instante.

Pero no era una canción lo que yo tenía en mente, sino un desafío.

-¡Que tu gloria sobreviva a tu nombre, que perdurará para siempre! Es justo que goces del fruto de tu trabajo, eso el Señor bien lo sabe; pero yo sería un consejero estúpido y negligente si no te avisara que allá en la parte sur de esta isla hay hombres que no se han enterado de lo sucedido en Baedun ni tampoco saben nada de tu coronación.

Arturo recibió estas palabras con perplejo regocijo.

-Tranquilidad, Myrddin. -Se echó a reír-. Acabo de recibir el torc. La noticia no tardará en llegar hasta ellos.

Yo ya estaba preparado para esta respuesta.

-Puede que esté ciego, pero no lo estuve siempre, y estoy convencido de que los hombres creen más a sus ojos que a sus oídos. -El comentario recibió la aprobación general.

-¡Es cierto, es cierto! Escúchalo, Oso -dijo Bedwyr;

Cai, Cador y otros golpearon sobre la mesa con las manos.

-Eso se dice -asintió Arturo, mostrándose algo suspicaz-. ¿Qué es lo que pretendes?

PENDRAGON IV

-Afortunados son los hombres del norte -dije, extendiendo la mano hacia todos los reunidos en la sala-, pues ellos han cabalgado junto a ti en la batalla y conocen perfectamente tu gloria. Pero se me ocurre que a los hombres del sur no se los ganará con aquellas noticias que finalmente les lleguen.

-No hay mucho que pueda hacer al respecto -observó Arturo-. A un hombre sólo se lo puede coronar rey una vez.

-Ahí es donde te equivocas, gran rey-afirmé, categórico-. Ahora eres el Pendragon de Inglaterra... Eres tú quien ordena lo que ha de ser.

-Pero ya he recibido la corona aquí. ¿Para qué necesito otra coronación?

-¿Para qué necesitas dos ojos si uno ve con claridad? -respondí-. ¿Para qué necesitas dos manos si una ya empuña con bastante fuerza la espada? ¿Para qué necesitas dos orejas...?

-¡Es suficiente! -exclamó él-. Comprendo.

-Pero no es suficiente -repuse-. A eso es lo que me refiero.

-Entonces dime también qué hay que hacer para que te tranquilices, y puedes estar seguro de que lo haré al momento.

-¡Bien dicho, Oso! -lo aclamó Cai, y muchos rieron con él.

-Escucha a tu sabio bardo -instó Bedwyr-. Myrddin dice la verdad.

-Muy bien -dijo Arturo-. ¿Qué quieres que haga?

-Envía a la Escuadrilla del Dragón a decir a los reyes del sur que se reúnan contigo en Londinium, donde presenciarán tu coronación. Sólo cuando crean te seguirán de buen grado.

A Arturo le gustó la idea.

-Como siempre, tus palabras son sabias, Myrddin -exclamó-. Ya que seré rey de todos, o rey de nadie. Vayamos a Caer Londinium a tomar la corona. El norte y el sur llevan divididos demasiado tiempo. En mí, volverán a reunirse.

Lo cierto es que el sur siempre había causado problemas a Arturo. Aquellos orgullosos principitos no podían concebir que nada de importancia sucediera más allá de las exiguas fronteras de sus estrechos horizontes. Los nobles de los reinos occidentales, hombres como Meurig y Tewdrig, tenían otra concepción de las cosas, desde luego; comprendían el

valor del norte, así como su vital significado estratégico. Pero, desde la época de los romanos, la mayoría de los señores del sur tenían al norte en muy poca estima y consideraban a sus habitantes seres inferiores. Era por ello que, si Arturo iba a ser Supremo Monarca en algo más que en título, debía reivindicar ese título en el sur.

Si su coronación en Caer Edyn había sido loable y necesaria, más aún lo era su coronación en Londinium. Era allí donde su padre había tomado la corona, y era ésa la coronación que yo quería para él: la misma ceremonia que Aurelius.

La confusión reinaba ahora entre los hombres. Muchos ni siquiera recordaban ya a Aurelíus... ¡Por desgracia su reinado fue demasiado corto! Muchos recordaban a Uther, e imaginaban que Arturo era el hijo bastardo de Uther. Era por todo esto que yo estaba ansioso por proclamar el auténtico linaje del muchacho y demostrar que era noble.

No es que desee faltar al respeto a Uther, que Dios lo bendiga; fue la clase de rey que se necesitaba en aquel momento, y mejor de lo que nos merecíamos. Sin embargo, no se lo podía comparar con su hermano. Por este motivo, anhelaba yo establecer sólidamente a Arturo como descendiente de su padre; especialmente con respecto a los señores del sur. El muchacho ya había demostrado ampliamente el coraje y la astucia de su tío; si podía ponerse a la altura de su padre en cuestiones de gobierno, 1nglaterra podría aún esquivar las tinieblas que empezaban a engullir el mundo.

Eso es lo que pensé, y eso es lo que creía. Si vosotros, grandes lumbreras, a salvo en vuestras posiciones de privilegio, pensáis diferente, entonces mirad a vuestro alrededor: ¿cuánto de lo que veis ahora existiría si no hubiera sido por Arturo? ¡Meditad sobre ello!

Así pues al día siguiente cabalgamos a los astilleros de Muir Giudan para embarcar y navegar hacia el sur bordeando la costa y luego ascender por el Tamésis hasta Londinium. Al igual que su padre antes que él, a Arturo no le gustó demasiado el enmarañado conjunto de edificios y senderos de esta tan alabada civitas. Durante su primera visita -cuando fue en busca de la Espada de Inglaterra- me había comentado que le recordaba un montón de estiércol flotando en una inquieta marisma pantanosa. El hedor que inundaba mi nariz me hizo saber que el lugar no había mejorado. Desde luego había algunos elegantes edificios de piedra que seguían en pie: una basílica, el palacio del gobernador, una muralla o dos, y cosas así. Pero, si hay que ser sinceros, sólo la iglesia era digna de la posición que ocupaba.

PENDRAGON IV

Fue a la iglesia de Urbanus a donde nos dirigimos. Los mensajeros que se habían adelantado para informar a los poblados del camino, nos esperaban a las puertas de la ciudad. También nos esperaba Aelle, caudillo de los saecsen del sur, aquellos habitantes de la Costa Saecsen que habían mantenido su lealtad a Arturo. Al Bretwalda lo acompañaba todo su séquito de hombres de confianza y todas sus esposas e hijos. Estoy seguro de que también hubieran querido traer su ganado, tan ansiosos estaban por honrar al nuevo rey inglés y renovar sus juramentos de fidelidad.

En ello, estos bárbaros toscos se mostraron más nobles que muchos que se consideraban a sí mismos lo mejor de nuestra díscola raza isleña. Por su parte, Arturo saludó al caudillo saecsen como si fuera unos de sus cymbrogi, y entregó a Aelle y a los jefes guerreros aquellos regalos que más apreciaban: caballos, perros y diversos objetos de oro dorado.

Acto seguido formamos en filas y atravesamos las puertas para penetrar en las atestadas calles de la decrépita fortaleza. Nuestra llegada originó considerable interés. En cuanto los habitantes de Caer Londinium vislumbraron al joven rey con sus caballeros precediéndolo se dieron cuenta de que alguien de importancia acababa de aparecer entre ellos. Pero ¿quién?

¿Quién era aquel joven insolente? Miradlo; mirad cómo va vestido. Contemplad su séquito. Desde luego, éstas no son gentes civilizadas. ¿Es un picto? ¿Un saecsen, quizás? Lo más probable es que sea algún necio noble del norte haciendo ostentación de su palurda vanidad en la capital.

Apiñándose a lo largo del trayecto, las hastiadas gentes de Londinium gritaban desde lo alto de los tejados:

-¿Quién crees que eres, extranjero? ¿Eres el emperador Máximus? ¿Acaso crees que esto es Roma?

Algunos se reían de él; otros se mofaban a grandes voces, llamándolo arrogante y necio, lanzando insultos en media docena de lenguas.

-Ellos son los necios -refunfuñó Cador-. No los escuches.

-Veo que Londinium no ha aprendido a quererme -comentó Arturo entristecido.

-Ni yo a sus habitantes -respondió Bedwyr-. Toma la corona, Oso, y marchémonos de este miserable montón de estiércol.

-¿Cuánto tiempo creen que resistirían sus preciosas murallas si no fuera por ti, Artús? -rezongó Cai.

-Que los bárbaros se la queden y acaben con ella.

De esta guisa realizamos nuestro triste recorrido por entre el ruido y el hedor de la ciudad. Los mensajeros habían hecho su trabajo e informado a los señores del sur y al arzobispo Urbanus de la inminente llegada y coronación de Arturo. Tanto Paulus, que se llamaba a sí mismo gobernador de Londinium, como su legado nos esperaban juntos en la escalinata cuando entramos en la larga calle que conducía al palacio del gobernador.

Yo ya conocía a este gobernador de antes: un sibarita patizambo con una amplia sonrisa de autosuficiencia y diminutos ojos de cerdito, tras los que se agitaba una mente rencorosa y retorcida. El llamado Paulus era un adversario astuto y zalamero al que no gustó demasiado la llegada de Arturo. No hubo copa de bienvenida, ni nos invitó el rechoncho gobernador a su casa para que nos recuperáramos del viaje.

-Saludos, Artorius. -Lanzó una risita ahogada, y el desagradable sonido me trajo a la mente su redondo y gordezuelo rostro-. En nombre de los ciudadanos de esta gran civitas, os doy la bienvenida. Es todo un honor para mí conocer por fin al famoso Dux Britanniarum.

-Arturo es el Supremo Monarca y Pendragon -corrigió amablemente el legado-. Y también yo os doy la bienvenida, Artorius. Y bienvenido, Merlinus. ¿Supongo que el viaje resultó placentero?

-¿Es Artorius Rex? -musitó Paulus con fingida sorpresa-. Oh, en ese caso me siento realmente honrado. Espero que me permitiréis que os presente a algunas de las bellas hijas de Londinium. Tenemos muchas mujeres a quienes gustaría conocer al ilustre caballero del norte.

Luego se volvió hacia mí.

-¿Merlinus? -dijo-. ¡No seréis el Merlinus Ambrosius del que tanto se cuenta y tan poco se sabe. -Quedaba claro que no me recordaba.

-El mismo -respondí. Bedwyr, Cai y Cador se encontraban muy cerca, observando; cada uno valía por un centenar de los envanecidos ciudadanos de Londinium, pero el gobernador Paulus no se dignó prestarles atención.

-Estoy encantado -afirmó Paulus-. Ahora bien, ¿cuándo se celebrará esta ceremonia vuestra?

-El próximo domingo -intervino el legado con rapidez-. Merlinus, desde que recibí la noticia he estado ocupadísimo organizándolo todo para ti. He

hablado con los clérigos, quienes me aseguran que todo estará listo de acuerdo con tus instrucciones.

-Espléndido -dijo Paulus con entusiasmo-; parece realmente que no vais a necesitar la ayuda del gobernador. -Estaba tan ansioso por mantenerse alejado de lo que iba a tener lugar que temí que fuera a herirse incluso para conseguirlo.

-No -respondió Arturo con voz dura-; da la impresión de que no necesitaré la ayuda del gobernador. Aunque os agradezco la preocupación.

-Si, bueno... -Paulus vaciló, intentando tomar una decisión sobre el excepcional joven que tenía delante-. Si consideráis que os iría bien mi ayuda, desde luego estaré encantado de ayudaros en todo.

-Una vez más -repuso Arturo-, os doy las gracias, pero no se me ocurre nada en lo que me podáis ser de ayuda. No obstante, lo recordaré.

Desde luego Arturo ya se había formado una opinión de Paulus y no se dejaba engañar. El legado, violento por el claro desaire del gobernador, solicitó permiso para retirarse, alegando los múltiples deberes a los que debía atender.

-Si lo deseáis, conduciré a nuestros visitantes a la iglesia-ofreció-y los dejaré al cuidado del arzobispo.

-Creo que podemos encontrar por nosotros mismos el camino hasta la iglesia -manifesté. Ciego como estaba, prefería recorrer las calles a trompicones yo solo antes que ser visto en compañía del batracio de Paulus.

-Desde luego, desde luego, como queráis; id si debéis hacerlo -dijo el gobernador-. Pero regresad esta tarde, Artorius, vos y uno o dos de vuestros hombres. Cenaremos juntos. Tengo un vino excelente de las provincias del sur de la Galia. Debéis venir a tomar una copa conmigo.

Tras la vaga promesa de Arturo de considerar la invitación con toda atención, partimos para seguir nuestra marcha hacia la iglesia.

-Ese hombre es una lagartija venenosa, Artús -masculló Bedwyr agriamente-. Y yo no bebería una sola gota de su vino galo si fuera tú... ni aunque me estuviera muriendo de sed.

-Paciencia -aconsejó Arturo-; cumplís con la ley al venir aquí. Nada más.

-¿Ley? -inquirió Cal-. ¿Qué ley es ésa?

PENDRAGON IV

-La ley del gran César -le informó Arturo-. Establecida la primera vez que pisó Ynys Prydem.

-¿Sí? -quiso saber Bedwyr-. ¿Cuál es?

-Todo gobernante debe conquistar Londinium si es que desea gobernar Inglaterra -explicó el monarca. Sonreí al escuchar mis propios pensamientos reflejados en sus palabras.

-No sé nada de esa ley -murmuró Cador-. ¿Qué tiene de importante este decrépito establo de vacas?

Gwalchavad, que había seguido la discusión con atención, añadió:

-Londinium apesta a bazofia y orina. Y, por lo que he visto, las gentes de aquí son más parecidas a bárbaros que a ingleses.

-¡Calma, hermanos! No nos quedaremos aquí más que lo estrictamente necesario -aseguró Arturo-. Cuando haya llevado a cabo lo que vine a hacer aquí, marcharemos en dirección a Caer Melyn. -Se detuvo y sonrió para sí-. ¿Visteis qué cara de alivio puso Paulus cuando declinamos su invitación? Quizá debiéramos cenar con él después de todo. Eso haría que el viejo sapo se pusiera nervioso.

-Yo digo que deberíamos hacerlo -opinó Cador-. Y podríamos llevar a todos los cymbrogi con nosotros y apurar su precioso vino hasta las heces.

Siguieron hablando así hasta que llegamos a la iglesia, donde nos recibió el arzobispo Urbanus, y Uflwys, que era ahora obispo de Londinium.

-¡Salve, Arturo! ¡Salve, Merlinus! Saludos, queridos amigos. En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, os damos la bienvenida -dijo Urbanus-. Que la bendición del Señor os acompañe.

-¿Cómo os ha ido? -preguntó Uflwys-. Si tenéis hambre tenemos pan y cerveza.

-Podemos ofrecer más que eso al Supremo Monarca de Inglaterra, Uflwys -intervino el arzobispo-. Descubriréis que no hemos estado ociosos desde que recibimos la noticia de vuestra llegada.

Arturo dio las gracias al arzobispo, y sugirió a Uflwys que los cymbrogi estaban listos para ayudar.

-Estamos muy acostumbrados a realizar nuestros propios preparativos -dijo.

PENDRAGON IV

-Mientras estéis en Londinium -repuso al arzobispo Urbanus-, debéis permitir que os sirvamos. Después de todo lo que habéis hecho por Dyfrig en Mallros, es lo mínimo que podemos hacer.

Con esto el sacerdote revelaba su punto débil; padecía la misma peculiar ceguera que los nobles del sur. Bajo las órdenes de Arturo, y a un enorme coste, el ejército cymbrogi había salvado a Inglaterra de su peor enemigo, y todo lo que Urbanus veía era que una recóndita abadía del norte recibiría un techo y altar nuevos. ¡Ah, no eran más que un hatajo de ignorantes, todos aquellos engreídos patricios del sur!

No obstante, nos quedamos en el recinto de la iglesia, y al día siguiente ésta zumbaba como una colmena en pleno verano. Los jinetes iban y venían sin cesar llevando mensajes de unos caballeros o nobles a otros. Antes incluso de penetrar en la ciudad, yo mismo había enviado un mensaje a Dyfed en el oeste, ya que se me había ocurrido hacer que el obispo Teilo y Dubricius el Sabio celebraran la ceremonia de coronación.

Pues, pese a la aparente bendición del arzobispo, yo sabía que no era el hombre apropiado para otorgar el trono de Inglaterra. No se trataba de una cuestión de su estima por Arturo; sí que apreciaba al joven... a su manera. Pero Urbanus había vivido demasiado tiempo en la ciudad; llevaba demasiado tiempo comiendo en las mesas de hombres ricos y poderosos, y las ideas de éstos se habían convertido en las ideas del arzobispo, cuando más bien hubiera debido ser al revés. En pocas palabras, el arzobispo tenía en mayor estima la amistad y buena opinión de personajes como Paulus que la de Dios; ésa era la triste verdad.

El Reino del Verano precisaba manos y corazones puros para guiarlo. En Arturo, el Territorio del Verano había encontrado a su señor; y bajo el reinado de Arturo nacía una nueva era. No me atrevía a permitir que un sicofante adorador del poder como Urbanus actuara de comadrona en tan importante nacimiento. Así pues, envié a buscar a aquellos que sabía que eran hombres santos, tan puros e inmaculados en su fe como feroces en su protección.

Cuando Urbanus se enteró de lo que había hecho, lo consideró un agravio. Pero yo le dije:

-Puesto que Arturo es un hombre del oeste y del norte, y regresará allí a gobernar, creo que estaréis de acuerdo en que es adecuado que aquellos que deben servir con él sean los que lo nombren como monarca.

-Ah, sí, desde luego -respondió Urbanus, mientras se esforzaba por calcular el grado de afrenta que se le había infligido-. Puesto de este modo, estoy de acuerdo con vos, Merlinus. Lo dejaré en vuestras manos y en las del Señor.

A los pocos días, empezaron a llegar a Londinium los primeros visitantes. Un hilillo al principio, las llegadas aumentaron rápidamente hasta inundarlo todo. Vinieron de los Tres Reinos Fantásticos de Lloegres, Prydein y Celyddon, de Gwynedd, Rheged y Dyfed, de Mon e Ierna y Dal Riata, de Derei y Bernicia.

Aelle y su gente ya estaban aquí, pero la presencia del Bretwalda hizo que aparecieran otros señores saecsen: Cynric, Cymen y Cissa, con sus hombres de confianza y parientes. Ban de Benowyc, en Armórica, que había apoyado a Arturo igual que lo había hecho con Aurelius, llegó con dos barcos llenos de nobles y criados. Estaban Meurig ap Tewdrig, rey de Dyfed; Idris de los brigantes, Cunomor de Celyddon, Brastias de los belgae, y Ulfias de los dobunis. El rey Fergus de Ierna , que debía tributo a Arturo, recibió la llamada y acudió.

Todos y cada uno de los señores que los acompañaban trajeron regalos para el nuevo Supremo Monarca. La Escuadrilla de Dragones, la elite cymbrogi, recibió el encargo de reunir y custodiar el tributo que fluía al interior de la iglesia como un torrente de riqueza: objetos de todas clases en oro y plata -jarras, cuencos, brazaletes y broches-, muchos de ellos incrustados con alhajas y piedras preciosas; había espadas, lanzas, escudos y cuchillos, y hermosos arcones y sillones tallados en madera; arcos de asta con flechas cuya punta era de plata, y regalos de toneles de aguamiel y cerveza, así como grano y carne ahumada. Había caballos y perros de caza a docenas: el tributo de reyes traído para sellar un pacto de lealtad.

Cuando por fin llegó el día de reunirse en la iglesia para la coronación, no había sitio para todos bajo el sagrado techo. El patio situado fuera de la iglesia no estaba menos atestado que el interior del santuario, y a pesar de ello hubo quienes se vieron obligados a quedarse en la calle con los ciudadanos de Londinium, que finalmente se habían sentido muy impresionados por este advenedizo del norte y querían asistir a su coronación, si no como homenaje sí por curiosidad. Incluso así, muchos que vinieron simplemente a papar moscas se quedaron para venerar al nuevo Supremo Monarca.

Y así es como sucedió todo:

Nos despertamos antes del amanecer del día señalado para orar y desayunar. Luego, tomando mi bastón de serbal, la mano sobre el hombro de Bedwyr para que me guiara, conduje a Arturo, que iba flanqueado por Cai y Cador, a través del abarrotado patio de la iglesia hasta el interior del recinto. Justo detrás de Arturo venía Illtyd, el ayudante de Dubricius, que sostenía en sus manos una estrecha diadema de oro. El obispo Teilo y

PENDRAGON IV

Dubricius iban detrás con sus largas vestiduras clericales, cada uno sujetando un libro sagrado.

La iglesia estaba ya llena a rebosar y, al aparecer nosotros, la multitud lanzó una exclamación de asombro: Arturo, ataviado como un príncipe celta, parecía una criatura conjurada de la extraña y cambiante luz del oeste o de las hechizadas nieblas del norte. Vestía una túnica de un blanco deslumbrante y unos pantalones verdes con un cinturón hecho de discos superpuestos del más puro oro rojo. El torc de oro brillaba en su garganta, y sobre los hombros llevaba una elegante capa roja.

Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, se acercó al altar en medio de los cánticos de los monjes allí reunidos. «¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria in excelsis Deo!» cantaron, llenando la iglesia de alabanzas al Supremo Monarca de los Cielos, cuando Arturo se arrodilló ante el altar. Dubricius y Teilo ocuparon sus puestos ante el nuevo monarca y colocaron la mano derecha sobre los hombros del joven.

Alcé las manos y grité, haciendo que mi voz resonara entre aquellas paredes.

-¡Señor Todopoderoso, Supremo Monarca del Cielo, Señor de los Reinos Celestiales, Hacedor, Redentor, Amigo del Hombre, te honramos y te adoramos!

Como los bardos de antes, me volví hacia las cuatro secciones de la iglesia y ofrecí la oración que el bendito Dafyd había pronunciado para Aurelius en su coronación:

Luz del sol,
resplandor de la luna,
esplendor del fuego,
celeridad del rayo,
velocidad del viento,
profundidad del mar,
solidez de la roca,
dad fe:

En el día de hoy oramos por Arturo, nuestro rey;
para que la fuerza del Señor lo sostenga,
el poder del Señor lo apoye,
los ojos del Señor velen por él,
los oídos del Señor lo escuchen,
la palabra del Señor hable por él,
la mano del Señor lo proteja,
el espíritu del Señor lo salve
de las trampas de los demonios,

de la tentación de los vicios,
de todo aquel que le desee mal.

Convocamos a todos estos poderes para que se interpongan entre él y estos males:
contra todo poder cruel que pueda oponerse a él;
contra los conjuros de los falsos druidas,
contra las negras artes de los bárbaros,
contra las artimañas de los adoradores de ídolos,
contra los grandes hechizos y los pequeños;
contra toda cosa repugnante que corrompe el cuerpo y el espíritu.

Jesús con él, ante él, detrás de él.
Jesús en él, bajo él, por encima de él.
Jesús a su derecha, Jesús a su izquierda.
Jesús cuando duerma, Jesús cuando despierte.
Jesús en el corazón de todo el que piense en él.
Jesús en la lengua de todo el que hable de él.
Jesús en la vista de todo el que lo vea.

Nosotros lo confirmamos hoy, a través de una fuerza poderosa,
la invocación de los Tres en Uno solo,
a través de la fe en Dios,
a través de la confesión del Espíritu Santo,
a través de la confianza en Cristo,
Creador de toda la Creación.

Así sea.

Entonces, acercándome de nuevo a Arturo, dije:

-Inclínate ante el Señor de Todos los Hombres, y jura lealtad al Supremo Monarca al que vas a servir.

Arturo se postró boca abajo ante el altar y extendió las manos a cada lado a la manera en que lo hace el caudillo derrotado ante su vencedor. Teilo y Dubricius se colocaron uno junto a cada mano, con Illtyd situado ante la cabeza de Arturo.

Dubricius, junto a la mano derecha de Arturo, dijo:

-Con esta mano empuñaréis la Espada de Inglaterra. ¿Cuál es vuestro voto?

-Con esta mano empuñaré la Espada de Inglaterra con toda rectitud y justicia -respondió Arturo- Mediante la autoridad que me confiere el poder de Dios, la utilizaré para derrotar la injusticia y castigar a aquellos que

practican el mal. Esta mano obedecerá siempre a mi Señor, y será su instrumento en este reino.

Teilo, junto a la mano izquierda de Arturo, dijo:

-Con esta mano sujetaréis el Escudo de Inglaterra. ¿Cuál es vuestro voto?

-Con esta mano sujetaré con fuerza el Escudo de Inglaterra con esperanza y compasión. Mediante el poder de Dios, protegeré a la gente que mantenga la palabra que me haya dado. Esta mano obedecerá siempre a mi Señor Jesús, y será su instrumento en este reino.

Y entonces Illtyd, colocado ante la cabeza de Arturo, dijo:

-En vuestra frente ceñiréis la Corona de Inglaterra. ¿Cuál es vuestro voto?

-En mi frente ceñiré la Corona de Inglaterra con todo honor y sumisión. Mediante la autoridad que me confiere el poder el Dios y en cumplimiento de su voluntad, conduciré el reino en toda circunstancia sea lo que sea lo que a mí me sucediese, con valor, con dignidad y con fe en el Señor que será mi guía mientras este cuerpo aliente.

Tras esto, los venerables sacerdotes respondieron:

-Levántate en la fe, Arturo ap Aurelius, toma a Cristo como a tu Señor y Salvador, y hónralo sobre todos los señores terrenales.

Arturo se levantó, e Illtyd colocó la delgada diadema de oro sobre su cabeza. Dubricius se volvió hacia el altar y tomó a Caliburnus -es decir, a Caledvwlch, o Corta Acero, la fabulosa espada de campaña de Arturo- y la colocó en la mano derecha del rey. Teilo levantó el enorme escudo de campaña de Arturo, Prydwen, que habían blanqueado y pintado de nuevo con la Cruz de Jesucristo, y lo colocó en la mano izquierda.

Me acerqué a ellos y, tras encontrar el broche por el tacto, desabroché la capa con que Arturo se cubría los hombros. Teilo y Dubricius trajeron entonces una nueva y preciosa capa de color púrpura imperial con un ribete de oro; la capa de un emperador, y su significado resultaría muy claro para hombres como Paulus y Urbanus. Los buenos monjes sujetaron esta capa sobre los hombros de Arturo con el broche de plata en forma de cabeza de ciervo que había pertenecido a Aurelius.

Alzando una vez más el bastón, exclamé:

-Ve, Arturo Pendragon, sé íntegro y realiza buenas obras; gobierna con justicia y vive con honor; sé para tu gente un faro siempre encendido y un guía certero en todas las cosas, suceda lo que suceda en este mundo.

Sujetando la espada y el escudo, la nueva capa púrpura sobre los hombros, Arturo se volvió para mirar a sus súbditos.

-¡Pueblo de Inglaterra -proseguí-, he aquí a vuestro Supremo Monarca! Os exhorto a quererlo, honrarlo, servirlo, seguirlo y a poner vuestras vidas a su servicio de la misma forma en que él ha puesto su vida al servicio del Supremo Monarca Celestial.

Como si esperaran estas palabras, las enormes puertas de la iglesia se abrieron de golpe con un fuerte estrépito. Cai y Cador, situados en algún punto al pie del altar, llamaron a gritos a los cymbrogi. La multitud se agitó presa de temor y confusión. Escuché el tañido del acero al desenvainarse las espadas.

-¡No te muevas, Myrddin! -gritó Arturo, que desapareció rápidamente.

-¿Qué sucede, Arturo? -inquirí-. ¿Qué es lo que pasa?

-¡Deteneos! -chilló Dubricius, justo en ese momento-. No habrá derramamiento de sangre en este día sagrado. Guardad vuestras armas.

Escuché el sonido de los pasos de los intrusos sobre las losas de piedra y sujeté con más fuerza el bastón de serbal.

-¡Bedwyr! -gritó Arturo-. ¡Quédate con Myrddin!

Al minuto siguiente, sentí cómo la mano de Bedwyr se cerraba sobre mi brazo y me apartaba a un lado.

-No os acerquéis, Myrddin -dijo Bedwyr-; yo os protegeré.

-¿Quiénes son, Bedwyr? ¿Los conoces?

Jamás los había visto -respondió él con voz tensa-. Son doce. Llevan lanzas y... -se interrumpió, asombrado-... estos extranjeros... ¡todos se parecen a Llenlleawg! Y hay... -Volvió a interrumpirse.

-¿Qué? Dime, Bedwyn ¿Qué es lo que ves?

-No puedo creer lo que veo.

-Ni tampoco yo, a menos que me lo digas. Yo no puedo ver, Bedwyr -le recordé con desesperación.

-Doncellas, Emrys -respondió él-. Doce..., no, dieciséis, creo... Todas llevan capas blancas y.. ¿qué es esto? Cada doncella sujeta una paloma blanca

entre las manos. Han entrado en la iglesia siguiendo a los guerreros y avanzan hacia el altar. Vienen hacia nosotros, Myrddin.

Volvió a interrumpirse y escuché el fuerte chasquido de los extremos de las lanzas sobre la piedra. Se produjo un silencio total durante un instante, y luego la muchedumbre lanzó una exclamación ahogada. Comprendí que alguien había penetrado en la iglesia.

-¡Bedwyr! -exigí con aspereza-. ¿Qué sucede? ¡Dímelo de una vez!

-Pero ¡si es Gwenhwyvar! -repuso perplejo-. Creo que ha venido a honrar a Arturo.

«¡Joven estúpido!», pensé, adivinando por fin el significado de las doncellas y las palomas.

-¡Nada de honrarlo! -salté-. ¡Bedwyr, ha venido a reclamarlo!

Tres

¡Ah, Gwenhwyvar! Diosa blanca de la enigmática tribu de Danna, cómo me ofendió tu presencia allí aquel día, y hasta qué punto te temí... Quizá se me podrá perdonar el rencor y la alarma. Corazón de oro, no te conocía yo entonces.

Hay que reconocer que jamás correspondiste a mi resentimiento con rencor, ni utilizaste mis temores en mi contra, y mucho menos diste justificación a ninguna de ambas cosas. En los años que siguieron demostraste tu nobleza más de mil veces. Gwenhwyvar, jamás fuiste otra cosa que una reina.

Yo veía a Arturo como el señor del Reino del Verano, y esa visión arrojaba todo lo demás a una oscuridad total. Pero tú viste a Arturo como un hombre; él lo necesitaba, y tú lo sabías. Gwenhwyvar, con la sabiduría de tu sexo, fuiste una auténtica druida. ¡Y más! Cómo se elevaba mi corazón al ver cómo tú y Arturo os fundíais en uno solo en honor y valentía. Estoy seguro de que el mismo Dios te creó para Arturo.

También hay que hacer saber que jamás mereciste las calumnias que se amontonaron alrededor de tu nombre. Es la forma en que las criaturas mezquinas intentan derribar a los gigantes que crecen entre ellas. Ignorantes de lo que es la virtud, no pueden soportar tal nobleza; puesto que carecen de ella, no la toleran en otros. Así pues se ponen a roerla, como la carcoma roe la raíz del roble, hasta que el poderoso señor del

bosque se desploma. El Señor bien sabe que al final siempre reciben su merecido.

De todos modos, el día de vuestro matrimonio, yo no sentía cariño por ti. Pues, dado que Arturo era rey de todos los ingleses, tenía en mente conseguirle una esposa inglesa. Tú, la más astuta de las de tu sexo, estabas mejor informada. Arturo, al igual que el Reino del Verano, era más grande que sólo Inglaterra; tú me lo enseñaste, Gwenhwyvar... aunque me costó tiempo aprenderlo.

Realizando una profunda reverencia ante Arturo, como Bedwyr me la describió, la reina irlandesa colocó su blanca lanza transversalmente sobre el suelo. Gwenhwyvar se incorporó entonces e introdujo entre las manos de Arturo la paloma blanca que sostenía; acto seguido tomó a Caledvwlch, que pendía del costado del joven, se llevó la hoja desnuda a los labios y, tras besar el travesaño de la empuñadura, apretó la Espada de Inglaterra contra su pecho.

-¡Espadas y palomas, Bedwyr! -dije-. ¡Piensa en lo que significa!

-¿Soy yo acaso un bardo? -refunfuñó Bedwyr-. Decídmelo, Myrddin.

-Significa que lo ha reclamado como esposo -le expliqué-. ¿Acepta Arturo la paloma?

-Sí -respondió Bedwyr-; la sostiene en la mano.

-Entonces ha aceptado el matrimonio -dije, comprendiendo que todo se había venido abajo.

Había acabado antes de que pudiera hacer un solo gesto para impedirlo. La verdad es que debiera haber sabido que todo había terminado el día en que Fergus llevó los tesoros de su tribu a Arturo como tributo y colocó a su hija y a su campeón bajo la tutela de éste. Al aceptar el tributo de Fergus, Arturo había aceptado tácitamente el matrimonio que se ofrecía.

Gwenhwyvar había escogido a Arturo como compañero desde el mismo instante en que puso sus ojos en él. Así es como sucede entre la realeza de Ierna ; pues el trono en la isla de Eireann se transmite a través de las mujeres. Es decir, un hombre obtiene la corona a través de su esposa. Entre los hijos de Danna, los reyes tienen su época, pero la reina lo es mientras vive.

Y Arturo, que desconocía la importancia de aquello, no se quejó. ¿Por qué habría de hacerlo? Ella era hermosa: cabellos negros como ala de cuervo, trenzado en cientos de diminutas trenzas, cada una sujeta con hilo de oro y dispuestas para que cayeran sobre sus hombros y cuello; el negro más

azabache contrastando con un cutis blanco como la nieve. Sus ojos eran grises como la neblina de las montañas; la frente ancha y despejada, y los labios rojos como las cerezas.

No hay que olvidar que era una reina guerrera. Llevaba lanza, espada y un pequeño escudo de bronce; la hermosa figura la cubría con mallas plateadas, de aros tan pequeños y brillantes que se ondulaban como el agua cuando se movía. Y Llwch Llenlleawg, su campeón y jefe guerrero, servía a Arturo bien y ocupaba el puesto que le correspondía entre los cymbrogi; pero el alto irlandés era ante todo el guardián de la reina.

Era cierto que los reyes y nobles de Inglaterra jamás habrían tolerado un Supremo Monarca cuya esposa no fuera inglesa de nacimiento. Pero Gwenhwyvar, astuta y sutil, ya había triunfado. Antes de que nadie supiera que había empezado, la contienda había finalizado. Se limitó a esperar a que Arturo reclamara el trono; luego ella lo reclamó a él. Desde luego, no esperó ni un segundo más de lo necesario, para que ninguna rival tuviera la más mínima oportunidad. El día en que Arturo tomó la corona por segunda vez, fue también el día en que Arturo se casó.

Nos quedamos en Londinium seis días en total, agasajando a los reyes y nobles que habían acudido a rendir homenaje y tributo al nuevo Supremo Monarca. El festejo se convirtió también en el banquete de bodas de Arturo y Gwenhwyvar, y nadie disfrutó más de la celebración que Fergus de Ierna, padre de Gwenhwyvar. No creo que jamás conociera yo a hombre más feliz.

Arturo estaba todo lo satisfecho que cabía esperar. Admiraba a Gwenhwyvar por su osadía, y reverenciaba -casi todos lo hacían- su belleza. Sin embargo, no la amaba; al menos, no aún. Eso llegaría; con el tiempo aprenderían a amarse de una forma que los bardos celebrarían durante mil años. Pero, como sucede a menudo en las parejas en las que ambos son obstinados, los primeros días de matrimonio estuvieron llenos de tiranteces.

Cuando el último noble se hubo marchado de vuelta a casa, también nosotros partimos: los cymbrogi, con Cador y Bors, a Caer Melyn, y el resto de nosotros, Cai, Bedwyr, Llenlleawg, yo mismo y Arturo, a Ierna con Gwenhwyvar. El viaje era corto y el tiempo se mantuvo bueno.

Recordaba a Ierna como una alhaja verde engastada en un mar plateado. Es una isla en forma de cuenco poco profundo, a la que faltan los agrestes riscos de Prydein; las colinas de que alardea Ierna son suaves y arboladas, y las escasas montañas no son excesivamente elevadas. Sus llanuras son extensas y numerosas, y en ellas se cultiva abundante cereal de calidad. Si los belicosos monarcas de la isla dejaran alguna vez de matarse unos a otros, se encontrarían en posesión de una riqueza en cereales suficiente

para atraer el interés comercial del este y mejorar las condiciones de vida de su pueblo.

Es una tierra húmeda, por desgracia, que padece inundaciones continuas por parte del mar y del cielo; pero, a pesar de ello, la lluvia es suave y llena ríos y arroyos de agua fresca. La cerveza de los irlandeses es sorprendentemente buena, pese a que la hacen con grano quemado; otro misterio más con respecto a esta raza desconcertante.

Penetramos con nuestra nave en una bahía de la costa nordeste. Escuché un sonoro grito, y Cai, de pie a mi lado junto a la barandilla, dijo:

-Es Fergus, bendito sea. Viene vadeando a recibirnos. -Mientras lo decía oí el chapoteo de alguien que avanzaba a través de las olas.

Fergus chilló algo que no conseguí captar, y al cabo de un momento sonó un extraño lamento agudo procedente de la playa.

-¿Qué sucede, Cai?

-Son los bardos de Fergus, creo. Lo acompaña su séquito, y los bardos producen una especie de música para nosotros con vejigas de cerdo. -Calló unos instantes- Muy curioso -añadió.

Yo ya había visto aquel instrumento antes: una peculiar confluencia de flautas que en sus manos produce una loable variedad de sonidos: un canturreo, un lloriqueo, un sonido agudo como el de un chillido o también una especie de suspiro profundo y grave. Cuando se la acompañaba del arpa, como a menudo hacían, este sonido de flauta producía una música muy agradable. Y las voces de los bardos de Eire son casi tan buenas como las de los bardos de Cymry.

Muchos miembros de la Sabia Hermandad sostienen que los hombres de la verde Ierna y de las negras colinas de Prydein eran hermanos antes de que las aguas de Manawyddan los separaran. A lo mejor es así. Los habitantes son morenos, en su mayoría, como los cymry de la montaña, poseen un agudo ingenio y están siempre dispuestos tanto para festejar como para luchar. Como los celtas de tiempos pasados, son generosos en todo, especialmente en lo que se refiere a cantar y a celebrar banquetes. Les encanta bailar, y se consideran maltratados si no se les permite mover los pies cuando sus filidh tocan el arpa y esas curiosas flautas que llaman gaitas.

Fergus era señor de un pequeño reino que estaba situado en la costa norte, en Dal Riata; su fortaleza principal se llamaba Muirholc en honor a uno de sus nobles antepasados. La sala y el resto de las edificaciones, según la descripción que de ellas me hizo Cal, seguía el viejo estilo: un

cierto número de pequeñas casas redondas -viviendas, almacenes de grano, cabañas de los artesanos, cocinas- rodeaban una enorme sala de madera con un tejado muy empinado de paja. Un muro de barro coronado por una empalizada de troncos afilados circundaba todo el conjunto. Más allá del muro se extendían campos labrados y corrales de ganado, y bosques.

En el interior de la sala, que servía de residencia al monarca a la vez que de lugar de reunión para su gente, la inmensa chimenea de piedra ardía día y noche. A lo largo de las paredes, a cada lado de la chimenea, había cubículos con paredes de mimbre trenzado donde la gente podía descansar o retirarse para disfrutar de una mayor intimidad, y frente a la chimenea estaba dispuesta una mesa enorme, la mesa del rey, sujeta a las cumbreras de cada extremo de la sala.

Fergus nos condujo a su fortaleza y se detuvo ante la entrada.

-Se os da la bienvenida a la casa de Fergus, amigos míos. Entrad y acomodaos. Que vuestras preocupaciones se conviertan en la neblina que se deshace al primer contacto con los rayos del sol. Venid, comamos y bebamos, y celebremos la unión de nuestras nobles tribus.

Estimaba en mucho el matrimonio de su hija y consideraba a Arturo no sólo como a un miembro de la familia sino también como a un querido amigo. Jamás he visto a un noble tan deseoso de complacer a sus invitados como Fergus mac Guillomar; su buen humor nunca decaía, y los regalos, todo aquello de que podía disponer, fluían de él como las aguas del plateado Siannon. La fortuna de Fergus, aunque escasa, había mejorado no obstante desde su alianza con Arturo. Poseía una magnífica manada de caballos, y los perros de caza que criaba no tenían nada que envidiar a los perros de otros nobles. Nos hizo regalos a todos, y a Arturo le entregó además un cachorro de podenco, que adiestraría para la caza y la guerra.

También la hija de Fergus estaba ansiosa por asegurarse nuestro favor. Gwenhwyvar había llevado a Arturo a Muirbolc para entregarle su dote, que en este caso se trataba de algo nada corriente. Pero, antes de que te hable de ella, debo contar primero el milagro que ocurrió durante nuestra estancia en Eire.

Había sacerdotes en la región que constantemente intentaban persuadir a Fergus para que les concediera tierras en las que construir una iglesia y una comunidad para ellos. También deseaban que el monarca pasara a formar parte de los christianogi, claro está, aunque se conformaban con la tierra.

Fergus no confiaba en ellos. Se le había metido en la cabeza que los reyes que hincaban la rodilla ante el Señor Jesucristo se volvían impotentes.

PENDRAGON IV

Dado que era un hombre al que encantaba la compañía de mujeres hermosas, las cuales abundaban en su reino, resultaba difícil para él contemplar de modo favorable cualquier creencia que amenazara su placer.

-Eso es absurdo -le dije, al descubrir el motivo de su reluctancia-. ¿No toman esposa los sacerdotes como cualquier otro hombre? Te aseguro que lo hacen... y tienen hijos. Su fe no los convierte en menos potentes que otros hombres, como el Señor bien sabe. Te has tragado una mentira, Fergus.

-Oh, estoy seguro de que estos sacerdotes son gente excelente en todos los aspectos. No siento ninguna enemistad contra ellos -concedió alegremente-; pero ¿por qué tentar a la calamidad? Soy feliz... nunca lo fui tanto como ahora que mi hija se ha casado con el Supremo Monarca de Inglaterra.

-Pero el mismo Arturo se ha comprometido con Cristo -le informó Bedwyr, tomando parte en la discusión- La fe no lo ha convertido en impotente. Míralos allí juntos... reclinados el uno junto al otro en su rincón, bebiendo de la misma copa. Pregunta a Arturo si su fe le ha robado la hombría. Mejor aún, pregunta a Gwenhwyvar; ella te lo dirá.

-Es cosa de los ingleses -repuso el monarca irlandés-, tener dioses extraños y costumbres aún más extrañas. Todos lo sabemos; pero no es nuestra forma de ser.

-Es la forma de ser de muchos de tus compatriotas, Fergus -repliqué-. Muchos de los que ahora abrazan a Nuestro Señor Jesucristo antes veneraban a Crom Cruach. Así pues vuelvo a preguntarte: ¿dónde está el mal?

-Bueno -dijo Fergus-, se han acostumbrado a ello, supongo, y no los perjudica. Pero yo no estoy tan acostumbrado y temo que no saldría bien conmigo.

Nada de lo que dijimos pudo convencerlo. Pero, algunos días después, llegó un grupo de monjes y pidió audiencia al rey. Como siempre, Fergus les dio la bienvenida y les hizo regalos en forma de comida y bebida, ya que no quisieron aceptar su oro. Lleno de curiosidad, me encaminé a la sala para escuchar su petición.

El jefe de este grupo de monjes ambulantes era un sacerdote llamado Ciaran. Aunque joven aún tenía ya muy arraigada su fe y era muy juicioso. Versado en griego y latín, con facilidad de palabra y bienhablado, su renombre era tal que muchos otros monjes, ingleses como irlandeses,

se habían comprometido a ayudarlo en su labor entre los clanes paganos de Eire.

-Hemos oído que el gran caudillo de los ingleses se encuentra aquí -declaró Ciaran-, y hemos venido a rendirle homenaje.

Esto impresionó y halagó a Arturo, que no imaginaba que su nombre fuese conocido fuera de Inglaterra.

-Se os da la bienvenida bajo mi techo -dijo Fergus al sacerdote-. En nombre de Arturo, os saludo de buen grado.

-Que el Rey del Cielo os bendiga con esplendidez, Fergus -replicó Ciaran-. Y que el Supremo Monarca del Cielo honre a su Supremo Monarca en la tierra. Os saludo, Arturo ap Aurelius.

Arturo agradeció al sacerdote sus bendición, tras lo cual Ciaran se dirigió a mí.

-Y sin duda vos sois el sabio Emrys de quien tantas cosas maravillosas se cuentan.

-Soy Myrddin -respondí con sencillez-. Y estoy a vuestro servicio, hermano sacerdote.

-Os doy las gracias, sabio Emrys -respondió-. Pero, en este día, soy yo quien está a vuestro servicio. -Percibí un movimiento ante mí cuando se acercó más-. Oímos que estabais ciego, y ahora veo por mí mismo que es así.

-No es más que una molestia sin importancia -contesté-. No tengo quejas.

-Un hombre de vuestra grandeza soportaría cualquier infortunio alegremente, y no esperaba menos -observó Ciaran, y los que lo acompañaban murmuraron su aprobación-. A lo mejor es tal y como Nuestro Señor Jesús dijo: «Esta aflicción se ha dado para que pueda revelarse la gloria del Padre». Si es así, puede que yo sea el instrumento de esa revelación. ¿Me lo permitís?

La sala calló para escuchar lo que yo respondería. El audaz sacerdote se ofrecía a curarme. Bien, ¿qué podía decir yo? Había estado hablando a Fergus del poder del Resucitado. Si rehusaba el amable desafío de Ciaran, quedaría como un mentiroso. Si, por el contrario, aceptaba su oferta y él fracasaba, quedaría como un tonto.

Mejor un tonto que un mentiroso, pensé, y respondí:

-En lo que respecta a mí, no tengo quejas. Pero, si el Señor de Todos los Tiempos desea mi curación para su provecho, estoy dispuesto a acatar su voluntad.

-Entonces que así sea.

Acercándose aún más, Ciaran desató el vendaje y alzó las manos ante mí; sentí el calor de las palmas sobre mi piel, como si hubiera levantado el rostro al sol.

-Señor de la Creación -dijo el sacerdote-, suplico a tu Divino Espíritu que haga honor a vuestro nombre y demuestre vuestro poder ante los hombres incrédulos.

Diciendo esto, Ciaran me tocó los ojos, y el calor de sus manos fluyó de las puntas de los dedos. Sentí como si los ojos quedaran bañados por una ardiente luz blanca. Noté una cierta molestia -un poco de dolor, pero más que nada sorpresa- y me eché hacia atrás. Pero Ciaran siguió apretándome los ojos con los dedos; aquel calor sobrenatural aumentó hasta quemarme la piel.

Sentí como si me ardieran los ojos; los cerré con fuerza y apreté los dientes para no gritar. Ciaran apartó entonces las manos y dijo:

-¡Abrid los ojos!

Parpadeando con ojos llorosos, vi a una muchedumbre que me contemplaba con desconcertado asombro, los rostros relucientes como pequeños soles nebulosos. Arturo me miraba perplejo.

-Myrddin, ¿te encuentras bien? -Inquirió- ¿Me ves?

Alcé las manos ante el rostro. Brillaban y resplandecían como teas, cada dedo una lengua de fuego.

-Te veo, Arturo -respondí, mirándolo-. Estoy curado.

El feliz acontecimiento causó una tremenda sensación en casa de Fergus; no se habló de otra cosa durante días. Incluso Bedwyr y Cai, que ya habían visto maravillas suficientes durante el tiempo pasado conmigo, confesaron su asombro. La ceguera es una fatigosa molestia, y me sentí muy aliviado al verme liberado de ella; me sentí de repente más ligero, como si me hubiera despojado de un enorme peso. El nebuloso resplandor fue desapareciendo poco a poco y mi visión recuperó su agudeza. Mi corazón se llenó de felicidad.

-Pero ¿qué habría sucedido si no os hubieran curado? -me preguntó Bedwyr más tarde-. ¿Y si el sacerdote hubiera fracasado?

-Mi única preocupación -le confesé- era lo que los escépticos como Fergus pensarían si rehusaba. Puesto que, de todos modos, no podía hacer nada con respecto a la curación, acepté.

-Pero ¿tuvisteis dudas? -insistió. No quería ofenderme; verdaderamente quería saber.

¿Dudé? No, no lo hice.

-Escúchame, Bedwyr -le dije-. Estaba seguro de que Aquel que hizo los ojos de los hombres podía devolverme la vista. Después de todo, ¿es eso más difícil que llenar los toneles de cerveza de Ector? Un milagro es un milagro. No obstante, he vivido lo suficiente bajo la protección del Todopoderoso Monarca para saber que tanto si estoy ciego como un topo como si poseo la vista de un águila es algo de tan poca importancia que no merece ni que se considere y mucho menos que me preocupe por ello.

En realidad, estaba terriblemente agradecido por haber recuperado la visión; pero, para evitar que pensaran que me interesaba el Señor que todo lo da únicamente por lo que pudiera obtener de él, me guardé la alegría para mí. Fergus, sin embargo, se alteró mucho ante esta demostración de poder. Tomó como una señal de gran importancia y significado que el milagro se hubiera producido bajo su techo.

Saltó de su sillón y agarró a Ciaran por los brazos.

-Que la tierra y el cielo den testimonio de que sois un hombre santo, y que el dios al que servís es un dios extraordinario. A partir de este día tendréis todo lo que me pidáis... incluso aunque fuera la mitad de mi reino.

-Fergus mac Guillomar mac Eirc -replicó Ciaran-, no tomaré nada de vos a menos que pongáis también el corazón en el trato.

-Decidme qué debo hacer -respondió Fergus-, y podéis estar seguro de que se habrá cumplido antes de que se ponga el sol.

-Sólo esto -respondió el sacerdote-: jurad lealtad al Supremo Monarca del Cielo, y tomadlo como señor.

Aquel mismo día Fergus ofreció su vida y lealtad al auténtico Dios, y todos los miembros de su clan con él. Abrazaron su nueva fe con mucha devoción y aún más celo, y Fergus dio permiso a los buenos monjes para residir en su reino. También les encomendó la enseñanza de los miembros de su familia.

Los bardos del rey no se sintieron nada satisfechos con aquellos acontecimientos y se quejaron del nuevo vasallaje del monarca; pero cuando relaté lo que Taliesin había contado a Hafgan sobre la fe de Cristo, se dejaron convencer.

-No tiene por qué significar vuestro fin -les aseguré-. Si vosotros, que buscáis la verdad de todas las cosas, abrazáis una verdad superior, descubriréis que vuestra categoría no sólo no disminuye, sino que también aumenta. Amanece un nuevo día en el oeste; las antiguas costumbres desaparecen, como ya debéis saber. Aquel que no doble la rodilla ante Cristo pronto descubrirá que su puesto es entregado a otro.

Gwenhwyvar, a quien Charis había enseñado la fe durante la estancia de la primera en Ynys Avallach, ensalzó la valentía de su padre. Fergus abrazó a su hija.

-No es valentía, querida mía -dijo-. Es simple prudencia, pues si no reconozco lo que he visto en este día, entonces estaría más ciego de lo que Myrddin estuvo jamás.

-Ojalá más reyes ingleses mostraran tal prudencia -comentó Arturo.

En conjunto, disfrutamos de nuestra estancia con Fergus y su gente. No hay duda de que podríamos haber permanecido con ellos mucho más tiempo, pero, a medida que transcurrían los días, Arturo empezó a mirar más y más al otro lado del mar en dirección a Inglaterra. Comprendí que pensaba en sus cymbrogi y que el día de la partida estaba próximo. Una noche en que estábamos sentados ante la chimenea con las largas broquetas para carne en las manos, extrayendo tiernos pedazos de sabroso cerdo del caldero mientras los bardos cantaban, Gwenhwyvar se nos acercó con un bulto en los brazos. El paquete estaba envuelto en fino cuero atado con cuerdas, y lo sostenía como si se tratara de una criatura, por lo que en un principio pensé que lo era.

-Esposo -dijo, acunando el bulto--, en señal de respeto por nuestro matrimonio, os entrego un regalo. -Se acercó a donde él estaba sentado. Arturo dejó a un lado la broqueta y se puso en pie, los ojos fijos en su esposa, sujetándola con la mirada de la misma forma que si la abrazara.

Tendiéndole el paquete envuelto en cuero, Gwenhwyvar lo depositó en sus manos y luego empezó a deshacer las ataduras. Las capas de cuero fueron desapareciendo una tras otra hasta dejar al descubierto un rollo de pergamino. Yo ya había oído hablar de tales cosas; habían sido corrientes cuando las Águilas gobernaban Inglaterra. Pero jamás había visto uno.

PENDRAGON IV

Arturo contempló el objeto con absorto deleite. Era algo tan alejado de cualquier cosa que hubiera podido esperar, que no sabía qué significado darle. Miró a su esposa en busca de una explicación y, con gran prudencia y sabiduría, mantuvo la boca cerrada. Bedwyr y Cai intercambiaron miradas de perplejidad, y Fergus sonrió con magnánimo orgullo.

Tomando el rollo de pergamino, Gwenhwyvar lo desenrolló con todo cuidado. Por la forma en que lo tocaba -con suavidad y casi con enorme veneración- comprendí que era antiquísimo y de un valor incalculable a sus ojos. Esto me intrigó. ¿Qué cosa escrita allí podía ser tan valiosa?

Extendió el pergamino ante los ojos de Arturo, y éste inclinó la cabeza sobre él. Observé su rostro con atención, pero la perplejidad no menguó..., más bien aumentó. La verdad es que, cuanto más contemplaba el pergamino, más perplejo parecía.

Gwenhwyvar lo observaba con semblante cauteloso y de complicidad a la vez. Los grises ojos alerta, las oscuras cejas ligeramente enarcadas, aguardaba su reacción y lo ponía a prueba con ella. ¿Era él digno de este regalo? Sin duda se preguntaba: ¿era Arturo el hombre que ella creía? ¿Había confiado el regalo de su vida a alguien que respetaría su valor?

Y Arturo, bendito sea, se había atrapado en una prueba decisiva. Estudió el pergamino durante un rato y luego, alzando la cabeza, sonrió muy seguro de sí y exclamó:

-¡Ven aquí, Myrdd¡n, y mira! ¡Contempla lo que mi reina me ha entregado!

Era una observación astuta. Gwenhwyvar se sintió satisfecha, pues escuchó en él lo que quería oír. Y Arturo, viendo la reacción de ella ante sus palabras, sonrió contento, pues había conseguido salir del paso con mucha sagacidad. Fergus sonrió feliz, sabedor de que el tesoro de su tribu había encontrado un digno protector. Tan sólo yo me sentía desgraciado ahora, ya que Arturo me había traspasado el problema con suma habilidad; ahora dependía de mí evaluar el regalo y dar una opinión sobre su valía.

Vacilé, mientras la curiosidad y la reluctancia se debatían en mi interior. Podía declinar la oferta de Arturo y obligarlo a declarar su ignorancia. O podía ir en su ayuda. Arturo aguardaba. La curiosidad venció sobre la reluctancia, y me incorporé para acercarme a donde Arturo y Gwenhwyvar sostenían el documento extendido entre ambos.

Giraron el documento hacia mí. Contemplé el pálido pergamino, esperando ver allí una ilustración, o palabras de una clase u otra. Había un dibujo, sí, y también palabras... pero no se parecía a nada que hubiera visto antes.

Cuatro

Ahora comprendía el malestar de Arturo, y por qué había recurrido a mí como lo había hecho. Miré fijamente el rollo de pergamino que se me ofrecía y las extrañas marcas que en él aparecían. Abrí la boca para hablar, lo pensé mejor, y volví a estudiar el documento.

Había varias columnas de palabras garabateadas en una lengua que no conocía: ni latín ni griego, ya que éstas, si no había otro remedio, podía descifrarlas. Y también aparecía una ilustración; no una sola, sino varias: un dibujo grande rodeado por tres pequeños. Los dibujos eran casi tan indescifrables como las palabras, pues mostraban un extraño objeto en forma de colmena que descansaba sobre un montón, no muy alto, de finas láminas y flotaba en un firmamento azul... agua quizás. Pero no se trataba de un navío, ya que tenía una entrada, o al menos un agujero en el costado que habría dejado entrar agua. Los dibujos más pequeños mostraban el mismo objeto, u objetos similares, desde perspectivas diferentes. Como no tenía ninguna señal, no pude obtener la más mínima idea de su función.

Sabía que Gwenhwyvar aguardaba mi evaluación.

-¡Esto es realmente extraordinario! ¡Me doy cuenta de que lo habéis atesorado durante mucho tiempo en vuestro clan!

-El rollo de pergamino que tenéis delante ha pasado de mano en mano desde el albor de los tiempos hasta ahora -explicó Gwenhwyvar-. Se dice que Brigid, reina de los Tuatha DeDannan, lo trajo a Eire.

-Eso puedo creerlo perfectamente -le dije-. ¿Y podéis aún leer las palabras escritas aquí? -Señalé la delicada tracería de símbolos.

-Por desgracia, no. -El rostro de Gwenhwyvar se entristeció-. Nuestra raza perdió hace tiempo esos conocimientos... si es que alguno de sus miembros los poseyó alguna vez. Esperaba que vos, sabio Emrys, pudierais descifrarlos para mí.

-Ojalá pudiera. Pero no estoy acostumbrado a descifrar escritura, y sin duda la mía sería una pobre evaluación. -Entonces tuve una repentina inspiración y añadí-: De todos modos, pudiera ser que el sacerdote Ciaran conociera esta escritura y pudiera decirnos lo que significa. Si estáis de acuerdo, podríamos mostrárselo mañana.

-Es un buen consejo -repuso Gwenhwyvar-, pero que Ciaran venga aquí. No está bien que se lleve nuestro tesoro de un lado a otro del reino como

si fuera algo sin valor. -Fergus dio la razón a su hija y envió un mensajero al amanecer para que trajera al sacerdote a Muirholc a examinar el pergamino.

-¿Qué crees que describe, Myrddin? -inquirió Arturo la mañana siguiente mientras esperábamos la llegada del monje, sentados en las rocas desde las que se dominaba la orilla. El día era soleado y el mar bañaba calmoso la rocosa orilla que se extendía a nuestros pies.

-Parece una especie de vivienda -respondí-, pero no puedo decir nada más.

El monarca se quedó silencioso, escuchando el canto de las gaviotas y sintiendo cómo los cálidos rayos del sol le bañaban el rostro.

-Uno podría llegar a enamorarse de este lugar -murmuró al cabo de un rato.

Cal y Bedwyr, que empezaban a añorar su hogar, se acercaron entonces y se acomodaron uno a cada lado de nosotros dos.

-Pensábamos que preparabas el barco -dijo Bedwyr- y no queríamos que nos olvidaras aquí.

-Arturo estaba diciendo que no deseaba en absoluto volver -les expliqué.

-¡No regresar a Inglaterra! -exclamó Cal-. Artús, ten cuidado. ¡Si hemos de soportar durante mucho más tiempo sus gaitas acabaremos todos locos!

-Tranquilo, hermano -lo consoló Arturo-. Myrddin bromea. Nos marchamos mañana como lo planeamos. En estos mismos instantes están disponiendo la nave. -Abrió los ojos y señaló playa abajo al lugar donde estaba varado nuestro barco. Varios de los hombres de Fergus, y nuestro propio piloto, sacudían las velas.

-Vinimos a deciros que Ciaran ha llegado -nos informó Bedwyr-. Fergus os espera a ti y a Myrddin. -Entonces vayamos al momento. -Arturo se incorporó de un salto-. Estoy decidido a resolver al menos un acertijo antes de que abandone este lugar.

Ciaran nos saludó feliz.

-Tendréis buen tiempo para la navegación de mañana -nos dijo-. Vendré a despediros.

-¡Oh, no habléis de partir! -se lamentó Fergus-. Es mi corazón lo que os llevaréis cuando os vayáis.

PENDRAGON IV

-Tenéis un puesto asegurado conmigo –declaró Arturo-. Venid a visitarnos cuando queráis.

Gwenhwyvar se acercó con el rollo de papiro y empezó a desenvolverlo. El sacerdote estaba ansioso por verlo, y anunció que era un trofeo de valor incalculable.

-Ya he visto cosas parecidas anunció, inclinando la cabeza sobre el elaborado documento-; cuando era alumno de santo Tomás de Narbona, lo acompañé en un viaje a Constantinopla. Los sacerdotes de esa gran ciudad conservan la sabiduría del mundo en pergaminos de esta clase. Se dice que los más antiguos provienen de la magna Alejandría y de Cartago.

Fergus sonrió, muy satisfecho con aquella apreciación.

-¿Podéis descifrar las palabras? -inquirió.

Ciaran inclinó la cabeza aún más, se tiró del labio inferior, y por fin dijo:

-No, no puedo. No es griego ni latín, ni ninguna otra lengua que yo conozca. Pero -continuó mientras el rostro se le iluminaba- eso no importa demasiado, porque sé muy bien cuál es el objeto representado aquí.

-¡Decídnoslo! -lo instó Fergus.

-Se llama martyrion -explicó Ciaran-. Hay demuchas clases, y éste es... -Se interrumpió al ver nuestro desconcierto.

-Si no os importa -dije-, nuestros conocimientos sobre estas cuestiones no son tan grandes como los vuestros. ¿Es este martyrion un edificio construido a la memoria de los muertos ilustres?

-Una Mansión del Honor -afirmó Gwenhwyvar-. Así es como los antiguos la llamaban.

-¡Claro! ¡Desde luego! -concedió Ciaran al instante-. Perdonad mi presunción. Lo que veis aquí... -recorrió suavemente la imagen pintada con la punta de un dedo-... es en verdad una Mansión del Honor, de la clase llamada rotonda, ya que tiene forma redondeada. Y, como veis, es tableada ya que se alza sobre muchas mensi. -Siguió con el dedo las redondeadas tablas de piedra que formaban los cimientos y los escalones que conducían a la entrada.

-¿Conocen estas cosas en Roma? -quiso saber Arturo. Cai y Bedwyr seguían mostrando una expresión perpleja.

-Ni siquiera Roma puede presumir de tales edificaciones -le informó Ciaran-. Roma ha olvidado el arte de su construcción. No existe más que una en la ciudad de Constantino, y es una auténtica maravilla; lo sé porque la he visto.

-¿Puede construirse esta Mansión del Honor a partir de este dibujo? -preguntó Arturo, apartando la mirada del sacerdote para fijarla en mí mientras hablaba.

-Es posible -admití con cautela-, si se toma el dibujo como guía.

-Pero ¡es que ése precisamente es el propósito del pergamino! -exclamó Ciaran-. Está pensado para guiar al constructor. ¿Veis? -Señaló una hilera de números en una línea del texto-. Éstas son las medidas y proporciones que tiene que utilizar el constructor al preparar el trabajo. Se trata de las instrucciones para construir este martyrion.

-Entonces lo construiré -declaró Arturo-. Alzaré esta Tabla Redonda a la memoria de los cymbrogi que murieron en Baedun. Tendrán una Mansión del Honor como ni siquiera se ha visto en Roma.

Esa noche bebimos la deliciosa cerveza del rey y juramos intercambiar visitas a menudo. Arturo había encontrado en Fergus un alegre compañero, un monarca cuya lealtad quedaba asegurada mediante el respeto mutuo y reforzada a través del matrimonio. El Señor bien sabe que los nobles de Inglaterra ya habían ocasionado a Arturo suficientes problemas y penas. Ierna permitió a Arturo escapar de los reyezuelos y del clamor de sus incesantes exigencias.

Así pues, cuando nos hicimos a la mar a la mañana siguiente lo hicimos con energías renovadas gracias al descanso disfrutado, pero también con una cierta desgana. Fergus prometió ir a ver a Arturo a Caer Lial, donde asistirían juntos a la Misa de la Natividad; pero, a pesar de ello, Arturo y Gwenhwyvar permanecieron mucho rato junto a la barandilla, contemplando cómo las verdes orillas de la isla desaparecían en la bruma marina. Parecían exiliados arrojados a la deriva en la veleidosa marea.

Navegamos a lo largo de la costa norte con la intención de seguir el canal y cruzar hasta Rheged por el punto en que la extensión de agua resultaba más estrecha. Cuando el navío pasaba ante el último cabo y llegaba al estrecho, divisamos las negras velas de unas naves desconocidas. Se encontraban aún bastante al sur, pero se acercaban con rapidez.

-Distingo siete de ellas -anunció Bedwyr, escudriñando las relucientes aguas. El día era claro y el sol brillaba con fuerza sobre el mar, lo que dificultaba la visión- No... diez.

-¿Quiénes son? -se preguntó Arturo en voz alta- ¿Los reconoces, Cai?

-Los pictos, y otros, como los jutos y daneses, usan velas azules -respondió éste, entrecerrando los ojos- Pero no conozco ninguna tribu que utilice velas negras.

Arturo recapacitó durante unos instantes.

-Quiero verlos -decidió-. Hemos de acercarnos más. -Se volvió y transmitió la orden al piloto, Barinthus, quien obedientemente condujo al navío en un nuevo curso.

Observamos con atención, de pie en la proa, protegiéndonos los ojos con las manos del blanco fulgor del sol.

-Cuento trece ahora -dijo Bedwyr al cabo de un rato.

-Son barcos grandes -observó Cal-. Más grandes que los que nosotros tenemos. ¿Quiénes pueden ser?

Aparecieron nuevas velas.

-Veinte -nos informó Bedwyr, estirándose hacia el frente para contar las velas-. Sí, veinte, Myrddin, y vienen hacia...

-Los veo -le recordé, contemplando las negras naves que surcaban las aguas a toda velocidad-. Y no me gusta lo que veo.

-No distingo a nadie a bordo -comentó Gwephwyvar-. Se ocultan de nosotros... ¿Por qué?

Más de cerca empezaron a resultar visibles nuevas velas al aparecer aún más barcos ante nuestros ojos.

-¡Veintiocho! -gritó Bedwyr-. No... ¡treinta!

-Arturo, ¿quién aparte del emperador posee una flota tan grande? -inquirió Cai.

-Roma quizás. Aunque los romanos se mostrarían reacios a lanzar una flota así en aguas del norte, creo.

Dejamos que la nave más próxima llegara a tiro de lanza y nos colocamos en un curso paralelo. Enormes escudos redondos forrados de cuero colgaban de las barandillas bajo una hilera de remos levantados, diez a cada lado, y sobresalían lanzas por entre los escudos. Largas planchas de

madera formaban un estrecho tejado sobre los bancos de los remeros, y facilitaban una plataforma a los guerreros. La vela cuadrada mostraba la imagen de un animal toscamente perfilado en blanco sobre el fondo negro.

-¿Qué es? -preguntó Cai, entrecerrando los ojos-. ¿Un oso?

-No -respondí yo-, no es un oso... Es un cerdo, un jabalí.

Los dos barcos mantuvieron sus cursos durante un rato, y entonces la nave negra viró de improviso hacia nosotros. En ese mismo momento unos guerreros desconocidos saltaron sobre la plataforma -hombres altos, de amplias espaldas, cabellos negros y piel pálida- aullando, chillando y empuñando lanzas.

-¡Nos atacan! -gritó Bedwyr, saltando en busca de su lanza y escudo.

En un instante, las primeras lanzas enemigas centellearon en el aire. Todas erraron el blanco, excepto dos; una lanza rebotó en el costado y la segunda dio en la barandilla. Llenlleawg se abalanzó a la barandilla y agarró la lanza antes de que cayera al mar. Era un objeto grueso y desmañado hecho de madera raspada al que iba fijada una pesada punta de hierro, más apropiado para hundir directamente en el cuerpo que para lanzar.

Gwenhwyvar tomó su escudo, y Cai hizo lo propio. Tan sólo Arturo permaneció impasible. Se quedó de pie con la mirada fija en la nave que se acercaba mientras los que lo rodeaban se armaban. La quilla enemiga hendió las aguas, cada vez más cerca. Las lanzas volaron por el aire, describiendo un círculo para luego caer. Muy pocas fallaron esta vez; algunas golpearon los costados y una se enganchó en la vela.

-Arturo -dije-, ¿piensas presentar batalla?

No respondió; se limitó a contemplar el barco que se aproximaba con los ojos entrecerrados para protegerlos del reflejo del sol. Bedwyr, tendiéndole a Prydwen, instó a Arturo a tomarlo, pero éste no se movió.

-¿Qué quieres que hagamos, Oso? -Al no recibir respuesta, Bedwyr me dirigió una rápida mirada.

-Arturo... -insistí.

Apartándose finalmente de la barandilla, Arturo gritó al piloto:

-¡Desvíate!. -ordenó-. ¡De vuelta a Ierna! ¡Vuela! ¡Hemos de advertir a Fergus!

PENDRAGON IV

El barco se apartó de la nave enemiga que se aproximaba. El enemigo nos persiguió, pero nuestro navío más pequeño y ligero se fue alejando inexorablemente, aumentando la distancia entre ambos. Pronto estuvimos fuera del alcance de sus lanzas, y, al ver que no podían alcanzarnos, el enemigo se retiró para regresar a su anterior rumbo.

Volando con el viento a nuestra espalda, nos encaminamos a la costa irlandesa.

-¡Más deprisa! -aulló Arturo. Aunque atracaríamos muy por delante del enemigo, no había un instante que perder.

Las colinas costeras no tardaron en alzarse ante nosotros, y avistamos la bahía de la que habíamos partido.

-Ensillad los caballos -ordenó Arturo.

-Atraquemos primero -sugirió Bedwyr.

-Hacedlo ahora. -Arturo se volvió al piloto-. ¡Barinthus! Tú conoces la bahía. Encalla la nave.

Cal, Bedwyr y Llenlleawg ensillaron los caballos, y estuvieron listos para montar en cuanto penetramos en la bahía. Barinthus no arrió las velas, sino que dirigió la nave directamente a la playa. Observé cómo la orilla corría a nuestro encuentro y me sujeté para resistir la colisión. No así Arturo que, en cuanto la quilla se hundió en los duros guijarros, saltó sobre la silla.

Chocamos contra los guijarros con un tremendo crujido. El timón se astilló y el mástil rompió sus ataduras. En cuanto el barco se detuvo con un bamboleo y un estremecimiento bajo sus pies, Arturo espoleó su montura al frente.

-¡Arre, arre! -chilló.

El caballo alzó los cascos delanteros y saltó por encima de la borda para hundirse hasta los corvejones en el agua. Un nuevo salto, y Arturo se alejaba ya playa arriba. Gwenhwyvar siguió el ejemplo de Arturo, con Llenlleawg justo detrás de ella, sujetando aún la lanza enemiga.

-Míralos -murmuró Cai, meneando la cabeza-. Se partirán la crisma cabalgando de ese modo. Al menos deberían pensar en los caballos ya que no piensan en sí mismos.

-Cuéntale eso al caudillo bárbaro cuando su lanza se hunda en tu espalda -respondió Bedwyr desde la silla. Espoleó su montura y saltó por encima de la borda gritando-: ¡Arre, vamos!

Cai lo siguió, y yo tomé las riendas de mi caballo. Mientras montaba dije al piloto.

-Te esperaré, Barinthus.

-No, señor. No me esperéis -respondió el marino, ocupado en asegurar el mástil que se había soltado-. No tardaré en acabar aquí y os seguiré.

-Amarra bien la nave, entonces, pero no pierdas tiempo. -Insté a mi montura a saltar. El animal se alzó sobre los cuartos traseros y se zambulló, salpicándome de pies a cabeza con agua de mar. A poco corríamos por la playa. Cai ya había llegado al camino del acantilado que conducía a la fortaleza de Fergus, y Bedwyr ascendía penosamente por el empinado sendero; Arturo y los otros habían desaparecido.

Al llegar al sendero, me detuve para mirar atrás. La bahía seguía vacía. El enemigo no nos había seguido hasta la playa; probablemente, dado que nos habíamos adelantado a ellos, esperarían para atracar a tener el apoyo del resto de las naves.

Para cuando llegamos a Muirbolc, la alarma ya había sido dada. Todo el mundo corría de un lado a otro: los hombres a asegurar la fortaleza, las mujeres y los niños a esconderse, los guerreros en busca de sus armas, los pastores a recoger los rebaños y traerlos a la protección del caer.

Fergus y su jefe guerrero se encontraban en el centro del patio con Arturo y Gwenhwyvar ante ellos. Gwenhwyvar, situada al lado de Arturo, decía en aquellos momentos:

-Escúchalo, padre. Son demasiados. No podemos luchar contra ellos aquí.

-Diez escudos a cada lado... Eso hace al menos veinte guerreros en cada barco, puede que más -le dijo Arturo sin rodeos-. Y hay treinta naves... quizá más. Si atracan aquí, estarán sentados en tu sala antes de que se ponga el sol.

-Nuestra única esperanza es abandonar el caer y reunir a los clanes -insistió Gwenhwyvar-. Al menos, de esa forma podemos tener una oportunidad. Conocemos el terreno y ellos no. Pediremos ayuda a Conaire y a los hombres de Uladh. Cuando se enteren del peligro, no nos darán la espalda.

PENDRAGON IV

Fergus se acarició la barbilla y frunció el entrecejo mientras consideraba la situación.

-Fergus -intervino Arturo con suavidad-, no podemos salvar Muirbolc, pero podemos salvar nuestras vidas. Si nos quedamos aquí perderemos ambas cosas.

-Muy bien -aceptó el otro de mala gana-, haré lo que decís. -Se volvió hacia su jefe guerrero y, con una palabra, lo despidió-. Hemos de reunir provisiones -añadió el monarca, dándose la vuelta-. Llevará tiempo.

-No hay tiempo -le recordó Arturo-; hay que partir al momento.

-Ya es bastante malo abandonar mi fortaleza –replicó Fergus-, pero que me despellejen vivo si también abandono la riqueza de nuestro clan.

-En ese caso, date prisa -cedió Arturo-. Cabalgaré con Cai y Bedwyr hasta el cabo para ver dónde atraca el enemigo.

-Iré contigo-dijo Gwenhwyvar.

-Quedaos aquí, señora -ordenó Arturo-. Volveremos pronto.

Gwenhwyvar iba a protestar, pero decidió no discutir sobre el asunto y calló. A mí, Arturo me dijo:

-Tú vendrás conmigo, Myrddin.

Bedwyr, Cai y yo salimos con Arturo y nos encontramos con Barinthus que llegaba a las puertas en aquel momento.

-No nos han seguido, mi señor -informó-. Esperé para ver qué hacían, pero no han entrado en la bahía.

-Quédate aquí y vigila -le ordenó Arturo-. Avisa a Fergus si ves algo. Vamos a ir hasta el promontorio.

Galopamos por el sendero que bordeaba la costa, escudriñando el mar que se extendía a nuestros pies en busca de alguna señal de las naves negras. Pero no vimos nada hasta que llegamos a los elevados acantilados del cabo. Y entonces, nada más coronar la colina y aparecer ante nuestros ojos la amplia extensión de agua que se extendía de norte a oeste, se nos cayó el alma a los pies.

Allí, ocupando las aguas a lo largo de toda la costa norte, había cuarenta o más velas negras, bien apiñadas como aves carroñeras sobre una llanura cristalina.

Cinco

-Que Dios nos ayude -murmuró Bedwyr, contemplando la flota enemiga.

-Tienen la intención de desembarcar ahí -respondió Arturo, señalando la bahía situada algo más allá-. Sin duda van a pie... no vi caballos. -Levantó la vista al cielo-. El sol se pondrá antes de que puedan formar un grupo de ataque.

-Entonces tenemos al menos una noche para prepararnos -concluyó Cai.

-Esta noche sólo -confirmó Arturo. Haciendo girar su caballo, inició el descenso. Cai lo siguió, pero Bedwyr y yo nos quedamos contemplando las naves enemigas unos instantes más.

-Debe de haber un millar de guerreros o más -dijo Bedwyr pensativo-. Me pregunto cuántos hombres pueden reunir estos reyes de Uladh.

-Eso, mucho me temo, no tardaremos en descubrirlo -respondí pesimista.

Regresamos a toda prisa a Muirbolc, donde la gente había empezado a abandonar el caer, los primeros grupos se perdían ya en el bosque. Fergus estaba junto a la puerta despidiendo a su gente e instándolos a que tuvieran valor y no perdieran tiempo. Arturo, Gwenhwyvar y Llenlleawg estaban reunidos deliberando. A Cai no se lo veía por ninguna parte.

Arturo levantó la cabeza y nos hizo señales para que nos reuniéramos con él.

-Bedwyr -dijo en cuanto llegamos-, tú y Cai os quedaréis para ayudar a Fergus y sus jefes guerreros. Gwenhwyvar, Llenlleawg y yo reuniremos a los señores de Uladh.

-Alguien debería advertir a Ciaran y a sus monjes -indiqué-. Yo lo haré.

-Si tenemos problemas con los nobles, te quiero conmigo -insistió Arturo.

-Los buenos hermanos no están lejos -terció Gwenhwyvar-. Podemos avisarles de camino.

-Muy bien. -A Bedwyr, Arturo indicó-: Cuando Cai regrese de la bahía, cuéntale lo que hemos hecho.

-Si todo va bien -añadió Gwenhwyvar-, regresaremos aquí antes del amanecer con ayuda.

Volvimos a montar y, tras despedirnos de Fergus, partimos al momento. Llenlleawg iba a la cabeza. Atravesamos un bosque, cruzamos un arroyo y luego un extenso prado en suave pendiente, donde giramos al sur; tras una corta cabalgada, llegamos a un terreno a medio desbrozar, poco más que un campamento, donde los monjes se habían instalado.

Ciaran nos dio la bienvenida y ofreció comida y bebida.

-Que el Señor os colme de bendiciones -dijo-. Nos honraría que os quedarais a cenar con nosotros.

-Nada nos agradaría más -le respondió Gwenhwyvar-. Pero no podemos quedarnos. Hemos venido a advertiros. Tenemos problemas; se han avistado invasores. En estos mismos instantes desembarcan en la costa norte no muy lejos de aquí.

-Invasores. -El sacerdote pronunció la palabra, pero no demostró temor-. ¿Quiénes son? ¿Lo sabéis?

-Son una tribu que nunca antes había visto -repuso Arturo-. Pero sí puedo deciros esto: poseen una flota tan grande como la del emperador, y las velas de sus naves son negras.

-Vándalos -dijo Ciaran.

-¿Los conocéis? -pregunté yo.

-No sé de otra horda bárbara que posea una flota -respondió el sacerdote-. Se los conoce en Constantinopla. Es allí donde oí hablar de ellos y de sus barcos de velas negras.

-¿Y oísteis también cómo se los podía derrotar? -inquirió Arturo.

Ciaran negó despacio con la cabeza.

-Por desgracia, no. La verdad es que oí que no se los podía vencer. De todos los bárbaros, los vándalos son los más feroces y crueles. Matan por placer y carecen de respeto por la vida... ni la propia ni la de los demás. No hay nada sagrado para ellos, excepto su propio valor, y viven únicamente para dedicarse al deporte de matar y por el botín que pueden obtener a punta de lanza. -El sacerdote se interrumpió para calibrar el

efecto de sus palabras-. Mentiría si dijera que alguien se les puede enfrentar. A los vándalos los temen todos aquellos que los conocen. Incluso los godos huyen de ellos en cuanto los avistan. -Ciaran volvió a interrumpirse; luego añadió-: Eso es todo lo que sé. Ojalá pudiera deciros más.

-Y a mí me gustaría enterarme de más cosas, pero agradezco lo poco que me habéis dicho -respondió Arturo-. Fergus y su gente están abandonando el caer. Si os ponéis en marcha enseguida, podréis ocultaron junto con ellos.

-Nosotros vamos a reunir a los reyes -dijo Gwenhwyvar-. Vamos primero a ver a Conaire en Rath Mor.

-Que el Señor os acompañe, amigos míos -nos despidió Ciaran y, alzando las manos, nos bendijo con una oración mientras nosotros continuábamos rápidamente nuestro camino.

La fortaleza de Conaire Crobh Rua, o Mano Roja, era muy parecida a la de Fergus, aunque más grande, y una enorme columna con inscripciones ogam a la entrada del caer. Su ejército era por lo tanto también mayor, cinco guerreros por cada uno de los hombres de Fergus, y además tenía el apoyo de no menos de cuatro reyes tributarios. Cada uno de estos reyes mantenía de su peculio un cierto número de guerreros de los que Conaire podía disponer en caso de necesidad.

Resultaría un aliado poderoso y, por lo tanto, obtener su apoyo era crucial para la supervivencia de Ierna. Gwenhwyvar comprendía esta necesidad y la terrible urgencia de reunir un ejército con rapidez. En cuanto llegó a Rath Mor y puesto que las puertas estaban abiertas, penetró en el interior del caer sin hacer caso de los gritos de los negligentes guardianes para que se detuviera e identificara.

Cabalgó directamente hasta el edificio principal y llamó:

-¡Conaire! ¡Salid, Conaire! ¡Hemos de hablar, vos y yo!

La gente la oyó y empezó a correr hacia nosotros. La puerta del edificio era una simple piel blanca de buey con una mano pintada en ella en color rojo. De detrás de esta piel surgió la cabeza de un hombre, que anunció:

-El rey no escucha más demandas que las suyas propias.

-Limítate a decir a tu sordo rey que es un estúpido al dormir en su sala mientras invaden su reino -le espetó ella, ceñuda. La cabeza desapareció al instante-. ¿Habéis oído eso, Conaire? -chilló ella.

Al cabo de un instante la piel de buey se hizo a un lado, y un hombre alto de cabellos claros y barba de un tono rojo amarronado salió al exterior con paso majestuoso. Apuesto y de buen porte, cruzó los brazos desnudos sobre el pecho.

-¡Ah, Gwenhwyvar! -exclamó al verla-. Debiera haber sabido que erais vos quien montaba todo este escándalo. -Dirigió una rápida mirada a los que acompañaban a la reina-. Creía que estabas en Ynys Prydein. ¿Es para casarte conmigo que habéis venido aquí?

Gwenhwyvar le dedicó una sonrisa desdeñosa.

-Conaire Crobh Rua, jamás me casaré con vos. El hombre que veis junto a mí es mi esposo...

-Entonces no vais a decirme nada que me interese escuchar. -El rey de Uladh inició el regreso a su residencia.

-Mi esposo -continuó Gwenhwyvar-, Arturo, Supremo Monarca de los ingleses.

Conaire se detuvo y giró sobre sí mismo.

-¿Ah sí? -Miró a Arturo de arriba abajo, y luego, como si decidiera que no había visto nada que mereciera la pena, dejó de lado a Arturo con una mueca-. No sabía que los ingleses habían escogido nuevo monarca -dijo-. Ahora que lo veo, me pregunto por qué se molestaron.

Arturo contempló al noble irlandés con frialdad, pero sin rencor. Permaneció en silencio. Gwenhwyvar, sin embargo, se irguió muy tiesa en la silla, con el rostro rojo de rabia. No obstante, fue el silencioso Llenlleawg quien respondió al insulto de Conaire.

-Vuestra ignorancia sólo es superada por vuestra arrogancia, Conaire -declaró-. Esta noche debéis decidir si queréis vivir o morir.

El monarca irlandés le dirigió una mortífera mirada.

-Parece -contestó, con voz llena de odio- que no seré yo solo quien tomará esa decisión.

-No será la lanza de Llenlleawg la que arrebate la vida a vuestro cuerpo -intervino Gwenhwyvar-. Mientras estamos aquí intercambiando insultos, el enemigo invasor se apodera de nuestra tierra. No tenemos más que una noche para preparar la defensa, o nuestro reino se perderá sin remedio.

PENDRAGON IV

Los ojos de Conaire se deslizaron lentamente de Llenlleawg a Gwenhwyvar.

-¿Qué invasor? -exigió como si no comprendiera.

-Pertenecen a una tribu llamada los vándalos -le explicó Gwenhwyvar-. Y han venido con todo su ejército a saquear Ierna.

-Este peligro debe de ser muy ínfimo, o ya habría oído algo. -El monarca irlandés se irguió en toda su estatura-. Aun así, no me sorprende que Fergus os haya enviado a suplicar en su nombré... A la menor señal de problemas aparece suplicando mi protección. Decidle que pensaré en el asunto y ya le enviaré respuesta cuando me parezca.

Hizo un gesto como para despedirnos y darse la vuelta.

-¡Quedaos aquí! -vociferé. Inmovilizándolo con la voz bárdica de dar órdenes, proseguí-: Escuchadme, lord Conaire. He conocido a muchos reyes: algunos eran estúpidos, otros arrogantes. Pero muy pocos han sido ambas cosas y sobrevivido a su imprudencia.

El orgulloso monarca se encolerizó ante esto. Sus ojos centellearon furiosos; pero no le concedí la oportunidad de hablar.

-Sabed esto: hemos venido a advertiros y a buscar vuestra ayuda. Nada sabéis del ejército al que nos enfrentamos. No os miento; a menos que estemos unidos cuando se inicie la batalla, ninguno de nosotros sobrevivirá al ataque.

Conaire frunció el entrecejo. Estaba claro que no le gustaba nada que le dieran órdenes, pero conseguí dominarlo con mi voz.

-Así es como están las cosas. Si no me creéis, ¿por qué no cabalgáis con nosotros hasta la costa y comprobáis por vos mismo que lo que habéis oído no son simples imaginaciones de pusilánimes?

El monarca irlandés me dirigió una mirada asesina, pero mantuvo la boca bien cerrada.

-¿Bien? -inquirió Gwenhwyvar-. ¿Qué decís, Conaire?

El monarca se volvió hacia los que contemplaban la escena.

-Traed mi caballo -gritó enojado, y a Gwenhwyvar contestó-: Iré con vosotros y lo veré por mí mismo. Si es como decís, os protegeré. -Se permitió una maliciosa sonrisa desdeñosa-. Pero, si no es así, me entregaréis aquello que os exija.

Conaire clavó los ojos en Gwenhwyvar mientras lo decía, y no era difícil imaginar en qué pensaba al decirlo. El rostro de Arturo se endureció ante la insensata provocación, y yo no se lo reproché. De haber sido yo Arturo lo habría partido de la corona a la entrepierna de un solo tajo. Pero Gwenhwyvar intervino.

-No exijáis aquello que a vos no os gustaría tener que cumplir, Conaire.

Sin una palabra, Conaire giró sobre los talones y desapareció en el interior de la sala. Gwenhwyvar se permitió una sonrisa satisfecha.

-Bueno -dijo-, ha sido mejor de lo que esperaba.

-¿Es este Mano Roja siempre tan agradable? -preguntó Arturo.

-Siempre ha tenido la obsesión de casarse conmigo -respondió ella-. Ya tiene una esposa, desde luego, y también dos concubinas. Pero está empeñado en ser rey a la manera de Rory y Conor mac Nessa; por eso siempre ha intentado convencerme para que me case con él.

-Si su valor es la mitad de grande que su vanidad -observó Arturo-, entonces las velas negras de los vándalos no tardarán en huir por donde han venido tan rápido como las empuje el viento.

-Cuando llegue el momento de poner en juego las lanzas, no te sentirás desilusionado -aseguró Llenlleawg-. Un bardo con su arpa no interpreta mejor música.

-Esto es lo que quiero ver -repuso Arturo.

Conaire reapareció y, puesto que su caballo ya estaba allí, montó al instante y nos condujo fuera del caer y a lo largo de un muy desgastado sendero que cruzaba un bosque. Finalmente salimos a una colina baja despojada de árboles que conducía a una serie de elevaciones que iban descendiendo hasta terminar en abruptos acantilados que daban sobre la costa noroeste. Ya antes de llegar al borde del acantilado pudimos divisar las gruesas velas negras que se apiñaban sobre el mar. Muchas naves habían recalado ya, y más iban entrando empujadas por las olas; pero no vimos a nadie en la playa y tampoco señales de caballos a bordo de los barcos.

-Cuarenta naves -observó Bedwyr-. No se les han unido más. Eso quiere decir que ya han llegado todos.

-A menos que esto sea simplemente una avanzadilla para estudiar el terreno -indicó Cai. Ambos hombres quedaron silenciosos ante tan inquietante idea.

El rey irlandés contempló el espectáculo que tenía ante él durante un buen rato.

-Jamás había visto un invasor tan audaz -declaró por fin-. Tal insolencia merece un alto precio, y pienso cobrarme mi parte.

-Bien dicho, Conaire -le contestó Arturo-. Juntos, devolveremos a esos bárbaros al mar.

Conaire, con la luz del sol poniente brillando en sus ojos, se volvió hacia Arturo y lo miró fijamente al rostro.

-Señor, soy hombre de impulsos y genio vivo, como habéis visto -dijo-. Hablé sin la debida consideración y mis palabras no eran dignas. Y ahora lo lamento, pues considero que sois un auténtico rey entre los vuestros, y no es conveniente que dos aliados tan nobles entren en combate existiendo rencor entre ellos.

-Estoy de acuerdo -respondió Arturo amablemente-. Creo que ya tendremos suficiente trabajo combatiendo a la horda vándala para que además exista antipatía entre nosotros.

Diciendo esto, el Supremo Monarca de Inglaterra extendió el brazo en dirección al monarca irlandés. Conaire hizo lo mismo y ambos se abrazaron como compañeros, toda animosidad olvidada.

Pero Conaire no había terminado. Se volvió entonces hacia Gwenhwyvar y dijo:

-Señora, ya sabéis que siempre os he tenido en la mayor estima. Por ello lamenté profundamente que abandonaseis Eirinn para tomar un esposo de sangre inglesa. Y, aunque lamento la pérdida, comprendo vuestra elección e incluso encuentro en mi corazón motivos para aprobarla. Habéis realizado un loable matrimonio y encontrado a un hombre totalmente digno de vos. Señora, os alabo; y os ofrezco mi mano, de la misma forma que os hubiera ofrecido de buena gana mi vida.

-Tomaré vuestra mano, Conaire -respondió Gwenhwyvar, inclinándose hacía él-, pero también vuestra mejilla. -Y, tomándole la mano, tiró de él hacia ella, posó los labios en su mejilla y lo besó.

El monarca irlandés sonrió de oreja a oreja; luego cogió las riendas y espoleó su caballo al frente. Galopamos hasta Rath Mor, y casi habíamos

llegado al abrigo del bosque cuando, con un inesperado grito, una patrulla enemiga surgió de entre los árboles.

En cuestión de segundos aparecieron ante nosotros unos cincuenta guerreros; hombres corpulentos, feroces, con ojos despiadados que brillaban como pedazos de azabache en los rostros cetrinos. Avanzaban a pie, con cautela, y no llevaban espadas; únicamente la gruesa lanza negra y el pesado escudo de madera que habíamos visto en las naves. Vacilaron sólo un momento; luego el jefe enemigo lanzó un grito y se arrojaron aullando sobre nosotros, las negras lanzas apuntándonos.

Seis

Arturo lanzó su montura a la carrera y corrió al encuentro de los atacantes.

-¡Seguidme! -gritó, colocando en posición el escudo mientras volaba hacia el enemigo.

Llenlleawg fue el primero en reaccionar y seguir a Arturo. Pasó como una exhalación junto a mí y tomó posición a la izquierda justo detrás de Arturo, de modo que los bárbaros no pudieran atacar al rey por el lado vulnerable.

Conaire apareció de improviso a mi lado, tendiéndome su lanza.

-No tenéis lanza -dijo- Tomad la mía.

-Quedáosla-contesté-; prefiero la espada.

Gwenhwyvar espoleó su caballo y, mientras éste se lanzaba al galope, descolgó su escudo y desenvainó la espada.

-¡Oh, corazón de mi corazón! -exclamó Conaire al verla correr-. ¿No es ésa una visión magnífica?

-Vamos, irlandés -llamé-. ¡Nos dejan atrás!

Arturo alcanzó las filas enemigas y se abrió paso entre ellas, haciendo que el enemigo huyera en todas direcciones. Llenlleawg, justo detrás, no les dio ninguna oportunidad de reagruparse. Atropelló a tres o cuatro que huían y acuchilló a otros dos. Se abrió un gran boquete en la línea enemiga que permitió a Gwenhwyvar atravesarla sin oposición y llegar al límite del bosque, donde dio media vuelta para volver a cargar contra las filas que se reagrupaban.

Me di cuenta de dónde intentaba atacar Gwenhwyvar y cambié de dirección para unirme a su ataque. Conaire, a mi derecha, dejó escapar un salvaje alarido de júbilo y cabalgó justo hacia el centro de la línea enemiga, la lanza en alto, el escudo extendido al frente y las riendas sueltas. A los extranjeros les bastó una ojeada a los tres que cargábamos contra ellos, para correr a refugiarse en el bosque, lanzando ininteligibles gritos y protegiéndose la cabeza con el escudo.

Arturo y Llenlleawg les salieron al encuentro, no obstante, apareciendo por su retaguardia. El grupo de vándalos estaba partido en dos; los que se encontraban más cerca de los árboles consiguieron escapar, pero el resto se encontró en el centro de un ataque de cinco personas a caballo que iban a converger en un mismo punto. La desordenada fila se replegó sobre sí misma hasta convertirse en un confuso revoltijo. Gwenhwyvar y yo fuimos los primeros en llegar a aquella confusión y hundimos nuestras espadas en ella. Conaire atacó desde un costado, y Arturo y Llenlleawg lo hicieron desde atrás.

Cayeron ante nosotros. Aturdidos, chillando de pánico y rabia, atacaron desesperadamente con sus cortas lanzas y se arrojaron contra nosotros, pero nuestros caballos los pisotearon. La mullida hierba verde se tiñó de brillante color rojo bajo la puesta de sol y las sombras se estiraron.

Los guerreros enemigos huyeron, abandonando a sus muertos y heridos en el suelo para desaparecer en el interior del bosque. Llenlleawg habría ido tras ellos, pero Arturo lo hizo volver.

-¡Guerreros! -silbó Conaire burlón-. Jamás había visto guerreros tan inútiles. ¡Si esto es lo mejor que pueden hacer, dadme una banda de muchachos armados con palos afilados y conquistaré el mundo!

-No era más que un grupo de exploración -repuso Arturo-. Nuestros caballos los asustaron.

-¡Pero nos atacaron! -sostuvo Conaire-. Querían luchar. ¡Cincuenta contra cinco! Y los derrotamos sin el menor esfuerzo.

-Arturo tiene razón -observé-. No hacían más que investigar el terreno y los sorprendimos. Y, ahora que hemos mostrado qué clase de hombres habitan aquí, no podemos esperar que repitan el mismo error.

-¡Bah! -gruñó Conaire-. ¿Qué me importa cómo lo llaméis? Vencimos a esos bárbaros ladrones. Que lo vuelvan a intentar y lo volveremos a hacer.

Arturo meneó la cabeza muy serio.

PENDRAGON IV

-La velocidad y el valor nos salvaron hoy, Conaire. Debemos considerarnos afortunados por haber escapado con vida. -Saltó de la silla y se encaminó a donde los guerreros enemigos yacían en el suelo. Se inclinó brevemente sobre dos o tres de ellos y luego gritó-: Éste aún sigue vivo.

-Pronto lo solucionaré-respondió Conaire, saltando veloz de su caballo.

-No -dijo Arturo, deteniendo al monarca irlandés- Llevémoslo de vuelta al caer y veamos qué podemos averiguar de él.

-No obtendremos nada de él. -Conaire arrugó el entrecejo-. Matémoslo ahora y nos ahorraremos la molestia de llevarlo de vuelta.

A pesar de lo mucho que estaba de acuerdo con Arturo, sospeché que Conaire tenía razón. Una mirada a las extrañas facciones -con pómulos altos y estrechos, ojos casi achinados sobre una nariz larga y delgada, y la piel del color del marfil viejo, parecía salido de otro mundo- me bastó para concluir que no averiguaríamos nada importante a través del herido. Sin embargo, lo levantamos y cruzamos su cuerpo inconsciente sobre la silla de Llenlleawg. El campeón irlandés compartió el caballo de Gwenhwyvar y regresamos rápidamente a Rath Mor, donde Conaire convocó a sus druidas, les informó del peligro y luego despachó mensajeros para reunir a sus nobles y jefes guerreros. Al bárbaro lo llevaron a una de las casas redondas cercanas, donde lo vigilarían hasta que despertase.

-He avisado a Fergus para que se reúna con nosotros aquí -explicó Conaire-. El y los suyos estarán más seguros en esta fortaleza que deambulando por el bosque, donde los bárbaros pueden atacarlos.

-Os lo agradezco, Conaire -repuso Gwernhwyvar-. Vuestra consideración no será olvidada.

-Lo hago por vos, señora -respondió-. Y por este esposo vuestro. Os confieso que me cae bien y que pienso conseguir que me valore.

-Eso ya la habéis conseguido -le dijo Arturo, lo que complació enormemente a Conaire.

-Entonces entrad en mi residencia -invitó el irlandés-. Brindaremos juntos y beberemos hasta hartarnos. Mis cerveceros son campeones en su arte, y esta noche puede ser la última oportunidad que tengamos de saborear dicho arte sutil. ¡Venid, Arturo! ¡Venid, Gwenhwyvar! ¡Venid, Myrddin Emrys y Llenlleawg! ¡Bebamos a la salud de los enemigos de nuestros enemigos!

Arturo dio dos pasos en dirección a la sala y se detuvo.

-Nada me gustaría mas que beber con vos, Conaire -aseguró-. Pero creo que el enemigo no estará de celebración esta noche. Por lo tanto, sugiero que nos ocupemos más bien de la defensa de nuestra gente.

El rostro del monarca irlandés se ensombreció.

-Hemos hecho todo lo posible -respondió Conaire con tirantez-. ¿Qué más queréis que hagamos?

-El enemigo aún no ha reunido todo su ejército. Jamás tendremos mejor oportunidad de atacar.

-Pero será de noche antes de que podamos reunir a nuestro propio ejército -observó Conaire.

-Mejor aún -contestó Arturo con una sonrisa-. ¡Que la oscuridad oculte nuestro número, y ataquémoslos antes de que ataquen ellos! Venid, Conaire, les presentaremos batalla en la playa mientras sus naves recalan.

Conaire vaciló; no le gustaban demasiado tales tácticas y desconfiaba de ellas. Arturo comprendió su reluctancia. La experiencia guerrera de Conaire era la de tiempos pasados, cuando los reyes se encontraban para librar batalla por la mañana; luego descansaban y se recuperaban para volver a luchar por la tarde, e interrumpían la lucha al anochecer para regresar a sus fortalezas.

Arturo, criado en medio de la implacable necesidad y la astucia desesperada, había aprendido una fina y letal perspicacia. Jamás consideraba la batalla sin también evaluar la clase de guerra de que se trataba. Jamás lo vi entrar en campaña sin pensar en la batalla del día siguiente. Y eso
era lo que había tras su idea de ahora: cualquier cosa que pudiera para acosar al enemigo en esta noche resultaría en su beneficio la próxima vez. Y, como Arturo bien sabía, necesitaríamos todas las ventajas que pudiéramos obtener.

Creo que Conaire percibió la sensatez de actuar según el consejo de Arturo, aunque no se diera cuenta del todo de cuál era su origen. Incluso así, Arturo no coaccionó al monarca irlandés: utilizó la persuasión.

-¡Ah, el cielo está despejado y la luna brillará con fuerza! Es una buena noche para cabalgar junto al mar. Gwenhwyvar me ha hablado de la belleza de la costa de Eire. Creo que me gustaría verla a la luz de la luna. ¿Qué decís, Conaire? -inquirió Arturo-. ¿Cabalgaréis conmigo?

-Por la cabeza de mi padre, lord Arturo -respondió éste-, que sois todo un hombre. Bien; entonces, puesto que vamos a ir, bebamos al menos una

copa mientras esperamos que nuestros compañeros se reúnan con nosotros.

Gwenhwyvar se colocó entre los dos hombres y, tomando a cada uno del brazo, los hizo girar en dirección a la sala.

-Bien dicho, Conaire. Beberemos por la amistad entre los reyes. Y luego mostraremos a este inglés las bellezas de estas costas agraciadas a la luz de la luna.

Para cuando se puso el sol, los primeros ejércitos de Conaire ya habían llegado. Los jefes guerreros penetraron ruidosamente en la sala ante la aclamación de Conaire, que les entregó copas, bebió con ellos y no hizo más que hablar sobre nuestra primera escaramuza con los vándalos. Fergus y su gente fueron los últimos en llegar, y Cai y Bedwyr con él. Arturo explicó rápidamente lo que había visto y describió el encuentro con el enemigo.

-¿Dónde está este prisionero? -inquirió Bedwyr cuando hubo escuchado el relato-. Quizá deberíamos ver si está de humor para hablar con nosotros.

Como Conaire estaba ocupado con sus nobles, Arturo y yo mismo, junto con Cai y Bedwyr, abandonamos la sala y fuimos a la casa circular donde habían conducido al bárbaro. Éste yacía de costado sobre el suelo de barro de la casa; manos y pies atados con una cuerda de cuero trenzado. Se sentó y nos contempló desafiante cuando entramos. El guerrero que lo custodiaba nos saludó y dijo:

-No ha hecho el menor sonido desde que despertó. Se limita a sentarse y a mirar con ferocidad como un lagarto víctima de insolación.

-Nosotros lo vigilaremos ahora -dijo Arturo-. Puedes ir a reunirte con tus compañeros en la sala.

El guerrero partió de buena gana, y nosotros permanecimos unos instantes en silencio contemplando al cautivo. Alto -casi tan alto como Arturo- tenía unas extremidades corpulentas y musculosas, y tanto brazos como piernas estaban cubiertos de pequeñas cicatrices dispuestas a intervalos regulares. Sus cabellos y ojos eran negros, y no tenía ni barba ni bigote; en realidad, a excepción de la cabeza, no tenía un solo pelo en todo el cuerpo. Sus ojos, estrechos y ligeramente achinados, nos contemplaron agriamente, sin interés. Arturo hizo una señal con la cabeza a Bedwyr, que se adelantó.

-¿Quién eres, vándalo? -inquirió-. ¿Cómo te llamas?

El prisionero se limitó a hacer una mueca de desprecio.

-Contéstame y todo irá bien -prosiguió Bedwyr, hablando despacio-. ¿Me oyes?

El bárbaro no ofreció respuesta; ni tampoco mostró el más ligero indicio de haber comprendido las palabras de Bedwyr.

-Ésta no es la forma de hacerlo -refunfuñó Cai. Se colocó ante el cautivo y, golpeándose el pecho, dijo-: Cai. Yo soy.. Cai. -Señaló con un dedo al pecho del bárbaro-. ¿Tú? -Lo dijo en forma de pregunta, y ante mi sorpresa el otro respondió.

-¡Hussa!-gruñó en voz baja-. Hussa el groz.

-¿Lo veis? -dijo Cal, volviendo la cabeza- Es así como... -Pero en ese momento el bárbaro se lanzó al frente y rodó contra las piernas de Cal, al que derribó. Bedwyr, que era el que estaba más cerca, se lanzó en ayuda de Cai, apartando al prisionero mientras Cal se liberaba con una patada.

Bedwyr ayudó a su amigo a incorporarse y el bárbaro se arrojó a un lado.

-Eso fue una estupidez -reconoció Cai- No volveré a cometer ese error.

-¿Qué es lo que hace? -dijo entonces Arturo, pasando entre ellos. Corrió hacia el prisionero y lo hizo girar sobre la espalda. El bárbaro aferraba la daga de Cai entre sus manos atadas; hizo una mueca y escupió en el rostro de Arturo.

-¡Repugnante...! -exclamó Cai, lanzándose hacia él.

Antes de que Cai pudiera poner sus manos sobre él, el bárbaro hizo girar el cuchillo y se hundió la hoja en el estómago. Sus ojos se desorbitaron ante la repentina sensación; luego, con manos y brazos temblorosos por el esfuerzo, obligó a la hoja a subir por debajo de las costillas hasta llegar al corazón.

La sonrisa del salvaje se convirtió en un rictus de muerte. Un estremecimiento sacudió el cuerpo, y el bárbaro se desplomó hacia atrás con un borbotón de sangre en la boca. Las piernas dieron una violenta sacudida y luego se quedó inmóvil.

-Bien -observó Bedwyr-, ahora ya no podremos sacarle nada más.

-Al menos averiguamos su nombre -dijo Cai y, palpando un punto de su cinturón, añadió quejoso-: ¿Por qué tuvo que utilizar mi cuchillo?

PENDRAGON IV

-¿Era su nombre? -murmuré, contemplando el cadáver del desconocido-. Quisiera saberlo.

Regresamos a la sala y contamos a Conaire lo sucedido.

-Es lo mejor -reflexionó el irlandés-. Sin duda no habría sido feliz de haberse quedado aquí más tiempo.

Las primeras estrellas empezaban a brillar en un firmamento de un azul profundo mientras abandonábamos Rath Mor para ir al encuentro del enemigo acampado en la playa.

Nos tumbamos sobre el estómago y contemplamos la oscura orilla a nuestros pies iluminada por la luz de una brillante media luna. El suave batir de las olas sobre la playa recordaba la respiración de una bestia gigantesca, y las hogueras encendidas a lo largo de la costa centelleaban en una refulgente hilera hasta perderse en la brumosa lejanía.

Otras luces brillaban sobre el agua allí donde los barcos enemigos estaban fondeados.

-Sigue habiendo sólo cuarenta naves, y únicamente la mitad han atracado -comentó Bedwyr-. Eso es bueno.

-Oh, eso es muy bueno -murmuró Conaire.

-Calculo entre cuatrocientos y seiscientos guerreros -continuó Bedwyr-. Menos de mil, de todos modos.

-Con otros tantos a punto de llegar -le recordó Arturo.

-¿Por qué han venido aquí? -se preguntó Cai.

-Da gracias de que estén aquí -respondí.

-¡Dar gracias! -se mofó Bedwyr.

-¿Preferirías que estuvieran en Inglaterra? -repliqué.

Bedwyr me contempló durante unos instantes antes de responder:

-No lo había pensado.

-Ya he visto suficiente. -Conaire se puso en pie-. Empecemos.

PENDRAGON IV

-Nosotros atacaremos el primer campamento -indicó Arturo, señalando la fogata más cercana-. Y vos, Conaire, atacaréis por el sur... allí. -Señaló el siguiente grupo de fogatas playa arriba-. Cread tantos estragos como sea posible y retroceded -prosiguió-. Luego nos reagruparemos otra vez y volveremos a atacar... Avanzaremos en dirección sur a lo largo de la costa.

Fergus, montado en su caballo al frente de su ejército, aguardaba sosteniendo las riendas de nuestras monturas.

-Es una buena noche para luchar -dijo, aspirando con fuerza-. Ojalá fuera con vosotros.

-Ya habrá suficientes oportunidades para eso en días venideros -le contestó Arturo.

Los hombres de Uladh eran trescientos treinta en número, junto con sus cinco señores, y todos iban a caballo; ciento cincuenta jinetes estaban bajo el mando de Arturo, y el mismo número bajo el de Conaire. Se había decidido que el grupo más pequeño de treinta se quedaría atrás para mantener una retaguardia e impedir que un contingente enemigo nos rodeara por detrás; esa tarea había correspondido a Fergus, Gwenhwyvar y a mí.

Los dos grupos partieron, conduciendo a sus caballos sin hacer ruido acantilado abajo hasta la playa; una vez allí, volverían a montar y ocuparían sus posiciones de ataque. En cuanto hubieran alcanzado la playa y se hubieran alejado, nosotros debíamos seguirlos y proteger nuestra retirada. Arturo estaba decidido a no dar ninguna oportunidad al enemigo para que diera la alarma, de modo que él y Conaire atacarían a voluntad y sin previo aviso.

Cuando el último de los guerreros hubo descendido por el sendero del acantilado, iniciamos nosotros el descenso. Aunque el sendero era empinado y accidentado, era fácil de seguir al estar iluminado por la luna, de modo que no tuvimos dificultades para descender. Los otros ya habían desaparecido cuando llegamos a la playa. Me asombró que tantos guerreros pudieran desvanecerse tan rápida y silenciosamente en la oscuridad. Montamos de nuevo y establecimos una guardia en el sendero del acantilado y otra algo más allá en la misma playa.

Luego nos acomodamos para iniciar la vigilancia y aguardar, las armas listas en las manos. Desde donde estaba podía ver las fogatas enemigas perdiéndose en la distancia; la más cercana estaba sólo a unos mil pasos de donde nos encontrábamos, y, aunque no podía ver a ninguno de los vándalos en la oscuridad, podía oír sus voces -el sonido era transportado tierra adentro por la brisa marina- en una lengua tosca y entrecortada,

pronunciada con tono áspero. Y, junto con ello, el tintineo metálico y el estrépito propio de toda acampada al aire libre.

De improviso, se escuchó un grito, brutalmente truncado, procedente de algún punto playa arriba. En un segundo, el campamento invasor se convirtió en un caos y resonaron gritos a lo largo de la pared del acantilado. Vislumbré figuras de caballos recortándose a la luz de las hogueras y el veloz y refulgente centelleo de las armas que subían y bajaban. La propia oscuridad parecía arremolinarse y revolverse sobre sí misma.

Tan súbitamente como se había iniciado, el ataque terminó. Casi antes de que el enemigo pudiera tomar las armas, los defensores habían atacado y desaparecido. Y, antes de que la alarma pudiera extenderse al campamento más cercano, también ese campamento era atacado. De este modo, la ofensiva viajó costa arriba lejos de nosotros, y poco a poco perdimos de vista a los guerreros, aunque el sonido de los estragos que provocaban continuaba mucho después de que hubieran desaparecido.

Seguimos vigilando y aguardando. La noche transcurrió en una tensa pero ociosa vigilia. Gwenhwyvar desmontó y recorrió un pequeño tramo de playa. Me reuní con ella. Anduvimos durante un corto espacio de tiempo en silencio, ojos y oídos intentando penetrar la oscuridad.

-No os inquietéis por él -le dije-. Estará bien.

-¿Inquietarme por Arturo? Ojalá estuviera con él.

El cielo empezaba a clarear por el este cuando se escuchó una llamada procedente de lo alto del acantilado. Nos volvimos y distinguimos una figura oscura que descendía por el sendero.

-Lord Fergus -dijo el hombre, corriendo a nuestro encuentro-, Conaire ha regresado. Os aguarda.

-¿Y Arturo? -preguntó Gwenhwyvar, revelando una pizca de preocupación después de todo.

-Aún no ha regresado -contestó el mensajero.

-Id vos, Myrddin -indicó Fergus-. Yo esperaré a Arturo aquí un poco más.

Gwenhwyvar y yo abandonamos a Fergus y ascendimos a lo alto del acantilado donde Conaire y sus guerreros aguardaban, exhaustos y magullados por la tarea nocturna, pero alborozados.

-Lamento que no estuvierais allí para vernos -dijo el monarca-. Cuando escuchéis nuestro relato lamentaréis vuestra mala suerte por habéroslo perdido. ¡Ah, ha sido una batalla hermosa, os lo aseguro!

Sus caudillos le dieron la razón a grandes voces.

-¡El enemigo huye nada más ver un caballo! -comentaron algunos-. Y sus jefes no pueden hacer que obedezcan. -Otros apuntaron-: ¡Casi no saben cómo utilizar sus armas!

Los irlandeses estaban extáticos ante su dominio sobre un enemigo mucho más numeroso, y vi en ello el genio de Arturo: había diseñado este ejercicio no tan sólo para hostigar al enemigo, sino también para inspirar a los irlandeses al mismo tiempo. Éstos habían ganado confianza en su habilidad para atacar y hacer huir al invasor con un mínimo riesgo de su propia integridad física. Así, cuando los dos ejércitos se enfrentaran la próxima vez, los irlandeses se considerarían superiores sin importar cuántos enemigos tuvieran enfrente.

Un pálido sol blanco empezaba a ascender por el este cuando Arturo regresó al fin. Al igual que Conaire, no había sufrido pérdidas mayores que la de una noche de sueño pero, al contrario que éste, no se sentía en absoluto alborozado. Guardó para sí su preocupación, no obstante, hasta que estuvimos solos en Rath Mor.

-¿Qué te inquieta, Arturo? -pregunté. Puesto que no se había mostrado muy dispuesto a charlar durante el camino de regreso, aguardé hasta que Gwenhwyvar se hubo ido a la cama antes de exigirle explicaciones.

-No me gustan estos vándalos -dijo sombrío.

-Conaire está muy satisfecho con ellos -observé.

Estábamos sentados en uno de los extremos de la cabaña que el rey irlandés había habilitado como cuartel general; Gwenhwyvar dormía en la zona de descanso situada tras la pared de mimbre.

-Sí -asintió Arturo-, pero los irlandés tienen poca experiencia con los bárbaros. Creen que porque el enemigo teme nuestros caballos, se lo puede derrotar con facilidad.

-¿Qué crees tú?

-Creo que esperan a su jefe. Aún no ha desembarcado; cuando lo haga, todo empezará.

-Desde luego. Pero ¿por qué esperan?

Arturo se encogió de hombros.

-¿Quién sabe por qué los bárbaros hacen las cosas? Sus formas de actuar son incomprensibles.

-Eso es cierto. -Callé unos instantes; luego hice la pregunta que más me inquietaba-. ¿Pueden derrotarlos los irlandeses?

El Supremo Monarca de Inglaterra lo meditó un buen rato antes de responder.

-No -dijo por fin, sacudiendo la cabeza-. Son hábiles jinetes y guerreros -concedió-, pero su valor es quebradizo y se desesperan con facilidad. También son caprichosos y desobedientes, Myrddin, lo juro. Les dices una cosa y hacen otra. -Hizo una pausa-. Pero no es eso lo que más me preocupa.

-¿Qué es entonces?

-No podemos expulsar a estos invasores sin la ayuda de los reyes ingleses -dijo con pesimismo.

Terminé por él la idea que le rondaba por la cabeza.

-Y los reyes ingleses jamás arriesgarán sus vidas y reino para ayudar a los irlandeses.

-Antes se cortarían los brazos que alzar una espada en defensa de Ierna -masculló-. No obstante eso, ¿durante cuánto tiempo crees que los bárbaros se darán por satisfechos con este pedazo de hierba y roca cuando Inglaterra está a punto para el saqueo? Ni siquiera los irlandeses se contentan con robarse los unos a los otros, sino que siempre saltan al otro lado del mar a nuestras costas cuando buscan un botín fácil.

Estaba totalmente en lo cierto, y así se lo dije.

-Sí -asintió sombrío-, cuando los bárbaros hayan acabado de saquear aquí, volverán sus codiciosas miradas hacia Ynys Prydein. Reza para que eso no suceda, Myrddin. Acabamos de derrotar a los saecsen... Inglaterra no sobrevivirá a otra guerra.

Siete

PENDRAGON IV

-¡Caprichosos y desobedientes! -exclamó Gwenhwyvar-. ¡Se desesperan con facilidad! -Irrumpió en la habitación y se plantó ante nosotros, los puños en las caderas.

-Gwenhwyvar -dijo Arturo, algo sobresaltado- Pensaba que dormías.

-Os escuchaba a los dos -replicó ella-. Os diré qué me preocupa a mí, ¿queréis? Vosotros, ingleses altivos, creéis que sois los únicos seres vivos que saben cómo arrojar una lanza.

-Tranquilízate. No era mi intención... -empezó Arturo.

-¡Pensáis que sois los únicos seres vivos bajo el cielo azul del Señor que saben cómo defender su tierra y pueblo de los invasores enemigos! Pensáis...

-¡Ya basta, mujer! -ordenó Arturo, poniéndose en pie-. ¡Lo lamento! No era mi intención que lo oyeras.

-¡Lo lamentas! -Gwenhwyvar se acercó más, la nariz casi rozando la barbilla de él-. ¿Lamentas que haya escuchado vuestra injuriosa conversación, o lamentas lo que dijiste?

-Siento lo que siento -le contestó Arturo, comenzando a enojarse-; no puedo cambiarlo.

-¿Qué sabes tú, gran necio? -Gwenhwyvar colocó el rostro a la altura del de su esposo, a pesar de que tuvo que ponerse de puntillas para conseguirlo.

La mandíbula de Arturo se hinchó peligrosamente.

-Sé lo que veo con mis propios ojos.

-¿Eres ciego entonces? -se burló ella-. Pues en verdad no sabes nada de la gente de Ierna. No sabes nada de nuestro valor. No sabes nada de...

Arrastrada por la cólera, se inclinó demasiado y cayó hacia adelante. Arturo, rojo de ira y furioso, extendió la mano de forma automática, la sujetó por el codo y evitó que cayera.

Veloz como una centella, Gwenhwyvar le espetó:

-¡Quítame la mano de encima, inglés! -Apoyó ambas manos sobre el pecho de él y lo empujó hacia atrás. Cogido por sorpresa Arturo cayó al suelo, y Gwenhwyvar, triunfante, abandonó la casa hecha una furia.

PENDRAGON IV

Arturo permaneció sentado en el suelo, perplejo, por un instante.

-Es tal y como te he dicho, Myrddin -dijo al cabo-. Son una raza desobediente e irreflexiva. Y eso es lo que son.

Extendí una mano para ayudarlo a incorporarse.

-¿Qué harás ahora? -inquirí, haciendo caso omiso de la disputa.

-Debemos regresar inmediatamente a Inglaterra -dijo-. Hemos de conseguir el apoyo de los reyes ingleses y persuadirlos de que entreguen guerreros para la lucha.

-Más fácil sería convencer a los invasores de que hicieran virar sus naves y se marcharan -respondí.

-Les conoces demasiado bien -coincidió Arturo- Sin embargo, no veo ninguna otra esperanza para Ierna. A decir verdad, es también la mejor esperanza para Inglaterra; pues, si podemos derrotar a los vándalos aquí, Inglaterra permanecerá indemne.

Dejé a Arturo que descansase y fui en busca de un lugar donde pudiera sentarme a solas con mis pensamientos. Encontré un rincón protegido a la sombra de la pared, me envolví en mi capa y me dispuse a meditar sobre la magnitud del desastre que había caído sobre nosotros.

Era una calamidad y yo lo sabía muy bien. Inglaterra acababa de unificarse, la alianza estaba aún tierna; se afianzaría con el tiempo... si se le daba la oportunidad. Pero los reyes ingleses habían sufrido en Baedun, y necesitaban tiempo para curar sus heridas y reconstruir sus ejércitos.

Incluso los nobles más leales a Arturo considerarían una guerra al otro lado de Muir Eireann con poco entusiasmo. Los irlandeses habían sido durante mucho tiempo una espina clavada en carne inglesa merced a sus incesantes ataques. Pocos ingleses verían lo prudente de la convocatoria de Arturo -mucho menos la comprenderían- y ninguno se alegraría de ella.

Como mínimo se resistirían. Peor aún, temí yo, se volverían contra él. Y, si llegaba lo peor, la frágil alianza se haría añicos; nuestra paz, duramente obtenida, se convertiría en un recuerdo, y el Reino del Verano moriría nada más nacer. Durante mucho tiempo había sido toda mi preocupación ayudar a ese nacimiento, y lo último que deseaba era ver cómo aquella tarea larga y ardua -y que tantas vidas había costado- se desvanecía en el aire. Luz Omnipotente, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa para impedir eso.

PENDRAGON IV

Medité largo y tendido, y finalmente me vi sacado de mi contemplación por el estruendoso tañido de la alarma. Conaire, como los caudillos de antaño, tenía un pedazo de hierro colgado de un poste frente a su sala. Cuando era necesario, se golpeaba el pedazo de hierro con un martillo y la gente corría a responder a la alarma.

Saliendo de mi trance, me incorporé y encaminé a la sala junto con un tropel de hombres de Uladh. Vi a Cai, con su característica cojera, que cruzaba el patio a la carrera y lo llamé. Se reunió conmigo y fuimos juntos al punto de reunión.

Conaire estaba de pie con el martillo en las manos y una expresión fiera en el rostro.

-¡Se acerca el enemigo! -gritó y empezó a ordenar la defensa de Rath Mor.

-¿Dónde está Arturo? -inquirió Cai, paseando la mirada por la multitud.

-Dormido, supongo. Será mejor que vayas a despertarlo. -Cai se alejó a toda prisa. Los guerreros corrían ya a armarse y ocupar sus posiciones en la muralla.

Bedwyr y Llenlleawg aparecieron entonces.

-¿Qué sucede? -bostezó Bedwyr-. ¿Problemas?

-Nos atacan -respondí-. Represalia por el ataque de anoche, sin duda.

-¿Dónde está Arturo?

-Cai ha ido a despertarlo.

-Creo que no necesitaba que lo despertaran -dijo Bedwyr.

Dirigí una veloz mirada a su rostro, y luego al punto al que miraba. Arturo salía de la casa circular, atándose el cinturón. Y entonces vi lo que Bedwyr había visto: Gwenhwyvar salía tras él, con el rostro ruborizado, los cabellos en desorden y las cintas de su vestido sueltas.

-Tienes razón -respondí-. Parece que ya estaba muy despierto.

Llenlleawg sonrió, y Bedwyr comentó:

-Los bárbaros lamentarán el día en que hicieron salir al Oso de Inglaterra de su guarida.

PENDRAGON IV

Arturo llegó junto a nosotros y recibió la noticia del avance enemigo con tranquilidad.

-¿Cuántos son? -preguntó.

-Conaire no lo dijo -le informó Bedwyr.

Arturo hizo una seña a Llenlleawg, que se alejó a toda prisa, y me di cuenta de que Arturo cada vez confiaba más en el campeón irlandés. No es que descuidara a Cai y Bedwyr, eso no, pero ahora incluía también a Llenlleawg en su confianza. Donde antes había habido sólo dos, había ahora tres. Me pregunté dónde encajaría Gwenhwyvar en este triunvirato.

Con todo, a juzgar por lo que había visto en la cabaña, Gwcnhwyvar podía hablar por sí misma. No me cabía ninguna duda de que se haría un lugar para ella precisamente donde quisiera tenerlo. Se reunió con nosotros ahora y ocupó su lugar junto a Arturo.

-¿Cuántos son? -preguntó a su vez.

-He enviado a Llenlleawg a averiguarlo -respondió Arturo. No había ni rastro de disgusto ni ira en ninguno de los dos. Al igual que una tormenta de verano sobre Loch Erne, el enojo se había desvanecido sin dejar rastro, dejando el cielo más brillante y el sol más poderoso que antes de la lluvia y el viento.

Conaire convocó a sus bardos y jefes guerreros junto a él, y se abrió paso de vuelta a la sala. Al rey irlandés lo ofendía que la horda vándala se presentara ante su puerta.

-Nos han seguido el rastro desde la playa –gritó mientras entraba. Alzó un puño enojado ante el rostro de Arturo, olvidada la euforia de la noche anterior ante la crisis del nuevo día-. Esto jamás habría sucedido si no los hubiéramos atacado. Ahora han venido a vengarse.

Arturo se encolerizó ante la acusación del monarca.

-Era de esperar -respondió con gran frialdad-. ¿0 creíais que no os atacarían si los dejabais apoderarse de vuestra tierra?

Esta respuesta enfureció aún más a Conaire.

-¡Esto es cosa vuestra! Debería haber sido más listo y no haber escuchado a un tirano inglés. Por la cabeza de mi padre, que no permitiré que vuelvan a engañarme.

-¡Conaire Mano Roja! -Era Gwenhwyvar que gritaba a todo pulmón-. Esto que hacéis es perverso. ¡Detenedlo! Os deshonráis a vos mismo y no quiero oírlo.

-Si no fuera por Arturo, el enemigo ya nos habría aplastado -dijo Fergus uniéndose a su hija-. Los ingleses se han enfrentado a los bárbaros en otras ocasiones; yo digo que los escuchemos. -Se volvió hacia Arturo-. Decidnos qué queréis que hagamos.

Creo que Conaire sintió un cierto alivio al ver que tomaban la decisión por él. En su corazón, agradecía secretamente a Arturo su superior astucia en la batalla; pero, poco deseoso de que sus bardos y nobles consideraran eso una debilidad, se sentía en la obligación de despotricar contra Arturo. Así pues, era todo fanfarronadas y bravatas, y no había auténtica cólera en ello.

Arturo no esperó a que volvieran a pedírselo.

-Yo digo que los ataquemos al momento. No debemos permitir que se aposenten fuera de nuestras paredes o nos veremos atrapados en el interior.

-Eso es justo lo que iba a sugerir yo -declaró Conaire, irguiéndose-. Me alegra ver que el caudillo inglés coincide conmigo. -Se volvió hacia sus nobles-. Nos reuniremos como antes. Los que acompañaron a Arturo anoche lo harán otra vez. El resto me seguirá a mí.

Se dio la vuelta y nos contempló con mirada autoritaria.

-Cuando estéis listos, ingleses -dijo, como si fuéramos niños recalcitrantes-. El enemigo aguarda.

Gwenhwyvar le dedicó una mirada de enojo.

-Ese zopenco fanfarrón -masculló-. ¿Se cree acaso que es el emperador de Roma para tratarnos de este modo? Deberíamos abandonarlo a los vándalos -dijo a su esposo.

-Es verdad -respondió Arturo, contemplando cómo los nobles irlandeses abandonaban ruidosamente la sala. Cuando hubieron salido, los seguimos.

Fuera, en el patio, los encargados de las cuadras y los mozos ensillaban los caballos, y los guerreros se sujetaban armaduras y armas mientras sus compatriotas iban de un lado a otro realizando recados de última hora. Gwenhwyvar fue en busca de sus armas y a prepararse para el combate. Arturo se detuvo en la puerta de la sala y contempló el tumulto durante unos momentos.

-Si vivimos para ver el final de este día, Myrddin -dijo al cabo-, juro sobre mí espada que enseñaré a estos irlandeses un poco de disciplina.

El tumulto amainó rápidamente, no obstante, y pronto estuvimos todos dispuestos. Todo lo que faltaba era que Llenlleawg regresara con la información sobre el número y posición de las fuerzas enemigas. Aguardamos, cada vez más nerviosos y llenos de aprensión.

-Algo le ha sucedido -refunfuñó Caí, clavando el extremo de su lanza en el polvo.

-No a Llenlleawg -replicó Bedwyr-. Es una anguila demasiado resbaladiza para quedar atrapada en la red de un bárbaro.

Seguimos esperando. Caí quería ir en busca de Llenlleawg para descubrir por sí mismo qué había sucedido, pero Arturo lo desaconsejó.

-Conoce los escondites de la zona. Regresará cuando pueda.

-Ah, sí -asintió Caí-. Sí, lo sé; pero me sentiría mejor si supiera cuántas son las fuerzas enemigas y su posición.

-También yo, Caí -repuso Bedwyr-, y estoy seguro de que Llencelyn nos traerá la información a tiempo.

Cai se echó a reír ante el epíteto de Bedwyr, y Arturo lanzó una risita ahogada.

-¿Llencelyn? -inquirí-. ¿Por qué lo llamáis así?

Se trataba de un juego de palabras entre el nombre del campeón irlandés y la palabra para designar una tormenta. Vi la gracia de la ocurrencia, pero sentí curiosidad por averiguar los motivos de Bedwyr para darle ese nombre, ya que significaba que habían empezado a admitir al irlandés en la cerrada camaradería de los cymbrogi de Arturo.

-Ya lo habéis visto, Emrys. Todos sabemos que lucha como un torbellino.

-Desde luego -coincidió Cai-, es como una tormenta.

Gwenhwyvar se reunió entonces con nosotros, toda ella envuelta en puntas y filos relucientes. Su cota de malla brillaba como la piel mojada, y la punta de su lanza refulgía. Vestía una falda de cuero y botas altas también de cuero; llevaba los cabellos recogidos y bien sujetos en una cola en la nuca; y, al igual que las reinas guerreras de su pueblo, se había embadurnado el rostro y los brazos con brillante pintura azul: espirales,

barras, soles y serpientes. Su aspecto era feroz y hermoso, una imagen cuya contemplación era casi letal. Jamás la había visto así, y comenté mi sorpresa ante su transformación. Ella tomó esta sorpresa como adulación.

-Jamás me habéis visto conducir un ejército contra un invasor -respondió-. Pero sois afortunado, Myrddin Emrys, pues este deplorable desconocimiento va a subsanarse pronto.

-Señora -intervino Bedwyr-, me considero afortunado de no tener que levantar mi espada contra vos, y no puedo menos que sentir compasión por aquellos desgraciados que lo hacen.

Arturo, que se sentía sumamente complacido ante el aspecto de su esposa, sonrió y le acarició la barbilla. Tomó un poco de tinte con el dedo y lo aplicó sobre su propio rostro: trazó dos rayas más arriba de las mejillas debajo de cada ojo.

-Permíteme -dijo Gwenhwyvar, tomando un poco de pintura de su propio brazo. Aplicó las puntas de los dedos sobre la frente de su esposo y dibujó dos líneas verticales que descendían por el centro de la frente. En un momento, el Oso de Inglaterra se convirtió en un celta como los reyes guerreros de la antigüedad que habían sido los primeros en enfrentarse a las águilas romanas al otro lado del canal.

-¿Qué aspecto tengo? -inquirió.

Caí y Bedwyr quedaron tan sorprendidos por la transformación como yo, y la aclamaron exigiendo también dibujos para ellos.

-Daré las órdenes oportunas para que preparen tinte para todos -les dijo Gwenhwyvar mientras les embadurnaba el rostro-. A partir de ahora saludaremos al enemigo con el color azul.

Se escuchó un grito desde la plataforma situada sobre las puertas.

-¡Se acerca un jinete!

-Llenlleawg regresa -dijo Arturo, encaminándose a las puertas mientras los encargados se apresuraban a dejar entrar al jinete.

El sonido de cascos llegó hasta nosotros y, al cabo de un momento, Llenlleawg penetró a la carrera por la abertura y apareció en el patio. Saltó de la montura y, haciendo caso omiso de Conaire y de los caudillos irlandeses que lo llamaban, se dirigió directamente a Arturo.

-Quieren hablar con vos -le dijo Llenlleawg.

-¿De veras? -repuso Arturo-. ¿Cuándo y dónde?

-En la llanura. Ahora.

-¿Cuántos han venido? -preguntó Bedwyr.

-Unos mil doscientos al menos, puede que más. -Mientras los demás se esforzaban por digerir la noticia, añadió-: Creo que ya han desembarcado todos.

-Que Dios nos ampare -murmuró Bedwyr en voz baja-. Mil doscientos contra nuestros trescientos.

-Traición sin duda -declaró Cai.

Conaire llegó entonces, furioso por tener que correr a Arturo en busca de noticias sobre lo que Llenlleawg había descubierto.

-¿He de suplicar por cada mendrugo de vuestra mesa? -exigió-. ¿Quiere alguien decirme qué está sucediendo?

-Quieren hablar con nosotros -se limitó a responder Arturo.

-Por supuesto -escupió Conaire-, charlemos con ellos. Nuestras lanzas serán lenguas y nuestras espadas dientes. Les ofreceremos una espléndida conversación.

-Dicen que, sí no hablamos con ellos -contínuó Llenlleawg-, nos eliminarán y lo quemarán todo. Luego arrojarán las cenizas al mar para que no quede nada.

-Si es así como negocian, estamos hablando al viento -gruñó Cai.

-¿Quién te dijo esto? -pregunté a Llenlleawg-. ¿Cómo te hicieron llegar este mensaje?

El delgado irlandés puso cara larga y enrojeció de vergüenza. Aspiró con fuerza y confesó:

-Me hicieron prisionero, Emrys.

-¿Cómo es eso posible? -se extrañó Fergus.

-Yo soy el único culpable. Vi al enemigo reunido en la llanura y se me ocurrió acercarme más. -Hizo una pausa-. Me encontré con un grupo de jefes guerreros enemigos que exploraban para el resto de la horda. Estaban en el bosque y no los vi hasta que fue demasiado tarde.

-¿Por qué no luchaste? -exigió Fergus.

-¡Me habría encantado una pelea así! -declaró Conaire.

-¡Dejadlo hablar! -gritó Arturo, enojado.

-Me rodearon -explicó Llenlleawg-, y antes de que pudiera sacar la espada uno de ellos empezó a gritarme en nuestra propia lengua. Me rogó que salvara la vida y la de los míos llevando el mensaje a nuestros jefes.

-Hiciste bien -dijo Arturo-. Esperemos que signifique la salvación de muchas vidas.

-Es un ardid de cobarde -anunció Conaire-. No pueden tener nada que decir que nos interese escuchar.

-Sin duda -concedió Arturo juiciosamente-. No obstante, los escucharemos igualmente.

-¿Escuchar? ¡Que escuchen ellos! Pienso darles palabras de mi propia cosecha para que las rumien -se jactó Conaire, que empezaba a exasperarse al verse apartado a un lado por este giro de los acontecimientos.

-Quieren hablar sólo con Arturo -le dijo Llenlleawg-. Dijeron que únicamente hablarían con el rey que ordenó el ataque nocturno.

Fergus meneó la cabeza.

-Sin duda es una treta -advirtió-. Una venganza por el ataque de anoche.

-Escúchalo, Artús -intervino Cai, totalmente de acuerdo-. Fergus puede estar en lo cierto. No podemos permitir que vayas a su encuentro solo.

Arturo tomó una decisión al instante.

-Muy bien. Iremos todos juntos -anunció-; luego Myrddin y yo nos adelantaremos para hablar con ellos.

Hicimos montar a todo el ejército y cabalgamos hasta la amplia llanura de pastos situada al sur de la fortaleza, donde, como Llenlleawg había dicho, aguardaba la horda vándala. El terreno descendía ligeramente hacia el oeste entre accidentados e irregulares altozanos de hierba y piedras. Un turbulento arroyuelo serpenteaba por la parte central de la llanura, dividiéndola de norte a sur. Cabalgamos hasta el inicio de la llanura y nos detuvimos para contemplar el campo de batalla.

-¡Que la tierra y el cielo sean testigos! -exclamó Bedwyr boquiabierto al ver aquella multitud-. ¿Mil doscientos sólo? Parecen el doble como mínimo, o nunca he empuñado una espada.

Los bárbaros pululaban por todo el lado occidental de la llanura en grupos desiguales reunidos alrededor de estandartes de varias clases: algunos de piel, otros de ropa o metal, pero todos ellos con la imagen de un jabalí negro en su dibujo. Éstos eran, deduje, los diferentes clanes. Al igual que los saecsen, los vándalos entraban en combate rodeados por sus parientes y bajo el mando del caudillo de su tribu.

Continuamos adelante, avanzando despacio por la llanura. Al acercarnos, un grupo de bárbaros se separó de la masa central, cruzó el arroyo y se dirigió hacia nosotros. Uno de los caudillos sostenía un estandarte: la cabeza y el pellejo de un enorme jabalí negro clavados en un palo. La boca del jabalí estaba abierta, mostrando los curvos colmillos amarillentos.

Seguimos adelante hasta encontrarnos a unos cien pasos unos de otros, punto en el cual la delegación bárbara se detuvo.

-Esta distancia es suficiente -dijo Arturo-. Quedaos aquí. -El ejército se detuvo, y Arturo y yo seguimos adelante para ir al encuentro de los jefes vándalos.

Al igual que los otros que habíamos visto, eran hombres corpulentos, de buena musculatura; sostenían el pesado escudo de madera y la recia lanza negra. Desnudos hasta la cintura, llevaban o bien polainas de cuero o bien pantalones de tela toscamente tejida. Su piel tenía el color de la miel clara o del pergamino viejo; y todos, sin excepción, tenían los cabellos negros, que llevaban sujetos en largas y gruesas trenzas. Varios lucían finos bigotes sobre los labios, pero la mayoría carecía de ellos y ninguno mostraba barba. Los ojos eran extraños -astutos y estrechos, inclinados hacia arriba en sus rostros, anchos y brutales-, agudos y desconfiados, y muy hundidos bajo las gruesas cejas, cuyo aspecto misterioso se veía reforzado por una gruesa raya de pintura negra trazada sobre las amplias mejillas.

Un hombre alto y desgarbado los acompañaba; su piel era blanca como la leche y los cabellos tenían el color del lino. En el cuello llevaba un grueso aro de hierro, con aros ligeramente más pequeños en cada una de las muñecas. Una serie de desiguales cicatrices producidas por violentos latigazos, cárdenas todavía, le marcaban la piel del pecho y estómago.

Fue este hombre quien se dirigió a nosotros, hablando en nuestra propia lengua.

PENDRAGON IV

-En nombre de Amílcar, rey guerrero de las naciones vándalas, os damos la bienvenida -dijo-. Es el ejército de Amílcar el que tenéis ante vos; es por su mano que seguís vivos en este día.

A modo de respuesta, Arturo dijo:

-No es mi costumbre intercambiar saludos con aquellos que amenazan con la guerra a mí o a aquellos a los que he jurado proteger.

-Lo comprendo, señor -respondió el hombre alto con afable indiferencia. Llevándose la mano al aro del cuello, prosiguió-: A menudo se me hace llevar noticias que otros encuentran ofensivas.

-Puesto que eres un esclavo, daré por sentado que las palabras que pronuncias no son las tuyas. Por lo tanto, no tengo nada en contra tuya. -El esclavo no dijo nada, pero inclinó la cabeza ligeramente, dándonos a entender que Arturo comprendía su situación perfectamente-. ¿Cómo te llamas, amigo?

-Me llamo Hergest -respondió-. Y, aunque soy un esclavo, soy un hombre culto.

-Hablas latín -dijo Arturo-. ¿Eres también un hombre santo?

-No tengo más señor que Nuestro Señor Jesucristo, Supremo Monarca del Cielo -respondió Hergest con orgullo-. Antes yo era un sacerdote. Los bárbaros quemaron nuestra iglesia y mataron a nuestro obispo junto con muchos de mis hermanos. Al resto lo convirtieron en esclavos; yo soy el único superviviente.

Tras esto, el esclavo alzó la mano como si nos presentara el ejército bárbaro. En lugar de ello, añadió:

-Podéis hablar con libertad. No conocen otra lengua que la suya.

-¿Cuánto tiempo hace que estás con ellos? -pregunté.

-Hace tres años que me capturaron -respondió Hergest.

-Debes de haberles demostrado tu valía muchas veces -comenté.

-Lo cierto -repuso el esclavo- es que debo demostrarla de nuevo cada día que pasa, pues sé que no sobreviviré a mi utilidad ni un segundo.

Uno de los corpulentos bárbaros empezó a impacientarse con la conversación y gruñó algo a Hergest, que le contestó en su misma lengua.

PENDRAGON IV

-Ida dice que debéis descender de vuestra montura si queréis hablar con él. -Hergest se interrumpió para permitirse una tenue sonrisa-. Sienten gran temor de los caballos.

-Dile -contestó Arturo con calma, palmeando el cuello de su caballo- que descenderé de mi montura, pero sólo para hablar con alguien de mi propio rango y autoridad.

-¡Arturo! -murmuré-. ¡Ten cuidado!

El esclavo se sobresaltó.

-¿Arturo? -preguntó sorprendido-. ¿Eres Artorius..., también llamado el Oso de Inglaterra?

-Se me conoce por ese nombre -respondió Arturo; indicando al bárbaro que nos contemplaba perplejo, añadió-: Ahora diles lo que he dicho.

Hergest repitió la negativa de Arturo a desmontar y, ante mi sorpresa, el bárbaro se limitó a asentir, cediendo ante la situación con plácida ausencia. Él y algunos otros empezaron a discutir la cuestión entre ellos. Uno -que parecía ser el caudillo más joven- se dirigió muy serio a Hergest, quien señaló a Arturo y salmodió solemnemente: «¡Artorius Rex Imperator!». El jefe guerrero llamado Ida dirigió una indecisa mirada de reojo a Arturo; luego giró con brusquedad y empezó a cruzar la llanura a grandes zancadas hacia el lugar donde aguardaba la horda bárbara.

-Eso ha estado muy bien, señor -nos dijo Hergest-. Únicamente querían asegurarse de erais un rey digno de tratar con su propio jefe. Mercia, aquí presente -señaló al joven caudillo-, cree que por el hecho de ser joven como él debéis ser un guerrero de poca importancia. Les he asegurado que sois más importante incluso que el emperador de Roma.

-Podrías haber contenido tu entusiasmo por mí -sonrió Arturo-. De todos modos, intentaré no dejarte por mentiroso.

El caudillo bárbaro había llegado al grueso del ejército. Habló con alguien que estaba allí, y luego se volvió y señaló hacia nosotros. Al cabo de un instante, una figura surgió de entre la masa y avanzó hacia nosotros. El primer caudillo empezó a andar detrás de esta figura, con dos portadores de estandartes a cada lado.

El hombre era aún más alto que los que lo rodeaban: un campeón de impresionante estatura, de hombros anchos y gruesos, una espalda fuerte y piernas musculosas. Al igual que los guerreros de su alrededor, nos contemplaba con ojos negros agudos e inteligentes, situados sobre pómulos prominentes, ocultos casi por una amplia banda de pintura negra.

Un bigote grueso discurría sobre los carnosos labios, y una larga y negra trenza doble colgaba sobre uno de sus hombros; en la mano derecha sostenía un delgado bastón de hierro con la imagen de un jabalí en oro batido en la punta.

A medida que avanzaba, los otros bárbaros se hacían a un lado, golpeándose el pecho con la palma de la mano al paso de su señor. Se detuvo frente a nosotros, ante lo cual Arturo desmontó.

Hergest, de pie entre ambos, dijo algo en la lengua gutural de los vándalos; luego se volvió hacia Arturo y dijo:

-Lord Arturo, el hombre que tenéis ante vos es Amílcar, rey guerrero de Hussa, Rógat y Vandalia.

El rey bárbaro alzó su bastón de hierro y colocó la mano izquierda sobre el jabalí de oro. Gruñó algo a Hergest, pero sus ojos no abandonaron a Arturo ni un momento.

-Igual que a vos se os llama el Oso de Inglaterra -explicó el esclavo-, el poderoso Amílcar desea que lo llaméis por el nombre que sus enemigos han aprendido a temer.

-¿Cuál es?

-Twrch Trwyth -respondió Hergest-. Jabalí Negro de los vándalos.

Ocho

-¿Por qué estáis aquí? -inquirió Arturo, la voz tranquila y firme como su mirada.

El esclavo tradujo sus palabras al rey vándalo, que respondió impasible:

-Twrch quiere que sepáis -relató el esclavo- que ha oído hablar de las hazañas del Oso inglés y ha dado la orden de que vuestro reino no sea destruido esta vez. Pues el Jabalí Negro es también un poderoso jefe guerrero, y el enfrentamiento de dos campeones de tal calibre no produce más que lastimosa pérdida de riqueza.

Amílcar volvió a hablar, y Hergest continuó:

-Twrch os pide que tengáis en cuenta su júbilo al enterarse de que el Oso de Inglaterra estaba aquí.

-Resulta difícil de imaginar -respondió Arturo con afabilidad-. Di a Twrch Trwyth que estoy esperando oír por qué se ha apoderado de tierras que pertenecen a otro.

-Ha tomado tierras para sus campamentos... nada más.

-¿Piensa quedarse?

Hergest consultó con el caudillo bárbaro y respondió:

-Twrch dice que tiene intención de saquear el país hasta que reúna riquezas suficientes para continuar su viaje.

-¿Tiene su viaje algún destino? -pregunté al culto esclavo.

-Venimos de Cartago -explicó Hergest-; el emperador de la ciudad del gran Constantino envió soldados a expulsar al jabalí y a su pueblo de la tierra que han gobernado durante muchas generaciones. Así pues ahora buscan un nuevo hogar. Sin embargo, su partida fue precipitada y
se marcharon sin nada; es por eso que necesitan riqueza para continuar su búsqueda.

-Comprendo -contestó Arturo-. ¿Y espera que esta riqueza le sea entregada por las buenas?

El monarca vándalo y su esclavo conversaron por unos instantes, tras lo cual Hergest respondió:

-Twrch dice que, en honor a vuestro renombre y a la gran estima que siente por vos, no os matará ni arrasará esta mal defendida isla..., algo que podría fácilmente realizar puesto que el gran número de guerreros que veis ante vos no es más que una mínima parte de su ejército, y más vienen ya de camino en estos momentos. Twrch dice que es un gran regalo el que os ofrece. A cambio de su bondad, espera que le hagáis un regalo de igual valor. Pues ha jurado destruir tanto Eiru como la isla de los ingleses a menos que le concedáis su deseo.

Arturo contempló implacable al gigantesco caudillo.

-¿Cuál es su deseo?

Hergest se volvió hacia Amílcar y le transmitió la pregunta de Arturo. El bárbaro respondió con un gruñido.

-Todo -anunció el esclavo-. Dice que debéis dárselo todo.

PENDRAGON IV

Para su eterno crédito, Arturo no concedió al jefe vándalo la menor base en que sustentar su codicia, ni ninguna esperanza de obtener lo que deseaba, aunque tampoco provocó al bárbaro con una negativa rotunda. Elevó los ojos al cielo como si examinará las inconstantes nubes.

-Como sabes, estas tierras no están bajo mi autoridad -contestó por fin Arturo-. No podría darte ni un grano de arena ni una brizna de hierba, mucho menos cualquier otra cosa. Sé que un hombre de tu categoría lo comprenderá.

Calló para que sus palabras fueran traducidas. Cuando Hergest se volvió de nuevo hacia él, Arturo prosiguió:

-Por lo tanto, transmitiré tu petición a aquellos que tienen autoridad sobre este reino... aunque no creo que te la concedan.

La respuesta de Arturo fue dada con tanta confianza y dignidad que el otro no pudo menos que acceder.

-Lleva mi petición a los gobernantes de este reino -concedió Amílcar a través de Hergest-. Si, cuando el sol se encuentre sobre el campo de batalla, no he recibido su respuesta, atacaré y se os matará a todos como a perros.

-Bueno -observé, mientras cabalgábamos despacio de vuelta al ejército que nos esperaba-, al menos hemos ganado un período de tiempo. Utilicémoslo sabiamente.

-¿Crees que decía la verdad? -quiso saber Arturo- ¿Realmente espera la llegada de más guerreros?

-Es difícil de decir -respondí-. No hay duda de que lo averiguaremos.

Esperaba que Conaire y los señores irlandeses recibirían la petición del vándalo con el desdén que merecía, y no me sentí decepcionado.

-¿Todo? -silbó Conaire-. Yo digo que no les quedará ni el propio aliento cuando hayamos terminado. Que la batalla empiece al momento. No obtendrán nada de mi mano como no sea la afilada punta de una lanza.

-No se trata de lo que les daréis -dijo Arturo-. Se trata de lo que el enemigo nos ha dado.

-¡No nos ha dado más que el insulto de su ataque! ¿Tengo también que soportar el insulto de sus absurdas exigencias? -Conaire nos dirigió a Arturo y a mí una mirada enfurecida.

PENDRAGON IV

-El caudillo vándalo nos acaba de dar la victoria -replicó Arturo-, pues nos ha permitido determinar cómo se desarrollará la batalla. Y os aseguro que eso compensa este pequeño insulto.

Empezamos a discutir cuál era el mejor modo de utilizar el favor que se nos había concedido. Conaire comenzó a impacientarse con tanta charla.

-Esto no tiene sentido -se quejó-. Tenemos caballos y ellos no. Yo digo que ataquemos y los aplastemos con los caballos mientras huyen. Todos sabemos que no plantarán cara a nuestros caballos.

Bedwyr lo corrigió al momento.

-Con todo respeto, lord Conaire, son demasiados. Mientras atacásemos un grupo los otros no tardarían en rodearnos. Hay cuatro de ellos por cada uno de nosotros, tenedlo en cuenta. No tardaríamos en ser incapaces de movernos... con caballos o sin ellos.

-Entonces formemos una línea -sugirió Conaire-. Cargaremos y los rechazaremos hacia el mar a punta de lanza.

-No, mi señor -replicó Cai-. Nuestras fuerzas formarían una línea demasiado fina; no podríamos mantenerla. No tendrían más que partirla por uno o dos lugares para separarnos; y, una vez divididos, les resultaría fácil vencernos.

-¿Entonces, qué? -inquirió el monarca irlandés, acabada ya su frágil paciencia.

-Como muy bien decís, nada temen más que a nuestros caballos -respondió Arturo-. Si seguimos el plan que diseñaré, ese temor se convertirá en una arma que podemos utilizar contra ellos.

Arturo empezó a preparar la batalla al instante. A la vista del enemigo, dispusimos nuestro plan de batalla mientras el Jabalí Negro nos contemplaba, aguardando, con el sol cada vez más alto y ardiente. Cuando hubo terminado, Arturo comunicó:

-Ahora iré a hablar con Twrch Trwyth. Mientras yo esté con él, conducid a vuestros grupos a sus puestos.

-Pero nos verán -indicó Fergus-. ¿No sería mejor sorprenderlos?

-En otra ocasión, quizás -respondió Arturo-. Hoy haré que mediten sobre su situación y se preocupen.

PENDRAGON IV

Arturo y yo regresamos al lugar donde los caudillos vándalos esperaban. Amílcar, enojado por haber tenido que esperar sin hacer nada mientras nosotros conversábamos largamente, nos miró con expresión hosca. Arturo no desmontó, sino que habló con él desde la silla, lo que obligó al rey Jabalí a guiñar los ojos para protegerlos de los rayos del sol.

Masculló algo en nuestra dirección, que Hergest se apresuró a traducir.

-Amílcar quiere saber vuestra respuesta.

-Los señores de Ierna dicen que no obtendréis nada de ellos que no sea la punta de su lanza -respondió Arturo. Hergest sonrió ante aquello, y transmitió las palabras de Arturo a su amo, quien se mostró aún más enfurecido.

-En ese caso todos moriréis -declaró el vándalo a través de su esclavo-. Se quemarán vuestros poblados y fortificaciones y se asesinará a vuestras mujeres e hijos; nos llevaremos vuestros tesoros y también vuestro grano y ganado.

Cuando Hergest hubo terminado, el jefe vándalo añadió:

-Sé que ésta no es vuestra gente. Y, aunque habéis rehusado mi regalo, extenderé la mano hacia vos, Oso de Inglaterra. Unios a mí, vos y vuestros hombres. Dos jefes guerreros tan poderosos aliados podrían obtener grandes botines.

-No me interesa la guerra, y mucho menos el saqueo. Por lo tanto, no puedo aceptar tu oferta -respondió Arturo-. Sin embargo, por el bien de aquellos que te tienen por señor, te haré una oferta a cambio: reúne a tus hombres y regresad a vuestros barcos. Dejad esta isla tal y como la habéis encontrado, sin llevaros nada excepto la arena que se haya adherido a las plantas de vuestros pies.

-Si hago eso, ¿qué recibiré?

-Si haces lo que digo, recibirás la bendición del Oso de Inglaterra. Además, ordenaré a los sacerdotes de mi reino que eleven sentidas plegarias al Supremo Monarca del Cielo, que es mi señor, para que perdone cualquier crimen que hayas cometido al venir aquí.

Amílcar retrocedió ante tal sugerencia.

-¿Puedo acaso llenar mis arcas con estas plegarias? -se mofó-. ¿Quién es este señor vuestro para que yo tenga que hacerle caso? Vuestra oferta es una burla y no merece otra cosa que mi desprecio.

-Eso dices tú -repuso Arturo con ecuanimidad-. De todos modos, no la retiro.

En aquel momento, uno de los jefes vándalos que acompañaba a Twrch le gruñó algo para llamar su atención hacia los movimientos de nuestros guerreros. El rey jabalí se volvió y se encontró con nuestro ejército dividido en tres partes: un cuerpo principal con dos alas más pequeñas a derecha e izquierda; estas dos avanzaron y el cuerpo central retrocedió, de modo que quedaba bien cubierto por los flancos protectores.

Amílcar vociferó una serie de órdenes y preguntas a sus caudillos. Éstos respondieron con encogimientos de hombros y expresiones preocupadas, tras lo cual el jefe vándalo se volvió hacia Arturo.

-¿Qué es esto? -exigió, hablando a través de Hergest-. ¿Por qué os colocáis en posición de batalla de esta forma?

-Esto es para ayudarte a comprender -contestó Arturo- que pensamos defender nuestra tierra y a nuestra gente. Si nos queréis robar, debéis estar preparados para morir. -Estas últimas palabras las pronunció con la fría certeza de la tumba.

El rostro del rey vándalo se ensombreció; sus ojos se entrecerraron y volvió a contemplar la curiosa formación de batalla. Dijo unas pocas palabras a Hergest; luego se dio la vuelta y regresó a donde aguardaba su horda.

-Lord Twrch dice que ha hablado suficiente. A partir de este día, estará sordo a todo ruego. No esperéis misericordia... No habrá ninguna.

Permanecimos inmóviles sobre nuestros caballos contemplando cómo los jefes vándalos se retiraban. Arturo aguardó hasta que casi hubieron llegado al arroyo y se hubieron reunido con sus hombres.

-¡Ya! -gritó entonces, dando una palmada a su montura, y se lanzó hacia ellos. Se volvieron al escuchar el sonido de los cascos, vieron al caballo que se precipitaba sobre ellos y echaron a correr en todas direcciones. Arturo viró en el último momento y arrebató el estandarte con la cabeza de jabalí de la mano del asustado vándalo que lo sostenía.

Cuando el enemigo se dio cuenta de lo sucedido, Arturo se alejaba ya al galope. Cabalgó hasta estar fuera del alcance de las lanzas, se detuvo y alzó el estandarte.

-¡Aquí está vuestro dios! -les chilló. Luego, despacio, para que todos los ojos pudieran verlo y no hubiera dudas sobre su intención, bajó la insignia y la clavó cabeza abajo en el suelo.

Los vándalos no aceptaron tal sacrilegio con tranquilidad. En cuanto la cabeza del jabalí tocó la tierra, un vocerío enfurecido se elevó por doquier; pero Arturo no hizo caso de él y, dándose la vuelta con calma, cabalgó de regreso a donde nuestros guerreros esperaban, dejando el estandarte de la cabeza de jabalí en el suelo a su espalda. El enemigo rugió con más fuerza.

-¡Eso estuvo muy bien! -exclamó Fergus cuando nos reunimos con ellos.

-¡Uhh! -aclamó Conaire-. ¡Por la mano derecha de Lugh que sois un tunante, lord Arturo! -Señaló con la lanza las huestes vándalas-. ¡Escuchadlos! ¡Están furiosos contra vos!

-¿Consideras sensato haberlos provocado hasta este punto? -quiso saber Gwenhwyvar.

-Vale la pena el riesgo, creo --respondió Arturo-¿De qué otro modo podía estar seguro de atraerlos hacia el centro?

-Es una buena estratagema -opiné-. Esperemos que funcione.

El enfurecido enemigo no aguardó a que se lo humillase más. Lanzaron un alarido atronador y se abalanzaron sobre nosotros, cruzando el arroyo. Era una multitud enardecida e incontrolada la que se arrojaba a la batalla.

Hacía mucho tiempo que no participaba a caballo en un combate. Había prometido no volver a luchar, pero sentí la empuñadura de la espada en la mano y el antiguo y familiar escalofrío volvió a recorrerme la espalda. De todos modos, no haría ningún daño volver a luchar hoy, me dije; además, se necesitaban todas las espadas disponibles. Así pues, sin considerar las consecuencias, me encontré en la vanguardia del ejército.

Contemple cómo se acercaban con el corazón latiendo cada vez más deprisa. Escuché los pies enemigos que golpeaban el suelo con un rumor sordo, y vi cómo el sol centelleaba en las astas de las lanzas y los rebordes de los escudos. Contemplé la línea de nuestros guerreros, nuestra veloz ala. Los caballos batían el suelo con los cascos y agitaban las cabezas, asustados por el desgarrador griterío del enemigo.

A la derecha, Cai encabezaba su ala de cincuenta guerreros. Al otro lado, a la izquierda, Bedwyr aguardaba con otros cincuenta. Ambos flancos formaban ángulo hacia adentro para forzar al enemigo a dirigirse al centro. Éste corría por el accidentado suelo sin dejar de chillar.

Gwenhwyvar, situada a mi derecha, se volvió para mirarme.

-Nunca he luchado junto a Arturo -musitó-. ¿Es tan astuto como dicen?

-No cuentan ni la mitad, mi señora -respondí- Heluchado junto a Uther y Aurelius, y eran guerreros que podían hacer palidecer de envidia a los otros; pero Arturo supera de lejos a sus progenitores en el campo enemigo.

-Sí. -Sonrió con admiración-. Esto es lo que he oído.

-El Señor de los Ejércitos formó a Arturo para sí mismo -dije-. Cuando cabalga a la batalla es como una oración.

-¿Y cuando lucha? -inquirió Gwenhwyvar, encantada con mi exaltación de su esposo.

-Señora, cuando Arturo lucha es un canto de alabanza al Señor que lo creó. Observadlo ahora. Contemplaréis una rara y bendita visión.

Conaire, a caballo al otro lado de Gwenhwyvar, oyó nuestra conversación y volvió el rostro en mi dirección.

-Si es un guerrero tan feroz -se burló-, ¿por qué nos quedamos aquí quietos esperando a que el enemigo nos aplaste? Una auténtico guerrero respondería a su ataque.

-Si dudáis de él -repliqué-, entonces podéis uniros a las huestes de saecsen vencidos que creyeron saber algo sobre la guerra. Uníos a los anglos y jutos, a los frisios y pictos que subestimaron al Oso de Inglaterra. Contadles a ellos vuestra superior sabiduría... si es que podéis encontrar a alguno que os escuche.

El enemigo se encontraba cada vez más cerca. Tan sólo unos cien pasos nos separaban de ellos ahora. Podía distinguir sus rostros, las negras cabelleras ondeando al viento, las bocas desencajadas en salvajes alaridos.

-¿Cuánto hemos de esperar? -inquirió Conaire en voz alta. Algunos de los irlandeses murmuraron su unanimidad con su señor-. ¡Ataquemos!

-¡Esperad! -replicó Arturo-. ¡Esperad, amigos! Que se acerquen, que se acerquen.
Llenlleawg, montado a la derecha de Arturo en la primera fila, se volvió sobre la silla en dirección a Conaire.

-¡Cierra el pico! -siseó- Asustas a los caballos.

Fergus, a la izquierda de Arturo, lanzó una carcajada, y el monarca irlandés calló tras emitir un enojado farfulleo.

PENDRAGON IV

El enemigo esperaba que cargásemos; estaban preparados para ello. Para lo que no estaban preparados era para ver cómo nosotros permanecíamos inmóviles, aguardando. Cuanto más se acercaban, más tiempo tenían para pensar en lo que les iba a suceder, y más crecía el miedo en su interior.

-¡Aguardad! -ordenó Arturo-. Quietos en vuestros puestos.

Los vándalos llegaron hasta donde se encontraban extendidas nuestras alas. Como Arturo esperaba, no supieron qué pensar de las alas y no les prestaron atención en su prisa por hacerse con el centro.

Casi podía ver lo que pensaban: se leía en sus rostros. Ahora, pensaban, seguramente el Oso de Inglaterra atacará... y entonces nosotros caeremos sobre él y lo aplastaremos. Pero no. Espera. ¿Por que se demora? ¿Nos tiene miedo?

Dejaron atrás los flancos y penetraron en el interior como una oleada, cada vez más cerca. Distinguía el sudor en sus hombros y brazos; veía cómo el sol centelleaba en sus negros ojos.

Sentí un débil escalofrío de temor en mi interior. ¿Habría Arturo juzgado mal el momento? ¡Luz Omnipotente, eran tantos!

Y entonces...

Arturo alza la espada. Caledvwlch centellea en su mano levantada, y él se inclina al frente.

Sigue sin decidirse.

El enemigo vándalo desconfía. Incluso en su ávida precipitación están vigilantes. Saben que tiene que atacar y se preparan para aquella orden, pero ésta no llega. Cada vez están más cerca, pero la orden no llega.

¿Por qué la retrasa? ¿Por qué vacila?

Veo la duda en los ojos de los vándalos. Están casi sobre nosotros, pero Arturo no ha dado la señal. La espada está suspendida en el aire, pero no cae. ¿Por qué lo demora?

El enemigo titubea. Todos los ojos están clavados en Arturo ahora.

Es una ligera alteración en el paso, una débil desconfianza. Su avance es ahora indeciso; la duda se ha apoderado de ellos. Vacilan.

Esto es lo que Arturo ha estado esperando.

Caledvwlch cae. Desciende como fuego del cielo.La vacilación recorre toda la primera línea enemiga y se extiende hacia atrás como una marea.

Se ha dado la señal, y el enemigo se prepara para el impacto. Sin embargo, seguimos sin atacar; no realizamos el menor movimiento hacia ellos. Confusión. Desconcierto. Se ha dado la señal, pero no se produce ningún ataque. ¿Qué sucede? ¿Qué significa?

Ah, pero la trampa se ha cerrado. Ellos no lo ven. Su fin ha llegado y no lo saben.

Caí ataca desde la derecha. Bedwyr a la izquierda se lanza adelante. Las dos alas son ahora mandíbulas con dientes de acero que se cierran. Los engañados bárbaros se vuelven para enfrentarse al inesperado ataque y se ven divididos al instante. Una mitad gira a un lado y otra al otro.

El centro ha quedado desprotegido.

No queda tiempo para la vacilación. Caledvwlch centellea arriba y abajo en una décima de segundo, y todos nos lanzamos al frente para penetrar en el blando vientre que la horda enemiga ha dejado al descubierto.

Los cascos de los caballos golpean con fuerza, arrojando pedazos de hierba por los aires. Lanzamos un grito. Los vándalos oyen el grito de nuestros guerreros. Se trata de un antiguo grito de guerra celta: un grito de desafío y desprecio. Es un arma de gran poder.

Y en un momento caemos sobre ellos. El viento me azota el rostro; huelo el miedo que despiden los guerreros enemigos; veo el latir de la sangre en sus cuellos mientras retroceden tambaleantes.

El centro se derrumba. La potente oleada vándala retrocede. Los que se encuentran en la retaguardia intentan abrirse paso al frente mientras la vanguardia se repliega sobre sí misma.

Siento los poderosos músculos del caballo bajo mi cuerpo, y yo formo parte de su ondulante cadencia. Veo cómo un bárbaro se da la vuelta para atacarme. Una lanza negra se alza en el aire. La espada que empuño desciende y percibo la efímera resistencia del cuerpo enemigo antes de desplomarse ante mí.

Un nuevo enemigo se presenta. Salta al frente, agitando la lanza para clavármela. Mi espada centellea veloz, y el hombre gira sobre sí mismo, sujetándose la cabeza. Oigo su alarido, y de improviso el estrépito del frenético caos que me rodea se ralentiza, reduciéndose poco a poco al

más escueto de los movimientos, indiferente y lento. Mi visión se agudiza y todo queda realzado con total nitidez mientras el awen guerrero se apodera de mí.

Miro y veo el campo de batalla desplegado ante mí, con el enemigo moviéndose por él como adormecido. Sus manos se mueven en perezosos y lánguidos ataques; las puntas de las lanzas se abren paso por el aire con suma cautela. Los rostros de los vándalos están rígidos, los ojos fijos, sin parpadear; las bocas abiertas de par en par, los dientes al descubierto, las lenguas colgando.

Los sonidos del combate martillean en mi cabeza. Es el rugido de la sangre que late en mis oídos. Penetro en la multitud y noto el calor de los cuerpos que combaten; mi brazo golpea con tranquila cadencia; mi refulgente espada entona una melodía sobrenatural. Percibo el morboso olor dulzón de la sangre. Tras una larga ausencia, vuelvo a ser Myrddin el rey guerrero.

Nueve

Me muevo como una nave impelida por la tormenta a través de las olas. El enemigo se alza ante mí: una inmensa oleada de carne de guerrero que se estrella contra la afilada proa de mi espada. Golpeo con precisión funesta e implacable, y la muerte desciende sobre ellos con la misma rapidez que mi inmutable espada. Una neblina de sangre se alza ante mis ojos, roja y ardiente. Sigo adelante, sin hacer caso del violento oleaje enemigo.

Se alzan una y otra vez, y caen también sin cesar. La muerte los reúne en montones de cuerpos convulsionados ante mi encabritado corcel. Las lanzas enemigas me buscan; no tengo más que adivinar el ángulo de arremetida para desviar los débiles ataques. Cada golpe va precedido de una tranquila contemplación en la que mi mente describe el arco de cada movimiento, y el siguiente y el siguiente. No existe emoción malgastada, ni esfuerzo sin recompensa. Mato y vuelvo a matar.

Si la muerte alguna vez tiene un rostro humano, en este día su rostro es el mío.

PENDRAGON IV

Las primeras filas de bárbaros no pueden contenernos, ni tampoco pueden retroceder: están demasiado oprimidos desde atrás para emprender la huida. Con Cai y Bedwyr aplastando las alas contra el centro, y el centro atrapado entre la arremetida de los caballos y su propia retaguardia empujando aún desde atrás, el enemigo no puede hacer otra cosa que intentar defenderse de nuestras crueles espadas destructoras.

Finalmente, el avance empieza a ser más lento, la oleada desfallece y la marea empieza a retroceder. El enemigo se va, la retaguardia primero. La vanguardia, al sentir que el muro que la sostenía cede, se retira. La línea de combate se rompe; los invasores dan la vuelta y huyen, dejando a sus muertos y moribundos amontonados sobre la tierra.

Corren chillando, aullando su miedo y frustración a un cielo que no los atiende. Huyen en vergonzoso desorden, sin acordarse de sus camaradas heridos; en su huida, se limitan a abandonar el campo de batalla y todo lo que hay sobre él.

Galopo tras ellos, regocijándome en el triunfo. Mi canto victorioso resuena por la llanura. El enemigo retrocede ante mí, dando traspiés en su prisa por salvarse. Sigo cabalgando inmutable, azotando a mi caballo para que corra.

Y de improviso Arturo aparece junto a mí, su mano sobre el brazo con el que empuño la espada.

-¡Calma! ¡Myrddin! Deténte... Ha terminado. La batalla ha acabado.

Al contacto de su mano, volví en mí. El frenesí guerrero me abandonó y me sentí súbitamente débil, agotado, el pecho vacío; me martilleaba la cabeza, y escuché un sonido como el eco de un poderoso rugido que retrocedía hacia las alturas, o puede que a reinos situados más allá de este mundo.

-Myrddin... -Arturo clavó la mirada en mí, con la preocupación y la curiosidad pintados en sus claros ojos azules.

-No te preocupes. Estoy bien.

-Quédate aquí -ordenó, espoleando su caballo-La persecución nos está dejando atrás; debo llamar a los guerreros de vuelta.

-Ve. Me quedaré aquí.

Nuestros hombres los persiguieron hasta el arroyo. Pero allí Arturo canceló la persecución por temor a que el enemigo se reagrupara y nos rodeara. Luego regresó al ensangrentado campo de batalla para ocuparse de los bárbaros heridos y moribundos.

-¿Qué hacemos con ellos, Oso? -preguntó Bedwyr. Estaba lleno de arañazos y sangraba por varios puntos, pero seguía de una pieza.

Arturo contempló el terreno cubierto de cuerpos. Cuervos y otras aves de rapiña empezaban a reunirse ya, y sus roncos graznidos presagiaban un macabro banquete.

-Artús... -insistió Bedwyr-. Los heridos... ¿Qué quieres que hagamos?

-Pasadlos a cuchillo.

-¿Matarlos? -Cai alzó la cabeza sorprendido.

-Por el amor de Dios, Arturo -protestó Bedwyr-; no podemos...

-¡Hacedlo! -le espetó él antes de alejarse.

Cai y Bedwyr se miraron con lúgubre reluctancia, pero Conaire les evitó tener que cumplir la orden de Arturo.

-Yo lo haré y de buena gana -se ofreció el noble irlandés. Reunió a sus caudillos y empezaron a deambular por entre los caídos. Una estocada aquí, un hachazo allí, y muy pronto el silencio descendió sobre el campo de batalla.

-Sin duda es algo horrible -comentó agriamente Cai mientras se limpiaba el sudor y la sangre del rostro con la manga.

-Sus propios camaradas harían lo mismo -le recordé-. Y no esperan menos. Mejor una muerte rápida e indolora que una larga agonía.

Bedwyr me dedicó una sombría mirada de desaprobación y se alejó a grandes zancadas.

Tras recoger rápidamente a nuestros propios heridos -nuestras bajas habían sido extraordinariamente pequeñas-, abandonamos el terreno y regresamos a la fortaleza de Conaire. Mi cabeza todavía se resentía del martilleo producido por el frenesí guerrero, y cada sacudida del caballo me provocaba nuevos espasmos. La voz de Gwenhwyvar me sacó de mi absorta concentración.

-¿Lo visteis? -inquirió en voz baja.

-¿A quién? -pregunté sin levantar la vista.

-Fue muy parecido a como dijisteis -respondió-. Pero no podía imaginar que resultara tan... espléndido.

Volví la cabeza, pestañeando a causa del dolor. Gwenhwyvar no me miraba a mí sino a Arturo, que se encontraba algo más adelante. La piel de la reina brillaba con el sudor del esfuerzo realizado y sus ojos refulgían.

-No, no lo vi -me limité a contestar.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

-No me sorprende que los hombres lo sigan de tan buen grado -dijo-. Es una maravilla, Myrddin. Debe de haber matado a unos sesenta en otros tantos mandobles. jamás he visto algo parecido. Se mueve por la batalla... como al compás de una danza.

-Oh, sí; es una danza que conoce muy bien.

-¡Y Caledvwlch! -continuó ella-. Creo que sigue tan afilada ahora como cuando se inició la batalla. Mi espada tiene muescas y está doblada como un palillo, pero la suya sigue como nueva. ¿Cómo es posible?

-Esa espada no se llama Caledvwlch por nada -repuse. Volvió los ojos hacia mí por fin, pero sólo para comprobar si me burlaba de ella; devolvió enseguida la mirada a Arturo, repitiendo el nombre en voz baja-. Significa Corta Acero -añadí-. Se la entregó la Dama del Lago.

-¿Charis?

-La misma -respondí-. Mi madre puede haberle dado la espada, pero la forma en que él la utiliza, su extraña destreza... eso es algo propio.

-He visto combatir a Llenlleawg -reflexionó Gwenhwyvar-. Cuando el frenesí de la lucha se apodera de él, nada puede detenerlo.

-Lo sé muy bien -dije, recordando la extraordinaria habilidad del campeón irlandés para convertirse en un torbellino batallador.

-El frenesí guerrero se apodera de él y Llenlleawg pierde el mundo de vista -añadió la reina-. Pero con Arturo creo que sucede lo contrario: se encuentra a sí mismo.

-Una observación muy astuta, mi señora -observé, alabando su percepción-. Lo cierto es que Arturo se manifiesta en el combate.

Calló ella entonces, pero el amor y la admiración en su mirada aumentaron. Sucede a veces con las mujeres que, cuando el hombre al que

tan bien conocen las sorprende, se regocijan con su descubrimiento y lo guardan celosamente. Gwenhwyvar atesoraba su descubrimiento como algo de inmenso valor.

Descansamos el resto del día, entregándonos a los cuidados de aquellos que permanecieron en Rath Mor. Comimos y dormimos, y nos despertamos al anochecer para celebrar la victoria que nos había sido concedida. Para entonces los hombres estaban sedientos y hambrientos y deseaban oír cómo se celebraban sus hazañas en forma de canciones. Comimos y bebimos nuevamente, y escuchamos mientras los bardos de Conaire alababan los logros de los guerreros, elogiando a uno y a todos con frases altisonantes. A Cai, Bedwyr y Arturo se los mencionó, desde luego; pero, por entre los monarcas involucrados, Conaire brillaba como un sol entre innumerables estrellas de menor relumbre, a pesar de que su parte en la batalla había sido en realidad muy pequeña.

Esto irritó a los ingleses.

-¿Hemos de quedarnos aquí sentados y escuchar todo este ruido vulgar? -protestó Cai. El tercer bardo acababa de iniciar una nueva y larguísima narración de la batalla en la que los irlandeses aparecían de una forma mucho más destacada, y en la que a los ingleses ni se los nombraba- Lo cuentan todo mal, Myrddin.

-Se limitan a alabar a su rey -contesté-. Es él quien los alimenta.

-Bueno, pues lo alaban en exceso -intervino Bedwyr-, y eso no es justo.

-Le roban la gloria al Supremo Monarca y se la entregan a Conaire y a los suyos -se quejó Llenlleawg-. Haced algo, lord Emrys.

-¿Qué queréis que haga? Conaire está en su derecho; son sus bardos y éste es su caer, después de todo.

Los tres desistieron entonces, pero mantuvieron un silencio agraviado y picajoso. Así pues no me sorprendí demasiado cuando, nada más finalizar el bardo su canto de alabanza, Cal exclamó en voz sonora:

-¡Amigos! -Se puso en pie de un salto-. Hemos disfrutado de los cánticos de los bardos irlandeses todo lo que podemos -empezó con tacto-. Pero nos consideraríais a nosotros los ingleses una raza tacaña y codiciosa si no os dijéramos que bajo este techo se sienta alguien cuyo don para la canción está considerado como uno de los mayores tesoros de Ynys Prydein. –Se volvió y extendió una mano en mi dirección-. Y este hombre es Myrddin ap Taliesin, gran bardo de Inglaterra.

PENDRAGON IV

-¿Es así? -quiso saber Conaire en voz alta. Sentía ya los embriagadores efectos de la adulación y la bebida, y ello lo convertía en extraordinariamente comunicativo- En ese caso compartamos este tesoro que habéis estado guardando. ¡Cantad para nosotros, bardo de Inglaterra!

Todos empezaron a golpear sobre la mesa y a exigir una canción a voz en grito. Bedwyr se alzó y tomó prestada un arpa del bardo más próximo, que me trajo acto seguido.

-Demostrádselo -murmuró mientras colocaba el instrumento en mis manos-. Demostradles lo que un auténtico bardo puede hacer.

Contemplé el instrumento mientras meditaba sobre lo que podría cantar. Mis ojos se fijaron luego en la alborotada compañía, con sus rostros rubicundos y pidiendo a gritos que volvieran a llenar sus copas. Un don tan único no podía desperdiciarse en aquellos que no son dignos de él, pensé, y devolví el arpa a Bedwyr.

-Gracias -le dije-, pero no soy yo quien debe cantar esta noche. Esta celebración pertenece a Conaire y sería inoportuno por mi parte empequeñecer la gloria que ha obtenido justamente.

Bedwyr hizo una mueca de disgusto.

-¿Justamente obtenida? ¿Estáis loco, Myrddin? Si existe alguna gloria esta noche nosotros la hemos obtenido, no Conaire. -Volvió a ofrecerme el arpa, y yo volví a rehusar-. Por la tierra y el cielo, Myrddin, sois un hombre testarudo.

-En otro momento, Bedwyr -lo apacigüé-. Tendremos nuestra noche. Deja que las cosas sigan así por ahora.

Al ver que no podía persuadirme, Bedwyr desistió y devolvió el instrumento a su propietario encogiéndose de hombros. Cal me dedicó una mirada de suprema desaprobación, pero hice como que no me daba cuenta. Puesto que estaba claro que no iba a cantar, y puesto que tampoco se ofrecían más cantos, la celebración terminó y los hombres empezaron a retirarse a sus lugares de descanso.

Justo antes del amanecer del día siguiente, Arturo envió a Cai y Bedwyr con un pequeño grupo de hombres a la costa a observar los movimientos de la hueste bárbara. Habíamos dormido bien y nos levantamos tranquilamente para desayunar. Observé la altiva seguridad que mostraban los hombres de Conaire -se contoneaban y reían a grandes voces mientras afilaban cuchillos y reparaban correas- y se lo comenté a Arturo.

-Dales una simple victoria y creen que han conquistado el mundo.

-Creen que siempre resultará tan fácil -respondió él con una sombría sonrisa-. De todos modos no los desanimaré ahora; ya averiguarán la verdad muy pronto.

Sin embargo, cuando Bedwyr y Cai regresaron, sus noticias fueron:

-El jabalí y sus jabatos se marchan.

-¿De veras? -inquirió Conaire.

-Así es, señor -respondió Cai-. La mayoría de los barcos se han ido.

-Es cierto -añadió Bedwyr-. Tan sólo quedan unos pocos, e incluso ésos salen de la bahía en estos momentos.

-¡Entonces es lo que pensé! -gritó Conaire entusiasmado-. Únicamente buscaban un botín fácil y, al ver que teníamos intención de luchar, se han llevado su búsqueda a otras costas.

Gwenhwyvar, que había ido a colocarse junto a Arturo, se volvió hacia éste.

-¿Qué crees que significa?

-No puedo decirlo hasta que lo haya visto por mí mismo -respondió, sacudiendo ligeramente la cabeza.

En cuanto pudimos disponer de los caballos, cabalgarnos a la cima de los acantilados que daban a la bahía y contemplamos un mar tranquilo y brillante salpicado con las negras velas de las naves vándalas que partían. Las últimas acababan de abandonar la bahía sólo un poco antes de nuestra llegada, y seguían a las otras, navegando de vuelta por donde habían venido.

-¡Lo veis! -exclamó el monarca irlandés con voz triunfal, como si el espectáculo lo reivindicara a él en cierto modo-. No olvidarán fácilmente la bienvenida que tuvieron en el hogar de Conaire Mano Roja.

-Los veo partir -repuso Fergus pensativo-. Pero me pregunto adónde se dirigen.

-Eso es lo que yo también me pregunto -dijo Arturo-. Y pienso averiguarlo. -Se volvió veloz y llamó a Llenlleawg a su lado; conversaron en voz baja. El campeón irlandés asintió una vez, montó en su caballo y se alejó.

PENDRAGON IV

Regresamos a Rath Mor y pasamos el día descansando y esperando el regreso de Llenlleawg. Dormí un poco durante las horas de más calor, y al despertar me encontré con el cielo cubierto por unas cuantas nubes bajas y una refrescante brisa que soplaba desde el mar. Me encaminé a la sala en medio de un caer en completo silencio.

Bedwyr me llamó en cuanto penetré en el patio.

-¡Myrddin! -Se levantó de un banco situado fuera de la sala y se encaminó hacia mí-. Os esperaba. Arturo me dijo que os llevara a él en cuanto despertaseis.

-¿Ha regresado Llenlleawg?

-No, y creo es por eso que Arturo quiere veros.

Me volví en dirección a la sala, pero Bedwyr me tomó del brazo.

-Conaire está ahí, y ha bebido demasiado. Cai está de guardia. El Oso está en su cabaña.

Nos dirigimos a buen paso a la cabaña que Arturo y Gwenhwyvar compartían. Bedwyr bajó la cabeza y la introdujo por entre el faldón de piel de buey.

-Oso, he traído... -empezó, entonces se interrumpió bruscamente y se apartó a toda prisa de la entrada.

Oí reír a Gwenhwyvar, y Arturo gritó:

-No pasa nada, hermano. No hay secretos entre nosotros.

-Ya no -murmuró Bedwyr, lanzándome una rápida mirada.

-Entra -instó Gwenhwyvar-. Entrad, los dos. No pasa nada. -La risa que se percibía en su voz me recordó a mi Ganieda, y el recuerdo me dolió como una flecha que atravesara mi corazón. Ganieda, mi bien amada; algún día volveremos a estar juntos.

Bedwyr y yo penetramos en la cabaña. Gwenhwyvar se ataba las cintas y arreglaba las ropas; tenía los cabellos despeinados y una amplia sonrisa en el rostro. Arturo estaba tumbado. Se alzó sobre un codo y nos ofreció asiento en el suelo cubierto de pieles.

-Podrías haberme dicho que me retrasara un poco -se quejó Bedwyr, enrojeciendo ligeramente.

-Y tú podrías haber anunciado tu llegada -replicó Arturo con una carcajada.

-Querido Bedwyr -intervino Gwenhwyvar con dulzura-, no hay daño y por lo tanto no existe culpa. Quédate tranquilo.

-¿Llenlleawg no ha regresado? -inquirió Arturo.

-Aún no. -Bedwyr sacudió levemente la cabeza.

-Es como yo temía.

-Entonces es que no lo conoces -empezó Gwenhwyvar-. El...

Arturo no dejó que terminara la frase.

-No es el bienestar de Llenlleawg lo que me preocupa. Sé perfectamente que puede enfrentarse a cualquier problema que se cruce en su camino. Pero, si los invasores se hubieran limitado a partir en sus naves, ya habría regresado a estas horas. Creo probable que los vándalos hayan desembarcado de nuevo más al sur. Y si es cierto lo que Amílcar dijo sobre tener más naves esperando... -Dejó en el aire la inquietante idea.

En cuanto a conocimientos sobre el arte de la guerra, Arturo no tenía igual. Lo más probable es que estuviera en lo cierto. Podría haberle preguntado cómo había llegado a esta conclusión, pero lo acepté implícitamente y me limité a preguntar:

-¿Qué sugieres?

-Conaire debe cabalgar al sur de inmediato para renovar la defensa. Yo regresaré a Inglaterra y reuniré al ejército.

-¿Crees que aceptarán luchar? -quiso saber Bedwyr.

-No tienen elección -dijo Arturo tajante-. ¿Cuánto tiempo permanecerá a salvo la Isla de los Poderosos con ese jabalí endemoniado justo al otro lado de Muir Eiru?

-Estoy de acuerdo, Oso. Que todos los santos y ángeles sean testigos de que tus palabras son la prudencia misma -declaró Bedwyr-. Pero la prudencia es una virtud que escasea entre los gordinflones nobles de Inglaterra, como bien sabes. Puede que nos haga falta algo más para convencerlos.

Di la razón a Bedwyr, pero Arturo siguió mostrándose muy seguro de su habilidad para razonar con los señores de Inglaterra y conseguir que apoyaran la campaña.

-Partimos al momento.

-Hay que preparar la nave -indiqué.

-Ya he enviado por delante a Barinthus junto con algunos de los hombres de Fergus -contestó Arturo-. Bedwyr, ve a buscar a Cai.

Bedwyr se puso en pie y se detuvo ante la puerta.

-¿Qué hacemos con Conaire?

-Diré a Conaire qué se ha de hacer -respondió Arturo.

-Permíteme -se ofreció Gwenhwyvar-. No puedes perder tiempo o la marea no os será favorable. Márchate ahora. Yo daré las explicaciones a Conaire. -Vio la muda pregunta que apareció en los ojos de Arturo y añadió-: No te preocupes por mí, amor mío; nada me sucederá.
Además, Llenlleawg no tardará en regresar.

Arturo se levantó. El asunto quedaba zanjado y él estaba ansioso por partir.

-Muy bien.

Aguardamos en el patio mientras preparaban los caballos. Fergus y Cai salieron por la puerta de la sala.

-Es mejor que nos vayamos -nos informó Cai-. Ese Conaire se muere por una pelea y me temo que tendrá una antes de que acabe el día.

-Marchaos -dijo Fergus-. Dejad que yo me ocupe de Conaire. Lo conozco, y me ocuparé de que no suceda nada malo.

-Os lo dejo a vos entonces -respondió Arturo, saltando sobre la silla-. Haced lo que debáis, pero cabalgad al sur en cuanto Llenlleawg regrese. Enviaré hombres y suministros en cuanto llegue a Caer Melyn.

-Ve con Dios, mi amor-dijo Gwenhwyvar.

Arturo se inclinó hacia el suelo y la envolvió en un veloz abrazo, y luego abandonamos Rath Mor y nos dirigimos a la costa a toda prisa. La nave esperaba cuando llegamos, y la marea subía ya. Sin perder un minuto,

hicimos subir a los caballos, soltamos amarras y zarpamos. Una vez en la bahía, Barinthus izó la vela y el barco voló de regreso a Inglaterra.

Diez

Penetramos en Mor Hafren en cuanto hubo luz suficiente, y no tardamos en avistar las colinas que rodeaban Caer Melyn. Durante dos noches y un día, Barinthus y su tripulación habían arrebatado velocidad a vientos contrarios y caprichosos, hasta alcanzar el sendero que conducía a la fortaleza meridional de Arturo cuando el sol se abría paso por el horizonte en medio de una llamarada roja y dorada. Otra vez sobre la silla, volamos por valles en sombras cubiertos aún por azuladas neblinas, aunque cuando llegamos a Caer Melyn pude percibir ya el calor del día que se iniciaba.

Y también noté algo más: el aguijonazo de un mal presentimiento, afilado y veloz. Todos mis sentidos se pusieron en estado de alerta.

Al acercarnos, las puertas de la fortaleza se abrieron de par en par y, mientras los demás penetraban en el patio bajo las aclamaciones de sus compañeros de armas, yo me detuve antes de atravesar la entrada. Había un bochorno empalagoso en el aire, una quietud sofocante y parecía algo más que el simple calor matutino de un caluroso día de verano. Era como si una enorme presencia asfixiante, invisible aún, aunque cercana, estuviera dirigiendo todo su inmenso peso hacia nosotros, espesando el aire a su alrededor al hacerlo. Percibí su siniestro avance como el de una silenciosa turbonada de nubes de tormenta deslizándose sobre la tierra. Pero no había nubes; no se veía nada.

Sin embargo, no obstante la afectuosa bienvenida que recibimos de los cymbrogi, mi corazón siguió preocupado por esta extraña sensación de opresión.

Arturo no perdió un instante. Incluso mientras se lavaba y ponía ropas limpias, dio sus órdenes a sus jefes guerreros. Envió jinetes a los reinos circundantes para convocar a todos los señores de las proximidades a un consejo y ordenó que zarparan barcos para llevar la noticia al norte.

Gwalchavad, siempre dispuesto a surcar las rutas marinas, encabezó a los mensajeros marítimos; abandonaron el caer al momento y desaparecieron antes de que el sonido de su bienvenida se hubiera desvanecido en el aire. Arturo ordenó entonces a los cymbrogi que prepararan el resto de la flota. Había provisiones que cargar, armas que reunir, caballos que recoger de

los terrenos de pastura; una vez más, el Dux Bellorum se preparaba para la guerra.

No tomé demasiada parte en los preparativos. Mi lugar estaba junto a Arturo en el consejo, y me preparé lo mejor que supe para recibir a los nobles del sur: oré. Arturo pensaba que los ejércitos se alzarían a su llamada; pero yo sabía que se necesitaría más que una amable petición para conseguir que los reyes ingleses combatieran en tierras irlandesas.

Esto, claro está, intenté explicárselo a Arturo, pero no quiso ni oír hablar de ello.

-Y yo te digo, Myrddin, que se trata de combatir al Jabalí en tierras irlandesas o combatirlo aquí. Habrá derramamiento de sangre de todos modos, no lo niego; pero al menos podemos impedir la destrucción de nuestras tierras.

-Yo te creo. Pero los nobles de Inglaterra querrán un mejor motivo -insistí-, para luchar hombro con hombre junto aquellos que tanto dolor nos han causado durante años.

-Esto está olvidado y perdonado.

-Somos una raza que no perdona, Arturo -continué-; poseemos buena memoria. ¿O también has olvidado tú?

No sonrió ante mi pobre broma.

-Me escucharán -sostuvo. Su confianza no toleraba oposición.

-Escucharán, sí. Se sentarán y discutirán la cuestión hasta que cante el gallo, pero ¿actuarán? ¿Moverán aunque sólo sea una ceja para ayudarte en lo que hasta el último de ellos considerará como una pelea entre bárbaros? Lo cierto es que muchos de ellos lo considerarán como un castigo divino a los irlandeses por sus latrocinios e invasiones.

Estaba claro que Arturo no quería ni oír hablar de ello, de modo que dejé de decírselo. Me despedí y lo dejé con sus planes. Al abandonar la sala estuve a punto de chocar con Rhys, el senescal de Arturo, que corría a cumplir algún encargo.

-¡Ah, Rhys! Ahí estás; te estaba buscando.

-Se os saluda, Emrys -respondió él rápidamente y luego inquirió-: ¿Es cierto que nos unimos a los irlandeses en una caza del jabalí?

-Sí -respondí, y le conté que el jabalí que cazábamos era humano. Después pregunté-: ¿Dónde está Bors?

-Hace dos días llegó un mensaje de Ban -explicó Rhys-. Bors tuvo que volver a casa.

-¿Problemas?

-Eso creo. Pero Bors no dijo de qué se trataba. únicamente mencionó que regresaría en cuanto se hubiera ocupado de los asuntos de su hermano.

-¿Le has contado eso a Arturo?

-No. No he hecho más que correr de un lado a otro desde vuestra llegada y...

-Bien, pues cuéntaselo ahora. -Rhys miró a mi espalda, al interior de la sala-. Sí, al momento. Hablaremos más tarde.

Cuando se hubo marchado, me eché el arpa a la espalda y salí del caer para descender hasta el pequeño río Taff en busca de un lugar a la sombra donde sentarme y meditar.

Una vez en el resguardado valle, entre los verdes juncos, me acomodé sobre una roca cubierta de musgo y escuché el murmullo del agua al deslizarse por entre las profundas riberas. Abejas y moscas zumbaban en el aire inmóvil, y las chinches de agua describían pequeños círculos sobre las perezosas aguas. Allí, entre los antiguos elementos de la oscuridad, la tierra y el agua, lancé en toda su amplitud la red de mis pensamientos.

-¡Ven a mí! -susurré al aire-. Ven a Myrddin. Ilumíname..., ilumíname.

Me incliné sobre la encerada curva de mi arpa como si con mis dedos pudiera extraer el conocimiento que buscaba de las cuerdas cargadas de canciones. Pero, aunque el arpa emitió su cambiante melodía, no obtuve la información deseada. Al cabo de un rato, dejé el instrumento a un lado y tomé mi bastón.

Era, reflexioné, un venerable pedazo de serbal, con la robusta madera alisada por el uso. Bedwyr lo había tallado para mí después de mi enfrentamiento con Morgian. El recuerdo me trajo una fugaz punzada de temor... como la sombra de un cuervo que describiera círculos sobre mi rostro.

Aparté de mí el odioso recuerdo, no obstante, y poco a poco sentí cómo la paz del valle, al igual que su profunda y silenciosa calidez, me envolvía.

PENDRAGON IV

Caí en una especie de duermevela, un ensueño, y empecé a soñar. Vi las montañas de Celyddon, con su oscuro manto de perfumados
pinos, y más allá de ellas los yermos y ventosos brezales de los Pequeños Seres Oscuros, el Pueblo de las Colinas. Vi a los miembros de mi familia adoptiva, el fhain del Halcón; vi a Gern y fhain, la mujer sabia de las colinas, mi segunda madre, que me enseñó a utilizar poderes que incluso los druidas han olvidado, si es que alguna vez los conocieron.

Pensando en estas cosas, dejé que mi mente vagabundeara a su aire. Oí el sonido del río, el dulce chapoteo del agua contra la orilla y el seco tirón de la hierba al paso de un ratón o un ave. Oí el chasquido de la polla de agua y el zumbido de una mosca. Los sonidos fueron apagándose lentamente, reemplazados por el ronco siseo de un susurro, quebrado por el tiempo y la distancia, pero que poco a poco fue creciendo en volumen. Empezaron a formarse unas palabras...

¿Muerto? Muerto... pero ¿qué quieres decir? ¿Cómo puede ser ..?¡No!¡No! La angustiada voz se desvaneció en un ahogado chillido y fue reemplazada por otra: *Estoy ardiendo..., no veo... Túmbate, Garr. Te ayudaré. No intentes incorporarte...* Oí la voz de un niño que lloraba: *Despíerta, Nanna. ¡Despierta!* La vocecita se disolvió en sollozos, y se mezcló con otros llantos que se convirtieron en tales gemidos y alaridos que percibí su pena como un lamento fúnebre.

Mi alma se encogió llena de compasión; las lágrimas acudieron a mis ojos. Y, sin embargo, ninguna indicación de qué era lo que sucedía, ni dónde.

Luz Omnipotente, consuelo de todos los que llevan luto y soportan duras cargas, sostén a aquellos que necesitan de tu fortaleza en el día de su dolor. Esto, en el nombre de tu bendito Hijo. ¡Que así sea!

Recé y permanecí en silencio durante un rato. Pero las voces ho regresaron y comprendí que ya no lo harían. En el pasado también había oído voces a veces; y ahora, como entonces, no se me ocurrió dudar de su veracidad. Que las oyera no me sorprendía: simplemente confirmaba de nuevo la caprichosa bendición del awen.

¡Tres veces bendito es el Emyrs de Inglaterra! Es la bendición de la raza de mi madre el que tenga una larga vida, igual que fue la bendición de mi padre, al cantar la vida dentro de mi propia ánima, lo que despertó el awen. La bendición de Jesucristo me llamó a servir en este mundo.

Ah, pero soy un inicuo siervo perezoso, de vista turbia y lento de entendederas, que prefiere la confortable oscuridad de la ignorancia a la fría luz de la sabiduría. Cuando los hombres hablen de Myrddin Emrys en años venideros -si es que me recuerdan- se referirán a él como a un pobre insensato, el bufón de las cortes reales; el bobalicón cuya ignorancia era

sólo superada por su orgullo. No soy digno de los dones que se me han otorgado, y no estoy a la altura de las tareas que esos dones engendran.

Supremo Monarca del Cielo, perdonadme. No existe verdad que no esté iluminada por ti, Luz Omnipotente. Aunque veo, sigo estando ciego. Señor Jesucristo, tened piedad de mí.

Así fluía el río, y de esta forma fluían también mis pensamientos. La mente humana es algo curioso. Mientras buscaba el conocimiento me vi enfrentado a mi propia ignorancia; no pude hacer otra cosa que admitir mi pobreza y abrazar la misericordia.

El primero de los nobles convocados ya había llegado con sus hombres cuando regresé al caer. Ulfias, cuyas tierras eran las más cercanas, se encontraba con Arturo en la sala; ambos estaban sentados ante la mesa en compañía de Cai, Bedwyr y Cador. Ulfias, con aspecto sombrío y vacilante, alzó la cabeza cuando entré, pero no se levantó. Arturo me dirigió una rápida mirada, contento por mi llegada.

-Vaya, Myrddin, estupendo. Creí que tendría que enviar a los perros en tu busca. -Se volvió hacia Rhys, que rondaba a poca distancia-. Llena la copa -le indicó. Mientras Rhys sacaba una jarra, Arturo continuó-: Contaba a Ulfias cómo los vándalos han invadido Ierna.

Tras haberme formado una opinión de Ulfias, miré al vacilante noble a los ojos e inquirí:

-Bien pues, ¿apoyaréis a nuestro rey?

El joven noble tragó con fuerza.

-Es algo muy difícil, sin duda -murmuró-. Me gustaría saber lo que dicen los otros nobles.

-¿No podéis decidir por vos mismo?

Mi pregunta lo avergonzó e incluso se encogió visiblemente.

-Lord Emrys -repuso en tono desconcertado-, ¿no va a decidirse en consejo? Lo que el consejo acuerde hacer, eso haré yo. Tenéis mi promesa.

-Una promesa no es más que algo insignificante -me mofé-. ¿Y si el consejo decide bajarse los pantalones y sentarse sobre un montón de estiércol? ¿También lo haréis?

Cai y Cador se echaron a reír.

-Tened cuidado -advirtió Bedwyr en voz baja-; vais muy lejos.

-No temáis, Ulfias -intervino Arturo-. No se llegará a eso. Pero, si así es, sin duda disfrutaréis con la compañía de vuestros amigos.

Por Dios que era astuto Arturo. Aunque quitó importancia a mi comentario, no permitió a Ulfias una retirada digna. El señor de Dubuni se vio atrapado en su propia indecisión; ¿debía permanecer firme y soportar la burla o redimirse?

-Vamos, Ulfias -instó Cador con afabilidad-, apoyemos a nuestro rey como juramos hacerlo. Y ¿quién sabe? A lo mejor acaba gustándonos Ierna.

-Muy bien -anunció Ulfias, tragándose el orgullo- Si las mujeres de allí son tan hermosas como Gwenhwyvar, puede que incluso tome una esposa irlandesa.

-No me sorprende que digáis eso -le dijo Cai, solemne-. He visto a la tribu Dubuni, y no sería ninguna mala idea escoger a una doncella irlandesa... si encontráis a una que os quiera.

Ulfias sonrió aunque no muy seguro de si debía hacerlo. Estas burlas amables eran mejor que mi mofa. Así pues, un noble más se añadió a nuestro número. La lealtad de Cador estaba fuera de toda duda. En efecto, no estaba dispuesto a permitir que Arturo se humillara pidiéndole lo que estaba más que dispuesto a entregar. Cador, a cargo de Caer Melyn en ausencia de su señor, había llamado a sus jefes guerreros nada más regresar Arturo.

Los otros con los que podríamos contar -ldris, Cadwallo, Cunomor y los señores del norte- no recibirían el aviso hasta dentro de muchos días. Meurig, no obstante, llegó al anochecer, y Brastias a la mañana siguiente. Acompañando a Brastias iba un pariente, un joven noble llamado Gerontius, a quien el anciano noble preparaba para el mando.

Ogryvan de Dolgellau y su noble vecino, Owain, aparecieron al mediodía, trayendo con ellos a sus hijos: Vrandub y Owain Odiaeth, a quienes -durante esta época de paz tras la derrota de los saecsen- se había encomendado el mando de los ejércitos de sus progenitores.

Arturo dio la bienvenida a los nobles y les ofreció comida y bebida. Apenas nos habíamos acomodado cuando llegó Urien Rheged con sus hombres, y de improviso el caer quedó lleno a rebosar de guerreros.

-Empezaremos ahora -decidió Arturo.

-¿Qué hay de los otros nobles? -inquirió Bedwyr-. Un día más o dos y estarán aquí. Los necesitarás.

-No puedo esperar más. Cada día que perdemos significa otro día de saqueo para Twrch Trwyth. -Diciendo esto, Arturo invitó a los nobles al interior de la sala con sus guerreros e inició el consejo mientras las copas de bienvenida aún se estaban llenando y distribuyendo.

-Vuestra rápida respuesta a mi llamada me llena de alegría -declaró Arturo, de pie ante ellos a la cabecera de la mesa-. Estad seguros de que no os habría pedido que vinierais si la necesidad no fuera muy perentoria. No os ocultaré nada; el motivo de mi llamada es éste: las huestes bárbaras de Twrch Trwyth han invadido Ierna y me temo que la isla está perdida si no acudimos en su ayuda.

-Una pequeña pérdida, en mi opinión -comentó Brastias con acritud.

Cador respondió veloz a tal impertinencia.

-Hablas, Brastias, como alguien que jamás hubiera tenido que defender una costa contra los ataques de los chacales marinos.

-¿Qué nos han dado nunca los irlandeses excepto la punta de una lanza si éramos lo bastante estúpidos como para darles la espalda? -replicó Brastias . Es mejor que ayudemos a los bárbaros, opino yo, y acabemos con los irlandeses de una vez por todas.

-Por mi parte -intervino Ogryvan, depositando su copa en la mesa-, he perdido mucho a manos de los ladrones de Eiru. -Miró a Arturo-. No obstante, doy mi apoyo al rey si eso asegura la protección de mi costa.

-Bien dicho, lord Ogryvan -lo felicitó Arturo-. Ése es el precio que exigiré a cambio de la ayuda de Inglaterra. Por lo que he visto del Jabalí Negro, los reyes de Ierna pagarán ese precio de buen grado. -Les explicó nuestros enfrentamientos con los vándalos, y advirtió-: Sabed esto: Amílcar ha jurado destruir Inglaterra al igual que Ierna. A menos que lo detengamos ahí, veremos cómo queman nuestros hogares y asesinan a nuestros compatriotas.

Los nobles se quedaron meditabundos. Arturo les había explicado la situación con toda claridad. ¿Qué harían? Meurig fue el primero en hablar.

-Ésta es una noticia terrible. Y desearía que llegara en mejor momento. -Extendió la mano en dirección a Arturo-. Acabamos de derrotar a los saecsen. Nuestras provisiones están agotadas y, como el Señor bien sabe, a nuestros guerreros les convendría una temporada de descanso.

PENDRAGON IV

-Los problemas no conocen estaciones, hermano -refunfuñó el anciano Ogryvan. Alzó la cabeza y paseó la mirada por la reunión-. Estoy contigo, Arturo -anunció-. Mis guerreros son tuyos.

Owain, sentado junto a Ogryvan, añadió su apoyo.

-Nuestros hijos no tardarán en gobernar en nuestros puestos -dijo- Que combatan junto a nuestro jefe guerrero como hicimos nosotros, y aprendan el auténtico precio de la paz.

-No lamentaréis vuestra decisión -aseguró Arturo, y se volvió otra vez hacia Meurig-. Habéis oído a vuestros camaradas. ¿Qué decís?

-Los señores de Dyfed siempre han estado junto a su jefe guerrero en el combate. -Meurig dirigió una mirada de reojo a Brastias-. Apoyaremos a nuestro Supremo Monarca hasta el último hombre.

A Brastias no le gustó esta insinuación; miró airadamente a todos los que se hallaban sentados a la mesa. Estaba claro que las deliberaciones habían tomado un giro inesperado, y, aunque no quería aparecer menos dispuesto que sus colegas, tampoco deseaba ayudar a Arturo.

-Bien, Brastias -inquirió el Supremo Monarca- ¿Qué será?

-Si consideran conveniente prestar su ayuda a cambio de paz -concedió éste muy tieso-, no voy a negarme. Pero si esta empresa fracasa, os consideraré a vos culpable.

Ése era Brastias, siempre el mismo: esparciendo ya responsabilidades, y aún no había montado ni empuñado la espada. Arturo dejó pasar el comentario, y se volvió a Ulfias.

-Ya habéis oído a los otros -dijo-. ¿Retiráis vuestra palabra o la mantenéis?

«Bien hecho, Arturo -pensé-. Haz que el indeciso príncipe se declare ante los otros; ofrécele un puesto sobre el que alzarse, sí, pero asegúrate de que se mantiene firme cuando llegue el momento.» Ulfias pareció encogerse sobre sí mismo.

-Mantendré mi palabra -declaró con voz apenas audible, lanzando una rápida ojeada a su alrededor.

De los nobles allí reunidos, tan sólo Urien Rheged no había dado aún su decisión. Todas las miradas se volvieron hacia él.

-Vamos, Urien -instó Ogryvan-, oigamos tu juramento.

PENDRAGON IV

De todos los nobles, de Urien era de quien menos sabía. Era un joven tosco, huesudo y musculoso, de cabellos largos, enmarañados como la melena de un león, y oscuros. Unos ojos vigilantes y una boca cavilosa le daban un aspecto astuto, casi tortuoso. Había oído decir que era uno de los señores de Rheged, pariente de Ennion. El admirable Ennion había sido herido en la colina de Baedun y había muerto al cabo de uno o dos días. Sin duda Urien también había luchado en aquella batalla; no lo recuerdo.

Pero Urien Rheged ocupaba el lugar de su pariente ahora, y me encontré preguntándome qué clase de hombre era. joven, desde luego -incluso, creo, más joven de lo que parecía-, enmascaraba su juventud con la clase de austeridad que poseen a veces los hombres de más edad. Era parco en palabras, lo que lo hacía parecer sensato, y se tomaba su tiempo antes de responder, lo que lo hacía parecer cuidadoso.

Cuando por fin habló, sus palabras fueron:

-Por mi parte, estoy harto de guerrear. Que los irlandeses sientan el fuego ahora, digo yo; nosotros ya lo hemos sufrido demasiado. -Esto fue dicho con gran cansancio, como si él mismo hubiera soportado el peso de más batallas de las que podían contarse-. Pero, puesto que mis compatriotas consideran que lo mejor es ayudar en esta campaña, yo también estoy dispuesto. -Volvió a callar y miró a su alrededor para ver si todos los ojos estaban fijos en él; entonces, irguiéndose, anunció-: Urien de Rheged cumplirá con su parte.

Su corazón no estaba en ello, pero el honor lo impelía a seguir un camino que le repugnaba; al menos ésa era la impresión que deseaba dar. Y otros, como pude observar, se sintieron convencidos de ello.

Arturo golpeó la mesa con la palma de la mano.

-¡Muy bien! -exclamó, y su voz resonó por toda la sala-. Entonces está decidido. Zarpamos para Ierna en cuanto se hayan reunido los hombres y los suministros.

En cuestión de segundos la tranquilidad de la fortaleza se transformó en el acostumbrado alboroto de un ejército que se pone en marcha. Rhys, y la pequeña tropa bajo su dirección, se ocuparon durante todo el día y hasta bien entrada la noche de la ingente tarea de cargar carretas y trasladar armas y provisiones desde el caer hasta las naves. Después de que hubiera partido la tercera o cuarta remesa de carretas, Bedwyr vino a verme:

-No hay bastante comida -anunció sin rodeos-, ni nada, la verdad sea dicha. Es como Meurig dijo: necesitamos una temporada de paz para

llenar nuestros almacenes y graneros. No veo cómo vamos a poder luchar sin nada.

-¿Lo sabe Arturo?

-Que el Señor lo bendiga -respondió Bedwyr, sacudiendo la cabeza-; pero, mientras queda una gota en su copa, cree que hay suficiente para todos, para siempre.

Eso era cierto. A Arturo, que jamás había poseído nada que fuera directamente suyo, lo preocupaban tan poco los altibajos de la fortuna como los de las mareas.

-Deja el asunto en mis manos -le dije-. Me ocuparé de que Arturo sea informado.

Pero no fue hasta el día siguiente, cuando los últimos guerreros embarcaban y las primeras naves empezaban ya a ser impelidas con las pértigas hacia aguas más profundas, que tuve oportunidad de hablar a solas con Arturo.

-El consejo resultó bien -dijo, satisfecho de estar en marcha otra vez.

-¿Sí? Me di cuenta de que no les decías cuántos vándalos se alzan contra nosotros. Tal vez los nobles cambien de idea cuando vean el tamaño de las huestes bárbaras. -Arturo hizo a un lado mis aprensiones con un movimiento de cabeza, de modo que regresé a lo que más me preocupaba en aquellos momentos-. Bedwyr me dice que no tenemos suficientes provisiones para alimentar al ejército.

-¿No? -Me dirigió una rápida mirada para evaluar la gravedad del problema-. Bien, reuniremos todas las que podamos aquí y obtendremos lo que falte en Ierna -concluyó con sencillez-. Los reyes irlandeses nos mantendrán.

Eso era, a primera vista, una solución lógica; y tampoco teníamos otra elección.

-Muy bien -contesté-, pero debemos informar a Conaire en cuanto lleguemos. Puede que necesite tiempo para obtener tanto tributo.

El viaje de vuelta resultó insoportablemente lento. Los vientos del verano acostumbran ser veleidosos, pero éstos eran simples brisas, suspiros que hinchaban las velas un momento y se extinguían al siguiente. Durante todo el día Arturo exhortó a su valiente piloto a darse prisa y éste siempre le respondía en el mismo inexorable tono seco que, a menos que el rey

pudiera arrancar viento a un mar en calma y a un cielo despejado, tendría que darse por satisfecho con la poca velocidad que tenían.

Finalmente, todos nos turnamos en los remos. Al cabo de tres días completos cruzábamos el estrecho paso y doblábamos la punta norte de Ierna y, medio día después, llegábamos a la bahía de la que había huido la flota enemiga. Al comprobar que allí no había ningún barco, seguimos bordeando la costa hacia el sur, registrando las innumerables calas sin nombre en busca de las negras naves.

Por fin, avistamos la flota vándala concentrada en el centro de una bahía resguardada de la costa oeste. Casi fuera de sí, Arturo ordenó a los barcos que atracaran un poco más al norte, fuera de la vista del enemigo. En cuanto hombres, caballos y provisiones estuvieron en la orilla, las naves volvieron a hacerse a la mar; había demasiados ingleses para que pudieran cruzar todos a la vez, de modo que los barcos debían realizar un segundo viaje para traer al resto de los hombres y todas las provisiones adicionales que Rhys hubiera conseguido.

Tan pronto como su caballo estuvo en tierra firme, Arturo saltó sobre la silla para conducir a los hombres tierra adentro.

-¿Sabes adónde vas, Oso? -preguntó Bedwyr cuando llegamos a lo alto de los acantilados y empezamos a descender en dirección a las arboladas tierras bajas.

Arturo consideró estúpida la pregunta.

-Sigo al Jabalí Negro, desde luego.

-¿No sería mejor que fuéramos en busca de Gwenhwyvar y Fergus?

Arturo no se molestó en volver la cabeza para responder.

-El Jabalí Negro está en tierra ahora y, donde se encuentre él, encontraremos a los defensores.

Y desde luego lo encontramos: al ejército irlandés -con su reina entre ellos- al fondo de un largo valle poco profundo, con la espalda contra una escarpadura rocosa, rodeados por los tres lados restantes por el aullante enjambre de la hueste bárbara.

Once

PENDRAGON IV

-¿Es que debo estar en todas partes a la vez? -Los fríos ojos azules de Arturo llamearon mientras paseaban por el campo de batalla donde los cercados irlandeses luchaban por sus vidas-. ¡Por la Mano que me hizo, que alguien pagará por esto!

Caledvwlch saltó de la vaina que colgaba de su cadera; alzó la noble espada sobre su cabeza e, irguiéndose en la silla, volvió la cabeza para mirar a su espalda y lanzó un sonoro grito:

-¡Por Cristo y por la gloria!

Al cabo de un segundo, la Escuadrilla de Dragones se lanzaba al ataque. Nuestro ejército se dividió en tres. Arturo encabezaba a los cymbrogi, Bedwyr a los hombres del oeste y Caí a los del sur. Al sonido del cuerno de Cador descendimos sobre el valle como un solo, y nos separamos en los diferentes grupos en el último momento para que el enemigo no pudiera saber por adelantado dónde atacaríamos.

Los vándalos, envalentonados por sus anteriores éxitos y confiando en una fácil victoria sobre los mal preparados irlandeses, no habían cubierto su retaguardia. Arturo, ansioso por distraer al enemigo -¡y se distraía su atención con tanta facilidad!-, cayó sobre ellos haciendo todo el ruido posible. El enemigo oyó la carga, se volvió y perdió toda esperanza de victoria. Una mirada a los innumerables grupos de guerreros ingleses a caballo que se abalanzaban sobre ellos bastó para llenarlos de pánico. La batalla cambió de improviso del frente a la retaguardia: las primeras filas vándalas con sus caudillos al mando se vieron atrapadas por el empuje de sus propios hombres; y aquellos que se encontraban en las últimas filas, menos armados, se encontraron haciendo frente a un feroz ataque sin nadie que los guiara.

Golpeando con lanzas y espadas, nos abrimos paso hasta el centro de las filas enemigas en un ataque temerario. Los Cymbrogi lanzaron su grito de guerra, haciendo todo el ruido posible para anunciar su llegada y distraer la atención del Jabalí Negro.

Vi las expresiones de terror en sus anchos rostros cuando se dieron la vuelta a trompicones, las armas flojas en las manos, y sentí pena por ellos. ¡Estaban tan mal preparados! Pero, a pesar de ello, sabía que nos habrían matado a todos sin el menor remordimiento. Con el corazón oprimido, ataqué; como uno solo asestamos nuestros mortíferos golpes, los derribamos y los atropellamos. Los alaridos de aquellos bárbaros aterrorizados y moribundos resonaban terribles en nuestros oídos.

Un caudillo vándalo apareció ante mí. Balanceó hacia atrás el enorme escudo y lo lanzó al frente para golpear con el filo la cabeza y cuello del caballo. Tiré con fuerza de las riendas para que mi montura alzase las

patas delanteras del suelo. El animal estaba bien adiestrado para el combate; un casco salió despedido al frente y alcanzó al enemigo en la barbilla. La cabeza del bárbaro cayó hacia atrás con un chasquido, y éste se hundió como una piedra bajo el oleaje de la batalla.

Noté una mano en el brazo con el que empuñaba la espada, y al bajar la mirada vi a un guerrero que se aferraba a mi brazo e intentaba desesperadamente sujetarse mejor. Tiré de las riendas hacia un lado. El caballo giró con brusquedad y el guerrero se vio levantado del suelo y arrojado por los aires para aterrizar luego violentamente sobre su espalda. Hizo intención de levantarse, pero no pudo, y volvió a desplomarse, sin sentido.

El ímpetu de nuestra carga nos introdujo en medio del grupo vándalo. Rodeados por guerreros enemigos asustados y desconcertados, penetramos más hacia el centro, abriéndonos paso a golpes de espada. Una neblina de sangre se alzó ante nuestros ojos; la acre dulzura de las entrañas calientes nos envolvió.

Dejé que el caballo me condujera, y me abrí paso a través del enemigo con el escudo, golpeando aquí y allá con la espada si se presentaba la oportunidad. Fue una matanza fácil. No hubo gloria en ella... Lo cierto es que nunca la hay; aunque, cuando dos guerreros diestros se enfrentan y tan sólo la habilidad decide su destino, existe un cierto honor en el combate.

Los vándalos carecían de pericia, pero intentaban compensar esta carencia con la fuerza de su número. Puede que esto les hubiera servido en las ciudades amuralladas del este, y con defensores menos preparados. Pero se necesitaría más que un ejército numeroso para derrotar a los bien adiestrados cymry.

Puesto que Twrch no podía de ningún modo organizar un contraataque, no tuvo otra salida que la huida. La batalla fue corta y encarnizada, y envió al enemigo aullando de rabia valle abajo. Los perseguimos hasta donde nos atrevimos, pero Arturo no quiso llevar la persecución muy lejos por temor a caer en una trampa.

Mientras Cador y Meurig nos protegían por si regresaba el enemigo, los cymbrogi liberaron a los irlandeses. No había duda de que habíamos llegado en el momento más providencial. Los defensores irlandeses estaban agotados; se balanceaban sobre sus piernas, apenas con fuerzas para alzar los brazos. La mayoría de sus caballos estaban muertos, y también demasiados guerreros.

Gwenhwyvar se encontraba en primera fila de los irlandeses, el escudo partido y las ropas sucias y manchadas de sangre. Junto a ella, Llenlleawg

-la mirada extraviada, la boca salpicada de espuma- sujetaba los restos de una lanza rota, cubierta de sangre por ambos extremos.

-Se te saluda, esposo -dijo Gwenhwyvar cuando llegamos hasta ellos. Levantó un brazo y se pasó la manga por la frente, para retirarla manchada de sangre y mugre; su espada estaba mellada y abollada-. Me hubiera gustado prepararte un mejor recibimiento.

-Señora -respondió Arturo-, el verte ya es bienvenida suficiente. ¿Estás herida?

-No -contestó Gwenhwyvar, sacudiendo la cabeza; la rabia y la humillación daban un tono hueco a su voz- Sólo lamento que te vieras obligado a rescatarnos.

-No es ni la mitad de lo que lo lamentarías si no lo hubiera hecho -replicó Arturo-. ¿Cómo sucedió? -Miró a su alrededor al tiempo que su alivio daba paso a la cólera-. ¿Dónde están los otros nobles irlandeses? -exigió.

Era una pregunta pertinente. No vi más que a los defensores que habíamos dejado... y, de éstos, unos cuantos menos que antes de partir. ¿Dónde estaban los otros que Conaire se había comprometido a reunir?

-No hay ninguno -gritó Fergus enojado. Descendió tambaleante hasta donde nos encontrábamos y se apoyó en su lanza, respirando penosamente-. No hay ninguno porque Conaire no quiso pedírselo.

-Por el amor de Dios, ¿por qué no? –Cai estaba perplejo.

-Conaire pensaba derrotar a los vándalos sin ayuda -explicó Gwenhwyvar con un involuntario estremecimiento de disgusto.

-No quería compartir la gloria con nadie -continuó Fergus-. Y menos aún con un inglés.

Arturo se volvió hacia Conaire, que nos contemplaba furioso a pocos metros de distancia.

-¿Es eso cierto? -quiso saber el Oso de Inglaterra.

El rey irlandés se irguió en toda su estatura.

-No lo negaré -gruñó-. Y los habría vencido, además, de no haber sido por la traición de mis propios jefes guerreros.

-¡Traición! ¡Traición! -exclamó Fergus-. Yo lo llamo prudencia. Nos estaban haciendo pedazos.

-Yo contaba con que atacaríais -arguyó Conaire-. Vuestra irreflexiva retirada nos costó la batalla.

-¡Era retirarse o ser masacrado! -insistió Fergus.

-Ya es suficiente -refunfuñó Gwenhwyvar-. ¡Los dos!

-¡A lo mejor no te diste cuenta de cuántos vándalos arremetían contra nosotros! -acusó Fergus-. ¡A lo mejor pensabas que el Jabalí Negro daría media vuelta y echaría a correr en cuanto el poderoso Conaire Crobh Rua apareciera!

Conaire, con el rostro rojo de cólera, chilló:

-¡Fuisteis vosotros los que disteis media vuelta y echasteis a correr!

-¡Mallacht Dé air!-Fergus escupió en el suelo.

-¡Silencio! -rugió Arturo. Los dos farfullaron algo y se calmaron-. Nunca -prosiguió Arturo, hablando deliberadamente en voz baja para que sólo los jefes pudieran oírlo- os deshonréis ante los hombres que os han de seguir en la batalla. Hablaremos de esto en privado. Os aconsejo que recojáis a vuestros heridos y regresemos a la fortaleza antes de que los vándalos recobren el valor.

Conaire dio media vuelta y se alejó rápidamente. Fergus lo contempló furioso, y luego se marchó también él.

-Lo siento, Arturo -dijo Gwenhwyvar-. Fue en contra de mi voluntad que aceptamos tomar parte en esta...

-Calamidad -Arturo puso la palabra por ella.

Los ojos de Gwenhwyvar centellearon airados, pero tragó saliva, inclinó la cabeza y aceptó su veredicto.

-Yo soy la culpable -manifestó, amansada por la vergüenza-. Debiera haberlo impedido.

-Alguien debiera haberlo impedido -coincidió Arturo con sequedad-. Lamentaremos la pérdida de estos guerreros -dijo, paseando la mirada por aquella carnicería, los labios muy apretados-. Un derroche brutal de vidas... más aún porque fue inútil. -Se volvió de nuevo hacia su esposa y preguntó-: ¿Qué pensabais?

Gwenhwyvar levantó la cabeza.

-Lo siento, mi señor-musitó; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Sólo entonces se aplacó Arturo. Apartándose de ella empezó a dar órdenes a los cymbrogi para que enterraran a los muertos y se llevaran a los heridos. Me acerqué a Gwenhwyvar.

-Está enojado con Conaire, y... -empecé.

-No -me interrumpió ella, secándose las lágrimas con las palmas de la mano-, tiene razón. -Aspiró con fuerza, recuperó la calma, y se dispuso a ayudar. Levantó su espada del suelo y preguntó-: ¿Siempre tiene razón?

Le dediqué una sonrisa.

-No -respondí con suavidad-. Pero pocas veces se equivoca.

La fortaleza era un fuerte abandonado sobre una colina que Conaire había encontrado en tierras largo tiempo descuidadas. Rocoso y accidentado, el suelo descarnado e improductivo, hacía muchos años que ningún noble irlandés reclamaba el reino. Había pocos poblados, y los que había no eran demasiado grandes. Tanto mejor para el Jabalí Negro, pues le proporcionaba un refugio seguro desde donde saquear tierras más prósperas situadas al norte. Y esto, no obstante la insignificante presencia de Conaire, era lo que se había dedicado a hacer.

Durante nuestra ausencia, el caudillo vándalo había conseguido llevarse ganado y botín de las pequeñas poblaciones cercanas y también había destruido las fortalezas de tres nobles. La mayoría de los irlandeses habían huido al norte y al este, a lugares seguros, lo que en sí mismo había sido poco acertado, ya que, si hubieran huido al sur, al menos habrían alertado a los nobles de la zona sobre los invasores. Tal y como estaban ahora las cosas, la mayor parte de los mil doscientos guerreros vándalos se encontraba en estos momentos entre nosotros y el paso directo hacia el sur, con lo que quedaba totalmente cortada toda comunicación con cualquier apoyo que pudiéramos recibir.

El desvencijado fuerte no era lo bastante grande para alojar a todo el ejército inglés, que se vio obligado a acampar en el exterior bajo terraplenes de tierra. Mientras los reyes de Ynys Prydein se ocupaban del tosco acomodo de sus hombres, Arturo celebró consejo con Fergus y Conaire en el cobertizo en ruinas que hacía las veces de sala en aquel lugar. Casi todo el techado de paja había volado por los aires, y parte de una pared se había derrumbado, pero la chimenea seguía intacta y la mesa y los bancos aún podían utilizarse.

PENDRAGON IV

Así pues, nos sentamos con nuestras copas en la sala para escuchar cómo Fergus relataba todo lo acontecido desde la última vez que habíamos estado juntos. El rostro de Arturo se fue ensombreciendo y sus ojos se endurecieron poco a poco a medida que Fergus explicaba cómo estaban las cosas. Tras la catástrofe de la derrota de Conaire, Arturo no se encontraba de humor para contemplar nuestra situación de un modo que no fuera de lo más pesimista. El Oso de Inglaterra fruncía el entrecejo mientras recibía las noticias en sombrío y quisquilloso silencio.

Por su parte, Conaire se mostraba apropiadamente contrito. Soportaba la mortificación como un cuervo apaleado; la espalda doblada bajo el peso de la deshonra y la cabeza inclinada en solidaridad con los hombros. No había dicho ni palabra desde que habíamos regresado del campo de batalla.

-Mañana -dijo Arturo, con silenciosa y controlada rabia- nos encargaremos de mantener al invasor en el valle e impedir que realice nuevos ataques o penetre más en el territorio. Y vos, Conaire Crobh Rua, os llevaréis a trescientos de vuestros mejores hombres e iréis a llamar a
los nobles del sur.

El monarca asintió displicente, pero no dijo nada.

-Marchaos ahora -ordenó Arturo-. Este asunto está zanjado.

Conaire se levantó y, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, abandonó despacio la ruinosa sala.

-Lo has aplastado, Oso -dijo Bedwyr una vez que Conaire hubo salido.

-Se recuperará -refunfuñó él-. Lo que es más de lo que puede decirse de muchos de los hombres que le confiaron sus vidas.

-Es mejor la bofetada de un amigo -observó Fergus- que la cuchillada de un enemigo.

Arturo volvió la fría mirada hacia Fergus.

-Y vos -dijo con tenso autocontrol- cabalgaréis a los poblados de los alrededores, si es que queda alguno intacto, para obtener tributo para nosotros. Hemos tenido que partir sólo con lo que podíamos llevar, y no hay bastante comida ni bebida para todos.

-Se hará. -Fergus se puso en pie y se dispuso a abandonar la habitación, pero se detuvo un instante en el umbral para decir-: Jamás me alegré tanto de ver a alguien espada en mano como hoy al veros, Arturo ap Aurelius. Gracias. -Agachó la cabeza para pasar bajo el dintel y desapareció.

PENDRAGON IV

-Mi padre tiene razón -murmuró Gwenhwyvar-. De no haber sido por ti, estaríamos todos muertos ahora.

-Es a Dios a quien debes dar las gracias -contestó Arturo-. Si los vientos nos hubieran sido desfavorables o una tormenta hubiera embravecido las olas... o si hubiera decido pasar la noche en mi cama en lugar de en el fondo de una nave... -Contempló a su esposa mientras consideraba las implicaciones-. Gracias a Dios que estás viva -añadió-. No hay duda de que somos afortunados.

Gwenhwyvar se inclinó hacia él, tomó la mano con la que él empuñaba la espada y se la llevó a los labios.

-Bien que lo sé, esposo -musitó-. Bien que lo sé.

Los señores ingleses, una vez acomodados sus hombres, empezaban a llegar ya a la sala. Gwenhwyvar besó rápidamente a Arturo, se alzó y se marchó. Sus dedos se deslizaron sobre los hombros de él al pasar junto a su espalda. Cador se sentó junto a Arturo.

-No nos dijiste que había tantos bárbaros -lo reprendió.

-Si os lo hubiera dicho -respondió él con tranquilidad-, podríais haber decidido que era más agradable quedarse en casa.

-Al menos habría tenido un lecho. -Cador se pasó una mano por los cabellos y se frotó el rostro-. Estos vándalos son realmente criaturas de aspecto extraño.

Uno de los hombres de Fergus apareció con más copas y jarras de cerveza. Empezó a llenar y distribuir las copas entre los nobles a medida que iban sentándose.

-¿Dónde está su país? -inquirió Meurig.

Arturo me invitó a responder.

-Vienen de Cartago, donde han vivido durante muchos años -expliqué-. El emperador del este los ha expulsado de ese lugar, y por eso ahora van en busca de nuevas tierras, y saquean lo que pueden en su camino.

-¿Sabes esto con seguridad? -inquirió pensativo Owain.

-Tienen con ellos a un esclavo..., un sacerdote llamado Hergest, que habla nuestra lengua -contestó Arturo-. Él nos ha contado lo poco que sabemos.

-Pero ¿quiénes son? -preguntó Ogryvan-. ¿Y quién es su rey?

-Son una raza del norte -repuse-, al mando de un tal Amílcar, que se llama a sí mismo Twrch Trwyth, el jabalí Negro de Hussa, Rógat y Vandalia. Es un monarca codicioso cuya ambición sólo es superada por su vanidad.

Charlamos sobre esto durante un rato, y luego la conversación giró hacia la falta de una presencia irlandesa digna de consideración. Los monarcas ingleses se mostraron muy críticos sobre aquella circunstancia y dieron rienda suelta a sus opiniones. Censuraron la catástrofe acontecida en el campo de batalla.

-Habría agradecido un poco más de apoyo por parte de los irlandeses -sugirió Ogryvan con delicadeza.

-¿Apoyo? -se mofó Brastias-. Incluso mis vaqueros son más capaces de defenderse. ¿Es que no les importa proteger sus propias tierras?

-Es suficiente, Brastias -advirtió Bedwyr-. Conocen su error. Arturo se ha ocupado de ellos y la cuestión se da por zanjada.

Los nobles, incómodos, clavaron los ojos en el fondo de sus copas, y no fue hasta que llegaron las piernas de venado y los hombres empezaron a comer que se aliviaron las tensiones. Sin embargo, no era un buen principio; los nobles confiaban en Arturo, sí, y por ahora aceptaban extender su confianza para incluir a los irlandeses. Pero ¿por cuánto tiempo?

Ésa era la cuestión que me preocupaba. Tomando el asunto en mis manos, dejé a los nobles con su comida y fui en busca de Conaire. Lo encontré sentado con tres de sus caudillos junto a una pequeña fogata; no esperé a que me dieran la bienvenida.

-¿Puedo acompañaros? -pregunté.

Conaire alzó los ojos y vislumbré genuina sorpresa en su expresión.

-Sentaos -respondió-. Sois bienvenido aquí, bardo.

Devolvió la mirada a las llamas, y decidí que lo mejor sería ir directo al grano.

-Arturo no os guarda rencor, Conaire -le dije-. Pero no podemos expulsar al invasor del país sin la ayuda de los irlandeses del sur. Sin duda ahora os dais cuenta de ello.

Conaire asintió sombrío.

-Sé lo que sucedió -continué, atrayendo su atención-. Visteis con qué facilidad Arturo repelía el primer ataque, y pensasteis que sucedería lo mismo con vosotros.

-Eso es cierto -reconoció Conaire, sin apartar los ojos de las llamas.

-Bueno, no hay por qué avergonzarse -proseguí-; algunos de los mejores guerreros del mundo lo han intentado.

-¿Es cierto? -inquirió Conaire, alzando la cabeza esperanzado.

-Lo es -respondí solemne-. Los túmulos funerarios están llenos de caudillos saecsen que creyeron que sabían cómo vencer a Arturo.

Atrapado, el monarca irlandés se revolvió.

-¿Es un dios acaso, que jamás se equivoca en la batalla?

-No, Arturo es un hombre -le aseguré-; pero no es como los otros hombres cuando se trata de combatir. El arte de la guerra es su alimento, Conaire. Su destreza se parece al genio de un bardo, y..

-Un bardo de la guerra -Conaire arrugó la nariz con cierto aire de mofa.

Callé unos instantes para controlar mi cólera.

-Podéis burlaros de mí, Conaire, no me importa. Pero los hombres que murieron bajo vuestro mando hoy merecían algo mejor.

-¿Acaso no lo sé? -Su voz sonaba angustiada- Estoy aquí sentado con la cabeza entre las manos y no pienso en otra cosa.

-Entonces, mientras estáis aquí sentado, añadid esto a vuestros pensamientos. Puede que no os gusten los ingleses...

-Algo muy cierto -masculló uno de sus jefes irlandeses.

-Aunque sea así -concedí-. Arturo ha arriesgado mucho para traer a estos ingleses aquí. No digo que os tenga que gustar, pero al menos podríais estar agradecidos.

Conaire se encogió de hombros, pero no dijo nada. Su insolente silencio me enfureció.

-¡Pensad! -exigí-. ¿Qué es más fácil: reunir un ejército y navegar hasta un país extranjero para enfrentarse a un enemigo temible, o permanecer a salvo en el propio reino y disfrutar de los frutos del propio reinado? -Los

cuatro me contemplaron estúpidamente- Contestad, si lo sabéis. -Mis palabras rezumaban desprecio.

-Hacéis que parezca más de lo que es -replicó débilmente Conaire.

-¿Sí? -lo desafié-. Pues, si se trata de un asunto de tan poca importancia, decidme esto: ¿quién de vosotros haría lo mismo por él?

Los ojos de Conaire se pasearon por cada uno de sus jefes guerreros y luego regresaron a las llamas. Ninguno de ellos osó responder.

Repentinamente hastiado del orgullo y egoísmo fuera de lugar del rey irlandés, decidí que no quería saber nada más de él. Poniéndome en pie al momento, lo invité a considerar con detenimiento mis palabras; acto seguido me aparté de aquella miserable compañía.

¡Luz Omnipotente, no son más que niños! ¡Transmíteles el hálito de la sabiduría, fortalece sus corazones y espíritus, pues en el ardor de la batalla no necesitamos niños, sino hombres!

Doce

Nos encontramos con Amílcar y sus hombres al día siguiente en un valle estrecho junto al lago, y, en esta ocasión, el enemigo demostró una astucia desconocida hasta entonces. En lugar de limitarse a arrollarnos con todos sus hombres, dividieron el grueso de su ejército en tres divisiones e intentaron atraer y separar a los ingleses. Fue realizado con gran torpeza, no obstante, y Arturo esquivó fácilmente la trampa. El ataque, confinado y limitado por las empinadas paredes de la cañada, no tardó en fracasar y los invasores se retiraron a toda velocidad. En esto demostraron haber adquirido cierta sensatez.

-El Jabalí Negro se vuelve astuto -comentó Cai, observando cómo el ejército vándalo huía del valle.

-Están aprendiendo a respetarnos -sugirió Bedwyr.

Llenlleawg, que había escuchado el comentario, dijo:

-Están aprendiendo a ser más ingeniosos. No tardarán en perder el miedo a nuestros caballos.

-Reza para que eso no suceda -respondió Arturo- Nuestros barcos llegarán pronto, y, si Conaire consigue levantar en armas a los irlandeses del sur,

podremos contar con un ejército lo bastante grande para derrotar al Jabalí y a sus jabatos o al menos devolverlos al mar.

Nuestras naves llegaron efectivamente aquel mismo día, algo más tarde, trayendo con ellas al resto de nuestros hombres y caballos, pero únicamente una fracción de las provisiones que necesitábamos.

-Lo siento, señor -se disculpó Rhys mientras contemplábamos los escasos suministros apilados sobre los guijarros de la orilla. Los hombres, entretanto, se abrían paso hasta la playa por entre los bajíos, conduciendo caballos o transportando armas-. Juro que es todo lo que pude conseguir. Si hubiera tenido más tiempo para recorrer más terreno... -Hizo una pausa-. Lo siento.

-¿Dónde está la culpa? -inquirió Arturo-. No tengo nada que criticarte. No te inquietes, Rhys.

-Pero es una porción vergonzosa para hombres que deben combatir.

-Cierto -coincidió el monarca, pero añadió lleno de optimismo-: De todos modos, puede que sea suficiente... si la campaña es corta.

-¡Oh, sí! -dijo Rhys, contemplando el exiguo montón con expresión dudosa-, si concluimos el conflicto mañana o pasado. Las provisiones durarán ese tiempo al menos.

No luchamos contra Twrch al día siguiente, ni al otro, aunque vigilamos muy de cerca al enemigo. Arturo colocó exploradores en un amplio círculo alrededor del campamento vándalo, y les encargó que informaran de los más mínimos movimientos, tanto de día como de noche; exigiéndoles también que trajeran de vuelta con ellos cualquier caza que encontraran para el puchero. Cuando, por tercer día consecutivo, el Jabalí Negro se negó a combatir, Arturo empezó a desconfiar.

-¿Por qué espera? -se preguntó Arturo-. ¿Qué estará pensando? Seguro que sabe que cuanto más espere más crecerán nuestras fuerzas.

Y, en efecto, Conaire llegó al día siguiente con cinco reyes irlandeses y sus ejércitos: novecientos hombres en total, aunque menos de la mitad a caballo. Esto aumentó el número de defensores a casi dos mil en total. Arturo se sintió muy complacido con el apoyo de los nobles del sur aunque, por desgracia, parecían haber venido con las manos vacías, esperando que la comida y los suministros los proporcionarían los ingleses.

-Os doy toda mi aprobación, Conaire -dijo Arturo, saludándolo en voz alta y con alabanzas de modo que lo oyeran los otros reyes-. Habéis aumentado

magníficamente nuestro ejército. No dudo que, con el apoyo que nos habéis conseguido, no tardaremos en expulsar al enemigo de vuestras tierras.

-Y será mejor que eso sea pronto -añadió Gwenhwyvar-. No nos queda más que un día de comida para nuestros hombres, y ni siquiera eso si hemos de compartirla con todos.

La amplia frente de Conaire se frunció preocupada, y la sonrisa de satisfacción desapareció de sus labios.

-¿Es cierto? -Se volvió acusador hacia Arturo- Creía que traeríais comida con vos.

-Traje todo lo que pude conseguir-respondió éste- La paz de Ynys Prydein es muy reciente; la guerra fue larga y nuestros almacenes y graneros están aún vacíos.

-Además -continuó Gwenhwyvar con severidad-, ésta no es la guerra de Inglaterra. ¿Esperáis que los ingleses nos alimenten además de luchar por nosotros? -Le dirigió una fulminante mirada-. Mirad, Conaire el Roñoso, tenéis que abrir esas carcomidas arcas vuestras y repartir
parte de vuestro tesoro.

Conaire puso los ojos en blanco e hinchó los carrillos.

-¡No es cosa tuya la riqueza de Uladh, mujer! -farfulló-. ¿Es que no hay ciervos en las colinas o peces en los lagos?

-Sí nos dedicamos a pescar -replicó Gwenhwyvar, enarcando peligrosamente las bien delineadas cejas-, no podemos combatir. ¿O es que tenéis en mente asustar a los vándalos agitando redes de pesca ante ellos? -Giró en redondo y se alejó muy erguida, impidiendo a Conaire cualquier respuesta.

-¡Ahhh! Posee una terrible lengua afilada -masculló el irlandés-. Si no fuera también una reina... -Dirigió una veloz mirada a Arturo y dejó la frase sin terminar. Los nobles del sur se acercaron en aquel momento, y Conaire se cuadró e irguió.

-Es una verdad sencilla -Intervine- y clara como nuestra necesidad: nos falta comida. Como éste es vuestro reino, Conaire, debemos volvernos a vos para que nos la facilitéis.

Conaire, que aún sentía los efectos de la fuerte reprimenda de Gwenhwyvar, no deseaba aparecer avaro ante la vigilante mirada de los nobles de Connacht y Meath. Se alzó en toda su estatura.

-No temáis -dijo expansivo-, retroceded y observad lo que haré. No existe escasez cuando Conaire Mano Roja está cerca.

-Os dejo la cuestión a vos -repuso Arturo y, volviéndose hacia los señores del sur, les dio la bienvenida y se presentó diciendo-: Soy Arturo, rey de los ingleses, y el hombre que me acompaña es Myrddin Emrys, gran bardo de Lloegres, Prydein y Celyddon.

-Por supuesto que los nombres de Arturo y del Emrys no son desconocidos -respondió uno de los reyes-. Yo soy Aedd del clan Ui Neill. Soy pariente de Fergus, y me siento muy complacido de saludaros, Arturo, rey de los ingleses. Mis hombres están a vuestro servicio y a vuestras órdenes. -Luego inclinó la cabeza en leve muestra de respeto.

Volviéndose hacia mí, añadió:

-Pero sin duda existe algún error aquí: no podéis ser el famoso Emrys. Creía que teníais muchos años y sin embargo aquí no veo más que a un chaval.

Aedd hablaba con tal sencillez y buena voluntad que tanto Arturo como yo nos sentimos inmediatamente atraídos hacia él.

-No dejéis que las apariencias os engañen, lord Aedd. El anciano de las historias y yo somos una misma persona.

-¡Entonces es cierto! -exclamó Aedd, expresando su sorpresa-. Sois un auténtico príncipe del Otro Mundo.

-Los años dejan menos huella en mi gente que en otros, no puedo negarlo; pero mientras vivimos, andamos por este mundo y no por otro -repuse-. Así pues, en el nombre de Aquel que nos hizo a todos, me satisface daros la bienvenida.

Los cuatro restantes se apresuraron a acercarse más, ansiosos porque los saludásemos. Aedd, ante el fastidio de Conaire, se encargó personalmente de presentar a sus reales colegas: Diarmait, Eogan del Ui Maine, Illan y Laigin; los cuatro jóvenes y fuertes, a gusto consigo mismos y con sus hombres, seguros de sus habilidades. Cada uno mostraba una riqueza abundante: se cubrían con capas de colores brillantes, unas a rayas rojas y azules, otras amarillo retama o verde esmeralda; sus torcs eran enormes aros retorcidos de oro que, junto con sus anillos y brazaletes, podrían haber mantenido el hogar de un gobernador; las botas y cinturones eran de magnífico cuero curtido, y las espadas colgadas de sus caderas fino acero, largo y afilado.

Los cinco mostraban una gran seguridad en sí mismos que se correspondía con su riqueza. No se la eché en cara. Sin embargo tenía muy presente que Conaire, pese a toda su confianza en sí mismo, era lamentablemente inútil. De todos modos, me dije, si el fanfarroneo por sí solo pudiera vencer a la hueste vándala, no tendríamos que empuñar la espada.

Cada uno de los caudillos irlandeses se remitió a Arturo, reconociendo su fama y colocándose bajo sus órdenes. Aedd y Laigin, apuestos caballeros de negra melena, parecían particularmente ansiosos por asegurarse el favor de éste, lo que satisfizo y alegró a Arturo, y no pasó inadvertido a Conaire. A medida que esta cordialidad fluía entre Arturo y sus hermanos irlandeses, Conaire se fue mostrando más callado y reservado.

Cenamos juntos aquella noche, ingleses e irlandeses a la misma mesa, nobles todos ellos. Y, aunque la comida distó mucho de ser suntuosa, se convirtió en un banquete al calor de esta recién iniciada amistad. Los monarcas irlandeses no dejaron de acosar a los ingleses con preguntas sobre cacerías y caballos, batallas ganadas y perdidas, asuntos de gobierno y de familia, y se mostraron encantados con todo lo que averiguaron. Por su parte, los ingleses quedaron agradablemente sorprendidos por sus compañeros irlandeses.

La mayoría de los ingleses habían llegado abrigando un antiguo resentimiento, si no hostilidad, hacia los irlandeses. Como ya he dicho, ellos o sus padres habían luchado contra invasores irlandeses durante demasiado tiempo como para pensar bien de ellos; y la pobre actuación y peores modales de Conaire no habían alterado precisamente esa opinión. Habían venido únicamente por Arturo, no por ninguna buena voluntad hacia los habitantes de Ierna. Ahora, no obstante, sentados unos junto a otros ante la desgastada mesa con un agujero en el techo y las estrellas veraniegas contemplándolos desde lo alto, los nobles ingleses, como Arturo antes que ellos, advirtieron que entre ellos y los caudillos irlandeses surgía un genuino afecto.

No era la bebida lo que los hacía sentir así: apenas sí tuvimos bebida suficiente para humedecer la lengua con la copa de bienvenida antes de que las provisiones de cerveza se agotaran. Más bien fue el innato encanto de los hijos de DeDannan: su graciosa lisonja seducía y desarmaba. Al igual que su música -que, junto con casi todo lo demás, habían robado años atrás de Ynys Prydein- sus palabras giraban y danzaban en complejos y hermosos diseños que deleitaban tanto al oído como al espíritu.

-¡Cómo hablan! Sin duda, es así como hablan los ángeles -rió entre dientes Caí, extasiado por la gracia de su forma de hablar.

-Hilan delicada lana -coincidió Bedwyr-, sólo que no debes dejar que te caiga sobre los ojos, Cai. -Se sentía reacio a entregarse

incondicionalmente a ellos; por haberse criado en la costa oeste de Inglaterra, Bedwyr tenía deudas de sangre para equilibrar su opinión.

Laigin, sentado al otro lado de la mesa frente a Bedwyr, escuchó el comentario.

-Qué vergüenza -dijo, la sonrisa amplia y agradable-. ¿Es para herir mi corazón que decís esto?

-Temo por vos, amigo -respondió con soltura Bedwyr-, si vuestro corazón resulta herido con tanta facilidad. La vida os debe resultar un dolor perpetuo.

-Me gustáis, Bedwyr -rió el otro-. Y si quedara una gota en mi copa bebería a la salud del Radiante Vengador de Inglaterra. -Alzó la vacía copa, sujetándola con ambas manos-. Por el más noble guerrero que jamás empuñó espada o alzó una lanza.

Bedwyr, apoyando los codos en la mesa, se dejó embaucar por la adulación de Laigin.

-Me parece que no necesitáis nada en vuestra copa -le respondió-, ya que las palabras solas bastan para daros ánimos.

-Desde luego está borracho -comentó Cai en tono guasón-, si cree que eres el guerrero más noble bajo este techo.

-Una vez más, me siento herido -declaró Laigin, llevándose la mano al corazón.

-Bien -concedió Bedwyr-, supongo que debemos ofrecer algún remedio a este daño.

Laigin se inclinó ávidamente al frente al escuchar eso. Comprendí que habíamos llegado al meollo de la preocupación del joven noble... y también con qué destreza había encaminado la conversación hacia donde le interesaba.

-Concededme el honor de cabalgar junto a vos mañana en la batalla -pidió Laigin, ansioso como un chiquillo por obtener la aprobación de su padre.

-Si eso os consuela... -empezó Bedwyr.

-Me animaría enormemente -lo atajó inmediatamente el noble.

-Entonces que así sea. -Bedwyr alzó la mano en señal de asentimiento-. Si utilizáis la espada la mitad de bien que vuestro ingenio, seremos los guerreros más temidos en el campo de batalla.

Cai lanzó un leve bufido para demostrar lo que pensaba de aquello. Entonces habló Aedd, que se encontraba sentado dos puestos más allá, y me di cuenta de que había estado siguiendo la conversación atentamente, sin perder una sola palabra.

-Que se consuelen entre sí con tan lastimosa creencia si es que pueden, hermano Cai -anunció-. No les prestéis atención. Tan sólo permitid que cabalgue junto a vos y demostraremos a todo el mundo lo que pueden conseguir aquellos que conocen la afilada punta de una lanza.

-¡Bien dicho, amigo irlandés! -respondió Cai, golpeando la mesa con la palma de la mano-. Que el enemigo se prepare.

-Y también el amigo -dijo Bedwyn

Se enfrascaron en una amable disputa sobre a quién le iría mejor en la batalla del día siguiente, y un alardeo dio paso a otro. Miré más allá de ellos a lo largo de toda la mesa y vi al resto de los nobles ingleses e irlandeses enfrascados en conversaciones igualmente agradables, con Arturo y Gwenhwyvar presidiendo tan afable reunión, fomentando con suavidad la recién nacida concordia para que creciera y se fortaleciera.

¡Luz Omnipotente, que la hermandad tenga éxito! Envía a tu más dulce espíritu a aliviar heridas y resentimientos de días pasados.

Cuando por fin nos levantamos de la mesa y nos dirigimos a nuestros lechos, era como si hubiéramos descubierto compatriotas más cercanos a nosotros que los parientes de nuestra propia sangre que habíamos dejado atrás. De todos los presentes, Conaire era él único que no estaba de mejor humor y disposición cuando se levantó que cuando se había sentado. La serpiente de los celos había hundido sus afilados colmillos en él y empezaba a carcomerlo.

Con los guerreros reunidos y listos, y las provisiones escasas, no esperamos a que el Jabalí Negro volviera a atacar, sino que fuimos a atacarlo nosotros. A pesar de que aún nos superaban con mucho en número, Arturo, decidido a sacar el máximo provecho del miedo y la confusión que provocaban nuestros caballos, propuso un nuevo ataque nocturno.

Durante todo el día, guiados por los informes de nuestros espías, fuimos estableciendo posiciones en las poco elevadas colinas que rodeaban el

campamento vándalo. A hurtadillas, como un enorme felino al acecho, nos agrupamos poco a poco y en silencio para el asalto. Cuando el sol se hundió bajo la línea del horizonte, ya estábamos listos para el ataque.

Oscureció por fin, pero, incluso con el manto de la noche extendido sobre el valle, el cielo seguía iluminado. Arturo permanecía acurrucado a la oscura sombra de un olmo en la ladera de la colina, entretenido en arrancar briznas de hierba del suelo mientras contemplaba las hogueras del campamento enemigo. Me agaché a su lado. Repartidos por las cimas de las colinas alrededor del campamento, invisibles en el crepúsculo, nuestros guerreros esperaban la señal de Arturo.

La noche estaba en silencio. Allá abajo se oían los sonidos del campamento mientras preparaban la cena: el tíntineo y golpear de utensilios de cocina, el murmullo de voces alrededor del fuego; los sonidos corrientes de la vida ordinaria, inocentes en sí mismos. Después de todo, los vándalos eran seres humanos más parecidos que diferentes en sus formas de ser.

-Yo no escogí esto -murmuró Arturo al cabo de un rato. Sus pensamientos iban parejos a los míos.

-Amílcar lo hizo -le recordé-. Le diste a elegir.

-¿Lo hice? -Escupió el pedazo de hierba que había estado mascando.

Al cabo de un rato, la luna se alzó, arrojando una suave luz plateada sobre el valle. El aire se volvió más frío a medida que el calor de la tierra iba disminuyendo en ausencia del sol. Detrás de nosotros, listos, cada vez más ansiosos por pelear, nuestros guerreros se removían inquietos, irritados por la necesidad de tener que mantener un silencio total y vigilante.

Pero Arturo siguió esperando.

La luna describió su lento y majestuoso recorrido por la bóveda celeste y, poco a poco, los sonidos del campamento enemigo disminuyeron. Con una vista muy fina en la oscuridad, Arturo permanecía agazapado, mudo e inmóvil como una montaña. Sin embargo, percibía en él una agitación interna... ¿o simplemente la imaginaba? A pesar de todo, me parecía como si luchara consigo mismo, como si dudara de la sensatez del camino que seguía. Y por ese motivo vacilaba.

Imaginando lo que pensaba, dije, en voz muy baja:

-El plan de batalla es bueno. Es la espera la que te hace ponerlo en duda.

Volvió el rostro hacia mí, y pude ver sus ojos duros y brillantes a la luz de la luna.

-Pero ¡si no dudo de él!

-Entonces ¿por qué vacilas?

-Si vacilo -respondió-, es a causa de la certeza, no de la duda. Nuestro ataque tendrá éxito. -Devolvió la mirada al valle y atisbó en la oscuridad, como un marino intentando sondear una profundidad inescrutable.

-Extraño motivo de preocupación -observé, en un intento de animarlo.

-Te digo la verdad, Myrddin -dijo, y aunque hablaba con suavidad noté el acerado filo de sus palabras-. Temo a esta victoria, porque no puedo ver más allá de ella. -Se detuvo, y creí que no volvería a hablar; pero al cabo de un rato prosiguió-: De cada acción fluyen series de consecuencias, y de cada conflicto parten dos caminos que los acontecimientos pueden tomar. Siempre, antes de sacar la espada en el combate, miro más allá para ver qué camino puede ofrecer la mejor resolución, y encamino la batalla hacia ese camino si puedo. -Volvió a interrumpirse, y aguardé, dejando que siguiera adelante cuando lo creyera conveniente-. Esta noche -continuó por fin-, esta noche miro, pero no veo adónde puede conducir cada sendero.

-¿Y eso te asusta?

-Sí, me asusta.

-En ese caso me siento muy animado -confesé.

-¿Lo estás? -Volvió a mirarme con fijeza.

-Desde luego -respondí-, ya que eso me indica que después de todo eres de carne y hueso, Arturo ap Aurefus, aunque algunos hayan empezado a pensar lo contrario.

Vi cómo sus dientes centelleaban blancos en la oscuridad al sonreír. Se incorporó bruscamente y extendió una mano para ayudarme a levantar.

-Vamos pues, bardo antipático -dijo-. Es hora de descubrir qué camino tomaremos... y confiemos en que Dios venga a nuestro encuentro.

La Guerra Olvidada

Uno

Todos vosotros que contempláis el país ahora y eleváis vuestra impía queja, decidme: ¿dónde estabais cuando el Jabalí Negro excavaba nuestra sagrada tierra con sus colmillos y sacudía las montañas mismas de Ynys Prydein con sus perversos bramidos?

PENDRAGON IV

¡Decidme! Vosotros, que desde las elevadas almenas de vuestro superior intelecto escudriñáis todo lo que sucede en el mundo y opináis sobre ello, decidme que adivinasteis el desastre que iba a ocurrir. ¡Os desafío a ello! Instruidme, sabias criaturas, sobre cómo podría haberse evitado.

¡Ah, vosotros, grandes lumbreras!, bien resguardados tras vuestra inconmensurable inteligencia mientras contempláis el desastre provocado por Twrch Trwyth, decidme: ¿adivinasteis también que aparecería el Devastador Amarillo?

Cuando el temido cometa pasó sobre la Isla de los Poderosos y azotó Lloegres con su cola, ¿dónde estabais vosotros? Os lo diré, ¿queréis? ¡Zarpasteis en dirección a Armórica!

¿Quién abandonó la tierra que lo vio nacer a manos de los bárbaros? ¿Quién dejó indefensas vuestras costas? ¿Quién dio la espalda a Inglaterra en su hora de peligro y terror? No Arturo. Arturo jamás lo hizo.

¿Por qué os quejáis? ¿Por qué lo degradáis ahora? ¡Exijo una respuesta! Decidme: ¿por qué apenáis al cielo con vuestra lamentable controversia?

Las observaciones quisquillosas de los pérfidos son como el maullido de gatos enfermos. No significan nada, excepto un espíritu mezquino y poco generoso, perverso en su rencor y podrido de envidia. Los seres de poca voluntad siempre critican a aquellos que, cuando llega el
día de la contienda, llenan sus corazones de ánimo y arrojan a un lado la propia seguridad. El miedo es el primer enemigo del hombre, y el último. Escuchadme ahora; os digo la verdad: conquistad el miedo y vuestra recompensa está asegurada.

La noche que Arturo buscó la luz en los sombríos senderos del conflicto, no encontró más que miedo. A pesar de ello, por ser Arturo, dejó de lado el miedo y se esforzó por conservar la fe. De este modo, de todo lo que aconteció después no se lo considerará responsable. Esto es algo que los seres mezquinos jamás comprenderán.

Triunfamos esa noche, pero nuestra victoria sembró las semillas de una amarga cosecha. Obtuvimos la libertad de la Isla de Eireann, pero a un alto precio para Ynys Prydein; pues la liberación de Ierne significó una horrible prueba para Inglaterra.

A una orden de Arturo, Rhys hizo sonar un corto y agudo toque de cuerno, que fue respondido no menos de siete veces a lo largo del valle. Al segundo toque de cuerno, lanzamos nuestros caballos al galope y descendimos como el rayo en una noche sin nubes.

PENDRAGON IV

Penetramos de esta guisa en el dormido campamento, pero los vándalos, que vivían en continuo estado de guerra y estaban acostumbrados a ello, se recuperaron de la sorpresa y reaccionaron con rapidez. Abandonando sus redondas tiendas, corrieron en busca de sus armas profiriendo gritos, y en cuestión de minutos nos enzarzamos en violento combate. Fue entonces cuando el genio de Arturo volvió a mostrarse.

Pues, al utilizar tantos puntos de ataque, obligó al enemigo a desperdigarse y a permanecer a la defensiva. Aunque cada uno de nuestros grupos de ataque era pequeño, la horda bárbara, más numerosa, no podía permitirse desdeñar ninguno de ellos, ya que cada desliz era castigado severamente. El Jabalí Negro y sus caudillos no podían ni unificar ni concentrar la defensa, y se veían así privados de la ventaja que les confería su gran número. Los veloces jinetes atacaban y se retiraban para volver a atacar una y otra vez.

La táctica no habría funcionado de día; pero era perfecta para un ataque nocturno, donde la oscuridad multiplica la confusión y el caos propios de una batalla y se transforma en una poderosa fuerza en sí misma. Arturo manipuló esta fuerza, la utilizó como un arma. Un arpa que suena bajo los dedos de un auténtico bardo no es más que algo insulso y amortiguado comparada con el sonido de un arma en manos de Arturo. Y yo me sentía maravillado al oírlo.

Cabalgué en primera línea con él; Llenlleawg y Gwenhwyvar a su izquierda, yo a su derecha, respaldado por Cador y Meurig y sus hombres. De vez en cuando, vislumbraba por un instante a los otros grupos mientras se arrojaban a un lado y a otro a lo largo del frente de batalla. Era la orden de combate de Arturo que evitáramos enfrentarnos cara a cara con el enemigo, de modo que asestábamos golpes indirectos: atacábamos y nos retirábamos antes de que pudieran reunir sus fuerzas para atraparnos, que era lo que intentaban.

Arturo no cesaba de escudriñar el embravecido mar de combatientes en busca del estandarte del Jabalí Negro; si por casualidad tropezaba con Twrch Trwyth en la batalla, la oportunidad de cruzar su espada con el vándalo no se le escaparía. La fortuna en el combate decretó que Arturo tuviera su oportunidad. Durante una de nuestras vertiginosas incursiones, vi el estandarte del jabalí alzarse ante nosotros, y en el mismo instante escuché un potente grito de batalla en tanto que Arturo pasaba a toda velocidad por mi lado, encaminándose al lugar. Espoleé mi montura al frente, en un intento por mantenerme a su altura. Vi la espada de Llenlleawg centellear a la luz de las hogueras rivalizando con la de Arturo en mandobles.

PENDRAGON IV

Los dos se introdujeron en la revuelta masa de combatientes que teníamos delante. Al volver la cabeza a mi derecha, distinguí a Gwenhwyvar que se esforzaba por seguirnos.

-¡Señora! -chillé-. ¡Aquí! ¡Por este lado!

Se reunió conmigo al momento y juntos atacamos la embravecida masa que se defendía. Golpeé con la espada, mi brazo subiendo y bajando incansable, y la veloz hoja fue abriendo un sendero por la fuerza por entre la porfiada masa. De improviso el camino quedó despejado y descubrí ante mí al enorme caudillo vándalo, rodeado por su guardia personal, y a Arturo, sobre su encabritada montura; Caledvwlch era una borrosa mancha roja en su mano.

Twrch Trwyth, furioso, los ojos simples aberturas llenas de odio, respondió al ataque de Arturo. Dio un salto al frente, con la lanza apuntada a la garganta de su oponente.

Pero Arturo fue muy rápido. La espada centelleó en el aire, el arma del Jabalí Negro se partió y la punta rodó a un lado. Desarmado, Amílcar retrocedió para protegerse tras el levantado escudo. Arturo asestó al escudo un golpe tremendo; luego otro y otro.

El caudillo vándalo se tambaleó y retrocedió. Vi cómo daba un traspié al tiempo que su guardia personal se lanzaba al frente para rodearlo de nuevo. Luego la marea de la batalla se lo llevó. El enemigo cayó sobre nosotros, y no quedó otra alternativa que interrumpir el ataque o verse arrastrado al suelo. No había otra solución que retirarse.

Nos reagrupamos fuera del alcance de sus lanzas.

-¡Lo tenía! -exclamó Arturo con frustración-. ¿Lo visteis? ¡Lo tenía!

-Lo vi -dijo Gwenhwyvar-. Lo heriste, Arturo. Cayó al suelo.

-Sí, cayó -confirmó Llenlleawg-. Pero me parece que no estaba herido.

-¡Estuve así de cerca! -gritó Arturo, dándose una palmada en el muslo. El escudo tintineó en su brazo-. ¡Lo tenía en mis manos!

-No te esquivará por mucho tiempo -afirmó Gwenhwyvar-. Pocos hombres sienten el mordisco del Oso de Inglaterra y viven para contarlo.

Cador detuvo su caballo junto a nosotros.

-Una lástima. Tendrás otra oportunidad, Artús.

-Si eso ha de ser así -respondió Arturo, inspeccionan-do la refriega-, será en otra batalla. Ésta ha terminado.

-¿Terminado? -protestó Cador-. Artús, justo empezamos a dejar nuestra marca aquí.

-Y el enemigo ha empezado a deshacerse de su confusión. -Señaló con la espada-. Muy pronto Twrch se dará cuenta de que puede rechazarnos. Preferiría que estuviéramos fuera de aquí antes de que eso suceda.

Recorrimos la línea de combate con la mirada. Los vándalos estaban por todas partes iniciando la ofensiva. Envalentonados finalmente, devolvían el ataque; el curso de la batalla cambiaba. Era hora de retirarse.

-¡Rhys! -chilló Arturo-. ¡El cuerno! ¡Llama a retirada!

Así pues, con el sonido del cuerno de caza resonando en nuestros oídos, huimos, ascendimos de nuevo las largas laderas y nos perdimos en la oscuridad. Nos detuvimos en la cima de la colina para volver la vista hacia nuestra obra de aquella noche. El campamento enemigo era un completo caos: tiendas quemadas, hombres que chillaban y gritaban de dolor mientras corrían de un lado a otro. Alrededor del perímetro, los muertos yacían esparcidos por el suelo.

-Victoria -murmuró entre dientes Arturo-. Le llena a uno el corazón de orgullo, ¿no es verdad?

-Amílcar comprenderá que no puede conseguir sus objetivos -respondí-. Puede que hayas salvado las vidas de muchos esta noche.

-Recemos al Señor para que tengas razón, Myrddin -replicó el rey. Luego, haciendo girar su montura, descendió por la colina alejándose del valle.

No regresamos a la fortaleza abandonada, sino que descansamos junto a un arroyo a poca distancia del campo de batalla. Al amanecer, uno de los exploradores que Arturo había destacado para vigilar el campamento enemigo apareció para despertarnos.

-El enemigo levanta el campo, señor -informó el jinete-. Parece que se trasladan.

-Muéstramelo -ordenó Arturo.

Llamó a Cador y a mí para que lo acompañásemos, y, en un gesto de reconciliación, también a Conaire. Alcanzamos la cima de la colina que daba sobre el campamento vándalo justo cuando el sol salía por el este.

PENDRAGON IV

Contemplamos el valle, con el rojo sol alzándose ante nuestros ojos, y observamos cómo una fila de guerreros se separaba de la masa y empezaba a avanzar a lo largo del arroyo en dirección oeste. Muy pronto toda la horda invasora estaba en movimiento, fluyendo como un negro río en dirección al mar.

-Se van -observó Cador-. ¡El triunfo es tuyo, Artús! Los has derrotado.

Ladeando la cabeza a un lado, Arturo contempló durante un buen rato la pleamar que se retiraba. Cuando por fin se dio la vuelta, todo lo que dijo fue:

-Seguidlos.

Luego Arturo y yo regresamos con nuestros hombres, dejando a Cador, Conaire y el explorador para vigilar al enemigo que se retiraba. Los reyes y nobles esperaban noticias, y Arturo no perdió el tiempo:

-Parece que el ejército enemigo abandona el valle. He dejado a Cador y a Conaire para que lo sigan y nos informen de sus propósitos.

Así pues nos acomodamos para esperar, y el día fue avanzando. Los hombres se ocuparon de sus armas y atendieron sus heridas, agradecidos por el descanso. Cuando el sol había dejado atrás el mediodía, Fergus llegó entre grandes aclamaciones con las muy necesarias provisiones; incluido un pequeño rebaño de reses que avanzaba por su propio pie. Encargó a los que lo acompañaban la distribución de la comida y vino hasta nosotros. Ciaran, el sacerdote, iba con él.

-¿Qué es lo que oigo? -quiso saber Fergus-. ¿El enemigo derrotado? Eso es lo que dicen. ¿Es cierto?

-Eso parece -1e informó Gwenhwyvar. Se levantó y saludó a su padre con un beso-. El Jabalí Negro ha abandonado el valle... Conaire y Cador lo siguen para averiguar adónde va.

-Y aquí estoy yo con carne y grano suficientes para pasar todo el verano -se quejó Fergus de buen humor- ¿Qué voy hacer con todo ello ahora?

-La comida no es menos bienvenida por eso -le dijo Cai-. Esperar despierta el hambre, y estoy hambriento.

-No digas nada más, amigo mío. -Fergus se volvió y dio una serie de órdenes que hicieron venir corriendo a hombres cargados con hogazas de pan recién horneado, piernas de carne asada y odres de cerveza. Al parecer, el noble irlandés había arrebatado el pan de los hornos y la carne

del asador, recogiendo incluso las migajas de debajo de las mesas de aquellos de los que obtenía ayuda.

-Oh, lo dieron de muy buen grado -explicó Fergus cuando Bedwyr comentó sobre la sorprendente generosidad-. En cuanto hube obtenido su simpatía, nada les parecía suficiente. El Señor los bendiga.

-¡Fergus mac Guillomar! -gritó Gwenhwyvar-. ¿Has robado los poblados de Conaire?

-¡Tcha! -Fergus aspiró con fuerza-. ¡Me ofendes, hija! ¿He robado alguna vez un bocado? Jamás. -Paseó la mirada a su alrededor y, al encontrar pocos que creyeran en él, apeló a Ciaran-. Contádselo, sacerdote. Vos estabais allí.

-Es cierto -afirmó el otro-. Todos dieron de buen grado. Pero por mi vida que todavía no entiendo cómo es que aquellos que eran más reacios al principio fueron los que más dieron al final.

-Ah, es mi encantadora forma de ser -sonrió Fergus-. He descubierto que en cuanto una persona comprende con claridad lo que se requiere de ella, lo hace de muy buen grado.

-Y la presencia de guerreros armados en la puerta no tuvo nada que ver con eso, supongo -observó Gwenhwyvar.

-Hija, hija -la reprendió él-, ¿acaso esperas que corretee por el país sin protección? Escúchate a ti misma. Desde luego que fui acompañado de fornidos guerreros... Lo confieso libremente. ¿De qué otro modo podía repeler a los vándalos y llevarme los suministros confiados a mi cuidado?

Todos rieron muy divertidos por las explicaciones de Fergus.

-Amigo Fergus -intervino Arturo entonces-, como sea que hayáis conseguido la carne y la cerveza, resulta más que conforme. Os doy las gracias, y no puedo menos que alabar vuestra diligencia.

-Sois muy amable de alabarme así -respondió el monarca irlandés- De todos modos, hubiera preferido estar aquí anoche con vos. Me perdí una buena pelea, me parece. ¡Si al menos la hubiera presenciado!

-Bien, yo estaba allí -le dijo Cai, secándose la boca con la manga y alzando la copa que sostenía-. Y os digo de veras que la espuma de esta copa es mejor espectáculo a mis ojos que lo que vi anoche.

Empezaba a hacer calor -otro día caluroso y sin nubes- y, tras la comida, los hombres se tumbaron a dormir, refugiándose donde podían bajo los

árboles y arbustos de los alrededores. De esta guisa pasamos el tiempo, mientras esperábamos que Conaire y Cador regresaran con noticias de la retirada vándala.

No fue hasta el atardecer del siguiente día que llegaron dichas noticias. Los dos nobles y su explorador surgieron de una roja puesta de sol, hambrientos y muertos de sed tras haber cabalgado lejos y muy deprisa, para informar que la hueste bárbara había subido a sus naves y zarpado.

Dos

-Saben que no pueden oponerse a nosotros -se jactó Conaire-. Los hemos echado. -Los nobles se sentían inclinados a darle la razón; la mayoría de los señores irlandeses contemplaban la partida de los bárbaros bajo una luz favorable. Arturo no se sentía tan seguro.

-El Jabalí Negro no ha abandonado la lucha -dijo el Supremo Monarca a los reunidos-. Simplemente se ha marchado en busca de botines más fáciles de obtener en otra parte.

-¿Qué nos importa eso? --replicó Brastias-. Ha abandonado Ierne, y eso es todo lo que importa.

-¿Lo es? Arturo se enfrentó con el sedicioso noble-. Amílcar ya se fue en otra ocasión... para aparecer de nuevo en otro punto de la costa. -Reunió a los nobles irlandeses y prosiguió-: Vosotros sois quienes mejor conocéis vuestra isla; por lo tanto, debéis recorrer las costas para averiguar adónde ha ido el Jabalí Negro.

-Se tardará tiempo -advirtió Conaire-. Existen más repliegues en la costa que estrellas en el cielo.

-En ese caso debéis partir a toda prisa -ordenó Arturo.

Tras una corta discusión se decidió que cada monarca, encabezando un grupo de reconocimiento formado por seis hombres, registraría diferentes partes de la isla y, de este modo, se daría la vuelta a toda la isla. Hecho esto, se darían prisa en regresar con sus informes. Entretanto, los barcos de Arturo iniciarían una amplia búsqueda; algunos navegarían al norte, lo rodearían y luego descenderían hacia el sur, a través del estrecho; otros navegarían hacia el sur por la costa oeste, doblarían el extremo sur en dirección este y subirían.

PENDRAGON IV

-Resulta un plan muy poco distinguido -comentó Arturo cuando la primera patrulla abandonó el campamento. Se detuvo, ceñudo, a observar la partida de los jinetes-. Dios sabe que no se me ocurre otro modo.

-No hay otro modo -respondió Bedwyr-. Has tomado la decisión más prudente, y no se puede hacer nada más que hasta que las patrullas regresen. Quítatelo de la cabeza. Oso.

Pero Arturo no podía hacerlo. Transcurrieron los días... ¡y cómo se arrastran con desesperante lentitud para aquellos que aguardan! Pasados seis días, Arturo colocó centinelas en las zonas altas para que vigilaran las rutas del este, oeste, norte y sur, y les encargó que avisaran en cuanto vieran volver a alguien.

Mientras el resto del campamento se acomodaba de nuevo para esperar, el Supremo Monarca se dedicó a pasear por todo el perímetro como un oso inquieto; comía poco y dormía menos, y se volvía más irritable con cada día que pasaba. Gwenhwyvar y Bedwyr intentaron apaciguarlo y, cuando sus intentonas fallaron, vinieron a mí en busca de solución.

-Sin duda esa ansiedad no es buena para él -dijo la reina-. Myrddin, debéis hacer algo.

-¿Qué suponéis que puedo hacer que no podáis vos?

-Hablad con él -sugirió Bedwyr-. Siempre os escucha.

-¿Y qué queréis que le diga? -contesté-. ¿Debo decir: no te preocupes, Arturo, todo irá bien? Tiene razón en preocuparse. Amílcar nos ha colocado en una situación apurada y Arturo lo sabe. Piensa, Bedwyr: no podemos movernos de aquí hasta que sepamos adónde ha ido el Jabalí. Entretanto, los bárbaros son libres de atacar donde les plazca.

--Lo sé -repuso Bedwyr con frialdad-. Sólo quería indicar que a Arturo no le hace ningún bien inquietarse así.

-¡Es el rey! ¿Acaso no debería inquietarse por sus cosas? -repliqué.

-¡Bardos! -exclamó Bedwyr poniendo los ojos en blanco.

-De nada sirve que peleemos entre nosotros -intervino Gwenhwyvar-. Si no podemos tranquilizar a Arturo, al menos no aumentemos sus preocupaciones.

La tarde del noveno día, dos jinetes bajo las órdenes de Fergus regresaron para informar que la costa noroeste, desde Malain Bhig a Beann Ceann, había sido registrada.

-No se han avistado naves enemigas por ninguna parte -comunicó el explorador-. Lord Fergus sigue con la búsqueda hacia el norte hasta Dun Sgeir.

Cuatro días después, regresaron exploradores procedentes de la costa este.

-Hemos descendido en dirección sur hasta Loch Laern -dijeron-, y no hemos visto otra cosa que vuestros propios barcos cruzando el estrecho, señor. El piloto dijo que ellos tampoco habían visto ninguna señal de los vándalos.

Otros siete días trajeron más noticias: no se habían avistado naves enemigas en la costa oeste desde Dun Iolar a la bahía de Gaillimh. Tras esto los informes llegaron con mayor rapidez -uno o dos por día -y todos con la misma noticia: no había barcos enemigos; a los vándalos no se los veía por ninguna parte. Si alguien pensó que esta información alegraría a Arturo, se equivocaba. A pesar de los ánimos de sus nobles, recibía estos informes con el mayor temor: como si cada observación negativa confirmara una terrible sospecha.

La única variación en el esquema llegó con el último de los grupos, conducido por Laigin, cuyos exploradores habían registrado las remotas y escasamente pobladas penínsulas de la costa sur.

-Había barcos, creo; pero no los vimos -dijo Laigin-. Las gentes de Ban Traigh dicen que había muchos barcos allí, aunque los invasores no atacaron.

-¿Cuándo? -preguntó Arturo.

-Eso es lo extraño -respondió el noble irlandés- Parece que estuvieron allí mientras el Jabalí Negro luchaba aquí.

-Eso no puede ser -objetó uno de los ingleses; creo que fue Brastias-. Se equivocan. Debe de haber sido antes de la batalla...

-O después, más probablemente -sugirió Owain.

-¿Qué puede importar ahora? -intervino Urien-. Se han ido, y eso es lo que importa.

Arturo dirigió una furiosa mirada al hombre, pero no quiso responder a tal estupidez. Se envolvió en su sofocante silencio y se alejó. No conseguimos que volviera a hablar hasta dos días más tarde, cuando sus propios barcos

regresaron. Barínthus, como jefe a cargo de la tarea, se presentó ante el rey con el último informe.

-Hemos rodeado toda la isla, y no hemos visto ni cascos ni velas en ningún escondrijo del norte, sur, este u oeste. Las naves negras se han ido de estas aguas.

-¡Dilo en voz alta! -chilló Conaire, abriéndose paso al frente-. ¡El enemigo ha sido vencido! ¿Qué más pruebas se necesitan? ¡Hemos ganado!

Fergus, ansioso por ofrecer su agradecimiento, hizo suyo el grito.

-¡Salve, Arturo! ¡Ierne es libre! ¡El bárbaro ha sido derrotado!

Al oír esto, todo el campamento estalló en atronadores vítores. La celebración, tanto tiempo denegada, empezó en ese mismo instante; los monarcas irlandeses solicitaron de sus bardos que compusieron cantos de victoria, y la cerveza volvió a correr. Se avivaron las hogueras y se sacrificaron rápidamente varias cabezas de ganado para cocinarlas en asadores sobre las llamas. La larga y ansiosa espera había finalizado: Ierne era libre; la victoria, completa.

Tras días de inactividad, señores y guerreros no dejaron escapar la oportunidad de dar rienda suelta a su ansiedad mediante el jolgorio. Era como si todo el campamento hubiera estado conteniendo la respiración hasta ahora, y descubriera, con gran alivio, que podía volver a respirar. Mientras la carne se asaba y la cerveza corría del odre a la jarra y de la jarra a la copa, los bardos empezaron a recitar sus canciones, ensalzando las virtudes del ejército allí reunido y de sus campeones. A la conclusión de cada poesía, los guerreros aplaudían con ruidosas aclamaciones. Los mejores esfuerzos recibían también su recompensa material -los nobles patronos concedían a sus Señores de los Cánticos lujosos adornos de plata y oro- que inspiraba a su vez aún más exaltadas composiciones de alabanzas y juegos de palabras.

Pero Arturo se mantenía al margen y contemplaba el jolgorio con frialdad. Gwenhwyvar, que había sobrellevado su preocupación con gran entereza durante tantos días, no pudo menos que echarle en cara su melancolía.

-Ese entrecejo fruncido podría agriar la miel -le dijo-. Ierne se ha sacudido de encima al invasor. Es la mejor noticia que podíamos recibir.

Se volvió ceñudo para contemplar a su esposa.

-Ésa -replicó con sequedad- es la peor noticia de todas. Lo que yo más temía ha ocurrido. -Extendió una mano en dirección a los bullangueros guerreros-. ¡La salvación de Eiru es la ruina de Ynys Prydein!

Dicho esto se precipitó al centro de la reunión y, arrebatando a Rhys el cuerno de caza, se lo llevó a los labios y lanzó un sonoro toque. Esperando un discurso de alabanza y la entrega de regalos, los reunidos pidieron silencio y se aproximaron para escuchar lo que tenía que decir el
Supremo Monarca. Cuando estuvo seguro de que todos podían oírlo, Arturo dijo:
-Se ha obtenido la victoria para Ierne, pero debéis continuar vuestra celebración solos. He de regresar a Inglaterra de inmediato. -Acto seguido Arturo ordenó a sus hombres que empezaran a preparar la partida.

-No, Arturo. ¡No! -exclamó Fergus-. Habéis padecido mucho por nosotros; por lo tanto debéis quedaros, descansar y dejar que os festejemos durante tres días. No es más que una pequeñez a la vista de lo que habéis pasado por nosotros.

-Os doy las gracias, y mis nobles también -respondió Arturo-. Puede que volvamos a encontrarnos, si el Señor así lo quiere, para reanudar nuestro banquete en mejores momentos. Me temo que ya he esperado demasiado.

-Un día más al menos -insistió Fergus-. Debéis permitir que os rindamos el homenaje apropiado a la victoria que habéis obtenido para nosotros. Pues juro por mi cabeza y mi mano que sin vos no habría aquí hombres libres en este día.

Conaire, apostado no muy lejos, oyó esto e hizo una mueca de desagrado.

-Lord Arturo ha hablado, Fergus. No es correcto que mantengamos a gente tan eminente alejada de sus importantes asuntos.

Algunos de los ingleses que se encontraban más cerca escucharon el comentario y se sintieron ofendidos. Urien se incorporó de un salto, con los puños apretados.

-¡Inmundicia irlandesa! -gruñó en voz baja.

Gerontius dio un paso al frente, pero Brastias estiró el brazo para detenerlo.

-Calma, hermano.

Owain, que era quien estaba más cerca de Arturo, se puso en pie.

-Lord Arturo -dijo en voz alta-, hemos esperado hasta ahora; un día más ya no importa. Tanto en lo referente a banquetes como a combates, me gustaría que estos reyes irlandeses se dieran cuenta de que Inglaterra es la mejor -finalizó, dirigiendo a Conaire una mirada desafiante.

Los otros ingleses asintieron rápidamente a la sugerencia de su compañero, repudiando la descortesía de Conaire. Pero Arturo no se dejó influir.

-No hay que perder ni un momento más -declaró-. Reunid a vuestros hombres, Owain, tú y los otros nobles, y dirigíos a los barcos. Zarpamos para Ynys Prydein inmediatamente.

La decisión del Supremo Monarca enojó a los guerreros y a la mayoría de los nobles; únicamente aquellos que conocían mejor a Arturo aceptaron la orden, a pesar de no comprenderla. Tan sólo Cai, Bedwyr, Cador y yo mismo pensamos que había actuado con sensatez; los restantes consideraron su comportamiento precipitado, grosero y desconsiderado.

No obstante, las naves no tardaron en quedar totalmente cargadas y se reanudó una vez más el arduo proceso de trasladar al ejército inglés. Tal y como sucediera en la anterior travesía, el viento se negó a prestarnos ninguna ayuda; suplimos su falta a base de remar, lo que casi todos los guerreros consideraron como un tedioso castigo. En los ratos de descanso de sus tareas, los cymbrogi dormitaban o conversaban para pasar lo mejor posible el largo día de verano. Mientras el sol surcaba lentamente el despejado cielo, yo permanecía en pie junto a la proa, escuchando las conversaciones de mi alrededor y el pausado y rítmico chapoteo de los remos, contemplando la danza de la calima sobre la plana línea del horizonte. Sentía el calor del sol en la cabeza, golpeándome con peculiar intensidad, y empecé a preguntarme cuánto tiempo hacía que no llovía. ¿Cuánto tiempo hacía desde la última vez que había visto un cielo plomizo cargado de nubes y sentido la fría brisa del norte en el rostro?

Absorto en mis pensamientos oí una voz que me decía: *No tenemos elección. Quémalo. Quémalo por completo.*

La extraña intrusión me sobresaltó. Giré para ver quién había hablado, pero todo estaba igual que antes: hombres en diferentes posiciones de reposo, sin nadie que me prestara demasiada atención. Tardé unos instantes en comprender que no había percibido la voz en realidad; no con el oído al menos. La voz me había llegado de la forma en que a veces me llegan las voces.

Me esforcé por oír más, pero ya había desaparecido.

-No tenemos elección -susurré para mí, repitiendo lo que había oído-. Quémalo.

¿Qué significaba?

Siguió otro día largo y caluroso, y luego otro; vislumbramos la accidentada costa de Inglaterra en el crepúsculo, pero ya era noche cerrada cuando penetramos en Mor Hafren, y teníamos la marea en contra. En lugar de desembarcar en plena noche en una costa rocosa, nuestra pequeña flota lanzó el ancla y esperó el cambio de la marea antes de ascender por el canal del estuario hasta el desembarcadero conocido como Caer Legionis.

No pudimos seguir adelante hasta el amanecer. Como la nuestra era la nave que iba a la cabeza, fuimos los primeros en percibir el humo en el aire matinal, y los primeros en avistar la negra y desagradable neblina que embadurnaba el cielo por el este. ¡Ay de mí! Fuimos los primeros en contemplar aquella visión que la larga experiencia de nuestra raza más nos ha hecho temer: la negra masa formada por una concentración de cascos de naves enemigas.

Las odiosas quillas habían sido encalladas en la playa, y las naves -¡docenas de ellas, de todos los tamaños y formas, suficientes para servir a un emperador!- cientos de naves, atadas barandilla con barandilla e incendiadas. Las velas y cascos debían llevar días ardiendo; incluso ahora el humo se elevaba hacia el cielo desde los humeantes mástiles y quillas.

¡Eran tantos! Docenas y docenas de barcos enemigos, muchos más de los que habíamos visto en Ierna, y todos ellos quemados en la orilla. Contemplamos el horrible espectáculo con sorpresa y desaliento, y lamentamos en nuestros huesos su significado.

El Jabalí Negro andaba suelto por la Isla de los Poderosos. Y, bendito Jesús, tened misericordia, pensaba quedarse.

Tres

Poseído de una fría cólera, Arturo ordenó a Barinthus que atracara algo mas arriba del estuario, y envió a Bedwyr, Llenlleawg y a los Cymbrogi a explorar el camino. Permaneció con el agua hasta las rodillas dando órdenes a sus jefes guerreros a medida que desembarcaban, y las primeras divisiones estuvieron armadas, a caballo y en marcha antes de que las últimas naves hubieran tocado la orilla.

Los vándalos habían dejado un amplio rastro en el suelo del valle; hierba aplastada sobre el reseco suelo por miles y miles de pies.

El sendero conducía directamente a Caer Legionis, pero la ciudad en sí, tal cual era, había sido abandonada en tiempos de Macsen Wledig al

marcharse las legiones; la gente había regresado a las colinas circundantes y construido una pequeña fortaleza en una colina, recuperando así una forma más antigua y segura de vivir.

Rodeamos la desierta ciudad y continuamos hasta la fortaleza de Arturo en Caer Melyn. Mientras nos acercábamos, nos encontramos con Bedwyr y dos exploradores que regresaban.

-Han saqueado nuestra fortaleza -informó-, e intentado incendiarla. Pero el fuego no ha prendido. La puerta está reventada.

-¿Y los de dentro? -preguntó Arturo.

-Muertos. Muertos... todos ellos.

Al ver que Arturo no respondía, Bedwyr continuó:

-Cogieron lo que pudieron transportar y se marcharon. ¿Envío a Llenlleawg y a los otros por delante para averiguar adónde han ido?

Arturo siguió sin responder. Parecía mirar a través de Bedwyr a las colinas situadas detrás.

-Artús... -dijo Gwenhwyvar, que cada vez reconocía y comprendía mejor los estados de ánimo de su esposo-, ¿en qué piensas?

Sin decir una palabra, el Supremo Monarca alzó las riendas y continuó hasta el caer. Si el Jabalí Negro hubiera querido devastar la fortaleza, ni un solo madero habría quedado en pie. Tal y como estaba, no obstante, aparte de la puerta rota, la fortaleza aparecía intacta: en silencio, pero sin daños. No fue hasta que entramos en el patio que vimos las paredes ennegrecidas y percibimos el hedor de la muerte. Un grupo de cymbrogi se ocupaba ya de la triste tarea de sacar a los muertos y realizaba los preparativos necesarios para enterrarlos en la ladera de la colina al pie de la empalizada de madera.

Nos unimos a tan desoladora tarea, para luego reunirnos en la ladera al anochecer y elevar nuestras oraciones por los hermanos caídos mientras los confiábamos a sus sepulturas. Hasta que la verde hierba hubo cubierto el último cadáver, Arturo no entró en la sala.

-Fueron descuidados-observó Cai-. Tenían prisa.

-¿Cómo lo sabes? -inquirió Urien. Desde los últimos días pasados en Ierne, no había hecho más que seguir a Arturo, en un intento por congraciarse con el grupo más cercano al Supremo Monarca. Si es que alguien se daba cuenta de su presencia, nadie lo demostraba.

-Si Twrch Trwyth hubiera deseado su destrucción -respondió Cai secamente-, el caer estaría convertido en cenizas, y éstas desperdigadas a los cuatro vientos.

Desconcertado por su fracaso para distingúir lo evidente, Urien se retiró y no volvió a hablar.

-Es una suerte que tengamos aún con nosotros al ejército -dijo Bedwyr-. Esa enorme hueste a pie...

-Nuestros caballos pueden alcanzarla con facilidad -intervino Cai, terminando la frase-. No pueden haber llegado muy lejos.

-Pero nuestro ejército es más pequeño ahora de lo que era en Ierne -indicó Cador-. Sin el apoyo de los nobles irlandeses, me temo que nos irá peor que allí.

-Gwalchavad ya debe de haber llegado hasta los señores del norte con nuestra llamada -le recordó Bedwyr-. Idris, Cunomor y Cadwayo no tardarán en llegar.

Cador asintió pero el gesto hosco no abandonó su cara.

-Necesitamos más -dijo, al cabo de un rato- Incluso con los ejércitos del norte todavía hay diez o veinte vándalos por cada guerrero inglés.

-Bors y Ector llegarán en cualquier momento -añadió Cai-. Entre los dos traerán más de seiscientos hombres.

Siguió un cálculo de hombres; se hicieron recuentos y estimaciones de los ejércitos. Como máximo podíamos contar con cuatro mil, quizá más... aunque lo más probable es que fueran muchos menos. De todos modos, la falta de potencia combativa no era la preocupación principal. Los hombres han de comer si tienen que luchar, y la conversación pronto se desvió hacia el persistente problema de las provisiones. Los guerreros precisan de un suministro constante e ininterrumpido de comida y armas, y nosotros carecíamos de armas o comida suficientes para sostener una campaña larga.

-Tendremos que recorrer los poblados en busca de suministros -hizo notar Cador, sombrío-, y eso apartará hombres del combate.

-Si no los enviamos -respondió Gwenhwyvar-, nos costará la vida de muchos más. No hay otra salida.

-Existe otra salida -dijo Arturo con calma, dejando oír por fin su voz-. Utilizaremos el tesoro de Inglaterra para comprar grano y reses en Londinium. -Se volvió hacia Cador y le indicó-: Te encomiendo a ti esta tarea. Coge todo lo que obtuvimos en las guerras contra los saecsen y utilízalo en los mercados.

Bedwyr sacudió la cabeza perplejo.

-¡Oso, por el amor de Dios, nos han saqueado! ¡Amílcar lo tiene todo!

-¿Todo? -inquirió Arturo; este problema no se le había ocurrido.

-No todo, supongo -concedió Bedwyr-. Nos queda lo que había escondido bajo el hogar, y lo poco que llevamos con nosotros a Ierne.

-¿Es suficiente? ¿Ese poco es suficiente?

-Puede -contestó Bedwyr dudoso.

-Artús -intervino Gwenhwyvar-, lo que nos falte lo pueden suplir las iglesias. Ellas tiene oro y plata en cantidad. Acude a ellas. Que nos ayuden tal y como nosotros las hemos ayudado.

-Ve con tiento -advertí-. Separar a los hombres santos de sus riquezas terrenales tiene sus consecuencias.

-Escucha a tu reina -instó Bedwyr-. ¿De qué les servirá su oro y su plata cuando lleguen los bárbaros y se lo lleven? Perderán tesoros y vidas. Pero, si nos entregan el oro a nosotros, al menos puede que salven sus vidas.

-Que así sea -dijo Arturo, que ya había oído suficiente. A Cador indicó-: Deténte en las iglesias que encuentres en el camino y consigue lo que puedas. Diles que Arturo lo necesita. Cuando llegues a Londinium asegúrate de hacer buenos tratos... Nuestras vidas dependen de ti.

Cador aceptó de mala gana.

-Como quieras, mi señor -respondió-. Partiré mañana al alba.

-Me voy a mi habitación... o a lo que queda de ella -anunció Arturo, poniéndose en pie-. Cuando los jefes hayan acomodado a sus hombres que se reúnan conmigo aquí para celebrar un consejo.

Así pues, mientras un miserable pedacito de luna se alzaba para iluminar el destrozado caer, los señores de Inglaterra se sentaban para planear la defensa de la isla. Tras haber visto la forma de combatir de los vándalos, los ingleses estaban todos a favor de un enfrentamiento directo.

-Yo digo que los pasemos a punta de espada -arguyó Ogryvan-. Tiemblan de miedo cada vez que ven nuestros caballos. Podemos alcanzarlos y pisotearlos.

-Tiene razón. Un ataque audaz los enviará de vuelta a sus naves, a toda velocidad -añadió Brastias-. Son unos cobardes y acabaremos con ellos en un momento.

-Cuanto antes les presentemos batalla -opinó Meurig-, antes nos desharemos de ellos. Debemos ponernos en marcha enseguida.

-Y entonces no necesitaremos todas las provisiones que consideras necesario que compremos –intervino Ulfias esperanzado-. Podemos zanjar la cuestión antes de la cosecha.

El Supremo Monarca borró en un momento tales ideas de sus mentes. Se puso en pie, con los puños apretados, y les gritó:

-¿Es que la visión de las naves quemadas no significa nada para vosotros? -Los nobles intercambiaron cautas miradas. Al ver que ninguno se atrevía a responder, Arturo prosiguió-: Escuchadme ahora: no será tal y como sucedió en Ierne. El Jabalí ha cambiado. Sabe muy bien lo que le espera aquí, y sin embargo ha venido. Os aseguro que Amílcar se ha convertido en un nuevo y más peligroso enemigo.

-¿Cómo es eso, señor? -replicó Brastias-. Lo pisotea todo, lo quema todo y luego huye. Es el mismo enemigo temerario. Puede que vos confundáis la despreocupación con la astucia, pero yo la reconozco muy bien cuando la veo.

Gerontius hizo intención de seguir con la discusión, pero Arturo lo acalló con un tajante gesto de la mano.

-¿Es que estoy rodeado de imbéciles? -preguntó con voz colérica-. ¡Tribus y familias! -chilló-. Las naves quemadas tras ellos. ¡Pensad! -Paseó la enfurecida mirada por toda la extensión de la mesa, cada vez más enojado. Cuando volvió a hablar su voz era un tenso susurro-. El Jabalí Negro ya no se contentará con el simple saqueo. Piensa quedarse.

Antes de que los nobles pudieran formular una respuesta, Arturo continuó:

-Todo el reino está sin protección, y Twrch Trwyth lo sabe. Corre delante de nosotros, arrasando el país a su paso. -Las palabras del Supremo Monarca empezaban a calar por fin; los nobles mantenían las bocas bien cerradas y escuchaban con atención-. Sólo ahora empieza el enemigo a mostrarse tal y como es, y es un aspecto que me asusta en gran manera.

Una vez conseguido lo que quería, Arturo concluyó su discurso con una sencilla orden.

-Regresad con vuestros hombres. Decidles que saldremos en persecución del enemigo, y que saldremos al amanecer.

Mientras los jefes guerreros se preparaban para la partida, me senté a solas en la vacía sala y medité sobre el significado del cambio en las intenciones del Jabalí Negro. Arturo había descifrado correctamente la situación: enfurecido, o al menos frustrado, por la oposición de Arturo a su proyectado saqueo de Irlanda, el Jabalí Negro se había dirigido hacia botines más fáciles, y ¿qué mejor lugar que una Inglaterra indefensa? Con los ejércitos de Ynys Prydein en Ierne, el caudillo vándalo podía saquear aquí a sus anchas, acumulando enormes riquezas antes de que lo atraparan.

Arturo había comprendido perfectamente la situación, desde luego. Pero, no obstante, un mal presentimiento me corroía. Amílcar sabía -y lo sabía sin la menor duda- que los nobles de Inglaterra no tardarían en llegar para poner fin a su pillaje. Habiéndose enfrentado ya a Arturo y padecido la derrota en cada ocasión, ¿por qué arriesgarse a un nuevo enfrentamiento con el Oso de Inglaterra?

Más importante aún: si pensaba quedarse, ¿por qué escoger Inglaterra? ¿No temía a Arturo? ¿Creía el Jabalí Negro que no se le daría caza y muerte?

Algo había empujado a Amílcar a esta situación extrema. ¿Desesperación? ¿Venganza? Algo de ambas cosas quizá, pero a mí también me parecía ver una parte de astuto desafío. ¿Cómo había que considerar aquello?

Me fui a dormir con la mente inquieta y Rhys me despertó al poco rato. Rechazando el desayuno, salí a pasear por las murallas de Caer Melyn hasta que llegara la hora de partir. Contemplé cómo el cielo se iluminaba por el este. Allá en el sur, unas nubes bajas se deslizaban a lo largo de la costa, pero se desvanecieron mientras las miraba y con ellas se desvaneció también cualquier posibilidad de lluvia. El día que nos aguardaba sería igual a los anteriores: abrasador.

Volví la mirada hacia las colinas. La hierba empezaba a marchitarse y secarse; los senderos se convertían en caminos de polvo; si no llovía pronto, los arroyos empezarían también a secarse. La sequía no es desconocida en Inglaterra, el Señor bien lo sabe, pero se da raras veces y es siempre señal de malos tiempos.

PENDRAGON IV

Mientras permanecía allí inmóvil contemplando la tierra cada vez más reseca, rememoré de nuevo estas palabras: «Quémalo... No tenemos elección». «No tenemos elección -había dicho la voz-. Quémalo. Quémalo por completo.»

Eran palabras de desesperación, no de cólera. Indicaban resignación y derrota, una situación de desesperación extrema. Quémalo. ¿Qué calamidad, me pregunté, se solucionaba quemando algo? ¿Qúé emergencia precisaba del fuego?

«No tenemos elección... Quémalo por completo.» Bajé la mirada hacia el caer, donde todo eran idas y venidas de hombres que se preparaban para el combate. Sin embargo, mientras miraba, la escena cambió ante mis ojos: los hombres ya no eran guerreros, y el alboroto era de una clase muy distinta. Oí llantos y gritos. Hombres con antorchas corrían por entre las viviendas, haciendo pequeños altos para encender los techos de paja antes de seguir adelante. El humo inundaba el patio. Y allí, en el centro del patio, había cadáveres amontonados como los troncos de una pira. Un hombre con una antorcha se acercó al espantoso montón y aproximó las llamas a la leña situada en la base. Mientras las llamas se abrían paso por entre los cuerpos, una mujer se precipitó hacia al frente como si fuera a arrojarse a la pira. El hombre con la antorcha la sujetó del brazo y la echó hacia atrás; luego arrojó la tea a la pila.

Acompañando a la mujer, volvió la cabeza, gritó algo por encima del hombro a otros que contemplaban el fuego, y abandonó el caer, dejando los muertos y la vacía fortaleza entregados a las llamas.

El humo me cegó y oí a alguien que pronunciaba mi nombre. Cuando volví a mirar, vi a Rhys que corría hacia su caballo situado junto a la puerta. Cai y Bedwyr estaban ya sobre la silla, y la Escuadrilla de Dragones aguardaba junto a sus monturas. Temblando por la fuerza de la visión, arrojé lejos de mí la inquietante imagen y me encaminé hacia mi caballo. A los pies del caer, la orden para la inminente partida se gritaba de campamento en campamento. En un instante todos saldríamos de Caer Melyn, algunos de exploración y en busca de provisiones, la mayoría a enfrentarse al invasor. Muchos de los que ahora parpadeaban bajo la luz del nuevo día no regresarían.

Luz Omnipotente, cabalgamos hoy por senderos desconocidos. Sé una llama resplandeciente ante nosotros. Sé la estrella que nos guíe desde lo alto. Sé la hoguera guía tras de nosotros. Cada uno de nosotros está perdido si no iluminas nuestro camino. Alzando las manos en una bendición bárdica, dije:

Poder del cuervo, acompáñanos,
poder del águila, sé nuestro.

¡Poder de los ejércitos celestiales!
Poder de la tormenta, acompáñanos,
poder de la tempestad, sé nuestro.
¡Poder de la cólera sagrada del Señor!
Poder del sol, acompáñanos,
poder de la luna, sé nuestro.
¡Poder de la luz eterna!
Poder de la tierra, acompáñanos,
poder del mar, sé nuestro.
¡Poder de los reinos celestiales!
Que todo el poder de los reinos celestiales nos bendiga,
nos guarde y nos defienda.
Y que una luz propicia brille ante nosotros,
y nos conduzca por los senderos que debamos seguir.

Satisfecho con esta bendición, corrí a mi puesto, tomé las riendas y salté sobre la silla.

Al igual que innumerables invasores antes que ellos, los vándalos siguieron el valle de Hafren en su camino hacia el centró del país. Existían pocos núcleos habitados situados directamente en el sendero que seguía el Jabalí Negro -las inundaciones de primavera obligaban a la mayoría de las gentes del valle a habitar en terrenos más altos- hasta que llegara a las extensas regiones centrales, donde el valle daba paso a prados y campos alrededor de Caer Gloiu, la antigua ciudad romana de Glevum.

Si Amílcar había llegado ya hasta allí, todo el delicado centro de Lloegres estaría a su alcance. Las huestes bárbaras se desparramarían por las fértiles praderas bajas, y ya no habría forma de contenerlas.

Así que cabalgamos con gran premura, deteniéndonos tan sólo para dar de beber a los caballos, avanzando a toda prisa en medio del intenso calor. La larga espera en Ierne había dado a Amílcar una buena delantera, y Arturo estaba decidido a localizar y enfrentarse al enemigo sin demora. El final del día nos encontró valle abajo, pero, aparte de la tierra pisoteada, no habíamos visto ninguna señal de los bárbaros.

-Se mueven más deprisa de lo que imaginaba -comentó Arturo-. El miedo los empuja a avanzar a gran velocidad, pero los atraparemos mañana.

No los atrapamos al día siguiente, no obstante. No fue hasta que el sol hubo descendido tras las colinas dos días después que por fin avistamos al enemigo. Aunque habíamos estado espiando las nubes de polvo que levantaban antes de tropezarnos con ellos, esa primera visión nos dejó de todos modos boquiabiertos: una inmensa multitud en movimiento ascendía como una violenta inundación por el ancho valle de Hafren. No se trataba

de una nueva camada de chacales marinos en busca de un botín fácil; eran tribus enteras en movimiento, un pueblo en busca de un lugar en el que instalarse, toda una nación a la búsqueda de un hogar.

Nada más vislumbrar a las huestes vándalas, desparramadas como una enorme mancha negra sobre el terreno, Arturo ordenó a las columnas que se detuvieran. Luego, acompañado por sus caudillos, cabalgó hasta la cima de la colina más próxima para analizar la situación.

-Que Dios nos ayude -murmuró Bedwyr mientras se esforzaba por asimilar la inmensidad de la multitud que se extendía ante nosotros-. No imaginé que pudieran ser tantos.

-Vimos las naves -dijo Cai-, pero esto..., esto... -No encontró palabras.

Arturo estudió la muchedumbre con los ojos entrecerrados.

-Un ataque ahora sólo conseguiría empujarlos aún más tierra adentro -decidió por fin-. Debemos atacar desde el otro lado.

En cuanto regresó junto a las columnas que aguardaban, Arturo llamó a los jefes y les comunicó su decisión. Después de haber estado persiguiendo al enemigo durante casi tres días enteros, los nobles estaban ansiosos por entrar en combate, y no les hizo ninguna gracia que se les negara la esperada batalla.

-¿Rodearlos? -exclamó Gerontius-. Pero ¡si nos esperan justo allí delante! No están en condiciones de luchar. No tenemos más que atacar y están vencidos. -Esta opinión obtuvo el favor de los otros, que añadieron su respaldo.

-Si fuera algo tan seguro -respondió Arturo en tono fatigado-, habría dado la orden antes de que se os ocurriera protestar. Pero la victoria no está ni mucho menos asegurada, y antes prefiero obligar a Twrch Trwyth a retroceder por donde ha venido que ofrecerle la oportunidad de aventurarse más tierra adentro.

-¿Es eso prudencia? -quiso saber Brastias, sin apenas ocultar el sarcasmo de su voz-. ¿O un auténtico desatino? Si recurrimos a las espadas, sin perdonar nada en nuestro ataque, no tengo ninguna duda de que todo esto habrá terminado antes del anochecer.

Arturo volvió el rostro despacio hacia el antipático noble.

-Ojalá pudiera convencerme de ello con tanta facilidad -contestó-. Pero, por el bien de todos los que empuñarán la espada a mi lado, tengo que

admitir mis dudas. Y, puesto que soy el Supremo Monarca, la cuestión está zanjada. -Se volvió sobre la silla-. Los rodearemos.

-¡Y perderemos al menos otro día! -protestó Brastias. Al parecer, él y Gerontius habían decidido poner en duda cada decisión de Arturo. En esto había que tenerles lástima, pues no existe cura ni consuelo para esta clase de ceguera, y los hombres que sucumben a ella a menudo descubren que es fatal.

Circundar al enemigo significó todo un día de abrirnos paso por entre las arboladas colinas en dirección al norte del valle de Hafren; una tarea muy ardua la de mover tantos hombres con rapidez y silencio. Las primeras estrellas brillaban ya en el firmamento cuando por fin volvimos a bajar al valle, a no demasiada distancia del enemigo que avanzaba bastante más despacio. Tras apostar centinelas en las cimas de las colinas a ambos lados, acampamos junto al río y volvimos a montar en nuestros caballos antes del amanecer para ocupar nuestras posiciones de ataque.

Estábamos reunidos en un recodo del valle, listos y aguardando, cuando la horda vándala apareció. Llegaron como una enorme riada negra, como una marejada abriéndose paso al interior del valle, deteniéndose para luego hincharse y derramarse... inundándolo todo. Aguardamos con los oídos bien atentos; el sonido de su avance retumbaba como un trueno sordo sobre la tierra, y el polvo que levantaban sus pies ensombrecía el aire como si se tratara de humo.

Cuando estuvieron más cerca, pudimos percibir sonidos más distintivos: los gritos y a veces risas de niños, el ladrar de perros, el mugir de reses y balar de ovejas, el agudo chillido de los cerdos.

Arturo volvió el rostro hacia mí, los azules ojos ensombrecidos por la preocupación y la falta de sueño. Avanzan con mujeres y niños en primera línea. Rápidamente, hizo venir a todos sus jefes.

-¡Infantes en el campo de batalla! -protestó Cai- ¿Qué clase de caudillo obligaría a su pueblo a hacer eso?

-Amílcar debe saber que no mataríamos mujeres y niños -indicó Bedwyr-. Los utiliza como escudo.

-No me importa -dijo Brastias con aspereza-. Si son lo bastante estúpidos para vagabundear por el campo de batalla, merecen lo que les suceda. -Algunos se mostraron de acuerdo con él.

-Pero las mujeres y los niños... -se indignó Gwenhwyvar-. Ellos no tienen nada que ver con esto. -Miró a su esposo-. ¿Qué harás, Artús?

Este lo meditó durante un buen rato.

-No podemos ceder ante Amílcar. El ataque se iniciará tal y como habíamos planeado, pero que cada uno advierta a nuestros hombres que seres inocentes avanzan delante de la hueste enemiga, y que no hay que matarlos si se puede evitar.

-Aun así, muchos morirán -insistió Gwenhwyvar.

-Eso es posible -concedió Arturo-, pero no veo otro modo de hacerlo. -No obstante, poco dispuesto a dar la orden, preguntó-: ¿Alguien sugiere un plan mejor? -El monarca contempló a sus caudillos de uno en uno, pero todos permanecieron callados-. Que así sea. Regresad a vuestros puestos y preparad a los hombres. Daré la señal.

Se transmitieron rápidamente las órdenes del Supremo Monarca entre las filas: el ejército avanzó hasta sus posiciones y se preparó para la carga. La avanzadilla enemiga se dio cuenta de nuestra presencia al resonar un agudo y sonoro toque de cuerno y, de improviso, toda la primera fila de la negra oleada se inmovilizó. La repentina parada actuó como un muro de contención en la masa que avanzaba, que se fue deteniendo paulatinamente.

-Que el Señor nos perdone nuestros pecados en este día -dijo Arturo sombrío. Y, sin añadir nada más, alzó la mano en dirección a Rhys, quien se llevó el cuerno de guerra a los labios y dio la señal de ataque.

Cuatro

Arturo quería detener el avance del enemigo, algo que nuestro ataque consiguió de modo admirable. Bastó una mirada a los veloces cascos y a las lanzas apuntando hacia ellos que se les venían encima para que los vándalos huyeran.

Apretujada entre las escarpadas paredes del valle, la hueste invasora se replegó sobre sí misma para protegerse del impacto. La masa se estremeció, se encrespó y volvió a ponerse en movimiento en sentido contrario, con lo que inmovilizó por completo a los guerreros que iban en la retaguardia impidiéndoles el combate. Ni siquiera desenvainamos las espadas.

Habiendo conseguido con tanta facilidad sus propósitos, Arturo ordenó a Rhys que diera la señal a los nobles para que interrumpieran el ataque. Esto provocó furiosas quejas por parte de los reyes ingleses.

-¿Por qué nos has hecho regresar? -exigió Gerontius, saltando de la silla. Brastias y Ogryvan llegaron al galope hasta donde nos encontrábamos Arturo, Gwenhwyvar, Bedwyr y yo mismo-. ¡Podríamos haberlos derrotado de una vez por todas!

-¡Mirad! -chilló Brastias, gesticulando con violentos ademanes en dirección a la horda que se retiraba a toda velocidad-. Aún podemos atraparlos. No es demasiado tarde. Reanudad el ataque.

Meurig se unió al grupo en aquel momento; Ulfias y Owain lo seguían a poca distancia. Llenlleawg y Cai permanecían sobre sus monturas, observando.

-¿Qué ha sucedido? -quiso sabe Owain-. ¿Por qué hemos interrumpido el ataque?

-¡Ya puedes preguntarlo! -exclamó Brastias-. Que Arturo lo explique si puede. No tiene sentido para mí.

Owain y Meurig se volvieron hacia Arturo.

-Por hoy ha terminado el combate -dijo éste.

-Es una locura-escupió Gerontius.

-¿Locura? -lo desafió Bedwyr, encolerizado.

-Hemos tenido la victoria en nuestras manos y la hemos dejado escapar -declaró Gerontius con fiereza-. ¡Por Dios que a eso lo llamo locura!

-¡Eran mujeres y niños! -replicó Bedwyr, el rostro rojo de rabia-. Qué gran victoria masacrar ovejas y niños de pecho. ¡Muy bien, pisotea a los indefensos y considéralo un victoria!

-¡Ahhh! -rugió Gerontius con frustrada cólera. Abrió la boca para renovar su protesta, pero Cai lo contuvo.

-Es suficiente, Gerontius. No digas más -le aconsejó-; de ese modo tendrás menos que lamentar.

Brastias posó una mano en el brazo de su amigo e intentó apartarlo de allí, pero Gerontius se sacudió la mano con violencia y apuntó con el dedo al rostro de Arturo.

-Podríamos haberlo solucionado hoy de no haber sido por tu condenada cautela. Empiezo a preguntarme si no será más bien cobardía.

-Si aprecias tu lengua, vale más que la mantengas quieta -advirtió Bedwyr, dando un paso hacia él.

Gerontius dirigió una mirada enfurecida a Bedwyr, luego a Arturo, y se alejó a grandes zancadas. Brastias fue tras él, gritándole que regresara y diera a conocer sus objeciones ante todos. Aunque los demás no dijeron nada, me di cuenta de que también consideraban equivocada la decisión de Arturo. Habían dado por sentada una victoria fácil y vieron como se la arrebataban. Tras un incómodo silencio, se dispersaron lentamente, defraudados porque la primera batalla librada en tierra inglesa hubiera sido interrumpida sin al menos castigar al invasor por su audacia.

-Fue lo correcto, Oso -manifestó Bedwyr con la esperanza de ofrecer consuelo. En lugar de ello obtuvo el efecto contrario.

-Poco me conoces, hermano, si imaginas que me preocupa lo que un estúpido como Gerontius piense -respondió Arturo enojado-. O que sus palabras me harán cambiar de opinión. -Giró sobre los talones y ordenó a Llenlleawg que partiera al mando de la Escuadrilla de Dragones para asegurarse de que la retirada continuaba.

Cuando se hubieron marchado, Gwenhwyvar y yo nos sentamos con Arturo.

-¿Realmente creen que esta guerra se ganará en un día? ¿O que una única batalla la decidirá? -preguntó, sacudiendo la cabeza-. Después de haber luchado a mi lado tanto tiempo, ¿cómo pueden hablar de cobardía?

-No es nada -lo consoló Gwenhwyvar-. Es menos que nada. No le prestes atención, mi amor.

-Aún no están conmigo en esto -se quejó Arturo-. ¿No es suficiente que deba enfrentarme a Amílcar? ¿Debo también cargar con esos nobles desleales?

-¿Ha sido alguna vez de otro modo? -inquirí yo.

Arturo me dirigió una veloz mirada, y luego se permitió una lenta sonrisa.

-No -admitió-. Lo cierto es que nada ha cambiado. Pero creí que el acceder al trono supremo me concedería una pizca de autoridad.

-Sólo les da motivos para temerte aún más -repuso Gwenhwyvar.

-¿Por qué tendrían que temerme? ¿Invade Arturo sus tierras? ¿Saquea Arturo sus arcas y convierte en viudas a sus mujeres?

-Deja que vaya en busca de Fergus y Conaire -instó Gwenhwyvar-. Ellos demostrarán su lealtad y avergonzarán a los ingleses.

Arturo declinó con suavidad.

-Vamos -dijo, poniéndose en pie-, hemos de asegurarnos de que los vándalos no vencen su temor y dan la vuelta.

Tras volver a montar, continuamos valle abajo, conduciendo a los ejércitos de Inglaterra. La Escuadrilla de Dragones nos llevaba una buena delantera y, el polvo que se alzaba por los cascos de sus caballos se entremezclaba con el que levantaba el enemigo al huir. Vi el manto blanco que flotaba sobre el valle, y de improviso empezó a darme vueltas la cabeza.

Entré en una especie de duermevela.

Me pareció como si me deslizara fuera de mí mismo, como si mi espíritu se echara a volar para flotar por encima de mí. Escuché un ruido de movimientos y al mirar abajo me vi a mí mismo cabalgando junto a Arturo; Gwenhwyvar y Cador iban a su derecha, y detrás de nosotros el ejército dividido en tres columnas: un ala romana, aunque ya no quedaba nadie vivo, excepto yo, que hubiera visto una alguna vez.

Y recordé el día en que desde la fortaleza de mi abuelo Elphin contemplé el valle para ver a Magnus Maximus, Dux Britanniarum, conduciendo la legión augusta hacia el sur. Yo no lo sabía entonces, pero muy pronto aquel gran general conduciría su ejército al otro lado del Mar Angosto hasta la Galia, para no regresar jamás. Se lo recuerda ahora como Macsen Wledig, y se ha convertido en una figura fabulosa: un ilustre emperador de la antigua Britania. Pero era romano de pies a cabeza; y, aunque luchó bien para salvaguardarnos de los bárbaros, no era uno de los nuestros.

¿Cuánto tiempo hace de esto? ¿Cuántos años han pasado? Luz Omnipotente, ¿cuánto más he de perdurar?

Alcé la cabeza y volé más alto. Cuando volví a mirar, distinguí la negra mancha sobre el terreno, el cáncer que eran las huestes invasoras del Jabalí Negro, derramándose por el valle. Eran tantos. ¡Tantísimos! Era una migración, toda una civilización en movimiento.

Por encima de mí distinguí, más allá del pálido cielo azul, brillantes haces de luz de las estrellas, fijos y paralizados en su vacío firmamento. Las estrellas brillaban, arrojando su luz sobre nosotros de día y de noche, sin verse afectadas ni influidas por las acciones de los hombres. ¿Qué son los hombres después de todo? Criaturas frágiles, frágiles como la hierba que

crece verde un día y se seca al siguiente, que nos dejamos llevar allá donde sople el viento.

¡Que el Señor nos ayude! Somos una mezcla de luz de las estrellas y de polvo, y no sabemos quiénes somos. Estamos perdidos a menos que nos encontremos en ti, Luz Omnipotente.

Al otro lado del violento oleaje distinguí la Galia y Armórica, y más allá de ellas a la gran madre de las naciones, Roma, que una vez fue como un faro para todo el mundo. La luz ya se había consumido en el este; las ávidas tinieblas extendían ahora sus zarpas hacia la diminuta Inglaterra. Pero vi a Ynys Prydein, la Isla de los Poderosos, como una roca en medio del mar, enfrentada al tormentoso oleaje; una tierra afortunada que relucía como una hoguera de Beltane en el desierto de la noche, sola entre sus naciones hermanas pero manteniendo a raya las voraces tinieblas. Y esto en virtud del linaje que unía el feroz coraje de los celtas con la fría imparcialidad de la disciplina romana, destilado todo ello en el corazón de un solo hombre: Arturo.

Antes de Arturo estaba Aurelius; y antes de Aurelius, Merlín; y antes de Merlín, Taliesin. Cada día elevaba a su propio campeón, y en todas y cada una de las épocas la Veloz Mano Firme se esforzaba por redimir su creación.

¡Oíd bien! No nos han abandonado, no combatimos únicamente con nuestras propias fuerzas. Invoca a tu Creador, hombre, aférrate a él, y él te sostendrá. Hónralo, y él colocará espíritus guardianes a tu alrededor. Aunque andes entre la inundación y el fuego, no recibirás daño; tu Redentor te defenderá. ¡Refulgentes ejércitos celestiales avanzan ante nosotros y nos rodean por completo aunque no podamos verlos!

¡Ah!, pero hay nobles altivos entre nosotros, hombres orgullosos que no hincan la rodilla gustosamente ante nadie. Arturo, que encarnaba todo aquello de que podía presumir el poder mortal, tuvo dificultades para unirlos... y eso que a él lo conocían. Lo que no son capaces de conceder a un monarca terrenal, mucho menos se lo entregarán a un espíritu sobrenatural. Ningún poder en la tierra o por encima de ella puede obligar al corazón humano a amar lo que no quiere amar o a honrar lo que no desea honrar.

No sé el tiempo que estuve inmerso en este extraño vuelo. Pero, cuando por fin volví en mí, era casi de noche y me rodeaba un campamento silencioso e inmóvil. Al despertar me encontré sentado en una piel de becerro, con un cuenco de estofado intacto en las manos.

-Hola, Myrddin. Menos mal que has regresado -dijo Arturo cuando empecé a moverme. Miré al otro lado del fuego y lo vi contemplándome,

preocupado por la expresión aturdida de mi rostro-. Sin duda estabas absorto en tus pensamientos, bardo.

-No habéis probado ni un bocado de vuestra comida. -Gwenhwyvar alzó ligeramente mi plato.

Contemplé el interior del cuenco que sostenía entre las manos. El oscuro líquido de su interior se convirtió en una hormigueante y revuelta masa de gusanos amarillos. Distinguí huesos humanos que humeaban con un inexplicable fuego y escuché otra vez el eco de aquellas palabras misteriosas: «No tenemos elección... quémalo».

Volví a ver la pila de cadáveres, hinchados y cubiertos de horribles manchas de un negro azulado, amontonados unos sobre otros y ardiendo, y un humo grasiento irrumpiendo en un cielo blanco y seco. Se me revolvió el estómago; di una boqueada a punto de vomitar y arrojé el cuenco lejos de mí.

Gwenhwyvar puso una mano sobre mi brazo.

-¡Myrddin!

De improviso lo vi todo claro; la odiosa palabra se formó en mis labios.

-Pestilencia --respondí, atragantándome con la palabra-. En estos instantes la muerte se desliza como una neblina sobre la tierra.

Arturo apretó los dientes.

-Defenderé Inglaterra. Haré todo lo que pueda hacerse para derrotar a los vándalos.

Había malinterpretado lo que había querido decir, de modo que expliqué:

-Hay un enemigo más poderoso que el jabalí y sus jabatos, más peligroso para todos nosotros que cualquier invasor que haya atracado en estas costas.

-Hablas en acertijos, bardo. -Arturo clavó sus ojos en mí-. ¿Qué es esta muerte?

-Se la llama la muerte amarilla-repuse.

-¡Peste! -exclamó Gwenhwyvar con voz entrecortada.

-Ninguno de los nobles ha mencionado para nada lapeste -dijo Arturo-. No permitiré que se extiendan tales rumores entre hombres que se preparan para combatir.

-No me interesan los rumores, gran rey. Sin embargo, no existe la menor duda en mi mente, ni tampoco debería existir en la tuya, de que la muerte amarilla ronda en estos momentos por Inglaterra.

Arturo aceptó el reproche que dejaban traslucir mis palabras; con los ojos fijos en los míos, preguntó:

-¿Cuál es la cura?

-No conozco ninguna cura -respondí-. Pero se me ocurre -añadí en una repentina inspiración- que, si existe algún remedio, puede que los sacerdotes de Ynys Avallach lo conozcan. Su experiencia es amplia y sus conocimientos muchos -agregué, y recordé que mi madre me había dicho que el monasterio se había convertido en un lugar de curación. Pero eso había sido años atrás... ¿Seguiría siéndolo ahora?

-Entonces debes ir de inmediato -concluyó Gwenhwyvar.

Me puse en pie.

-Siéntate, Myrddin -intervino Arturo-. No puedes ir ahora. Es de noche y hay cincuenta mil bárbaros entre nosotros e Ynys Avallach. -Calló y me contempló a través de las llamas-. Además, celebro consejo esta noche y te necesito aquí.

-No puedo quedarme, Arturo. Si puede hacerse algo, no me atrevo a esperar. Debo ir. Lo sabes.

Con todo, Arturo vaciló aún.

-Un enemigo a la vez -dijo-. No hacemos más que malgastar nuestras fuerzas si corremos en todas direcciones. No hay cura para la peste, tú mismo lo has dicho.

-No deseo desafiarte -contesté con sequedad-, pero tienes a los cymbrogi a tu lado, y yo puedo ser de utilidad en otra parte. Se me ha mostrado este peligro, y no puedo hacer caso omiso de él. Regresaré en cuanto me sea posible. Pero debo marcharme. Ahora. Esta noche.

-Oso -imploró Gwenhwyvar-, tiene razón. Deja que vaya. Puede significar la salvación de muchas vidas. -La mirada de Arturo pasó de mí a ella, y ella aprovechó esta momentánea vacilación-. Sí, id a verlos, sabio Emrys -me

instó, como si éste hubiera sido el plan de Arturo desde el principio-. Averiguad lo que podáis y traednos alguna buena noticia.

-No puedo prometer nada -advertí-, pero haré lo que pueda hacerse. En cuanto a los rumores, no digáis nada a nadie hasta que regrese.

-Así pues, está decidido -declaró Arturo, aunque me di cuenta de que la decisión no le sentaba muy bien. Se incorporó de repente y llamó a Llenlleawg-. Myrddin debe abandonarnos por un tiempo -le explicó-. Puesto que el valle está infestado de vándalos, quisiera que lo acompañaras en su viaje.

Llenlleawg inclinó la cabeza en gesto afirmativo, la expresión impasible a la luz del fuego.

-Os lo agradezco -dije a ambos-; pero viajaré más rápido solo.

-Al menos deja que te acompañe hasta la nave -insistió Arturo-. Entonces sabré que los bárbaros no te han cortado el paso.

Viendo que estaba decidido a salirse con la suya en algo, cedí. Tras despedirnos de Arturo y Gwenhwyvar, Llenlleawg y yo nos encaminamos de inmediato al lugar donde estaban atados los caballos para recuperar los nuestros. Abandonamos el campamento en el mismo instante en
que Arturo iniciaba el consejo.

No sé a quién compadecía más: a Arturo disputando con sus reyes, o a mí pasando una noche en vela sobre la silla. Probablemente, yo había salido ganando.

Cinco

Llenlleawg y yo avanzamos por las cimas de las colinas hasta estar bien lejos de cualquier campamento bárbaro, y, cuando por fin hicimos descender los caballos hasta el valle, el sol se alzaba ya rojo y ardiente por el este. Llenlleawg iba a la cabeza, algo adelantado, vigilando con atención el sendero y las montañas a ambos lados del camino, no fuéramos a tropezarnos con vándalos extraviados. Pero el camino permaneció vacío y seguro... hasta que, al doblar una curva sin visibilidad justo pasado el mediodía, el campeón irlandés se detuvo bruscamente.

-Alguien viene hacia aquí. Tres jinetes, puede ser que más.

Escudriñé el sendero que recorría la orilla ante nosotros, pero no vi nada.

-Ahí. -El irlandés señaló en dirección a la pedregosa ribera y a la derecha. El blanco sol en su cénit encogía las sombras y hacía que todo pareciera plano y descolorido. Miré a donde indicaba Llenlleawg y descubrí que lo que había tomado por las grises formas de unas rocas eran en realidad jinetes que avanzaban con mucho cuidado por la orilla.

-¿Nos han visto?

-No lo creo -respondió con una leve sacudida de la cabeza.

Nos quedamos inmóviles un rato, a la espera de que los desconocidos estuvieran más cerca. Puesto que los hombres iban a caballo, no pensé que pudiera tratarse de vándalos, pero aguardamos de todos modos. Los desconocidos también se mostraban cautelosos; se movían despacio, deteniéndose a menudo para examinar el sendero que se extendía ante ellos, y, en cuanto nos vieron, unos de ellos dio media vuelta y se marchó al galope por donde habían venido, dejando que los otros dos siguieran adelante.

-Vayamos a su encuentro -dijo Llenlleawg, sacando una lanza de detrás de su silla. Nos adelantamos despacio, y no estábamos a más de un tiro de lanza cuando Llenlleawg lanzó un grito de alegría y azotó a su montura para que echara a correr-. ¡Es Niul! -me chilló-. ¡El hombre de confianza de Lot!

Se adelantó a toda velocidad, saludando a los jinetes a grandes voces. Galopé tras él mientras Llenlleawg y Niul, inclinándose fuera de la silla, se abrazaban.

-¿Qué haces aquí, primo? -exclamó el llamado Niul-. Creí que se trataba de un auténtico cruachag que surgía del río para llevarnos con él. -Lanzó una carcajada. Una ojeada a las cicatrices del brazo con el que sostenía el escudo y a la mellada espada que pendía sobre su muslo me indicó que este guerrero veterano temía a pocas cosas en este mundo.

Sin esperar a que nos presentaran, se volvió y saludó:

-¡Salve, Myrddin Emrys! -Al ver mi sorpresa, volvió a reír-. No me recordáis y no os lo reprocho.

Mientras hablaba, un recuerdo me vino a la mente. Recordé una habitación en una casa: la habitación de Gradlon, el mercader de vino de Londinium, la primera vez que vi a Lot. Este hombre, uno de los jefes de Lot ahora, se encontraba allí.

-Es cierto que no recuerdo tu nombre, si es que alguna vez lo oí -confesé-. Pero tú, creo, asististe al primer Consejo de Reyes en Londinium. Compartimos una jarra de cerveza, pues me acuerdo de que Lot no quiso beber vino.

-Por el Dios que os hizo, lord Emrys... -Niul se echó a reír, disfrutando con aquel encuentro-, sois una maravilla. Totalmente cierto. Por mi vida, que no era más que un muchacho entonces. Sí, compartimos una jarra de cerveza; Lot no quiso beber otra cosa. Pero ¿dónde está Pelleas? ¿Cómo es que os acompaña esta fiera salvaje de irlandés?

-Pelleas está muerto -respondí-. Hace ya muchos años.

La pena le robó la alegría a su sonrisa.

-¡Ah, una muy triste pérdida! -Meneó la cabeza- Perdonadme, no lo sabía.

-La madre de Niul y la mía son familia -explicó entonces Llenlleawg-. Niul se crió en casa de Fergus. Crecimos juntos.

La urgencia de mi viaje me apremiaba, de modo que, aun a riesgo de parecer grosero, dije:

-¿Está Lot aquí?

-Nos sigue los pasos -contestó Niul-. Está con el ejército a poca distancia de aquí. Venid, os conduciré a él.

Rodeando la base de una colina enorme, el valle se curvaba y ensanchaba cada vez más. Una vez doblada la curva pude ver, desperdigado por el valle, un ejército de unos quinientos hombres: trescientos a pie y el resto a caballo; una visión ciertamente alentadora.

Dos jinetes se separaron de la primera fila de guerreros para ir a nuestro encuentro. A Lot lo habría reconocido en cualquier parte: su atrevida capa de cuadros rojos y negros, sus trenzas, su gran torc de oro, las marcas azules del clan en sus mejillas. El también me reconoció y me saludó con evidente placer:

-¡Salve, Emrys! Se os da la bienvenida. Ha transcurrido mucho tiempo desde la última vez que nos vimos... Demasiado, me parece.

Yo lo saludé también, y nos abrazamos como auténticos amigos.

-Vaya, una vez más sobre la silla y con la espada en la mano..., ¿no es así, Myrddin Emrys?

-Preferiría que no fuera así -respondí-. No obstante, me alegro de veros. En nombre del Supremo Monarca, os doy la bienvenida, Lot.

-Nos encontramos con Llenlleawg y Emrys al otro lado de aquella curva de allí abajo -intervino Niul-. Van solos.

-Y nosotros aquí esperando a estos feroces vándalos sobre los que Gwalchavad nos advirtió -manifestó Lot a modo de explicación.

-Continuad por el camino que seguís y no tardaréis en encontrar tantos como queráis -aseguró Llenlleawg-. Cincuenta mil o más.

-¿Es eso cierto? -inquirió Lot-. Gwalchavad no dijo que hubiera tantos.

-No lo sabía -respondí-, ni tampoco nosotros.

Llenlleawg les explicó entonces dónde encontrar a Arturo y la mejor forma de evitar a los bárbaros.

-¿Vendréis con nosotros, Emrys? -preguntó Niul.

-Por desgracia, no puedo -contesté-. Llenlleawg y yo tenemos otros asuntos, no menos urgentes.

-Entonces no os haremos perder más tiempo -dijo Lot-. Hasta que nos volvamos a encontrar, Myrddin, me despido de vos y os deseo un buen viaje de vuelta.

Continuamos nuestro camino, y ellos el suyo, y muy pronto nos perdimos mutuamente de vista. El valle se fue ensanchando y, cuando empezaba ya a oscurecer, distinguí las aguas de Mor Hafren que brillaban en la distancia. Acampamos en el sendero mismo y volvimos a ponernos en marcha antes del amanecer.

El sol no se había alzado aún por encima de las colinas circundantes cuando, volando muy alto en el despejado cielo azul, vi las negras figuras de aves carroñeras que des-
cribían círculos sobre un punto situado algo más al norte.

-Eso es Caer Uisc -dije.

Sin una palabra, Llenlleawg se desvió en dirección al poblado. Llegamos al poco rato y lo encontramos arrasado por el fuego. Examiné el ennegrecido redondel formado por los maderos quemados de la empalizada. Aquí y allá, bajo las derrumbadas techumbres de madera se veían algunos objetos que todavía resultaban reconocibles: La esfera de un caldero volcado, un trípode reducido a tiras de hierro retorcido, jarras rotas por el calor a

docenas y -¡que el Señor se apiade de nosotros!-, medio enterrados entre montones de cenizas frías, los cuerpos carbonizados de víctimas de la peste, jóvenes y viejos sin distinción. Los pájaros picoteaban los cadáveres, limpiando los huesos.

-El Jabalí Negro ha hecho esto -declaró Llenlleawg con amargura.

-No -repliqué, volviendo a contemplar las llamas y a escuchar el llanto de mi visión. Aquí estaba la confirmación... si es que se necesitaba alguna-. Twrch Trwyth no es el culpable. Las gentes de Caer Uisc han quemado su propio poblado.

Llenlleawg se sobresaltó al escuchar esto.

-¡No puede ser! -protestó, e hizo intención de desmontar para examinar la escena más de cerca.

-¡Quieto! -ordené-. Que ni siquiera un poco de ceniza toque tu bota. -Volvió a sentarse en la silla y abrió la boca para protestar, pero lo acallé con un gesto y continué-: Muy pronto conocerás a este asesino. Cuando regreses a Caer Melyn, di a Arturo... ¡sólo a Arturo, tenlo bien presente!... lo que has visto. Dile también que la visión de Myrddin era cierta. ¿Lo comprendes? No digas nada sobre Caer Uisc a los otros. Nosotros no hemos estado nunca aquí, Llenlleawg.

Acostumbrado a obedecer órdenes, el guerrero aceptó mis instrucciones.

-Es mejor que no perdamos tiempo -añadí, haciendo girar a mi caballo-. El día avanza deprisa.

Cabalgamos a toda velocidad hasta el puerto de Caer Legionis, donde la flota de Arturo, a la que se habían unido ahora las naves de Lot, estaba anclada. Barinthus saludó nuestra llegada; el valiente piloto se había quedado allí con un puñado de hombres para proteger y cuidar de los barcos.

-¿Qué noticias hay? -gritó-. ¿Qué se sabe de la batalla?

-Sólo hemos luchado una vez -respondió Llenlleawg-. Una escaramuza interrumpida. No hubo victoria.

Desmontamos y saludamos al piloto; varios otros vinieron corriendo para oír lo que teníamos que contar. Expliqué cómo se encontraba la situación entre Arturo y Amílcar, y pregunté:

-¿Habéis visto algo?

PENDRAGON IV

-Lot llegó ayer al mediodía -dijo Barinthus.

-¿Nada más?

-Nadie pasa por aquí sin que nos demos cuenta -aseguró el fornido marinero-. Vigilamos día y noche, y ni amigos ni enemigos han aparecido... excepto Lot, como he dicho, y vosotros. -Se detuvo, previendo mi orden- Estoy a vuestra completa disposición, sabio Emrys. ¿Adónde queréis ir?

-A Ynys Avallach -repuse, señalando la vasta extensión de Mor Hafren que relucía como oro batido bajo la moribunda luz del día-. Veo que la marea empieza a bajar. La necesidad es imperiosa; no puede esperar.

-Se hará -dijo el piloto-. Yo mismo os llevaré.

-También -añadí- sería sensato apartar los barcos de la orilla. No los necesitaremos de momento, creo.

-Ya lo había pensado -contestó Barinthus, en un tono que dejaba bien claro que ya no tenía que preocuparme por la seguridad de las naves.

Se volvió y comenzó a gritar órdenes a voz en cuello; los que se encontraban junto a él corrieron a sus tareas. Indiqué entonces a Llenlleawg que podía regresar junto a Arturo, y, para cuando mi montura y yo estuvimos a bordo de la nave, se empezaba ya a trasladar el resto de la flota del Supremo Monarca a aguas más profundas... bien lejos del alcance de bárbaros merodeadores.

Surcando la marea cada vez más baja, Barinthus guió con gran destreza el barco alrededor de los bancos de arena y no tardó en conducirnos a la orilla opuesta, al punto donde el pequeño río Briw se une al más caudaloso Padrud, formando una enorme marisma durante la marea baja.

-Parece que va a ser un desembarco un poco fangoso -advirtió-. Esto es todo lo cerca que me atrevo a llegar.

Así pues, me vi obligado a desembarcar con el agua llegándome hasta la cintura. Tirando de mi caballo, chapoteé por el agua y avancé penosamente por la marisma hasta llegar a tierra firme, donde monté y me lancé tierra adentro. La noche se me echó encima durante el camino, pero no me detuve; quería llegar al hogar de mi abuelo lo antes posible. Avanzando sin tregua, avisté el peñasco cuando el sol volvía a salir.

No creo que existan imágenes más bellas en este mundo que el palacio del Rey Pescador bajo los dorados rayos del amanecer. Las esbeltas torres y elegantes muros de piedra blanca -todo ello con una tonalidad entre rosa y miel bajo la luz del alba- creaban un refulgente reflejo en el lago que

rodeaba el peñasco, con Yrnys Avallach elevándose sobre el llano pantano como una isla en un mar azul verdoso.

Habían transcurrido años desde la última vez que lo había visto; varias vidas, parecía. A pesar de ello, seguía tal y como lo recordaba de la primera vez, y el corazón se me inflamó con repentina añoranza. El palacio de Avallach siempre había sido un refugio para mí, y percibí cómo su familiar serenidad me llamaba, igual que una fresca brisa sobre las sombrías profundidades de las innumerables charcas resguardadas del lago.

Jesucristo bendito, mantén este lugar cerca de tu amoroso corazón, y sosténlo en la palma de tu Veloz Mano Firme. Si la bondad perdura en algún lugar de este mundo terrenal, permite que reine aquí, ahora, y que tu nombre sea alabado entre los hombres.

Rodeé el lago, pasando bajo la colina en la que se alzaba la abadía y llegué a la calzada que cruza las aguas hasta el peñasco. Ynys Avallach, verde ahora como una esmeralda bajo los rojos rayos del sol, parecía un lugar sobrenatural; impresión que se agudizaba más al encontrarse uno con los habitantes del lugar. Seres Fantásticos, desde luego, llenos de gracia en todo, un deleite para la vista; incluso el más humilde mozo de cuadra posee un porte de gran nobleza. Dos mozos se precipitaron a mi encuentro para hacerse cargo de mi montura. Avallach, último monarca de esa raza en extinción, apareció y me lanzó un saludo mientras yo pasaba bajo el abovedado arco de la entrada.

-¡Merlín! -Su voz resonó como un alegre trueno. Antes de que hubiera podido desmontar del todo, él me arrancó de la silla y me envolvió en sus fuertes brazos-. Merlín, hijo mío, hijo mío. Quédate aquí. Deja que te mire. -Me mantuvo a distancia; luego volvió a abrazarme y me aplastó contra él.

Arturo, a pesar de su gran estatura, no es más que un muchacho al lado del Rey Pescador. Volví a sentirme como un mozalbete.

-Que la paz de Cristo esté contigo, Merlín, hijo mío -dijo Avallach, abriendo de par en par los brazos- ¡Bienvenido! Entra en mi sala... Alzaremos la copa juntos.

Abandonando el patio enlosado, cruzamos un pórtico techado y penetramos en el palacio a través de dos enormes puertas.

-Charis no está aquí en este momento -me informó el Rey Pescador mientras llegaba la copa de bienvenida-. Uno de los sacerdotes la llamó esta mañana. La vienen a buscar siempre que la necesitan en el santuario.

-¿Dijeron por qué? -inquirí con el corazón en un puño, rezando para que no fuera lo que temía. ¿Podía la peste extenderse con tanta rapidez? No lo sabía.

-Un enfermo -respondió Avallach. Tendió la copa para que se la llenaran y luego me la puso en las manos-. Bebe, Merlín. Vienes de muy lejos, y el viaje ha sido caluroso. Los aldeanos dicen que hay sequía.

Sonreí. Avallach llamaba «aldeanos» a todos y cada uno de los que habitaban a la sombra de la Torre, como si él fuera un noble con florecientes poblaciones llenas de súbditos leales. Lo cierto es que, aunque aún vivían algunas gentes en aldeas desperdigadas por las marismas, la mayoría de los que atravesaban las Tierras del Verano eran peregrinos que iban al santuario en busca de alguna gracia.

-Entonces la encontraré en la abadía -anuncié, y tomé un sorbo de la deliciosa cerveza antes de pasar la copa a Avallach.

-Eso imagino -dijo él, alzando la copa y observándome por encima del borde. Se interrumpió y ladeó la cabeza mientras me estudiaba con atención-. ¡Dios misericordioso! -exclamó de improviso-. ¡Myrddin, puedes ver!

-Es cierto, abuelo.

Me contempló como si fuera una maravilla.

-Pero... ¿cómo sucedió esto? ¡Se te ha devuelto la vista! ¡Cuéntame! Cuéntame al momento.

-No hay mucho que decir -respondí-. Estaba ciego, como bien sabes. Pero un sacerdote llamado Ciaran posó las manos sobre mí y el Señor tuvo a bien curarme.

-Un milagro -susurró Avallach, como si ésta fuera la explicación más natural; como si los milagros fueran algo del todo corriente, tan frecuente como la salida del sol por el este cada día, tan maravilloso e igual de grato. Claro que, en su mundo, puede que lo fueran.

La conversación giró entonces hacia los pequeños acontecimientos de las marismas: la pesca, el trabajo en el santuario y la abadía, el esfuerzo de los monjes y el cada vez más amplio círculo de creyentes. Me maravilló, aunque no por primera vez, lo poco que los traumas y agitaciones del momento importaban en este lugar. Acontecimientos de gran significación en el amplio mundo o bien resultaban desconocidos aquí o pasaban como incidentes de poco relieve. El palacio del Rey Pescador, como el peñasco sobre el que se alzaba, se mantenía al margen de los estragos y trastornos

de la época, como un auténtico refugio, un santuario de paz en un mundo atormentado por las preocupaciones. ¡Luz Omnipotente, que siempre sea así!

De buena gana hubiera conversado con él todo el día, pero la necesidad me apremió una vez más. Con la promesa de regresar tan pronto como me fuera posible, me despedí de Avallach y anduve hasta la abadía, contento de poder abandonar la silla de montar. Cuando ascendía por el sendero que parte de la orilla del lago, algunos de los hermanos me vieron y se adelantaron para anunciar mi llegada. Salieron a mi encuentro y me condujeron a los aposentos del abad Elfodd.

-Aguardad aquí, por favor-dijo el monje-. El abad se reunirá con vos en cuanto esté libre.

-Gracias, pero...

El monje desapareció antes de que pudiera detenerlo. Pensé en volver a llamarlo, pero la fatiga se apoderó de mí y en lugar de ello me senté en el sillón del abad a esperar. Acababa de cerrar los ojos cuando oí pasos al otro lado de la puerta.

-¡Merlín!

Abrí los ojos, me puse en pie, y al instante me vi envuelto en un fuerte, casi violento abrazo.

Seis

-Tus ojos..., tus hermosos ojos -susurró Charis; lágrimas de felicidad resbalaban abundantemente por sus mejillas-. ¡Es cierto! ¡Demos gracias a Jesucristo, puedes ver! Pero ¿cómo sucedió? Siéntate enseguida y cuéntame. Debo saberlo. Oh, Merlín, me alegro de que estés aquí. Qué encantadora sorpresa. ¿Puedes quedarte? No, no me lo digas; tanto si es una estancia corta como larga no importa. Estás aquí ahora y eso es lo importante.

-Te he echado de menos, madre -murmuré-. No sabía cuánto te había echado de menos hasta ahora.

PENDRAGON IV

-Cuántas ganas tenía de verte, mi Halcón -dijo Charis, atrayéndome hacia ella otra vez-. Y ahora estás aquí... Una plegaria que ha obtenido respuesta.

Charis estaba, como siempre, igual; excepto en pequeños detalles: los cabellos los llevaba al estilo de las mujeres inglesas de alta alcurnia, bien trenzados, con hilos de oro entretejidos en las trenzas; el manto era de color gris pálido, sencillo, largo y totalmente desprovisto de adornos. Esbelta, regia, tenía un aspecto a la vez elegante y misterioso, y la total austeridad de sus prendas aumentaba más que disminuía su porte real. Sus ojos, mientras se deslizaban sobre mi rostro, eran tan agudos como los de cualquier chiquillo curioso, y mostraban una autoridad que no había visto jamás en ellos.

Se dio cuenta de que había advertido el cambio en su atavío, y dijo:

-Tu vista es más que aguda, Halcón, para ver lo que ya no está ahí. -Se alisó el manto con las manos y sonrió- Sí, ahora visto con más sencillez. Muchas de las personas que vienen al santuario tienen tan poco... No poseen nada, menos que nada, algunos de ellos, y no deseo recordarles su pobreza. No soportaría ofenderlos siquiera con mis ropas.

-Habría de ser alguien muy miserable quien encontrara ofensiva tu vista -respondí alegremente.

Ella volvió a sonreír.

-¿Y por qué tu tosca capa, hijo? No considero nada apropiado a tu rango que te vistas de esta forma.

-Como tú -dije extendiendo las manos-, encuentro más fácil pasar por este mundo sin proclamar mi linaje a cada paso. Ven, estás cansada...

-Lo estaba -me interrumpió ella-, pero el verte me ha reanimado por completo. Siéntate conmigo. Deseo que me cuentes todo lo sucedido en la corte de Arturo desde la última vez que te vi.

-Y a mí me gustaría pasar el día contigo -repuse-, ya que hay mucho que contar. Pero lo que me trae aquí es urgente y no puedo quedarme un minuto más de lo necesario. Lo siento. Debo regresar en cuanto...

-¡Partir antes de haber llegado, como quien dice! -Tanto Charis como yo nos volvimos en tanto que el abad penetraba apresuradamente en la habitación. Elfodd, cubierto con su manto blanco y túnica verde, me saludó con afecto-. ¡Bienvenido, Merlinus! Bienvenido, buen amigo. Acaban de comunicarme tu llegada. Siéntate, hombre, pareces agotado.

PENDRAGON IV

-Me alegro de volver a veros, buen abad. Por lo que veo todo os va muy bien. -Parecía estar casi igual; un poco más rellenito quizá, los cabellos más canosos, pero seguía siendo el mismo Elfodd que recordaba-. Charis me acaba de decir que estáis tan ocupado como siempre.

-No dejamos de correr de maitines a vísperas -respondió jovial-. Pero prosperamos. Dios es bueno. ¡Prosperamos!

-Me alegro de oírlo.

-No obstante... -adoptó una expresión más seria-, no sucede así con algunos de los que vienen aquí. Uno que estaba a nuestro cuidado murió anoche, y se ha encontrado a otros dos con la misma enfermedad... Muy mal estaban; ni siquiera tenían fuerzas para arrastrarse colina arriba.

Me contempló con atención, considerando sus siguientes palabras. Sentí que ya sabía lo que iba a decir.

-Merlinus, puede que no sea seguro para ti permanecer aquí. Imploro al Señor que esté equivocado, pero esto se parece mucho a la peste. Si es así, el que murió anoche no es más que el primero de muchos.

-Os aseguro que habrá muchos más -contesté, y expliqué el motivo de mi visita-. Esperaba que conocieras algún remedio. Es por eso que he venido.

-En ese caso que Jesús nos ayude a todos, porque no existe remedio -respondió, sacudiendo entristecido la cana cabeza-. A la pestilencia no se la puede contener. Se desplaza con el viento; con el agua corrompida, lo envenena todo. Nadie está a salvo. -Se quedó callado, meditando sobre la enormidad de la situación que se alzaba amenazadora ante él.

-He estado hablando con Paulinus -dijo Charis, visiblemente excitada-. Él sabe mucho de esta...

-¿Paulinus? -la interrumpió Elfodd. El recuerdo se abrió paso por entre su perpleja expresión como un amanecer-. ¡Oh, Dios sea loado! ¡Paulinus! Bendito sea Jesús, claro, con todo este tumulto, casi lo había olvidado.

-Paulinus ha llegado hace poco -me explicó Charis.

-Procedente de Armórica -añadió el abad-. Ha pasado algún tiempo en el sur de la Galia y, según creo, en Alejandría, donde ha aprendido mucho sobre hierbas curativas que nosotros desconocemos aquí.

-Tienen experiencia sobre la peste en esos lugares -agregó Charis-. Hablábamos de ello justo antes de que llegaras, Merlín. Debes hablar con él enseguida.

-Siervo estúpido -exclamó Elfodd-, ¿en qué estoy pensando? -Dio media vuelta y gritó en voz estentórea-: ¡Paulinus! ¡Que alguien me traiga a Paulinus enseguida!

Un monje apareció en el umbral detrás de él, recibió el encargo, y desapareció a toda prisa para llevarlo a cabo. Aunque la mañana acababa de comenzar, ya empezaba a hacer calor en la celda de Elfodd.

-Vayamos a esperarlo en el claustro, que es más fresco.

Pasamos del bochorno de la celda del abad a un pasillo de columnas. Un único árbol crecía en el centro del patio, dando sombra a la plazoleta. Las hojas del árbol estaban secas e inclinadas por falta de agua.

-Veo que tendremos que traer un poco de agua del lago para el árbol de José -comentó Elfodd.

La tierra está sedienta, pensé, y mis pensamientos se vieron contestados por una voz tranquila que dijo:

-«El martillo del sol bate sobre el yunque de la tierra. Todo lo que es verde se tornará marrón; todo lo que arde se consume.»

Nos volvimos y vimos a un hombre de edad, delgado y calvo, que salía de entre las sombras. El rostro era enjuto y tostado por los muchos días, puede que años, pasados bajo el sol meridional. A mi mente vino el resto del trozo de profecía que acababa de citar.

-»Y todo lo que pase por el fuego será purificado» -añadí, sosteniendo su mirada en la mía.

-¡Que así sea! -contestó el monje; inclinó la cabeza en deferencia al abad Elfodd que lo había llamado-. Sabio Ambrosius, mi nombre es Paulinus. Estoy a vuestro servicio.

Se unió a nosotros, saludando a Elfodd y a Charis con sencilla cortesía, y descubrí, con gran sorpresa, que era mucho más joven de lo que en un principio había pensado. La cabeza calva y el aspecto reseco de su piel lo hacían parecer mucho más viejo de lo que era; pero la juvenil intensidad de sus profundos ojos castaños era inconfundible. Iba cubierto con la sencilla túnica casera sin teñir de los monjes, pero mostraba el porte de un noble.

-Te recuerdo, hermano -repuse-, y no preciso presentaciones.

PENDRAGON IV

-¡Por el Cordero Sagrado! -exclamó sorprendido- ¡No puede ser! No era más que un chiquillo la única vez que os vi, y jamás intercambiamos una palabra.

Contemplé su semblante, y recordé a un anciano apoyado en un muchacho que sostenía su bastón. El hombre era el viejo Dafyd que salía del monasterio de Llandaff el muchacho de rubicundas mejillas tenía una oscura melena enmarañada y unos relucientes ojos descarados: los mismos ojos que me contemplaban ahora muy divertidos.

-Estabas en Llandaff con Dafyd -le dije-. ¿Naciste allí? -No sé por qué hice la pregunta. Siempre hay muchos niños en cualquier monasterio; el hecho en sí no tenía gran importancia.

-¡Bien que lo sabéis! -Se echó a reír-. Por los santos y los ángeles, creía que jamás abandonaría aquel lugar. Ah, pero la verdad es que hay ocasiones ahora en las que desearía no haberlo hecho.

Volví a reír y me di cuenta de que había oído esa risa antes, y aquella forma de expresarse. Oh, sí, era un cymry de pies a cabeza.

-¿Eres el hijo de Gwythelyn?

-Uno de seis, y buenas personas todos ellos -respondió-. Para mis pacientes de Dyfed soy Pol ap Gwythelyn. ¿En qué puedo serviros, Myrddin Emrys?

Puesto que Charis ya había discutido aquella posibilidad con él, no vi la necesidad de suavizar el golpe.

-Como sabes, la peste ha llegado a Inglaterra -dije-. Vengo de parte del Supremo Monarca para averiguar qué puede hacerse.

Paulinus se santiguó y, alzando manos y rostro al sol, contestó:

-¡Alabemos al Creador del mundo y a su glorioso Hijo, que actúa de modo misterioso para realizar sus milagros! Bienaventurado soy yo entre los hombres, porque son muchos los llamados pero pocos los elegidos, y en este día he sido elegido. No soy más que un instrumento en la mano del Señor... No obstante mi destino se cumplirá.

Elfodd contempló la escena algo sorprendido por este arrebato. Charis lo observó con curiosidad.

-¿Debo entender que puedes ayudarnos? -pregunté.

-Todo es posible con el Señor -contestó Paulinos.

-Hermano, tu piedad es loable. Sin embargo, te agradecería una respuesta directa en palabras sencillas.

Paulinus aceptó la reprimenda con buen humor, y explicó que hacía tiempo que se preguntaba por qué la mano que lo había conducido hasta lejanas tierras extrañas, en busca de curas y remedios exóticos, lo había mantenido, sin embargo, alejado de quienes más hubieran podido beneficiarse de sus conocimientos. Lo cierto es que había empezado a considerar malgastados sus esfuerzos, creyendo haber malinterpretado su vocación.

-Quería ser una de esas personas que curan -continuó Paulinus-, y temí haberme convertido en un erudito en su lugar. Por eso vine a Ynys Avallach; el trabajo que se realiza aquí es conocido y respetado, incluso en la Galia. Y ahora el Señor, en su infinita sabiduría, ha elevado a su siervo. Mis años de estudios tendrán justificación; mi don recibirá su premio. Estoy listo. -Volvió el rostro de nuevo hacia el sol, y exclamó-: ¡Enormemente sabio es Aquel que todo lo da y merecedor de toda alabanza! ¡Que su sabiduría perdure eternamente!
-
¡Que así sea! -grité yo, a lo cual Charis y Elfodd añadieron un sentido «amén». Volviéndome hacia el abad, dije-. Elfodd, debemos celebrar un consejo enseguida. Hay mucho que discutir.

-Desde luego -asintió él-. Vayamos a la capilla, donde podremos hablar más privadamente.

Se dio la vuelta y yo hice intención de seguirlo, pero la vista se me nubló y me tambaleé. Charis me sostuvo.

-¡Merlín! -chilló, la voz llena de preocupación- ¿Estás enfermo?

-No -me apresuré a contestar, no fueran a pensar lo peor-. Estoy bien, pero muy cansado.

-No has comido desde que dejaste a Arturo -afirmó Charis, y me vi obligado a confesar que así era-. ¿Por qué? -inquirió, y respondió ella misma a su pregunta-. Hay problemas en Inglaterra, y no tan sólo la peste.

Una vez más tuve que admitir que había comprendido perfectamente la situación.

-Entonces ven, Halcón -ordenó-. Te llevo de vuelta a la Torre de inmediato.

-No es nada-Insistí.

-Elfodd y Paulinus se reunirán con nosotros allí -dijo, llevándome con ella.

Como no tenía ni las fuerzas ni la voluntad para oponerme, sucumbí agradecido a sus cuidados y dejé que me condujeran a la Isla de Cristal.

Siete

Una vez que hube comido y descansado un poco, llegaron los sacerdotes para unirse a Charis y a Avallach en la deliberación sobre la situación a la que nos enfrentábamos. Nos reunimos en el pozo solar situado frente a los aposentos de Avallach, donde se había colocado un toldo de tela roja para crear una zona resguardada de la luz y el calor del sol. Nos trajeron sillas y celebramos consejo bajo el dosel, como si se tratara del interior de una tienda de campaña romana. Resultaba de lo más apropiado, ya que nuestra conversación era tan trascendental como cualquier campaña militar, y no menos apremiante.

-Por lo que habéis dicho -aventuró Paulinus-, creo que se puede decir que la enfermedad sigue a la flota vándala. Allí donde recalan sus quillas, surge la pestilencia.

-Si eso es así -dije-, me pregunto por qué a los cymbrogi aún no los ha afectado. Llevan combatiendo a los bárbaros desde el principio, y sin embargo ninguno de ellos ha caído enfermo. También -señalé- los vándalos asaltaron Ierne antes de venir a Inglaterra, pero no he oído a nadie de allí que mencionara la peste.

El monje consideró mis palabras con atención.

-Entonces -concluyó- debe de tener otro origen. -Volviéndose a Elfodd, preguntó de improviso- El hombre que murió anoche... ¿dónde vivía?

-Pues, vivía por aquí -respondió el abad-, en Ban Curnig; se encuentra algo al oeste. Pero era un granjero; no creo que haya estado nunca en un barco, ni cerca de uno.

-Ya veo. -Paulinus frunció el entrecejo-. Entonces no sé qué decir. Jamás he oído hablar de una peste que surja de otro sitio que no sea un puerto, y nos encontramos a una buena distancia del mar.

Todos nos quedamos callados mientras pensábamos en cómo resolver este misterio.

-¿Qué hay de los otros? -inquirí al cabo de un rato-. Dos más murieron; ¿también eran granjeros?

-No lo sé -repuso Elfodd-, y ellos no pueden decirnos nada ahora.

-Uno de ellos era un comerciante -dijo Charis-. Al menos, eso pensé. He visto demasiadas veces la bolsa de un mercader como para no reconocer una cuando la veo.

Avallach se puso en pie y llamó a uno de sus criados. Tras una rápida consulta el sirviente se marchó a toda prisa.

-Pronto sabremos lo que puede averiguarse de la bolsa de un mercader.

-Mientras esperamos -sugirió Elfodd a Paulinus-, dinos lo que sabes sobre esta pestilencia.

Ante su pregunta, el monje empezó a relatar todo lo que sabía de la enfermedad y de los varios modos y métodos que había aprendido para tratar a las víctimas. Existían pociones de hierbas y plantas que se creía que ofrecían un cierto alivio; debía utilizarse agua potable -es decir, agua recogida únicamente de arroyos de corriente rápida- para beber; había que tostar el grano antes de comerlo o sino tirarlo, en especial grano en el que había habido ratas; era necesario limitar los viajes, pues la enfermedad parecía extenderse con más rapidez cuando las personas iban de un lado a otro sin cortapisas. A los muertos había que quemarlos, junto con sus ropas y posesiones y, para mayor seguridad, también sus casas y graneros. El fuego ofrecía una cierta protección, ya que, una vez expulsada por medio del fuego, la peste rara vez volvía a aparecer en aquel lugar.

-No os daré falsas esperanzas -advirtió Paulinus-. Existen diferentes clases de peste: todas son mortales. En el caso del Devastador Amarillo, como en la guerra, se trata de un combate a muerte. Muchos morirán, los débiles y los ancianos primero. No puede evitarse. Pero las medidas que he sugerido significan la salvación de muchos.

El criado regresó al poco, con una bolsa de cuero que entregó a Avallach.

-Veamos -dijo el Rey Pescador, desatando las correas. Volcó el contenido de la bolsa sobre la mesa que teníamos delante, y una serie de monedas cayó sobre ella... pero nada más.

-Esperaba encontrar algo que nos dijera de dónde venía este mercader -suspiró pesaroso el monarca.

PENDRAGON IV

Mis ojos se clavaron en el pequeño montón de monedas, y me pareció ver el destello de la plata bajo la luz del sol. Aparté rápidamente a un lado las monedas de poco valor, y me encontré con un denario de plata. ¡Londinium! ¡Desde luego, aquel pozo negro al aire libre podía generar un millar de plagas!

-Abuelo -dije, levantando la moneda-, la bolsa ha hablado con toda elocuencia. ¡Fíjate! El hombre ha estado hace poco en Londinium.

-¿Cómo lo sabéis? -inquirió Elfodd con gran asombro.

-Aparte de Eboracum, ése es el único lugar donde podría cambiar su mercancía por plata como ésta.

-Es cierto -añadió Paulinus-. Si hubiera caído enfermo en Eboracum, me parece que habría muerto antes de cruzar siquiera el Ouse.

-Y Londinium es un puerto -acotó Charis.

Elfodd asintió, aceptando la evidencia.

-De modo que nuestro amigo estuvo hace poco comerciando en Londinium y regresaba a casa cuando cayó enfermo. ¿Cómo nos ayuda esto?

-Se puede advertir a la ciudad y cerrarla -respondió Paulinus-, con lo que se conseguiría contener en gran medida la enfermedad, ya que se sabe que pueden caer enfermos incluso aquellos que simplemente atraviesan una ciudad afectada por la peste.

-Muy bien -decidió Elfodd-. Ahora, pasemos a la cuestión de remedios...

-No hay que hablar de remedios -avisó Paulinus-, donde no existe ninguno.

-Aun así -dije yo-, mencionaste elixires que podían ofrecer alguna ayuda. ¿Cómo se preparan?

Paulinus, sombrío a la luz de la desalentadora perspectiva que se nos presentaba, contestó:

-Con los ingredientes a mano, preparar las pociones resulta facilísimo. -Se llevó un dedo al labio inferior- Me parece... Sí, la mejor que conozco utiliza como principal elemento una hierba acuática. Tengo entendido que en esta zona abunda precisamente esta planta... y las otras hierbas son muy fáciles de encontrar.

-Necesitaremos una gran cantidad -señaló Charis.

-Los hermanos facilitarán todo lo que se necesite -prometió el abad Elfodd-. Tenemos entre nosotros hombres muy versados ya en tales cuestiones, y ellos pueden enseñar a otros. Llegar a todos los poblados y granjas resultará mucho más difícil.

-Dejadme eso a mí -dije. Un plan empezaba a formarse en mi mente-. Ahora, Paulinus, debes contarnos todo lo que sepas sobre cómo preparar ese remedio y su utilización. Todo -recalqué-, hasta el detalle más nimio, tenlo bien presente, puesto que tus instrucciones se transmitirán a todos los poblados y ciudades del país.

Paulinus, el renuente erudito, demostró ser un profesor capaz cuando empezó a describir el proceso de la fabricación del elixir y cómo se debía utilizar para que produjera el efecto más beneficioso. Mientras él hablaba, me sentí admirado ante la claridad de su disciplinada mente. Sus años de estudio no habían sido en vano, como él temía; lo que es más, pude percibir su regocijo al escuchar por fin la llamada que durante tanto tiempo había esperado.

-Desde luego, es infinitamente mejor prevenir la enfermedad -concluyó el docto monje-. El pequeño beneficio que ofrece el remedio no sirve de nada si la poción no se administra al principio de la fiebre. Con la poción existe una muy pequeña posibilidad de mejora. Sin ella –advirtió-, nada sirve, excepto la oración.

-Comprendo -contesté. Volviéndome hacia Avallach, que había mantenido un sombrío y atento silencio durante nuestra conversación, dije-: Estarás en peligro aquí. Quisiera que vinieras a Caer Melyn conmigo, pues la abadía muy pronto será a la vez refugio y hospicio.

-Hijo -respondió Avallach en tono cariñoso-, ya lo es. Esta enfermedad no hace más que aumentar nuestro trabajo. Y en la misma medida que se multiplica la labor también lo hace la gloria. Soportaremos lo que nos envíe el Señor, dependiendo no de nuestras propias fuerzas sino de Aquel que nos sostiene a todos. Y, si la oración puede servir de algo -añadió, alzando la mano con la palma hacia arriba, a la manera de un suplicante-, me dedicaré a ella con todo mi corazón.

Quedaba claro que no lo convencería de hacer otra cosa, de modo que no insistí más.

-Que tus plegarias se demuestren más potentes que cualquier elixir-le dije.

Cuando concluyó nuestra conversación algo más tarde, dejamos a Avallach que descansara y nosotros -Paulinus, Elfodd, Charis y yo mismo- descendimos hasta el lago, donde el monje nos mostró la planta que daba a la poción sus poderes curativos. Tras quitarse túnica y sandalias, y

arremangarse los pantalones, vadeó por el agua, encorvado y con las manos apoyadas en las rodillas mientras los oscuros ojos escudriñaban los verdosos y fríos fondos.

De improviso, se detuvo, introdujo el brazo en el agua y sacó una planta con largas hojas verdes y racimos de pequeñas flores de color rosa pálido en un tallo carnoso.

-Esto -dijo, señalando la gruesa raíz marrón-, cuando se tritura junto con las hojas y tallos del ajo y del brillan mawr en cantidades iguales, y todo ello preparado como os he dicho, facilita toda la mejora que podemos dar. -Luego, como si saboreara el remedio, añadió-: Creo que un poco de licor de rhafnwydden lo hará más sabroso.

Regresando a la orilla, se procuró rápidamente las otras plantas que había mencionado, pues lo cierto es que éstas crecen sin problemas en los bosques y en la mayoría de las corrientes de agua de todo Ynys Prydein. Satisfecho con sus ingredientes, Paulinus nos condujo a la abadía, donde, tras obtener los utensilios necesarios, se dispuso a preparar la poción, mostrándonos cómo deshilachar los tallos y raíces de las plantas antes de triturarlos y hervirlos con un poco de agua salada en un cazo. El agua se volvió amarilla y despidió un olor parecido al de huevos podridos.

Cuando consideró que estaba preparada, Paulinus extrajo un poco del lechoso líquido con un cucharón, y sopló sobre él con suavidad.

-Hay diferentes modos de determinar si está bien hecha -dijo-, pero éste es el mejor. -Y se llevó el cucharón a los labios y bebió el contenido-. Sí; está lista.

Ofreciéndonos el cucharón a cada uno por turnos, nos dio a beber la pócima.

-Probad -Instó- No produce ningún daño.

-Picante -decidió Charis, arrugando ligeramente la nariz- y amarga... aunque no desagradable.

Me pasó el cucharón, y tomé un sorbo; el líquido escocía un poco en la lengua.

-Si se da cuando la fiebre acaba de aparecer -nos informó Paulinus--, se asegura el mejor resultado, tal y como he dicho.

Alabé la sagacidad del monje, y añadí:

PENDRAGON IV

-Esta peste será un desafío incluso para el mejor de los hombres. Le serías de utilidad a tu rey en la lucha. ¿Quieres venir conmigo?

-Iré con vos, lord Emrys -respondió él sin apenas pensarlo; luego se volvió respetuosamente hacia su superior-. Si el abad Elfodd autoriza mi ausencia.

-Paulinus -dijo Elfodd en tono paternal-, has sido llamado por el Supremo Monarca. Debes ir. Y, puesto que hemos conseguido salir adelante antes de que tu vinieras, me atrevería a decir que también nos las arreglaremos cuando no estés. Sí, ve. Te doy mi bendición. Regresa cuando hayas finalizado tu tarea.

-Soy vuestro hombre, lord Emrys -anunció Paulinus, inclinando la cabeza.

-Estupendo.

-Prepararemos tanta poción como nos sea posible antes de que os marchéis -ofreció Charis-. Os pondréis en marcha con una buena provisión.

Elfodd aprobó la oferta.

-Los hermanos están a vuestro servicio. Muchas manos agilizarán el trabajo.

-Gracias a los dos. Sabía que no podía equivocarme al venir aquí. -A Paulinus le dije-: ¡Deprisa, pues! Partiremos en cuanto estés listo.

Charis y yo dejamos a Elfodd y a Paulinus organizándolo todo y regresamos a palacio. Mi madre no dijo ni palabra mientras andábamos, de modo que pregunté:

-¿Estás asustada?

-¿De la peste? -repuso con cierta sorpresa-. En absoluto. Durante los años que he pasado en la Isla de Cristal, he visto todo lo que la enfermedad puede hacer, Halcón. Ya no le temo a la muerte. ¿Por qué lo preguntas?

-Ven conmigo.

-Oh, Merlín, no me atrevo. Me gustaría, pero...

-¿Por qué no?

-Me necesitarán aquí.

-En efecto, tus conocimientos serán bien recibidos donde quiera que vayas -afirmé-. Arturo encontraría un lugar digno de tu experiencia y renombre. -Hice una pausa-. Sé que nada le gustaría más que volver a verte... y a Gwenhwyvar, también.

-Y a mí nada me gustaría tanto, te lo aseguro. Pero mi lugar está aquí. He vivido tanto tiempo sobre mi peñasco, que no podría abandonarlo ahora... en especial en estos momentos tan difíciles.

-Ojalá poseyera yo tu valentía.

-Bendito seas, Halcón mío. Puede que cuando las actuales dificultades hayan pasado, vaya a Caer Melyn y me quede un tiempo contigo. Sí -dijo, tomando una decisión-. Lo haré.

Mientras esperaba a que Paulinus se reuniera conmigo, cabalgué hasta la Colina del Santuario. Se me ocurrió que podía pasar unos instantes orando en la pequeña capilla de juncos y barro antes de regresar a la contienda. Los monjes de la abadía mantienen limpio y en condiciones el santuario, que está situado sobre la pequeña colina que se alza junto a la Torre. Veneran el lugar, puesto que fue éste el primer lugar de Inglaterra al que llegó la Palabra Sagrada por boca de José, el próspero mercader de estaño procedente de Arimetea. El santuario es una construcción sencilla, de paredes encaladas y con un techo de juncos sobre una única habitación con un pequeño altar de piedra.

Desmonté frente a ella y penetré en la fresca habitación en penumbra para arrodillarme sobre el suelo desnudo ante el altar. La sensación de la presencia del Redentor en aquella tosca capilla permanecía tan potente como siempre; es un lugar muy antiguo y sagrado. Aquí fue donde Arturo tuvo su visión y recibió su llamada, la noche antes de que la Dama del Lago le entregara la Espada Soberana. Aquí, también, contemplé yo el Grial, ese misterioso y evasivo símbolo de la gracia y el poder de Dios.

Arrodillándome en aquel humilde lugar, dije mis plegarias, y, cuando me volví a levantar para reanudar mi camino, lo hice con renovadas energías tanto en mi corazón como en mi espíritu.

Paulinus y yo abandonamos Ynys Avallach poco después; Arturo esperaba y yo estaba ansioso por poner en marcha mi plan. Mi idea era ésta: todos los viajes a Londinium y desde ésta debían cesar, para la cual había que cerrar cada carretera y camino fluvial; al mismo tiempo había que advertir a todos los poblados y lugares habitados y facilitarles el elixir. En cuanto a esto último, haría que Paulinus enseñara a diez cymbrogi cómo preparar la poción; estos diez, armados con sus conocimientos, recorrerían de punta a punta Ynys Prydein transmitiendo la noticia de la peste e instruyendo a otros sobre cómo combatirla. Cada monasterio y abadía se convertiría, al

igual que la Isla de Cristal, en un refugio; los monjes y sacerdotes prepararían la poción curativa y la distribuirían entre los poblados adyacentes, a la vez que enseñaban a las gentes las diferentes formas de combatir la enfermedad.

Era, reflexioné, una pobre estrategia con la que luchar contra un enemigo tan poderoso como el Devastador Amarillo. Aun así, era la única arma que poseíamos y debíamos utilizarla como pudiéramos, aprovechando cualquier ventaja y oportunidad para atacar... y atacar deprisa.

En consecuencia, Paulinus y yo cabalgamos a toda prisa siguiendo el Briw, desandando el camino hasta el lugar de desembarco donde Barinthus y la embarcación aguardaban. Era ya bien entrado el día siguiente, y con el sol casi oculto, cuando saludé al piloto. Mientras él y Paulinus hacían subir a los caballos, permanecí inmóvil contemplando cómo la oscuridad se intensificaba en el valle de Mor Hafren y se extendía como una mancha de aceite sobre el agua.

Era la muerte lo que vi, la disolución del Reino del Verano, la más bella de las flores destruida ante mis ojos nada más iniciar su floración. Me invadió el desánimo.

Luz Omnipotente, ¿qué más puede hacer un hombre?

El sol ya se había puesto cuando llegamos a la otra orilla; no obstante, la noche era clara, de modo que seguimos nuestro camino sin detenernos más que una vez para descansar y dar de beber a los caballos. Cabalgamos durante todo el día siguiente y gran parte de la noche -vigilantes por si aparecían los vándalos, pero sin tropezar con ninguno- y llegamos al campamento inglés antes del amanecer. A nuestra llegada, uno de los centinelas nocturnos despertó a Arturo, quien abandonó el lecho para venir a darnos la bienvenida.

Me disculpé por la intrusión, pero él no quiso ni oír hablar de ello.

-De todos modos no habría tardado en despertar -aseguró-. Ahora disponemos de un momento de tranquilidad para conversar.

Me indicó que me reuniera con él en su tienda, donde una pequeña fogata ardía en el exterior.

-Gwenhwyvar todavía duerme -explicó cuando nos sentamos junto al fuego.

-Me pareció ver más barcos en Mor Hafren -comenté mientras me acomodaba.

PENDRAGON IV

-Lot está aquí, como ya sabes -repuso Arturo-. Idris y Cunomor han llegado por fin, y Cadwallo llegó el día siguiente a tu marcha. Están con Gwalchavad, que manda un ataque en el sur. Si todo va bien regresarán al amanecer.

Rhys apareció con un cuenco y un poco de carne fría y pan seco. Ofreció el recipiente primero a Arturo, que lo empujó hacia mí.

-Ya comeré algo más tarde -dijo-, pero tú has cabalgado mucho. Come, y cuéntame cómo te ha ido en la Isla de Cristal.

-Fue la mano de Dios la que me guió hasta allí, Arturo -empecé, mientras partía el pan-. Tenía razón con respecto a la peste.

-Lo sé -respondió él-. Llenlleawg me contó lo de Caer Uisc. Me equivoqué al oponerme a ti.

Quité importancia a su disculpa con un gesto.

-Traigo información sobre una poción curativa... entre otras cosas.

-Creo que dijeron que te acompañaba un monje.

-Ve a buscar a Paulinus -indiqué a Rhys-; Arturo lo recibirá ahora.

Entre bostezos -casi tambaleándose por el cansancio- apareció el monje. Arturo le lanzó una mirada dubitativa.

-Se te saluda, hermano-dijo amablemente.

Paulinus inclinó la cabeza vacilante.

-Y yo a vos -respondió, pero, sin pensar en el honor que se le ofrecía, no añadió ninguna otra clase de saludo.

-¡Paulinus! -lo reprendí con aspereza-. Sacúdete de encima el letargo, amigo. ¿Es que el Supremo Monarca de Inglaterra no merece tu atención?

El monje abrió los ojos de par en par al tiempo que se erguía muy tieso.

-¡Lord Arturo! Perdonadme, mi rey; no sabía que erais vos. Pensé... -Señaló vagamente en dirección a la tienda como si aún esperase que un rey diferente apareciera- Pensaba que seríais mucho más viejo.

A Arturo lo divirtió esto.

-¿Quién pensabas que era, entonces?

-Os tomé por un senescal -farfulló Paulinus, muy contrariado-. El Pendragon de Inglaterra... Disculpadme, señor. Que el Señor Jesucristo tenga misericordia, no era mi intención ofender.

-Te perdono de buena gana -repuso Arturo-. Veo que necesitas dormir y no te lo impediré. Ven a verme cuando hayas descansado y hablaremos. -A Rhys le indicó-: Encuentra a este monje un lugar en el que apoyar la cabeza donde no lo despierten todos los que pasen. Y dale algo de comer si tiene hambre.

-Gracias, señor-respondió agradecido Paulinus. Luego, contento de verse libre de nuevas vergüenzas, nos dedicó una torpe inclinación de cabeza y se escabulló en pos de Rhys.

El Supremo Monarca lo observó partir, sacudiendo ligeramente la cabeza.

-Confío en que sabrás lo que haces.

-Servirá -le aseguré-. Carece de experiencia en el trato con reyes: ha pasado más tiempo en compañía de plantas y hierbas curativas que en la de nobles y príncipes.

-Entonces es lo que necesitamos ahora -concluyó Arturo y, en tono amargo, añadió-: no otro noble codicioso que crea saber mejor que su rey cómo hacer la guerra al invasor.

-¿Las cosas van mal, entonces?

Arturo recogió un palo, lo partió, y arrojó los pedazos al fuego lentamente, uno detrás de otro.

-Hay quien diría eso.

-¿Cómo está la situación?

Contempló el fuego con el entrecejo fruncido. A su espalda el cielo se iluminaba para dar paso a un brillante amanecer.

-El Jabalí Negro y sus jabatos han huido a las colinas -explicó, y percibí la frustración en su voz-, y cuesta una barbaridad llegar hasta ellos. Con cada ataque no hacemos otra cosa que empujarlos más al interior de las cañadas. -Arrojó un nuevo palo al fuego-. Te aseguro, Myrddin, que son más difíciles de erradicar que los tejones.

Se interrumpió y pareció animarse un poco.

-Ahora que Lot, Idris y los otros han venido podremos obtener mejores resultados. El Señor sabe que hacemos todo lo que podemos.

Gwenhwyvar, a quien nuestra conversación había despertado, salió silenciosamente de la tienda, cubierta con un delgado manto blanco, el cabello sujeto con una tira de suave tela blanca. Se sentó al momento junto a Arturo, que la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

-Saludos, Myrddin -dijo-. ¿Nos traes una buena noticia?

-No, la noticia no es buena. La peste ha caído realmente sobre nosotros, y no existe cura.

-En ese caso debemos prepararnos lo mejor posible.

-Pero mi viaje ha traído un pequeño consuelo -añadí con rapidez-; pues me acompaña un monje que sabe mucho sobre la enfermedad y va a ayudarnos. También he averiguado esto: probablemente la pestilencia procede de Londinium; los muelles de la ciudad los utilizan muchos navíos extranjeros. Paulinus dice que la peste a menudo acompaña a las naves mercantes.

Gwenhwyvar captó todas las implicaciones de mis palabras al instante.

-Londinium... -exclamó-. Pero ¡Cador se dirige hacia allí en estos momentos!

-Lo detendremos -aseguró Arturo-. Puede que no haya llegado aún a la ciudad.

-Hay que cerrar Londinium al tráfico de personas -insté-. Hay que vigilar todas las carreteras, y los ríos. Nadie debe entrar o salir hasta que la enfermedad haya seguido su curso.

-Eso significa que no podemos contar con suministros procedentes de los mercados de Londinium -dijo Gwenhwyvar-. Jesús bendito... -Se apoyó instintivamente en su esposo en busca de consuelo-. ¿Qué vamos a hacer, Artús?

-Combatiremos a este enemigo como a cualquier otro.

-Pero no es como cualquier otro enemigo -le espetó ella-. Se extiende con el viento. Mata sin contemplaciones, y ni la espada ni el escudo sirven contra él.

-Todo lo que pueda hacerse, lo haremos.

PENDRAGON IV

-Debo ir a ver a mi padre -declaró ella-. Deben saberlo.

-No -se opuso él con sequedad-. Tú no irás.

-Pero debo advertir a mi gente. Puede que...

-Se les advertirá -respondió él con firmeza-. Pero te necesito aquí. -Su tono eliminaba toda disensión.

-Primero, hay que decírselo a los nobles -sugerí-. Querrán avisar a los suyos. La enfermedad no puede haberse extendido tan lejos aún.

-¡Rhys! -gritó Arturo, poniéndose en pie. El senescal apareció al instante junto a él-. Convoca a los nobles para que vengan a verme al momento. -Mientras Rhys se alejaba corriendo, el monarca añadió-: Qué saldrá de esto, sólo Dios lo sabe.

Los nobles acudieron a la llamada de Rhys y se congregaron alrededor de la fogata del monarca formando un círculo de rostros: algunos preocupados, otros simplemente curiosos. Arturo no les pidió que se sentaran, sino que permaneció de pie ante ellos con expresión grave y solemne; no malgastó palabras.

-La peste ha llegado a Inglaterra -se limitó a decir-. Debéis enviar jinetes a advertir a los vuestros.

Los nobles contemplaron a Arturo con asombro, e intercambiaron miradas en busca de una explicación.

-¿Es cierto? -se preguntaban con voz sobresaltada- ¿Cómo puede ser?

-Tened por seguro que es así -contestó el rey-. La peste sigue a la flota mercante; comerciantes extranjeros han traído esta pestilencia a nuestra tierra.

-Dinos -inquirió uno de los otros reyes-, ¿cuál es la naturaleza de esta pestilencia? ¿Cómo hay que combatirla?

Arturo indicó que les explicara todo lo que sabía.

-A esta peste se la conoce desde la antigüedad como el Azote del Este -empecé-. Se trata de la peste amarilla, una enfermedad que se extiende con la rapidez y voracidad del fuego. Se la conoce por las siguientes señales: el cuerpo fluctúa entre una fiebre intensa y un frío ateridor; las extremidades tiemblan y se estremecen; fluidos nocivos hinchan el cuerpo, pero de nada sirve purgar la vejiga. Cuando se acerca el final, la piel se

vuelve amarilla y la víctima vomita sangre. La muerte acaba con todo este sufrimiento en el espacio de dos días..., tres como máximo.

-No obstante, nos queda una pequeña esperanza -continuó Arturo-. Está con nosotros un monje que conoce cuál es la mejor manera de combatir a este Devastador Amarillo. Ahora llamad a aquellos mensajeros que consideréis más apropiados para que cabalguen hasta vuestros clanes y tribus y les adviertan del peligro.

-¡Mensajeros! -exclamó Ogryvan-. Iré yo mismo. Mi gente no se enterará de su existencia por un simple mensajero. No abandonaré mi reino en esta crisis.

Otros hicieron objeciones similares, pero Arturo se mantuvo firme.

-Os necesito aquí -declaró-. Estamos en guerra. No os podéis ir.

-¿Que no podemos ir? -rugió Brastias-. ¡O doy mi ayuda libremente o no la doy! Yo solo decido cuándo he de venir y cuándo he de marcharme.

-Soy vuestro rey -les recordó Arturo, la voz tan afilada como Caledvwlch-. Puesto que me habéis jurado lealtad, mantengo mi autoridad sobre vosotros. Tengo el derecho de ordenar, y os ordeno que os quedéis.

-También yo soy un rey-replicó Brastias altanero- La lealtad que juré no es más que el símbolo de la soberanía de que disfruto. Si no puedo mandar ni siquiera sobre mis propios movimientos, para decir si me quedo o me voy, entonces tengo tanta autoridad como el más humilde de los siervos de mi casa.

Arturo le dedicó una mirada de fulminante desdén, e hizo un supremo esfuerzo para controlar su cólera antes de hablar.

-Tú sabes mejor que nadie qué clase de monarca eres -contestó en voz baja-. Y no osaré discutir tu afirmación. Pero cometes una injusticia con aquellos que consideras por debajo de ti si comparas su categoría con la tuya.

Brastias se encolerizó, pero Arturo no le dio tiempo a responder.

-El tiempo es precioso para aquellos a quienes debemos avisar, y lo desperdiciamos parloteando sobre derechos y reinos. Llamad a vuestros jinetes y enviadlos a hablar con Myrddin. Él les dará instrucciones.

La orden provocó una gran confusión. Los restos de calma nocturna se vieron hechos añicos por los gritos de alarma que provocaba la terrible noticia al correr de campamento en campamento. Arturo reunió a la

Escuadrilla de Dragones y escogió a tres de entre los voluntarios para que cabalgaran al norte y transmitieran la información a los nobles que venían de camino a reunirse con nosotros -Ector en especial- y a cualquier poblado por el que pasaran. También seleccionó una fuerza armada -doscientos hombres, que serían muy echados en falta entre nuestras filas- para que sitiaran Londinium. A éstos los envió a toda prisa con la esperanza de que pudieran detener a Cador en su viaje a los mercados.

Mientras este pequeño ejército partía, aquellos más cercanos a Arturo celebraron consejo con él: Gwenhwyvar, Bedwyr, Cai, Llenlleawg y yo mismo.

-¿Puede hacerse algo? -preguntó Cai, diciendo en voz alta la pregunta que todos teníamos en la mente.

-Rezar -respondió solemne Arturo-. Rezar al Señor para que elimine esta pestilencia de nuestro país. O, si eso no puede ser, que nos muestre la forma de sobrevivirla. Ciertamente, mucho me temo que, a menos que el Señor nos ayude, esta prueba puede resultar el final de Inglaterra.

El Sueño Milagroso

Uno

Seco..., seco..., seco. Y abrasador. La tierra se agrieta. Los ríos pierden caudal. Ni una nube cubre el ardiente cielo, y el suelo se reseca bajo un sol implacable. Los manantiales sagrados dejan de manar, y los recipientes vacíos levantan ecos en los pozos santos. No hay ni un soplo de aire o brisa que refresque la tierra. Los animales están sedientos; les fallan las fuerzas y caen y, tras caer, mueren.

Mientras tanto, la peste se desliza por los senderos de las tierras bajas como una niebla invisible. Uno tras otro, caers, poblados y haciendas reciben la visita del Devastador Amarillo. Fortalecida por la sequía, que expulsa a las gentes de sus casas en busca de agua, la peste se extiende furtivamente por el país. Los niños lloran y las mujeres murmuran en sus intranquilos sueños; los hombres protestan con amargura que todo ello es culpa de Arturo.

Los reyezuelos lo culpan y urden felonías en sus corazones.

-No estarían así las cosas si yo gobernara el país -se jactan-. Pondría fin a este invasor y erradicaría toda enfermedad de nuestras costas.

Y dicen todo esto como si los vándalos no fueran más que un pastor borracho y la peste su perro sarnoso. Me deja sin hablar ver con qué rapidez los hombres abandonan a aquel a quien juraron servir hasta la muerte pasara lo que pasara. Pero, cuando la fe se pierde, los hombres abandonan todo aquello que los sostiene. Huyen del origen de su incertidumbre y se precipitan en la traición y el escepticismo.

PENDRAGON IV

¡Mirad! El Mar Angosto es como un campo arado con miles de surcos abiertos por las naves inglesas que navegan hacia Armórica. Acobardados, hombres que fueron valerosos hunden el remo en el agua, no sea que la tierra que los vio nacer vaya a convertirse también en la tierra que los vea morir.

Claro que su miedo puede disculparse. No hacen más que lo que permite su titubeante coraje. Mucho peor -y para siempre sin perdón- son aquellos que se esfuerzan por utilizar el sufrimiento y la pena de otros para hacer progresar sus envanecidas ambiciones.

En estos momentos hay cuatro que se enfrentan abiertamente a Arturo: Gerontius, Brastias, Ulfias y Urien. A los dos primeros los comprendo. ¡Los conozco tan bien! Ulfias es débil y está ansioso por complacer a su belicoso vecino; ha decidido que la paz con Brastias vale más que la lealtad a Arturo, y en eso está muy equivocado.

Si al menos hubieran abandonado el campamento...

Pero no, se dedicaban a pasear de un lado a otro envenenado el aire con sus quejas, provocando el resentimiento a la menor oportunidad, influyendo en los más indecisos con sus insidiosas calumnias. Los hermanos más débiles -hombres como Urien- los escuchaban y se veían llevados por mal camino.

No puedo menos que asombrarme con respecto a Urien. Su fogoso entusiasmo se ha consumido; su ardor, tan vivo y fervoroso al principio, se ha enfriado. Sucede así a veces, el Señor bien lo sabe: cuanto más vivo el fuego, más rápido se consume. No obstante, había esperado algo mejor de Urien Rheged. Aunque joven e inexperto, y penosamente ansioso por complacer, parecía un noble lo bastante serio. Con madurez y experiencia, podría haberse convertido en un gobernante capaz y honorable, y habría encontrado en Arturo un amigo fiel y generoso.

¿Qué, me pregunto, lo volvió en contra de Arturo? ¿Qué flaqueza percibió, o, más posiblemente, imaginó? ¿Qué reluciente incentivo le ofreció Brastias, qué promesa irresistible, para convertir la ardiente lealtad de Urien en cenizas mojadas?

Lamentablemente, incluso los votos más sagrados se olvidan a menudo ante palabras que se lleva el viento. ¡Oh, suéltalo, entrometido! No se puede obligar a un corazón que no quiere atarse, aún menos a uno que no rinde homenaje a nada que no sea él mismo. ¡Que así sea!

Así, pues, es como nos encontró el Lugnasadh: con la peste haciendo estragos entre la gente y el Jabalí Negro arruinando todo el país.

Como los podencos de la Cacería Salvaje, perseguíamos al invasor de norte a este, penetrando cada vez más en las sombreadas cañadas, pero, de algún modo, los vándalos siempre permanecían justo fuera de nuestro alcance. Se negaban a luchar, prefiriendo huir, y casi siempre viajaban de noche. Avanzando por cordilleras y valles regados por ríos, seguían los antiguos senderos de Albión en dirección al fértil centro del país.

Siguiendo estas rutas, Arturo enviaba por delante a mensajeros veloces para advertir a los poblados que se acercaba el invasor; pero incluso esta simple tarea era dificultada por el hecho de que el astuto Amílcar había dividido sus fuerzas, y vuelto a dividirlas otra vez. En aquellos momentos existían no menos de siete ejércitos enemigos sueltos por el país, cada uno bajo el mando de un caudillo vándalo decidido a penetrar todo lo posible tierra adentro, que lo arrasaban todo a su paso.

A Twrch Trwyth no parecía importarle en absoluto que sus jabatos se desperdigaran mientras él escapaba al norte y al este con el grueso de la horda vándala. Sin duda existía algún propósito para aquel insensato planteamiento, pero yo no podía discernirlo.

Con todo, proseguimos la persecución de modo implacable, atrapándolos cuando nos era posible, combatiendo cuando se nos presentaba batalla... pero por lo general llegando siempre un día después de su último ataque. La inutilidad nos perseguía y el constante sol nos quemaba la espalda. Las provisiones empezaron a escasear -un problema constante, acuciante como el dolor de nuestros estómagos vacíos- pues, con Londinium en cuarentena, nos veíamos obligados a comprar grano y reses en mercados más pequeños tan distantes como Eboracum, y la simple tarea de conseguir la suficiente cantidad no sólo resultaba tediosa sino que también nos ocupaba un tiempo precioso. Entretanto, los reyezuelos se dedicaban a pelar entre ellos y a disputar a Arturo su liderazgo.

Esto habría bastado para causar la ruina de muchos hombres de menor calibre. Pero Arturo tenía también que luchar contra la peste; y ésta se mostraba tan obstinada como el Jabalí Negro.

Yo veía cómo Paulinus adelgazaba y su rostro adquiría un aspecto demacrado. ¿Cómo no iba a ser así? Descansaba poco y apenas dormía. Trabajaba como un esclavo enloquecido para enseñar, organizar, preparar y distribuir su medicina. El tímido monje se había convertido en un guerrero valiente, tan implacable a su manera como cualquiera de los jefes guerreros de Arturo, empeñado en una batalla no menos feroz que cualquiera de las libradas contra Amílcar.

En cuanto llegaba la noticia de que en un poblado o hacienda se había declarado la peste, allí quería estar Paulinus. Sin pensar en sí mismo, lo

entregaba todo en la contienda y de este modo iba adquiriendo renombre en la guerra contra el Devastador Amarillo. Otros vieron su ejemplo y se sintieron inspirados a seguirlo, y, así, acompañado de un puñado de hermanos procedentes de Llandaff que se habían unido voluntariamente a la lucha, cargaba con la tarea de combatir la peste.

Pero la enfermedad, como el invasor, iba muy, muy por delante de nosotros sin jamás aminorar el paso. No parecía existir modo de sojuzgar a ninguno de ellos. Así pues, cuando sus nobles empezaron a desertar, Arturo se lo tomó muy a pecho.

-Tómalo con calma, Oso -dijo Bedwyr en un intento por calmar al monarca-. No necesitamos a personas como Brastias que estén todo el día echando chispas.

Estábamos reunidos en la gran tienda de reuniones, pero Arturo, enojado con los desobedientes reyezuelos, no los había llamado y ahora permanecía sentado con los codos sobre la mesa, el entrecejo fruncido, mientras aquellos que gozaban de la confianza del Supremo Monarca intentaban animarlo.

-Es mejor deshacernos de ellos, opino yo -añadió Cai.

-Tienes razón. Oso -intervino Cador-, no se han llevado más de trescientos jinetes en total.

-¡Jesús bendito, no es la pérdida de unos cuantos caballos lo que me inquieta! -rugió Arturo-. Tres me han desafiado a la cara. ¿Cuánto creéis que tardará la desmoralización en afectar al resto?

Gwenhwyvar, bríllante serafín cubíerto con un fresco manto blanco, se inclinó sobre él.

-Permite que vaya en busca de los míos -lo apaciguó-. Los reyes de Eireann están dispuestos; lo cierto es que están ansiosos por pagar la deuda que tienen con Inglaterra. No tienes más que pedir.

-No nos vendría mal reemplazar a los jinetes y guerreros que hemos perdido -arguyó Bedwyr-. Puede que la llegada de los caballeros irlandeses avergüence a los que tienen poca voluntad y anime a los leales.

-Eso no sería mala cosa -manifestó Gwalchavad, y añadió-: Doy la bienvenida a cualquiera que esté a mi lado en esta lucha.

Gwenhwyvar tomó la mano derecha de Arturo entre las dos suyas.

PENDRAGON IV

-¿Por qué vacilas, esposo mío? No existe vergüenza ni mal en esto. -Le estrechó la mano y la presionó con la misma fuerza con la que intentaba hacer valer sus argumentos-. Cuanto antes me marche, más pronto regresaré. Ni te darás cuenta de que me he ido.

Arturo consideró sus palabras. Parecía a punto de ceder.

-¿Qué dices tú, Myrddin?

-Tus sabios asesores te han dado buenos consejos -respondí-. ¿Por qué preguntarme a mí?

-Pero te pregunto -refunfuñó él.

-Muy bien -asentí. Pero, antes de que pudiera dar mi respuesta, el cuerno de caza resonó en el exterior: un toque corto, seguido de otros dos.

-Alguien ha llegado -dijo Cal, poniéndose en pie de un salto. Se detuvo un instante para añadir- ¿Los traigo a tu presencia, Oso?

-Primero averigua quién es -indicó Arturo agriamente.

La señal de Rhys indicaba a un recién llegado en el campamento. Cai se marchó y nosotros nos dispusimos a recibir a nuestros huéspedes.

Al cabo de un instante se escuchó la voz de Cai que decía desde el exterior:

-Arturo, deberías salir. Seguro que querrás ver a estos visitantes.

Arturo suspiró, apartó su silla -la gran silla de campaña de Uther- y se levantó despacio.

-¿Qué sucede ahora? -refunfuñó. Apartando a un lado el faldón de la tienda, salió al exterior y yo lo seguí. Cai se encontraba a poca distancia de la tienda, mirando colina abajo en dirección al arroyo.

Ascendiendo por la suave pendiente en dirección a nosotros se veía a un grupo de clérigos: tres obispos, no menos, con treinta o más monjes. Los obispos lucían majestuosas vestiduras sacerdotales: largas túnicas oscuras y relucientes adornos de oro; calzaban suaves botas de piel
y sostenían bastones con empuñaduras de oro. Los que los acompañaban iban ataviados con vestiduras más humildes de lana cruda.

-Que el cielo nos proteja -masculló Gwalchavad en voz alta-. ¿Qué hacen éstos aquí?

-Calma, hermano -aconsejó Bedwyr-. Puede que hayan venido a prestar su ayuda contra la peste. Cualquier ayuda en esa batalla sería muy bien recibida.

-No tienen el aspecto de hombres que vienen a ofrecer ayuda -observó Gwenhwyvar-. Más bien todo lo contrario, me parece.

Su percepción femenina era tan aguda como su vista, pues los entrecejos fruncidos y los labios apretados de los que se acercaban sugerían un propósito solemne y, una decisión inflexible. El obispo que iba a la cabeza golpeaba el suelo con su báculo como si aporreara serpientes, y los que lo acompañaban avanzaban con piernas rígidas, los hombros erguidos y las barbillas levantadas. En otro momento, podría haber sido motivo de risa. Pero no en este día; el Oso de Inglaterra no estaba de buen humor.

Rhys fue a ocupar su puesto junto a Arturo cuando los sacerdotes se detuvieron ante nosotros. No reconocí a ninguno de ellos, ni tampoco a sus acompañantes. Su llegada, como es natural, había atraído la atención de los hombres del campamento, curiosos por ver qué tendrían que decir tan ilustres visitantes. Muy pronto un centenar o más se había congregado a nuestro alrededor, lo que pareció satisfacer a los obispos. En lugar de colocarse cara a cara con el Supremo Monarca, se detuvieron una docena de pasos más allá, como si desearan obligar a Arturo a ir hacia ellos. Aquello me pareció muy mal augurio.

-¡Salve, hermanos en Cristo! Salve y bienvenidos -saludó Arturo-. En nombre de nuestro Señor Jesucristo, os doy la bienvenida.

-Salve a ti -respondió el obispo que iba a la cabeza. No se dignó reconocer el rango del Supremo Monarca; ni tampoco ofreció a su soberano, ni lo hizo ninguno de los otros, el acostumbrado beso, mucho menos la sencilla cordialidad de una amable bendición.

Puesto que era mejor hombre que yo, Arturo hizo como si no se diera cuenta de la injustificable insolencia del clérigo.

-Honráis nuestro tosco campamento con vuestra presencia, amigos míos. Os doy de nuevo la bienvenida en nombre de nuestro Señor y soberano -dijo en tono afable... amontonando, como si dijéramos, carbones encendidos sobre sus cabezas.

Gwenhwyvar, que no quería quedarse atrás, tomó la palabra:

-Habríamos dispuesto un mejor recibimiento de haber sabido que veníais -dijo con suavidad-. De todos modos, no carecemos de la más elemental cortesía. -Sonreí ante esta leve censura a los malos modales de los

obispos. Ella se volvió entonces hacia Rhys-. Trae la copa de bienvenida -ordenó.

-No, mi señora -replicó el obispo, alzando una mano autoritaria. Era un hombre corpulento, sólido como una cuba de cerveza en sus largas vestiduras; su principal adorno era una enorme cruz de oro que le colgaba del cuello, suspendida de una pesada cadena también de oro-.No compartiremos la copa común hasta que hayamos dicho lo que hemos venido a decir.

-Hablad, pues -intervino Bedwyr, en tono ligeramente amenazador ante la desfachatez del religioso-. El Señor bien sabe que habéis conseguido despertar nuestra curiosidad con vuestra osadía.

-Si nos consideráis demasiado atrevidos -contestó elobispo con arrogancia-, entonces realmente sois más tímidos de lo que suponíamos.

-Me da la impresión -manifestó Cador, imitando a la perfección el tono glacial del otro- que suponéis demasiado. -Luego, antes de que el airado obispo pudiera responder, cambió de táctica-. ¡Ah, perdonadme! -continuó con voz melosa-. A lo mejor no sabéis quién es aquel que se os dirige con tanta cortesía. -El joven rey alzó la mano en dirección a Arturo y siguió-: Os presento a Arturo ap Aurelius, rey de Prydein, Celyddon y Lloegres, Gran Dragón de la Isla de los Poderosos y Supremo Monarca de toda Inglaterra.

El pomposo clérigo casi estalló al escuchar esto. Dirigió una mirada furiosa a Cador y masculló:

-Sabemos bien quién es aquel que hemos venido a ver.

Una vez más, Cador tenía ya preparada una respuesta apropiada.

-Entonces debo pediros de nuevo que me disculpéis -dijo alegremente--, pero daba la impresión de que teníais alguna duda sobre el rango del hombre al que os dirigíais. Mi intención era simplemente aliviar el peso de vuestra ignorancia... si es que se trataba de ignorancia... ya que no imagino que tan grave insulto pueda haber sido intencionado.

Comprendiendo que llevaba las de perder, el rudo obispo inclinó la cabeza despacio.

-Os agradezco vuestra solicitud -respondió y, volviéndose a Arturo, continuó-: Si he ofendido al poderoso Pendragon, debo solicitar su perdón.

Arturo empezaba a perder la paciencia.

PENDRAGON IV

-¿Quién sois y por qué habéis venido? -inquirió sin rodeos.

-Yo soy Seirol, obispo de Lindum -anunció orgullosamente-, y éstos son mis hermanos: Daroc, obispo de Danum, y el abad Petronius de Eboracum. -Alzó el báculo en dirección a sus hermanos obispos, cada uno de los cuales alzó a su vez una mano pálida en señal de paz-. Hemos venido con representantes de nuestras iglesias, como podéis ver. -Con esto se refería al grupo de monjes que los acompañaba-. Venimos investidos de la autoridad del obispo Urbanus de Londinium, que envía esto con su sello. -Mostró un rollo de pergamino que llevaba el sello y la firma del obispo.

-Os habéis alejado mucho de vuestro hogar, hermanos -comentó Arturo-. Lindum se encuentra a muchos días de viaje hacia el norte... lo mismo que Eboracum; y Londinium no está tampoco a corta distancia. El asunto debe ser de cierta magnitud para haceros viajar tan lejos en días tan agitados.

-Bien que lo sabéis, señor -afirmó Seirol autoritario-. Hemos soportado muchas penurias... y esto para que no tuvierais motivo para dudar de nuestra resolución.

-A mí me parecéis muy resueltos -respondió el Supremo Monarca.

Bedwyr, que percibía un peligro inminente, advirtió en voz muy baja:

-Ve con cuidado, Oso.

El obispo Seirol aspiró con fuerza, enojado.

-Había oído hablar de los groseros modales de vuestro gran rey-dijo desdeñoso-; desde luego ya esperaba verme insultado.

-Si nos consideráis demasiado, groseros -observó Cai-, entonces realmente sois hombres más delicados de lo que suponía. -Muchos de los espectadores se echaron a reír, y los religiosos se removieron incómodos.

El obispo paseó una mirada ceñuda por la concurrencia; luego alzó despacio el báculo y dio un golpe seco en el suelo con él.

-¡Silencio! -chilló-. Preguntáis por qué hemos venido aquí. Os lo diré. Hemos venido a realizar nuestro más justo y santo deber al exigiros a vos, Arturo ap Aurelius, que renunciéis a vuestro trono y entreguéis el Reino de Inglaterra a otro.

-¿Qué? -La incrédula exclamación había brotado de Bedwyr, pero el pensamiento estaba en las mentes de todos-. ¿Que Arturo renuncie al trono?

PENDRAGON IV

-Esto es realmente un asunto de cierta magnitud -señaló Arturo con sequedad-. A menos que seáis más locos de lo que parecéis, debéis tener un buen motivo para esta grave sugerencia. Quisiera oírlo ahora, sacerdote.

El obispo Seirol frunció el entrecejo, pero, como no consiguió discernir si la respuesta de Arturo lo ofendía o no, se irguió con orgullo y procedió a dar la explicación que llevaba preparada. Blandiendo el báculo, proclamó:

-Puesto que hemos arrastrado muchos peligros, no penséis que se nos disuadirá fácilmente. El país está en desorden y la gente pasa penurias. Se nos acosa continuamente. La peste y la guerra han sido el fin de muchos, y el país exige justicia.

-Estamos al tanto de estas penalidades -aseguró Cador-. Si echáis una mirada a vuestro alrededor, observaréis que en estos instantes os encontráis en un campamento de guerra situado en primera línea de batalla. ¿O acaso creíais que esto era Londinium o Caer Uintan, y que estábamos todos bien ocultos y a salvo tras altas murallas?

La cólera del obispo Daroc estalló.

-Vuestra impertinencia es impropia de vos, lord Cador. ¡Oh, sí, también os conocemos a vos! Haríais bien en tomar en consideración nuestras acusaciones, que afectan la eterna seguridad de vuestra alma.

-Yo pensaba -respondió él con frialdad- que tan sólo Dios mandaba sobre mi alma. Y, puesto que he depositado mi confianza en él, decid y haced lo que queráis: no temo a ningún ser mortal.

El obispo Seirol siguió adelante con su ataque.

-¡Escuchadme, orgulloso monarca! ¿Negáis que el enemigo invade el país impunemente? ¿Negáis que la peste está consumiendo al país?

-¿Cómo -replicó Arturo despacio- podría yo negar lo que puede ver incluso el ojo menos agudo? Debéis saber que he enviado mensajeros a todo lo largo y ancho del país con el aviso.

Una expresión de triunfo transformó el rostro del clérigo. Alzó los brazos extendiéndolos y se volvió a un lado y a otro, exultante en su imaginada victoria.

-¡Escuchadme, guerreros de Inglaterra! -exclamó Seirol con voz atronadora-. ¡Estos dos padecimientos gemelos que son la peste y la guerra han caído sobre nosotros por la inmoralidad de un hombre! -Lanzó una mano en dirección a Arturo y chilló-: Arturo ap Aurelius, habéis sido

condenado por el Señor. Lo cierto es que el mal que asola el país proviene únicamente de vuestra propia iniquidad, y de la perversidad de vuestro reinado.

La acusación flotó en el aire durante un largo y terrible momento. Luego la voz de Cai quebró el estupefacto silencio.

-¿Iniquidad y perversidad? -repitió con profundo desprecio-. Oso, ya hemos escuchado suficientes insultos de este sapo inflado. Permite que los expulse del campamento a patadas.

-¿Con qué derecho venís aquí a difamar al rey de Inglaterra? -exigió Gwenhwyvar agriamente.

-¡Soy el obispo de Lindum! -chilló Seirol-. Hablo en nombre de la santa iglesia de Cristo en la tierra. Puesto que no existe más que un Redentor, estamos unidos en un solo cuerpo. Así pues, cuando hablo, hablo en nombre de Dios.

-Yo soy Caius ap Ectorius de Caer Edyn -escupió Cai, adelantándose hacia el religioso, la mano en la empuñadura de la espada-. Y yo digo que sois un charlatán infecto, y hablo en nombre de todos los aquí presentes.

Lo absurdo de la acusación de Seirol nos impedía tomarla en serio. Pero los obispos hablaban con total seriedad. Se habían preparado a conciencia para lanzar esta ridícula acusación y pensaban decir la última palabra.

El abad Petronius, las facciones contraídas en una mueca asesina, se abrió paso al frente.

-Matadnos si queréis -siseó-. No esperábamos menos de vosotros. Todo el mundo sabrá que padecimos martirio en el cumplimiento de nuestro deber a manos de criminales pervertidos y rencorosos.

-Seguid hablando de este modo a vuestro rey -advirtió Bedwyr en voz baja y cargada de amenaza-, y no os desilusionaremos, sacerdote.

-¡Matanzas y asesinatos es todo lo que conocéis! -acusó el obispo Daroc-. La suerte no acallará nuestras voces. ¡La verdad no será silenciada! ¡Nuestra sangre clamará justicia desde el mismo suelo!

-¿Lo comprobamos? -inquirió Gwalchavad.

Arturo alzó una mano.

-Calma, hermanos -dijo, con voz ecuánime. Miró a Seirol-. Habéis presentado grave queja contra mí, amigo. Ahora quisiera escuchar vuestras pruebas.

Los obispos intercambiaron miradas y una expresiónparecida a la preocupación pasó por el sonrojado rostro de Seirol. Habían considerado manifiesto el cargo y no habían esperado un desafío directo. He aquí cómo los arrogantes y fariseos son siempre muy rápidos en detectar la mota en el ojo ajeno, mientras que nunca ven el tronco en el propio. Temblaban ahora, pues por primera vez empezaban a dudar de sí mismos.

-Bien, estoy esperando -los instó Arturo-. ¿Dónde están vuestras pruebas?

-Tened cuidado, sacerdotes difamadores -advertí, dando un paso al frente-. Os encontráis en presencia de aquel cuyo honor está por encima de todo reproche; pero, en lugar de alabarlo como debierais, lo impugnáis con sucias calumnias. ¡Vergüenza debiera datos! Sí fuerais hombres de honor os postraríais boca abajo y suplicaríais perdón por vuestros pecados. ¡Si fuerais auténticos siervos de Cristo caeríais de rodillas para implorar indulgencia! -vociferé, y el aire se estremeció-. Rogad misericordia al rey de reyes en la tierra, que ostenta legítimamente el gobierno de este país de manos del Supremo Monarca del Cielo. Arrodillaos ante él, pues en verdad os digo: estáis a punto de perder vuestras miserables vidas.

Nadie les había hablado así jamás, y los pérfidos monjes se quedaron boquiabiertos de horror e incredulidad. Estaban tan devorados por la idea de la condenación y de su propia importancia que no podían aceptar la verdad tal y como se la planteaba.

El obispo Seirol, enfurecido por mi arrebato, se lanzó al frente furioso, sin pensar.

-¡Pedís pruebas! -exclamó-. ¡Pedís pruebas! Os digo que la prueba de mi acusación se encuentra junto a vos, gran rey.

Dicho esto, el religioso alzó su báculo pastoral y miró a su alrededor. Con un molinete de exagerada pompa, colocó el bastón en posición horizontal y señaló. Sentí cómo la sangre se me subía a la cabeza mientras me preparaba para responder a su alegato; me enfrentaría y respondería al calumniador monje golpe por golpe. Pero no fue a mí a quien señaló.

No, ese injusto honor recayó en Gwenhwyvar.

-¡Mirad! -se pavoneó el obispo-. Ahí la tenéis llenade desfachatez y desvergüenza a la vista de todos. ¿Qué otra prueba necesito?

PENDRAGON IV

Tanto Arturo como Gwenhwyvar se quedaron estupefactos ante este extraordinaria declaración. La naturaleza de la acusación se les escapaba, pero no a mí; comprendí perfectamente lo que el inicuo clérigo insinuaba.

-Por el amor de Cristo -susurré con aspereza-, retiraos y no digáis nada más.

-¡No me retiraré! –exclamó Seirol exultante. Imaginaba ahora haber ganado el caso, e intentó dar mayor relieve a su victoria-. ¡Esta mujer es irlandesa! -dijo, con voz preñada de insinuaciones-. Es extranjera y pagana. Vuestro matrimonio con ella, oh rey, está en contra de la ley de Dios. Tan seguro como que estáis junto a ella ahora, afirmo que estáis condenado.

Petronius, envalentonado por el ejemplo de su colega, entró en la discusión.

-Desde el principio del mundo -acusó-, jamás hubo peste en Inglaterra... hasta que os convertisteis en rey y tomasteis a esta mujer, a esta irlandesa pagana como vuestra reina.

Resultaba difícil decidir qué consideraba peor: que Gwenhwyvar fuera pagana o que fuera irlandesa; o, probablemente, que fuera mujer.

El obispo Daroc atrajo entonces la atención hacia sí.

-Se trata del castigo de Dios sobre todo nosotros por los crímenes de este monarca inmoral. Al Señor no se lo burla. Sus leyes perduran eternamente, y su castigo es veloz.

Arturo, serio y calmado, respondió en una voz tan ecuánime y contenida, que escucharla heló la sangre en las venas a aquellos que lo conocían bien.

-No soy un estudioso de las Sagradas Escrituras, eso lo confieso. Mi vida se dedica a otros menesteres.

-A matanzas y luchas dedicáis vuestra vida -se mofó Petromus... y fue rápidamente silenciado por la forma en que Arturo enarcó las cejas.

-Pero decidme ahora -continuó Arturo, alzando ligeramente la voz-, ¿no es pecado dar falso testimonio contra un hermano?

-Bien que lo sabéis -respondió Seirol con suficiencia-. Bajo la ley de Dios, se condenan todos aquellos que cambian una verdad por una mentira.

-¿Y no es cierto que esta misma ley que invocáis invita a aquel que quiere condenar a otro a primero demostrar que está libre de culpa?

El religioso casi se echó a reír a la cara de Arturo.

-No penséis en volver esa gran enseñanza en vuestra defensa -replicó Seirol-. Fui confesado al alba y no llevo en mí la menor mácula de pecado que pueda utilizarse en mi contra.

-¿No? -dijo Arturo, y en su voz se percibió el retumbo que advierte de la inminencia de la tormenta-. En ese caso escuchadme, monje insolente. Habéis pecado tres veces desde que llegasteis a este campamento. Y por esos pecados os pido cuentas.

-¿Osáis calumniar a un obispo de Cristo? -acusó el ultrajado clérigo-. No he pecado una sola vez, mucho menos tres.

-¡Embustero! -rugió Arturo, decidió por fin a atacar. Alzó un apretado puño y poco a poco estiró un dedo- Me acusáis de iniquidad y maldad, e invocáis sobre mí el castigo divino. Sin embargo, cuando exijo pruebas de estas acusaciones, no ofrecéis ninguna; en lugar de ello, lleváis vuestro ataque hasta la mujer que el mismo Dios me ha dado por esposa.

»En cuanto a Gwenhwyvar... -estiró lentamente un segundo dedo-, llamáis pagana a alguien que, como vos mismo, es un cristiano nacido del agua; bautismo del cual puede testificar Charis de Ynys Avallach y el mismo abad Elfodd. Y puesto que, como tan oportunamente nos
habéis recordado, no existe más que un Redentor y todos los que lo invocan están unidos en un solo cuerpo, juzgáis con falsedad y llamáis pagana a quien en realidad es vuestra hermana en Cristo. Así pues, condenáis doblemente a alguien que es inocente.

Unicamente entonces sintió el religioso cómo el suelo se abría bajo sus pies, y el color desapareció de su rostro. Los que lo acompañaban no percibieron aún el golpe fatal, aunque mientras contemplaban la escena éste caía ya sobre sus ignorantes cabezas.

Arturo estiró otro dedo.

-Por último, mentís al decir que estáis libre de pecado, pues habéis pecado a la vista de todos estos testigos desde el primer momento en que empezasteis a hablar. No dudo de que seguiríais añadiendo un pecado a otro si os permitiera seguir hablando.

El obispo Daroc se irguió indignado.

-No se nos juzga a nosotros aquí.

-¿No? -replicó Arturo-. Siempre queda sometido a juicio aquel que da falso testimonio contra su hermano. El sol aún no ha llegado al mediodía y ya habéis, según vuestras propias palabras, «cambiado una verdad por una mentira»... y no sólo una vez, sino tres veces. Por esto os condenáis por vuestra propia boca. ¿Qué tenéis que decir a esto, sacerdote? -prosiguió Arturo, inflamado de justa cólera-. Os escucho, pero no oigo vuestra respuesta. ¿Puede ser acaso que cuando no tenéis ninguna mentira en los labios no tenéis nada que decir?

El mortificado obispo, al no tener respuesta que ofrecer, lanzó una mirada furiosa a Arturo, pero mantuvo la boca bien cerrada.

-Demasiado tarde para mostrar sensatez -le dijo Arturo-. Ojalá hubierais pensado en ejercitarla antes. Tal y como están las cosas, habéis malgastado mucha en un largo y peligroso viaje cuyo fin era hacer ostentación de vuestra estupidez. No dudo que hubierais conseguido lo mismo sin salir de Lindum. ¿O es que hay todavía otro motivo para vuestra visita? ¿Alguna otra queja contra vuestro rey?

Sin poder evitarlo, el obispo Daroc echó una rápida mirada hacia donde se encontraba Cador, traicionando de este modo la auténtica naturaleza de la queja de los sacerdotes. Sus orejas enrojecieron y el color subió a sus mejillas.

-¡Eso es! -La comprensión iluminó como un amanecer el rostro de Arturo-. Myrddin me advirtió sobre los hombres de la iglesia y las posesiones terrenas. Qué bien os conoce.

-Desde luego, señor -comentó Cador-. Deberíais haber oído sus chillidos cuando sugerí que necesitábamos las baratijas de oro que acumulaban polvo en sus arcas.

Arturo se dirigió a los obispos con voz atronadora.

-Habéis mentido a vuestro rey y dado falso testimonio contra vuestra reina... sólo porque yo busqué socorro y sustento para mis hombres en las riquezas de la iglesia que he jurado defender. Vuestro egoísmo y orgullo, ¡únicamente eso!, os trajo aquí, y todos los que han presenciado esta vergonzosa conversación contemplan ahora con toda claridad vuestra codicia y pobreza de espíritu. -Sacudió la cabeza lentamente-. Vosotros no sois cristianos. Escuchadme, hijos de las víboras. Por vuestros pecados seréis desnudados y azotados y expulsados de este campamento. Se os conducirá ante Llandaff, donde el santo Illtyd, auténtico sacerdote de Cristo, decidirá vuestro castigo. Rezad para que tenga más compasión que yo, porque os digo con toda claridad que le aconsejaré que os eche de la

iglesia, no fuera a ser que desprestigiarais al mismísimo Jesucristo con vuestro orgullo e impía vanidad.

Dicho esto, el Supremo Monarca extendió la mano y quitó a Seirol la cruz y la cadena que pendía de su cuello.

-Ya no necesitaréis esto, creo; y nosotros podemos utilizarlo aquí para comprar comida y bebida para los guerreros hambrientos.

Dio la espalda al balbuceante clérigo y llamó:

-¡Gwalchavad! ¡Cador! Conducidlos a Llandaff y contádselo todo a Illtyd: exhortadlo a que imponga un castigo apropiado.

Cai contempló cómo los odiosos sacerdotes eran sacados de allí.

-Deberías haber dejado que yo me ocupara de ellos, Oso -dijo-. Dios bien sabe que ya han sido la ruina de muchos.

-Es mejor que sea Illtyd quien aplique el castigo -respondió Arturo-. Porque él es un hombre santo y de esta forma ellos no podrán consolarse con el secreto pensamiento de que fueron malinterpretados u obligados injustamente por un pagano.

Hizo intención de alejarse, pero Gwenhwyvar se colocó entonces frente a él con las manos en las caderas, las bien formadas cejas fruncidas y los oscuros ojos llameantes.

-Este asunto aún no se ha terminado, oh rey -manifestó-. Se me ha injuriado por mi linaje a la vista de todos los aquí presentes. Mi honor exige satisfacción.

Sospechando una sutil estratagema, Arturo ladeó la cabeza.

-¿Qué sugieres? -inquirió cauteloso.

-Sólo esto: que yo zarpe de inmediato hacia Irlanda y reúna a nobles que, por la fuerza de su devoción, harán que los descreídos ingleses de todo el país se estremezcan de envidia al ver el homenaje que mi noble raza ofrecerá.

Las últimas sombras de enojo desaparecieron del rostro de Arturo. Contempló a su esposa: fina evaluación entremezclada con profundo aprecio y... ¿qué? ¿Gratitud? Reconocimiento, sí. Vio en ella un espíritu tan inquebrantable y entusiasta como el suyo, furiosamente leal y firme en todo momento y, al igual que él, muy por encima de un puñado de monjes falaces y nobles titubeantes.

Con una sonrisa, el Oso de Inglaterra cedió.

-Los hombres valientes son siempre bienvenidos a mi lado -declaró en voz alta para que todos los oyeran-. Y, si los nobles de lerne demuestran ser siervos más leales de Inglaterra que los propios hijos de Inglaterra, que así sea. Que aquellos que abandonan fe y lealtad lleven el nombre de su deshonra. La maldad y el engaño no tienen cabida en mi reino, y cualquier hombre que abrace la verdad es amigo mío.

Gwenhwyvar lo besó entonces, y el abrazo fue celebrado por las guturales aclamaciones de todos los que los miraban. La reina partió en la siguiente marea con suficientes naves para traer de vuelta a los irlandeses: doce barcos y hombres suficientes para tripularlos. A requerimiento de Arturo, Llenlleawg y yo la acompañamos.

Tres

Atracamos en la bahía situada a los pies de Muirbolc. Tras ordenar a Barinthus y sus hombres que tuvieran los barcos listos para zarpar, nos encaminamos de inmediato a la fortaleza de Fergus, que encontramos totalmente abandonada. Las casas estaban vacías y la sala silenciosa, aunque había reses en el corral y caballos en el establo. Desmontamos y nos quedamos de pie en el patio, preguntándonos adónde habrían ido, y cuándo. Gwenhwyvar dirigió sus pasos hacia la sala.

-Permitidme -le dijo Llenlleawg, adelantándose como una flecha. Desapareció en el interior y salió al cabo de un instante para anunciar-: ¡No hace mucho que se marcharon! El lecho de cenizas de la chimenea aún está caliente.

Gwenhwyvar volvió a montar.

-Iremos a Rath Mor -decidió-. Puede que Conaire sepa qué ha sucedido aquí.

Hicimos girar a los caballos y corrimos al bosque siguiendo el sendero que conducía a la fortaleza de Conaire. No habíamos cabalgado mucho, sin embargo, cuando Llenlleawg se detuvo en medio del sendero y alzó la mano.

-¡Escuchad!

PENDRAGON IV

Me detuve y escuché con atención los sonidos que me rodeaban. Las aves gorjeaban en lo alto, y los caballos aplastaban y arañaban el suelo con los cascos. Más allá, la ligera brisa hacía revolotear las hojas de las ramas superiores y, aún más en lo alto, un halcón emitía su solitario chillido. ¿Era esto lo que había hecho detener a Llenlleawg?

No; había algo más. Ahora lo oía, como si cabalgara con el viento; reconocí inmediatamente en el lastimero sonido a las gaitas irlandesas.

-Es el piobairachd de guerra -dijo el campeón irlandés-. Debe de haber lucha.

-¡Por aquí! -gritó Gwenhwyvar, abriéndose paso entre nosotros y alejándose.

Continuamos por el sendero durante un corto tramo; luego Gwenhwyvar nos desvió del camino al llegar junto a un pequeño arroyo, reducido a poco más que un simple hilillo a través de la maleza.

Se estaba más fresco en la pequeña cañada umbrosa, y mientras chapoteabamos arroyo adelante observé que el sonido de las gaitas era cada vez más fuerte, hasta que, ascendiendo a la orilla del arroyo, surgimos de la sombreada hilera de árboles para ir a parar a un extenso prado rodeado por el bosque, en el que el sol caía de pleno.

Y allí en el prado había dos ejércitos a caballo ataviados y dispuestos para la batalla. Entre éstos, solos y a pie, cara a cara, se encontraban Conaire y Fergus, empuñando la enorme clúimor de doble mango, la antigua espada de los clanes. Ambas hojas centelleaban mientras los combatientes las hacían girar alrededor de sus cabezas.

Gwenhwyvar echó una mirada a las relucientes espadas y azotó su caballo con las riendas.

-¡Ya! -gritó, y cruzó el prado al galope, chillando-: ¡Deteneos! ¡Deteneos, digo! ¡Padre! -llamó la reina, dirigiéndose decidida al centro de la contienda y saltando de la silla antes de que la montura se detuviera-. ¿Estáis locos? ¿Qué hacéis?

-Apártate, hija -respondió Fergus. Iba desnudo hasta la cintura y su cuerpo brillaba empapado en sudor y aceite. Lo habían untado para el combate, y la luz del sol hacía que cada músculo reluciera y centelleara. También llevaba tiras de cuero en las muñecas y en las piernas, desde la rodilla al tobillo. En conjunto, parecía un celta de épocas pasadas mientras se apoyaba, sin resuello, en la inmensa arma-. Esto es un combate a muerte.

PENDRAGON IV

-Es absurdo -afirmó Gwenhwyvar-. ¡Guardad las armas los dos! -Aparte de un limpio corte en el brazo de Conaire no había por el momento muchas pruebas de ninguna intensión mortífera.

-Apartas, mujer -le dijo el rey Conaire-. Esto es sólo entre Fergus y yo.

Las gaitas seguían chirriando con fuerza.

-¡Silencio! -chilló Gwenhwyvar a los gaiteros, que se detuvieron bruscamente emitiendo una especie de graznido. Se volvió entonces hacia los dos monarcas con los puños en las caderas y, en un tono que no admitía tonterías, exigió-: Ahora decidme, ¿por qué estáis aquí de pie acuchillándoos el uno al otro como si fueseis Finn mac Cumhail y Usnach Escudo Azul?

-Ni se os ocurra entrometeros en esto -gruñó Conaire-. Pensamos solucionarlo antes de que el sol pase el mediodía.

-Haz lo que puedas, Conaire Crobh Rua -dijo Fergus, cerrando de nuevo la mano alrededor de la enorme espada.

-¡Contestadme! -ordenó Gwenhwyvar, dirigiéndose a Conaire-. ¿Porqué lucháis?

Fergus habló primero.

-Ha amontonado deshonor sobre la tribu de Guillomar, y no puedo permitir que tal insulto quede sin castigo.

-¡Vamos pues! -gritó Conaire-. Veremos quién será castigado aquí. ¡Apartaos, mujer! -Hizo intención de alzar la espada por encima de la cabeza.

Gwenhwyvar colocó la mano sobre la hoja desnuda y la retuvo; con el rostro casi pegado al de él, le espetó:

-Conaire Mano Roja, me diréis lo que ha sucedido y me lo diréis ahora.

-¡No lo haré!

-¡Conaire!

-Fu... fue... -tartamudeó, y la espada empezó a tambalearse-. Es todo cosa de Fergus. Preguntadle a él, pues mi espada habla por mí.

-Tenéis la lealtad de cinco señores, y estáis ligado por potentes juramentos a protegerlos -le dijo Gwenhwyvar, sosteniendo aún la hoja y manteniendo

así los brazos de él en lo alto-. Por lo tanto, exijo saber por qué atacáis a uno de vuestros reyes.

-No os diré nada. ¡Preguntad a Fergus!

-¡Os lo pregunto a vos!

Conaire tenía el rostro enrojecido por la rabia y los brazos le temblaban por el esfuerzo de mantener la pesada espada sobre su cabeza.

-¡Mujer, me molestáis enormemente! -rezongó-. Os he dicho que es todo cosa de Fergus.

-¡Embustero! -exclamó Fergus, acercándose- Apártate, hija. Deja que acabe con él ahora.

-¡Padre! No te muevas. -Volvió el rostro hacia Conaire y conminó-: ¿Hablaréis ya, o debemos permanecer aquí todo el día?

Dirigí una rápida mirada a Llenlleawg y vi que sonreía, disfrutando evidentemente con la disputa. Incluso así, tenía la lanza en la mano y lista.

Con la enorme espada temblando sobre su cabeza, Conaire alzó los ojos al cielo y cedió a las demandas de la reina.

-Sois peor que vuestro padre -bufó enojado- Dejad que baje las manos y os lo diré.

Gwenhwyvar, satisfecha con su respuesta, soltó la espada y dio un paso atrás.

-¿Bien?

-¡Es ese maldito sacerdote!

-¡Ciaran no te ha hecho nada! -acusó Fergus, abalanzándose hacia él.

Gwenhwyvar lo empujó hacia atrás, y preguntó a Conaire.

-¿Qué sucede con el sacerdote?

-Robó seis de mis reses -se quejó débilmente el monarca.

-Tus reses se desperdigaron cuando tu vaquero se durmió -dijo Fergus-. El sacerdote las encontró.

-¡Y se las llevó a sus corrales!

-¡Ofreció devolverlas!

-¡Oh, sí, ofreció! Lo ofreció... Si yo iba a buscarlas las devolvería.

-¿Y bien? -quiso saber Gwenhwyvar, cada vez más exasperada.

-Lo hace sólo para poder atraparme con ese... ese credo suyo -insistió Conaire-. Me desafía a escucharlo y dice que aún hará un cristiano de mí. ¡Pero yo no quiero saber nada de eso!

-¿De qué tienes miedo? -lo retó Fergus-. Escúchalo y decide. ¡Nadie puede hacerte creer nada que no quieras creer!

-¡Y tú, Fergus mac Guillomar, eres un tonto! -replicó él-. El parloteo de ese sacerdote te tiene hechizado. Es el más malévolo de los hombres y te ha robado el juicio a la vez que la razón. ¡Cristianos! Mírate, Fergus: ya no puedes ni librar tus propias batallas. Ya veo lo que escuchar a los sacerdotes ha hecho contigo, y no seguiré ese camino.

Gwenhwyvar tomó la palabra entonces.

-Yo soy cristiana, también, Conaire -dijo con frialdad-. ¿Me consideráis débil y estúpida?

Conaire alzó un dedo admonitorio.

-Manteneos fuera de esto. No es asunto vuestro.

-¿No lo es? Más bien creo que concierne a todos los que tienen a Jesucristo como su señor.

-En ese caso sacad vuestra espada y colocaos junto a vuestro padre -la desafió Conaire-. Y os daré golpe por golpe lo mismo que dé a Fergus.

-¡Vamos pues! -gritó Fergus-. ¡A ver qué puedes hacer!

-Vamos, parad... los dos -les espetó ella-. Conaire, no tenemos tiempo para esto. Si lo que deseáis es pelea, escuchadme ahora. Las hordas vándalas están arrasando Ynys Prydein. He venido a reunir a los ejércitos de Eiru para ayudar a Arturo.

Fergus se sintió más que feliz de poder escapar de la pelea.

-¿Pensabas ocultárnoslo, hija? Bien, pues mis hombres están listos; nos haremos a la mar enseguida. -Se volvió hacia sus guerreros, que se mantenían a la expectativa- Despedíos de vuestras familias, muchachos.

PENDRAGON IV

Arturo nos necesita. -Volviéndose de nuevo a Gwenhwyvar, prosiguió-: ¿Arturo en apuros? No digas más; es suficiente para mí.

-Bueno, a mí no me importa eso. No iré -refunfuñó Conaire con el entrecejo fruncido.

Gwenhwyvar apenas podía creer que el hombre fuera tan obstinado.

-¿Después de todo lo que Arturo hizo por vos? -lo retó-. ¿Es éste el agradecimiento de un noble señor? Inglaterra sufre ahora porque Arturo os ayudó.

-¿Qué clase de rey deja su reino desprotegido? -masculló despectivo, adoptando una actitud de indiferencia.

-¡Lo hizo para salvaros a vosotros! -declaró Gwenhwyvar.

-Peor para él -respondió el irlandés con aire de suficiencia-. No pedí su ayuda, ni tampoco la necesitaba.

-De no haber sido por Arturo estaríais muerto ahora... ¡vos y toda vuestra gente con vos, Conaire Mano Roja!

-¡Y si estuviera muerto no tendría que seguir oyendo hablar de Arturo!

Gwenhwyvar, el rostro rojo de cólera, dio media vuelta.

-Ve, padre, prepara tus naves y hombres. Llenlleawg y yo cabalgaremos a llamar a los señores del sur.

-Este noble no acudirá -insistió Conaire-. Ni ninguno que esté bajo mi autoridad.

-Sigue tu camino, Conaire -le dijo Gwenhwyvar-. Ya no eres importante.

-No iré...

-¡Estupendo!

-...y tampoco permitiré que mis nobles zarpen para Inglaterra -declaró-. Esto no es asunto de Ulahd ni de sus parientes.

-Arturo necesita ayuda y yo se la prometí -repuso Fergus-. Todo lo que tengo se lo debo a él. Lo que es más, pertenece a mi familia por su matrimonio con mi hija. Voy a ir en su ayuda.

-Y yo digo que no irás.

-¡Y yo digo que iré!

-No ir...

-¡Callad! -aulló Gwenhwyvar, encarándose con el rey irlandés-. Podéis elegir no ayudarnos -dijo, con la cólera rezumando por todos sus poros-. Ése es vuestro derecho. Pero no podéis impedir que Fergus vaya si así lo desea.

-No -concedió el otro, adoptando una expresión astuta-, no puedo impedir que vaya. Pero... -lanzó una mirada desafiante a Fergus- si te vas, pierdes tus tierras.

-¡Víbora! ¡Víbora! -exclamó Fergus-. ¡No puedes hacer eso!

-¡Apártate a un lado y ohserva lo que hago!

-No lo escuches, padre -dijo Gwenhwyvar-. Ve a preparar a tus hombres.

-Puesto que te vas -continuó Conaire-, te aconsejo que te lleves a tus sacerdotes y a tu gente contigo, porque te digo muy en serio que no habrá hogar para vosotros si regresáis.

-¡Toma la tierra! -tronó Fergus, irguiéndose con inmensa dignidad-. Y yo retiro mi juramento de lealtad a ti. En una ocasión le di mi palabra a un rey de verdad, pero tu no eres ese hombre. Sigue tu camino, Conaire Crobh Rua. He acabado contigo.

-¿Para qué necesito yo a un noble desleal como tú? -se burló él-. Entregaré tus tierras a hombres que cumplan sus promesas y no corran detrás de sacerdotes de religiones extrañas.

Fergus aspiró con fuerza dispuesto a responder, pero Gwenhwyvar apoyó las manos en su pecho y lo hizo girar.

-Ve ahora. No digas nada más.

-Desde luego -bufó él-, no hay nada más que decir.

Acabó de darse la vuelta y regresó a toda prisa junto a su ejército y los miembros de su tribu que se habían congregado allí. En un instante estaban ya en marcha.

-Yo también me voy, Conaire -anunció Gwenhwyvar-. Mi única pena es que no pueda ocuparme de vos como merecéis. Pero escuchadme bien: llegará

el día en que lamentaréis este vergonzoso comportamiento, y en ese día espero que vuestros dioses de piedra os salven.

Se volvió y lo dejó allí boquiabierto contemplando cómo se alejaba. Tras saltar a la silla, Gwenhwyvar hizo volver grupas a su montura y se alejó al galope.

Conaire giró hacia mí y extendió una mano, como si quisiera explicarse.

-Ya habéis dicho lo que teníais que decir, oh rey -le dije-. Espero que vuestras precipitadas palabras os sirvan de consuelo cuando estéis sentado solo en vuestra sala. -Me detuve para permitir que meditara sobre esto-. Pero no tiene por qué terminar así. Dejad la vanidad a un lado; uníos a Arturo y ayudadlo ahora tal y como él os ayudó.

Su apuesto rostro se crispó como un puño.

-Eso no lo haré.

-Que así sea entonces. -Hice girar mi montura y cabalgué en pos de los otros.

Cuando, poco después, llegó a Muirbolc, Fergus empezaba ya a lamentar su decisión y se sentó en un taburete con expresión abatida mientras a su alrededor el clan se preparaba para abandonar su hogar de forma definitiva. Gwenhwyvar hizo lo que estaba en su mano para consolarlo, pero ella misma estaba ansiosa por partir cuanto antes.

-Lo siento -suspiró Fergus-. He perdido las tierras..., tierras que nuestros progenitores poseían desde que el rocío de la creación estaba aún fresco sobre la tierra.

-Hiciste bien -le aseguró Gwenhwyvar-. Mejor un cuenco vacío en compañía de un amigo de verdad que un banquete con un enemigo.

-He perdido las tierras. -Volvió a suspirar, sacudiendo la cabeza entristecido-. Se las he entregado.

-Arturo posee un exceso de tierras -le dijo ella- Estoy segura de que recompensará tu lealtad con toda generosidad. -Eso fue todo lo que dijo, pero lo recordé durante bastante tiempo.

Dejando a Fergus que supervisara las cosas, nosotros tres continuamos viaje. Llenlleawg iba a la cabeza ya que había recorrido aquel sendero poco tiempo atrás con una misión idéntica. Fuimos primero en busca de Aedd -quizás el más ardiente de los partidarios de Arturo entre los

irlandeses del sur, y también el más cercano- y, dos días más tarde, recibimos una calurosa acogida.

-¡Saludos y bienvenidos! -gritó Aedd cuando desmontamos frente a su sala. El sol estaba ya muy bajo, alargando sobremanera nuestras sombras, y nosotros estábamos agotados por el viaje, y satisfechos de abandonar la silla-. Os doy un cordial saludo, amigos míos. -El monarca irlandés extendió los brazos en gesto de bienvenida-. Esperaba volver a veros, pero no creía que fuera tan pronto.

Lo saludamos y abrazamos, y Gwenhwyvar dijo:

-No es una feliz ocurrencia la que nos trae.

-Hay problemas -adivinó Aedd, paseando la mirada por cada uno de nosotros-, ya lo veo.

-Hemos venido a... -empezó Gwenhwyvar.

Pero Aedd no quiso permitir que se rebajara pidiendo su ayuda.

-Habéis venido a compartir la copa de bienvenida con alguien,a quien le gustaría contarse entre vuestros muchos amigos -intervino rápidamente-. Venid, descansad.

Gwenhwyvar, trastornada por su incapacidad para hacerse comprender, volvió a intentarlo.

-Ojalá pudiera -dijo-, pero me temo que debemos...

-No debéis preocuparos por nada mientras estéis aquí -la interrumpió Aedd y, tomándola de la mano, se la llevó en dirección a la sala.

-Quizá debierais explicarlo vos,. lord Emrys -sugirió Llenlleawg, observando cómo su reina desaparecía en el interior de la sala.

-Confiemos en Aedd en esto -repuse-. En cualquier caso es tarde y no podemos seguir adelante hoy.

-Podría cabalgar hasta Laigin yo solo -sugirió el resuelto campeón.

-Quedaos -aconsejé-. Comamos y descansemos y ya veremos qué nos trae el nuevo día.

Aedd se comportó magníficamente con nosotros. Envió criados para que nos atendieran mientras estuviéramos bajo su techo; un hombre para Llenlleawg y otro para mí, y una doncella para Gwenhwyvar. Hizo traer la

mejor comida y bebida, e indicó a su bardo principal y a sus arpistas que interpretaran música relajante. Cuando acabamos de comer, nos entretuvo en amable conversación, pero no quiso oír ni hablar de los problemas que nos habían conducido a él. De este modo abandonamos la mesa y fuimos a nuestros lechos bien satisfechos con todo, excepto la parte más importante de nuestra misión.

-Hablaré con ese hombre por la mañana -juró Gwenhwyvar-. No dejaré que me esquive otra vez. Está muy bien para él permanecer sentado ante su chimenea tejiendo sus redes de hermosas palabras, pero yo no soy un salmón que se atrape con tanta facilidad. Hablaré con él con las primeras luces del día, y me escuchará.

-Entonces dejémoslo así hasta la mañana -observé-. Es un buen regalo el que nos ha hecho. Hemos disfrutado de una noche de paz, y de la amistad de un noble generoso... lejos del estrépito de la batalla y de las quejas de hombres mezquinos.

La reina se mordió el labio indecisa.

-Espero que tengáis razón. No dejo de pensar en Arturo, y en cómo necesita la ayuda que debemos llevarle.

-Ésa es una preocupación para mañana, radiante criatura.

Sonrió ante el epíteto y realmente se animó.

-En ese caso lo dejaré así. -Se inclinó hacia mí, alzó los labios hasta mi mejilla y me besó-. Que el Señor os acompañe, Myrddin. Dormid bien.

La doncella de Gwenhwyvar apareció con una vela de junco para conducir a la reina a su aposento, y yo las contemplé alejarse, pensando en lo afortunado que era Arturo al tener una esposa con tanta inteligencia y valor. Y, al pensar en ello, pedí perdón a la Luz Omnipotente.

-Un gran estúpido es aquel que no la toma en consideración -musité-. Bajo ese hermoso pecho palpita el corazón de una leona. Sí, y una voluntad como una zarpa de acero en un cuerpo ágil y perfecto.

Tres

Desperté a la mañana siguiente en medio de un mal acallado alboroto en el exterior de la cabaña donde dormía. Me incorporé en el lecho. El sol

había salido, pero no hacía mucho; la luz era débil, el aire inmóvil, aunque tintineaba con el sonido que me había despertado: el cascabeleo de los arreos de un caballo.

Al cabo de un instante volvió a escucharse el sonido, pero no era el de un único caballo. Entretanto, el golpeteo de pies desnudos dio paso a un rumor de voces agitadas. Aparté a un lado la manta de piel de cordero, me alcé del jergón y empecé a vestirme a toda prisa. Agarrando mi bastón, salí fuera.

Nada más abandonar la cabaña vi los primeros caballos que llegaban y supe al momento lo que Aedd había hecho. Sin decirnos ni darnos a entender nada, el astuto rey había enviado mensajeros a cada uno de los otros señores del sur y éstos habían reunido inmediatamente sus ejércitos y cabalgado toda la noche para poder llegar al amanecer. Era su forma de agasajar a sus huéspedes.

-Bendito sea -dijo Llenlleawg cuando vio a los guerreros del patio-. He aquí a un noble celta.

Como un soberano de otras épocas, Aedd se había ocupado de las necesidades de sus huéspedes con elegante y modesta generosidad. Era una virtud que aún se ensalzaba en las canciones pero que raras veces se encontraba en la vida real, por lo que no era extraño que se la creyera desaparecida por completo de este mundo. Pero he aquí un hombre, un rey en algo más que el nombre, que se mantenía fiel a las viejas tradiciones. Esta nobleza lo elevó y ensalzó a nuestros ojos, y en la estima de todos los que oirían hablar de ello en el futuro.

Habían venido los tres señores del sur: Laigin, Diarmait e Illan; con todas sus tropas, que superaban los doscientos hombres, y todos a caballo. En la fortaleza de Aedd no había sitio para todos, y la mayoría esperaban al otro lado del foso. Gwenhwyvar, a quien también había despertado el ruido, hizo su aparición y corrió hasta donde nos encontrábamos Llenlleawg y yo contemplando cómo Aedd daba órdenes a los guerreros.

Al ver que habíamos descubierto su sorpresa, Aedd se reunió con nosotros.

-¿Les habéis dicho que Arturo los necesita? -inquirió Gwenhwyvar.

-¿Y rebajar a ese gran rey? -replicó Aedd, regañándola con dulzura-. jamás diría algo.así.

Gwenhwyvar contempló el :abarrotado patio y se admiró.

-Pero debéis haber revelado algo de la urgencia de nuestro apuro para traerlos a tal velocidad.

-Señora... -Aedd sonrió de oreja a oreja-, me he limitado a decirles que Arturo deseaba aumentar su alegría con el placer de su compañía en sus diversas aventuras. Puede que haya mencionado alguna remota posibilidad de lucha. Lo cierto es que. se pelearon entre ellos para acudir los primeros a la llamada.

-Mi señor y yo os damos las gracias -dijo la reina-. Espero que vuestra amabilidad sea recompensada con largueza.

Aedd inclinó la cabeza; luego, con un veloz movimiento, le cogió la mano y la besó. Gwenhwyvar se sonrojó turbada.

-Ésta es mi recompensa -declaró él-. No deseo otra cosa. En cuanto a éstos... -alzó la mano en dirección a los nobles y guerreros allí reunidos-, la oportunidad de combatir junto a Arturo y darle ánimos con su valor irlandés es todo lo que piden.

Uno de los nobles, que se acercaba justo entonces -Illan, creo que era- escuchó el comentario.

-Arturo ha demostrado debidamente su rectitud -manifestó-. Ahora nosotros debemos demostrar la nuestra, o considerarnos para siempre gentes con las que no vale la pena contar.

De nuevo volví a percibir el eco de un sentimiento más antiguo en sus palabras. Llenlleawg lo había reconocido y le había dado un nombre, y tenía razón. Aquí en esta Isla Esmeralda, las antiguas costumbres aún persistían. Los irlandeses, no obstante todos sus defectos, aún se mantenían fieles a los ideales de sus antepasados y se aferraban a las creencias de una época anterior... en la que los reyes eran algo más que perros ansiosos de poder siempre atacándose unos a otros y asesinando a los miembros más débiles de la jauría.

Claro que había reyes irlandeses tan codiciosos como cualquiera. Pero reconfortaba ver que estos pocos, al menos, no eran como sus hermanos.

-Debo advertiros -decía Gwenhwyvar- que existe una epidemia en Inglaterra. Hay peste, y mueren más de las fiebres que a manos de los vándalos.

-Un enemigo es muy parecido a otro -respondió Aedd-. A cada uno lo combatiremos según corresponda. La peste será para nosotros tan sólo otro adversario al que enfrentarse y derrotar. No huiremos del combate.

-¿Es que hemos de envejecer aquí parados? -llamó Laigin-. Hay honores que obtener, y yo pienso hacerme con mi parte.

-¡Eso! -gritó Diarmait-. ¿Por qué permanecer aquí ni un momento mas cuando podríamos estar obteniendo fama eterna? -Al oír esto todos los presentes expresaron a grandes gritos su voluntad de ponerse en marcha.

Gwenhwyvar, abrumada por el vehemente afecto de sus compatriotas, se volvió una vez más para dar las gracias al monarca. Pero él no quiso ni oír hablar de ello.

-Ya veis cómo están las cosas -dijo Aedd-. Exigen su porción de gloria. Enviadlos ahora, porque ya no puedo retenerlos más.

Gwernhwyvar dio unos pasos en dirección a los nobles.

-Compatriotas y amigos -manifestó-, si Arturo estuviera aquí ante vosotros de ningún modo podría datos las gracias con más vehemencia de lo que lo hago yo. Id y reuníos con él; seréis bien recibidos. Pero, a pesar de ello, no penséis en incrementar vuestra fama, porque os aseguro... -se detuvo con los ojos llenos de lágrimas-... que ninguna gloria que obtengáis en la batalla podrá igualar a la que ya habéis obtenido en este día.

Los nobles irlandeses, y aquellos hombres que se encontraban lo bastante cerca para oír, se sintieron grandemente animados por las palabras de Gwenhwyvar. No bien había acabado de hablar que Diarmait gritó:

-¡Una bendición! ¡Enviadnos con una bendición!

-Myrddin, ¿podríais? -inquirió Aeed, volviéndose hacia mí.

Me coloqué junto a Gwenhwyvar y alcé el bastón. Estirando la otra mano hacia arriba con la palma hacia fuera, recité:

Que poseáis la resistencia de una fortaleza,
que os acompañe el vigor de un monarca,
que la fuerza del amor y el orgullo por la tierra natal
os dé fuerzas en todo momento.

Que Jesucristo os rodee con su protección,
que los ángeles os resguarden de todo mal,
que la ayuda del Señor os sostenga
en lo más reñido de la batalla y en
los entresijos de la lucha.

Que Cristo se interponga entre vosotros
y todo aquello que os pueda dañar,
que el Padre Celestial cierre el paso
a todas las cosas perversas,

que el dulce Jesús se instale en vuestros hombros,
convirtiendo todo daño en bien,
defendiéndoos con su Veloz Mano Firme,
¡siempre en vuestra defensa con su Veloz Mano Firme!

Dicho esto, los envié a Muirbolc y a las naves que esperaban. Aedd nos invitó a comer con él antes de partir, pero Gwenhwyvar declinó la oferta.

-Desayunaremos mientras cabalgamos, me parece, o nos dejarán atrás.

Abandonamos la fortaleza en cuanto nuestras monturas estuvieron dispuestas. Aedd hizo venir al más importante de sus bardos y a uno de sus nobles y les encargó el gobier-no del caer en su ausencia, diciendo:

-Os doy plena libertad para servirme en cualquier causa mientras estoy ausente. Si algún mal aconteciera, os encargo que procuréis siempre lo que sea mejor para mi gente. Si vuestra suerte es buena, entonces os insto a buscar la forma de aumentarla y a repartir sus beneficios entre todos aquellos a vuestro cuidado.

Bardo y jefe guerrero juraron seguir la voluntad del rey y extender su renombre, tras lo cual Aedd se despidió de ellos y abandonamos la fortaleza en medio de una blanca nube de polvo.

Una vez de regreso en Muirbolc, desmontamos y permanecimos de pie en la ladera del acantilado que daba sobre la bahía mientras los guerreros y la tripulación se ocupaban de subir a bordo a los caballos, tarea que la violenta subida de la marea dificultaba sobremanera. No obstante, en cuanto se consiguió vendar los ojos a los animales, el proceso de subirlos a las naves siguió adelante sin ningún problema. Los primeros barcos no tardaron en hacerse a la mar.

Volviéndose a Aedd, Gwenhwyvar posó la mano en su brazo.

-Gracias, amigo mío -dijo-. No sabéis lo mucho que vuestra cortesía y solicitud me han animado.

-Ni lo mencionéis -respondió él-. Lo que he hecho no es más que una insignificancia cuando se compara con lo que vos y Arturo me habéis dado.

-Señor -se asombró ella-, ¿qué os hemos dado... excepto la oportunidad de morir en tierra extranjera combatiendo a un enemigo que ya no significa una amenaza para vos?

-Señora -repuso el monarca irlandés-, me habéis concedido la oportunidad de empuñar la espada junto al héroe más insigne de esta era. Si muero, no me importa. Al menos mi sangre se mezclará con la de campeones, y

penetraré en la hermosa sala celestial en compañía de hombres de inmenso y terrible renombre. ¿Qué guerrero osaría desear más?

Fuimos al encuentro de los barcos entonces, descendiendo con sumo cuidado por la ladera hasta llegar a la orilla. Mientras Llenlleawg subía los caballos, Aedd, Gwenhwyvar y yo nos encaminamos a toda prisa hasta nuestra nave, que se encontraba un poco más alejada de tierra. Los irlandeses utilizaron pequeños botes circulares de piel curtida -apenas mayores que escudos de cuero- para trasportarnos y evitar que tuviéramos que vadear por entre las olas.

Barinthus nos ayudó a subir a bordo, inclinando casi todo el cuerpo por encima de la barandilla para estabilizar la pequeña barquilla.

-El viento está a punto de cambiar y el mar está encrespado. Ojalá estuviéramos ya en marcha, lord Emrys -anunció en cuanto estuvimos todos a bordo-. Tendremos una buena travesía si partimos enseguida.

-Entonces hazlo, amigo mío -lo insté- En marcha, los demás te seguirán.

Regresó a toda prisa a la caña del timón y empezó a gritar órdenes a todos los que se encontraban al alcance de su voz. La enorme vela cuadrada se elevó y se desplegó sobre chirriantes sogas, se agitó en el viento, se hinchó, y la nave fue apartándose de tierra. Al poco navegábamos impelidos por un viento fresco. El sol, cerca ya de la línea del horizonte, arrojaba sus amarillos rayos sobre las verdes olas, encendiendo sus crestas y sembrando de oro los líquidos pliegues.

Poco a poco, los colores verdes y dorados del agua y la luz se fueron oscureciendo hasta adquirir los tonos azulados y grises de la noche a medida que el anochecer iba adueñándose del mar. Bajo un cielo despejado y lleno de estrellas, danzaba y centelleaba el líquido elemento, hendido a nuestro paso por la afilada proa del barco para arremolinarse luego tras nosotros en pozos de derretida luz de luna. El aire se mantenía cálido, aunque de vez en cuando surgían ráfagas de contracorrientes que me salpicaban el rostro. Permanecí despierto, contemplando el brillante cielo y el lento trayecto de la refulgente luna por la bóveda celeste.

Darse cuenta de lo prodigiosas que pueden ser las cosas triviales, pensé, ése es el auténtico regalo de un Creador terriblemente generoso, que siempre invita a sus criaturas a contemplar la exuberancia de su excelente obra. Existe una alegría profunda y duradera en este mundo nuestro, y nosotros, inmersos en la penosa tarea de existir, a menudo lo olvidamos o lo pasamos por alto. Pero mira: ¡está por todas partes! Incesante, implacable, tan segura como el amanecer y constante como el latir del corazón. Permanecí, como digo, en la proa toda la noche, sin más compañía que las estrellas y el silencioso y vigilante Barinthus. Hacia el

alba contemplé cómo la suntuosa oscuridad del cielo oriental empezaba a desvanecerse. Presencié el amanecer con ojos seducidos por los velados misterios de la noche.

La luz del amanecer pintó el cielo con el rojo de la sangre y los estandartes, tiñendo las oscuras aguas. El juego de la líquida luz y la sinuosa sombra me provocó un sentimiento de melancolía, y percibí la llegada del nuevo día como la aproximación de una presencia depredadora. Sentí un escalofrío en la nuca, un nudo en el estómago. Mi visión se tornó muy aguda.

La nave surcaba las aguas y el amanecer centelleaba como metal fundido en su flujo, arremolinándose, borboteando, moviéndose. Alcé los ojos en dirección a la orilla opuesta, que ahora sólo era una silueta en sombras que se recortaba en un cielo envuelto en llamas. De improviso, me pareció como si el barco ya no se moviera por el agua, sino que se deslizara por interminables nubes enroscadas; como si atravesara igual que un fantasma la esencia misma de este mundo.

A mi espalda, el mundo de los sentidos y la sustancia, desnudo y sólido, desapareció de la vista; ante mí se abría el reino centelleante e insustancial del Otro Mundo. La nave, su fornido piloto y mis compañeros de viaje se esfumaron, como arrebatados por una bruma que todo lo ocultaba. Noté cómo mi espíritu se arremolinaba en mi interior, se desprendía de la insulsa e insensible carne y se elevaba libre por los aires. Un viento fresco me azotó el cuerpo; mi lengua
saboreó un airecillo dulzón. En menos de tres segundos, mis pies se posaron en una orilla muy lejana.

Una mujer que llevaba un vestido largo de brillante color azul mar me aguardaba. De rostro y cuerpo muy hermosos, alzó una delgada mano y me hizo señal de que la siguiera. Avancé como alguien que carece de voluntad o raciocinio mientras protegía con la mano mis deslumbrados ojos. Busqué el sol, pero ya no pude verlo. El cielo mismo relucía con la intensidad de un brillante sol blanco, un firmamento radiante que reflejaba una inmensa fuente de luz invisible que estaba presente por todas partes, sin proyectar sombras.

La mujer me condujo al pie de una elevada colina situada a poca distancia de la orilla; el estuario había desaparecido y un centelleante mar verde se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Ascendimos la colina; la amplia ladera estaba cubierta de una hierba tan verde que brillaba bajo la luz dorada como una esmeralda herida por los rayos del sol.

En lo alto de la colina, una roca en posición vertical señalaba como un largo dedo en dirección al brillante cielo. La mujer, de larga melena negra como el azabache y ojos verdes que relucían con la diáfana luz de la

sabiduría, elevó la mano hasta la piedra y, con una voz suave como la brisa que ondulaba la hierba en la cima de la colina, preguntó:

-¿Puedes leer la piedra, hombrecillo?

Me acerqué al monolito y vi que su tosca superficie estaba toda ella tallada con espirales, lazos y complejos diseños de épocas antiguas. Contemplé los antiguos dibujos, dejando que mis ojos recorrieran la complicada tracería de las ingeniosas líneas. Aunque lo había visto incontables veces en tiempos pasados, no conseguí descifrarlo.

-No sé leerlo -confesé y al apartarme de la piedra vi que el rostro de la mujer se nublaba y las lágrimas empezaban a manar de sus preciosos ojos. Enterró el rostro en las manos y los sollozos estremecieron los delgados hombros-. Señora -dije con voz tensa por la excitación-, ¿por qué lloráis?

-De pena porque esta confesión brote de tus labios. Porque tú, por encima de todos los hombres, deberías hacer caso de los símbolos tallados en la piedra.

-Sé leer palabras -repliqué-. Dadme palabras y comprenderé su significado.

Ella alzó los llorosos ojos y me miró con una expresión en la que se leía el más profundo dolor y pena.

-¡Ay de mí -se lamentó-, ha caído sobre nosotros la perdición! Hubo un tiempo en que habrías contemplado estos mismos signos y su significado habría sido claro para ti. Éste es mi lamento: entonces tú, Hijo del Polvo, podrías haberlos leído como los hombres leen sus preciosos libros ahora.

Esto último lo dijo mientras se daba la vuelta y se alejaba. Hice intención de seguirla, pero alzó la mano y me indicó que me quedara.

-Otro vendrá después de mí, alguien que te conducirá de vuelta por donde viniste.

Estas palabras me hicieron pensar que regresaría al mundo que había abandonado; pero, o bien estaba equivocado, o ella había querido indicar otra cosa con sus palabras, porque esperé pero nadie apareció. Sin embargo, algo me mantuvo en aquella elevada colina durante un día y una noche.

Dormí durante el período de oscuridad y al despertar vi una doncella que se aproximaba. Fue a detenerse junto a la gran piedra.

PENDRAGON IV

-Te saludo -dijo, y sonrió. Sus dientes eran uniformes y blancos, la frente amplia y despejada; los ojos brillaban. Se cubría con un manto verde y dorado, y sus pies estaban descalzos.

En las manos sostenía un bulto envuelto en ropa, que abrió para mostrar un arpa. El arpa no era otra que la mía, ya que la reconocí.

-¿Qué es esto? -preguntó en una voz que habría atraído a todas las avecillas del cielo. Y, antes de que pudiera responder, añadió en tono de advertencia-: Aunque creas que lo sabes, sin duda no lo sabes en absoluto.

-Sería muy ignorante si no conociera lo que yo mismo he sostenido y tocado miles de veces -respondí-. Es mi arpa.

Sacudió la cabeza entristecida.

-Aunque dices que es un arpa y pronuncias la palabra con rotundidad, está claro que no la conoces. Pues, si hubieras hablado con sinceridad, este instrumento habría interpretado su nombre en voz alta. El sonido mismo de tu voz habría invocado la música.

La doncella dio media vuelta, y con tristeza inconmensurable apoyó el arpa contra el monolito tallado con runas.

-Otro vendrá después de mí que te conducirá de vuelta por donde viniste -se despidió, y desapareció, dejándome solo otra vez.

Transcurrieron tres días y tres noches, y al despertar el cuarto día me encontré con un joven alto de pie junto a la piedra... tan inmóvil que parecía parte de ella. Al igual que la mujer, sus cabellos eran oscuros y los ojos verdes. La capa era azul como el cielo y la camisa verde hoja, los pantalones amarillo dorado y el cinturón blanco como una nube. Sostenía una copa o cuenco muy grande.

Nada más verlo, me incorporé y me coloqué ante él.

-Os he estado esperando -dije, repentinamente irritado por el retraso.

-Aunque cada latido de tu corazón significara un millar de años -respondió- no has aguardado ni la mitad de lo que yo te he esperado a ti. -La cólera se apoderó de sus ojos como rayos que hendieran negros nubarrones-. Te he esperado toda mi vida.

-¿Quién sois?

-Soy el Rey del Verano.

-Soy vuestro siervo, señor -dije, arrodillándome ante él.

-Ponte en pie, hombrecillo. Jamás fuiste mi siervo -se mofó-. Pues ¿cómo es que un siervo no reconoce a su señor?

-Pero nunca os había visto -insistí-. Incluso así, aquí me tenéis listo para serviros en todo.

-Apártate de mí, criatura pérfida. Pues si hubieras sido mi siervo habrías oído mi llamada. Y sabrías qué es lo que sostengo en las manos.

-¿Cuándo me llamasteis, señor?

-Myrddin -repuso con voz llena de dolor-, siempre te he llamado. Desde antes del principio del mundo he entonado tu nombre.

-¡Por favor, señor -exclamé-, perdonadme! No os oí..., no sabía...

Con una mirada mezcla de dolor y repugnancia, depositó la copa que sostenía junto a la piedra al lado del arpa. Luego empezó a alejarse.

-¡Señor, os lo ruego! -lo llamé.

Se detuvo y volvió la cabeza.

-Después de mí vendrá otro que te conducirá de vuelta por donde viniste.

El Señor del Verano se desvaneció entonces, y volví a quedarme solo. Contemplé la piedra y los símbolos tallados en ella; miré el arpa, pero no la toqué; y medité sobre el. significado de la copa.

Tres días transcurrieron en mi solitaria cima, y tres negras noches. Me llegó un sonido mientras dormía, y desperté. Me incorporé y permanecí inmóvil, a la espera de volver a oír el sonido que me había despertado. Casi al momento, escuché a alguien que cantaba con voz clara y potente. El corazón se me aceleró. Conocía la voz... aunque sólo la había oído una vez antes de ahora; no existe ninguna otra como ella en este mundo ni en ningún otro. La oí y, ¡oh! la reconocí.

¡Taliesin!

Cuatro

PENDRAGON IV

Dirigí la vista al otro extremo de la cima y descubrí a un hombre que se acercaba a mí a grandes zancadas: un hombre elegante y apuesto. Sus cabellos brillaban como lino centelleante, su capa era azul como el cielo nocturno y llena de estrellas; la túnica era blanca y los pantalones de suave cuero. Sostenía un grueso bastón de serbal en la mano derecha y llevaba un arpa colgada al hombro. En conjunto tenía todo el aspecto de un bardo poderoso: Penderwydd, campeón entre los bardos. Se me partió el corazón al verlo, pues comprendí que ya no había más como él en el mundo.

Luz Omnipotente, ¿dónde están los hombres poderosos y visionarios, cuyas palabras devuelven la vida y despiertan la bondad en el corazón más frío? ¿Dónde están los hombres que se atreven a realizar grandes cosas, cuyas hazañas son legendarias?

-¡Salve, Taliesin! -saludé, dejando de lado mi pena y corriendo a su encuentro.

Pareció no oírme, ya que siguió adelante como si fuera a pasar sin detenerse.

-¡Taliesin, espera! -grité. Se detuvo y se hizo a un lado, pero no me saludó.

-¿Te conozco, hombrecillo? -inquirió, y la pregunta me atravesó como una estocada.

-¿Conocerme? Pero si yo... Taliesin, soy tu hijo.

Me miró fijamente, examinándome de pies a cabeza.

-¿Eres tú, Myrddin? -preguntó por fin, con la bocatorcida en una mueca de desaprobación-. ¿Qué ha sido de ti, hijo mío?

-¿Por qué? -pregunté a mi vez con el corazón encogido-. ¿Tanto he cambiado?

-Te diré la verdad -respondió-. Si no hubieras dicho mi nombre no te habría reconocido.

Señaló el instrumento apoyado en el monolito.

-Ésa es el arpa de Hafgan. ¿Por qué está ahí?

Avergonzado por haberla dejado desatendida, recogí el arpa y la apoyé en mi hombro. Y, aunque la pulsé y rasgueé, no conseguí arrancar del instrumento más que una maraña de ruidos sin sentido. Abrí la boca para cantar y sólo conseguí producir un sonido estrangulado y sin entusiasmo.

-¡Deténte! -exclamó él-. Si no puedes tocar mejor que eso, arroja esa cosa el suelo. Es tan inútil como un palo podrido en tus manos.

Me condujo entonces a la punta más elevada de la colina y señaló el mar azul verdoso que se extendía a nuestros pies como una inmensa faja de ondulante seda. Me indicó que mirara y le dijera qué veía.

-Veo el reino del poderoso Manawyddan -respondí-, tan profundo como extenso, que divide las naciones insulares una de otra.

-¿Y qué es lo que ves ahí? -Indicó la larga extensión de playa a lo largo de la costa.

-Veo las olas, siempre en movimiento, espumeantes siervas del Señor de las aguas embravecidas.

Taliesin dejó caer la mano al costado.

-No son olas -dijo-. Vuelve a mirar, criatura ignorante, y mira con más atención esta vez. Dime lo que ves.

Seguí sin ver más que las olas, y sólo las olas, barriendo la playa. A Taliesin no lo satisfizo esta respuesta.

-¿Cómo es posible que mires y no veas? ¿Es que te ha abandonado el don de la clarividencia?

Alzó la mano a la altura del horizonte y extendió los dedos cuanto pudo.

-No son olas -repitió-. Son las naves de las gentes que huyen de su país. Los ingleses se van, Myrddin, con tal apresuramiento y en tal cantidad que revuelven las aguas.

Mientras pronunciaba estas palabras, las olas se convirtieron en barcos, las blancas crestas se transformaron en velas, y el ondulante movimiento en la estela que dejaban tras ellas cada una de las proas; y había cientos y cientos, y miles y miles de ellos, todos huyendo de las costas de Ynys Prydein en enormes oleadas migratorias.

-¿Adónde van? -inquirí, consciente de que presenciaba un desastre desconocido en la Isla de los Poderosos desde la época de su creación.

-Huyen a reinos muy inferiores al país que los vio nacer -respondió Taliesin entristecido-, donde llevarán vidas groseras bajo gobernantes indignos de ellos.

PENDRAGON IV

-¿Por qué? -pregunté-. ¿Por qué abandonan sus tierras y su rey?

-Se van porque tienen miedo -explicó Taliesin con sencillez-. Están asustados porque su esperanza se ha frustrado y la luz que la alimentaba se ha apagado.

-Pero Arturo es su esperanza, y su vida es su luz -protesté-. Sin duda se equivocan al marcharse, ya que el Supremo Monarca sigue vivo en Inglaterra.

-Sí -convino Taliesin-; Arturo vive, pero ¿cómo pueden saberlo? No hay nadie que cante sus hazañas, nadie que lo sostenga con canciones, nadie para ensalzarlo con elogios altisonantes y de este modo encender el ánimo de los hombres. -Me miró con ojos acusadores-. ¿Dónde están los bardos que deben cantar el valor de Arturo y llenar de valentía el corazón de los hombres?

-Yo estoy aquí, padre.

-¿Tú? ¿Tú, Myrddin?

-Puesto que soy el gran bardo de Inglaterra -anuncié con orgullo-, es mi deber y mi derecho. Yo canto las alabanzas a Arturo.

-¿Cómo es eso? -exigió-. No sabes leer lo que está escrito en la piedra; no puedes extraer música del corazón del roble; no puedes beber de la copa de la pasión. Gran bardo de hormigas e insectos puede que sí lo seas, pero no eres un auténtico bardo de Inglaterra.

Sus palabras me dolieron. Incliné la cabeza con las mejillas ardiendo de vergüenza. Había dicho la verdad y no podía replicarle.

-Escúchame, hijo mío -dijo Taliesin. Y, oh, su voz era la salvaje fuerza del viento que sacudía la cima de la colina con su justificado desdén-. En un tiempo podrías haber dado forma al mundo con tu voz y los elementos te habrían obedecido. Pero ahora tu voz se ha debilitado por culpa de palabras indignas de un bardo. Has despilfarrado todo lo que se te había entregado, y se te dio mucho.

No podía seguir soportando su severa reprimenda.

-Por favor, padre -lloré, cayendo de rodillas-, ayúdame. Dime, ¿no hay nada que pueda hacer para que las olas den media vuelta?

-¿Quién puede hacer cambiar la marea? ¿Quién puede hacer regresar la flecha que ha sido disparada? -respondió Taliesin-. Ningún hombre puede

volver a colocar la manzana en la rama una vez que ha caído. Aun así, a pesar de que la emigración no puede detenerse, todavía puede salvarse la Isla de los Poderosos.

Cobré ánimo ante estas palabras.

-Te lo ruego, señor, dime qué hay que hacer, y se hará -juré-. Aunque necesite hasta el último aliento y toda mi energía, lo haré.

-Myrddin, hijo amado -dijo Taliesin-, eso es la mínima parte de lo que costará. De todos modos, si quieres saber qué hay que hacer, esto te digo: debes regresar por donde viniste.

Antes de que pudiera preguntar qué quería decir, mi padre alzó las manos a la manera bárdica: una por encima de su cabeza, la otra a la altura de los hombros, ambas palmas hacia afuera; luego giró hacia al monolito, abrió la boca y empezó a cantar.

¡Oh!, el sonido de su voz me llenó de tal añoranza que temí desmayarme. Escuchar el sonido de aquella vigorosa voz mágica era conocer el poder de la Palabra Auténtica. Escuché e interiormente me estremecí al comprender lo que en una ocasión había tenido en mi mano, y de algún modo había dejado escapar.

Taliesin cantó. Elevó la cabeza y la canción surgió a borbotones; las cuerdas vocales se marcaban en su cuello y las manos se crispaban por el esfuerzo. Maravilla de maravillas; el monolito, aquel objeto frío y sin vida, empezó a cambiar; la delgada columna de piedra se redondeó e hinchó y fue estirándose, espesándose, creciendo. Tocones de extremidades aparecieron en la parte superior y se fueron alargando y dividiendo, para convertirse en ramas de muchas ramificaciones que se extendieron hacia afuera y hacia arriba hasta convertirse en la espléndida copa de un roble enorme. Brotaron luego las hojas en lustrosa profesión, de un verde oscuro y con el dorso plateado como las de un abedul.

El árbol desplegó las frondosas ramas sobre la cima de la colina en respuesta a la gloriosa canción de Taliesin, y mi corazón se hinchó hasta casi estallar ante el esplendor del árbol y del cántico que le había dado forma y vida; una canción sin igual en su melodía: extravagante, espontánea, entusiasta, pero también lo bastante atrevida para dejar sin respiración. Entonces, mientras permanecía allí inmóvil y maravillado, el árbol se encendió con brillantes llamaradas y empezó a arder. Rojas lenguas de fuego surgieron como flores danzarinas por entre las ramas. Temí la destrucción del hermoso árbol e hice intención de gritar asustado; pero, en el instante mismo de extender la mano hacia el fuego, me di cuenta de que las relucientes llamas habían partido en dos el árbol, dividiéndolo de arriba abajo: una mitad era de un

rojo dorado reluciente, danzarín, llameante, que se recortaba en un azulado cielo nocturno; la otra seguía verde y llena de hojas a plena luz del día.

¡Mirad! En el tiempo entre los tiempos, el árbol ardía sin consumirse.

Taliesin dejó de cantar y se volvió hacia mí. Contemplándome con la escrutadora mirada del maestro que desafía al alumno díscolo, preguntó:

-Ahora dime: ¿qué ves?

-Veo un árbol vivo donde antes había una piedra -respondí-. Veo que este árbol está la mitad en llamas y la otra mitad verde y fresco. La mitad que arde no se consume, y de la mitad que resiste a las llamas brotan hojas plateadas.

Mi padre sonrió; percibí su aprobación, y el corazón me latió con fuerza.

-A lo mejor eres mi hijo después de todo -dijo con orgullo.

Alzando la mano hacia el árbol, separó los dedos y las llamas crecieron más aún, despidiendo chispas hacia el cielo nocturno que una vez allí se convertían en estrellas. Los pájaros acudieron en bandadas a la parte verde del árbol y se refugiaron en sus ramas. Pequeñas manzanas doradas aparecieron entre las hojas; las aves comieron las manzanas y recibieron de este modo alimento y nuevas fuerzas.

-Éste -indicó, volviéndose hacia mí- es el camino que debes seguir, hijo mío. Mira y recuerda. -Me sujetó con fuerza por los hombros-. Ahora, debes marcharte.

-Deja que me quede sólo un poco -supliqué-. ¡Hay tanto que querría preguntarte!

-Estoy siempre contigo, hijo -repuso con dulzura- Cuídate, Myrddin, hasta que volvamos a encontrarnos.

Lo siguiente que supe fue que me encontraba solo en la cima de la colina ante el árbol medio vivo, medio en llamas. Permanecí allí durante un tiempo, no sé si largo o corto, intentando descifrar el significado de este enigma, repitiendo las palabras: «Éste es el camino que debes seguir» . Pero no conseguía dar con la respuesta. Cambió el tiempo; una fuerte ráfaga de viento me azotó, fría y húmeda, y empezó a caer una fuerte lluvia que escocía allí donde tocaba mi piel, como si quisiera expulsarme del lugar.

PENDRAGON IV

Envolviéndome en mi capa, miré por encima del hombro por última vez. El solitario roble se había convertido en un bosquecillo y comprendí que tenía que entrar allí. Permanecí inmóvil unos segundos, vacilante, atemorizado. El camino de vuelta pasaba a través del bosquecillo; no había ningún otro. Comprendí... pero seguí sin decidirme.

Luz Omnipotente -dije por fin-, anda ante mí en este oscuro lugar. Sé mi Salvadora y mi Guía a través de todas las cosas, me suceda lo que me suceda. Y si lo tenéis a bien, Señor, ocupaos de que regrese sano y salvo. Me coloco bajo la protección de vuestra Veloz Mano Firme y os suplico que me rodeéis de los campeones celestiales. Aunque penetre en un pozo, dejad que os encuentre también allí; aunque ascienda hasta la luna y las estrellas, dejad que os encuentre también allí. A donde voy, voy con fe, sabiendo que, dondequiera que esté, también estaréis vos; yo en vos, y vos en mí. En la vida, en la muerte, en la otra vida, Luz Omnipotente, dame fuerzas. Te pertenezco.

Con estas palabras, penetré en la arboleda.

El sendero estaba silencioso, el ambiente resultaba cargado y recordaba a una tumba. Ningún amable rayo de luz iluminaba mi camino; era como si anduviera por el país de las sombras, vivo pero a la vez aislado del mundo de los vivos. Los árboles -los gruesos troncos retorcidos, ennegrecidos por la edad y marcados por los devoradores estragos del tiempo- parecían sólidas columnas que sostenían en lo alto un dosel tan verde y oscuro que formaba como un sudario por encima de mí. Caminé sin parar, pero ningún ojo contempló mi paso, ningún sonido de pisadas acompañó el movimiento de mis pies.

Había penetrado en un santuario, un lugar sagrado apartado del ancho mundo, un nemeton. Lo que es más, mientras avanzaba por entre los árboles sentí una extraña familiaridad. Con un escalofrío de reconocimiento, comprendí dónde me encontraba: Bryn Cellí Ddu, el bosquecillo sagrado de la Isla Sagrada. Hafgan, el querido y bendito Hafgan, me había hablado de él cuando yo era un niño.

Dentro de este lugar aislado, percibía los espíritus de la raza druida que flotaban aún en el espeso y oscuro silencio. Tan viejos que se perdían en la memoria de los tiempos, los árboles ya eran vetustos cuando Roma aún era un simple corral fangoso. Habían asistido al ascenso y decadencia de príncipes, reyes e imperios; habían contemplado el lento fluir de los años y visto cómo la rueda de la diosa Fortuna daba vueltas en su incesante girar. Estos árboles habían velado por la Isla de los Poderosos desde los primeros tiempos, cuando el rocío de la Creación estaba aún fresco en el suelo. Brutus de Troya, Alejandro, Cleopatra y el gran Constantino vinieron y desaparecieron bajo su constante e inquebrantable mirada. La

sabia Hermandad había celebrado sus reuniones bajo las retorcidas ramas, y muchos dormían ya en el suelo desnudo debajo de ellos.

Hafgan también me había hablado de aquel día terrible ocurrido tiempo atrás cuando las legiones de Roma atacaron el bosquecillo de la Isla Sagrada. Los bardos de Britania fueron derribados como árboles, acuchillados hasta morir por las espadas romanas al carecer de la protección de una armadura o de un arma. No obstante todo su genio, la mente militar romana no se dio cuenta de que era la arboleda, no la Sabia Hermandad, su auténtico enemigo. Si la hubieran quemado o desarraigado los árboles, habrían triunfado en aquel día, pues habrían acabado de raíz con la comunidad bárdica.

Realistas implacables, hombres de hábitos prácticos y fría lógica, los romanos jamás imaginaron que los árboles, el símbolo del druida, debían ser derrotados. Los astutos druidas sabían que la carne es débil, consume su vida, muere y desaparece; así pues sacrificaron lo perecedero a lo imperecedero. Los que morían servían a los inmortales y de este modo obtenían la eternidad. Los tercos generales romanos, mientras contemplaban inmutables la matanza, jamás imaginaron que era su propia ruina lo que presenciaban; pues cada gota de sangre druida aseguraba una futura victoria y la muerte de cada druida un triunfo.

Los romanos ya no están ahora, pero la Sabia Hermandad sigue viva. Muchos, muchísimos, han comprendido que el final de la búsqueda de la Verdad llegó con la muerte de Cristo en la cruz. Los Hombres Sabios del Roble se han convertido en la Hermandad de Cristo. El poder de la arboleda sagrada es ahora el origen de la santa Iglesia. La Luz Omnipotente se mueve a su gusto. ¡Que así sea!

Al cabo de un rato, mis pasos me condujeron hasta el montículo que sabía encontraría en el corazón del bosquecillo: una redondeada construcción de piedra cubierta de tierra y vegetación, la entrada apenas visible en la penumbra. Se trataba de una tumba, tanto real como simbólica, ya que como todo el mundo sabe los símbolos reales son los más poderosos. Real, porque verdaderamente había gentes enterradas en su interior. Pero también simbólica; porque, entre los huesos de los ilustres difuntos de tiempos pasados, el que busca puede tenderse en una muerte figurada para que sus huesos entren en comunicación con los restos deshechos por los años de sus progenitores.

Ahora era mi turno; yo era quien buscaba ahora. Acercándome a la entrada del montículo, elevé el rostro al cielo pero no pude ver nada a través del espeso techo de ramas entrelazadas excepto un apagado resplandor dorado. Los troncos de los gigantescos tejos aparecían negros bajo el sobrenatural fulgor. Era el tiempo entre tiempos, y ya sentía los

pies sobre el sendero. Alzando las manos a cada lado de mi cabeza, grité mi súplica:

A través de cañadas, a través de bosques,
a través de valles largos y desiertos,
santo Jesús, sed mi sostén.
¡Cristo triunfante, sed mi escudo!
Gran Señor de la Misericordia, sed mi paz;
en todo desfiladero, en toda colina,
en todo arroyo, cabo, cordillera y páramo;
cada día al dormir, cada día al despertar,
tanto si es en este mundo como en otro.

Así envalentonado, incliné la cabeza y penetré en el túmulo. Una vez en el interior, pude incorporarme; lo hice y me adentré más en él, pasando junto a aposentos de piedra situados a ambos lados. Llegué ante otro umbral, lo crucé, y seguí adelante. Más aposentos, algunos de los cuales conservaban aún los huesos de los viejos difuntos. Llegué a un tercer umbral y, tras atravesarlo, penetré en otro aposento, redondo como un vientre y casi a oscuras. Mi sombra se hizo pedazos y bailoteó por las paredes que me rodeaban, alimentada por una extraña luz parpadeante que brillaba a mi espalda.

Las paredes de esta cámara habían sido encaladas en blanco y pintadas con dibujos en azul: la espiral y el disco solar, el Mor Cylch y el cuerno de Cernunnos. Pero la pintura blanca se había desconchado y el color azul apenas era una mancha en la roca. Había huesos amontonados pulcramente contra una pared: cráneos redondos y blancos como piedras de río, finas costillas curvas, brazos y piernas.

Me hizo pensar en la temporalidad de todas las cosas mortales, y en lo infinito de la eternidad. Reflexioné sobre el Águila del Tiempo que afila su pico en la montaña de granito que es este mundo nuestro: cuando la pétrea montaña quede reducida a un único grano de arena, el águila levantará el vuelo en dirección a la aguilera de donde salió.

Medité sobre estas cosas mientras me inclinaba y extendía la mano hacia una delgada tibia. De improviso el suelo cedió bajo mis pies… como si de repente se hubiera abierto un pozo debajo de mí. La habitación en que me encontraba era hueca y el suelo, debilitado por los años, no pudo soportar mi peso. Caí a plomo en la oscuridad de Annwn; el reino del Mundo Subterráneo me había tragado y hecho suyo.

Me hundí en el abismo girando como una peonza.

La oscuridad, más negra que el frío abrazo de la muerte, me engulló. El mundo de la luz y la vida desapareció en algún punto allá en lo alto,

extinguido como una vela de junco en una ventisca. Deseché toda esperanza y me aferré a mis defectuosos sentidos como alguien que se encuentra súbitamente en medio de una tormenta.

Caí dando volteretas, girando, bajando cada vez más y más mientras dejaba atrás rocas, arroyos, estanques y ríos subterráneos. Allá en el fondo, oí el fragor del agua al chocar contra la roca en una inmensa catarata invisible. Sin dejar de caer a toda velocidad y en línea recta, choqué contra el agua e hice un esfuerzo por nadar, por salir a flote, pero mis ropas eran muy pesadas y mis piernas ya no podían más. Me sumergí bajo la superficie y me hundí irremisiblemente en mi fría tumba acuática.

Rígido como la piedra, mi cuerpo se vio atrapado y arrastrado por veloces corrientes. Volé sobre puntiagudas agujas y enormes grietas que se abrían a una noche interminable, sobre un paisaje tan yermo como desolado. Fui a parar muy por debajo de las raíces del mundo, descendí más que cualquier ballena, planeé por lo más profundo del reino de Afancen un lento vuelo ondulante.

Durante eones de eras terrestres, seguí existiendo en mi elemental vagabundeo: sin respiración, sin visión, sin sentidos, un espíritu puro transportado por la lenta circulación del océano invisible de Annwn. Despojado de toda voluntad, iba a donde las corrientes me conducían. Me convertí en algo ligero y tenue como un simple pensamiento, poseedor tan sólo de la inevitable libertad de ese pensamiento.

De este modo fue Myrddin Emrys transformado y destruido: me convertí en nada..., en menos que nada. Mi viaje no dejaba huellas, nadie lo sabía ni lo contemplaba excepto Dios. Exterior e interiormente, vagando sobre accidentados paisajes del Mundo Subterráneo y de mi propio espíritu estéril: ambas cosas eran una sola y lo mismo para mí; la oscuridad del pozo era mi oscuridad interior, su vacío el mío. Yo era una ondulación en la cresta de una secreta ola. Era una efímera perturbación en las invisibles profundidades.

No era nada.

El silencio de la tumba acabó por engullirme; una inquietud asfixiante, sofocante, sólida como el granito e igual de pesada. Grité mi nombre en voz alta a modo de desafío, pero mi voz no pudo atravesar aquella densa opresión y la palabra cayó a mis pies como si fuera un pájaro, muerto, desde las alturas. Sentía la solidez de aquel lastre de silencio sobre la piel, como si estuviera inmerso en un océano de brea ardiendo.

Vagué no sé hasta dónde, deslizándome con sumo cuidado sobre un accidentado suelo de piedra inclinado, para descender con cada paso, más y más al interior de la inmensa y ávida oscuridad.

PENDRAGON IV

De vez en cuando, pasaba junto a una fisura en la que vislumbraba el tenue destello de llamas espeluznantes que chisporroteaban hacia lo alto desde el interior de una profunda celda interior. En una de tales grietas sentí la ardiente ráfaga de un chorro de aire a presión... como el regüeldo llameante de la garganta de un dragón. La bocanada de aire caliente me envolvió con un sonoro siseo, provocando que los ojos me escocieran y un acre hedor sulfuroso inundara mi nariz.

Se me llenaron los ojos de lágrimas; mi nariz goteaba y respiraba con jadeos entrecortados. Tosiendo, medio asfixiado, seguí adelante a trompicones, doblado por los estertores de mis pulmones y el dolor de mis ojos, cada paso un grito de desafío. Poco a poco percibí la presencia de alguien más en la galería, alguien que andaba un poco por delante de mí, según me pareció. Digo que me di cuenta de esta presencia, porque creo que la desconocida me había acompañado desde el primer paso, pero yo había estado demasiado absorto en mi aflicción para advertir su presencia.

Sí, supe, como se sabe en un sueño, que una presencia femenina me precedía, conduciéndome por el pasillo negro como la muerte, haciendo que sus pasos y los míos se acoplaran: deteniéndose cuando yo me detenía, avanzando cuando yo lo hacía.

En una ocasión di un traspié y caí al suelo a cuatro patas. Oí cómo las pisadas seguían adelante y grité: ¡espera!, temeroso de volver a quedar solo.

Mi voz chocó contra la superficie rocosa como si se tratara del dorso de una mano, pero los pasos que sonaban por delante de mí: se detuvieron y luego dieron media vuelta para encaminarse hacia donde yo me encontraba. Escuché cómo las suaves pisadas regresaban... cada vez más próximas hasta que la mujer se detuvo justo frente a mí. Aunque no podía verla, supe que estaba allí.

-Por favor -dije-, espera un poco. No me dejes aquí solo.

No esperaba respuesta de mi fantasmal compañera. No obstante, mi súplica obtuvo respuesta.

-Entonces ponte en pie, Merlín -ordenó la mujer con voz severa-. No te abandonaré.

Aquella voz... ¡yo la conocía!

-¡Ganieda! ¿Eres tú?

Los pasos empezaron a alejarse.

-¡Espera! ¡Por favor, espera! -grité, incorporándome con dificultad-. ¡No me abandones, Ganieda!

-No te he abandonado jamás, mi amor -respondió ella, y la voz resonó desde algún lugar más adelante- Y jamás te abandonaré; pero debes darte prisa.

Me erguí y avancé tambaleante, desesperado ahora. ¡Tenía que alcanzarla! Seguí adelante a trompicones; mis manos, brazos y codos chocaban de vez en cuando con los salientes de las paredes de roca... Pero, por muy rápido que fuera, ella siempre quedaba unos pasos por delante; no conseguía acercarme ni medio paso más a mi adorada guía.

Corrí y perdí el aliento en la persecución. El pecho me dolía por el esfuerzo, pero no aminoré el paso. Justo cuando creía que iba a desmayarme, sentí en el rostro una ráfaga de aire fresco y frío y distinguí un cierto aclaramiento en la oscuridad que tenía delante, un tenue pero inconfundible clarear de la intensa negrura en la que me movía.

Un apagado manto gris parecido a una falsa aurora flotaba sobre la habitación en la que penetré con un traspié. A menos de doce pasos de distancia se encontraba la adorada Ganieda. Aparecía tal y como había estado el día de nuestra boda: vestida con un elegante manto de lino blanco con una campanilla dorada en todas y cada una de las borlas del dobladillo, los negros cabellos cepillados hasta hacerlos relucir y trenzados con hilos de plata, y en la hermosa frente una corona de flores primaverales. Doblada sobre un hombro, llevaba una capa a cuadros de color púrpura imperial y brillante azul cielo propia de las tribus del norte, los pliegues sujetos con un espléndido broche de oro; brazaletes y aros de oro adornaban las delgadas muñecas y brazos, y sandalias de cuero blanco cubrían sus pies.

Todo esto lo contemplé con facilidad, ya que una luz emanaba de ella, tenue y difusa, pero nítida... como si sus ropas resplandecieran con un fuego fatuo. Me contempló fijamente, el rostro a la vez serio y dulce, las manos cruzadas ante ella.

-Ganieda, eres... -empecé, acercándome.

Extendió una mano para detenerme.

-¡No te acerques más! -dijo con brusquedad; luego añadió en tono más cariñoso-: No está permitido, amor de mis amores.

-Entonces, ¿por qué has venido? Si no es para que estemos juntos...

PENDRAGON IV

-No me atormentes, amado mío -respondió, y, ¡ah!, creí que se me partía el corazón-. Estaremos juntos, te lo prometo; pero no aún, mi vida, no aún. Tienes que aguantar un poco más. ¿Estás dispuesto?

-Lo estoy... si al seguir adelante me aseguro la promesa que me has hecho.

-En ese caso escúchame, esposo mío. Créeme cuando te digo que Inglaterra será sometida por la espada del invasor. Por culpa de la rapiña y el asesinato el país se perderá y la gente será destruida. Morirán los reyes sin que nadie los llore, se enterrará a los príncipes sin que nadie les preste atención y los guerreros maldecirán el día en que nacieron. Los altares sagrados de Prydein serán bautizados con la sangre de sus santos y las llamas destruirán todo lo que toquen a su paso.

-Esto me resulta mucho más amargo que mi propia muerte -repuse en tono lúgubre-. Éstas no son palabras para tranquilizar un corazón desfallecido.

-Mi amor -dijo ella en un tono de inmensa compasión-, tú por encima de todos los hombres debes saber que allí donde amenaza un gran peligro aguarda la esperanza. La fe siempre alza su tienda a la sombra del pesar. -Ganieda sonrió, meneando la cabeza despacio-. ¿Es la oscuridad
más poderosa que la luz? ¿No es acaso el bien más frágil más poderoso con mucho que el mal más eminente?

Extendió las manos y vi, a su alrededor, figuras de guerreros; docenas de guerreros, cientos de ellos, y cada uno vestido para la batalla: el escudo sobre el hombro, las poderosas manos empuñando la espada y la lanza. Yacían inmóviles, con los ojos cerrados.

-Dime, Ganieda, ¿están muertos o duermen?

-Viven. Mientras los hombres amen el valor y el honor seguirán vivos.

-Entonces ¿por qué duermen?

-Aguardan la llamada del cuerno de guerra -explicó.

-Dime sólo dónde está y lo haré sonar -respondí-. Inglaterra necesita a tales hombres.

-Sí -asintió al punto-, y siempre los necesitará. Pero a éstos... -describió un círculo con la mano- aún no les ha llegado el momento. No temas, cuando llegue lo sabrás.

-¿Y he de presenciar toda esta tribulación?

Ganieda volvió sus ojos entristecidos hacia mí.

-Sí, corazón de mi corazón, vivirás. Ya que eres tú el único que puede convocar a los guerreros para que realicen su inmensa tarea. Y eres tú quien debe conducirlos. -Hizo una pausa, dejando que su mirada paseara por las figuras de los guerreros tendidos a su alrededor-. Te muestro esto para que sepas sin el menor asomo de duda que no irás solo en ese día malhadado. Tus compañeros de armas irán contigo, Merlín. Sólo esperan tu llamada.

Volví a contemplar a los guerreros, y vi entre ellos rostros que conocía: Cai estaba allí, sí, y Bedwyr, y Gwenhwyvar, Llenlleawg y Gwalcmai, Gwalchavad, Bors y Ban y Cador, Meurig y Aedd. Había otros también, los valientes difuntos de batallas anteriores: Pelleas, Custennin, Gwendolau, Baram, Elphin y Gwyddno Garanhir, Maelwys, Pendaran Gleddyvrudd; hombres decididos que no se amilanaban ante nada, todos ellos héroes valientes.

-No soy yo la persona indicada para conducir a tales guerreros -vacilé-. Aunque de buen grado lucharía al lado del mejor de ellos, no soy yo quien debe llamarlos.Sin duda podrá hallarse un monarca digno que pueda conducirlos.

-Si es ése tu deseo -repuso ella, y se hizo a un lado. Y vi detrás de ella a otro guerrero, una figura señorial, una figura que conocía bien.

-Arturo... -exclamé con voz ahogada-. Di que no está muerto.

-Ya te lo he dicho -respondió Ganieda.

-Mientras los hombres amen el valor... ya sé. -La desesperación hizo que mi voz sonara tensa-. Por favor, dilo de todos modos.

-Vive -afirmó categórica-; pero él, como todos los otros, aguarda tu llamada. Y conducirá a los ejércitos de Inglaterra en la batalla que se avecina. Utilízalos bien, mi amor. Son los últimos y, cuando hayan desaparecido, el mundo no volverá a conocer hombres semejantes.

Se dio la vuelta y empezó a alejarse a buen paso.

-Ahora ven conmigo -llamó-, hay más cosas que quiero mostrarte. Pero debemos darnos prisa, porque mi tiempo casi se ha terminado.

Tras dedicar una última mirada a los guerreros dormidos, corrí tras Ganieda y no tardé en encontrarme en otra galería; ésta de roca sin tallar, un túnel natural. Tras varios cientos de pasos, penetramos en una accidentada caverna, en cuyo centro pude distinguir el apagado centelleo

del agua; afilados dientes de piedra dejaban caer agua, gota a gota, en el interior del negro estanque.

Ganieda se encontraba junto al borde del estanque.

-Colócate a mi lado, Merlín -dijo, indicándome que me acercara-. Contempla el agua.

-Un cuenco de predicciones -observé, pensando que el estanque estaba lleno con la negra agua de roble de la tradición druídica.

-Es el Cuenco de las Predicciones de Annwn-confirmó ella. Su voz estaba llena de temor-. Mira a su interior, y dime lo que ves.

Miré y vi el apagado espejo de la superficie del agua, agitado por el continuo goteo lento procedente de las agujas de roca situadas en lo alto. Pero bajo las ondulaciones vislumbré a una mujer joven.

-Es una doncella -dije.

La doncella se volvió como si me contemplara desde el estanque. Pero no, no podía verme, porque volvió a darse la vuelta y empezó a andar. De improviso pude distinguir todo lo que la rodeaba e incluso más allá.

-Avanza por un bosque -continué-. Es un bosque muy antiguo y el sendero es estrecho, pero ella lo conoce bien. La muchacha va deprisa, pero no porque tenga miedo; no tiene miedo; no tiene miedo porque sabe adónde va. Ah, eso es, ha penetrado en un prado que hay en el bosque...

Seguí observando, fascinado por esta virgen del bosque que acababa de entrar en el prado en el que había un estanque alimentado por un arroyo de limpias aguas. La muchacha se acercó al estanque, extendiendo las manos. Dos hombres aparecieron entonces de entre los árboles; por su expresión y comportamiento comprendí que estaban sedientos. En cuanto vieron el agua se precipitaron al estanque.

El primer hombre cayó de rodillas junto al arroyo, hundió la mano y bebió, pero el agua se tornó venenosa en su boca y murió, agarrándose la garganta. El segundo hombre se acercó a la virgen del bosque y la consultó, ante lo cual ella sacó una copa y se la ofreció.

Tomando el recipiente entre las manos, el hombre llenó la copa en el arroyo. Bebió de ella y se restableció; se marchó de allí regocijándose de la sabiduría de la doncella.

La imagen cambió y vi otra vez a la doncella, pero más crecida: se encontraba con un pie sobre el gigantesco Yr Widdfa y el otro en las orillas

de Mor Hafren; su cabeza tocaba el cielo y las estrellas brillaban en sus trenzas. En una mano sostenía un bosque, y en la otra la copa, la copa maravillosa. Y, a medida que andaba por el país, los espíritus de los antiguos britanos despertaban. Y la Isla de los Poderosos volvía a florecer.

Ganieda me apartó del estanque. Penetramos más en el interior de la cueva descendiendo siempre, de modo que cada vez nos adentrábamos más en el centro de la tierra. A través de grietas y hendiduras a ambos lados, distinguí el rojo resplandor de la roca fundida que se elevaba desde las profundidades. Bajo la tenue luz contemplé criaturas extrañas convertidas en piedra: monstruos de temible musculatura con caparazones óseos y zarpas del tamaño de guadañas, con sus extraños y pesados cuerpos atrapados en posturas de ataque o defensa; reptiles amenazadores, de repugnantes cabezas planas llenas de púas. Los contemplé con atemorizada fascinación, y me pregunté qué espantoso motivo habría dado pie a su creación.

Continuamos descendiendo más y más, hasta dejar atrás las vetas de oro que salpicaban las paredes de mi palacio subterráneo, centelleantes bajo las llamas de los fuegos del subsuelo. Mis ojos pudieron contemplar salas de cristal y piedras preciosas. Sin girar ni a derecha ni a izquierda, mi amada Ganieda me condujo a través de las interminables salas de Annwn hasta que por fin llegamos a una repisa de roca, donde se detuvo.

El lugar resultó ser una orilla de piedra bordeada por un inconmensurable mar subterráneo que pude contemplar gracias a hirvientes manchas de aceite ardiendo que flotaban sobre la superficie de este océano del Mundo Subterráneo. Permanecimos uno junto al otro contemplando el temible piélago, donde jamás soplaba el viento, ni se movían las aguas, ni fluían las mareas. Era una enorme y negra tumba acuática bajo un cielo de piedra, un firmamento de color acerado, sólido, inmutable, inviolable.

-Debo dejarte ahora, Merlín, amor mío -anunció ella, volviéndose hacia mí, los ojos llenos de pena por tener que separarnos-. A donde tú vas yo no puedo regresar, y a donde yo voy tú no puedes entrar.

-No, Ganieda..., todavía no. -Intenté cogerla, pero se apartó.

-Aun así -repuso mi dulce amor-, debemos separarnos. No hay nada más que pueda hacer. Si has de seguir vivo, debes regresar por donde viniste.

Retrocedió dos pasos, posó las puntas de los dedos sobre sus labios, las besó y alzó la delgada mano hacia mí.

-Adiós, mi amor. Recuerda que vendré a buscarte algún día.

-¡Por favor, Gameda! -grité, mientras la pena se apoderaba de mí como una oleada interior-. ¡No me abandones! ¡Por favor!

-Que el Señor te acompañe siempre, Merlín.

Dicho esto desapareció, dejándome allí solo en elsaliente de piedra que daba sobre el mar subterráneo. Pero no por mucho tiempo, pues empecé a correr hacia el lugar donde había visto por última vez a Ganieda. Mi pie resbaló con un pedazo de roca suelta y, al caer, mi rodilla golpeó contra el suelo de piedra con un tremendo chasquido.

Cerré los ojos con fuerza por culpa del dolor y, cuando los abrí otra vez, la oscuridad había desaparecido. El luminoso cielo también se había esfumado, y me encontraba una vez más en la sólida proa de una nave.

Cinco

Barinthus rugió una advertencia, y la nave se detuvo con una sacudida en el cieno de un banco de arena cercano. Aedd y Gwenhwyvar desembarcaron al momento, deslizándose con facilidad por encima de la barandilla para luego vadear el corto trecho hasta la orilla, a la espera de que atracaran los otros barcos y trajeran a los caballos. Los contemplé como si aún estuviera soñando, y luego me puse en movimiento para reunirme con ellos.

Cuando me acercaba a la barandilla, Llenlleawg se inclinó sobre el lugar donde yo había estado y recogió un objeto envuelto en tela.

-Emrys -me llamó-, os olvidáis aquí el arpa.

-¿Mi arpa? -Contemplé fijamente el bulto que sostenía. ¿Cómo había llegado eso aquí? Regresé a donde había estado y levanté la tela para dejar al descubierto el arpa que sabía perfectamente que había dejado en el campamento de Arturo.

«Debes regresar por donde viniste.»

PENDRAGON IV

La comprensión me llegó de repente como una ráfaga de viento, y con ella vino la certeza. ¡Sí!

Levanté la cabeza y elevé la voz en una canción:

Soy un anciano,
soy eternamente joven.
Soy el auténtico Emrys, inmortal,
dotado por el Dador Supremo
con el don de la clarividencia.
Soy un bardo,
un caudillo del conocimiento;
yo no otorgo los secretos de mi arte
a criaturas ignorantes.
Soy un consejero prudente;
soy un juez honrado.
Soy monarca de un reino invisible.
Soy el servidor de la Luz Omnipotente;
aunque esté ciego, seguiré contemplando al Señor.
Que todos los santos y ángeles,
que todas las criaturas celestiales y terrenales
lo atestigüen:
cantor de palabras, cantor del mundo,
Myrddin ap Taliesin soy yo.

Llenlleawg me contempló sorprendido.

-Esto -le dije, levantando el arpa- es el corazón del Roble. En las manos de un auténtico bardo arde con sones que otorgan la vida, pero no se consume. Éste es el camino que debo seguir.

Mientras lo decía, golpeé el instrumento con la palma de la mano y las cuerdas emitieron un sonido parecido a un coro de voces. ¡Un sonido dulcísimo! Se me estremeció el corazón al escucharlo.

¡Que el Dador Supremo sea bueno contigo, Taliesin! ¡Ojalá disfrutes de la paz y la abundancia en la sala celestial del Supremo Monarca y eternamente entones sentidas canciones de alabanza al Señor de la Vida!

-¡Vamos! -grité-. Debemos darnos prisa. Arturo aguarda y yo he estado fuera demasiado tiempo.

-Pero ¡si no hace más que un día que zarpamos! -objetó Llenlleawg.

-No, amigo mío -repliqué-. Yo he estado fuera mucho, mucho más tiempo que ése. Pero he regresado ahora. ¡Reza, Llenlleawg! ¡Reza para que no llegue demasiado tarde!

Impaciente por partir, monté en mi caballo en cuanto llegó a la orilla.

-Esperad a los otros barcos y seguidnos cuando todos los hombres se hayan reunido -indiqué a Aedd-. Nosotros nos adelantaremos hasta el campamento inglés para decir a Arturo que prepare vuestra bienvenida.

Los tres -Llenlleawg, Gwenhwyvar y yo- cabalgamos tan rápido como pudimos, de día y de noche, sin detenernos más que para beber... para encontrarnos con el campamento casi desierto.

Un puñado escaso de guerreros se había quedado para proteger a sirvientes, mujeres y heridos.

-Partieron antes del amanecer -nos dijo uno de ellos-. Los vándalos se han reunido en Glen Arwe. Cinco grupos; casi toda la horda bárbara. -Alzó una mano para indicar la dirección; el esfuerzo le provocó una mueca de dolor, y observé que tenía el brazo hinchado y descolorido.

-¿Glen Arwe? -inquirió Llenlleawg.
-Sí... medio día a caballo en dirección norte -confirmó el guerrero herido-. Limitaos a seguir el ruido... No podéis equivocaron.

-Aedd y los nobles irlandeses nos siguen -le dijo Llenlleawg-. Envíalos tras nosotros en cuanto lleguen.

Con un chasquido de las riendas volvimos a ponernos en marcha. Cansados como estábamos fuimos tan deprisa como pudimos, sin encontrar a nadie en el camino. Pero, como el guerrero había prometido, escuchamos el fragor del combate mucho antes de llegar al lugar donde se desarrollaba el enfrentamiento. El sonido resonaba a lo largo del curso del río -voces ásperas que gritaban, el chasquido y tintineo de armas, el tronar de los cascos de los caballos y de los tambores vándalos- como si todos los ejércitos del mundo se hubieran reunido justo frente a nosotros. Llenlleawg se detuvo cuando penetramos en la cañada. Una capa de humo y polvo oscurecía el camino.

-Quiero ver cómo está la batalla -declaró Gwenhwyvar.

-Tendremos una mejor vista desde allí. -Llenlleawg indicó un lugar situado en la parte alta de la montaña que daba sobre la cañada.

Dimos la vuelta, vadeamos el río -ahora apenas un hilillo de agua deslizándose por la tierra húmeda- y ascendimos por la ladera hasta la cima. Cuando volvimos a detenernos, la cañada se encontraba a nuestros pies envuelta en polvo. Entonces, mientras nos esforzábamos por ver algo,

la seca brisa empezó a soplar y las nubes se dispersaron para mostrar el campo de batalla: un espantoso torbellino confuso de hombres y caballos.

Los caballeros ingleses habían entrado en combate conlas fuerzas del Jabalí Negro, y habían conseguido dividir la hueste enemiga en tres enclaves. La táctica usual habría sido continuar hostigando cada división para ir dividiéndolas sus secciones más pequeñas. Sin embargo, en esta ocasión los vándalos resistían y se negaban a dividirse en más grupos.

-No sirve de nada -dijo Llenlleawg, meneando la cabeza despacio tras echar una mirada-. A menos que puedan empujar al enemigo, y pronto, lo mejor que puede hacer Arturo es llamar a retirada; no puede hacer nada.

Realmente parecía que el ataque había fracasado y, si bien aún no estaba en peligro de venirse abajo, parecía muy cerca de ello.

-No lo veo -dijo Gwenhwyvar, escudriñando la arremolinada masa de cuerpos-. ¿Lo veis?

Llenlleawg miró, mordiéndose el labio inferior.

-Es extraño -dijo por fin-. ¿Dónde está Arturo?

Clavé los ojos en aquel caos, buscando allí donde la batalla era más encarnizada la familiar imagen: el remolino centelleante de Caledvwlch y el temerario ataque directo que caracterizaba al impetuoso jefe guerrero de Inglaterra. Pero no pude encontrarlo.

Me embargó el miedo. Imaginaba el cuerpo de Arturo yaciendo destrozado sobre el suelo empapado en sangre, la vida escapándosele por una docena de heridas mientras la batalla rugía a su alrededor. Imaginaba su cabeza separada del cuerpo para adornar una lanza vándala. Lo imaginaba descuartizado...

-¡Allí!

-¿Arturo? ¡Dónde?

-No... no es Arturo. Es otra persona. -Llenlleawg entrecerró los ojos mientras se inclinaba más adelante en la silla. Extendió un dedo en dirección al torbellino de allí abajo-. Cai, me parece. ¡Sí... y tiene problemas! -El campeón irlandés sacó la lanza de su soporte detrás de la silla y se preparó para unirse al combate. Volviéndose a Gwenhwyvar, dijo-: Quedaos aquí... si Arturo está allá abajo, lo encontraré.

Su montura dio un salto adelante y Llenlleawg desapareció por encima del borde de la montaña. Cuando volví a verlo, había llegado a la cañada y

corría por el suelo del valle en dirección al lugar donde un grupo de cymbrogi habían quedado rodeados y separados del grupo principal y se encontraban en inminente peligro de verse aplastados.

Contemplé cómo Llenlleawg se lanzaba a la batalla, haciendo huir al enemigo ante su impetuosa carga. Hay quienes, sin duda, pondrían en cuestión la capacidad de un solo guerrero para solucionar tan desesperada situación. Pero era él a quien yo habría escogido para salir en mi defensa, fueran cuales fueran las posibilidades. Y cualquiera inclinado a dudar que una espada más o menos pudiera servir de mucho, seguramente no ha visto jamás al campeón irlandés cuando se apodera de él el frenesí combativo. Puedo asegurar que ningún enemigo enfrentado al espectáculo de Llenlleawg cogido en el awen del combate mantenía su escepticismo por mucho tiempo.

Pero ¿dónde estaba Arturo?

Desmonté y me acerqué al borde del mirador para poder examinar mejor la masa en movimiento que teníamos a nuestros pies. El fragor del combate nos llegaba como el rugir de una tempestad marina; los hombres corrían, se arrojaban a la lucha como olas que chocan unas
con otras. La mayoría de los nuestros iban montados, pero el número superior de vándalos y la estrechez de la cañada habían reducido cualquier ventaja que concedieran los caballos. Éste, quizás, era el motivo de que el ataque hubiera sido rechazado y estuviera ahora en peligro de desintegrarse por completo.

Mientras miraba fijamente la refriega, distinguí a Cai, al frente de sus hombres, la espada en continuo movimiento, que intentaba abrirse paso por entre la masa que tenía delante. Se esforzaba por reunir a sus hombres con el grupo más cercano, pero el enemigo obstruía el camino con tanta eficacia que en lugar de abrirse camino a través de él, apenas si podía impedir que lo empujaran más atrás.

Bedwyr, creo, conducía el grupo más cercano al de Cai, pero tenía muchos problemas para evitar que rodearan a los suyos. Cador -o puede que Cadwallo, no podía estar seguro- era impelido, paso a paso y muy a su pesar, lejos de los otros dos. De este modo, los vándalos, avanzando como si fueran una masa líquida por entre los cymbrogi a caballo, introduciéndose en los espacios vacíos para llenarlos, inundándolo todo, implacables en su avance, poco a poco iban cambiando el curso de la batalla.

¿Dónde estaba Arturo?

-¡Mirad! -chilló Gwenbwyvar a mi espalda-. ¡Cador tiene problemas! - Siguiendo el ejemplo dado por Llenlleawg, espoleó su montura al frente y

se lanzó ladera abajo para unirse a la batalla. No había forma de detenerla y ni siquiera lo intenté.

Los vándalos utilizaban en su provecho la ventaja numérica y los apretados confines de la cañada para quitar fuerza al ataque de los ingleses, detenerlo y hacerlo retroceder. Ahora daba la impresión de que los jefes guerreros de Inglaterra tenían una desbandada entre las manos. Había que hacer algo y pronto, si se quería que los ingleses escaparan a una cruel derrota.

¿Dónde estaba Arturo?

Paseé la mirada de un extremo al otro de la llanura, pero no distinguí ni señal de él. ¿Dónde podía estar? ¿Y si había caído en combate? Deseché la idea al punto; si hubiera sido derribado ya habría visto alguna señal de ello. A decir verdad, el ataque inglés se habría desmoronado a su alrededor. No, me consolé, no lo veía porque no estaba allí.

Llenlleawg había llegado junto al cercado Cai y ocupaba su puesto en primera línea de combate. Su repentina y casi milagrosa aparición alentó en gran medida a los decaídos cymbrogi, que combatían ahora con renovada energía para librarse de su delicada situación.

Siguiendo el ejemplo de Llenlleawg consiguieron abrirse paso por entre la barrera enemiga que los separaba del grupo de Bedwyr, y no perdieron tiempo en unir las dos fuerzas. Tal táctica demostró tener un valor limitado, no obstante, pues, en cuanto los dos grupos se fusionaron, los bárbaros inundaron el hueco para rodearlos a los dos. Ahora, en lugar de dos grupos semirrodeados, había uno solo rodeado por completo.

¡Arturo! ¿Dónde estás? La batalla está perdida, y al Oso de Inglaterra no se lo ve por ninguna parte. ¿Qué le ha sucedido?

El Jabalí Negro, sin duda asombrado de encontrarse a menos de un tiro de lanza de una victoria segura, abandonó toda reserva. Vi el estandarte del jabalí agitándose con frenesí, y los tambores sonaron a mayor velocidad, retumbando como un trueno colérico e insistente. Al instante, la hueste de vándalos a pie se apelotonó para formar una masa compacta y cargó contra su adversario.

Gwenhwyvar había alcanzado la lucha y reunido sin tardanza todo un grupo de guerreros a su alrededor, pero, pese a sus esfuerzos, no conseguían abrirse paso y se veían reducidos a hostigar la retaguardia; lo que hacían con inmenso aunque ineficaz celo, mientras la batalla principal se desarrollaba en otra parte.

PENDRAGON IV

Al percatarse de su dilema, la caballería inglesa cerró filas y desafió el cerco. Bedwyr pareció comprender lo que sucedía e intentó contraatacar, cargando contra la barrera de enemigos, golpeando, empujando, abriendo camino a golpe de espada. Una cuña de jinetes se formó a su espalda en un intento desesperado de abrir una senda hasta los cymbrogi cercados.

Paso a paso, dejando un reguero de sangre a su espalda, fueron avanzando. Feroz la lucha, salvaje la resistencia; el enemigo cedía terreno a regañadientes y a un alto precio en vidas. Vi hombres que se tambaleaban bajo el peso de sus escudos y se esforzaban por defenderse de los golpes del enemigo con armas destrozadas. Vi a otros que eran arrancados de sus monturas en el mismo instante en que derribaban a sus adversarios; vi guerreros que caían bajo los cascos de los caballos, hombres repentinamente desprovistos de miembros que lanzaban terribles alaridos.

Bedwyr estaba ahora casi a punto de rescatar a los cercados cymbrogí. ¡Estaban tan cerca! Un empujón más, un ataque más y rompería la línea enemiga. Bedwyr también lo veía; se alzó en la silla, levantó la espada y exortó a sus guerreros a cumplir con su cometido.

Y los cymbrogi respondieron. Inclinaron las cabezas y se lanzaron al frente por encima de los cuerpos de los caídos. ¡Desgraciadamente! El enemigo también vio que la línea se doblaba hacia adentro como si fuera a quebrarse. Uno de los caudillos de Twrch Trwyth hizo acto de presencia y, con impresionante valentía, se arrojó contra la línea que se combaba. Entre saltos y giros, se enfrentó a Bedwyr golpe por golpe y lo detuvo. Los vacilantes vándalos se animaron al verlo y se reorganizaron tras su fogoso cabecilla.

Se alzaron con un grito y se abalanzaron como una violenta ola para aplastar a los ingleses.
Bedwyr fue rechazado. En tres segundos su valeroso esfuerzo se vio malogrado.

Contemplé toda aquella confusión como si lo hiciera a través de un caldero en ebullición. En todas partes era lo mismo. Los ingleses se veían rodeados y obligados a retroceder, a ceder el terreno duramente ganado... Era la derrota.

El humo y el polvo flotaban hacia lo alto, proyectando un sucio velo sobre el sol. Los gritos de hombres y caballos, el sonoro chasquido de la madera y el hueso, el agudo tañido del metal contra el metal ascendían hacia el blanquecino cielo. Mi mano se cerró con fuerza como si empuñara una espada, y sentí el tirón de la lucha en la sangre.

PENDRAGON IV

Regresando deprisa junto a mi caballo, monté y tomé la espada que pendía detrás de la silla. Quise desenvainarla, pero no conseguí sacarla de la funda; a pesar de que tiré con todas mis fuerzas, no conseguí liberarla.

Me quedé perplejo por un instante. Y entonces mis ojos se posaron en mi bastón de serbal, bien guardado bajo la silla. Soy el bardo de Inglaterra, me dije. ¿Para qué necesito una espada?

Sacando el bastón, sopesé el trozo de serbal y lo alcé sobre el campo de batalla, en el secular gesto de un bardo que anima a su gente en el combate. Y, mientras lo hacía, escuché las palabras de Taliesin durante mi visión: «Debes regresar por donde viniste».

Comprendí de inmediato: fue como el fogonazo de un relámpago caído del cielo. Sujeté el bastón con todas mis fuerzas -como si el significado de mi visión pudiera esquivarme si lo soltaba- y permanecí sentado sobre mi ruano lleno de repentina inspiración, la mente convertida en un torbellino. ¡Sí! ¡Sí! Éste..., éste era el camino que debía seguir. ¡No con la espada, sino con el serbal!

Desmonté y llevé el bastón al borde de la ladera y allí me arrodillé, con el bastón de serbal apretado contra mí como si fuera la salvación misma. Con los ojos clavados en la batalla, mi espíritu se revolvió en mi interior. Vi la muerte como un vapor gris que se adueñaba de la llanura, y un nauseabundo olor pútrido se elevó hasta mi nariz. Los vapores se entremezclaron con el hedor y se extendieron por toda la llanura y más allá, para envenenar toda Inglaterra. Eran la peste y la guerra combinadas con el temor y la ignorancia de hombres aterrorizados. Era la fetidez de la corrupción cerniéndose sobre el país.

Y entonces, resonando alto y fuerte, abriéndose paso como un mandoble por entre el tumulto, se oyó el estridente toque agudo del cuerno de caza de Rhys. Su llamada hendió el aire como una lanza arrojada en pleno centro del enemigo. El cuerno volvió a sonar: un insistente grito desgarrador, penetrante y enojado.

Tras la resonante llamada aparecieron Arturo y la Escuadrilla de Dragones, descendiendo como una exhalación por la ladera para lanzarse en medio del tumulto. Su aparición fue tan repentina, la carga tan veloz, que el Jabalí Negro no tuvo tiempo de ordenar a sus fuerzas que se enfrentaran a este nuevo ataque. La horda vándala, sorprendida por este inesperado acontecimiento, se disolvió ante el ataque de Arturo.

El ímpetu del ataque condujo a la Escuadrilla de Dragones casi al centro de las huestes enemigas y provocó que el enemigo se dispersara en todas direcciones. Cuando el Jabalí Negro recuperó el control de sus guerreros, Arturo ya había conseguido romper la línea enemiga por varios sitios. Los

ingleses no tardaron ni un segundo en recuperar su libertad; en cuestión de minutos el aspecto esencial de la batalla varió, y la barrera vándala empezó a desmoronarse de forma totalmente desordenada.

Al ver cómo la ventaja se reducía ante sus mismos ojos, el enemigo se enfureció; entre gritos, alaridos y furia mal contenida, volvieron a lanzarse contra la caballería cymbrogi. Lucharon con desesperado valor, arrojándose al hueco abierto en un intento de detener al adversario con sus propios cuerpos.

Ni siquiera Arturo podía oponerse a tan desesperada determinación y, antes que arriesgarse a volver a quedar rodeado y atrapado sin remisión en una lucha que no podía ganar, escogió la huida y abandonó el campo de batalla.

De este modo, cuando la hueste vándala volvió al contraataque, se encontró con el Oso de Inglaterra en plena retirada. Más de un jefe guerrero, alentado por el efímero éxito de su inesperada aparición, habría malinterpretado el momento... y creído que su maniobra por sorpresa le había otorgado la victoria. Arturo era más listo. Así pues, antes de que el enemigo tuviera oportunidad de reagruparse, los cymbrogi se alejaban ya al galope.

El Supremo Monarca dio la espalda a una victoria incierta y escogió en su lugar la salvación de sus hombres, utilizando la momentánea ventaja obtenida por la sorpresa para asegurar un pasillo seguro por el que pudieran escapar. Fue, tal como digo, una circunstancia decretada por la necesidad. Que se cobró un alto precio.

Miré fijamente la ensangrentada cañada, horrorizado. Allí donde la lucha había sido más encarnizada, los cadáveres me impedían ver el suelo; yacían unos sobre otros, amontonados como madera talada. Se veían piernas y brazos desparramados aquí y allá; entrañas enroscadas como brillantes serpientes; también cabezas, esparcidas por entre los cuerpos, boquiabiertas y sin ojos. ¡Y la tierra, Dios del cielo! El suelo estaba teñido de un tono rojo negruzco por efecto de la sangre coagulada.

¡Qué inutilidad! ¡Qué desperdicio!

Mareado por la repugnante extravagancia de la muerte, sentí que mi estómago se revolvía. Di una boqueada, pero no conseguí contenerme y vomité bilis en el suelo a mis pies, para luego desplomarme sollozante por la humillación de haber presenciado -¡no, alentado, ayudado, promovido!- tal depravación. Lloré y maldije la ceguera de mi espíritu.

Luz Omnipotente, ¿cuánto tiempo debe el odio y el derramamiento de sangre imperar en este mundo?

Cerré los ojos y elevé la voz en un lamento fúnebre por los muertos de arribos bandos. Cuando terminé, comprobé que el último inglés había abandonado ya el campo de batalla. Los vándalos se habían retirado cañada arriba, y el terreno permanecía en calma y terriblemente silencioso.

El único movimiento era el de los cuervos carroñeros, que saltaba obscenamente de un cadáver a otro; el único sonido, sus chirriantes graznidos a medida que se reunían para el espantoso festín. Sentí la mácula de la muerte en mi alma y mi corazón. Atenazado por la vergüenza y la pena, las manos temblorosas, volví a montar en mi caballo e inicié el regreso al campamento.

Los guerreros yacían en el suelo allí donde se habían derrumbado. Agotados, demasiado cansados para moverse, yacían jadeantes, apenas más vivos que los muertos que habían dejado en la cañada. Algunos hombres estaban desplomados, examinando el alcance de sus lesiones como si éstas revelaran el origen del dolor del mundo. Mujeres y niños se apresuraban por entre los desperdigados guerreros con jarras de agua para ayudar a reanimar al derrotado ejército.

Ojos apagados contemplaban mi paso sin apenas reconocerme. No tne detuve, sino que me dirigí a la tienda de Arturo. El Oso de Inglaterra celebraba consejo con sus jefes en el exterior de la tienda.

-Nos ha ido muy mal hoy -anunció Arturo-. Fue tan sólo gracias a la intervención divina que pudimos escapar.

-Es cierto -admitió Cador-. Los vándalos estaban preparados para nosotros hoy...

-Más que preparados -comentó Bedwyr con amargura-; fue como si supieran cada movimiento que íbamos a hacer antes de que lo realizáramos.

Esto provocó un coro de asentimiento en los jefes allí reunidos.

-Sí -dijo Cai, tomando la palabra-, el jabalí se muestra por fin como un luchador. Cuanto más tierra adentro llegan, más feroces se vuelven. -Sacudiendo la cabeza cansino, finalizó-: No lo comprendo.

-Estamos perdiendo esta guerra -declaré, ocupando mi puesto ante ellos-. Y, si persistimos en esta dirección, por cierto que la perderemos, y también a toda Inglaterra.

Arturo aspiró con fuerza.

-Estamos cansados -anunció-, y todos tenemos deberes que atender en otras partes. Volveremos a hablar cuando nos hayamos ocupado de nuestros hombres y descansado un poco. -Los despidió entonces y, mientras se alejaban, dijo-: Ven a mi tienda, Myrdd¡n. Hemos de hablar.

Tan pronto como estuvimos solos se revolvió furioso contra mí.

-¡No puedo creer que hablaras de ese modo enfrente de los hombres, Myrddin! tEs que intentas desanimarlos?

-Dije la verdad.

-Hablaste de fracaso y derrota. No encuentro que eso sea provechoso... en especial después de una batalla como la que hemos librado hoy.

-No fue una batalla -respondí- Fue un desastre.

-¡Me tendieron una emboscada! -declaró-. Ese bárbaro solapado tenía un grupo apostado en el barranco. ¡Fue una trampa! Por el amor de Dios, hombre, fue una trampa. Se me anticiparon y me cogieron por sorpresa. Fue desafortunado..., un desastre, sí. Pero no veo qué bien hace revolcarse en ello.

-No digo esto para apenarte, mi rey. Lo digo para abrirte los ojos a la verdad.

-Pues sí que me apena Myrddin. ¡Me siento agraviado! Hablas de desastre y pérdida... como si yo no lo supiera ya. ¡Bien que lo sé! Soy el jefe guerrero, yo soy el culpable.

-No -repliqué-, si hay que repartir culpas, es a mí a quien que hay que culpar en gran medida. No te he servido como debiera. Te he fallado, Arturo.

-¿Tú? -inquirió sorprendido por esta injustificada admisión-. Siempre has estado a mi lado. Has sido sensato asesor y mi mejor consejero.

-No necesitabas otro consejero -repliqué tajante-. Necesitabas un bardo. Inglaterra necesitaba un bardo auténtico... y tuvo que soportar en su lugar a un ciego entrometido. Esa es mi culpa y lo reconozco.

Arturo se pasó la mano por los sudorosos cabellos.

-No te comprendo, Myrddin. Fui yo quien condujo a hombres buenos a la más sencilla de las trampas. He perseguido a Twrch Trwyth todo el

verano, debiera haberlo sabido. Debiera haberme dado cuenta al momento. Pero ¿por qué quedarnos aquí gimiendo por nuestras culpas? ¿Qué virtud hay en ello?

-Gran virtud si conduce a la salvación.

-Nuestra salvación está tan cerca como la próxima batalla -afirmó él-. La emboscada del Jabalí Negro me mantuvo apartado de la batalla durante demasiado tiempo, o habrías visto un final diferente en el combate de hoy. No volveré a cometer el mismo error, créeme. Y ahora que los nobles irlandeses no tardarán en reunirse con nosotros...

-No has escuchado ni una palabra de lo que he dicho -le espeté-. No se trata de una única batalla o incluso de una guerra. ¡Se trata del fracaso de una visión! ¿Somos hombres mejores simplemente porque tenemos mejores guerreros o mejores armas?

-Con los irlandeses aquí -sostuvo Arturo-, aún echaremos a los bárbaros de este país.

-Escúchame, gran rey: el reino agoniza. La peste y la guerra nos desangran. Si persistimos, moriremos.

-No está la cosa tan mal -objetó Arturo con poca convicción.

-¡Es el fin del mundo! -Arturo me dirigió una feroz mirada, ceñudo y enojado.

-Todavía conseguiremos expulsar al invasor. Es la verdad, te digo.

-Y todos esos muertos sobre el campo de batalla... ¿qué dicen?

-¡Ahh! No se puede hablar contigo.

Arturo dio media vuelta y se dejó caer sobre el sillón de campaña de Uther. Se llevó las manos al rostro y se lo frotó. Me coloqué a su lado.

-Debemos cambiar o de lo contrario moriremos con seguridad. Hemos de regresar por donde vinimos -declaré-. Piensa en esto -lo desafié-. Piensa largo y tendido, Arturo. Pues, hasta que empieces a comprender lo que te digo, Inglaterra está perdida.

La tienda resultaba asfixiantemente cerrada; no podía respirar. Abandoné al Supremo Monarca a sus pensamientos y me marché en busca de un lugar donde pudiera estar solo. Atravesé un campamento sumido en la melancolía de la derrota: silencioso, inmóvil, a la espera de que las sombras de la noche lo cubrieran y lo hicieran suyo.

Los guerreros, agotados y afligidos, permanecían sentados o echados ante hogueras consumidas, hablando en tonos apagados si es que hablaban. Los muchachos conducían los caballos a sus postes, y las mujeres trabajaban vendando heridas. Una especie de velo colgaba sobre el campamento, un letargo más profundo que la simple fatiga... como si todos comprendieran la futilidad del esfuerzo por sí solo para obtener un beneficio duradero.

Vi hombres que dormían, y supe que algunos de ellos no despertarían por la mañana. ¡Jesús, ten misericordia! Vi a varios de los nobles, las cabezas juntas, celebrando consejo; dejaron de hablar cuando me acerqué y me dedicaron miradas sombrías. Hice caso omiso de ellos y seguí mi camino.

Mis pies encontraron el sendero que conducía al arroyo; deambulando por entre los cuerpos adormilados de los que habían venido a beber y se habían desplomado allí, descendí a la orilla, crucé el cauce y continué adelante. El sendero empezó a ascender, subiendo por la ladera, y yo lo seguí; avancé por entre helechos punzantes y espinosas aulagas. Finalmente, me encontré en una hondonada llena de maleza, abierta en la ladera. Una roca plana cubierta de líquenes formaba una pared en la parte posterior, bordeada de matas de bayas de saúco y endrino; crecía un haya a cada lado de la hondonada, dejando la parte delantera abierta a una buena vista del campamento inglés situado abajo.

Me senté con las piernas cruzadas sobre la hierba entre ambos árboles y contemplé cómo el crepúsculo envolvía poco a poco la cañada en sus azules sombras. El cielo mantuvo una débil luz blanquecina durante un buen rato, hasta que por fin dio paso a la noche. Desde mi elevada posición observé y escuché mientras asistía al lento descenso del mundo al reino de la oscuridad.

El corazón se encogió en mi interior, pues me pareció que, a medida que la noche extendía su negra mano sobre la cañada, una gran pena se instalaba en mí. La muerte se había llevado a muchos hombres buenos en este día, su sacrificio olvidado casi. Como gran bardo era mi deber
guiar a la gente en sus lamentaciones por los familiares caídos en la batalla. Sin embargo aquí estaba yo, sentado lejos de las preocupaciones de mis hermanos. Una vez más, aquí estaba Myrddin, en este día y siempre, un hombre aparte, soportando todas las cosas, tanto en el triunfo como en la tragedia, a solas.

«¡Debes regresar por donde viniste!» Así hablaba la verdad de mi visión, y así lo creía yo. Pero ¿cómo? Por Dios que no tenía ni idea de cómo podría llevarse a cabo tal cosa, ni por dónde podría yo empezar.

PENDRAGON IV

Permanecí sentado contemplando la cañada que poco a poco iba quedando sumida en la oscuridad. Absorto en mis pensamientos, no oí los pasos que se me acercaban por detrás. Cuando por fin los oí, me volví, suponiendo que Arturo había enviado a Rhys en mi busca... pero, nada más volver la cabeza, unos rostros desconocidos cayeron sobre mí surgiendo de la oscuridad y, antes de que pudiera mover una mano, ya me habían cogido.

Cuatro vándalos enormes, armados con gruesas lanzas, me rodeaban. No hice ningún movimiento para resistirme; eso, me convencí al momento, habría sido inútil. Así pues permanecí sentado e hice un esfuerzo por parecer tranquilo y sin miedo.

Era una insignificancia, pero los grandes acontecimientos a veces giran alrededor de tan modestas bisagras. Los vándalos, enfrentados a un enemigo desarmado que no se mostraba ni asustado ni en absoluto alterado, vacilaron. Esto me dio nuevos ánimos. Los contemplé impasible y alcé las manos en un gesto de bienvenida... como si los hubiera estado esperando.

-Os reconozco-dije, sabiendo perfectamente que no me comprenderían. De todos modos no era importante; simplemente quería ser el primero en hablar, con la esperanza de amilanarlos-. Guardad las armas y hablaremos como personas razonables.

Mi treta no funcionó. Uno de los vándalos alzó la lanza e hizo intención de clavármela. La estrecha hoja se cernió sobre mí, suspendida en el aire, pero un rápido grito surgido de las sombras detuvo la mano que iba a lanzarla. Una voz áspera rugió lo que parecía una orden, y el guerrero quedó totalmente inmóvil.

Aguardé con el corazón latiendo con violencia. La lanza seguía suspendida sobre mi cabeza; me encontraba a menos de dos dedos de la muerte.

Entonces, la voz volvió a hablar. En esta ocasión, ante mi total sorpresa, dijo:

-Quédate quieto. Corres un gran peligro.

Con estas palabras, una figura surgió de entre las sombras y fue a detenerse ante mí. Aunque de gran estatura y casi tan fornido como los que lo acompañaban, era más joven que cualquiera de los otros. Lo reconocí al instante como uno de los jabatos del Jabalí Negro: el joven caudillo al que llamaban Mercia.

-Soy muy consciente del peligro que corro -respondí con calma-. No debes tener miedo de mí, Mercia. Estoy desarmado.

Se sobresaltó al ver que utilizaba su nombre.

-¿Cómo es que me conoces?

Yo lo recordaba como uno de los que se habían referido a la juventud de Arturo en aquel primer encuentro.

-Hablas con soltura -le dije-. Hergest te ha enseñado bien.

-¿También sabes esto? -Me miró asombrado.

La verdad es que no podía ser de otro modo; pero no lo mencioné. En su lugar, me llevé la mano a la frente en un expresivo gesto y respondí:

-Soy un bardo; sé muchas cosas.

Entrecerró los ojos con expresión astuta.

-Entonces dime por qué he venido aquí.

Contesté sin vacilar.

-Has venido a espiar el campamento enemigo tal y como has hecho ya muchas noches. Amílcar depende de la información que le llevas para preparar la batalla. Es así como Amílcar consiguió derrotar a Arturo hoy.

-Hergest dijo que eras un hombre de gran sabiduría. -Tenía los ojos desorbitados por el asombro-. El sacerdote siempre dice la verdad... aunque lo perjudique. -Quedaba claro que esta gran estima por la verdad lo impresionaba.

-¿Quieres sentarte conmigo, Mercia? -dije, indicando un lugar en el suelo junto a mí-. Hay algo que me gustaría decirte.

-¿Me esperabas?

Dejé que así lo pensara.

-Hablemos. -No tenía ni idea de lo que iba a decirle. Mi único plan era ganar su confianza y encontrar alguna forma de persuadirlo de que me dejara marchar. Aun así, mientras él permanecía de pie ante mí, temblando de indecisión, un plan se formó en mi cabeza.

-Por favor -seguí sonriendo en lo que esperaba fuese una manera persuasiva y segura de sí-, tenemos poco tiempo; no tardarán en venir en mi busca.

PENDRAGON IV

Mercia hizo una señal a sus hombres, y les gruñó una breve orden a la que ellos respondieron alzando las lanzas y retrocediendo. Acto seguido, el vándalo se sentó en el suelo frente a mí con las piernas cruzadas y la lanza en el regazo. Nos contemplamos mutuamente en la mortecina luz.

-¿Qué tienes que decir? -preguntó al fin.

-Se me ocurre que Amílcar no tiene la confianza de todos sus caudillos -dije despacio, observándolo con atención para asegurarme de que comprendía lo que decía. Fue una tosca pero efectiva suposición; no he conocido jamás a un caudillo guerrero que disfrute de la completa y total confianza de todos sus jefes. Bien sabe Dios que incluso Arturo, que luchaba por la supervivencia de Inglaterra, tenía que combatir contra sus propios nobles.

Me estudió durante un buen rato, como si meditara una decisión. Finalmente respondió:

-Es cierto, ha habido muchas disputas desde que vinimos aquí. -Hizo una pausa. Yo asentí, comprendiendo perfectamente... e instando al joven a ahondar más en su confesión. Me complació continuando con tranquilo desafío-. Nuestro renombrado caudillo no goza del favor
de todos.

-Creo que vuestro caudillo a menudo va en contra de aquellos que aconsejan prudencia... -sugerí, sin perder de vista el rostro de Mercia en busca de matices en su expresión que pudieran guiarme. Vi lo que esperaba ver y me lancé de cabeza, diciendo-: Tanto más cuando aquellos jefes guerreros no están demasiado bien considerados a causa de su juventud.

Los ojos del joven caudillo centellearon, y supe que había metido el dedo en la llaga.

-Es muy tozudo -concedió Mercia con cautela-. Una vez que ha puesto la mano en algo, no cede jamás... aunque fuera muchísimo más prudente hacerlo.

Su utilización de las palabras «muchísimo más» resultaba más que elocuente. Y empecé a discernir un finísimo destello de esperanza.

-Escúchame, Mercia -dije-. Estás más cerca de tus deseos de lo que crees. Confía y cree.

Me contempló con suspicacia, y temí haberlo presionado en exceso. Mercia lanzó una rápida mirada de soslayo a sus hombres, que nos

vigilaban con atención, y les gruñó una orden en voz baja, pero ellos no se movieron ni respondieron. Volviéndose otra vez hacia mí, inquirió:

-¿Sabes realmente lo que pienso?

-Es como te he dicho. Sé muchísimas cosas.

-Jamás traicionaré a mi señor -declaró, y percibí cuál era su temor.

-Busco un arreglo honroso -le aseguré-. La traición no tendrá parte en ello, ni tampoco el engaño. -Lo retuve con la absoluta certidumbre de mi voz-. Pero exijo honor por honor; la lealtad debe recompensarse con lealtad. ¿Comprendes?

Asintió. No había nada de malicioso en su aceptación, pero quería una seguridad.

-Escúchame, Mercia, el honor que exijo tiene un alto precio. Se comprará con sangre.

-Lo comprendo -masculló impaciente. Volvió a mirar de reojo, y luego dijo-: ¿Qué debo hacer?

-Sólo esto. -Utilicé un tono siniestro, alzando la mano en un gesto autoritario-. Cuando llegue el momento de añadir tu voz a los que apoyen la paz, no debes permanecer callado.

No esperaba aquello. Observé cómo se esforzaba por descubrir algún significado oculto a mis palabras.

-¿No hay nada más?

-Es suficiente. En realidad, es más de lo que muchos hombres valientes se atreverían a hacer.

-Jamás se ha puesto en duda mi valentía -protestó, irguiéndose.

-Te creo.

-¿Cuándo sucederá esto?

-Pronto.

Se puso en pie con brusquedad, y se alzó ante mí, a la vez amenazador y cauteloso.

-Podría matarte ahora y nadie lo sabría.

-Sí; eso es cierto.

-Dijiste que debía confiar en ti; sin embargo, no ofreces ninguna prueba de confianza. -Su mano se cerró con fuerza alrededor de la lanza.

-Entonces acepta esto como una señal -respondí, alzándome despacio para colocarme frente a él-. No habrá ningún ataque contra vosotros mañana. Los ingleses permanecerán en el campamento, curando sus heridas. Di esto a Amílcar.

Giró sobre los talones y, tras lanzar una rápida orden a sus hombres, desapareció en la oscuridad. Los hombres permanecieron allí contemplándome, y realmente temí que Mercia hubiera ordenado mi muerte. Me quedé inmóvil... La resistencia era imposible, y la huida no serviría de nada. Las lanzas se alzaron hacia el cielo en un decisivo gesto, y, con un gran esfuerzo, me mantuve impasible.

En un instante, los guerreros habían desaparecido, tragados por la noche.

Agucé el oído por si los oía, pero no me llegó más que el apagado murmullo de voces procedente del campamento situado a mis pies. Al volverme vi que las hogueras ardían con fuerza igual que estrellas caídas al suelo, y la agradable sensación de alivio dio paso a una repentina aprensión.

Luz Omnipotente, ¿qué había hecho?

Siete

Mantuve mi vigilancia toda la noche, corazón y mente aferrados con fuerza a la débil esperanza que se me había concedido: la salvación de Inglaterra y del Reino del Verano. Puesto que incluso los sueños más irresistibles pueden desvanecerse en el aire al recibir la dura luz del sol, aguardé a ver qué traía el nuevo día: esperanza reavivada o desesperación confirmada.

El amanecer trajo un propósito claro. Me alcé, dando gracias al Supremo Monarca del Cielo y a todos sus santos y ángeles por el arma que habían puesto en mis manos. Mientras el sol se alzaba rojo como la sangre sobre la cordillera oriental, regresé al campamento donde los hombres empezaban ya a moverse y a prepararse para la nueva batalla.

PENDRAGON IV

Me dirigí directamente a la tienda de Arturo y él me dejó entrar, bostezando y rascándose. Mientras lo seguía al interior, no pude evitar darme cuenta de que Gwenhwyvar no se encontraba allí.

-Le gusta bañarse temprano -explicó Arturo.

-Y yo prefiero hablar contigo a solas primero -respondí, y le conté mi fortuito encuentro con Mercia, y lo que el joven caudillo me había dicho sobre las disensiones entre los vándalos. El rey se sentó en su sillón delante de mí, sacudiendo la cabeza-. ¿Comprendes lo que te digo?

Arturo frunció el entrecejo. No, no comprendía nada.

-¿Por qué debemos quedarnos en el campamento?

-Porque se lo prometí a Mercia -repuse-. Se lo concedí a cambio de mi vida.

Antes de que Arturo pudiera poner más objeciones, se acercó Bedwyr a la tienda y llamó al rey.

-Estoy aquí, hermano -contestó Arturo-. Me reuniré contigo enseguida.

-Bien -dije-, ¿qué harás?

Vaciló; me contempló ceñudo y se frotó el rostro con las manos.

-¡Oh, muy bien! -contestó por fin-. No te dejaré por embustero. De todos modos, hay muchos entre nosotros que agradecerán un día de descanso.

Salimos de la tienda para reunirnos con Bedwyn

-El ejército está preparado -anunció-. Los jefes aguardan tus órdenes.

-No habrá batalla hoy-le dijo Arturo sin rodeos.

Bedwyr me dirigió una sorprendida mirada.

-¿Por qué, Oso? ¿Qué ha sucedido?

-He cambiado de idea. He decidido dar a los hombres un día de descanso.

-Pero ¡todos están preparados! Hemos reunido el mayor ejército desde...

-Díselo, Bedwyr. Di a todos que no habrá lucha hoy.

-Se lo diré -refunfuñó y, dando media vuelta, se alejó a toda prisa. Apenas se había marchado Bedwyr cuando oímos gritos en el perímetro más alejado del campamento, donde había estallado todo un alboroto.

-¿Ahora qué? -farfulló Arturo, lanzándome una mirada furiosa como si fuera cosa mía. Bedwyr, que había oído todo el escándalo, regresó corriendo junto al rey.

Rhys apareció también a la carrera y gritando:

-¡Vándalos!

-Aquí se acaba nuestro día de descanso, Oso -gruñó Bedwyr-. ¿Darás la orden?

-¡Espera! -lo detuve-. Aún no.

Rhys se precipitó a donde nos encontrábamos.

-¡Vándalos! -exclamó jadeante-. Cinco de ellos. Avanzan con ramas de sauce. El esclavo va con ellos. Creo que quieren parlamentar.

Bedwyr y Rhys miraron a Arturo, a la espera de lo que fuera a decir. Arturo me miró a mí.

-Yo no sé nada de esto -me apresuré a decir.

-Muy bien -decidió Arturo-, dejad que vengan a verme y oiremos lo que tengan que decir.

Aguardamos ante la tienda mientras Rhys conducía a los emisarios enemigos hasta nosotros. Tal y como había dicho, eran cinco: los cuatro jefes guerreros que ya habíamos conocido antes, incluido Mercia, y el sacerdote prisionero, Hergest. Todos los nobles ingleses vinieron corriendo para ver qué sucedía, de modo que los emisarios llegaron en medio de toda una multitud de espectadores. Gwenhwyvar, Cai y Cador se abrieron paso entre los reunidos para ir a colocarse junto a Arturo.

-Se os saluda, lord Arturo -empezó Hergest-. Pedimos vuestra indulgencia para hablar con vos y regresar a nuestro campamento sin sufrir daño.

-Habla libremente, sacerdote -respondió Arturo-Te doy mi palabra de que no os sucederá ningún mal mientras estéis bajo mi protección. ¿Por qué habéis venido?

PENDRAGON IV

Antes de que el sacerdote pudiera responder, uno de los caudillos bárbaros -el llamado Ida, creo- señaló a todos los hombres allí apelotonados, y profirió una larga queja en su áspera lengua.

-Dice que vuestra palabra no tiene valor -nos comunicó Hergest-. Merlín prometió que no cabalgaríais hoy y sin embargo vemos que os preparéis para la batalla.

Bedwyr me dirigió una mirada inquisitiva, a la que hice caso omiso. Arturo replicó:

-No fui informado de la palabra dada por Myrddin hasta hace un momento, y acabo de dar la orden de retirada. De todos modos, estamos dispuestos a combatir si se nos provoca.

Mientras el esclavo repetía las palabras de Arturo, busqué con la mirada los ojos de Mercia. Éste vio que lo observaba y, con una apenas perceptible pero deliberada inclinación de la barbilla, me dio a entender que aceptaba esta explicación.

-También nosotros estamos listos para la lucha -proclamó Hergest, reanudando su comunicado-. No obstante, Amílcar piensa que el jefe guerrero Arturo ha permanecido durante demasiado tiempo escudado tras sus guerreros. El Jabalí Negro piensa que los dos reyes deben encontrarse y demostrar ante ambos pueblos cuál de ellos es el mejor caudillo.

-Desde luego -manifestó Arturo-. ¿Y ha dicho Amílcar cómo se propone realizar esta demostración?

El esclavo transmitió la respuesta a Ida, quien contestó con una mueca despectiva y otro largo discurso.

-Ida dice que Amílcar se encontrará con Arturo en la llanura situada junto al río que se extiende entre nuestros campamentos, y llevará consigo aquellas armas que el guerrero inglés prefiera. Cuando el sol haya dejado atrás el mediodía, los dos lucharán. El combate continuará hasta que uno u otro de ellos muera. -Hergest calló, e Ida volvió a tomar la palabra-. Amílcar lanza este desafío, aunque no espera que Arturo lo acepte -añadió el esclavo.

-Di a Amílcar que consideraré su desafío -respondió Arturo sin perder la calma-. Le llevaré mi respuesta a la llanura a mediodía.

Hergest repitió las palabras de Arturo, tras lo cual los caudillos enemigos, cumplido su deber de transmitir el mensaje, se volvieron para marcharse.

PENDRAGON IV

-¡Owain! ¡Vrandub! -llamó Arturo, escogiendo a dos nobles de entre los allí reunidos-. Encargaos de que abandonen el campamento por donde vinieron sin ser molestados. -A los demás les dijo-: Regresad con vuestros hombres y explicad el desafío. Nos reuniremos al mediodía y cabalgaremos hasta la llanura.

En tanto que los hombres se apresuraban a cumplir sus instrucciones, Arturo indicó a sus consejeros que lo acompañaran a la tienda del consejo. Gwenhwyvar, Cai, Bedwyr, Cador, Llenlleawg y yo nos reunimos con el Supremo Monarca para decidir qué hacer.

-Es una buena señal -dijo Bedwyr mientras nos sentábamos ante la mesa-. Significa que el Jabalí Negro sabe que hemos aumentado nuestro número, y tiene miedo.

-¿Qué es esta promesa de no luchar hoy? -inquirió con aspereza Gwenhwyvar; la pregunta iba dirigida a mí. Rápidamente relaté cómo había sido sorprendido y apresado por Mercia. Cador se declaró muy sorprendido ante esto y dijo:

-¿Os dejó marchar si prometíais no luchar hoy?

-No -repuse-, no fue así. Primero hablamos. Me dio a conocer que existen disensiones en el campamento vándalo. Amílcar ha perdido la confianza de algunos de sus jefes y..

-¡Lo veis! -exclamó Bedwyr-. ¡Yo tengo razón! El Jabalí Negro está asustado. Los vándalos ya no pueden resistir al poderío de Inglaterra.

-El combate individual es la única lucha que puede ganar -intervino Cai-. Sugiero que ataquemos con todas nuestras fuerzas. Es la oportunidad que estábamos esperando.

-A lo mejor -replicó Arturo- es una oportunidad para terminar la guerra sin más derramamiento de sangre.

-¡A lo mejor es una trampa! -hizo notar Gwenhwyvar en tono cortante.

-No se puede confiar en los bárbaros -dijo Cador rápidamente-. Incluso aunque derrotaras a Amílcar, ¿qué te hace pensar que harían honor a cualquier promesa de paz que hicieran?

Era una buena pregunta; una pregunta que predominaría en las mentes de todos los guerreros ingleses. Yo tenía la respuesta preparada.

-No importa -contesté.

PENDRAGON IV

El silencio de los allí reunidos me contradijo.

-Es verdad, no importa -insistí-, pues sin Amílcar la guerra sencillamente no podrá seguir adelante. ¿No os dais cuenta? -Las incrédulas miradas de Cador y los otros me confirmaron que no lo veían así.

-¡Mirad! -dije-. Tanto si es una trampa... -incliné la cabeza hacia Gwenhwyvar al decirlo-, como si resulta que Amílcar no cumple, o lo que sea, a nosotros no nos afecta en absoluto. En el mismo instante en que caiga muerto sobre el campo de batalla ante los ojos de sus hombres, la invasión cesa y la guerra termina.

-¿Cómo lo sabéis? -inquirió Cador.

-Mercia me lo dijo -respondí.

-¿Y le creísteis?

-Desde luego. Tenía mi vida en sus manos. Que no exista ninguna duda: una palabra suya y mi muerte era segura. Pero me dejó vivir para que supiera que había dicho la verdad.

-¡Es un bárbaro! -acusó Cador-. Os diría cualquiercosa para que creyerais esta mentira. Pero a mí no se me convence con tanta facilidad.

-Puede que sea una mentira -contesté- o puede que no. Yo opino que debemos ponerlo a prueba y ver qué sucede. Si estoy en lo cierto, la guerra terminará.

-Pero ¿y si estás equivocado? -quiso saber Caí-. ¿Qué sucederá entonces, eh?

-Entonces la guerra continuará -declaré solemne-, e Inglaterra se convertirá en la tumba de los campeones.

Todos callaron y examinaron la situación detenidamente. Antes de que pudieran reanudar sus objeciones, Rhys introdujo la cabeza en la tienda para anunciar que el sacerdote Paulinus había regresado al campamento.

-Que entre -dijo Arturo.

El monje, demacrado y enflaquecido como un hueso roído hasta el cartílago, entró y casi se desplomó a los pies de Arturo. Automáticamente, el monarca lo ayudó a incorporarse y lo sentó en su sillón.

-Algo de beber, Rhys -ordenó Arturo-. ¡Deprisa!

PENDRAGON IV

-Perdonadme, señor -dijo Paulinus. Vio que los otros lo miraban y se puso en pie con esfuerzo.
Arturo lo obligó a regresar a su asiento con la mano.

-Siéntate. Descansa. Has cabalgado mucho, como podemos ver. Recupera fuerzas y dinos qué noticias traes.

Rhys apareció con una copa y la depositó en las manos del monje. Paulinus bebió con avidez y se secó la boca con la manga del hábito.

-Ojalá trajera mejores noticias, señor-repuso.

-¿Son muy malas? -preguntó Gwenhwyvar, acercándose.

-No son buenas -respondió él-. La fiebre se extiende a pesar de todos nuestros esfuerzos. Las carreteras que conducen a Londinium están cerradas, pero la gente sigue insistiendo en viajar por el río; parece que no podemos hacer nada para detenerlos. De este modo, la peste se desplaza por los senderos fluviales. -Hizo una pausa, tomó un nuevo trago, y concluyó-: Hemos conseguido rescatar algunos poblados donde la enfermedad aún no se había afianzado, pero casi toda la zona del sur de Londinium ha sucumbido.

Paulinus volvió a beber y devolvió la copa a Rhys.

-Tres de los nuestros han enfermado, uno ha muerto, y no espero que los otros vivan.

Arturo se colocó frente al sacerdote, con las manos en las caderas y los puños apretados, pero no había nada que golpear. Paulinus, al ver la frustración de su rey, se incorporó lentamente.

-Lo siento, señor. Desearía poder tener mejores nuevas. Esperaba... Todos esperábamos...

-Hacéis todo lo que podéis, lo sabemos -lo interrumpió Gwenhwyvar-. Id ahora; hablaremos cuando hayáis descansado.

Indicando a su senescal que se aproximara, Arturo ordenó:

-Rhys, ocúpate de que nuestro amigo coma algo y tenga un lugar donde descansar. -Paulinus se despidió y, una vez que se hubo marchado, Arturo se volvió hacia nosotros-. No puedo detener la peste -dijo en voz baja-. Pero, si puedo acabar la guerra con el Jabalí Negro, considero que es un riesgo digno de correrse. Lucharé con Amílcar.

PENDRAGON IV

Un poco antes del mediodía, los señores de Inglaterra y sus jefes guerreros volvían a estar reunidos y aguardaban ante la tienda del Supremo Monarca. Arturo los saludó uno a uno y alabó su lealtad. Acto seguido, dijo:

-Camaradas, todos conocéis el reto del Jabalí Negro. He meditado cuidadosamente la cuestión, y he decidido que, si existe una posibilidad de terminar la guerra derrotando a Amílcar en combate singular, debo aprovechar esa oportunidad. Por lo tanto, aceptaré el desafío del bárbaro y me encontraré con él en la llanura.

La decisión provoco un alboroto general.

-¿Es esto sensato, Arturo? -inquirió Ector en voz alta-. Desde luego, todos estamos listos para cabalgar a tu lado. -Una docena de voces secundó el ofrecimiento.

-De eso no tengo duda -respondió él, alzando las manos para pedir silencio-. A decir verdad, muchos hombres buenos me han apoyado ya y, ¡desgraciadamente!, han muerto demasiados. Os aseguro que, de no ser por la lealtad de todos los nobles ingleses, no podríamos haber llevado al enemigo a esta situación desesperada. Estoy convencido de que la voluntad de continuar esta lucha está en Amílcar y, por lo tanto, una vez que haya muerto, la guerra terminará.

-Pero ¿y si os matan a vos? -gritó Cunomor, elevando la voz por encima del tumulto-. ¿Qué sucederá entonces?

-Si muero -replicó Arturo-, quedará en vuestras manos decidir qué ha de hacerse. La muerte de un hombre importa poco, comparada con la muerte y la destrucción que se ha padecido y con todo lo que sin duda seguirá.

-¡Vinimos a luchar por vos! -chilló Meurig-, no a quedarnos quietos y contemplar cómo lucháis solo.

-¡Luchamos por Arturo! -añadió Ogryvan-. ¡No él por nosotros!

Esto ocasionó un clamor que siguió durante algún tiempo. Cuando empezó a apagarse, otro gritó:

-¡Lord Arturo! -La voz era desconocida para muchos. Los nobles se volvieron y Aedd avanzó al frente- El hombre que gane este combate obtendrá gloria eterna y su nombre se cantará en las salas de los reyes por los siglos de los siglos. Por lo tanto, aunque yo soy el más insignificante entre vuestros nobles, suplico el favor de serviros. Dejad que me enfrente a ese Amílcar el bárbaro en vuestro hogar. Gran rey, dejad que sea vuestro campeón en esta lucha.

Aedd, que Dios lo bendiga, hablaba muy en serio; de buena gana habría cambiado su vida por la de Arturo, pero el Supremo Monarca no podía permitirlo.

-Os lo agradezco, lord Aedd -respondió-, y no olvidaré vuestra oferta. Pero parece que Amílcar me considera un tirano como él mismo... por lo que cree que, si me derrota, la defensa de Inglaterra se derrumbará. Debemos animarlo en esta creencia. Mi vida debe ser el trofeo.

Los otros reyes no se sentían demasiado contentos con esta decisión. Pero, aunque muchos la discutieron, ninguno pudo sugerir un plan mejor y, de este modo, Arturo se salió finalmente con la suya.

-¡Bien! Está decidido -concluyó el Supremo Monarca-. Reunid a vuestros ejércitos. Iremos al encuentro de Amílcar ahora.

Ocho

Muchas veces he pensado qué otra cosa podría haber hecho -¿quizás debiera haber hecho?- en aquellos terribles días. Sin embargo, los acontecimientos rápidamente sobrepasaron mi limitada capacidad para gobernarlos. Como sucede siempre, aquellas circunstancias que con más ganas desearíamos determinar permanecen siempre lejos de nuestros alcance, mientras que se nos obliga a llevar cargas inesperadas a destinos insospechados. Todos nos encontramos impotentes ante una fuerza demasiado poderosa para contenerla, demasiado inmensa para comprenderla. ¡Que así sea!

Así fue como yo, que hubiera querido modelar los días a mi modo, me vi obligado a permanecer junto al resto del ejército de Inglaterra dispuesto en filas sobre la llanura, contemplando los acontecimientos con aprensión.

Lo veo ahora igual que entonces, siempre ante mí, la misma imagen nítida: Arturo de pie solo bajo el ardiente sol sin escudo ni yelmo, tan sólo Caledvwlch a su lado. El terrible calor da al cielo una apariencia descolorida; la hierba se quiebra reseca bajo el pie.

Arturo aguarda, su sombra encogida y diminuta bajo él, como si no se atreviera a extenderse en toda su extensión. La hueste vándala aparece en el otro extremo de la llanura: guerreros, mujeres, niños. Todos avanzan despacio hasta el lugar del encuentro: la amplia llanura de Lyit Coed, donde los ríos Tamu y Ancer se unen. Había habido una fortaleza en las

proximidades, pero los vándalos la quemaron y destruyeron los poblados de los alrededores, matando u obligando a huir a sus habitantes.

Observo el avance del enemigo, una negra línea malhumorada y arracimada cuyos pies dejan tras de sí espesas columnas de polvo blanco. Avanzan despacio y nosotros aguardamos. Aún podemos atacarlos, o ellos atacarnos a nosotros. No hay nacía que lo impida, excepto el Supremo Monarca de Inglaterra de pie solo en la agrietada y ardiente planicie, que espera de buena fe que el Jabalí Negro haga honor a su palabra y se enfrente a él cara a cara.

Una única pregunta ocupa las mentes de todos los espectadores: ¿lucharán los ejércitos o se enfrentará Amílcar con Arturo como ha prometido?

El avance se detiene de improviso y un pesado silencio cae sobre la ardiente explanada. Entonces empieza el estruendo. Los tambores de guerra de los vándalos retumban ensordecedores por la llanura, y por un terrible instante pienso que atacarán.

-¡Quietos! -grita Bedwyr, y su orden se repite por toda la fila-. Que nadie se mueva.

La función de los tambores es asustarnos, hacer que perdamos los nervios. Pero Arturo permanece inmóvil, y nosotros también; los rostros ceñudos, sudorosos, con un nudo en el estómago por la ansiedad y el temor mientras los tambores atruenan nuestros oídos. Ese sonido, cuando se ha escuchado una vez, no se olvida con facilidad. Me parece escucharlo en estos momentos.

Una vez que el invasor se hubo congregado a muy poca distancia de nosotros, el golpear de los tambores cesó repentinamente y la larga fila triple se detuvo. Los vándalos se quedaron mirándonos fijamente en medio de un silencio tan terrible corno el aturdidor tronar de sus tambores. Permanecieron inmóviles, sin mover ni un músculo, con las armas deslustradas, pero en perfecta formación, con los grotescos estandartes del jabalí alzados por encima de sus cabezas, en una exhibición del temible espectáculo de su poderío militar.

Arturo siguió sin moverse, paciente, contemplando al temible ejército con expresión inmutable. Al cabo de un rato, uno de los portadores de estandartes abandonó su puesto en la primera fila, avanzó unos pasos y se detuvo. Se reunió con él un grupo de caudillos vándalos, Mercia y el esclavo Hergest a la cabeza. Luego, todos salieron al encuentro del Supremo Monarca en el centro de la planicie. Tras un corto intercambio de palabras -dichas en voz demasiado baja para que pudiéramos oírlas- el portador del estandarte regresó a su puesto en la fila.

-No soporto esto -masculló Gwenhwyvar malhumorada-. Voy a ir a su lado.

Bedwyr se atrevió a detenerla, pero ella se sacudió de encima su mano, saltó de la silla y abandonó a toda prisa la fila para ir a reunirse con Arturo antes de que nadie pudiera impedírselo. El monarca le dio la bienvenida con un leve movimiento de cabeza, y los dos aguardaron juntos mientras la cabeza del negro jabalí en la engalanada lanza de cráneos y cueros cabelludos volvía a avanzar. En esta ocasión anunciaba la llegada de Amílcar en persona.

Los dos caudillos se contemplaron mutuamente desde una distancia de apenas tres pasos. Vi cómo Arturo alzaba la mano en señal de paz. Amílcar no hizo ningún gesto. Arturo dijo algo, a lo que el Jabalí Negro contestó mediante Hergest. Cuando el sacerdote calló, Arturo se volvió a Gwenhwyvar, quien dio una respuesta sin dejar de mirar a Amílcar a los ojos.

A medida que Hergest repetía sus palabras, vi cómo los labios del Jabalí Negro se torcían en una salvaje mueca. Gruñó una respuesta de profundo desprecio, echó la cabeza hacia atrás y escupió. Quizás era esto lo que ella quería, pues en un abrir y cerrar de ojos su delgada espada apareció en su mano y se lanzó sobre el rey vándalo. Fue muy rápida -más rápida que la mano de Arturo que intentó detenerla- y Amílcar se salvó de una herida grave, si no fatal, gracias a la veloz reacción de uno de sus jefes, que desvió a un lado la espada con el asta de su lanza justo cuando ésta hendía el aire a menos de un dedo de la garganta del vándalo.

Amílcar dio un paso atrás a la vez que alzaba su lanza. Arturo gritó, agarró a Gwenhwyvar por el brazo y la apartó físicamente del ataque. El Jabalí Negro, empuñando aún la lanza, lanzó una furiosa perorata, a la que nuestro rey respondió en tono solemne.

En conjunto, la entrevista fue breve. Se intercambiaron unas cuantas frases más, y luego Arturo y Gwenhwyvar giraron bruscamente y regresaron a nuestras filas.

-Nos encontraremos mañana al amanecer -anunció Arturo, sin mencionar lo sucedido en la llanura.

Así empezó una larga espera que nuestro ejército soportó bastante mal. Los hombres descansaron durante las horas de calor mientras el sol realizaba su lentísimo viaje hacia el oeste, pero en cuanto el blanco disco de fuego desapareció tras las colinas empezaron a deambular y a conversar, y a preocuparse.

PENDRAGON IV

Era, pensé, hora de recordarles la recompensa que nos aguardaba, y quién era aquel en quien teníamos depositada nuestra confianza. Tras una breve charla con Arturo, se convocó a los jefes guerreros y se les dio instrucciones para que reunieran a sus hombres en la ladera que se alzaba sobre la tienda del consejo.

Con todo el ejército de Inglaterra congregado ante mí mientras un pálido crepúsculo se extendía por el valle, fui a colocarme en mi puesto. La tierra empezaba a verse libre del asfixiante calor, y una suave brisa agitaba la fina hierba. Se había encendido una enorme hoguera, un fuego de Beltane para resucitar el pasado en sus recuerdos. La ascendente luna proyectaba intensas sombras sobre el suelo y, en lo alto, el cielo centelleaba estrellado de un extremo al otro del horizonte.

Los reunidos se agitaban; inquietos, ansiosos, cautelosos, los grupos de guerreros aguardaban, y su propia incertidumbre y temor creaban tensión en el ambiente. Todos sabían la situación de Arturo y los preocupaba. ¿Qué sucedería si mataban a Arturo?, pensaban. ¿Quién los conduciría contra los vándalos entonces? Miles de ellos debían la vida a su habilidad como gran jefe guerrero; ¿qué les sucedería sin él? Me contemplaban con suspicacia; casi podía oír sus ahogados murmullos. ¿Una canción? Sería mucho mejor afilar las armas esta noche.

Apoyé el arpa en mi hombro, y le arranqué unas notas al azar que lancé como guijarros a un mar embravecido. En un principio nadie me oyó -pero seguí tocando- y entonces resultó que en realidad no querían escucharme. Siguieron murmurando, pero sus ojos se desviaban una y otra vez al lugar donde yo me encontraba rasgueando el arpa como si no me diera cuenta de sus murmullos. Entonces, mientras las notas del arpa golpeaban el atemorizado ambiente, mi visión prendió de nuevo en mi interior y resplandeció con la intensidad del mismo sol. Volví a ver el árbol que ardía a medias, y el significado del acertijo inundó mi espíritu. Por primera vez en mucho tiempo volví a sentirme un bardo.

Dejando que el arpa hiciera sentir su voz, continué tocando para abrirme paso a través de sus temores e inquietudes hasta que todos los ojos estuvieron fijos en mí, y ocupé todos sus pensamientos. Poco a poco, la música se fue adueñando de ellos en tanto que los murmullos iban cesando. Cuando toda la ladera quedó en silencio, grité con toda la potencia de mi voz:

-¡Escuchadme! Soy un bardo e hijo de un bardo; mi auténtico hogar es la región de las Estrellas del Verano. Desde los primeros tiempos de nuestra raza, los Guardianes del Espíritu enseñaron que la sabiduría reside en el corazón del roble. -Alcé el arpa por encima de la cabeza y la mantuve en alto para que todos la vieran-. En mis manos sostengo este corazón de roble. Debido a su arte, el bardo libera al espíritu de la sabiduría para que

haga su voluntad en el mundo de los hombres. Escuchad pues, y prestad atención a todo lo que os contaré... ¡para que podáis recordar todo lo que sois y en lo que os podéis convertir!

Dicho esto, sujeté bien el arpa y empecé a tocar otra vez. Como un tejedor que teje hilos de plata y oro, mis dedos trazaban el complejo diseño de la melodía, creando un centelleante telón de fondo para el texto que iba a recitar. Seguí tocando, con la mirada fija en los rostros de toda aquella gente; hombres venidos de todas partes de Inglaterra, de Prydein, Celyddon y Lloegres, y también de Ierne. Me parecieron criaturas huecas, de ojos demacrados e inexpresivos; al igual que sus señores, anhelaban escuchar la Auténtica Palabra. Me di cuenta de ello y mi corazón se abrió a ellos.

Luz Omnipotente, me presento lleno de humildad ante tu amorosa presencia. ¡Instalaos en mi interior, Señor, para que pueda conmover los corazones de los hombres!

En ese mismo instante, sentí la aparición del awen... como un ave cautiva durante mucho tiempo que por fin echa a volar. La melodía apareció primero, y su reluciente estela dejó un reguero de frases que tomaron cuerpo nada más tocar mi lengua. Me entregué a la canción; ya no era Myrddin: únicamente existía la canción y yo no era más que un recipiente, hueco, vacío de mí mismo, pero lleno a rebosar con el exquisito vino del Oran Mor.

Canté, y la mágica música brotó pródiga en sus bendiciones. Una nueva canción cobró vida aquella noche, y los hombres quedaron perplejos al escucharla. Esto es lo que entoné:

En tiempos de nuestros antepasados, cuando el rocío de la creación estaba aún fresco sobre la tierra, surgió un rey poderoso y su nombre era Manawyddan. Todo el mundo era su reino, y cada tribu y clan le debían tributo. Todo sobre lo que posaba su mano prosperaba; y a donde mirara, algo bueno y noble obsequiaba su mirada.

Un día, llegaron hasta lord Manawyddan nuevas horribles que le ocasionaron una gran preocupación. El Otro Mundo, se decía, había caído bajo la sombra de un usurpador que trataba a las gentes con suma crueldad. El gran rey decidió entonces entregar la soberanía de su reino al mejor hombre que pudiera encontrar para de este modo poder ir a liberar a los habitantes del Otro Mundo del solapado opresor. Y esto es lo que sucedió.

El gran rey llamó a su presencia a todos sus nobles y les expuso la situación.

PENDRAGON IV

-Voy a estar fuera durante un tiempo -les dijo Manawyddan-. No sé si será mucho o poco tiempo, pero no regresaré hasta haber vencido al usurpador, que en estos instantes saquea el Otro Mundo y asola el más hermoso de los reinos.

Sus nobles y senescales le respondieron:

-Llenos de aflicción nos sentimos al escuchar tu propósito -confesaron-. Puede que esté muy bien para los habitantes del Otro Mundo, pero es toda una calamidad para nosotros.

-No obstante -declaró el rey-, esto es lo que he decidido. Depositaré el trono en manos del hombre que escoja, y él ocupará mi lugar hasta que regrese. -Y empezó a tantear entre ellos en busca de quien sería digno de hacerse cargo del gobierno. No era una decisión fácil, pues cada hombre de entre todos ellos era tan digno como el siguiente, y no menos que su hermano.

Por fin, concibió un modo de solucionar el problema.

Hizo que su gran bardo realizara un adorno de oro en forma esférica. Y, cuando estuvo hecho, Manawyddan cogió la esfera y la mostró a sus nobles.

-Han hecho esto para mí -les dijo-. ¿Qué os parece?

-Es muy hermosa, señor -alabaron ellos.

-Realmente es muy hermosa -concedió el monarca-. Y más de lo que pensáis, porque es el símbolo de mi reino. -Alzó la esfera dorada ante ellos-. ¡Tomad! -gritó-. ¡Cogedla!

Con estas palabras, el gran rey arrojó la bola a sus nobles. El primero de ellos extendió los brazos y la cogió, sujetándola contra el pecho.

-Gracias, noble amigo. Puedes irte.

El hombre dio la vuelta para marchase, pero el rey se lo impidió hasta que le fue devuelta la pieza de oro. Pero, en cuanto la recuperó, volvió a lanzarla a otro, que la atrapó en su puño.
-Gracias, noble amigo. Puedes irte.

El jefe guerrero hizo intención de marcharse, pero el rey se lo impidió hasta que le fue restituida su preciosa esfera. Y esto se repitió con cada uno de los allí presentes. Cada vez que el monarca arrojada la bola de oro, ésta era atrapada y devuelta a él... hasta que le tocó el turno a Lludd.

PENDRAGON IV

La bola se elevó por los aires y descendió. Pero el noble no consiguió cogerla. Al ver cómo el inapreciable objeto se escurría de su mano Lludd cayó de rodillas.

-Perdonadme, majestad -exclamó-. No soy digno de tocar algo de tanto valor.

El monarca, sin embargo, lo obligó a levantarse.

-No es así, Lludd -le dijo-. Eres tú el único digno de gobernar mi reino hasta que regrese. -Diciendo esto, el gran rey levantó la bola y la depositó firmemente en la mano de Lludd al tiempo que lo exhortaba-: Te entrego también toda la autoridad que yo poseo; guárdala hasta que vuelva a mi reino.

Nadie volvió a ver al rey Manawyddan después de eso, aunque a menudo les llegaban noticias de sus maravillosas hazañas en los reinos del Otro Mundo. Lludd, entretanto, gobernaba bien y con prudencia; y los reinos a su cuidado florecieron y crecieron en importancia. Para que todos pudieran aprovecharse de su sabiduría, Lludd instaló nobles en cada reino para que estuvieran a su servicio y le hicieran llegar las necesidades de los habitantes del lugar.

Uno de estos señores era un camarada llamado Mab Rígh, que velaba por su isla-reino con dedicación y devoción. De día o de noche, fuera cual fuera el problema que presentaran ante él sus súbditos, él le prestaba toda su atención.

Y sucedió que el reino de Mab Rígh fue atacado por un enemigo extraño y formidable en forma de tres plagas, cada una más peculiar que la anterior.

La primera plaga fue la llegada de un ejército enemigo llamado los coranyid, cuyos conocimientos se derivaban del hecho de poder escuchar cualquier cosa que se dijera en cualquier parte. Por muy bajo que se hablara, el viento siempre les hacía llegar las palabras. De este modo, nadie podía decir nada contra ellos, y resultaba imposible dar un paso en su contra porque siempre se enteraban del plan y lo esquivaban. Los coranyid lo asolaban todo; allí por donde pasaban no quedaba nada.

La segunda plaga fue un grito terrible que surgió durante el Beltane en todas las cimas de las colinas, sobre cada hogar y bajo todos los techos del reino. Era un grito que indicaba un padecimiento tan atroz que partía el corazón de todos los que lo oían, y no hubo ser vivo en todo el país que no lo oyera. Los hombres perdían sus energías y las mujeres su vigor; los niños se desvanecían y los animales enloquecían. Todas las criaturas del género femenino que estaban encinta, abortaban. Árboles y campos se volvieron estériles, e incluso el agua se tornó malsana y amarga.

La tercera plaga fue el inexplicable robo de comida en las casas de los jefes guerreros y los nobles. Por mucha comida que se preparara, nunca quedaba nada a la mañana siguiente: en el caso de la carne, ni siquiera se encontraba un mísero hueso grasiento; si se trataba de pan, ni una miga; si era estofado, ni una sola gota de caldo. Aunque prepararan comida suficiente para todo un año, al amanecer la mesa estaba vacía.

Estas plagas angustiaron de tal modo a la población que ésta elevó un patético lamento. Mab Rígh se vio impelido a reunir a todas las tribus para decidir qué podía hacerse. Todos estaban desconcertados por aquellas calamidades; nadie sabía qué las había provocado, ni tampoco sabía decir nadie cómo podría la isla librarse de ellas. Durante tres días y tres noches pensaron sobre lo que podrían hacer, y al final Mab Rígh convocó a sus jefes guerreros y, tras encomendarles el cuidado de los habitantes del reino, abandonó la isla para ir a pedir consejo a su sabio colega.

Se preparó una nave en secreto, y se alzó la vela en plena noche para que nadie supiera lo que iba a hacer Mab Rígh. La nave surcó las aguas como una gaviota, y Lludd, contemplando el mar un buen día, vio que las velas de su camarada venían hacia él. Ordenó que se preparara un
bote, y se hizo a la mar al momento para ir a su encuentro. Lludd recibió a Mab Rígh con gran alegría, lo abrazó con afecto y lo llenó de regalos de bienvenida.

Sin embargo, a pesar de este recibimiento, la sonrisa de Mab Rígh no tardó en borrarse, y su frente se arrugó preocupada.

-¿Qué ha sucedido para que tengas este rostro afligido? -inquirió Lludd cuando regresaron a su elegante sala.

-Infortunio sobre infortunio, y aflicción sobre aflicción -respondió él, sacudiendo la cabeza pesaroso-. Sabes que no soy persona melancólica por naturaleza.

Lludd estuvo totalmente de acuerdo en ello.

-Es cierto. Pero cuéntamelo, por favor, si es que tienes fuerzas para ello. Quisiera oír qué es lo que te ha reducido a este estado.

-Soy el más afligido de los hombres, hermano -repuso Mab Rígh-. Mi isla está asediada por tres plagas, cada una peor que la otra. En pocas palabras, se nos acosa, agravia y atormenta en todo momento. He venido en busca de tu ayuda y consejo, porque ya no sé qué hacer.

PENDRAGON IV

-Has hecho bien en venir a verme -le dijo Lludd-. Juntos descubriremos el remedio para los males que han caído sobre vosotros. Habla y que empiece la curación.

Mab Rígh se animó ante estas cariñosas palabras y recuperó su valor.

-Hablaré -dijo-, pero primero hemos de buscar una forma de proteger nuestras palabras. -Y le habló sobre la plaga de los coranyid, y cómo el viento transportaba hasta ellos cualquier cosa que se dijera.

-Eso no es difícil -contestó Lludd con una sonrisa. Ordenó a su herrero que hiciera un cuerno de plata según sus instrucciones. Y se hablaron el uno al otro a través de él. El viento no podía transportar las palabras a los malignos coranyid, pero el cuerno de plata produjo un resultado adverso: cualquier palabra buena que se pronunciara en un extremo salía por el otro repulsiva y contradictoria.

Esto dejó muy perplejo a Lludd, hasta que se dio cuenta de que un demonio se había instalado en el interior del cuerno, y que era esta criatura perversa la que tergiversaba todas sus palabras para sembrar la discordia entre ellos.

-Ya lo ves -declaró Lludd-. Ésta es justo la tribulación a la que te enfrentas; pero no te inquietes. Sé muy bien cómo ayudarte.

Habían llegado sacerdotes de un lejano país, y el rey los envió en busca de vino; cuando lo trajeron, vertió el vino en el interior del cuerno de plata. El poder de la bebida expulsó inmediatamente al demonio. Después de esto, Lludd y Mab Rígh pudieron hablar sin obstáculos. Y el segundo contó a su camarada todo lo que sabía sobre las tres plagas devastadoras, y Lludd escuchó con rostro grave y solemne.

Cuando Mab Rígh finalizó, Lludd se retiró durante tres días y tres noches para meditar sobre lo que debía hacerse. Llamó junto a él a sus sacerdotes y bardos y celebró consejo con tantos sabios como pudo reunir. Al cabo de los tres días, regresó a su sala e hizo llamar a su colega.

-¡Regocíjate, hermano! -saludó Lludd-. Tus problemas pronto terminarán.

-¿Has tenido éxito allí donde otros fracasaron? -preguntó Mab Rígh.

-Así ha sido --respondió él-. He aquí el remedio. -Mientras hablaba, descubrió un saco de grano.

Mab Rígh contempló el saco y la felicidad murió en su pecho.

-Perdona que dude de ti, hermano -dijo sombrío-, pero me parece ver un saco de grano en tu mano. Si el grano solo pudiera servir, jamás te habría molestado.

La sonrisa de Lludd se hizo más amplia.

-Ah, eso simplemente muestra lo mucho que te has apartado del auténtico sendero. Ya que esto no es grano corriente. ¡Claro que no! Se trata de un grano extraordinariamente poderoso cuyas propiedades pueden contra todo mal. Ahora escucha con atención. Esto es lo que debes hacer. -Y empezó a explicarle la mejor forma de librar a su isla de las tres plagas devastadoras.

Alzando un dedo, Lludd dijo:

-La plaga de los coranyid, a pesar de lo angustiosa y peligrosa que pueda ser, es la más fácil de remediar. Toma una tercera parte del grano y sumérgelo en cubas limpias llenas con agua extraída de un arroyo de aguas claras; tapa las cubas y déjalas así durante tres días y tres noches. Entretanto, haz correr la voz por todo tu reino de que has descubierto una bebida más saludable que la mejor cerveza y más reconfortante que el agua, e invita a tus súbditos a que vengan a probar esta bebida maravillosa. Como es natural, los coranyid se infiltrarán entre los tuyos. Entonces, no tienes más que coger el agua en la que habrá estado sumergido el grano y rocíar con ella todas las cabezas y la curación está asegurada. Tu gente vivirá, pero los perversos coranyid morirán.

Las palabras de Lludd devolvieron la confianza a Mab Rígh. Su corazón se llenó de alegría al escuchar cómo se podría salvar a su pueblo. No obstante, las siguientes palabras de Lludd lo redujeron de nuevo a la desesperación.

-Curar la segunda plaga -prosiguió el monarca- resultará tan difícil como fácil de curar es la primera. Tengo la impresión de que el terrible grito que asola la tierra proviene de una serpiente maligna que repta fuera de su madriguera la vigilia de cada Beltane en busca de comida. Tal es su hambre que chilla con todas sus fuerzas, y éste es el grito que oís.

-¿Cómo podemos deshacernos de tal criatura? -inquirió Mab Rígh meneando la cabeza desolado.

-Lo que al hombre corriente le resulta imposible de destruir, es posible destruirlo con este grano maravilloso. Esto es lo que debes hacer: mide la longitud y anchura de la isla y divídela en cuatro partes para encontrar el centro exacto. Allí donde encuentres el centro, cava un pozo profundo y cúbrelo con una tela fuerte tejida con lana virgen. Luego, toma una tercera parte del grano y colócalo en una cuba y llena la cuba con la

sangre de nueve ovejas. Coloca el recipiente en el centro de la tela. Cuando la serpiente salga en busca de algo que devorar, olerá la sangre de las ovejas y se deslizará sobre la tela para llegar a la cuba. Su peso provocará que la tela se hunda en el pozo, y en ese momento debes sujetar rápidamente los extremos de dicha tela y atarlos bien todos juntos. Saca entonces la tela y arrójala al mar, con la serpiente y todo lo demás.

Mab Rígh no cabía en sí de contento. Dio palmadas y aclamó a grandes voces la sabiduría de Lludd. Pero las siguientes palabras del monarca lo sumieron en una desesperación tan terrible que parecía como si jamás hubiera conocido la felicidad en toda su vida.

-La tercera plaga es la más difícil de todas -declaró-. Y, si no fuera por el poder de este grano, no habría esperanzas para ti.

-¡Oh, infortunio! -exclamó Mab Rígh-. ¡Y más infortunio aún, ya lo temía yo desde el principio!

Lludd sujetó a su colega por los hombros y le dijo con severidad:

-¿Es que no has escuchado lo que he dicho? El grano que te entrego es la cura para cualquier mal que os pueda acontecer. Pero escucha con atención. La tercera plaga la ocasiona un gigante poderoso que se ha refugiado en tu reino. Este gigante es astuto como un hechicero, y, cuando preparáis un banquete, sus conjuros y hechizos hacen que todo el mundo se duerma. Mientras el reino duerme, llega el gigante y se lleva toda la comida. Así pues, debes montar guardia si quieres atrapar al gigante. Coloca una tina de agua fría cerca de ti; cada vez que sientas sueño, métete en el agua y reanímate. Pero esto no es más que el principio; hay más. -Y le contó qué otra cosa debía hacer para librar a la isla del perverso gigante.

Cuando hubo terminado, Mab Rígh se despidió de su camarada, tomó el saco de grano y navegó de regreso a su reino tan deprisa como sus velas y el mar podían conducirlo. Cuando llegó a su hogar, saltó a tierra y se encaminó directamente a su sala, donde preparó la libación tal y como se le había dicho, repartiendo el grano y el agua en recipientes limpios. Acto seguido llamó a su pueblo para que probaran la prodigiosa bebida, y, como era de esperar, los malvados coranyid se enteraron y corrieron a la asamblea dispuestos a hacer de las suyas.

En cuanto los vio a todos reunidos, Mab Rígh hundió un cuenco en el agua y arrojó su contenido sobre la desprevenida multitud. Los asistentes, empapados, intercambiaron miradas de sorpresa, y los coranyid aullaron de rabia. Sin hacer caso de la protesta, Mab Rígh volvió a llenar rápidamente el cuenco y lanzó el líquido sobre la gente. Sus súbditos se echaron a reír esta vez, pero los demonios chillaron y adoptaron su

auténtico aspecto grotesco. Suplicaron a Mab Rígh que abandonara su plan, pero el monarca hizo oídos sordos a sus exclamaciones y, tras llenar una vez más el cuenco, roció a la gente con el contenido.

Los infames coranyid se consumieron y murieron, por lo que el pueblo quedó libre. Y todo el mundo aclamó al rey y su sabiduría, y celebró los poderes del agua milagrosa. Sin perder un instante, Mab Rígh emprendió la medición de la isla a lo largo y a lo ancho; cuando lo hubo hecho, dividió la tierra en cuartos y de este modo averiguó dónde estaba el centro. Ordenó entonces que se cavara un profundo pozo en el centro; e hizo que se tejiera una tela enorme con el primer esquileo de todas las ovejas de la isla.

Una vez tejida, se transportó la tela de lana de oveja sin teñir hasta el lugar y la extendieron sobre el enorme pozo; luego se depositó una tercera parte del grano en una cuba junto con la sangre de nueve ovejas y colocaron el recipiente en el centro de la tela. Dio la casualidad que la noche siguiente era la víspera de Beltane, y la serpiente salió de su madriguera subterránea y rápidamente olió la sangre de las ovejas. El perverso animal, atraído por la cuba, se arrastró hasta la tela y se enroscó alrededor del recipiente, dispuesto a darse un festín. Pero, antes de que pudiera ni siquiera introducir la lengua en el interior, la tela se hundió en el pozo.

Mab Rígh, que había permanecido oculto no muy lejos del lugar, corrió hasta allí y sujetó los extremos de la tela antes de que cayeran, los ató y sujetó el nudo con cuerdas resistentes. Él y sus hombres sacaron el fardo del pozo y lo arrastraron hasta un promontorio elevado, mientras la serpiente no cesaba de chillar. Tras acarrear el pesado bulto hasta lo alto del acantilado lo lanzaron al mar. El animal no cesó de revolverse y de gritar mientras caía, pero de nada le sirvió, y de esta forma terminó el terrible grito y nunca más volvió a escucharse en el reino.

Y el pueblo, que se había reunido en la cima del acantilado, entonó un canto de liberación mientras la serpiente se perdía de vista. Luego, levantaron a Mab Rígh en hombros y lo llevaron de vuelta a su sala a celebrar la victoria.

Prepararon un banquete enorme y fabuloso, utilizando el resto del grano que convirtieron en masa y cocieron. La masa produjo pan suficiente para alimentar todo el reino durante treinta y tres días.

Se sirvió el festín, y todo el mundo se sentó a comer. Pero, antes de que el dedo más pequeño pudiera posarse sobre el más diminuto de los pedazos, los reunidos empezaron a sentir sueño. Entre enormes bostezos, todos apoyaron las cabezas sobre la mesa y se durmieron. Mab Rígh también se encontró bostezando y frotándose los ojos; sentía unas enormes ganas de

dormir, pero recordaba las palabras de su rey. En cuanto sus ojos empezaron a cerrarse y su cabeza a inclinarse sobre el pecho, se introdujo en el tonel de agua fría que tenía al lado. El contacto con el helado líquido lo despertó al instante.

Mientras se estremecía en el interior del tonel de agua, se escuchó el sonido de fuertes pisadas sobre las pisadas de la chimenea. Un segundo más tarde, una sombra sobrevoló la sala y un hombre gigantesco apareció ante la mesa del banquete. El inmenso ser iba vestido de cuero de la cabeza a los pies, y sostenía un enorme mazo de piedra; un gran escudo de roble sujeto con tiras de hierro colgaba a su espalda, y de su ancho cinturón pendía un hacha con la cabeza de hierro. Támbién llevaba un cesto hecho de mimbre que empezó a llenar de comida: pan y carne y víveres de todas clases caían al cesto de forma incesante. Mab Rígh observaba lleno de asombro, preguntándose cómo podía un recipiente contener tanto sin llenarse jamás.Por fin, el gigante acabó de limpiar la mesa hasta la última miga; sólo entonces se detuvo -y fue únicamente para comprobar si había pasado algo por alto- y, al ver que la mesa estaba limpia del todo, el inmenso hombretón se dio la vuelta y empezó a perderse en la oscuridad otra vez. Mab Rígh se lanzó tras él, salpicándolo todo al saltar fuera del agua.

-¡Deténte! ¡En nombre de aquel que nos gobierna a todos, ordeno que te detengas!

Esto era lo que Lludd le había dicho que dijera, y el gigante se detuvo, giró sobre sus talones y levantó el mazo de piedra.

-Si no eres más hábil con tus armas que protegiendo tu banquete -respondió el coloso en una voz capaz de hacer temblar las colinas de los alrededores-, no tardaré en añadir tu pellejo a mi barreño de mimbre.

Mab Rígh tenía la respuesta preparada.

-Aunque has cometido infinitos crímenes y transformado la alegría del hombre en lamentos de pena -dijo-, declaro que no darás un paso más.

El gigante se mofó de él, diciendo:

-¿No vas a defender tu banquete, hombrecillo? Te advierto que no se me convence fácilmente en contra de mi voluntad. -Y, alzando el mazo por encima de su cabeza, lo descargó con violento ímpetu.

Mab Rígh saltó con destreza a un lado, y el mazo cayó sin producir daño. El gigante dio media vuelta y empezó a alejarse. Dio un paso, y luego otro, y, al ir a dar el tercero, se tambaleó hacia atrás por el peso del cesto de

mimbre. Intentó dar otro paso al frente, pero el cesto se había vuelto de improviso tan pesado que no podía sostenerlo.

-¿Qué clase de pan es éste? -gimió-. ¿Se vuelve más pesado con cada paso que doy?

En ese instante, el cesto resbaló de sus manos y se hizo añicos contra el suelo. El coloso vio cómo las hogazas de pan y los pedazos de carne rodaban por el suelo y cayó a cuatro patas para recuperar su festín. Agarró un pan redondo con las manos y lo levantó; pero el pan era demasiado pesado para él y, no obstante su enorme fuerza, el sobrenatural peso pudo más y el gigante se desplomó bajo el pan como si se tratara de la muela de molino más pesada que jamás hubiera molido grano.

Dejando de lado su asombro, Mab Rígh avanzó hasta la hogaza más próxima, la cogió con una mano, la levantó y la sostuvo en alto sobre la cabeza del titán.

-Tengo otra hogaza para ti -anunció el señor de la isla-. Puesto que eres un gigante glotón, te la daré. Añade ésta a la que sujetas sobre el pecho.

El gigante, al ver el pan colocado sobre su cabeza, exclamó:

-Por favor, me rindo. No me hagáis más daño, pues, aunque no os deis cuenta, la hogaza que sujeto me ha debilitado casi hasta el punto de acabar con mi vida.

Mab Rígh, que temía una añagaza, replicó:

-¿Cómo puedo creerte a ti que has robado la vida de las bocas de mi gente?

El gigante lloró y gimoteó diciendo que la hogaza lo estaba aplastando.

-Señor, ya no puedo soportar más este peso -dijo- A menos que me liberéis, estoy muerto. Si es mi vida lo que deseáis, entonces la tenéis, señor, y mi palabra con ella. Liberadme y jamás molestaré a nadie que haya probado el pan con el que me habéis vencido.

Sin soltar el pan, Mab Rígh replicó:

-Tu vida es poco pago por el daño que has ocasionado a mi gente, pero por el bien de todos te liberaré. -Dicho esto levantó la hogaza de pan que había vencido al gigante-. Márchate -ordenó al coloso-. Nunca más volverás a quitarnos ni un bocado ni una migaja.

PENDRAGON IV

El gigante se levantó y se sacudió el cuerpo; luego, haciendo honor a la palabra dada, se despidió de Mab Rígh y se marchó hacia el este sin que jamás se lo volviera a ver por la isla. Y de este modo el reino quedó libre de las tres plagas, y sus habitantes pusieron fin a su largo suplicio. Tan grande como había sido su aflicción fue entonces su alegría, y se deleitaron en su liberación.

Durante treinta y tres días, los habitantes de la isla se regalaron con el pan que los había salvado, y por mucho que comieran siempre quedaba tres veces más cuando terminaban. ¡Es un banquete que jamás finalizará!

Aquí termina la canción de Mab Rígh y del Grano Salvador. Que la escuchen aquellos que quieran.

Nueve

Mientras las últimas notas se perdían en la noche como chispas centelleantes de la hoguera que ardía a mi espalda, levanté la mirada hacia la ladera. La gente estaba como embelesada, reacia a romper el hechizo que se había apoderado de ella. Habían probado -¡habían devorado!- la comida de la vida y se sentían poco dispuestos a abandonar la mesa.

Oh, pero no fue mi voz lo que arrastró aquellas almas hambrientas a alimentarse; fue la Luz Omnipotente, alzándose como el sol de la mañana entre ellos, instándolos a romper el largo ayuno.

Percibí un movimiento no muy lejos y descubrí a Arturo junto a mí, alto y fuerte, con el rostro iluminado por la dorada luz de las llamas, y un campo de estrellas detrás de él. Desenvainó a Caledvwlch y esgrimió la hoja desnuda como si quisiera expulsar toda disensión. Me hice a un lado y él ocupó mi puesto.

-¡Cymbrogi! -gritó, alzando la espada-, habéis escuchado la canción de un auténtico bardo, y si sois como yo vuestro corazón estalla con la belleza de cosas que no sabe nombrar. Y sin embargo... y, sin embargo, os digo que tiene un nombre. Realmente se trata del Reino del Verano.

El Supremo Monarca hablaba con sencillez, pero con el celo de quien sabe que su mayor esperanza se encuentra al alcance de la mano. Despedía vitalidad, y todo su rostro aparecía iluminado con un fuego sagrado. Era el Señor del Verano y había vislumbrado su reino, aún lejano, pero más próximo ahora que nunca.

PENDRAGON IV

-El Reino del Verano -repitió con voz casi reverencial-. Myrddin Emrys dice que este reino maravilloso está cerca. Lo tenemos al alcance de la mano, amigos míos, esperando que decidamos establecerlo. ¿Quién de entre vosotros retrocedería ante la gloriosa tarea? Si está en nuestra mano fundar el Reino del Verano, ¿cómo podemos hacernos a un lado? No sé si tendremos éxito o fracasaremos -continuó-. La tarea puede resultar más difícil de lo que ningún ser vivo supone. Puede que lo demos todo y aun así fracasemos, pero ¿quién nos perdonaría en el futuro si no lo intentamos? Así pues, comprometamos nuestro corazón y nuestras manos en algo que es digno... no, más que digno, de todos nuestros esfuerzos. ¿Quién me acompañará en este juramento?

Ante esto todo el ejército lanzó un rugido capaz de hacer temblar el cielo y la tierra. Mi canción los había imbuido del ansia por el Reino del Verano, y la visión de su Supremo Monarca audaz y radiante ante ellos les había facilitado una fugaz imagen del señor de aquel reino. Todos realizaron el juramento libremente y con todo su corazón.

Pero Arturo no había finalizado. Cuando los gritos se apagaron, contempló a Caledvwlch en su mano.

-Esta espada es poderosa; mi brazo es fuerte -les dijo-. Cymbrogi, sabéis que quiero a Inglaterra más que a mi vida. Si poseyera diez vidas las consideraría inútiles si no pudiera pasarlas en la Isla de los Poderosos.

Esto provocó la aprobación incondicional de los reunidos, que Arturo aceptó humildemente.

-Creedme cuando os digo que jamás haría nada que deshonrara esta tierra, y aún menos le ocasionaría ningún daño. Creedme también cuando digo que esta guerra ruinosa debe cesar. -Hizo una pausa y todos los ojos se concentraron en él-. Por lo tanto, iré a encontrarme con el Jabalí Negro en la llanura mañana y lucharé contra él. -El supremo Monarca, sin soltar la espada, alzó los brazos al cielo-. ¡Cymbrogi! -vociferó-. Os pido que me apoyéis en este día de prueba. ¡Apoyadme, hermanos míos! Mañana, cuando entre en la llanura, quiero vuestros corazones y rezos fundidos con los míos en el combate. Desechad toda duda, hermanos. Abandonad todo temor. ¡Rezad, amigos míos! Rezad conmigo al Señor que nos ha creado a todos para que me conceda la victoria... no únicamente por mí, sino también por el bien del Reino del Verano.

Calló, contemplando el silencioso mar de rostros.

-Marchaos ahora -continuó-, retiraos a vuestras plegarias y sueños. Levantémonos todos mañana con la energía que proviene de corazones y almas unidos en auténtica armonía.

PENDRAGON IV

De este modo nos fuimos a dormir. Y, cuando la noche se desvaneció por el este y el Supremo Monarca y su reina salieron de su descanso nocturno, Gwenhwyvar se mantuvo decidida junto a Arturo, el rostro impasible ante los avatares de aquel día.

Arturo desayunó y celebró consejo con sus jefes.

-Habéis dado vuestra palabra de apoyarme en todo -dijo, recordándoles sus votos de lealtad-. Alabo vuestra disposición a entrar en combate, pero ahora os pido vuestra buena voluntad para la paz. Hoy lucharé contra Amílcar y os pido vuestra tolerancia. Oídme bien: nadie debe ofrecer a los vándalos motivos para dudar de que me atendré de buena fe a los términos de la prueba. Si alguno de entre vosotros no puede aceptar esta vía, que se marche ahora, pues ya no es amigo de Arturo. Pero, si os quedáis, entonces tendréis que acatar mi voluntad en esto.

Muchos de entre ellos seguían sin confiar en las intenciones del bárbaro, y yo no podía culparlos por no estar seguros. Un hombre puede dudar, puede alimentar grandes recelos, y a pesar de ello mantener su palabra aunque su corazón no esté ya puesto en ella.

Esto, en mi opinión, es la mayor consumación del espíritu: mantenerse firme en la fe sólo mediante la fuerza de voluntad cuando el fuego de la certeza se ha enfriado. Pues, cuando el llameante viento del ardor sopla con fuerza, incluso el espíritu más débil es capaz de volar; pero, cuando el fuego se apaga y el viento no sopla, empieza la auténtica prueba para el espíritu. Aquellos que perseveran por encima de todo obtienen más fuerza y disfrutan de
mayor favor con el Señor.

Arturo no los engañó, sino que hizo saber a los nobles de Inglaterra qué era lo que exigía de ellos y lo que su apoyo les costaría. Hay que reconocer en su favor que los jefes se mantuvieron firmes; ninguno, a pesar de sus recelos, abandonó al Supremo Monarca ni murmuró en su contra.

Por consiguiente, en cuanto el sol empezó a abrirse paso en el horizonte, el Supremo Monarca se armó, se vistió con su cota de malla y su yelmo de guerra, y se echó al hombro su escudo ribeteado de hierro; con Corta Acero colgando de la cadera, introdujo una daga en su cinturón y seleccionó una lanza nueva. Cai y Bedwyr hicieron todo lo que pudieron para ayudarlo, inspeccionando sus armas, apretando correas y lazos, y ofreciendo consejo y ánimo. Cuando estuvo listo, montó en su caballo y cabalgó hasta el lugar acordado en la llanura para el encuentro, acompañado por todo el ejército de Inglaterra.

El lugar no estaba lejos, y, cuando nos detuvimos al poco rato, Arturo ordenó a sus jefes que ocuparan sus puestos, al tiempo que indicaba a

Rhys que permaneciera alerta a su señal, y a sus jefes guerreros que vigilaran y mantuvieran el orden entre sus hombres, sucediera lo que sucediera.

Se inclinó desde su silla hasta Gwenhwyvar, estoica y solemne a su lado, le pasó una mano por la nuca y acercó su rostro al de él.

-Has cabalgado junto a mí en la batalla -dijo él con suavidad-. Cada vez que empuñaba la espada podrían haberme matado. Lo cierto es que podrían haberme matado mil veces. El día de hoy no es diferente; ¿por qué tienes miedo, entonces?

-Una esposa siempre está dispuesta a compartir el destino de su esposo -respondió Gwenhwyvar, los ojos repentinamente llenos de lágrimas-. He combatido a tu lado, sí, arrostrando la muerte de buen grado junto a ti. Pero ahora no tengo parte en lo que piensas hacer, y eso me resulta más amargo que cualquier cosa que haya conocido.

-No me preocupo por mí -respondió Arturo-. Lo que hago hoy, lo hago por Inglaterra. En este combate, soy Inglaterra. Nadie puede ocupar mi lugar o compartir mi sino, ya que esta lucha pertenece sólo al rey.

Planteó la situación sucintamente. Si se había de conseguir la paz para toda Inglaterra, era él quien debía obtenerla ya que era él quien tenía a Inglaterra en su mano. De esta manera, debía ser Arturo o nadie más. El sacrificio sería suyo, o lo sería la gloria. Pero tanto si se trataba de sacrificio o gloria, era una acción soberana, y él el único que podía tomarla.

La noble Gwenhwyvar lo comprendió y, aunque no le gustaba, lo aceptó por él.

-Estoy de acuerdo. Solamente desearía poder creer que este bárbaro vaya a cumplir su palabra.

-Amor mío -dijo Arturo, tomando la mano de ella en la suya y apretándola con fuerza-. No estamos en las manos de Amílcar. La verdad es que estamos en las manos de Dios. Y, si el Supremo Monarca de los Cielos nos da su apoyo, ¿quién puede enfrentarse a nosotros?

Gwenhwyvar esbozó una débil sonrisa; luego alzó la cabeza e irguió los hombros, una vez más la reina guerrera. En todo lo que siguió se mantuvo siempre firme. Aunque muchos hombres valientes se acobardaron, Gwenhwyvar no dejó escapar la menor palabra de_duda o temor. Fueran cuales fueran las dudas que albergara sobre la cuestión, jamás dijo una palabra a nadie. Ni tampoco mostró indicación alguna-ni en su estado de ánimo ni en su comportamiento- de que desconfiara de la empresa.

PENDRAGON IV

Cuando por fin comprendió que no había forma de disuadir a Arturo, Gwenhwyvar ocupó su puesto junto a él tan decidida y leal como cualquiera de sus jefes guerreros. Y, si Arturo lo hubiera deseado, habría ocupado el lugar del monarca en la llanura sin un murmullo... tal era su nobleza.

Arturo besó a su esposa; acto seguido desmontó e, irguiendo los hombros, avanzó solo hacia el campo de batalla. Los ingleses permanecieron formados en filas detrás de sus jefes, y todos tenían ardientes rezos en los labios.

-¡Luz Omnipotente, guarda a nuestro rey! ¡Rodea a Arturo de ángeles guardianes! ¡Protégelo con tu Veloz Mano Firme!

Desde el otro extremo de la planicie, el ejército vándalo empezó a avanzar sin mostrar señal de ir a detenerse hasta quedar lo bastante cerca para que contemplásemos sus negros ojos centelleando bajo la despiadada luz. Lucían expresiones serias, que no dejaban traslucir nada. Siguieron acercándose, más y más cerca, y creí que aún caerían sobre nosotros mientras los observábamos. Pero, cuando sólo una distancia de dos tiros de lanza separaba a ambos ejércitos, los vándalos se detuvieron. Amílcar, acompañado de dos jefes y de Hergest, se adelantó.

Al ver que Amílcar se presentaba con porteadores, indiqué a Cai y a Bedwyr que vinieran conmigo, y corrimos a reunirnos con Arturo en la explanada. Éste nos dirigió una rápida mirada por encima del hombro cuando nos acercamos a toda velocidad.

-Puede que sea cierto que debes luchar contra Amílcar solo -le dije-, pero no tienes por qué confiár ciegamente en el sentido del honor de este bárbaro. Cay, Bedwyr y yo te acompañaremos y nos ocuparemos de que el Jabalí Negro mantenga su palabra.

Arturo echó una ojeada a las resueltas expresiones de los rostros de sus amigos.

-Muy bien, que así sea. Iremos juntos.

Los tres acompañamos a Arturo a encontrarse con el Jabalí Negro y decidí hacer todo lo que estuviera en mi mano para asegurar la limpieza de la prueba. Nos reunimos con el jefe vándalo en el centro de la planicie y nos detuvimos a unos pocos pasos de distancia.

El Jabalí Negro era aún más grande y fornido de lo que recordaba. Desprovisto de sus ropas para poder combatir mejor, presentaba un aspecto feroz y terriblemente salvaje: rostro y extremidades embadurnados con manteca de cerdo, ennegrecida con hollín. Desnudo

hasta la cintura, su torso era una masa de cicatrices de viejas heridas, mientras que por debajo de su taparrabos de cuero sobresalían unos potentes muslos. Iba descalzo, y empuñaba el pesado escudo, la corta espada de hoja ancha y la lanza de grueso mango que eran las armas preferidas por los de su raza. Alrededor del poderoso cuello llevaba una cinta triple ensartada de dientes y huesos de nudillos humanos. También le habían engrasado los cabellos, que colgaban de su cabeza en gruesas y pesadas ristras.

No podía negarse que había algo del jabalí salvaje en su aspecto. Permanecía tranquilo, contemplando a Arturo con ligero desdén, sin un ápice de temor en sus insondables ojos negros. El bárbaro parecía ansioso por enfrentarse por fin a su adversario cara a cara. En conjunto, daba la impresión de ser un guerrero sumamente seguro de sí mismo y de su habilidad.

El caudillo vándalo gruñó un torrente de palabras en su lengua gutural, que el sacerdote prisionero nos transmitió de modo inteligible.

-Amílcar dice que está muy contento de que Arturo no haya huido de este combate. Quiere que sepáis que considera un supremo honor matar al rey inglés. La cabeza de tan gran monarca le proporcionará gran renombre.

-Di a Twrch -respondió Arturo con una carcajada- que a lo mejor no le resulta tan fácil como cree separarme de mí cabeza. Muchos lo han intentado pero todos han fracasado.

Hergest repitió con mucho gusto las palabras de Arturo a Amílcar, quien dio una rápida respuesta al tiempo que levantaba su collar y hacía tintinear los huesos.

-Twrch Trwyth dice que lo mismo sucede con él. No obstante, se sentirá muy feliz de añadir los dientes y huesos de los dedos de los pies de un rey inglés a su uniforme de batalla.

Amílcar volvió a hablar, y Hergest repitió:

-Twrch está listo. Ya se ha hablado suficiente; es hora de luchar.

-Aún no -intervine, alzando la mano-. Antes de que se inicie el combate, quisiera escuchar los votos de los combatientes.

-¿Qué votos son ésos? -inquirió Amílcar a través de su erudito esclavo.

-Que se acatará la triple ley.

Hergest transmitió la respuesta, y el jefe vándalo preguntó:

-¿Cuál es esta ley?

-La ley dice así: ningún hombre de ninguno de los dos campamentos intervendrá ni impedirá la contienda; se concederá la solicitud de clemencia; el combate seguirá adelante mientras se tengan fuerzas para alzar las armas.

Amílcar me contempló enfurecido mientras Hergest le traducía mis palabras, y devolvió una respuesta burlona.

-Twrch dice que vuestras leyes son como el balido de ovejas en sus oídos. No quiere saber nada de ellas.

-En ese caso el combate no se celebrará -respondí con firmeza; Cai y Bedwyr se pusieron en guardia, las manos sobre las empuñaduras de sus espadas, dispuestos a todo-. Pues, a menos que acepte cumplir esta ley -continué-, la guerra seguirá adelante y los señores de Inglaterra os perseguirán de un extremo a otro de esta isla. Se os acorralará y pulverizará.

Amílcar escuchó aquello con una mueca de desprecio y luego escupió su respuesta.

-De acuerdo -me dijo Hergest-. Amílcar hace el juramento.

Me volví hacia Arturo.

-De acuerdo -contestó éste, con una violenta sacudida de su barbilla-. Me atendré a ella.

-¡Qué así sea! -Me aparté de los dos combatientes-. ¡Que se inicie el combate!

Diez

Caí y Bedwyr, con expresión severa y decidida, ocuparon sus puestos junto a mí.

-Mantén las manos sobre tu espada, hermano, y vigila cada uno de sus movimientos -siseó Bedwyr a Cai-. Amílcar es un mentiroso y no se puede confiar en él.

PENDRAGON IV

Twrch Trwyth, con una sonrisa salvaje, alzó la gruesa lanza y, tras apoyar la corta hoja contra su pecho desnudo, deslizó la bien afilada arma sobre su carne. Un hilillo de sangre brotó de la superficial herida y resbaló por el torso cubierto de negra grasa.

Yo ya había visto esto antes. Los bárbaros creen que el primero que hace correr la sangre asegura la victoria porque, de ese modo, el espíritu del arma despierta. Mientras el vándalo permanecía así ocupado, Arturo desenvainó Caledvwlch e hincó una rodilla en tierra. Tras sujetar la hoja con ambas manos, alzó la empuñadura ante él para formar el signo de la cruz, tras lo cual ofreció una plegaria a nuestro Redentor.

Amílcar lo contempló con suma atención. Mientras el Supremo Monarca se arrodillaba para rezar, el rey bárbaro avanzó hasta colocarse frente a él y lo observó con una expresión de profundo aborrecimiento. Aspiró con fuerza y escupió en el rostro alzado de Arturo.

-¡Ese animal! -gruñó Cal- Lo voy a...

-Tranquilo -advirtió Bedwyr, posando una mano sobre el brazo de Cai que sujetaba la espada.

Arturo abrió los ojos y contempló a Amílcar con glacial indiferencia. No movió ni un solo músculo. Volvió a cerrar los ojos, terminó su oración y luego se alzó despacio. Nariz contra nariz, ni un palmo de distancia entre ellos, iniciaron la lucha. Casi podía sentir el ardor de su cólera.

-Di a Twrch Trwyth que le perdono el insulto -dijo Arturo al sacerdote en voz baja-. Y que, cuando esté muerto, rezaré a Jesucristo para que perdone el insulto a Nuestro Señor y tenga piedad de su alma.

Hergest repitió las palabras de Arturo, después de lo cual el bárbaro se volvió y golpeó al sacerdote esclavo con el dorso de la mano. La cabeza del monje cayó hacia atrás, y la señal blanca de una mano apareció en su mejilla.

-El bárbaro lamentará eso amargamente -masculló Cai a mi lado.

Mientras Amílcar se colocaba en posición a unos pasos de distancia, Arturo hizo un gesto a su espalda. Rhys, alerta a la señal, hizo sonar el cuerno con un potente toque, que sobresaltó a la hueste vándala. Twrch lanzó una rápida mirada a las filas inglesas.

Aprovechando el momento, Arturo se lanzó al ataque.

-¡Muere, Twrch Trwyth!

PENDRAGON IV

Bedwyr, Cai y yo retrocedimos unos pasos; Mercia, Hergest y los otros jefes bárbaros también se retiraron a una posición situada al otro extremo, lo que situó a los combatientes entre nosotros. Arturo y Amílcar empezaron a dar vueltas en círculo observándose mutuamente con desconfianza. Es lo que hacen aquellos que desean averiguar de qué es capaz el otro. Los dos utilizaban la lanza, sujetando el arma por el centro del asta. Amílcar tanteaba con su lanza, balanceándose continuamente adelante y atrás en busca de una oportunidad, un lapso momentáneo que poder aprovechar. Arturo, en cambio, mantenía su arma inmóvil, lista para el lanzamiento o la arremetida.

Los observé girar uno alrededor del otro y sopesé a ambos mentalmente: los dos eran de una altura parecida. Arturo era más ancho de espaldas, pero Amílcar era más fornido. Lo que el monarca tenía de seguridad y estabilidad, el otro lo compensaba con su agilidad. Arturo, con su poderosa osamenta, fuerte y robusto, poseía una fuerza nacida de las salvajes montañas del norte; el caudillo vándalo, por su parte, tenía la considerable estatura y resistencia de los de su raza. Ambos hombres, decidí, eran aproximadamente iguales en fuerza y aguante, aunque el bárbaro, acostumbrado a combatir a pie, podría quizá tener una cierta ventaja sobre Arturo, que combatía siempre a caballo.

Pero un guerrero no se demuestra sólo en la fuerza con que empuña el arma. Si la fuerza bruta fuera todo lo que importara, una reina guerrera como Boadicea o Gwenhwyvar jamás habría tenido la menor oportunidad. Las mujeres no poseen la fuerza del hombre en hombros y brazos; pero son mucho más listas y astutas. Como luchadoras sus cerebros son más agudos, más rápidos y más hábiles; en la batalla, la astucia derrota fácilmente al brazo más fuerte. Realmente, el cerebro de un guerrero es lo principal entre sus atributos; el corazón ocupan el segundo puesto.

Y, en esto, Arturo no tenía rival. Aunque no poseyera como Llenlleawg el curioso don del awen de la batalla, disfrutaba de una clara ventaja: era intrépido. Nada lo intimidaba. Tanto si se enfrentaba a una sola lanza como a un millar, era lo mismo para él. Luchara Amílcar solo o con toda la hueste vándala a su lado, no creo que eso hubiera desanimado en absoluto al Oso de Inglaterra. Quizá no habría sobrevivido al enfrentamiento, pero el miedo no habría tenido parte en su muerte.

Cuando los hombres piensan en Arturo, lo imaginan como una criatura de potente musculatura que se lleva todo por delante merced a la fuerza bruta, y lo cierto es que jamás hubo guerrero más valiente o astuto que empuñara la lanza o llevara espada al cinto. Era fuerte, desde luego, pero también era inteligente: un auténtico druida de la batalla.

De esta manera el Jabalí Negro de los vándalos y el Oso de Inglaterra describían círculos uno alrededor del otro, la mirada penetrante, las

manos listas para aprovechar el menor desliz. Ocurrió casi de improviso. Mientras giraba, paso a paso y con sumo cuidado, Amílcar dio un traspié..., un pequeño resbalón en el accidentado terreno, pero Arturo lo aprovechó al instante. Se lanzó al frente, y la lanza se clavó bajo el borde interior del escudo de su oponente.

Todos vieron el tropezón y se asombraron ante la rapidez de Arturo en utilizarlo. Pero Amílcar giró rápidamente a un lado para evitar el ataque, al tiempo que alzaba la lanza ante él. Las aclamaciones de los ingleses se apagaron antes de poder ser expresadas, pues si Arturo hubiera seguido adelante para hundir con más fuerza el arma -como a menudo hacen los guerreros- lo habrían degollado.

Amílcar se recuperó con tal aplomo, que me pregunté si el tropezón no habría sido una estratagema; una maniobra sutil diseñada para coger desprevenido a un oponente codicioso. Por muy efectivo que hubiera sido en el pasado, Arturo no estaba demasiado ansioso por obtener una victoria inmediata; ya tenía suficiente por el momento con dejar que su lanza tanteara un poco sin comprometerse a la primera oportunidad que surgiera.

El blanco sol resplandecía sobre las afiladas hojas, y en los ojos entrecerrados de los luchadores. Poco a poco, muy despacio, moviéndose de lado, los dos guerreros siguieron girando en busca de la oportunidad para atacar. Arturo parecía dispuesto a dejar que tal ejercicio continuara indefinidamente; no quería precipitarse y cometer una equivocación. Tampoco el Jabalí Negro parecía ansioso por conceder a su oponente otra oportunidad, falsa o no.

Así que permanecimos bajo el ardiente sol -el ejército bárbaro, silencioso y dispuesto en filas frente a la poderosa caballería enemiga situada a poco más de un tiro de lanza-, todos los ojos fijos en la espantosa danza que se desarrollaba ante nosotros, paso a paso. Giraban incesantemente, sin ni un traspié. Daban una vuelta, y otra vuelta, vigilantes, sin apenas parpadear, dibujando un gran círculo en el suelo con los pies. El primero en perder la paciencia atacaría, y el otro estaría esperando. Pero ninguno de los dos perdía el control; ninguno perdía la concentración.

Pero alguien sí perdió la paciencia, y del otro extremo del campo de batalla, de las filas vándalas, surgió un grito, que no pude saber si se trataba de ánimo para Amílcar o de desprecio hacia nuestro rey. El grito rompió violentamente el silencio, y la cabeza del bárbaro giró hacia el sonido. Arturo vio que su adversario desviaba la mirada y atacó al punto, la lanza horizontal y la hoja dispuesta para hundirse.

La luz del sol centelleó sobre el acero; parpadeé. Cuando volví a mirar, el escudo de Amílcar había apartado a un lado el arma de Arturo al tiempo

que blandía su propia lanza al frente. Sucedió tan rápido que pensé que la punta se habría clavado en las costillas de Arturo. Éste intentó golpear con su escudo el rostro de Amílcar, para obligarlo a dar un paso atrás. Busqué sangre, pero no vi ningún rastro de ella; la cota de mallas había evitado al Supremo Monarca una terrible herida.

El Jabalí Negro se permitió una perversa sonrisa maliciosa, lo que me dio a entender que el grito y su aparente lapso había sido otra estratagema. Evidentemente, era un hombre taimado y se había tomado la molestia de armarse con varios de tales engaños. Arturo había evitado el primero, y escapado por los pelos del segundo; me pregunté qué intentaría ahora Amílcar... y si Arturo lo advertiría a tiempo de salvar la vida.

Volvió a iniciarse el cauteloso girar de los combatientes, y pareció como si fuera a continuar durante bastante tiempo; lo cierto es que había adoptado un ritmo regular incluso monótono, cuando Arturo tropezó de improviso. Cayó sobre una rodilla y la lanza chocó plana contra el suelo.

Amílcar saltó sobre él. La gruesa lanza negra se precipitó hacia adelante. Arturo se estiró al frente, agarró el arma que se abalanzaba contra él con la mano libre, y tiró de ella hacia él. El otro, perdido el equilibrio por el inesperado tirón en el extremo de su jabalina, cayó al frente con un gruñido de sorpresa.

Arturo se levantó de un salto y recuperó su lanza en un mismo movimiento veloz. Amílcar, recobrado el equilibrio, se apartó describiendo un giro a la vez que colocaba el escudo ante él a modo de protección. Pero la punta del arma de Arturo había rozado su cadera y un hilillo de sangre corría ahora por el reluciente costado del Jabalí Negro. Los cymbrogi lanzaron un tremendo grito para indicar su aprobación ante la osada maniobra.

El monarca inglés había hecho correr sangre, y -puede que más importante aún- había transmitido al caudillo bárbaro la advertencia de que el Oso de Inglaterra también tenía sus propios turcos. Yo jamás había visto que Arturo realizara aquella caída fingida y supuse que la acababa de improvisar como represalia para compensar los ardides de su adversario. A la hueste enemiga no le gustó la estratagema y aullaron su desaprobación desde el otro extremo de la explanada.

El implacable sol siguió elevándose en el cielo, y el combate se convirtió en una cautelosa prueba de energía y fuerza de voluntad. De vez en cuando uno de los contendientes aventuraba un ataque, que era rápidamente devuelto; pero ninguno de ellos era tan irreflexivo o inexperto como para permitir verse arrastrado a un impulsivo intercambio de golpes.

Siguieron girando, sin que ninguno de ellos mostrara un punto flaco, ni encontrara uno en su oponente. Describieron círculos, y el ardiente sol llegó a su cénit, permaneció un tiempo allí y empezó su largo y lento descenso hacia el horizonte occidental. Los hombres de Arturo se protegieron los ojos del sol con las manos y siguieron contemplando el combate, con los sentidos embotados por la luz y el calor. Y así, sin interrupción, siguió el interminable girar, y el día se fue apagando.

Finalmente, la luz empezó a escasear antes de que ninguno de los dos hombres diera paso a la fatiga o al error. Decidí detener la lucha cuando el sol se puso y las sombras empezaron a invadir el campo de batalla. Hice una señal a Hergest para indicar mi deseo de conferenciar, y éste condujo a Mercia hasta mí.

-No tardará en ser de noche -dije-. Podemos dejar que esto siga toda la noche, o podemos acordar detenerlo ahora y volver a encontrarnos mañana.

El sacerdote transmitió mis palabras a Mercia, que vaciló, contemplando el combate dubitativo. Percibí en él reluctancia a interferir, de modo que añadí:

-No hará daño a ninguno de los dos descansar durante la noche y empezar otra vez mañana al mediodía.

-Así se hará -respondió el bárbaro a través del sacerdote, y los dos se acercaron a los combatientes, gritándoles que depusieran las armas y se retiraran hasta el día siguiente, cosa que ambos hicieron aunque no sin cierta mala gana.

De este modo el día finalizó sin victoria.

Once

Los cymbrogi se alegraron de poder saludar el regreso de su rey sano y salvo, pero se sintieron decepcionados de que el combate hubiera dejado la cuestión sin decidir. Por su parte, Arturo estaba agotado, como es natural, hambriento y desesperadamente sediento. No deseaba otra cosa que un poco de tranquilidad para recuperarse. Sin embargo, los cymbrogi que aquel día habían padecido una interminable e implacable incertidumbre, precisaban ahora una confirmación de que su rey seguía fuerte y en forma para la lucha. Y Arturo se hizo cargo de sus necesidades.

-Diles que les hablaré cuando haya terminado de comer -me indicó cuando entramos en su tienda. Se quitó el yelmo con un suspiro, y se dejó caer pesadamente en su sillón de campaña-. iRhys! ¿Dónde está esa copa?

-Diles que lo dejen en paz -ordenó Gwenhwyvar malhumorada. Se arrodilló junto a su esposo y empezó a desatar los cordones de cuero de su cota de mallas-. Ya ha soportado demasiadas cosas por un día.

-Dejádmelo a mí -repliqué- Descansad todo lo que podáis.

Abandoné la tienda y tomé la palabra para dirigirme a los que se habían reunido allí.

-Vuestro señor se encuentra bien, pero está cansado y hambriento. Dejad que recupere fuerzas y celebrará consejo cuando haya comido y descansado. -Alcé las manos hacia ellos-. Marchaos ahora; regresad a vuestros deberes y dejad descansar a vuestro rey.

-¿Hay algo que podamos hacer? -preguntó Bedwyr, acercándose-. Nombradlo y se hará.

-Ocúpate de que nadie lo moleste -respondí-. Eso será para él una bendición tan grande como la comida y la bebida.

-Hecho -repuso Bedwyr, contemplando la muchedumbre. Al cabo de un rato, tras reclutar a Cador, Fergus y Llenlleawg, empezó a hacer circular a los guerreros hacia sus diferentes campamentos, recordándoles que la vigilancia seguía siendo necesaria pues los vándalos seguían cerca.

Llamé a Rhys a mi presencia y le encargué la tarea de traer comida y bebida.

-Ya me he ocupado de ello -contestó, ligeramente molesto de que se me hubiera ocurrido ordenarle algo tan evidente-. La comida estará lista enseguida y la traeré, lord Emyrs, no temáis.

Arturo pasó una noche tranquila. Comió bien y durmió profundamente, por lo que a la mañana siguiente se levantó con renovadas energías y ánimos... no menos ansioso de continuar la lucha que el día anterior. Saludó a sus nobles y guerreros con buen humor, y pasó la mañana ocupándose de sus armas y escogiendo una lanza nueva de entre las muchas que le ofrecían ansiosos cymbrogi. Justo antes del mediodía, desayunó pan duro y agua; luego, tras colocarse la cota de mallas y el yelmo, tomó sus armas y se encaminó de nuevo al combate.

Al igual que el día anterior, se encontraron en la llanura, los dos ejércitos dispuestos en largas filas detrás de cada contendiente. El Jabalí Negro

ocupó su puesto flanqueado por sus caudillos, con expresión de satisfecha impasividad. A decir verdad, cuando contemplé la fría expresión de sus ojos me dio la impresión de que Amílcar parecía aún más seguro de sí mismo que antes. Tal vez el anterior encuentro había dado respuesta a cualquier ansiedad que pudiera haber sentido sobre su enfrentamiento con Arturo. O, lo que era más probable, se había armado con nuevos trucos y argucias que esperaba inclinarían la lucha a su favor.

Arturo no quiso permitir que Amílcar fuera el primero en hablar.

-¡Salve, Twrch Trwyth! -exclamó desde el lugar en que se encontraba-. Pareces más ansioso por morir. ¡Ven, pues, y complaceré tus deseos!

El caudillo bárbaro recibió la burla de Arturo a través de la traducción de Hergest. Por toda respuesta, escupió.

-Como siempre, tu ingenio resulta encantador -respondió Arturo con aspereza.

El combate se inició igual que el día anterior: con ambos contendientes girando el uno alrededor del otro, en busca de una oportunidad para asestar el primer golpe, quizá decisivo. Ocupé mi lugar con Cal y Bedwyr a mi lado, y los jefes vándalos ocuparon el suyo: nos encontrábamos unos enfrente de los otros, observando los esfuerzos de nuestros respectivos campeones.

Como se esperaba, el Jabalí Negro se había equipado con más artimañas. Tales artimañas habrían engañado a un guerrero menos cauto y experimentado, pero Arturo se desembarazó de ellas sin problemas. Así pues el día transcurrió entre el sonido de las lanzas al chocar contra los escudos. Ambos guerreros se esforzaron al máximo, golpeándose mutuamente, cada uno intentando vencer la resistencia del oponente, pero sin que ninguno obtuviera una ventaja decisiva. El día fue transcurriendo ante mis ojos, junto con una creciente sensación de frustración e impotencia.

En un momento dado, durante el calor del día, Hergest se aproximó para ofrecer a los guerreros un trago de agua. Lo contemplé allí de pie entre ambos combatientes y volví en mí con un sobresalto; me había dejado llevar por la ensoñación, sin prestar atención a la lucha que se desarrollaba delante de mí. Pero entonces vi al sacerdote sosteniendo una jarra de agua, ofreciendo una bebida reconfortante a los dos luchadores, y las palabras regresaron a mi mente: «Debes regresar por donde viniste».

Ya he hecho eso, pensé. ¿Qué más puedo hacer?

Pero las palabras se transformaron en una voz -la mía, pero que sin embargo no era la mía- y la voz se tornó insistente; persistió severa, acusadora, ahogando todo otro pensamiento hasta que no pude oír otra cosa. «¡Regresa! ¡Regresa por donde viniste! ¡Si quieres triunfar, debes regresar por donde viniste!»

Me quedé inmóvil guiñando los ojos al sol, observando cómo Arturo se apoyaba en su lanza y bebía. Al terminar, alzó el cuenco y vertió agua sobre su cabeza; y yo contemplé al Supremo Monarca de Inglaterra, con la cabeza echada hacia atrás y la fuerte luz solar azotando su sudoroso rostro, sosteniendo el cuenco sobre él mientras el agua le corría por el cuerpo.

Fue una visión tan antigua como Inglaterra: un guerrero agotado refrescándose antes de regresar a la batalla.

La voz de mi cabeza dejó de repetir su insistente estribillo, como silenciada por la visión. Pero no estuvo callada mucho tiempo. Pues, mientras yo contemplaba la imagen de Arturo rociándose con agua, otra voz hizo su aparición: «En este día yo soy Inglaterra».

Eran las palabras de Arturo, las palabras del rey a su reina, dichas para recordarle su rango y su responsabilidad. Palabras verídicas, cierto; pero, en tanto el agua fresca le bañaba el rostro, escuché en ellas el eco de una verdad largo tiempo olvidada..., olvidada durante demasiado tiempo, o pasada por alto en nuestra impetuosa ofensiva en pos de la victoria.

-¡Luz Omnipotente, perdóname! Soy un hombre estúpido e ignorante. Matadme, señor; sería un acto de misericordia.

La lucha se reanudó y continuó hasta que el pálido crepúsculo descendió sobre el terreno. Había transcurrido todo el día y ningún guerrero había conseguido obtener ventaja sobre el otro. Al igual que el día anterior, hice una señal a Mercia y nos aproximamos a los combatientes con la oferta de interrumpir el combate y reanudarlo al día siguiente. Los dos, agotados en extremo, aceptaron de inmediato y se separaron bajando las armas.

Me volví para indicar a Cai y Bedwyr que se acercaran a ayudar a Arturo, y los jefes guerreros de Amílcar avanzaron hacia su rey. Mientras yo tenía la cabeza girada, la lanza del Jabalí Negro salió disparada como un rayo, pero vislumbré el movimiento de su brazo y grité:

-¡Arturo!

La punta de la lanza lo alcanzó en la parte superior del hombro y la fuerza del golpe lo hizo caer hacia adelante, y el escudo se estrelló contra el

suelo. La jabalina rebotó y cayó a tierra. Cai dio un salto al frente, agarró el escudo y se colocó entre Arturo y Amílcar.

Mercia, gritando como un poseso, se precipitó al frente, y tras agarrar a Amílcar lo apartó de allí antes de que pudiera volver a atacar. Bedwyr y yo, ya junto a Arturo, nos inclinamos para examinar la herida.

-No es nada -dijo Arturo, apretando los dientes-. Ayudadme a incorporarme. No es nada. Vamos, no dejéis que los cymbrogi me vean así.

-Sí, sí, en un momento -repliqué-. Quiero ver la herida. -Estiré una mano hacia ella, pero él se apartó.

-¡Myrddin! ¡Ayúdame a ponerme en pie! ¡No quiero que me vean aquí caído!

Bedwyr, pálido por el sobresalto y la rabia, sujetó a Arturo por el brazo sano y lo ayudó a incorporarse.

-Tranquilo, hermano -repuso Arturo con voz tranquila y pausada-. No es nada. No quiero que pienses que me ha tomado ventaja con esto. Que crea que sólo caí por el impacto de la lanza.

Dirigí la mirada hacia los cymbrogi que aguardaban. Todos los ojos estaban puestos en su rey; muchos de ellos habían desenvainado las armas y estaban listos para atacar.

Gwenhwyvar venía corriendo a nuestro encuentro, su expresión una mezcla de preocupación y furia. Arturo levantó una mano para detenerla y le indicó con un gesto

que retrocediera.

-Cai, Bedwyr..., no miréis atrás -ordenó-. Seguid andando.

-Ojalá su alma bárbara arda eternamente en el infierno -masculló Ca¡-. Toma mi brazo Oso; marchémonos de aquí.

Abandonamos el terreno con exagerada dignidad. Gwenhwyvar, Llenlleawg y Cador trajeron los caballos y ayudaron a Arturo a montar.

-¡Cymbrogi! -gritó en voz alta-. No temáis por mí. Estoy agotado por la pelea y el lanzazo de Twrch me cogió desprevenido. Mi buena cota de mallas me ha sido de utilidad, no obstante, y estoy ileso.

Al decir esto, alzó la mano hacia ellos, mostrando que su brazo no estaba herido, tiró de las riendas y cabalgó de regreso al campamento con

PENDRAGON IV

Gwenhwyvar a su lado. Cai, Bedwyr y yo los seguimos, mientras el ejército inglés vigilaba a los bárbaros y aguardaba a que se hubieran ido.
Era tal y como Arturo había dicho: su cota de mallas le había hecho un buen servicio y la herida no era grave.

-¿Bien? -preguntó, una vez que la hube examinado adecuadamente.

-No es, como tú dices, nada -respondí-. Fue un buen tiro de lanza, aunque con mala puntería. La hoja te atravesó la camisa y tienes un feo corte.

-Pero podría haber sido peor -añadió Gwenhwyvar-. Mucho peor.

-Aun así, no me gusta su aspecto -dije a ambos sin ambages-. Creo que lo mejor es dejar que la herida sangre todo lo que quiera, y luego limpiarla con agua caliente. Poned un poco de sal en el agua para que ayude a desinfectar la herida, y luego vendadla -indiqué a Gwenhwyvar-. Mantened el hombro caliente durante toda la noche y volveré a examinarlo por la mañana.

Ambos captaron lo que se ocultaba tras mis instrucciones.

-¿Por qué, Myrddin? ¿No estarás aquí?

-No; hay algo que debo hacer -repuse-. Gwenhwyvar, ocupaos de esto -añadí-. Regresaré antes del amanecer.

Gwenhwyvar elevó los ojos al techo con exasperación, pero no hizo más preguntas.

-Id pues -dijo, y dedicó su atención a su esposo.

Dejé a Arturo bajo la capaz atención de la reina y abandoné la tienda. Mi mente estaba ya puesta en todo lo que debía hacer antes del amanecer. Cai y Bedwyr, con aspecto preocupado, aguardaban justo afuera.

-La herida no es grave -los tranquilicé-. Quiero que ayudéis a Gwenhwyvar y que protejáis el descanso del rey. Yo me voy, pero regresaré antes del alba... Gwalchavad me acompañará, y también Llenlleawg.

Percibí las preguntas que empezaban a formarse en sus labios, y las rechacé, diciendo:

-No os inquietéis. Confiad en mí.

-¿Y qué diremos a los nobles cuando pregunten por el rey? -me gritó Bedwyr mientras me alejaba.

-¡Decidles que respeten su descanso y todo saldrá bien aún! -Me di la vuelta y me marché a toda prisa-. ¡Cador! ¡Fergus! -llamé, dirigiéndome a los guerreros reunidos alrededor de la tienda. Se acercaron inmediatamente a mí y les pedí que reunieran las herramientas que precisaba para mi tarea nocturna. Ambos se alejaron rápidamente y ordenaron a otros guerreros que los ayudaran-. ¡Gwalchavad! -llamé entretanto-. ¡Llenlleawg, venid aquí!

Aparecieron junto a mí casi al instante.

-Preparad vuestros caballos y coged algo de comer si tenéis hambre. Abandonamos el campamento y no regresaremos antes del amanecer.

-¿Adónde vamos? -inquirió Gwalchavad.

-De vuelta por donde vinimos; de regreso al principio -le contesté.

Pensó que bromeaba.

-¿Tan lejos? -replicó con una sonrisa-. ¿Y sólo en una noche?

-Si Dios quiere -respondí-, puede que no esté tan lejos como pensamos.

Doce

El cielo estaba casi negro cuando abandonamos el campamento. No fuimos muy lejos -unas colinas más allá- pero sí bien fuera de la vista de espectadores curiosos. Detuve a mi pequeño grupo junto al lecho seco de un río y, mientras Gwalchavad ataba los caballos, Llenlleawg me ayudó a descargar la carreta que Cador había conseguido.

-¿Por qué habéis traído todo esto? -quiso saber Llenlleawg, tomando un martillo-. Palas, picos, barrenas, sierras... ¿Por qué necesitáis todas estas herramientas?

-Ya lo verás -repuse-. Gwalchavad, date prisa.

PENDRAGON IV

Escuchad -proseguí, cuando se reunió con nosotros-, no hay mucho tiempo. Antes de mañana al amanecer debemos llevar a cabo dos tareas: debemos fabricar una cierta cantidad de cal...

-Eso no es difícil -aseguró Gwalchavad-. Hay piedra caliza en abundancia a lo largo de la orilla, y madera seca para hacer un fuego.

-Sí -asentí-, ya esperaba que alguno de vosotros se diera cuenta. Ésa será tu tarea.

-¿Y la otra? -inquirió Llenlleawg.

-Vamos a construir un carro.

-¡Un carro! -exclamó el irlandés con suavidad- ¿En una noche?

-En una noche, sí.

Gwalchavad se echó a reír, pero Llenlleawg se limitó a asentir pensativo... como si fuera la más corriente de las tareas, construir un carro a medianoche.

-Cuando dijisteis que volvíamos al principio, no me di cuenta de que iríamos tan lejos -comentó-. De todos modos, podéis confiar en mí, Myrddin Emrys. Os ayudaré todo lo que pueda.

-Es por eso que te escogí -expliqué-. Y por otro motivo: vosotros dos sois únicos entre los cymbrogi, y esta noche necesito vuestros excepcionales atributos.

Se miraron con curiosidad, intentando decidir qué veía en ellos que los diferenciaba de los otros.

-No lo descubriréis en vuestros rostros -dije-. La diferencia es ésta: los dos sois isleños.

-Sabio Emrys -Gwalchavad volvió a reír-... ¿es que os habéis vuelto un poco chiflado? Quizás el estar todo el día bajo el ardiente sol os ha reblandecido el cerebro.

-Puede -concedí-, pero me parece a mí que vosotros habéis vivido más cerca de las antiguas costumbres que la mayoría de los hombres del sur.

-Cierto -manifestó el hijo de las Órcadas con orgullo-. Las Águilas no pudieron sojuzgar las islas salvajes. Los señores del norte jamás padecieron el yugo romano.

-Ni tampoco Irlanda -intervino Llenlleawg con rapidez.

-Precisamente. Sabía que comprenderíais. Ahora... -di una palmada- ¡a trabajar!

Se pusieron manos a la obra con decisión y sin preguntar el motivo. Como los celtas de la antigüedad, se limitaron a trabajar para su bardo haciendo lo que éste les pedía; si el gran bardo deseaba un carro, eso es lo que tendría. El corazón se me hinchó de orgullo al ver su inocente confianza. ¿Os parece esto, desde la elevada posición de vuestra ilustrada era, algo insignificante?

¡Pues os digo que no le es! La fe lo es todo.

Estos hombres llenos de fe trabajarían día y noche sin una queja porque creían en mí, en las antiguas costumbres, en la lealtad que los ligaba a su rey. Vivían con su fe y, si se les pedía, morirían de buen grado por ella. Decidme ahora, ¿quién en vuestra gloriosa era mantiene una creencia tan fuerte?

Así pues, pusimos manos a la obra, como ya he dicho.

La luz de la luna era más que adecuada para Gwalchavad, que empezó a cavar un hueco poco profundo en la orilla; esto se convertiría en el horno que llenaría de leña y trozos de piedra caliza extraídos de la ladera de la montaña. Por mi parte encendí un fuego para Llenlleawg y para mí, mientras éste empezaba a quitar a la carreta las ruedas delanteras y el eje.

Mientras los otros estaban ocupados en estas labores, me dediqué a buscar el glasto. Las plantas estaban atrofiadas y marchitas, debido a la larga sequía; pero, como no tenía que pintar más que un torso y no todo un ejército, no tardé en reunir todas las que precisaba. Corté en pedazos las hojas y tallos superiores y los introduje en un pequeño caldero que llené con agua y coloqué junto a las llamas para que hirviera. Luego me dediqué a ayudar a Llenlleawg.

No resulta tan difícil hacer un carro de una carreta... o al menos algo que se le parezca. Una vez retiradas las ruedas delanteras más pequeñas y el eje, separamos la lanza y la fijamos a la parte trasera, para luego montar la parte delantera más elevada en lo que había sido la parte posterior, de modo que el conductor tuviera algo a lo que sujetarse. Acto seguido nos ocupamos de añadir otro arnés a la lanza y la cadena del carro para un segundo caballo. Es posible tirar de un
carro con un caballo, pero es más fácil con dos.

PENDRAGON IV

Trabajamos de buen humor, conversando en voz baja, mientras el humo del horno de Gwalchavad se alzaba a nuestro alrededor para perderse en lo alto. En una o dos ocasiones observé al joven guerrero apoyado sobre el palo que utilizaba para remover el fuego, el rostro enrojecido bajo el resplandor de las llamas. Y contemplé también a Llenlleawg, desnudo hasta la cintura y la espalda brillante bajo la luz de la hoguera, mientras trabajaba con las piezas de madera e hierro.

Un celta de épocas pasadas que se hubiera tropezado con nosotros habría saludado el espectáculo como algo familiar para él y a nosotros como camaradas. Si existe algún hechizo en un grupo de hombres honrados trabajando juntos en buena armonía, nosotros fabricamos una magia poderosa aquella noche.

La luna se deslizó un poco más allá en el horizonte antes de desaparecer Finalmente en una blanca neblina. Después de que la luna se hubo puesto, reforcé el fuego y lo alimenté más a menudo para mantener la luz constante. Pasamos la noche en medio del frío golpear del martillo y el crepitar de las llamas. La luz del día alboreaba ya por el este antes de que hubiéramos finalizado.

Gwalchavad desatascó el horno y repartió con la pala la suave cal blanca sobre las rocas planas para que se enfriara; luego se acercó a contemplar el resultado de nuestra labor.

-¡Traed las huestes vándalas! -exclamó, saltando sobre la plataforma-. Las derrotaré a todas desde aquí. Esto es una belleza.

-¿Te lo parece? -se asombró Llenlleawg, contemplando el vehículo dubitativo-. Sigue teniendo más aspecto de carreta que de carro de guerra, en mi opinión.

Un genuino carro de guerra habría sido mucho más ligero, las ruedas más grandes y la parte delantera habría estado hecha de resistente mimbre. La lanza también habría sido más larga, para evitar que los cascos de los caballos chocaran contra la plataforma mientras galopaban a toda velocidad por el campo de batalla. De todos modos, nuestra tosca imitación cumpliría más que con creces mis propósitos.

-Si yo tuviera un carro así -respondió Gwalchavad muy satisfecho-, el enemigo aprendería muy pronto a temer el tronar de mis ruedas.

-Por fortuna -repuse-, un ligero tronar es todo lo que se precisa. No creo que Arturo sepa siquiera cómo se lucha desde un carro. Sólo espero que sepa conducirlo.

PENDRAGON IV

-No temáis, sabio Emrys -dijo Llenlleawg-. Yo conduciré el carro para él. Es así como los reyes de la antigüedad entraban en combate. No toleraría que Arturo se conformara con menos.

-Habéis trabajado bien -los elogié, y eché una ojeada al sol que empezaba a alzarse en el horizonte-. Y ahora debemos regresar a toda prisa. El campamento no tardará en ponerse en movimiento, y quiero estar allí cuando Arturo despierte.

Mientras Llenlleawg y Gwalchavad enganchaban el caballo al carro, metí la cal en una bolsa y recogí el caldero de glasto.

-Dejad las herramientas -les dije mientras montaba. Y a Llenlleawg indiqué-: Recuerda lo que te he dicho.

-Escucho y obedezco, Emrys -respondió el campeón irlandés.

-Muy bien. -Haciendo chasquear las riendas, obligué al caballo a girar y cabalgué a toda velocidad de regreso al campamento.

Como esperaba, los guerreros había empezado a levantarse, y algunas fogatas enviaban ya finos penachos de humo hacia el límpido cielo sin nubes. Los primeros rayos del sol se alzaban por encima de la línea de montañas y pude sentir el calor en la espalda mientras Gwalchavad y yo entrábamos en el campamento. Como no deseaba cruzarme ni hablar con nadie, cabalgué directamente hasta la tienda de Arturo.

-Ve en busca de Bedwyr, Cai y Cador -ordené mientras desmontábamos-. Transmíteles mis instrucciones.

Gwalchavad me entregó la bolsa de la cal y se alejó corriendo. Tras echar una rápida ojeada a mi alrededor, aparté el faldón y penetré en la tienda del rey. La escena que contemplaron mis ojos hizo que el corazón se me encogiera: Gwenhwyvar, con los brazos alrededor de Arturo, sosteniéndolo, y el rey profundamente dormido, con la cabeza apoyada en su hombro. A excepción de la cota de malla, el monarca aún llevaba puestas las ropas del día anterior.

La reina alzó la cabeza cuando me detuve ante ella.

-Estaba demasiado cansado para desnudarse -susurró, acariciando la frente de él con sus labios.

-¿Lo habéis sostenido así toda la noche? -inquirí, arrodillándome junto a ella.

-Se durmió en mis brazos -respondió-, y no quise molestarlo.

-Pero ¡vos no habéis dormido!

-Arturo tiene que combatir hoy -replicó, levantando una mano para acariciar los cabellos del durmiente-. Deseaba pasar la noche a su lado así. -No añadió que temía que pudiera ser su última noche, pero era eso lo que quería decir.

Aunque hablábamos en susurros, el sonido de nuestras voces despertó a Arturo. Se sentó, apartándose de su esposa. Ella lo soltó, pero mantuvo un brazo sobre sus hombros.

-Oh, mi señora... -empezó-. Me dormí. Lo siento...

-Chisst -lo acalló ella, posando la punta de un dedo sobre sus labios-. Estoy contenta. Estabas exhausto; necesitabas dormir. -Apoyó sus labios contra los de él y lo besó. Él la atrajo hacia sí en un fuerte, casi aplastante abrazo; entonces se dio cuenta de mi presencia.

-Myrddin -dijo-, ¿está todo el campamento despierto tan temprano?

-No todo el campamento, quizá -respondí-, pero quería verte antes que nadie. Deja que eche una mirada a tu hombro, Arturo.

Gwenhwyvar retiró con cuidado la venda y vi un corte rojo y de mal aspecto, hinchado y caliente al tacto. No era un corte largo -la longitud de un pulgar tan sólo- pero, cuando oprimí los extremos de la herida, brotó de ella un poco de líquido transparente.

-¿Cómo te sientes? -pregunté.

-Bien -mintió Arturo-. El aguijonazo de una abeja es mucho peor.

-Mueve el brazo para que lo vea.

Arturo movió a regañadientes el brazo e hizo girar el hombro.

-¿Satisfecho? -gruñó-. Ya te dije que no es nada. Una noche de sueño ha obrado maravillas.

-Es posible -concedí-. Pero creo que sería mejor dar a tu hombro un día más de descanso.

-¿Qué? ¿Y dejar que ese bárbaro crea que me lleva ventaja? ¡No pienso hacerlo?

-Que Amílcar piense lo que quiera. Debes considerar tu hombro. ¿De qué le servirá a Inglaterra si te matan hoy por culpa de tu orgullo?

-Twrch Trwyth y los vándalos no tardarán en reunirse en la llanura. ¿Qué harán si no estoy allí?

-Amílcar violó la ley que juró cumplir -indiqué-; no creo que lleve las cosas más allá. Que espere, opino yo ..., hasta mañana si es necesario.

-¿Me lo prohíbes, bardo? -inquirió él, cada vez más enojado.

Vacilé un momento antes de contestar.

-No digo que no puedas; digo que no deberías. Te dejo a ti la decisión. Haz lo que quieras.

-En ese caso lucharé contra él hoy -declaró Arturo- Y, con la ayuda de Dios, lo venceré.

-A lo mejor Dios ya ha enviado su ayuda -sugerí.

-¿Por qué? -preguntó, pasando su mirada de mí a Gwenhwyvar y luego otra vez a mí-. ¿Qué has hecho?

-He preparado una sorpresa para Amílcar.

-Un engaño -me regañó la reina con fingida desaprobación-. ¡Y proviniendo de vos, Myrddin Emrys! Me alarmáis.

-No es un engaño -repuse, y rápidamente les relaté el modo en que Llenlleawg, Gwalchavad y yo habíamos pasado la noche.

-¿Qué -exclamó Arturo cuando finalicé-, es que no ha dormido nadie esta noche excepto yo?

-¿Un carro? -Gwenhwyvar estaba asombrada-. Pero eso es maravilloso...

-Debo ver esa maravilla enseguida -dijo Arturo, poniéndose en pie.

-Pronto, pero no aún -repliqué-. Preferiría que no te viera nadie antes del combate.

-¿Voy a ser prisionero en mi propia tienda?

-Sólo hasta que los otros se hayan marchado al campo de batalla. -Y expliqué a ambos lo que pensaba hacer. Lo escucharon todo con expresiones perplejas.

-Ningún rey ha tenido jamás bardo mejor -declaró Gwenhwyvar cuando finalicé mi explicación; alzándose, sonrió y me besó en la mejilla-. Es espléndido, sabio Emrys. Alabo vuestro plan, y rezaré para que tenga éxito.

Arturo se desperezó con un bostezo y, volviendo a sentarse en la cama, se frotó la rasposa barbilla pensativo.

-Bueno, un afeitado resultará agradable al menos.

-Traeré una jofaina y una navaja -anunció Gwenhwyvar, encaminándose hacia la entrada de la tienda. Me satisfizo que hubiera aprobado de tan buena gana mi plan.

-Y algo de comer -añadió Arturo entre bostezos-Estoy hambriento. -Volvió a tumbarse en la cama y no tardó en dormir profundamente otra vez.

Trece

Los ejércitos adversarios estaban formados en el campo de batalla igual que la ocasión anterior: en filas detrás de sus jefes y contemplándose con ferocidad el uno al otro. Se acercaba el mediodía y esperaban la llegada de Arturo, a quien no se veía por ninguna parte.

Estalló un prematuro grito en nuestras filas cuando yo aparecí, pero se apagó bruscamente cuando vieron que venía solo. Los hombres intercambiaron miradas de perplejidad y reanudaron la espera no sin cierta inquietud.

No eran los ingleses los únicos que aguardaban ansiosos la llegada de Arturo. También los vándalos estiraban el cuello esperando verlo, y aún con más expectación que los nuestros; pues, si el rey inglés no aparecía, se consideraría vencedor a Amílcar y, con cada minuto de retraso de Arturo, la seguridad del triunfo aumentaba.

No sabía cuánto tiempo estaría dispuesto a aguardar el rey vándalo mientras Arturo demoraba su aparición. Había supuesto que utilizaría la oportunidad para rebajar a su adversario, pero el retraso parecía no importarle; y, cuanto más esperaba, más menguaba mi esperanza y empecé a temer que todo mi trabajo no sirviera para nada. ¿Habría adivinado el Jabalí Negro lo que Arturo planeaba?

No. Imposible.

Entonces, ¿por qué esperaba con tanta tranqujlidad? ¿Por qué no denunciaba a Arturo y exigía a los ingleses que presentaran a su rey o lo declararan a él vencedor?

El sol ascendió aún más en un cielo informe, y sus ardientes rayos crearon negras sombras sobre el reseco suelo. Paseé la mirada por las filas de hombres, allí de pie inquietos, sudorosos, con los ojos convertidos en estrechas ranuras para protegerse de la potente y deslumbrante luz. Al otro lado de la explanada, los bárbaros se removían inquietos en sus puestos. La expectación resultaba demasiado grande para poder contenerla más tiempo. Sin embargo, Amílcar aguardaba paciente.

Cuando los tambores vándalos sonaron finalmente, pensé: «¡Por fin! Es el momento que hemos estado esperando, Arturo. ¡Aprovéchalo!».

Amílcar avanzó con su escolta y el sacerdote hasta el lugar acostumbrado. Permaneció allí unos instantes escudriñando las filas de hombres; luego se irguió en toda su estatura y gritó algo con voz potente, que Hergest repitió en nuestra lengua:

-¿Dónde está vuestro campeón? ¿Dónde se encuentra vuestro gran rey? ¿Tiene miedo de enfrentarse a mí?

Las palabras fueron recibidas con un silencio sepulcral.

-¿Por qué no me responde nadie? ¿Se ha apoderado el miedo de vuestras lenguas? ¡Salid y luchad! ¡Demostradme que no tenéis miedo!

Al no recibir respuesta, sus gritos se convirtieron en burlas.

-¡Perros! ¡Cobardes! ¡Ahora os mostráis tal y como sois! Reyes de los cobardes, ¿dónde está vuestro cobarde monarca?

Esto continuó durante un rato. Nuestros hombres se tornaron hoscos e inquietos ante los insultos, y pude darme cuenta de que las semillas de la duda y la preocupación empezaban a echar raíces. Esto me convenía; mi plan funcionaría mejor si cogía por sorpresa incluso a los propios cymbrogi de Arturo. Y los insultos de Amílcar empezaban a molestar a los hombres.

Bedwyr se acercó a mí a toda prisa con la frente arrugada en una expresión de profunda preocupación.

-Creía que habíais dicho que vos lo traeríais.

-Lo dije, y lo he hecho.

-Entonces ¿dónde está? Amílcar no esperará eternamente. Sea lo que sea lo que estéis planeando...

-Calla, Bedwyr –respondí conciliador- Regresa a tu puesto. Todo es como debe ser.

-Con vos, Myrddin, nada es nunca como debe ser -replicó. Se retiró unos pasos detrás de mí y dijo a Cai-: No sirve de nada, hermano. No quiere decirnos nada.

-¿Dónde está Arturo? -exigió Cai.

-Calma -contesté-; está cerca.

-Bueno, pues si Arturo no viene pronto -me informó Cai-, di a Twrch que yo lucharé con él. Eso acallará sus desvaríos.

Amílcar sacaba fuerzas de la negativa de los ingleses a responder a sus pullas. Se pavoneaba y se daba tono, sin dejar de contonearse adelante y atrás, lanzando sus insultos a los intimidados y cada vez más indecisos ingleses. En aquella ostentación percibí la seguridad de quien se considera un conquistador y con su adversario ya derrotado. .

«Sí -pensé-, está a punto. Ven, Arturo, ha llegado el momento.»

Pero Arturo no apareció. Y entonces me llegó a mí el turno de estar preocupado. ¿Dónde estaba? ¿Por qué esperaba? ¿Y sí le había sucedido algo?

Soporté aquella incertidumbre durante un tiempo, preguntándome qué hacer, y estaba a punto de enviar a Cador y Bedwyr en su busca, cuando lo oí: un ruido sordo, como un trueno lejano. El sonido aumentó rápidamente de volumen y fue creciendo sin pausa como el viento que anuncia la inminente tormenta.

Nuestros hombres lo oyeron y miraron hacia el oeste. Los vándalos también lo oyeron, y se volvieron hacia el lugar del que provenía el sonido. A causa de sus gritos, el Jabalí Negro fue el último en oír el extraño trueno; la voz se le quebró y giró la mirada hacia el oeste, donde había aparecido una columna de polvo.

El sonido se convirtió en un tronar constante y Arturo hizo su aparición, como surgido de una tempestad. Pero era un Arturo que nadie antes había visto: de pie sobre la plataforma de un carro lanzado a la carrera, esgrimiendo una lanza. Llenlleawg, también pintado con glasto azul, sostenía las riendas, conduciendo dos de los veloces garañones irlandeses

de Fergus. El carro -porque realmente parecía un auténtico carro de guerra- estaba adornado con una piel de oso y llevaba lanzas atadas a los montantes, lo que le proporcionaba un aspecto aún más amenazador. Esto era algo que Llenlleawg había hecho por su cuenta; con las prisas para terminar el vehículo, yo no había pensado en ello.

No obstante lo asombrosa que fue la repentina e inesperada aparición del carro, creo que apenas nadie se dio cuenta de ella, ya que todos los ojos estaban fijos en Arturo, y él los mantenía extasiados. Sus cabellos eran una salvaje maraña erizada, blanqueada y endurecida con la cal, y, lo que resultaba aún más sorprendente, no llevaba encima ni una sola vestidura de piel ni tampoco la cota de mallas. Lo cierto es que no llevaba nada encima excepto su torc real de oro; los campeones de la antigüedad a menudo combatían desnudos, desdeñando las armaduras, confiando únicamente en su propia habilidad para protegerse. Mostraba rostro y cuerpo recién afeitados y la piel embadurnada de azul con pintura de glasto -espirales, rayas, manos, rayos- por todos sus brazos y pecho, y descendiendo por muslos y piernas; símbolos y dibujos ahora olvidados, pero que una vez poseyeron gran poder.

El impacto de su inesperada aparición no podía haber sido mayor. Era como si un héroe de tiempos pasados hubiera vuelto a la vida... Morvran Puño de Hierro en persona, alzándose del polvo a sus pies, no los habría sorprendido más. Algunos no reconocieron a Arturo al principio,
e incluso aquellos que sí lo hicieron lo contemplaron estupefactos.

-¡Mirad! -exclamé-. El Pendragon de Ynys Prydein, cabalgando en defensa de su reino.

-¿Cuánto hace que un monarca de Inglaterra no aparecía así ante su gente? -Sentí una mano sobre mi brazo y vi a Gwenhwyvar, que se había colocado junto a mí. Su rostro estaba iluminado por la alegría ante el efecto de la sorpresa-. Ah, es un hombre espléndido.

-Desde luego.

-Y no se os ocurra enviarme de vuelta a la fila -siguió-. Tras lo sucedido ayer, no pienso ir.

-Muy bien -respondí-. Quedaos.

Permanecimos el uno junto al otro, la reina y yo, gozando de un espectáculo que no se había contemplado en la Isla de los Poderosos desde hacía diez generaciones o más. ¡Qué espectáculo! Tan audaz y orgulloso, de pie en el carro, el toro centelleando al sol, deslumbrante con el azul de una época anterior... Ciertamente que eran héroes.

PENDRAGON IV

Arturo y Llenlleawg recorrieron por completo la línea formada por sus hombres, arrancando salvajes alaridos y vítores a los cymbrogi allí congregados: ¡un sonido capaz de tomar al asalto el cielo! Cuando hubieron lanzado a los ingleses a un extático frenesí, Llenlleawg hizo girar los caballos y condujo el carro al centro del campo de batalla, donde se detuvo. Arturo alzó su lanza y la clavó en el suelo unos pocos pasos más allá; luego descendió. Llenlleawg volvió a hacer girar los caballos y se llevó el carro de allí.

Tras empuñar su escudo y espada, ambos pintados con cal blanca, el Supremo Monarca de Inglaterra gritó al caudillo vándalo:

-¡Twrch Trwyth, he oído tus necios alardes! Coge tus armas y acabemos con esta contienda. Te aseguro que el mundo está harto de tu presencia, e incluso yo empiezo a cansarme de ella. ¡Acércate, la muerte te espera!

Amílcar, muy impresionado por el aspecto de Arturo, tardó un poco en responder.

-Desde luego, uno de nosotros abandonará el terreno, el otro se quedará. -El monarca bárbaro hablaba ahora con menos seguridad.

-Que así sea. Que los dioses a los que reces se hagan cargo de tu alma.

De este modo volvió a iniciarse la mortífera danza: los dos guerreros empezaron a moverse en círculos, dando vueltas uno alrededor del otro, acercándose con cautela, buscando una oportunidad. Gwenhwyvar se mordía los labios sin apartar la vista del combate. Observé que una de sus manos había encontrado la empuñadura de la espada, la otra la daga, y se mantenía allí, preparada, ansiosa de que Arturo se lanzara al ataque.

-Ve por él, Oso -murmuraba-. Puedes hacerlo. ¡Ataca!

Y, como en respuesta a su insinuación, su esposo dio un rápido paso atrás, y Amílcar, sospechando una estratagema, vaciló. Ese momentáneo titubeo fue todo lo que Arturo necesitaba; a decir verdad, me di cuenta ahora de que lo había planeado, utilizando la naturaleza tortuosa del vándalo contra él. Un hombre que utiliza el engaño siempre lo busca en los otros, y Amílcar creyó descubrirlo ahora.

Pero Arturo no utilizó ningún truco. El rápido paso atrás no era más que la preparación para un honrado ataque directo y, al igual que el aspecto diferente del monarca, cogió a Amílcar por sorpresa.

Arturo retrocedió, a la vez que soltaba la espada y la dejaba caer al suelo; luego extendió el brazo y su mano se cerró alrededor de la lanza que había plantado. El brazo salió disparado hacia adelante. El Jabalí Negro, patoso

en su decisión, intentó echarse a un lado. Pero era demasiado tarde; la lanza se clavó en el centro de su escudo.

Fue un lanzamiento perfecto, pero tuve mis dudas sobre su prudencia; no había herido al Jabalí Negro y ahora a Arturo le faltaba una lanza.

-No, no, no -gimió Gwenhwyvar.

Pero nos equivocábamos. La estratagema de Arturo era genial: la punta de la lanza estaba profundamente clavada en el centro del escudo de Amílcar, allí donde él no podía alcanzarla con facilidad. Para deshacerse de aquella molestia, Trwch tenía o bien que bajar el escudo o de alguna forma golpear la lanza con la suya e intentar hacer que cayera al suelo. No podía dejar la jabalina donde estaba; un escudo desequilibrado resultaba demasiado incómodo y el brazo no tardaría en cansarse de tanto intentar mantener en posición aquel objeto tan poco manejable.
El Jabalí Negro tenía problemas, y la expresión de incrédula rabia que le arrugaba el rostro demostraba que era muy consciente de ello. Realizó un inútil golpe contra la exasperante lanza con el extremo de su propia arma. Arturo estaba preparado; recogió a Caledvwlch y se abalanzó al frente al tiempo que hacía describir a la enorme hoja un cerrado arco como si quisiera seccionar la mano de su adversario que empuñaba la lanza.

Esto provocó un aullido de exasperación en el Jabalí, un rugido de aprobación por parte de los ingleses y un gritito de alegría en Gwernhwyvar.

-¡Bien! -chilló-. ¡Bien hecho, Oso!

Amílcar esquivó el golpe con un rápido movimiento a un lado, pero Arturo aprovechó su ligera ventaja. Acercándose más, hendió el aire con la espada por encima del borde superior del escudo de su adversario, y acometió al Jabalí Negro obligándolo a seguir retrocediendo.

Amílcar, desesperado, con el rostro convulsionado en una mueca de cólera, intentó utilizar la molesta lanza contra Arturo y alzó el escudo ante él en un intento de golpear el rostro de su oponente con el pedazo de asta que sobresalía.

Arturo, libre del peso de sus ropas de cuero y de la cota de mallas, se agachó con facilidad bajo el mango y cargó contra su oponente en cuanto el escudo se balanceó a un lado. El pecho y estómago del Jabalí Negro quedaron momentáneamente al descubierto, y la punta de la espada
de Arturo dio en el blanco.

Amílcar realizó un inútil golpe con su lanza mientras caía y rodaba sobre su espalda. Arturo cayó sobre él para asestar el golpe definitivo.

Pero Amílcar soltó el escudo que de nada le servía y lo lanzó contra el rostro de su oponente. La lanza que sobresalía desvió el golpe de Arturo, lo que permitió al otro echarse a un lado mientras la hoja penetraba en su cadera. Se incorporó al instante y retrocedió. Había escapado a una tremenda herida, pero ahora se enfrentaba a Arturo sin escudo y sangrando por dos heridas. Ninguna de ellas era mortal, pero la pérdida de sangre lo cansaría y debilitaría.

La balanza de la batalla se inclinaba hacia Arturo; éste había colocado a su oponente en una posición crítica, aunque no grave. ¿Qué haría Amílcar? El movimiento siguiente sin duda pronosticaría el final.

Gwenhwyvar también se dio cuenta de ello. De repente sentí su mano sobre mi brazo, y sus uñas se hundieron en mi carne.

-Acaba con él, Arturo -instó, los ojos brillantes, la mirada baja para protegerla de la luz del sol-. ¡Vamos, acaba con él deprisa!

Consciente de que se encontraba en muy mala situación, la reacción de Amílcar fue inmediata y decisiva. Atacó. Como el jabalí acorralado por el perro que le persigue, lanzó un alarido ensordecedor, bajó la cabeza y cargó. No pude menos que maravillarme ante su osadía.

-Desde luego -murmuré-, es un auténtico jabalí de combate. Veo que tiene bien merecido el nombre.

A Gwenbwyvar no le importaba mi aprobación. Sus labios se curvaron hacia abajo; lanzó un gruñido despectivo y retiró la mano de mi brazo.

Al ataque del Jabalí Negro contra Arturo no le faltó nada: fue un acto de furia concentrada cuya ferocidad quitaba el aliento. Una piedra arrojada desde una honda no resulta más implacable e inmutable. Ni menos veloz.

Amílcar atacó con su lanza, la fornida espalda y los hombros contraídos para descargar toda su fuerza en el golpe. Se lanzó directo y al centro, arriesgándolo todo en este ataque.

Arturo detuvo el golpe con el escudo, y oí un sonoro crujido al partirse la gruesa lanza vándala. El monarca se tambaleó, y a punto estuvo de caer al suelo. Amílcar arrojó el mango partido contra el rostro de Arturo, sacó su espada corta, y, antes de que su adversario pudiera moverse,
volvió a atacar, arrojándose al frente con un ensordecedor alarido de rabia y desesperación.

Pero Arturo no respondió a este ataque; en el último momento, se hizo a un lado y dejó que el Jabalí Negro pasara junto a él sin sufrir daño. No era

normal en el Supremo Monarca dejar escapar la más ligera oportunidad, pero...

Parecía tener dificultades con el escudo... El brazo cayó a un lado...

-¡No! -gimió de improviso Gwenhwyvar-. ¡Por favor, Señor, no!

Entonces yo lo vi, también. Y se me encogió el corazón.

Catorce

La lanza de Amílcar había perforado el grueso roble del escudo del Supremo Monarca y se había clavado en su brazo. La sangre descendía a borbotones por la parte interior del escudo del rey. Ensartado, con el antebrazo atravesado, Arturo no podía soltarse.

Desesperado por sacar el mayor partido posible de esta inesperada ventaja, Amílcar sujetó con fuerza la empuñadura de su espada y, saltando sobre Arturo, descargó una furiosa lluvia de golpes a diestro y siniestro sobre el brazo herido oculto bajo el escudo. La hoja ascendía y descendía una y otra vez, y cada golpe martilleaba sobre la punta rota de la lanza para hundirla aún más en la herida.

Arturo vaciló, el cuerpo contorsionado por el dolor cada vez que Amílcar conseguía dar en el blanco. Intentó rechazar los golpes, balanceando Caledvwlch en inútiles estocadas sin fuerza, pero el Jabalí Negro le asestó un terrible golpe e hizo caer la espada de su mano. El arma salió despedida y cayó a sus pies, sobre el polvo salpicado de sangre.

Gwenhwyvar volvió a gemir pero no desvió la mirada. Sin dejar de retroceder tambaleante, incapaz ya de responder a los ataques del Jabalí Negro, Arturo se balanceaba bajo los golpes, y Amílcar, vislumbrando su oportunidad de vencer, alzó la voz en un gutural grito de triunfo. Saltando, empujando, golpeando una y otra vez... y otra vez... y otra... y otra; violentos golpes salvajes y despiadados, cada uno descargado con un efecto demoledor.

Dios del cielo, qué es lo que mantiene a Arturo en pie? Diminutos fragmentos de madera del escudo de Arturo salían despedidos por los

aires. La sangre saltaba del partido reborde del escudo en una lluvia continua que se estrellaba contra el polvo.

Sentí un nudo en la garganta. No podía tragar. No podía ni mirar ni desviar la mirada.

El enorme escudo empezó a partirse bajo el arrollador ataque. Astillados pedazos de madera de roble cayeron al suelo.

Vi la punta de la lanza de Amílcar sobresaliendo de la cara interior del brazo de Arturo. La embotada hoja había pasado por entre los huesos, lo que impedía cualquier movimiento del brazo. Arturo estaba clavado al escudo.

Amílcar, terrible en su furia, levantó la pesada espada por encima de su cabeza y la descargó sobre el borde del roto escudo. Arturo echó la cabeza hacia atrás con una violenta sacudida, el rostro contraído por el dolor.

Alzando los hombros, el Jabalí Negro volvió a levantar el arma y la dejó caer con todas sus fuerzas. ¡Crac! El borde del escudo reventó y la madera se abrió de arriba abajo.

Otro golpe igual y el escudo se partiría por completo.

-¡Arturo! -chilló Gwenhwyvar-. ¡Arturo!

Twrch Trwyth cayó sobre él inmisericorde. Los vándalos inundaron el aire con gritos de ánimo a su soberano: un clamor pensando para aterrorizar a los desmoralizados adversarios.

Una vez más la negra espada corta se alzó en el aire y una vez más volvió a descender.

Arturo se desplomó en el suelo.

Las piernas cedieron bajo el peso de su cuerpo y cayó pesadamente. Aterrizó sobre la cadera y rodó, como si intentara arrastrarse fuera de allí. Pero Amílcar se abalanzó sobre él al momento, sin dejar de golpear con todas sus fuerzas. Del escudo de Arturo se desprendió otro enorme pedazo.

El bárbaro aulló de satisfacción. Descargaba golpe tras golpe contra su caído adversario con un regocijo salvaje y demente. Arturo, luchando por levantarse, mantenía el escudo roto alzado sobre él, pero todos los guerreros que lo contemplaban sabían que no hacía otra cosa que retrasar el terrible e inevitable golpe final.

PENDRAGON IV

El Supremo Monarca se incorporó con un terrible esfuerzo, pero el Jabalí Negro alzó un pie y le asestó una patada; Arturo volvió a rodar por el suelo.

-¡Señor, ayúdalo! -sollozó Gwenhwyvar-. ¡Jesús bendito, sálvalo! -Me hice eco de su plegaria con una propia, no menos directa ni sentida.

El Jabalí Negro seguía atacando, asestando sonoros golpes con su espada de hierro sobre los destrozados restos del escudo del Supremo Monarca. Arturo volvió a rodar por el suelo y extendió el brazo sano. Parecía confuso, tanteando inútilmente el polvo con la mano.

¡Luz Omnipotente, salva a tu siervo!

Arturo se revolvió sobre su espalda en el mismo instante en que la espalda del Jabalí Negro hacía añicos el destrozado escudo. La maltrecha madera se rompió, desintegrándose por completo. Se había quedado sin su última defensa.

-¡Caledvwlch! -gritó Gwenhwyvar-. ¡Arturo! Caledvwlch!

En ese mismo instante la mano de Arturo encontró la espada que había perdido. Vi cómo sus dedos se cerraban con fuerza sobre la hoja y la atraían hacia él.

-¡La tiene! -exclamé.

-¡Levántate, Oso! -chilló Gwenhwyvar-. ¡Ponte en pie!

Arturo dobló las piernas bajo el cuerpo y se alzó sobre una rodilla. Twrch le lanzó una patada que alcanzó a Arturo en el hombro herido y lo hizo caer.

-¡Arturo! -gritó Gwenhwyvar. Su mano empuñaba ya la espada e hizo intención de lanzarse a la lucha.

Amílcar, exultante, rugiendo su triunfo, alzó la espada por última vez.

Sujetando la hoja desnuda de Caledvwlch con la mano, Arturo realizó su última tentativa.

Y recordé aquella vez, hacía ya tanto tiempo, en que un muchachito se había encontrado solo en la ladera de una montaña frente a un ciervo que cargaba contra él. Ahora, como entonces, Arturo no hizo la menor intención de atacar; se limitó a alzar el arma para defenderse del ataque de Amílcar.

PENDRAGON IV

La espada del vándalo descendió mientras la de Arturo se alzaba para ir a su encuentro. Se escuchó el repicoteo del metal, un centelleo, y la hoja del Jabalí Negro se partió limpiamente en dos.

La salvaje expresión triunfal del rostro del caudillo vándalo se transformó en incredulidad mientras contemplaba el pedazo de espada que yacía a sus pies. Corta Acero había hecho un buen servicio a su dueño.

Con un heroico esfuerzo, Arturo consiguió ponerse de rodillas y levantarse. Se quedó de pie, inmóvil, el brazo herido colgando inerte a un lado, la punta de la lanza bien clavada. El brillante glasto azul de su cuerpo se había mezclado ahora con el sudor y el rojo profundo de la sangre. Con la cabeza inclinada al frente, contemplaba a su adversario sin parpadear.

Los vándalos, anonadados por el rápido giro de los acontecimientos, quedaron silenciosos, los gritos de triunfo ahogados en sus gargantas. El silencio se apoderó de toda la llanura. Arturo recuperó el equilibrio e irguió los hombros.

El Jabalí Negro, sin soltar la inútil empuñadura con su pedazo de hoja rota, lanzó una mirada furiosa al Supremo Monarca y, acto seguido, con un grito desafiante se arrojó sobre Arturo, blandiendo con ferocidad el fragmento de metal.

Incapaz de repeler los golpes, Arturo se hizo a un lado y bajó Ca1edvwlch. Pero el valor no lo había abandonado; al mismo tiempo que esquivaba a Amílcar preparó su última defensa. Mientras el otro caía sobre él, la mano de Arturo -firme, tranquila, pausada- se adelantó a hurtadillas para alzar la espada, y el impulso mismo de la embestida del Jabalí Negro hizo que éste fuera a parar sobre la hoja. El vándalo echó la cabeza hacia atrás y lanzó un rugido, un grito de sorpresa y desafió a la vez; luego bajó los ojos para contemplar la espada hundida por debajo de su caja torácica. Él mismo se había empalado en la espada de su oponente.

El Jabalí Negro levantó la cabeza y sonrió: los ojos vidriosos y la sonrisa glacial. Se abalanzó al frente en dirección a Arturo, lo que provocó que la espada se hundiera aún más en su cuerpo y la sangre saliera a borbotones de la herida en un repentino chorro rojo. Abrió la boca para hablar; su lengua hizo un gran esfuerzo para decir algo, pero las piernas se le doblaron y cayó al suelo, donde permaneció presa de terribles convulsiones.

Acercándose al cuerpo de Amílcar, Arturo extrajo a Caledvwlch del pecho de su enemigo. Apretando los dientes para poder soportar el dolor, alzó la espada hasta la altura del hombro y, dejándola caer a gran velocidad, decapitó al Jabalí Negro de un solo tajo. La cabeza rodó por el

suelo y los espantosos estremecimientos cesaron.

Arturo se quedó allí inmóvil durante unos segundos; luego se dio la vuelta y avanzó vacilante hacia nosotros. En ese mismo instante, un alarido rasgó el silencio del campo de batalla. Uno de los jefes vándalos -se trataba de Ida- se precipitó al centro de la explanada, preparando su lanza mientras corría.

-¡Arturo! -chilló Gwenhwyvar-. ¡A tu espalda!

Él giró la cabeza, sin darse cuenta aún del peligro que lo acechaba por la espalda.

-¡Arturo! -volvió a chillar ella, corriendo ya a su lado. Llenlleawg se precipitó tras la reina.

El rey de Inglaterra se volvió a medias para enfrentarse a su nuevo atacante y las piernas se le doblaron; cayó de rodillas e intentó levantarse, pero el adversario se acercaba con celeridad. Un lanzazo, y el Supremo Monarca de Inglaterra estaría muerto.

El cuchillo de Gwenhwyvar centelleó como un disco en llamas bajo los rayos del sol mientras giraba en el aire. No consiguió detener al bárbaro, que siguió corriendo unos pasos más antes de que su mano perdiera la fuerza y la lanza resbalara de sus dedos. El hombre bajó la mirada y
se encontró con la daga de la reina enterrada hasta la empuñadura en su antebrazo. Se inclinó para recoger la lanza, y la espada de Gwenhwyvar silbó en el aire describiendo un arco cerrado
que lo alcanzó en la base del cráneo. El bárbaro cayó de bruces, muerto.

-¡Aquí estoy! -exclamó la reina, y su voz se elevó llena de desafío-. ¿Quién es el siguiente? -Permaneció junto al cadáver enarbolando la espada, roja con la sangre del traicionero atacante de Arturo, gritando y desafiando a los vándalos a atacar. Llenlleawg, con expresión amenazadora, ocupó su puesto junto a ella

Otro de los caudillos vándalos pareció dispuesto a cogerle la palabra a Gwenhwyvar: desenvainó la espada y se adelantó, pero Mercia lo sujetó y lo obligó a retroceder. El hombre se irguió tambaleante y golpeó el rostro de Mercia con su lanza, a lo que éste respondió agarrando la empuñadura de la lanza y asestándole un violento golpe que alcanzó a su belicoso camarada en plena barbilla. El jefe guerrero se desplomó en el suelo hecho un ovillo.

Cai y Bedwyr corrieron junto a Gwenhwyvar. Los cuatro se colocaron frente a Arturo, las armas en la mano, retando al enemigo a atacar. Entretanto, yo me precipité a socorrer al herido monarca.

Mercia se separó valientemente de los demás y llamó a Hergest a su lado con un potente grito. Juntos avanzaron hasta donde nos encontrábamos nosotros.

-¡Ayúdame a ponerme en pie! -gimió Arturo apretando los dientes.

-Enseguida -le dije con suavidad-. Primero debo echar una mirada a la herida. -Había sangre por todas partes, y sudor, polvo y pintura de glasto.

-Ayúdame a ponerme en pie, Myrddin -me repitió.

Se desasió de mis manos y, apoyándose en Caledvwlch, logró ponerse de rodillas; el brazo herido colgaba inerte e inútil, mientras la sangre brotaba de la herida en un continuo chorro oscuro. Consiguió ponerse en pie con mi auxilio y se volvió en dirección a los vándalos que se aproximaban.

Mercia, con Hergest a su lado, se presentó ante el Supremo Monarca.

-Lord Mercia dice que reconoce a Arturo como vencedor -explicó Hergest-. Acatará los términos de la paz. Haced con nosotros lo que queráis.

Tras estas palabras, Mercia arrojó al suelo, a los pies de Cai, la lanza arrebatada al otro caudillo. Acto seguido sacó la espada corta del cinto, colocó la hoja sobre las palmas de las manos e, inclinando la cabeza en gesto de sumisión, la ofreció a Arturo.

-Soy vuestro esclavo, gran rey-dijo.

El Supremo Monarca hizo una señal a Gwenhwyvar, quien tomó la espada.

-Acepto vuestra rendición -respondió con voz cavernosa, apretando los dientes. A Cai y Bedwyr, les murmuró-: Ocupaos de ello.

Hizo intención de volverse, dio un traspié, y habría caído de no ser por la rápida reacción de Llenlleawg. El campeón irlandés pasó un brazo por los hombros del monarca y lo sostuvo en pie.

-Por el amor de Dios, Arturo -protesté-, siéntate y deja que me ocupe de ti.

Pero Arturo no quiso escucharme.

-Acompáñame hasta el carro -indicó a Gwenhwyvar.

-Deja que te vende el brazo al menos -objeté.

PENDRAGON IV

-Abandonaré el campo tal y como llegué -gruñó con voz quejumbrosa. Su piel se había vuelto cenicienta y cerosa; estaba a punto de desmayarse-. Ven a verme cuando todo haya concluido aquí. -Me agarró con fuerza del brazo-. No antes.

Arturo anduvo con lenta y dolorosa dignidad hasta el carro que lo aguardaba, con Llenlleawg a un lado y Gwenhwyvar al otro. Al llegar junto al vehículo, el irlandés casi alzó en volandas al herido monarca hasta la plataforma, mientras que la reina ocupaba su lugar junto a él para sostenerlo y mantenerlo erguido. Abandonaron el campo de batalla bajo los alborozados vítores de los ingleses. Los cymbrogi saludaron su paso con potentes gritos, pero Arturo mantuvo la vista fija en la línea del horizonte.

Indiqué a Mercia que hiciera venir a los restantes caudillos vándalos y allí, sobre el cadáver de su jefe, recibí su rendición.

Mercia, tomando el mando, se permitió responder por todos y, por medio del sacerdote cautivo, anunció.

-El combate ha sido limpio. Nuestro rey está muerto. Aceptamos vuestros términos y estamos dispuestos a entregar el botín que exijáis, tanto si son rehenes como víctimas para sacrificios.
Aquello no gustó nada a Cai.

-No confíes en ellos, Myrddin. No son más que bárbaros embusteros.

-Se os desarmará -dije a Mercia-; luego sacaremos a vuestra gente de aquí y la conduciremos de vuelta a vuestro campamento, donde esperarán la decisión del Pendragon.

Hergest repitió mis palabras en su lengua, tras lo cual, bajo la autoritaria mirada de Mercia, los jefes vándalos arrojaron las armas al suelo. Cuando estuvieron desarmados, el joven caudillo volvió a hablar, y Hergest tradujo.

-Llamasteis al rey de Inglaterra por un nombre extraño: Pendragon. ¿No es así?

-Lo hice -respondí.

Mercia se dirigió entonces directamente a mí.

-¿Qué significa esta palabra?

PENDRAGON IV

-Pendragon... significa Gran Dragón -expliqué-. Es el título que los cymbrogi utilizan para el supremo gobernante y defensor de la Isla de los Poderosos.

Hergest tradujo mi respuesta y Mercia posó una mano sobre su corazón y luego se la llevó a la cabeza. Era un gesto de sumisión y honor.

-Deposito mi vida en las manos del Pendragon de Inglaterra.

Tras dejar a Bedwyr, Cai, Cador y el resto de los nobles a cargo de los vándalos, regresé a nuestras filas, monté el caballo que encontré más a mano y cabalgué de vuelta al campamento todo lo deprisa que el animal podía llevarme.

Me abrí paso por entre la preocupada muchedumbre reunida ante la tienda de Arturo. Las pocas mujeres y guerreros inválidos que no habían asistido al combate -pero habían presenciado el regreso de su rey- se agolpaban a la entrada de su tienda, ansiosos y preocupados. Al penetrar en el interior encontré a Gwenhwyvar acunando a Arturo contra ella mientras lo sostenía, medio sentado, medio tumbado sobre su jergón. Las ropas de la reina estaban manchadas de glasto azul y roja sangre.

-Ya se ha acabado, mi amor -lo tranquilizaba mientras le limpiaba el brazo con un pedazo de tela-. Terminó.

-Gwenhwyvar, yo... es... -empezó Arturo; luego hizo una mueca y una expresión de dolor le contorsionó las facciones. Calló lo que iba a decir y sus párpados se agitaron y cerraron.

-Tranquilo, Oso -dijo ella, besándole la frente. Levantó la cabeza y dirigió una furiosa mirada a su alrededor-. ¡Llenlleawg! --llamó; entonces me vio a mí, y rogó-: Myrddin, ayudadme. No hace más que desmayarse.

-Aquí estoy. -Me arrodillé a su lado, tomé el pedazo de tela y, suavemente, muy suavemente, con inmenso cuidado, levanté el brazo de Arturo; éste lanzó un gemido, y Gwenhwyvar ahogó una exclamación ante lo que contemplaban sus ojos.

La punta de la lanza había sido empujada a través del brazo y pasaba por entre dos de sus huesos. El asta rota sobresalía por un lado -una masa de astillas allí donde Amílcar la había golpeado- y la punta de hierro asomaba por el otro. Pero había más. La fuerza del golpe había hecho que la punta atravesara el brazo y penetrara en el blando pliegue situado por encima del muslo, donde había más acumulación de venas. Una de éstas había resultado partida y la sangre corría por el interior del abdomen. Apreté la tela contra la herida, y me senté a pensar.

-¿Dónde está Llenlleawg?

-Lo envié en busca de agua para lavar la herida.

-Sujetadlo bien -le dije, indicando el brazo de Arturo.

-¿Qué vais a hacer?

Tras colocar el brazo en posición vertical con sumo cuidado, agarré la lanza rota del Jabalí Negro, sujeté con todas mis fuerzas el pedazo astillado y di un fuerte tirón.

-¡Ahhh! -gimió Arturo, presa de dolor.

-¡Deteneos! -gritó Gwenhwyvar-. ¡Myrddin, deteneos!

-Tiene que hacerse -repliqué-. Otra vez.

Cerré con más fuerza las manos alrededor del fragmento, resbaladizo a causa de la sangre, y Gwenhwyvar, con los labios apretados en una fina línea, sostuvo el brazo del herido entre los suyos, sujetándolo contra su pecho. La sangre manaba a borbotones de la herida e iba a caer sobre sus manos.

-¡Ahora! -grité, y di un tremendo tirón.

Arturo dejó escapar un grito ahogado, y su cabeza cayó hacia atrás. El madero se soltó de la punta, pero la hoja no salió. Todo lo que había conseguido era que la herida sangrara aún más.

Llenlleawg entró en la tienda con una jofaina de agua. Me la acercó y se arrodilló sin soltarla. Tomé el pedazo de ropa que me ofrecía, lo mojé en el agua y empecé a limpiar la herida, quitando la sangre y el polvo.

-¿Está roto el brazo? -preguntó Llenlleawg.

-No -respondí, tanteando la herida con la punta de los dedos-, pero esto no es lo peor. -Les expliqué todo lo relativo a la herida en la ingle-. La verdad es que eso me asusta mucho más que el brazo.

Tomando una rápida decisión, me puse en pie y me volví hacia Llenlleawg.

-En el carro hay espacio para tres. Tú conducirás; Arturo y Gwenhwyvar irán contigo. Yo me adelantaré a caballo para alertar a Barinthus y preparar un bote. -Me di la vuelta y empecé a alejarme-. Haced que esté lo más cómodo posible, y reuníos conmigo enseguida.

-¿Adónde vamos? -inquirió Gwenhwyvar.

-A Ynys Avallach -contesté por encima del hombro.

Quince

Charis salió de la habitación donde yacía Arturo con aspecto muy preocupado.

-Creo que por fin ha dejado de sangrar -anunció solemne.

-Gracias a Dios -suspiró Gwenhwyvar, su alivio casi algo tangible.

-Pero -continuó Charis, y su voz no resultaba muy reconfortante- se encuentra muy débil. -Calló, y deslizó la mirada de Gwenhwyvar a mí antes de añadir-: Lo cierto es que temo por su vida.

Gwenhwyvar sacudió la cabeza, negando las palabras de la Dama del Lago.

-La herida no es tan seria -objetó, aunque su voz no sonaba muy firme-. Una vez retirada la hoja, pensé que..., creí que él... -La voz se le quebró; se encontraba al borde de las lágrimas.

-Arturo ha perdido mucha sangre -dijo Charis, rodeándole los hombros con el brazo-. Sucede a veces que la pérdida de sangre es más dañina que la misma herida. Debemos rezar para que despierte pronto.

-¿Y si no lo hace? -preguntó la reina, horrorizada ante la idea, pero haciendo la pregunta de todos modos.

-Está en manos del Señor, Gwenhwyvar -respondió Charis-. No podemos hacer nada más.

Tras una extenuante carrera por el valle y un veloz viaje en el bote de Barinthus hasta el otro lado de Mor Hafren, habíamos llegado por fin al palacio el Rey Pescador. Charis y Elfodd se habían hecho cargo del cuidado de Arturo y, con una destreza perfeccionada a base de larga experiencia, habían extraído con sumo cuidado la punta de la rota lanza que el Supremo Monarca tenía clavada en el brazo, para luego darle a beber unas pócimas curativas.

PENDRAGON IV

Arturo había parecido recuperarse en un principio; se sentó en el lecho y charló con nosotros. Al poco rato se durmió, y pensamos que el descanso le resultaría beneficioso. Pero la herida de la parte superior del muslo se volvió a abrir durante la noche y por la mañana había caído en un sueño pesado y exánime. Durmió todo el día; y ahora, mientras la tarde caía sobre las silenciosas colinas, no había forma de despertar a Arturo.

Charis estaba claramente preocupada. Oprimió el hombro de la reina.

-Está en manos del Señor -musitó-. Tened fe y rezad.

Cwenhwyvar se aferró a mi brazo, y los dedos se hundieron en mi carne.

-Haced algo, Myrddin -instó-. ¡Por favor! Salvadlo. Salvad a mi esposo.

-Id con Charis y descansad un poco -repuse, tomando su mano y apretándola con fuerza-. Yo me quedaré con él ahora, y os enviaré a buscar si hay algún cambio.

Charis se llevó a la reina, y yo entré en la habitación donde Arturo yacía en la litera que el Rey Pescador utilizaba cuando era víctima de su vieja dolencia. El abad Elfodd alzó la cabeza cuando me detuve junto a él. Vio la pregunta que brillaba en mis ojos y negó con la cabeza.

-Yo lo vigilaré ahora -susurré.

-Lo vigilaremos juntos -contestó el buen abad, rehusando marcharse.

Permanecimos en silencio un buen rato escuchando la respiración lenta y superficial del herido.

-Dios no dejará que muera -dije, deseando que así fuera.

Elfodd me contempló con curiosidad.

-Recuerdo otra ocasión en que estuve aquí como ahora y otro pronunció estas mismas palabras. -Hizo una pausa y señaló la dormida figura de Arturo-. Pero eras tú, Myrddin, quien yacía aquí inmerso en el sueño de la muerte, y era Pelleas quien te contemplaba y se negaba a que siguieras ese destino.

Los recuerdos inundaron mi mente: habíamos estado en Armórica, Pelleas y yo, y allí Morgian había intentado matarme con un hechizo perverso. Pelleas me había traído a Ynys Avallach para que me curaran, de la misma forma en que yo había traído ahora a Arturo.

-Lo recuerdo -respondí, pensando en aquel período extraño y desdichado-. Gracias a vos, me salvé.

-No fue gracias a mí -protestó el abad-. todo fue cosa de Avallach, no mía.

-¿Avallach? -Jamás había oído aquella parte del relato-. ¿Qué queréis decir?

Elfodd me observó con una expresión muy cercana a la desconfianza.

-Puede que haya dicho demasiado -dijo, apartando la mirada-. He hablado más de lo que debía.

-¿Qué es, Elfodd? Decídmelo, os lo exijo. Aquí hay un misterio y quiero saberlo. Guardó silencio-. ¡Elfodd! Decidme, ¿qué es?

-No puedo. No soy quién.

-Entonces decidme quién puede hablar.

-Pregunta a Avallach -dijo el abad-. Pregunta a tu abuelo. Él lo sabe.

El corazón empezó a latirme con fuerza. Dejé a Arturo al cuidado del abad y abandoné a toda prisa al aposento para ir en busca de Avallach. No tardé mucho en localizarlo. Lo encontré rezando en la pequeña capilla que había hecho construir en una de las habitaciones del ala oeste del palacio. Penetré en la capilla y me arrodillé a su lado. Cuando finalizó su oración, levantó la cabeza.

-Ah, Merlín, eres tú -me saludó, su voz un suave retumbo-. Ya pensé que tal vez vendrías aquí. ¿Cómo está Arturo?

-Débil y empeorando cada vez más -repuse, dando a conocer todos mis temores-. Puede que no pase de esta noche.

Las generosas facciones de Avallach adoptaron una expresión de terrible desconsuelo.

-Lo siento -manifestó.

-El Oso de Inglaterra aún no está muerto -contesté, y le dije lo que Elfodd había recordado.

-Lo recuerdo bien -asintió-. ¡Ah, estábamos tan preocupados por ti, Merlín! Casi te perdimos.

-Elfodd dijo que, de no haber sido por ti, yo habría muerto. ¿Es cierto?

-Fue un milagro de la bondad del Señor-dijo el Rey Pescador.

-Y, cuando le pregunté qué quería decir -proseguí-, Elfodd se limitó a responder que había hablado más de lo que debía, y se negó a decir nada más sobre ello. Dijo que debía preguntarte a ti. -Le dirigí una mirada penetrante-. Bien, abuelo, te lo pregunto: ¿a qué se refería?

Avallach me contempló en silencio durante un largo rato; luego inclinó la cabeza, cubierta de oscuros rizos.

-Se trata del Grial -respondió por fin en voz baja y sosegada-. Se refiere al Grial.

Lo recordaba: era la copa sagrada de Cristo. Había venido a Inglaterra con el hombre que había pagado aquella última cena, el mercader de estaño llamado José de Arimatea. La había visto en una ocasión, hacía años, cuando rezaba en el santuario.

-Siempre creí que se trataba de una visión -dije.

-Es más que eso -afirmó Avallach-. Mucho más.

El corazón me dio un salto de alegría.

-¡Entonces debes utilizarlo para curar a Arturo, igual que lo utilizaste para curarme a mí! -Me puse en pie de un salto e hice intención de salir corriendo.

-¡No!

La rotunda negativa de Avallach me detuvo antes de que hubiera dado dos pasos.

-¿Por qué? ¿Qué quieres decir? Arturo se muere. El Grial puede salvarlo. Si lo tienes, debes utilizarlo para curarlo.

El Rey Pescador se incorporó despacio; pude ver su tristeza como un peso inmenso sobre sus hombros.

-No puede ser -repuso con suavidad-. No soy yo quien debe decidir tales cosas. Está en la mano de Dios; El debe decidir.

-El Señor siempre se deleita en sanar a los enfermos -insistí-. ¿Cómo puedes negar esa curación si está en tus manos realizarla?

Se limitó a menear la cabeza.

-El Grial-dijo con dulzura-, el Grial, Merlin, no es así. No se puede utilizar de este modo. Debes comprender.

-No lo comprendo -declaré categórico-. Sólo sé que Arturo se muere y que, si muere, el Reino del Verano morirá con él. Si eso sucede, Inglaterra caerá y Occidente morirá. La luz de la esperanza se apagará y la oscuridad se abatirá finalmente sobre nosotros.

-Lo siento, Merlín -repitió Avallach-. Ojalá fuera de otro modo. -Hizo intención de regresar a sus oraciones.

Ahora había llegado mi turno de desafiar y negar.

-¡No! -grité-. No se te ocurra rezar por la curación de Arturo cuando esa curación está en tu mano y te niegas a darla.

-La muerte -respondió él con tristeza- está también en manos de Dios. ¿Crees que es fácil para mí? Me siento aquí cada día y veo morir a la gente. Vienen al santuario... ¡esta peste nos ha hecho mucho daño!... y hacemos lo que podemos por ellos, Algunos sobreviven, pero la mayoría mueren. Tal y como he dicho, es el Señor quien decide. Sólo Él puede decidir entre la vida y la muerte.

-¡Te ha dado a ti el Grial! -argumenté-. ¿Por qué lo ha hecho si no quiere que lo utilices?

-Es una de las cargas más pesadas que he conocido -gimió Avallach.

-Sin embargo, lo utilizaste en una ocasión para curarme -persistí-. En esa ocasión decidiste tú. Me salvaste la vida. ¿Dónde está el mal?

-Eso era diferente.

-¿En qué? -exigí-. Yo no veo diferencia.

Desvió la mirada, suspirando pesadamente.

-Eres el único hijo de mi hija; el único hijo de tu padre. Eres de mi propia sangre, Merlín, y yo soy débil. No pude evitarlo. Lo hice para salvarte.

-¡Efectivamente! -exclamé, y mi voz resonó en la pétrea celda-. Se salvó mi vida para que el Reino del Verano no muriera. A lo mejor se me salvó para que pudiera presentarme ante ti esta noche y abogar por la vida de Arturo.

-¿Quién puede decirlo? -El Rey Pescador me contempló pensativo.

-Tú me protegiste, y de este modo protegiste la visión del Reino del Verano. Escúchame, Avallach: el Reino del Verano está cerca..., más cerca de lo que ha estado nunca. ¿Cómo podemos dejar morir al Señor del Verano?

No respondió, aunque me di cuenta de que vacilaba.

-Si eres el guardián de este Grial -dije solemne-, entonces debes ejercer el poder de tu posición para el bien de todos. Te aseguro que no existe otra vida tan importante como la de Arturo, y en estos instantes se nos está escapando. Salvar esa vida conducirá a la salvación de generaciones que aún no han nacido.

Avallach se llevó una mano a la frente con expresión cansada.

-¿No sabes que he estado suplicando al Trono Celestial por él? No he dejado de hacerlo ni un segundo desde que llegó.

-El Señor recibirá a Arturo cuando llegue el momento -afirmé--; pero ese momento no ha llegado aún. Eso lo sé. Si se precisa una vida, estoy dispuesto a entregar la mía. -Alcé las manos hacia Avallach en actitud suplicante-. Sálvalo. Por favor, sálvalo.

-Muy bien -cedió-. Haré lo que pueda. Aunque no puedo dar órdenes al Grial, como pareces pensar. Sólo puedo pedir, y el Grial responde a su modo.

No sabía qué forma tomaría la ayuda del Rey Pescador; pero, mientras atravesábamos el patio a toda prisa para regresar a la habitación de Arturo, ofrecí ayudar en lo que pudiera.

-Dime qué hay que hacer, abuelo, y se hará.

Avallach se detuvo bajo el techo del porche.

-Nadie puede ayudarme, Merlín. Lo que haré, debo hacerlo solo.

-Como desees.

-Hay que sacar de aquí a toda criatura mortal -continuó Avallach-. Hombres, mujeres, todo lo que sea de carne mortal, tanto humana como animal, debe ser trasladado fuera de los muros del palacio. Sólo Arturo puede quedarse.

No pude menos que asombrarme ante aquello, pero acepté sus instrucciones.

-Será como dices.

Mientras Elfodd y yo recorríamos el palacio del Rey Pescador, sacando a todo el mundo de la cama, Llenlleawg despertó a los mozos de los establos y empezaron a sacar a los animales de cuadras y corrales. Luego, a la luz de las antorchas, descendieron todos por el estrecho sendero sinuoso que conducía al lago. Algunos llevaban perros sujetos con correas, otros caballos; muchos conducían ganado: ovejas, vacas y cabras; dos o tres transportaban jaulas de pájaros, y un chiquillo incluso llevaba en brazos toda una camada de gatos. En poco rato, todos los que vivían en el palacio -mortales, Seres Fantásticos, aves y animales- estuvieron reunidos a la orilla del lago a los pies de la abadía, cosa que caballos y ganado aprovecharon para pastar tranquilamente.

Charis y Gwenhwyvar fueron las últimas en abandonar a Arturo.

-Vamos, señora, no podemos hacer nada más por él -dijo Charis, tomando a la reina de la mano-. Es hora de entregarlo al cuidado de otro.

-Me cuesta mucho abandonarlo, lady Charis -respondió Gwenhwyvar con los ojos llenos de lágrimas. Inclinó el rostro sobre el de Arturo y lo besó. Una lágrima cayó sobre la mejilla del monarca, que ella secó con otro beso.

-Vamos -insté con suavidad-, pues, a menos que nos marchemos, no podrán curarlo.

Charis y yo nos llevamos a la reina del lecho de muerte de Arturo. En el umbral, me detuve y volví la cabeza para contemplar su cuerpo hundido en los almohadones de la litera, tan inmóvil, tan silencioso, como si se hundiera ya en la disolución y el deterioro. Gwenhwyvar vaciló y se dio la vuelta; regresó corriendo junto a la litera y, soltando el broche que llevaba al hombro, se quitó la capa y la extendió sobre él.

Mientras Gwenhwyvar cubría a Arturo con una capa, yo elevé una plegaria: Luz Omnipotente, destierra la sombra de la muerte del rostro de tu siervo. Arturo. Protégelo en esta noche del odio, de todo daño, de todo mal, le suceda lo que le suceda. ¡Qué así sea!

La reina volvió a besarlo y murmuró algo en su oído; luego se reunió con nosotros, resuelta y con los ojos secos ahora, y nos apresuramos a abandonar el palacio ya casi desierto. Busqué a Avallach con la mirada, pero no vi ni rastro de él mientras cruzábamos a toda prisa la sala y el porche vacíos, para finalmente atravesar como una exhalación el patio desierto y salir al exterior por las abiertas puertas del castillo.

PENDRAGON IV

Totalmente a oscuras, descendimos por el estrecho sendero para reunirnos con los demás, que esperaban junto al lago. Elfodd y Llenlleawg se encontraban allí, sosteniendo antorchas; el resto de los habitantes del palacio estaban desperdigados a lo largo de la orilla, sentados en pequeños grupos, o de pie, algunos en la ladera, otros junto al lago. Parecíamos una banda de exiliados, expulsados de nuestra tierra en plena noche. El ambiente era cálido y tranquilo y, aunque la luna ya se había puesto, el cielo estaba lleno de estrellas que proyectaban una luz plateada sobre todo lo que se extendía a sus pies.

-¿Estáis seguros de que se han sacado todos los animales? -pregunté.

-Todos los perros hasta el cachorro más pequeño -respondió Llenlleawg-. Todos los caballos y potros, ovejas, corderos y vacas. No ha quedado nada que se mueva sobre cuatro o dos patas.

Elfodd pasó revista al pequeño grupo que nos rodeaba, agitando el dedo en el aire como si contara motas de polvo.

-Me parece... Sí -anunció al terminar-, todo el mundo está aquí.

-Bien -dije.

Conversamos durante unos instantes, pero nuestros ojos no dejaban de dirigirse hacia el palacio del Rey Pescador, que se alzaba sobre nuestras cabezas; la conversación no tardó en cesar y permanecimos en silencio y expectantes, aguardando, preguntándonos qué veríamos, si es que había algo que ver. Un grupo de hermanos procedentes de la abadía bajaron para ver qué sucedía y se quedaron junto a nosotros, los ojos levantados hacia el oscuro edificio que se erguía sobre la Torre.

Una joven -una de las doncellas de Charis, creo- empezó a entonar un himno con una voz tan suave y dulce como la de un ruiseñor. Las palabras me eran desconocidas, pero conocía la melodía. Uno a uno, otros se unieron al cántico y muy pronto las notas de la canción llenaron la noche: la esperanza convertida en algo audible en medio de las tinieblas.

Cuando finalizó la primera canción, empezó otra al momento, y otra cuando ésta terminó. De este modo pasamos la noche: cantando, todos los ojos fijos en el palacio del Rey Pescador, a la espera de un milagro. Sentí que la mano de Gwenhwyvar se deslizaba en la mía; la sujetó con fuerza y yo oprimí la suya, tras lo cual ella se llevó mi mano a los labios y la besó.

No había palabras para describir lo que sentíamos, de modo que nos limitamos a permanecer allí inmóviles, cogidos de la mano y escuchando las voces de la noche. Las canciones continuaron y las estrellas siguieron su curso, recorriendo la bóveda celeste. Me pareció como si las canciones

se convirtieran en una plegaria que se elevaba hacia el cielo. «Que así sea -pensé-. Que el Supremo Monarca del cielo honre a su Supremo Monarca en la tierra de la misma forma en que nosotros lo honramos con nuestro sacrificio y nuestros cánticos.»

El pensamiento apenas acababa de cruzar por mi mente cuando una voz exclamó: «¡Escuchad!». Un joven monje, que había estado sentado en la ladera a pocos pasos de distancia, se puso en pie de un salto. Agitando el brazo y señalando hacia el cielo oriental, dijo:

-¡Mirad! ¡Ya vienen!

Miré en la dirección que señalaba, pero no vi nada excepto las estrellas que brillaban. El silencio invadió la colina y la orilla del lago. Todos clavamos los ojos en el refulgente cielo.

-¡Ya vienen! -gritó otro, y escuché un sonido parecido al que emite el arpa cuando el viento hace temblar sus cuerdas..., una música a la vez conmovedora y misteriosa. Podría haber sido el viento, pero era más profunda y más resonante: el mismo cielo estallaba en cánticos.

Sopló una suave brisa, como el leve aleteo de unas alas. Sentí un contacto sedoso como un fresco aliento sobre el rostro, y noté un sabor a miel en la lengua. Aspiré una fragancia que sobrepasaba en dulzura cualquier cosa que yo conociera: flores de manzano y madreselva combinadas con otras muchas flores.

Una presencia invisible había pasado entre nosotros, dejando tras de sí una música perfumada. Mi espíritu se estimuló a modo de respuesta. Sentí un hormigueo por todo el cuerpo y el corazón pareció a punto de saltar de mi pecho.

Distinguí, como por el rabillo del ojo, una tenue imagen fantasmal, figuras pálidas, semicubiertas de velos, que descendían del cielo y describían círculos alrededor del palacio del Rey Pescador. Luces extrañas empezaron a danzar en las oscuras ventanas.

Me volví hacia Gwenhwyvar y vi su rostro baftado en una luz dorada. Tenía las manos unidas bajo la barbilla, el rostro alzado hacia la luz de las estrellas y los labios le temblaban.

-Jesús bendito -le oí decir-. Jesús bendito.

La luz dorada brillaba en todas las ventanas del palacio y la música milagrosa aumentaba en intensidad, resonando en las inmensas salas del cielo. Las revoloteantes, ondulantes, cambiantes figuras visibles y a la vez

invisibles parecían haberse multiplicado hasta el punto de que el cielo ya no podía contenerlas. ¡Estaban por todas partes!

-Ángeles... -musitó el abad Elfodd en un susurro lleno de temor-. Los campeones celestiales han venido en busca de Arturo.

Clavé la mirada en la luz dorada que ahora resplandecía con fuerza desde el palacio situado sobre la Torre, haciendo que todo lo que se extendía a sus pies se destacara con total nitidez: las sombras de hombres y animales se recortaban claramente contra el suelo. La luz era un ser vivo; deslumbrador, brillante, palpitaba con una fuerza ígnea, más refulgente y poderosa que el rayo.

Y entonces, con la misma rapidez con que se había iniciado, todo terminó.

La luz menguó y la música se acalló hasta convertirse en una resonancia que se apagaba veloz. Todo desapareció tan deprisa, que me pregunté si realmente había visto u oído algo. Quizá tan sólo lo había imaginado. Quizá se había tratado de un sueño.

Pero la presencia invisible regresó y retrocedió por entre la expectante multitud para marcharse por donde había venido. Sentí que rni espíritu se elevaba en mi interior, y mi corazón respondió a la serfisación; me estremecí de pies a cabeza. Y luego también esto se desvaneció, sin dejar más que una persistente fragancia y un sabor dulzón en el aire.

Volvíamos a estar solos en la noche, y era una noche realmente oscura.

No hubo más música; no hubo más luces. Todo estaba en silencio y tranquilo, como si jamás -desde un eón al siguiente- sucediera nada. Pero nosotros seguíamos mirando a lo alto, al palacio y al cielo lleno de estrellas situado más allá, en busca de las maravillas que habíamos presenciado.

Así es como lo vimos: Arturo, destacándose claramente en la puerta de acceso al palacio del Rey Pescador, sano y salvo, ataviado con sus mejores ropas y con el torc de oro centelleando alrededor de su garganta. El Señor del Verano alzó una mano hacia nosotros: una señal de que estaba curado y bien. Acto seguido empezó a descender por el sendero.

Vi cómo Gwenhwyvar corría, remontando el sendero a toda velocidad. Vi cómo Arturo descendía para ir a su encuentro, cómo la abrazaba y la levantaba del suelo. Presencié su fervoroso abrazo... Pero luego ya no vi nada porque las lágrimas llenaban mis ojos.

Epilogo

¡Y bien, Gerontius! ¡Es exquisita la vida de exiliado! ¿No la disfrutas? Y tú, Brastias, siempre y en todo momento volviendo los ojos hacia el hogar que abandonaste. ¿Te mantiene caliente por la noche tu bien merecida deshonra?

Ulfias, sin voluntad y fácil de gobernar: si debías seguir a un rey, ¿por qué no a aquel que juraste servir? ¿Te sirve de consuelo esa pena? Y tú Urien, joven intrigante, ¿resulta más fastuoso tu lecho ahora que eres consciente de tu traición?

¡Nobles traidores! Los perros que suplican las sobras de vuestra mesa conocen mejor que vosotros lo que es la lealtad. ¿Realmente creísteis que los cymbrogi os seguirían? ¿Creísteis de verdad que podríais ocupar el lugar de Arturo? ¿O era esta esperanza, como los juramentos que tan rápidamente abandonasteis, algo sin sustancia también?

Criaturas infieles, escuchadme ahora: ¡el Reino del Verano era más que un sueño! Más que un cuento para entretener a los niños. Hombres valientes murieron para conseguirlo..., hombres que dieron la vida por su fe. Un reino fundado sobre la roca de una fe así no puede fracasar.

¿Os sorprende que Arturo tratara con clemencia a los señores de Vandalia, Rogat y Hussa? Os aseguro que ellos sí se sorprendieron, pues era en la victoria cuando la nobleza del Supremo Monarca se mostraba en todo su esplendor. Se compadeció de sus enemigos, los alimentó y les ofreció la paz. El Pendragon de Inglaterra, tras haber mostrado heroísmo en la adversidad, en el triunfo practicaba la misericordia cristiana. Arturo ofreció su amistad a sus enemigos, y de este modo hizo que adversarios crueles -los mismos que habían aprendido a respetar su valor- comprendieran su nobleza. El jefe vándalo, Mercia, fue bautizado a invitación de Arturo, y el Supremo Monarca lo recibió como hermano.

Y si estos antiguos enemigos obtuvieron una merced en virtud a la generosidad de Arturo, ¿cuánto más no se beneficiaron los nobles irlandeses? Aquellos que abandonaron hogar y tierras para acudir en ayuda del monarca obtuvieron eso y más a cambio. Es así como se recompensa la fe.

Podéis decir lo que queráis, pero Inglaterra fue ensalzada entonces. No, desde luego que no escapamos a nuevos tormentos de la peste y la sequía. El Devastador Amarillo nos corroía, y vientos secos arrastraban nuestras cosechas por el polvo. Pero, para los que sabían adónde mirar, el Reino del Verano proyectaba ya sus primeros rayos tenues.

El Supremo Monarca celestial nos había bendecido con el más sagrado de los objetos de este mundo nuestro: la copa de Cristo... y ese Grial se convertiría en el refulgente sol del Reino del Verano. Arturo declaró que aquel objeto sagrado debería convertirse en el símbolo de su reinado, para ser colocado en la iglesia que haría construir. No miento cuando digo que toda Inglaterra se estremeció al enterarse de la existencia del Santo Grial... Ah, pero ésa es otra historia.

Glosario

ap: palabra celta que significa «hijo de».
awen: con esta palabra designaban los druidas la puerta que les permitía penetrar en el Otro Mundo y entrever el futuro. Era también una situación de trance a la que sólo puede acceder un bardo.
Beltane. antigua fiesta celta que el calendario cristiano fija en el primero de mayo.
bbean sidhe. gente de pequeño tamaño que acostumbraba vivir en profundas cavernas y sentía un desmedido interés por el oro, al que sabían dar formas bellísimas.
Bretwalda: título usado para designar a un gran jefe. En el libro se da este título al comandante en jefe de las fuerzas bárbaras. Equivale a «gran señor».
caer. en celta significa «fuerte, plaza fuerte o pueblo amurallado». En principio, casi todos los pueblos grandes rodeados por empalizadas recibían el nombre de caer. Esta palabra ha dado origen a muchos nombres de ciudades galesas actuales, entre ellas Cardiff que deriva su nombre de Caerdydd.
cairn: montón de piedras colocado en el suelo como señal. Podía indicar bien una tumba, bien un punto de reunión o también un lugar sagrado.
Caledvwlch o Caliburnus nombres utilizados para designar a Excalibur, la espada del rey Arturo.
cantref Palabra de origen celta que siguió utilizándose durante varios siglos para definir una división administrativa de territorio. Aproximadamente equivalía de 320 a 480 hectáreas de tierra, o también, según dan fe documentos antiguos, a la cantidad de terreno que pudiera labrarse en un año con un solo arado.
claimor era una espada muy gruesa, de doble filo y doble mango que podía utilizarse indistintamente con las dos manos, aunque por su peso se sujetaba con las dos.
combrogi: equivale a «camaradas», «compañeros».

crannog. especie de cueva en el corazón de una montaña, habilitada y utilizada como morada por algunas tribus del norte de Inglaterra y de Escocia.
cran-tara: equivale a «llamada a la guerra».
cymbrogi: compañeros
cymry. Equivale también a «combrogi», pero en el libro se utiliza únicamente para designar a los hombres que forman el ejército personal de Arturo.
Cymry: País de Gales.
cymry: palabra de origen celta que significa «galés».
derwydd una de las muchas formas celtas de denominar a los druidas. Derw significa «roble» en galés, y el nombre entero haría referencia a los bastones de roble que acostumbraban llevar la mayoría de los druidas.
din: significa «fuerte» o «bastion», pero alude siempre a una dimensión reducida: una torre fortificada o un pequeño recinto donde se refugiarían los habitantes del poblado en caso de ataque y en el que normalmente sólo viviría el jefe del pueblo y su familia.
dun, din: otra forma de designar una fortaleza de pequeño tamaño. Este vocablo era más bien propio de la parte norte de Gran Bretaña (la actual Escocia).
eurn: significa indistintamente: «niño», «fortuna» y «riqueza».
fhain: equivale a «perteneciente a un clan».
filidh: aprendiz de druida. Eran también poetas y los que transmitían las tradiciones.
Gern y fhain: así se denominaba a las mujeres sabias de las tribus que habitaban en las colinas. El nombre entero significa «mujer sabia del clan», aunque a veces también se las llamaba simplemente Gern. Eran siempre mujeres, y, aparte de poseer habilidades curativas, podían predecir el futuro.
gorsedd se utilizaba esta palabra para designar a una reunión de druidas que fueran a celebrar alguna ceremonia, y también para designar ciertas ceremonias de la Sabia Hermandad. Dado que entre los deberes de los druidas estaba el de oficiar los ritos funerarios de los difuntos, el nombre se utiliza en el libro para definir la ceremonia del entierro de los campeones de Arturo.
gwyddbwyll juego en el que participan sólo dos jugadores y para el que se utiliza un tablero y cierto número de piezas. Por las descripciones del libro, podría tratarse de un juego de estrategia parecido al ajedrez o a las damas.
Ierna: antiguo nombre celta de Irlanda.
Imbole, corresponde al primero de febrero, día de santa Brígida en el calendario cristiano; Brigit, una predecesora suya, era considerada una potente diosa de la fertilidad, además de poseer atributos curativos y una gran sabiduría.
Ken-ti gern: nombre que el Pueblo de las Colinas da a Merlín.
liath: designa algo de tono grisáceo. En este caso se refiere al manto neblinoso que cubre el terreno.

llyfrwy. biblioteca en lengua celta.
Lugnasadh, corresponde al primero de agosto. Fiesta agrícola en la que se ofrecían sacrificios para asegurar una buena cosecha.
mabinog. persona versada en el Mabigonion o mabinogi.
mabinogi: compendio de leyendas e historias galesas e irlandesas.
merlín: esmerejón, de la familia de las falcónidas.
ogam: nombre conectado tradicionalmente con el de un personaje de las leyendas irlandesas llamado Ogam, del que se decía que había inventado «el ogam» o alfabeto secreto que sólo conocían los iniciados, entre ellos los druidas. También recibe este nombre un alfabeto de 20 caracteres utilizado por los antiguos habitantes de Bretaña e Irlanda. En este alfabeto las letras se representaban mediante trazos verticales y horizontales.
omphalos piedra de forma redondeada y cónica que se encontraba en el templo de Apolo en Delfos. La leyenda suponía que indicaba el centro de la Tierra. Por analogía, se ha dado luego este nombre a todo lugar origen de fuerzas sobrenaturales y que tuvieron forma cónica, asumiendo que en su interior habitaba un espíritu que le concedía ese poder. A muchas colinas se les atribuía la presencia de un omphalus en su interior, en contacto directo con las fuerzas primigenias de la tierra.
onager especie de catapulta.
piobairachd literalmente «toque de gaitas». Posiblemente era el nombre de algún himno en especial. Aquí parece referirse a una marcha guerrera.
rath: recinto cerrado, generalmente de forma circular, construido a base de un elevado muro hecho de tierra y piedras y que servía de alojamiento a los antiguos habitantes de Irlanda y de algunas zonas de Gran Bretaña. Una vez cubierta de ramas y tierra su parte superior, se confundía con facilidad con un accidente del terreno.
rhyton: recipiente o copa, generalmente en forma de cabeza de animal, usada en la antigüedad; aparece ya en excavaciones de poblados celtas.
Sambein: según el calendario cristiano corresponde al primero de noviembre. Una de las fechas más importantes del calendario celta. Durante la noche de la víspera, se creía que el mundo de los dioses se hacía visible a los mortales; se desarrollaban durante la misma portentos, así como desgracias.
torc era un aro grueso, de oro o plata principalmente, que llevaban alrededor del cuello reyes, príncipes y jefes guerreros celtas, al igual que sus esposas. De diseño muy elaborado, sus extremos, que quedaban abiertos en la parte frontal, terminaban en dos gruesas bolas o en dos cabezas de animal. Al aro se le daba cierta flexibilidad para que pudiera ponerse o quitarse con facilidad.